
LAS OLAS DEL DESEO
LA TRILOGÍA COMPLETA
ROBYN HILL

LAS OLAS DEL DESEO

LOS HERMANOS CAMPOS

ROBYN HILL

ÍNDICE

Las olas del deseo
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Un sol ardiente
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

- Capítulo 20

Esplendor en la orilla
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Agradecimientos

Otras Obras de Robyn Hill

LAS OLAS DEL DESEO

PRÓLOGO

Arturo Campos esbozó una de sus acostumbradas sonrisas, amplia, festiva, seductora. Mostraba una dentadura inmaculada y brillante que contrastaba con su piel bronceada por el sol. Una de esas sonrisas capaz de iluminar una ciudad entera, y es que cuando conquistas el éxito absoluto hay algo dentro de ti, como una llama poderosa que necesitas compartir con el mundo.

Por tercera vez consecutiva en el circuito americano, Arturo se había alzado con el primer puesto en la competición de surf. La distancia con el segundo clasificado había sido considerable, lo que le había permitido relajarse y disfrutar más si cabe del mar legendario y mágico de Hawái, la meca de los surfistas.

No se lo había confesado a nadie, pero cada vez que se levantaba sobre la tabla y contemplaba la bellísima orilla con los volcanes milenarios al fondo, se sentía como un elegido por los dioses. Sabía que era un pensamiento arrogante aunque también era honesto, y Arturo era de esas personas que no se engañan a sí mismo. Desde que empezó siendo un adolescente, si algo le había enseñado la práctica del surf era ser fiel a unos valores y un estilo de vida.

La gloria del campeonato trajo consigo una celebración por todo lo alto con compañeros, periodistas y aficionados. Una lástima que su hermano Enzo no lo hubiera acompañado como otras veces, aunque se tomaría una cerveza helada a su salud y le enviaría un mensaje al móvil para anunciar su victoria.

¿Qué hora será en España?, se preguntó. Sin embargo, antes de que pudiera responderse, la gente lo reclamó para hablar con él o estrecharle la mano. Él atendió con amabilidad a todos, pero cuando una mujer atractiva se acercó para besarlo en las mejillas, acaparó toda su atención. Era como si de repente todo a su alrededor se detuviese.

Menudo bombón, pensó, cuando una morena de piernas largas se acercó para felicitarle, mostrando como tarjeta de visita unos ojos castaños que anunciaba diversión y unos labios que prometían un paraíso de profundos estímulos. ¿Quién se podía resistir a una mujer escultural que dejaba a las claras lo que deseaba? Le quería a él, al elegido por los dioses.

Ella le dijo su nombre, pero él, por supuesto, no se acordaría al día siguiente. ¿Para qué?

A la segunda cerveza la morena le había enseñado sin discreción la llave del hotel, que había sacado de un bolso minúsculo y con aspecto de caro. Arturo sonrió sin disimulo, percibiendo cómo el efecto del alcohol burbujeaba en su interior. Notó cómo el móvil vibraba en su pantalón y dedujo que era la respuesta de su hermano, pero decidió que ya dispondría de tiempo para leerla.

Dicen que la noche es joven pero en aquel momento, en aquel bar de playa de Hawái, delante de la chica que muchos hombres habían soñado con conquistar, el reloj marcaba la una del mediodía. Arturo pensó que cualquiera que hubiese inventado esa célebre frase estaba

completamente equivocado, el día también es joven. Todo depende de la mirada.

Mientras Arturo se despedía de sus compañeros con un apretón de manos y un cálido abrazo, la morena se había ido a por el coche. Se alojaba en un hotel que no se encontraba lejos, apenas a unos diez minutos. La distancia perfecta para mantener viva la llama del deseo.

Antes de que Arturo se marchara, le entregaron el trofeo que le acreditaba como ganador de la competición. Una tabla de surf esculpida en un cristal que brillaba como un diamante. Los dos anteriores los guardaba en la casa de su abuelo. Estaba deseando volver para mostrárselo y deleitarse con ese orgullo y cariño que él le procesaba. No en vano, unas terribles circunstancias habían obligado a su abuelo a ejercer como figura paterna.

Con el trofeo en la mano vio llegar al flamante Ferrari, que se detuvo delante de él. La morena, al volante, le dedicó un guiño y, coqueta, encogió el hombro. Arturo abrió la puerta y se subió. Las gaviotas surcaban el esplendoroso cielo hawaiano, como si también rindiesen tributo al ganador. Arturo no necesitaba que el universo conspirara para lograr sus sueños, él los tomaba sin solicitar permiso.

—¿De dónde eres? —le preguntó Arturo, fascinado con la imagen de una mujer atractiva al mando de un coche potente.

—De Los Ángeles. ¿Lo conoces?

—¡Claro! Me apasiona el cine y la última vez que estuve visité los estudios de la Warner.

—¡Fantástico! Tienen uno de mis museos favoritos, con vestuario de películas muy famosas. ¿Sabes? Voy a ser una actriz muy famosa. Prométeme que no saldrás en la prensa diciendo que hemos follado —dijo, sonriendo mientras el viento alborotaba su cabello.

—Jamás se me pasaría por la cabeza. Nadie se ha quejado de mí por revelar secretos.

—No lo dudo —dijo, divertida.

Le gustaban los hombres seguros de sí mismo, de abundante melena y rasgos varoniles, con un cuerpo bien esculpido, sexy. Y Arturo encajaba perfectamente en esas condiciones.

Ascendieron por una colina repleta de vegetación salvaje en la que sobresalían algunas mansiones con tejados de diseño. El hotel era pequeño pero con encanto, como un lugar secreto solo conocido por unos cuantos privilegiados.

Entregaron las llaves al aparcacoches y cruzaron el lujoso vestíbulo camino a los ascensores. Los clientes merodeaban por la recepción esperando su habitación, o haciendo tiempo para la excursión de turno. Mientras esperaban el ascensor, Arturo la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Si alguien apareciese para concederle un deseo en ese mismo momento, se decantaría por la teletransportación. En su imaginación ya estaban sobre la cama, despojados de la ropa y explorando los cuerpos con ansia.

Dentro del ascensor, detrás de una pareja mayor y asiática, la besó en el hombro, justo entre la tira del vestido y el cuello. Aprovechando el silencio respetuoso que invadía el ascensor, Arturo reclamó su boca porque si hubiera esperado un segundo más, la hubiera tomado ahí mismo, a espaldas de la pareja. El beso salvaje sirvió para calmar el deseo que lo atravesaba como un hierro candente. Notó las hormonas revolucionadas porque el beso era solo un anticipo de lo que se aproximaba.

—Me gusta cómo besas, Arturo —le susurró—. Sabes lo que haces.

—Soy un profesional —dijo también en un susurro.

—Eso es lo que les dices a todas, ¿verdad?

Arturo sonrió y la volvió a besar. El matrimonio se miró incómodo pero guardó silencio. Antes de viajar les habían aconsejado que no se alteraran ante las muestras de cariño, que Hawái era la isla del amor.

El timbre sonó y se abrieron las puertas del ascensor. La escultural mujer y Arturo dejaron atrás al matrimonio y, agarrados de la cintura, caminaron por el pasillo alfombrado entre risas y miradas de complicidad.

Cuando ella se detuvo en frente de la puerta de su habitación y hurgó en su bolso para encontrar la llave, Arturo olió el perfume que envolvía su precioso cuello. Suspiró, ansioso. Llevaba demasiados días concentrado en la competición, pendiente del tiempo, de la magnitud de las olas, de sus grandes rivales. Todo eso suponía unas altas dosis de concentración que le hizo sentirse rígido todo el tiempo.

Pero todo sacrificio encierra al final una recompensa. Aquella mujer representaba la cima de una semana de trabajo duro, y por fin llegaba el momento de liberar su instinto primitivo. Dios, no saldré de la habitación durante un mes, pensó, sin dejar de besuquear su suave piel.

—¡Aquí está la llave! —exclamó ella con júbilo, mostrando la tarjeta.

—Un minuto más y me salen canas —dijo, irónico.

—Muy gracioso.

En cuanto entraron a la habitación, Arturo reclamó su boca de terciopelo y la besó hasta dejarla sin aliento. La cama se encontraba a unos dos metros, pero la pasión era tan desmesurada que parecía una distancia infinita. Arturo la deseaba ahí mismo y metió la mano bajo la falda.

Ella sintió su poderosa mano acariciando su muslo. Le encantaban los hombres con manos grandes y toscas en apariencia, pero que supieran tratar a un cuerpo femenino con la delicadeza de un pianista. Y no se había equivocado al elegir a Arturo. Hasta el momento se estaba comportando a la altura de las expectativas. Soltó un suspiro de placer mientras Arturo le bajaba las bragas con una sonrisa endiablada.

—Hay champán en el minibar —dijo ella.

—Me encanta el champán. ¿Quieres que te sirva una copa? —preguntó mientras lanzaba la ropa interior a un rincón.

—Bueno, supongo que puedo esperar un poco, ¿no? —dijo, y se mordió el labio, apoyándose en la puerta del armario para que Arturo la embistiese ahí mismo.

Cómo le gustaban los surferos. La piel bronceada, el cabello largo y esa barba de tres días que confería al rostro un aire varonil, de dios griego. ¿Cuántos llevaba ya ese mes? Había perdido la cuenta.

El móvil de Arturo volvió a sonar, insistente, pero Arturo no estaba para llamadas, bueno, para una sí, la llamada del placer, esa a la que ningún hombre puede resistirse. Los hombres funcionan de una manera simple, aunque no se les puede negar la contundencia con la que se afanan en las tareas manuales.

La chica, en un alarde equilibrio, rodeó la cintura con las piernas y le presionó por la espalda para atraerlo aún más hacia ella.

—¿A qué te dedicas, contorsionismo? —preguntó él, maravillado.

—Más o menos, trabajo en el Circo del Sol —dijo, orgullosa—. Basta de charlas, ¿no te parece?

—Oh, sí, nena.

El móvil volvió a sonar enfriando el ambiente. Sonaba tedioso e interminable. Se le ocurrió primero arrojar el teléfono al retrete, sin embargo, algo le hizo recapacitar. A Arturo se le disparó una alarma interior, como un sexto sentido de que algo no marchaba bien más allá de la lujosa habitación del hotel hawaiano. Si quien llamase no dejaba de insistir era porque debía tratarse de un asunto de máxima urgencia.

—Solo voy a ver quién me está llamando —dijo Arturo.

—¿De verdad? Olvida eso ahora. Tienes entre manos una mujer imponente que está más caliente que una chimenea.

—Lo sé, lo sé, pero… —dijo, mirando la pantalla del móvil.

Leyó que tenía un buen puñado de llamadas perdidas de su hermano Darío, lo que era insólito. Por norma general, su hermano mayor llamaba una sola vez y esperaba con paciencia que se devolviese la llamada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó ella con los brazos cruzados y el gesto enfurruñado.

—Será solo un momento, de verdad —dijo, guiñándole un ojo—. Creo que esto es importante.

—¿Y yo no? —dijo, sentándose en la cama—. Tienes suerte de que esta es mi habitación, si no ya me hubiera marchado.

En la pantalla, pulsó el nombre de su hermano y esperó los tonos de llamada con el alma en vilo. Su hermano le descolgó al primero.

—Arturo —dijo su hermano.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen tantas llamadas?

—Es el abuelo. Ha tenido un ictus.

Notó cómo la habitación le daba vueltas.

—¿Cómo?

—Está muy grave. No sabemos si saldrá de esta. Estamos ahora en el hospital.

Arturo se pasó la mano por el cabello repetidas veces. Los pensamientos y las emociones se amontonaron en la cabeza. Necesitaba un segundo para pensar con claridad.

—Voy para allá —dijo, con determinación.

—Arturo, espera un poco. Es un vuelo muy largo. Aguanta y te llamaré cada hora. A lo mejor se recupera…

—No, ni hablar —dijo, interrumpiendo—. No quiero correr riesgo. Cojo el siguiente vuelo para España.

Si se muere y no estoy con él, jamás me lo perdoñaré, pensó.

—Como quieras —dijo Darío—. Mándame los datos del vuelo e iré por ti al aeropuerto.

Arturo le dijo que de acuerdo y colgó la llamada, aún perplejo. A pesar de la distancia una parte de él ya estaba junto a su abuelo, en la cama del hospital.

—Dime que es una broma —dijo la chica.

—No, no lo es. Tengo que irme.

Ella saltó de la cama, furiosa.

—¡Ni se te ocurra! Acaba lo que empezaste o…

—¿Es que no te das cuenta de que tengo un problema familiar?

La dejó en la habitación despotricando contra él mientras, camino hacia el ascensor, negaba con la cabeza al pensar en el estado de salud de su pobre abuelo. Arturo aún lo ignoraba, pero su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO I

El avión procedente de Hawái con escala en Nueva York aterrizó en el aeropuerto de la Costa del Sol. Arturo se levantó de su asiento, y se colocó el primero de la fila cerca de la puerta de salida. Apenas había dormido durante el viaje. Antes de despegar en Honolulú su hermano Darío le había dicho que el abuelo seguía estable en su gravedad. Sin embargo, durante el vuelo no pudo conectarse a internet, por lo que desconocía las últimas novedades sobre su estado.

Después de recuperar su equipaje y la tabla de surf con la que había competido, se dirigió con gesto preocupado hacia la salida. En la interminable espera que antecede al vuelo había consultado por internet lo que suponía sufrir un ictus. Hasta aquel momento no era una palabra extraña, pero ignoraba su verdadero alcance. Por algún motivo, la sangre deja de circular por el cerebro, por eso es vital reaccionar con celeridad. Cada minuto transcurrido mueren dos millones de neuronas. Cuanto más tiempo se tarda en actuar, más perjudicial resulta para la víctima.

Su abuelo siempre había llevado una vida saludable. No era alguien que se preocupara por su salud demasiado, pero tampoco la descuidaba. Le gustaba regalarse ciertos caprichos en ocasiones especiales, como una copita de fino los domingos antes de almorzar. Si acaso se excedía con el tiramisú, un verdadero devoto, que disfrutaba una vez a la semana.

Como le había prometido, su hermano Darío fue a recogerlo al aeropuerto. Después de abrazarse, Arturo le preguntó por el abuelo.

—Sigue igual —dijo, con su típica parquedad de palabras.

—Por favor, vamos a verle.

—¿Por qué no te das una ducha en casa, comes algo y vamos al hospital?

—Tengo el estómago cerrado. ¿Está Enzo con él?

—Sí, por suerte hoy no tiene guardia. No te preocupes, siempre hay alguien. Incluso ha venido Yarina.

—En ella no me extraña. Es más buena que el pan.

—También está muy afectada. Fue ella quien lo encontró tirado en el suelo.

Su abuelo vivía solo. Yarina trabajaba por las mañanas limpiando la casa y preparando la comida para el día.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el suelo?

—Unas dos horas.

—¿Dos horas? ¡Joder!

Le dolió pensar en su abuelo, un hombre de ochenta y un años, en un estado absoluto de vulnerabilidad y desamparo. Y mientras tanto él en Hawái…

—Pues fue una suerte que no fuera más —dijo Darío, ya en la camioneta—. Imagina qué hubiera pasado si le da el ictus por la tarde o por la noche. Yarina no lo hubiera encontrado hasta

el día siguiente.

—Esta situación no se puede repetir.

—Estoy de acuerdo.

—¿Dónde estabais Enzo y tú?

—Enzo de guardia y yo en el faro, ¿dónde si no?

—Y el abuelo solo —dijo, mirando por la ventanilla.

Atardecía. Al oeste el sol empezaba a esconderse por entre las montañas dejando a su paso una estela de luz morada. El inmenso mar aún conservaba un cierto resplandor aunque se iba apagando poco a poco, preparándose para la noche.

—Noto un cierto resquemor —dijo Darío.

—Es una persona mayor, hay que cuidarlo.

—Ya sabes cómo es. Una persona independiente que siempre está al pie del cañón. ¿Cuántas personas conoces que sigan regentando un negocio a una edad tan avanzada?

Su abuelo era el dueño de una sala de cine, la única de Puerta del Mar, una localidad de unos cincuenta mil habitantes que vivía del turismo durante todo el año, aunque especialmente en verano. Arturo y sus hermanos habían crecido en el cine, habían descubierto la magia de las películas, el olor de las palomitas e incluso sus primeros empleos fueron de acomodador. Eran los tiempos dorados del cine Paraíso, cuando acudir al cine significaba mucho más que ahora y eso generaba una buena recaudación. Si su abuelo no se había jubilado era porque no quería verlo morir. El Paraíso era la gran pasión de su vida junto a Rocío, su esposa, fallecida siete años atrás.

—Jamás pensé que el abuelo se enfermaría de esta manera —dijo Arturo—. Sé que es una ingenuidad, pero siempre me había costado creerlo.

—Eso nos pasa a todos. También lo hablé con Enzo. A todos nos llega, y es muy duro, pero forma parte de la vida.

Los abuelos habían sido en la práctica los padres de los tres hermanos. Las circunstancias obligaron a ello, puesto que los padres de Darío, Arturo y Enzo habían muerto en un accidente de avión en 1998. Los tres se habían mudado de Madrid hasta Puerta del Mar para vivir con ellos. Sin los abuelos, a los hermanos les hubiese tocado otra vida diferente, quizá en Roma, la ciudad de Italia de donde eran los padres de su madre.

El resto del viaje hacia el hospital lo hicieron en silencio. Cada uno ensimismado en sus propios pensamientos relacionados con el abuelo. La fatalidad de la muerte se intuía, aunque ninguno deseaba mencionarlo. Arturo sintió un nudo en el estómago y se reprochó no haber estado más en contacto con él.

A sus treinta y dos años, la vida estaba pasando tan deprisa que apenas se había detenido a reflexionar lo que dejaba detrás. Llevaba diez años compitiendo sobre una tabla de surf y nunca se había sentido tan feliz como cuando se deslizaba por el tubo de una ola. Su profesión le había permitido viajar por todo el mundo, forjar grandes amistades, acostarse con mujeres formidables, y ganar importantes sumas de dinero que había dilapidado en fiestas y lujos innecesarios.

Su abuelo jamás le había reprochado nada. Es más, si acaso al contrario, siempre se había alegrado de sus éxitos, y había sido un apoyo relevante cuando decidió abandonar los estudios de periodismo y dedicarse al surf a tiempo completo.

—Arturo —le dijo—, haz lo que te apasiona si no después te arrepentirás.

—No estoy seguro, abuelo. El periodismo puede que tenga más salidas a largo plazo.

—Mira, yo no te puedo prometer que vivirás del surf porque todo puede pasar, pero aquí y ahora te prometo que tú siempre tendrás un techo y comida caliente porque nuestra casa siempre

será la tuya. No lo olvides. Tu abuela y yo te guardaremos las espaldas.

Arturo recordaba muy bien ese momento en su habitación, un día antes de la Navidad de 2012. Se había matriculado en septiembre con la ilusión de aprender la misma carrera que había cursado su madre, pero enseguida se percató de que algo no funcionaba. El surf le perseguía. No veía la hora de que llegara el fin de semana para salir rumbo a Tarifa, vestirse con el traje de neopreno y zambullirse en el agua para cabalgar las olas hasta no poder más.

Las palabras del abuelo fueron decisivas para que no postergara más la decisión de abandonar la carrera. Era absurdo pensar que si su madre estuviera viva, se hubiera sentido orgullosa de que uno de los tres hermanos siguiera sus pasos. Debería buscar otra manera de rendirle homenaje, de fortalecer el vínculo entre ella y él, madre e hijo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Darío.

—En el abuelo. No quiero que se muera.

—Yo tampoco, pero tenemos que prepararnos para lo peor —dijo, con resignación.

—¿Ya lo saben los del cine?

—Sí, están avisados los tres. Se quisieron pasar al hospital, pero les dije que de momento no. Ayer abrieron el cine y hoy también. Elena se ha quedado al cargo mientras el abuelo siga en el hospital. Les vi muy dolidos.

—Al abuelo le hubiera gustado que no se cerrara.

—Solo lo ha cerrado una vez en cuarenta años.

Cuando murió la abuela, pensó Arturo. Fue su particular homenaje. La abuela también había formado parte de los empleados, ayudando en tareas administrativas, en la taquilla e incluso de acomodadora. Lo que fuera necesario. Entre ambos habían logrado un milagro: que el cine Paraíso siguiera abierto a pesar de que el público cada vez acudía menos a ver películas.

—¿Seguro que no quieres darte una ducha en casa antes de ir al hospital? Podemos parar en el faro que nos pilla de camino.

Darío era el farero de Puerta del Mar. Llevaba cerca de tres años, después de una larga trayectoria como marino mercante. Su oficio estaba en vías de extinción, pero aún quedaban unos cuantos años hasta que los sistemas electrónicos sustituyeran por completo al profesional.

—No, gracias. Quizá después —dijo con una sonrisa lánguida—. A no ser que me digas que apesto, claro.

—No, no apestas —dijo con un leve rictus de seriedad—. Lo decía por ti. Después de doce horas de vuelo, una ducha fresca sienta bien a cualquiera.

Se produjo un nuevo silencio. La última vez que había acudido su hermano a recogerle al aeropuerto, la conversación había girado sobre la gastronomía del país de turno y conquistas femeninas. Ahora todo era diferente y no se sentía con ánimos para hablar. De repente, la victoria de un campeonato parecía insignificante si se comparaba con la vida de su abuelo, que se encontraba en el alambre.

—¿Cómo se tomó Enzo la noticia? —preguntó Arturo.

Un letrero al borde de la autopista indicaba que quedaban veinte kilómetros para el hospital. El tráfico era considerable y Darío conducía siempre por el carril derecho. La prisa no iba con él.

—Pues imagínatelo, fue una desagradable sorpresa también para él. En su caso mucho peor porque no pudo dejar lo que estaba haciendo e ir rápido al hospital. Estaban en mitad de un aviso, ayudando a unos pobres inmigrantes en alta mar, según me dijo después. Me estuvo llamando cada cinco minutos.

—Qué suerte que estabas disponible. La imagen del abuelo solo en el hospital me produce escalofríos.

—No hubiera estado solo, Arturo —dijo mirándole—. Están Yarina, Salvi, Raúl y Elena.

—Sí, lo sé, pero me refiero a la familia. Somos lo único que le queda.

—Eso es verdad.

—El abuelo es fuerte, saldrá de esta. Tengo un buen presentimiento.

—Tiene que llegar a los noventa años por lo menos.

Arturo recordó que sus abuelos fueron a presenciar su primera competición en Tarifa. Quedó en una zona media de la clasificación con el consiguiente desánimo, pero ellos lo llevaron a un chiringuito y lo invitaron a comer para levantar el ánimo. Sus abuelos siempre habían estado ahí para apoyar en lo que fuese a los tres hermanos. Y él, ¿les había correspondido con el mismo amor?

Se detuvieron en una gasolinera para repostar. La preocupación había sido tan abrumadora que no había caído en la cuenta de que estaba a punto de llegar a Puerta del Mar. Los hermanos habían nacido en Madrid, pero Puerta del Mar era su hogar de adopción. Arturo había visitado los lugares más exóticos y conocidos del mundo, pero ninguno atesoraba la calma y brillo de la pequeña localidad de la costa mediterránea.

Cuando sus padres vivían, los traían a pasar el mes de agosto en la casa de los abuelos. Arturo evocó los domingos interminables en la playa, comiendo tortilla de patatas y de postre un helado de limón que compraban siempre al mismo heladero ambulante. Guardaba como un tesoro esos recuerdos porque eran los únicos que tenía de la familia al completo.

Por la tarde, con la piel bronceada, los abuelos los llevaban al cine a ver películas con un paquete enorme de palomitas. Fue en el cine Paraíso donde vieron Titanic por primera vez. Después regresaban a casa donde sus padres les esperaban para que contasen la película. Los abuelos dormían en su habitación, por supuesto, sus padres en otra; Darío en otra y Enzo y él compartían una ubicada en el piso inferior. Durante un mes aquello pareció un hotel, pero lejos de transmitir agobio Arturo lo recordaba como una de las mejores épocas de su vida. Siempre había algo entretenido a lo que jugar, siempre se oían estruendosas carcajadas y siempre deseaban volver cada verano.

El abuelo era un cascarrabias al que siempre le gustaba llevar la razón. Solo la abuela sabía mantener a raya sus rabietas, que eran pasajeras y causadas por alguna tontería, como aquella vez que los hermanos escondieron sus pantuflas y al despertarse se pasó media hora buscándolas, desesperado, por toda la casa. Su atronadora voz buscando a los culpables se oyó por toda la urbanización para regocijo de los tres.

Arturo conocía Puerta del Mar como la palma de la mano, aunque jamás se cansaba de ella. Encerraba un misterio difícil de desentrañar y eso la mantenía con vida en su corazón. A veces contemplaba el mar y se sentía afortunado ante el magnífico y vasto espectáculo de la espuma relampagueando bajo el sol.

~

El contemplar el hospital de Puerta del Mar, ubicado en las afueras en lo alto de un cerro, provocó en Arturo una sensación de absoluta pesadumbre. La última vez que estuvo había sido acompañando a la abuela en sus últimos días a causa de un cáncer. Tenía grabado con fuego las largas horas al borde de la cama, sosteniendo la mano débil y la mirada cansada de una de las personas que más quería en el mundo.

No, no había sido una etapa fácil para ninguno de los hermanos ni, por supuesto, para el abuelo. De eso habían transcurrido siete años y, sin embargo, el recuerdo de la abuela seguía

presente en cada rincón de la casa familiar. Obligada a ejercer de madre de repente, Sofía había cumplido con creces. Su pérdida fue muy dolorosa para el abuelo y los hermanos porque perdían una abuela, una madre y una esposa.

En el pasillo del hospital, Arturo se abrazó con su hermano Enzo. En sus ojos se veía el cansancio de quien ha dormido escasamente unas horas. Enzo era el hermano menor y trabajaba en Salvamento Marítimo como patrón de una embarcación de rescate. Era un oficio duro, con una enorme cantidad de horas en el mar e innumerables riesgos físicos y desafíos mentales, pero Enzo era un apasionado de su trabajo. No había faltado ni un solo día a su puesto de trabajo a pesar de encontrarse enfermo. Cada día salvaba vidas y por eso se sentía orgulloso de su hermano.

—¿Alguna novedad? —preguntó Arturo.

—Nada, todo sigue igual —dijo Enzo con resignación—. Estamos a la espera de los resultados de las pruebas que han hecho los neurólogos. Quizá mañana nos digan algo. ¿Cómo estás? ¿Qué tal el viaje?

—Largo, muy largo. No he dejado de pensar en el abuelo —dijo, con un nudo en la garganta.

—Normal, nosotros tampoco, ¿verdad, Darío?

—Opino lo mismo que Arturo, saldrá de esta. Aún tiene mucha guerra que dar.

—Me alegro de que estemos los tres aquí —dijo Enzo.

—Somos familia, tenemos que estar junto a él —dijo Arturo.

—Por cierto, Yarina se acaba de marchar. Me ha pedido que te diga que hay cena guardada en la nevera por si tienes hambre. ¿Tienes *jet lag*?

—Me imagino que sí. No creo que pueda dormir, así que me quedaré con el abuelo esta noche.

—¿Seguro? —preguntó Darío.

—Por supuesto. Debería haber estado junto a él en casa. No sé en qué estaba pensando.

—Deja de culparte, hermano. Podía haber sufrido el infarto en cualquier momento —dijo Enzo.

Su hermano pequeño tenía la cara bronceada y el cabello bien peinado con una raya. Llevaba una barba de tres días y sus ojos verdes estaban algo enrojecidos por la fatiga.

—¿Quieres un café, Arturo?

—Ahora no, gracias. Voy a ver al abuelo —dijo, dando una palmada afectuosa a Enzo.

Juan se encontraba tumbado en la cama y parecía que dormía con placidez con los brazos extendidos al lado del cuerpo. La luz del atardecer se colaba por la ventana por donde se veía el paisaje enmarcado de las montañas.

Arturo se acercó con lentitud, como si temiera despertarlo. Posó una mano sobre la suya y le reconfortó sentir el contacto cálido de quien era su padre y abuelo. La expresión de su cara transmitía serenidad, de ahí que costaba creer que su vida estaba en peligro.

Por un instante sintió ganas de despertarlo, de decirle que sus nietos estaban con él y que todos debían volver ya a casa.

De pronto los recuerdos se apoderaron de él.

Recordó la primera vez que Juan le había llevado al cine Paraíso, cuando Arturo apenas contaba seis años y sus padres aún vivían. Su abuelo le explicó con detalle en la cabina de proyección el funcionamiento de la magia del cine. Le contó cómo antiguamente las películas estaban creadas con un material inflamable, que podían incendiarse por el calor de la luz y causar auténticas catástrofes. Le explicó dónde había que modular la distancia focal para que la imagen se viera perfecta. Y todo ello lo contaba, lo recordaba bien, con un misterio que lo hacía todo

más apasionante.

Arturo siempre pensó que su abuelo era como un niño grande y el cine era su juguete favorito. No había conocido un hombre con tanta pasión por las películas. Nunca olvidará lo que dijo una vez mientras sostenía uno de los rollos donde se enroscaban los fotogramas de «Los cuatrocientos golpes», la célebre película de Truffaut.

—El cine es el material con que se forjan los sueños —dijo, con ojos brillantes.

Según le había contado su abuelo, Paraíso había sido fundado por su padre, el bisabuelo de Arturo. En aquel momento del siglo pasado, la apertura de un cine en Puerta del Mar supuso un acontecimiento histórico que significó dar un paso hacia la modernidad. Su abuelo había crecido también en el cine y las películas calaron tan hondo en él que seguir los pasos de su padre fue algo natural.

Sin embargo, Juan nunca deseó que sus nietos siguieran el mismo camino, y eso es un detalle que al principio sorprendió a los hermanos, pero que con el tiempo cobró sentido. Su abuelo supo entrever que el futuro no se presentaba nada halagüeño para las salas de cine, y que corría el riesgo de convertirse en un negocio con escaso margen de beneficio. ¿Quién querría algo así para sus nietos?

Lo dejó bien claro cuando los hermanos Campos eran adolescentes. Los reunió en el salón de casa y junto a la abuela se lo comunicó de una manera fría pero necesaria.

—No quiero que ninguno de vosotros siga mis pasos. El cine es mi vida pero no tiene por qué ser la vuestra. El mundo es vuestro, encontrad vuestra pasión y que se convierta en un modo de vida. No creo en eso de que los negocios se hereden de generación en generación. A veces puede salir bien, pero otras es una encerrona. Si alguno quiere seguir con el Paraíso no me opondré, pero luego que no me eche las culpas, ¿estamos?

El abuelo les miró fijamente esperando una respuesta. La abuela estaba de acuerdo, pues lo habían hablado previamente. Los hermanos al fin asintieron con la cabeza. Habían comprendido el mensaje y desde aquel día se concienciaron en obedecer al abuelo. Si él lo decía es porque pensaba en el bien de sus nietos, no en el suyo.



Después de despedirse de sus hermanos, Arturo se sentó en el sillón de las visitas dispuesto a hacer compañía al abuelo. El *jet lag* evitaba cualquier atisbo de sueño y se preparó para una larga noche. Contaba con el móvil para entretenerse y pensó que sería una buena idea ver alguna película.

En el hospital se respiraba un silencio profundo. Las visitas se habían reducido y los enfermeros hacían la guardia detrás del mostrador. Vendría bien distraerse para no llenarse de preocupaciones y malos augurios.

Una vez que finalizó la película, se levantó a por un refresco y regresó a la habitación. De pie miró a través de la ventana. Solo se veían unas escasas luces de las casitas desperdigadas por el monte. Se preguntó cómo algunas personas podían vivir tan aisladas. A él le gustaba el bullicio, la velocidad, la gente. No se veía con un estilo de vida como la de su hermano Darío, que vivía solo en el faro.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote?

Arturo soltó un respingo con el refresco en la mano y se giró con el corazón acelerado. La voz era reconocible, grave y profunda, aunque con un deje de fragilidad.

—¿Abuelo?

—El mismo que viste y calza, ¿a quién esperabas?

La emoción era tan intensa que a Arturo no le salieron las palabras. Se acercó a la cama con una amplia sonrisa.

—¿Cómo estás?

El abuelo respiró largamente varias veces.

—He estado mejor, la verdad. Ahora no tengo fuerza ni para guiñar un ojo. Y quita esa cara de asombro, parece que estás hablando con un fantasma.

—Qué alegría verte, por un momento todos pensamos…

—Que había llegado mi momento, el fin.

Tosió.

—No hables mucho, abuelo. Voy a llamar a la enfermera —dijo Arturo mientras buscaba el pulsador.

—¿Qué día es hoy?

—Dos de abril.

—¿No habréis cerrado el cine, verdad?

—Claro que no. Pero ahora no te preocupes de eso ahora.

—Tengo la boca más seca que una alpargata.

Arturo sirvió agua de una botella que descansaba en el estante inferior de la mesita de noche. Después le ayudó a beber con calma. Pensó en que debía avisar a sus hermanos lo antes posible. Se alegrarían tanto como él.

—Qué cansado estoy, Virgen Santa…

—Abuelo, no hables tanto, descansa, por favor. ¿Qué pasa que no viene la enfermera?

Sin moverse, miró más allá de la puerta para comprobar si acudía, pero nadie se acercaba. Por un momento dudó de que lo que sucedía en ese momento era real.

—¿Qué me ha pasado, lo sabes? —preguntó el abuelo.

—Tuviste un ictus.

—¿Un ictus? Pensaba que eso solo les ocurría a los demás —dijo, pensativo—. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa?

—Eso no se sabe.

—Vaya mierda de medicina. ¿Para qué tanto estudio?

—Abuelo, descansa. Voy a ver por qué no viene la enfermera.

—Arturo, espera un poco. ¿Para qué la vas a llamar?

—Pues para avisarla. Tienen que saber que estás despierto.

—Me encuentro cansado pero estoy bien, es más, mejor que nunca. Odio los hospitales y sabes muy bien por qué, Arturo. Me traen malos recuerdos —dijo, mirando fijamente a su nieto —. Quiero irme a casa.

—Te irás cuando lo digan los médicos.

—¿Esos matasanos? Por encima de mi cadáver —dijo, y volvió a toser.

La enfermera entró apresurada, excusándose por la tardanza porque otro paciente en la otra punta del pasillo necesitaba cuidados. Era una mujer alta y delgada, y cuando vio que Juan tenía los ojos abiertos sonrió de oreja a oreja.

—Maravilloso —dijo, mirando a Arturo—. ¿Cómo se encuentra, Juan?

—Cansado, muy cansado —dijo, con un hilo de voz.

—Ahora tiene que descansar —dijo comprobando que quedaba suero suficiente—. Mañana por la mañana vendrá el doctor a examinarle.

—¿Cuándo me darán el alta? Tengo muchas cosas que hacer.

—Eso se lo dirá el doctor —dijo, con paciencia—. ¿Necesita algo? ¿Tiene hambre? Le puedo traer unas galletas si quiere.

—¿Galletas? ¿No tiene algo más sólido?

La enfermera se mordió el labio.

—No, lo siento.

Después de que se marchara, Arturo envió un mensaje al grupo de Whatsup de los hermanos. A esa hora de la noche, las dos de la mañana, dudaba de que estuviesen despiertos, pero consideró que debía saber cuanto antes que el abuelo ya estaba dando guerra.

Una vez enviado el mensaje, se guardó el móvil en el bolsillo y se regaló un instante para contemplar a su abuelo en silencio. Sintió que desaparecía una pesada carga sobre su corazón y que la vida otorgaba una oportunidad más. Si aún no se había acostumbrado a la ausencia de su abuela a pesar de haber transcurrido siete años, mucho menos deseaba el desafío de asumir que su abuelo también los dejaría.

El móvil empezó a vibrar. Sus hermanos respondieron casi al mismo tiempo. Estarían en el hospital a primera hora, incluso Enzo que tenía guardia. Ambos mostraban su alegría de que el abuelo despertase. Les dijo que el abuelo estaba bien, lúcido, y que con ganas de regresar a casa. Arturo estaba convencido de que ahora sus hermanos dormirían mucho mejor.

Suspiró largamente. Ahora habrá que cuidar a su abuelo y no dejarle solo, convencerlo de que necesita ayuda. Creo que voy a pasar una larga temporada en casa con él, pensó. El surf me vuelve loco, pero ahora mismo mi abuelo y mis hermanos son lo más importante. Las raíces, la familia. A mi abuelo aún le quedan muchos años por delante. Es un luchador, siempre lo ha sido, y lo necesito conmigo.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, el médico celebró que Juan hubiese recuperado la consciencia. Sin embargo, comprobó que la movilidad había quedado seriamente dañada, por lo que inició los trámites para solicitar el volante de autorización para usar el servicio de fisioterapia del hospital. Debería presentarse a diario, y si no acudía por cualquier motivo tenía que justificarlo o perdería la plaza.

—Estamos saturados —dijo el médico con seriedad—, por eso los pacientes y los familiares deben comprometerse. Si no es así hay que dejar espacio para los que vienen.

Les dijo también que era imprescindible la fisioterapia para que Juan recuperara la plena funcionalidad de brazos y piernas. Y que no sería de la noche a la mañana; al contrario, llevaría su tiempo, pero si se trabaja con disciplina, el abuelo recuperaría su calidad de vida.

—¿Cuándo le dan el alta? —preguntó Arturo.

El médico asintió, comprensivo, pues era una pregunta natural. Cada día se la formulaban como cientos de veces.

—No hay que precipitarse —dijo, mientras se colocaba el bolígrafo en el bolsillo de la bata —. Todavía está en observación, pero si todo va como espero. Es decir, que los resultados de neurología son correctos, mañana a esta hora ya estará en casa.

A pesar de las circunstancias, el día pasó con relativa celeridad. Durante la mañana, mientras que Enzo trabajaba y Arturo pasaba por casa para ducharse y dormir (aún seguía con el *jet lag*), Darío acompañó al abuelo. Aunque su trabajo como farero implicaba una considerable carga de papeleo administrativo, sobre todo por las mañanas, se las arregló para terminarlo antes de lo previsto y dar el relevo a su hermano.

Darío recordó aquella vez, cuando era adolescente, que tuvo que quedarse en casa para pasar la varicela, y cómo su abuelo le organizó una sesión de las tres películas de «Regreso al futuro» para que no se aburriese. Ahora los papeles se cambiaban y era Darío quien velaba por él.

Por la tarde, después del almuerzo, llegó Arturo y Darío se fue al faro, su reino de calma y soledad, desde donde contemplaba el mar en todo su esplendor. Allí, desde lo más alto, había volcado su angustia cuando el abuelo pasaba horas y horas en el hospital y no se despertaba. La simple visión del horizonte, lejano y uniforme, le relajaba de una manera que resultaba difícil de explicar.

Cuando tres años atrás aprobó las oposiciones y, a sus treinta y seis años, se ganó el puesto de farero en Puerta del Mar, lo primero que hizo fue subir a lo más alto, soltar un largo suspiro y dejarse invadir por la alegría de conseguir un puesto con el que soñaba desde hacía tiempo. Su abuelo, que estaba junto a él en aquel día, asintió con la cabeza.

—Darío, has conseguido algo que muchos sueñan y pocos consiguen —dijo, mirándole con orgullo—. No sabes lo feliz que me hace que por fin te establezcas en Puerta del Mar. Este es tu

sitio, tu casa. Aquí es donde debes estar.

—A veces hay que alejarse para saber lo que pierdes —dijo, sonriendo con timidez.

—Sí, pero te alejaste demasiado y solo supe de ti a través de las cartas que me enviabas desde cada puerto, a cual más exótico y lejano. Nunca te lo dije, pero cuando me anunciaste que te ibas como marino mercante me dejaste desconcertado, pero sobre todo, preocupado.

—Necesitaba encontrarme a mí mismo. Llevaba muchos años perdido y no sabía que hacer con mi vida, ya lo sabes.

—Tu abuela y yo lo sufrimos. Quiero pedirte perdón si no supimos gestionar bien el dolor que sentías por lo de tus padres. Lo hicimos lo mejor que pudimos, Darío.

—Abuelo, no te culpes de eso. Os hicisteis cargo de nosotros y te estoy agradecido, mucho más de lo que imaginas. Si hubierais dicho que no, quizá ahora estaríamos viviendo en Italia con los abuelos maternos.

—Es posible —admitió Juan—. En el trayecto vital de cada persona hay dos o tres momentos decisivos que pueden hacer cambiar el rumbo. Pero, déjame decirte una cosa antes de que se me olvide, pues mi memoria ya no es como la de antes. Si tus padres vivieran se sentirían orgullosos de ti.

Deseaba llevar a su abuelo de nuevo al faro para que ambos lo contemplasen en silencio, disfrutando de la brisa marina. Por fortuna, con él de vuelta a casa, su deseo estaba próximo a cumplirse.

Le gustaba cómo la brisa revoloteaba su cabello plateado y cómo expandía su mirada castaña y desgastada por los años. De alguna forma era como si mirase su propia vida, con asombro y también con admiración por todas las experiencias que había acumulado. A veces el mar brillaba bajo el ardiente sol, otras veces dormía en la profunda oscuridad, pero siempre latía con fuerza.

A Darío se le ocurrió de repente que quizá sería una excelente idea si el abuelo se iba a vivir con él. Arturo siempre estaba de viaje, a Enzo con las guardias de Salvamento le resultaría imposible. La gran ventaja de ser farero es que se dispone de la oficina en casa. Sin embargo, el abuelo amaba su casa de toda la vida y no sería fácil convencerle. Además, estaba Yarina, que era una más de la familia, aunque no vivía con el abuelo también debía contar con ella de alguna forma.

Tarde o temprano los tres hermanos Campos se sentarían para hablar de los cambios que debían producirse sin demora. Lo que era evidente es que el abuelo no podía vivir solo como hasta entonces. Habían tenido suerte una vez aunque era preferible no cometer riesgos.

También era necesario pensar en la gestión del Paraíso. El abuelo no renunciaría a ella pero al menos debía reducir su presencia. De nuevo, era un tema sobre el que también hablarían sin que él estuviese presente.

Desde el sillón, Darío miró cómo su abuelo dormitaba soltando algún ronquido que otro. En la mesilla de noche descansaba su novela favorita, «El conde de Montecristo» de Alexandre Dumas. La lectura era otra de sus pasiones y aunque se encontrara demasiado fatigado para leer, ya solo con la presencia del libro a su lado se sentía mejor.

~

—¡No quiero una silla de ruedas! —exclamó el abuelo—. ¿Habéis perdido el juicio? Puedo caminar perfectamente.

—Abuelo, no seas cabezota —dijo Arturo, con resignación.

—Haznos caso por una vez en tu vida —dijo Enzo.

El médico por fin había tramitado el alta y se disponía a abandonar la habitación. Después de dos días en el hospital, Juan no veía la hora de huir de ese edificio horrible.

—¿Cabezota yo? Ya verás.

El abuelo apartó la sábana de mala manera y se dispuso a levantarse de la cama, pero cuando quiso sacar las piernas no respondieron. A Enzo y a Arturo se les encogió el corazón. Con buen criterio, prefirieron guardar silencio y esperar a que se diera cuenta por sí mismo.

—Está bien, está bien —dijo Juan, abatido.

Arturo acercó la silla de ruedas al borde de la cama. Enzo le cogió del brazo y le ayudó a sentarse.

—Vámonos cuanto antes. Estoy cansado de este olor a gel. Qué ganas de llegar a casa. Ah, y vamos a pasar por el cine.

—¿A esta hora? —preguntó Arturo.

—Solo quiero ver que todo esté bien, aunque sea por fuera. Venga, ¿a qué esperáis?

—Nada, un pequeño detalle, abuelo —dijo Arturo—, que llevas puesta la bata, que tienes que vestirte, a no ser que quieras ir muy fresco.

El abuelo se miró perplejo y se llevó la mano a la cara, desolado.

—¿Por qué no me habéis dicho nada? Vaya birria de ayudantes que me acompañan.

Solo habían transcurrido dos días desde el ictus, pero cuando Juan contempló la fachada del Paraíso, sintió que habían pasado años. El cartel de la nueva película estrenada esa misma semana lucía con un abrumador colorido por encima de la entrada. El cine estaba ubicado en el centro de Puerta del Mar, en los bajos de un edificio de oficinas.

Su padre había tenido la magnífica idea de comprar el local y no alquilarlo. De lo contrario, el dueño tarde o temprano lo habría vendido a la empresa de construcción de turno para vender apartamentos.

Era un lugar céntrico, en plena avenida principal y a su lado había una óptica y una joyería. No muy lejos se encontraba el casco histórico, lleno de tiendas, souvenirs y restaurantes de *pescaíto frito*.

A Juan se le hinchaba el pecho cuando alguien le recordaba que el cine era uno de los negocios más longevos de la pequeña localidad costera.

—¿Cómo están Elena, Salvi y Rosa? —preguntó el abuelo refiriéndose a los empleados.

—Contentos de que estés bien —dijo Enzo—. Estos días lo han gestionado todo muy bien. Están deseando darte los datos de recaudación.

—Ayer fue el día del espectador, por lo tanto seguro que fue un buen pico. Dios sabe que lo necesitamos —dijo Juan.

La casa familiar era un viejo chalé de dos plantas, de paredes encaladas, un techo de tejas rojas y un amplio jardín limitado por un seto. Se encontraba en las afueras, en una barriada que era conocida como «el de las letras», puesto que todas las calles llevan nombres de ilustres escritores.

Juan sintió un hormigueo en el estómago cuando se detuvieron frente a la puerta. No recordaba cómo lo habían trasladado de la casa al hospital cuando sufrió el ictus. Lo último que acudía a su mente era que se había levantado del sofá para hacer alguna cosa. Al despertar en el hospital vio a Arturo, y eso fue todo. No se lo había confesado a nadie, pero tumbado en el hospital mientras su nieto hablaba por el móvil se sintió afortunado por estar vivo un día más.

Cuando Yarina, clavada bajo el quicio de la puerta de entrada, vio a Juan salir del coche juntó las manos como en una plegaria.

—¡*Porr* fin! —dijo con su característico acento ucraniano.

Era una mujer bajita, de unos cincuenta años, de pelo rojo y alborotado, en cuyos ojos resplandecía siempre la bondad. Llevaba la ropa acostumbrada cuando trabajaba en aquella época del año, una rebeca sobre una blusa de manga larga y unos vaqueros.

Llevaba siete años ayudando en casa, desde que la abuela Rocío murió. Se pasaba las mañanas para limpiar y preparar el almuerzo y cena, que dejaba en la nevera. Con el paso del tiempo, se había convertido en imprescindible.

—¿Cómo se *encuentrra* Juan? —preguntó.

Entre Arturo y Enzo le ayudaron a sentarse en la silla de ruedas.

—Con ganas de correr un maratón —dijo, irónico—. ¿Tú qué crees?

—Usted siempre tan dulce, ¿verdad? Le voy a preparar su comida *favorrita*.

—Espero que sea mejor que la de hospital —dijo, guiñando un ojo.

—Pues no se la coma, a mí me da igual —dijo haciendo una mueca, reflejando la divertida complicidad entre ambos—. Lo que tiene que *hacerr* es pagarme más.

—Ay, que me da otro ictus —dijo el abuelo, gesticulando.

Un par de ladridos anunciaron la presencia de Ron, el perro de la casa. Olisqueó a Juan y meneó el rabo con frenesí, tan contento como si le hubieran servido croquetas para el desayuno. Ya estoy aquí, muchacho, le dijo. ¿Me echaste de menos? Ron correteó por el jardín y después, con la lengua fuera, dio la bienvenida a los hermanos.

—Gracias por cuidar de la casa, Yarina —dijo Arturo.

—Encantada.

El sol se había ocultado entre las espesas nubes y soplaba una ligera brisa que mecía las copas de los eucaliptos. Desde la casa se contemplaba una extensa panorámica de la costa mediterránea. A lo lejos se veía el horizonte como una línea borrosa entre cielo y mar.

Entre Darío y Arturo llevaron en volandas al abuelo hasta su dormitorio, en la planta de arriba. Ron, curioso, se mantenía expectante. Cuando Juan volvió a ver su cama matrimonial sintió una oleada de felicidad. Sobre una de las mesitas de noche de madera, había una foto del día de su boda con Rocío junto a un viejo despertador. Cerca del armario había una cómoda donde descansaba un reproductor de discos de vinilo, regalo de los nietos cuando cumplió setenta años. Las cortinas blancas, descorridas, permitían que la luz entrara para llenar la estancia.

—¿Necesitas algo, abuelo? —preguntó Arturo.

—Unas piernas nuevas —dijo, ya tumbado en la cama.

—El médico ha dicho que hay muchas probabilidades de que recuperes movilidad.

—Qué sabrán esos matasanos —dijo, removiéndose.

Enzo ayudó a colocar cojines para que apoyase la espalda sobre el cabecero de hierro.

—¿Dónde está el inalámbrico? Tengo que hacer unas cuantas llamadas para la programación del mes que viene.

Los dos hermanos se miraron. Ambos habían pensado lo mismo. Alguien debía decirle que necesitaba descansar unos días, pero ¿quién se atrevía?

—Se está cargando la batería —dijo Enzo—. Te lo traemos cuando esté completa.

—¡Vaya por Dios! Tengo que hablar con Salvi para que me ponga al día de lo que ha pasado en el cine. ¿Habrán llevado la recaudación al banco? ¿Han renovado el permiso con la comunidad de vecinos para colgar el cartel en la fachada? Más vale asegurarse. Venga, manos a la obra, que el tiempo es oro.

Me encantaría llegar a su edad con el mismo entusiasmo y ganas por trabajar, pensó Arturo. Llevar un negocio nunca es fácil, pero el abuelo nunca se rinde.

~

A la hora del almuerzo, Arturo y Enzo bajaron al abuelo hasta la mesa del comedor. Yarina les había preparado una suculenta carne en salsa que olía de maravilla y como postre, arroz con leche. Después se había marchado en su *scooter* hacia su siguiente parada, una casa no muy lejos de allí. Todos comieron con un apetito voraz, salvo el abuelo que se encontraba desganado.

Darío se presentó un poco más tarde. Se excusó diciendo que había sufrido un problema con el equipo de radio de su despacho, y que él mismo había tenido que reemplazar la antena. Al finalizar tomaron café, cada uno fiel a su estilo. El abuelo, solo; Arturo, solo con hielo; Enzo, un espresso y Darío, con leche.

Durante el almuerzo Juan había sonreído con discreción, mientras veía a sus nietos hablar entre ellos sobre esto y aquello. Ellos estaban ahí por él, para cuidarle, y no podía sentirse más dichoso. Se sentía mal por el hecho de depender para que lo subieran y bajaran por las escaleras, por eso había rogado para que solo se tratara de unos días.

Más tarde, mientras el abuelo se tomaba la siesta en el dormitorio, los hermanos decidieron que era el momento idóneo para hablar. Se sentaron en el salón sabiendo que el abuelo se encontraba demasiado lejos para escucharles.

—Está deseando volver a ponerse al mando del negocio, y aún no se ha recuperado —dijo Arturo.

—Sí, es muy duro para él mantenerse al margen —dijo Enzo, sentado en medio de los otros dos—. Está acostumbrado a sus rutinas. Creo que tiene miedo a quedarse solo en casa.

—Busquemos soluciones —atajó Darío.

—Yo me voy a quedar aquí en casa una temporada —dijo Arturo—. La nueva temporada de surf comienza en un par de meses, pero si el abuelo me necesita, me tomo como una excedencia. Él ha hecho mucho por nosotros. Pero vosotros también debéis implicaros.

—Yo tengo las tardes libres —dijo Darío—. Vendré para hacerle compañía y así tú puedes hacer… tus cosas.

—Como liarte con una tía… —dijo Enzo.

—Si os contara lo que estaba haciendo cuando me llegó el mensaje —dijo Arturo, con un centelleo en los ojos—. Era una *influencer* de Nueva York o de Los Ángeles, no me acuerdo, y nos fuimos en su Ferrari a la habitación del hotel. Madre mía, qué cuerpo, para enmarcar.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Enzo con ironía.

—¿Casarme, yo? Ni loco. Soy muy joven. Antes se casa Darío.

—Pues no te queda nada por esperar —dijo Enzo, mirando divertido a Darío.

—Bueno, centrémonos en el abuelo —dijo Darío—. Tenemos que hablar sobre otro asunto importante. Hay que buscarle un fisio ¿o vamos al hospital para que lo traten?

—Yo pienso que el abuelo se merece la mejor atención posible, por eso voto por un fisio privado —dijo Arturo.

Los otros dos hermanos se mostraron de acuerdo. Ron, el spaniel del abuelo, soltó un ladrido que solo podía significar que daba también su consentimiento.

—¿Conocéis a alguno? —preguntó Darío.

—Yo conozco un par. Me trataron cuando tuve un problema con la rodilla aunque fue hace unos años —dijo Arturo.

—Pero ¿hacen visitas a domicilio? Ahora mismo al abuelo le cuesta caminar. El traslado a una consulta puede ser muy fatigoso.

—Yo sí conozco a un par de fisios que pueden venir a casa —dijo Enzo—. Trataron a un

compañero y quedó muy contento. Les voy a llamar para preguntar su disposición y la tarifa.

—Bien, pasemos a otro asunto importante —dijo Darío, con esa solemnidad que le caracterizaba—. El cine. ¿Cómo vamos a ayudar?

Enzo y Arturo se miraron el uno al otro hasta que el primero se decidió a hablar.

—Elena es la que lleva más tiempo —dice Enzo—. Ella puede ser sus manos y sus pies en el cine. Nosotros nos presentamos si hay que supervisar o si el abuelo nos lo pide. Yo por las guardias soy el que más limitado está, pero contad conmigo para lo que sea en mis días libres.

—Gracias, hermanito —dijo Arturo.

—El abuelo no se puede pasar todo el tiempo en casa —dijo Darío—. Le llevaremos a comer a algún restaurante, o le traemos a casa a alguno de sus viejos amigos.

—Me gusta la forma en la que nos estamos organizando —dijo Arturo, frotándose las manos.

Pensó que al menos disfrutaría de las tardes para quedar con sus amigos en la playa o acudir a algún concierto. Además, como era tradición, tenía que celebrar con ellos el triunfo en el campeonato. Invitaría a unas rondas y se lo pasarían bien hasta bien entrada la madrugada. Le esperaba una excitante primavera.

Ron, que se había ausentado, regresó con la correa en la boca. La dejó caer sobre la alfombra para que los tres hermanos se acordaran de él y terminaran el parloteo.

—Y habrá que sacar a Ron a sus paseos diarios —dijo Darío.



Arturo se ofreció voluntario para pasear a Ron. Vivían en un barrio residencial y como todo a su alrededor eran chalés, cuando salían evitaban atarle salvo cuando se cruzaba con otros perros.

A unos doscientos metros había una calle con una farmacia, una panadería y varios restaurantes. Los viernes por la tarde, cuando eran adolescentes, sus abuelos solían dar dinero a los tres hermanos para que se compraran un bollo en la panadería. Ellos elegían entusiasmados, entre un surtido variado, siempre una palmera de chocolate.

En el camino de vuelta cada uno la comía de una manera diferente. Arturo, ansioso, la devoraba en siete u ocho bocados, los carrillos llenos a reventar. Enzo se la comía a trocitos más o menos del mismo tamaño que partía con la mano. Darío se la comía con fruición a la manera tradicional, cada bocado como si fuera un degustador profesional de palmeras de chocolate.

Arturo evocó cómo el sabor dulce del hojaldre le llenaba el paladar. ¿Hacía cuánto que no se comía una? No lo recordaba con exactitud, pero al menos unos cuantos años y estaba convencido de que la había comprado en otro establecimiento. Mientras que Ron se dedicaba a olisquear todo aquello que se le ponía por delante, Arturo pensó que sería una excelente idea si compraba tres palmeras de chocolate para sus hermanos y otra para el abuelo, otro amante del dulce.

Aprovecharía que ahora ellos estaban en la casa, así que fue a la vieja panadería que acababa de abrir en el turno de tarde. El dueño, don Julián, reconoció a Arturo. Era un hombre de unos sesenta años, con una poblada barba canosa y unos ojos pequeños detrás de las gafas de lentes gruesas. ¿Cómo está tu abuelo?, le preguntó, transmitiendo un enorme cariño hacia el anciano. Las noticias vuelan en el barrio, pensó Arturo.

Después de que le contara que el abuelo ya había salido del hospital, el dependiente estuvo a punto de no cobrarle por las palmeras, pero Arturo insistió y el buen hombre accedió, pues había sido un día flojo en ventas.

Al regresar a casa, sus hermanos, después de recoger la mesa y colocar los platos en el lavavajillas, estaban sentados en el salón viendo un vídeo en el móvil de Enzo. Se trataba de un

reportaje de la televisión local sobre los tripulantes de los buques de Salvamento Marítimo. Enzo, vestido con el uniforme y a mando de la embarcación, aparecía respondiendo con mucho aplomo las preguntas de la periodista.

Cuando Arturo les mostró las palmeras, agrandaron los ojos y se relamieron, por lo que pausaron el vídeo y se dispusieron a deleitarse con ese inesperado obsequio.

—¡No pongáis todo perdido de migas! ¡Usad los platos! —exclamó Arturo, y de repente se dio cuenta de que sonaba como su abuela.

Subió las escaleras acompañado de Ron y entró en el dormitorio del abuelo. Estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados y roncando a pierna suelta.

Le guardaré la palmera para la merienda, se dijo, imaginando el centelleo de alegría en su mirada.

—Abuelo, vaya susto de muerte nos has dado —murmuró, sabiendo que no le oiría.

Estaba a punto de salir del dormitorio, cuando algo le llamó la atención. Había un calcetín de color rojo sobre la cómoda, como si alguien —Yarina tal vez— lo hubiera dejado a la espera de encontrar su par. Sonrió. Los objetos tienen vida propia, seguramente el otro calcetín haya decidido fugarse en busca de una nueva vida. Será difícil encontrarlo.

Cogió el calcetín y abrió el segundo cajón, donde guardaba el resto. Todos ellos de una gama de color muy parecida, oscilando entre el negro y el gris. Su abuelo nunca dedicaba mucho tiempo al vestuario, por eso en cada Navidad se le regalaban toneladas de calzoncillos y calcetines. Era una apuesta segura.

Por el rabillo del ojo, unas hojas de color blanco, dobladas, asomaban bajo los calcetines. Se fijó en que se trataba de varios sobres abiertos. Le extrañó que estuvieran ahí. Su abuelo solía guardarlas en el escritorio del salón. Un viejo mueble que perteneció a su padre y que se pasaba de generación en generación. En unos de los cajones habían grabado las iniciales del primer dueño.

Cogió las cartas. El remitente era el banco March, el de toda la vida; y el destinatario, el abuelo. Cada martes acudía a la sucursal del centro para actualizar la libreta. Le gustaba mantener en orden sus cuentas.

Arturo dudó si leer las cartas. Suponía violar la privacidad de su abuelo, pero sentía un mal presagio por haberlas encontrado fuera de su lugar habitual. ¿Por qué las habría escondido? ¿O solo había sido un despiste? Miró a su abuelo, que seguía roncando. Después miró a Ron, pero este decidió marcharse para no verse implicado si el abuelo se enfadaba al enterarse.

Por fin, eligió una al azar y la abrió.

—Seguramente no será nada —musitó.

Doblada en tres pliegues, no era muy extensa, apenas unos cuantos párrafos escritos a máquina y con ese tono gélido e institucional.

Al terminar de leer, negó con la cabeza mientras soltaba un suspiro angustioso. Jamás pensó que eso le pudiera suceder al abuelo. ¿Por qué no había dicho nada? Ignoraba la respuesta pero una cosa tenía clara: se avecinaban problemas.

CAPÍTULO 3

Bajo un cielo plomizo, la pelota de baloncesto entró limpia en la canasta que se erguía junto al garaje.

—¡Toma ya! —exclamó Enzo, agitando el puño delante de la cara del hermano mayor de los Campos.

—Eso no ha sido más que suerte —dijo Darío con desdén.

—La envidia del perdedor.

—Aún no se ha terminado el juego, pequeño aprendiz —dijo, botando la pelota con mirada desafiante.

Con objeto de zafarse del marcaje de su hermano, Darío hizo un amago de entrada a canasta, frenó en seco y lanzó en suspensión a canasta. La pelota rebotó en el aro con cierto suspense, aunque acabó entrando en la red. Como había sido un tiro lejano contaba el doble de puntuación.

—No vale la canasta, han sido dobles —dijo Enzo—. Jugada invalidada.

Darío soltó una estruendosa carcajada. Sabía que a su hermano no le agradaba perder, pero de ahí a inventarse las faltas…

—Ya no sabes qué hacer para ganar —dijo Darío, con la frente perlada de sudor.

Ambos jugaban con pantalones cortos y sin camiseta, los torsos fibrosos y esculpidos que parecían obra de un escultor renacentista.

—No pienso darte mi palmera de chocolate así como así —dijo Enzo—. Hay que respetar las reglas.

—Como no me des la palmera que nos hemos apostado y que te he ganado *limpiamente* tú verás… —dijo Darío.

Jugar al baloncesto siempre había sido el deporte oficial de los hermanos, en el que relucía la enorme competitividad de los Campos.

—Doble o nada —dijo Enzo, admitiendo la derrota.

Por tradición, Darío sabía que ante ese nuevo desafío no podía negarse. De lo contrario, su hermano le acusaría de ser un gallina y Arturo se sumaría a la burla. Desde que eran pequeños era la táctica infalible para seguir jugando.

—¿No te cansas de perder? —preguntó Darío.

Enzo bebió un trago de refrescante agua de una botella. Una gota de sudor se deslizó por su abdomen recreándose en cada uno de los perfectos y duros abdominales.

—Solo en tus sueños me ganas dos veces seguidas —dijo.

—Como hermano mayor siempre he tenido el remordimiento de no dejarte ganar las suficientes veces.

—Ya veo que aquella vez que de pequeño el columpio te pegó en la cabeza ha dejado graves

secuelas de memoria.

—Basta de cháchara —dijo Darío con el rictus serio—, prepárate para morir.

Arturo llegó unos minutos después con las cartas del banco en la mano. Tomó aire sabiendo que tendría lugar una conversación incómoda para los tres, pero era sus hermanos y debían estar al corriente del grave problema que acechaba a la familia.

—Tenemos que hablar —les dijo—. Es urgente.

Minutos después, se sentaron de nuevo en la enorme mesa del salón, con Arturo a un lado y sus hermanos justo enfrente. Llevaban puestas las camisetas y se habían secado el sudor. Arturo tomó la palabra.

—Por casualidad he encontrado estas cartas en el dormitorio del abuelo —las dejó al alcance de sus hermanos—. Son del banco.

—¿Qué dicen? —preguntó Enzo con ansiedad.

—Que si no paga lo que debe embargarán el cine.

Darío se masajeó los párpados, como si sufriera de un dolor de cabeza. Enzo echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo suspiro.

—¿Sabíais algo? —preguntó Arturo, mirándoles fijamente.

Respondieron que no.

—¿Cuánto debe? —preguntó el hermano mayor.

—En total, unos cincuenta mil euros.

—¿Cincuenta mil? —dijo Enzo—. Es una brutalidad de dinero.

—Lo sé —dijo con resignación—. Pero hay que hacer algo. Es evidente que no vamos a dejarle en la estacada.

—Tenemos que hablar con él —dijo Enzo.

—Sí, en cuanto se despierte.

Arturo se fijó en que Darío tenía la mirada ausente. Lo conocía bien, estaba rumiando algo.

—¿En qué piensas?

Darío respondió después de unos segundos.

—Quizá esa fue la causa del ictus, o una de las razones. La preocupación también es perjudicial para la salud.

—Puede ser, sí —convino Enzo.

—Si no nos dijo nada, está claro que fue para no preocuparnos.

—Lo debe de haber pasado mal estos últimos meses —dijo Darío—. Y nosotros sin saber nada, sin preguntarle o interesarnos de verdad por él o el cine.

Los tres guardaron silencio. En los últimos años, cada uno se había volcado en sus respectivas vidas con tal intensidad que habían descuidado al abuelo creyendo que estaba forjado de hierro. Arturo en su carrera como surfista, Darío en su vida de bohemio en el faro y Enzo absorbido por sus largas horas patrullando en alta mar.

—Eres el único que vive con él, Arturo, ¿cómo no te has dado cuenta? —acusó Enzo.

—¡Viajo continuamente! —exclamó, sintiéndose herido—. Además, ¿qué hay de ti? ¿Qué haces en tus días libres?

—Tengo un trabajo muy duro y necesito desconectar. Ya me gustaría pasar el tiempo todo el día en la playa como tú.

Arturo, con los puños bien apretados, siempre con la sangre caliente, se levantó de un salto de la silla y se encaró con su hermano antes de que Darío pudiera reaccionar. No iba a permitir que nadie le acusara de indolente y mucho menos hacia su abuelo.

Enzo dijo que no le tocara, pero Arturo le empujó. Se agarraron como cuando eran pequeños,

y dilucidaban sus problemas con patadas y puñetazos antes de que la abuela los regañara. Darío, no sin esfuerzo, se interpuso y se afanó para separarlos. Es como separar dos trenes de mercancías, se dijo. Pero al final lo logró.

Lo que no esperaba es que sus hermanos se revolvieran contra él. Arturo le achacó que viviera a media hora y apenas se pasara por casa. Enzo se mostró de acuerdo con el reproche. Que ya estaba bien de vivir en su *reino* aislado de todo el mundo, como un monje.

—¡Dejadme en paz! —Se defendió Darío—. ¡Es mi vida y hago lo que me da la gana con ella!

—¡Eso se llama egoísmo! —dijo Enzo, a un centímetro de la cara de Darío.

—¡Tú no eres mejor que yo, Enzo! ¡Yo vivo en el faro y tú en el mar, a un millón de kilómetros de tu familia!

Ahora fue el turno de Arturo de separar a sus hermanos antes de que empezaran a forcejear como si practicaran la lucha libre. Pero de repente el abuelo asomó por las escaleras, apoyándose en la barandilla con las dos manos.

—¿Se puede saber qué demonios os pasa? ¿Os estáis peleando? No doy crédito.

Arturo se olvidó de sus hermanos y salió raudo hacia él. Enzo también fue. Ambos le ayudaron a bajar con cuidado y lo sentaron en su sillón favorito, uno viejo y reclinable. Darío le trajo un vaso de agua de la cocina y lo dejó sobre la mesita de cristal.

—A ver, qué pasa, muchachos —dijo mirando a los tres, quienes también se habían sentado en el sofá.

Darío le hizo una señal con la mano para que Arturo desvelara el motivo. Tarde o temprano debían abordar la situación.

—Abuelo, por una casualidad me encontré con las cartas del banco —dijo, señalándolas sobre la mesa—. Sabemos que hay un problema y muy gordo.

El abuelo tragó saliva y enterró la mirada en el suelo, sintiéndose avergonzado. Hubiera dado un brazo para que no lo supieran, pero ahora tenía que afrontar la verdad.

—Como ya habréis leído, al Paraíso le quedan tres meses para declararse en bancarrota —dijo, con la mirada vidriosa—. Llevamos seis meses con unas recaudaciones paupérrimas. Además, las distribuidoras cada vez quieren mayor margen de beneficio, o nos piden que modernicemos el proyector con el dinero de nuestro bolsillo. Por si esto fuera poco, venimos arrastrando problemas económicos desde la pandemia. Muchachos, todo está en contra y ya no tengo el empuje de cuando era joven.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Enzo.

—No quería preocuparos —dijo, encogiéndose de hombros—. Y pensé que de alguna u otra forma saldríamos adelante. Ya me conocéis, siempre he sido una persona optimista.

—¿Y si pides una hipoteca sobre esta casa? —sugirió Darío.

—Ya está hipotecada. Por más que lo pienso no encuentro soluciones y ahora me dio el puñetero ictus. Los reveses de la vida, qué puedo decir.

—Abuelo, no vas a perder el cine. Los tres te ayudaremos —dijo Arturo, mirando a sus hermanos, quienes asintieron con determinación.

El corazón de Juan latió con fuerza.

—Gracias, muchachos, pero es una guerra en la que no quiero involucraros. Sois jóvenes, vivid a tope, como se dice ahora, construid vuestras vidas y no dejes que el pasado sea un lastre. Y si es el fin del Paraíso… que lo sea. Mi padre y mi abuelo lo entenderían.

Después de que llevaran al abuelo a su dormitorio, los hermanos se quedaron en silencio en el salón, cada uno ensimismado en sus pensamientos sobre lo que acaban de presenciar. Cada uno notaba sobre sus hombros el peso de la responsabilidad, el peso de lo que significa ser un adulto. Alguien dijo una vez que la vida todos los días te pone a prueba y ahora ellos lo sentían en sus carnes.

—Es hora de coger el toro por los cuernos —dijo Arturo—. Necesitamos soluciones.

—Hay que hablar con el banco y pedir una moratoria —sugirió Darío.

—Crear una cuenta conjunta de los tres donde cada uno pongamos dinero —dijo Enzo.

—Lo que se debe son cincuenta mil euros —dijo Arturo—. Necesitamos algo más, mirar a largo plazo.

—Sí, pero ¿el qué?

Debido a que Enzo había quedado con compañeros de trabajo para tomar unas cervezas, se pospuso la reunión. Mañana me pasaré por la mañana para cuidar del abuelo, prometió. Ah, y traeré un fisio.

Darío se quedó en casa para que Arturo dispusiera de la tarde libre, así que el hermano mediano cogió su vieja furgoneta y se marchó a la playa con Ron para airearse. El viento soplaba con demasiada fuerza y la bandera roja de prohibido bañarse ondeaba en la torre de los socorristas.

Mientras Ron correteaba feliz por la orilla y jugaba con los perros que aparecían para saludar, Arturo, cabizbajo, no dejaba de darle vueltas a la cabeza sobre el problema del Paraíso.

Había una parte de él que deseaba aconsejar a su abuelo que era mejor venderlo. El cine estaba situado en el centro de la avenida que dividía en dos Puerta del Mar, y a buen seguro encontraría un comprador dispuesto a poner una oferta razonable sobre la mesa.

Por otro lado, era un final muy triste para un proyecto familiar que había pasado de generación en generación. Él nunca se había detenido a pensar lo que ocurriría al cine una vez que el abuelo ya no estuviera. Quizá de alguna manera inconsciente esperaba que alguien lo comprara para seguir con el negocio. Se le ocurrió que los tres hermanos continuaran el legado del abuelo. Cada uno aportaría el dinero que pudiese, pero ¿quién se encargaría del día a día del negocio?

Recordó que su vuelta a Puerta del Mar era transitoria, que se había dicho que cuando su abuelo estuviera recuperado retomaría la competición, los viajes, los triunfos y las chicas, en suma, su modo de vida. Pero la noticia de la fuerte deuda al banco suponía un nuevo e inesperado obstáculo. Era como si algo, una fuerza desconocida, hiciera todo lo posible por retenerlo.

Los ladridos de Ron resonaban en el aire. El cielo seguía pintado de un color ceniciento y las olas se veían agitadas y peligrosas. Su largo cabello se revolvía pero no le importaba, seguía concentrado en sus reflexiones.

Me encantaría meterme el agua ahora mismo. Cabalgar esa enorme ola y dejarme llevar. Solo ahí siento que soy yo mismo. Es como si necesitara emociones fuertes, la descarga de adrenalina, la sensación de velocidad… Me ocurre desde pequeño, nunca paraba quieto. Y aquí en Puerta del Mar estoy limitado, lo conozco tan bien que ya nada me sorprende. ¿Cómo te ves en el futuro, Arturo? En Hawái, sí, me encantaría tener una casa en la mismísima orilla y estar todo el año con camiseta y bañador. Montaría una escuela de surf para ganarme la vida y vendría aquí a pasar las Navidades, por ejemplo. Darío y Enzo viven aquí. Ellos y Yarina cuidarán del abuelo, sí. No me necesitan.

¿He dicho Hawái? También Bali me parece cojonudo. Si es que el mundo está lleno de

playas brutales, y en cada una de esas playas hay chicas en bikinis que me esperan. El verano está a las puertas y las chicas enseñarán los hombros, el vientre, las piernas, el canalillo…

Arturo, se te va la cabeza. Ahora has de pensar en el abuelo y en la forma de ayudarle. ¿Cómo conseguir el dinero? Si pudiera vendería todas mis tablas, pero la que más vale solo llega hasta los tres mil euros. Mamá, papá, ¿se os ocurre algo? Echadnos un cable. Allá arriba seguro que hay buenos consejeros, a ver si nos inspiráis con una buena idea. Necesito arreglar todo cuanto antes y retomar mi futuro.

~

Iris Robles comprobaba delante de la pantalla de su ordenador las últimas transacciones del banco. Su jefa, Catalina, había solicitado un informe sobre la renta per cápita de Puerta del Mar, y como siempre lo había pedido para ayer. Lo llevaba bien encauzado porque la base de datos no se había colgado de la nube, así que pensó que lo terminaría al final de la jornada.

Desde su escritorio contemplaba, a través de una enorme luna, la avenida principal. A esa hora de la mañana los negocios empezaban a abrir, y los primeros clientes formaban cola para entrar en la sucursal en medio del frío primaveral.

A pesar de que no llevaba viviendo mucho tiempo en Puerta del Mar, reconoció a Lina, que solía abonar sus recibos los martes y los jueves. Dentro de unas horas acudiría Pepe a realizar una transferencia, siempre la misma cantidad cada semana: ciento veinte euros para su hija que estudiaba en Zaragoza.

Procuró no distraerse y volver al informe, pero cuando vio que doña Mari Ángeles, una pensionista de avanzada edad, tenía problemas con el cajero automático se acercó para ayudar.

—Buenos días, Mari Ángeles —dijo Iris con una sonrisa—. ¿Viene a retirar, verdad?

La buena mujer entornó los ojos, agradecida.

—Ay, hija, qué bien que estás aquí. Nunca me aclaro con el cajero. Tiene tantos botones y tengo miedo a equivocarme. ¡Soy muy torpe para la tecnología!

Iris le acarició el hombro.

—No se preocupe. Aquí estamos para echar una mano. ¿Cuánto quiere sacar? —preguntó mientras con un gesto le pedía la tarjeta bancaria.

—Cuarenta euritos. Viene mi hermana de Murcia y quiero regalarle un detallito, ya sabes. Le encanta el flamenco y hay un concierto, ¿sabe usted?

—No lo sabía. ¿Dónde?

—En la cantera, en las afueras.

—Tengo que admitir que soy una inculta del flamenco. A mí me gusta Malú. ¿La conoce?

—Me suena. A ver cántame una canción suya, a ver si así caigo.

—¿Cantar, yo? —dijo con espanto—. No, que llueve seguro.

Iris metió la tarjeta y le pidió a Mari Ángeles que tecleara el pin de seguridad. Seleccionó el importe y a los pocos segundos los billetes estaban disponibles. La anciana juntó las manos como en una plegaria y después se guardó el dinero en el bolso.

—Me has alegrado el día, corazón —le dijo, y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—A seguir bien, Mari Ángeles.

Iris regresó a su escritorio lamentando que los bancos no prestaran más ayuda en el mostrador, como antes. Esa era una de las ventajas de trabajar en el banco, recibir el agradecimiento sincero de los clientes.

Había empezado su carrera en Londres, ciudad en la que había cursado los estudios de

administración de empresas por medio de una beca. Gracias a sus excelentes calificaciones encontró unas prácticas muy envidiadas en uno de los mejores bancos del mundo. Sin embargo, después de tres años pidió el traslado a España de forma repentina.

Su preferencia había sido Madrid para vivir cerca de sus padres, pero las posibilidades eran muy escasas y decidió aprovechar el primer tren que se cruzó por su camino: Puerta del Mar.

No le costó adaptarse, enseguida supo valorar la calma y la sencillez de la pequeña ciudad, en comparación con el bullicio y agobio de una gran capital. La diferencia radicaba sobre todo en las caras de las personas. Allí, circunspectas. Aquí, risueñas. Sin duda, el clima, de un sol radiante la mayor parte del año, ayudaba a mantener el espíritu alegre y eso la reconfortaba.

Sus padres, Carmen y Antonio, ya la habían visitado en más de una ocasión, hospedándose en el apartamento de Iris. Aunque de reducidas dimensiones, era más que suficiente para albergar a tres personas, sobre todo usando el sofá como cama. Los había llevado a la playa a comer pescado, a las termas romanas, al casco antiguo y al paseo marítimo, poblado de tiendas y restaurantes.

Todo el mundo lo decía. Ella guardaba un asombroso parecido con su madre, que era también una mujer muy hermosa, reina de las fiestas del pueblo en su juventud. Iris tenía la piel clara con algún lunar que otro en el cuello, unos ojos azules almendrados y unos labios carnosos. Su cabello rubio tocaba los hombros, aunque en casa le gustaba recogerlo en una coleta.

La mañana en que conoció a Arturo Campos vestía con elegancia, un chaleco sin solapas sobre una blusa blanca y unos pantalones holgados a cuadros. Llevaba unos pendientes en forma de media luna, regalo de su mejor amiga en Londres, y que le reveló que los había comprado en el mercado de Portobello.

Tenía veintinueve años y satisfecha con esta nueva etapa en la pequeña localidad costera. ¿Existía la posibilidad de que en un futuro pudiera solicitar el traslado a Madrid? No lo descartaba. Ella ansiaba una próspera carrera en su empresa y vivir en una casa con jardín, por eso se volcaba en su trabajo con profunda devoción. También creía en las etapas, en los ciclos de la vida y el suyo acababa de empezar.

No se lo había dicho a nadie del trabajo, pero por primera vez se había apuntado a Tinder y ya había tenido una cita con un chico. Joven, complexión fuerte, limpio y practicante de kickboxing. Un polvo en el coche, rápido, seguro y sin complicaciones.

Él había intentado concertar una segunda cita, pero Iris ante su insistencia lo había bloqueado. Creía en el amor, por supuesto, pero aún no había encontrado a ese hombre que le provocara un largo suspiro con solo pronunciar su nombre.

Estaba a punto de terminar el informe, pero antes de anunciarlo a su jefa, prefería repasarlo de nuevo. La última vez que le encargó un informe —sobre el potencial de un nuevo seguro— se vio en la obligación de rehacerlo por completo. Además de puntillosa, Catalina era conocida por su rigurosidad para cumplir los protocolos establecidos por el banco. Como directora de la sucursal, su responsabilidad a veces le hacía perder los nervios.

—Iris, por favor, ven a mi despacho —le dijo Catalina con tono serio al acercarse a su mesa.

Se levantó y la siguió. Uno de sus compañeros le hizo una mueca como si se avecinara una regañina, aunque bien podría tratarse de una broma, algo muy característico de Morgan.

El despacho de Catalina tenía una mesa de cristal, un ordenador de pantalla grande y varios cubiletes llenos de bolígrafos y rotuladores, así como pósit y clips. Sobre una bandeja se acumulaban los papeles. Detrás de ella, la ventana dejaba entrar luz a raudales.

—A ver cómo digo esto sin ser una borde —dijo Catalina, apoyando los antebrazos sobre el cartapacio—. He visto cómo ayudabas a esa clienta con el cajero. No es la primera vez. ¿Sabes

por dónde voy, verdad?

—Catalina, necesitaba ayuda.

—Todos necesitan nuestra ayuda. Somos un banco. Si estuviéramos abiertos las veinticuatro horas esto sería un goteo incesante de gente. Tenemos que ser rentables y eficientes, y eso implica que se usen los cajeros para las tareas básicas con objeto de que nosotros nos dediquemos a otros asuntos. Ya lo sabes.

—Se pueden hacer excepciones. Es gente mayor que no han crecido con ordenadores como nosotras.

—No es culpa nuestra, Iris. Tenemos unos objetivos que cumplir en un plazo de tiempo muy limitado. Si no lo conseguimos, me presionan a mí y yo os tengo que presionar a vosotras. Las situaciones personales de los clientes nos desconcentran y eso hace que tengamos errores. Recuerda que quien paga los salarios nos evalúa todos los días.

Iris volvió a su escritorio refunfuñando. Consideraba que había sido una regañina tonta por un simple gesto de ayuda al cliente. No, se equivocaba Catalina. Nuestros jefes eran en realidad los clientes. Sin ellos no existirían los puestos de trabajo.

Cuando terminó el informe, se lo envió por correo a Catalina y se concentró en su siguiente tarea. Revisar los clientes que habían incumplido las cuotas de los préstamos y, si era necesario, enviar las cartas de requerimiento. Había un nombre que le causaba una especial inquietud. Juan Campos, el propietario del cine Paraíso, un hombre de una edad avanzada que había cumplido su compromiso con el banco sin falta un solo mes durante diez años, pero ahora todo había cambiado.

Había estado una vez en el Paraíso. Ella se había decidido a ir sola a ver una película, una comedia romántica protagonizada por Sandra Bullock y el macizo de turno. Total, como nadie la conocía en Puerta del Mar.

En cuanto pisó el cine supo que se encontraba en un lugar especial. En Londres, los cines eran majestuosos, con pantallas enormes, pasillos anchos y butacas de piel. Sin embargo, le parecían fríos e impersonales. El Paraíso era pequeño pero acogedor, con ese olor maravilloso de las palomitas llenándolo todo. Los empleados de la taquilla y el bar sonreían; se les veía que disfrutaban con su empleo. Los pasillos estaban forrados por carteles de películas antiguas, algunas en blanco y negro.

Al entrar a la sala envuelta en la penumbra, percibió un cosquilleo que le recordó al cine de su barrio madrileño, donde solían llevarle sus padres una vez al mes. La taquillera se sabía incluso su nombre. Por desgracia, no hacía mucho que le habían dicho que ese cine había cerrado para construir un edificio de apartamentos.

Al finalizar la película, de regreso a su apartamento se sintió mecida por la nostalgia de la niñez.

—La magia del cine —murmuró para sí misma.

Iris pensó que nunca deberían dejar de existir los cines donde se palpa la pasión genuina por el séptimo arte. Detrás de la mayoría de los propietarios de las cadenas de cine había una empresa que solo buscaba el rendimiento económico. El Paraíso, por el contrario, estaba regentado por un hombre que había hecho del cine su modo de vida. Era maravilloso encontrar estas pequeñas joyas en lugares imprevistos.

~

Desde la *break room* donde Iris se tomaba un café, le llegó el ruido de una discusión en el

mostrador. Dedujo que se trataba de un cliente airado por alguna gestión que no había salido bien. Solo distinguía la voz de su compañero Morgan, que intentaba apaciguar los ánimos.

Cuando Iris se acercó para apoyar, vio a un joven con el ceño fruncido que de pie hacía un gesto como de clamar al cielo. Era un treintañero alto y delgado, con una melena brillante y oscura. El rostro, bruñido por el sol. Vestía con una camiseta de color rosa y unos vaqueros ceñidos. Calzaba unas deportivas.

—¡Me parece indignante! —exclamó el joven, que era Arturo Campos.

—Cálmese, por favor —dijo Morgan con cierto hartazgo.

—¡No me diga que me calme! ¡Quiero hablar con el director del banco ahora mismo!

—Le he dicho que está reunido…

Detrás de Arturo se extendía una fila de clientes que empezaban a mostrar signos de impaciencia. Iris resolvió tomar cartas en el asunto y se situó junto a su compañero. Intercambió una fugaz mirada con Arturo, quien tenía los brazos en jarra y negaba con la cabeza. Qué atractivo, pensó ella. Aunque no dejó que eso le distrajera.

—Yo le atiendo para que la cola continúe.

—Gracias, Iris —dijo, Morgan, aliviado—. Te debo una.

Con un gesto de la mano, Iris pidió a Arturo que lo acompañara hasta su escritorio. Odiaba que los clientes se comportaran de forma prepotente y si fuera por ella los expulsaría del banco, pero su deber consistía en escucharles y empatizar.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó Iris.

Se fijó en la armonía de sus facciones, y en lo bien que le sentaba una fina barba que se veía aseada y recortada, otorgando a su cara un aspecto muy varonil.

—Quiero hablar con el director del banco. Es urgente —dijo Arturo, con la expresión crispada.

—La directora no está, y no sé cuándo vendrá. Puede hablar conmigo. ¿Qué ocurre?

Arturo valoró sus opciones mientras se esforzaba por aplacar la furia que le devoraba. El tiempo corría en su contra, puesto que había prometido a Yarina que volvería a casa antes de que ella tuviese que marcharse.

—Le están enviando cartas muy desagradables a mi abuelo —dijo, frunciendo el ceño—. Que si no paga, perderá el negocio.

—¿Cómo se llama su abuelo?

—Juan Campos, es el propietario del cine Paraíso.

Iris parpadeó, sorprendida porque esa misma mañana hubiera repasado el expediente y se hubiera dejado llevar por los recuerdos. Movió el ratón, hizo un par de clics y la pantalla le mostró de nuevo la ficha. Tengo que ser cautelosa con lo que digo, se dijo.

—Por política de privacidad de datos no puedo discutir este asunto con usted.

—Mi abuelo ha tenido un ictus y está en casa, recuperándose.

—Oh, cuánto lo siento —dijo Iris.

—Gracias —dijo, Arturo, más calmado—. Por suerte, solo ha sido un susto.

—Me alegro.

—Déjese de simpatías falsas. Usted y yo sabemos que de mi abuelo solo quieren su dinero, lo quieren recuperar a toda costa y si no, mejor para ustedes porque se apropiarán del cine para derruirlo y construir pisos.

—Eso no es…

—Queremos una moratoria y que reajusten la deuda —interrumpió, golpeando la mesa con el puño.

Sintió que los bellos ojos castaños de Arturo se instalaban muy dentro de ella.

—Ya se pidió una moratoria. Por desgracia, no hay más palancas que accionar —dijo ella, inclinándose sobre la mesa, dejando a las claras que no se dejaba intimidar.

—¿Cómo podéis ser tan desalmados?

La acusación le dolió en el alma. Era como si ese joven no se percatara de que ella era solo una empleada.

—Mire, el banco ha sido muy comprensible y paciente, pero está en su derecho de hacer valer un contrato firmado por ambas partes de acuerdo a los requerimientos de la ley.

—¡Y una mierda! —dijo, levantándose de repente—. Se aprovecharon de la necesidad de mi abuelo para exprimirlo hasta donde pudieran. Es lo que hacen con todos. Solo buscan el dinero a toda costa.

—Si eso es lo que piensa, está en su derecho.

—¿Cuándo podré hablar con la directora?

—Llamaremos a su abuelo —respondió ella, alzando la vista, abrumada por la presencia física de Arturo.

Él soltó una risotada sarcástica.

—Qué manera más elegante de deshacerse de mí.

—Buenos días —dijo, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

Sin poder evitarlo, Iris le siguió con la mirada. Arturo se fue negando con la cabeza. El andar era decidido y los vaqueros se ajustaban al trasero a la perfección. Cerró los ojos, como deseando que esa imagen desapareciera lo más rápido posible de su mente.

Cuando Arturo salió del banco y se sentó frente al volante de su furgoneta, soltó un largo suspiro. Sentía una mezcla de emociones. Por un lado, la desesperación por el problema de la acuciante deuda que había provocado la delicada salud del abuelo. Y por el otro, el remordimiento de haberse comportado como un capullo con aquella chica.

Cogió el móvil y llamó a Enzo. Si se encontraba cerca de la costa y la cobertura era óptima, siempre contestaba.

—En el banco me han dado una patada en el culo, tío.

—¿Qué esperabas, la alfombra roja?

Se le oía lejano pero con claridad.

—La directora ni siquiera ha querido hablar conmigo.

—Seguro que tú tampoco has sido muy diplomático. Ya estoy viendo que has montado un pollo.

—Vete a la mierda.

—Como hablamos, hay que organizarse. Darío echará un vistazo a las cuentas del cine, así sabremos cuál es la verdadera situación económica.

—Después tenemos que dar con un plan de viabilidad y convencer al abuelo.

—Exacto, pero puede que no tengamos mucho tiempo. ¿Cuándo te puedes pasar por casa?

—Mmmm… No sé si hoy. Esta noche tengo una cita.

—Pues te vienes pronto a casa. Tenemos mucho de que hablar los tres.

—¡Ni lo sueñes! ¡Lo que pasa es que tienes envidia!

—Como no vengas, te traemos de las orejas —dijo antes de colgar.

Una vez que la ira se fue evaporando de su organismo, quedó la imagen de Iris flotando en su mente. Recordó su discusión con ella y al hacerlo se sorprendió de un detalle que había pasado por alto. Era una mujer bellísima. Los ojos más azules que nunca había presenciado. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes en Puerta del Mar?

Seguro que es una treta de los bancos para que ningún hombre pueda centrarse en la reclamación, pensó. Una distracción, sí, eso es lo que es. Los bancos siempre jugando sucio, pues conmigo no lo conseguirán.

La furgoneta arrancó y se dirigió a casa por la avenida principal.

¿Cómo se llamará? Tengo que saber su nombre.

CAPÍTULO 4

La discusión entre el fisio y el abuelo se oía desde el piso de abajo. Sentados en el sofá, Arturo y Darío escuchaban todos los detalles, intercambiando de vez en cuando una mirada de resignación. Se les había ocurrido intervenir para apaciguar los ánimos, pero acordaron tácitamente esperar a que las aguas volvieran a su cauce.

El fisio era un chico recién graduado, primo de un compañero de trabajo de Enzo. Como venía recomendado, lo contrataron de inmediato para una única sesión. Si ambas partes estaban satisfechas, el plan era que acudiese a diario. La pregunta que rondaba desde el principio era ¿cómo se llevará con el abuelo? Pronto les llegó la respuesta.

—¡Este señor es inaguantable! —exclamó el fisio, maletín en mano a la vez que bajaba las escaleras.

Darío y Arturo no se sorprendieron. El abuelo era un hombre de gran corazón pero también un cascarrabias.

—No hace caso de nada de lo que le digo —continuó el fisio—. Todo lo discute. Si le pide que se tumbe, se queja. Si le pido que mueva la rodilla, también. Como todos los clientes sean así, dimito de mi profesión.

—¿Te esperamos mañana a la misma hora? —preguntó Arturo, bromeando.

La cara del fisio se volvió pálida.

—¡No!

Abonaron la tarifa convenida y le despidieron agradeciendo su paciencia. Después, junto con Ron, subieron al dormitorio para ver cómo se encontraba el abuelo.

—¡Valiente mequetrefe! —exclamó, tumbado en la cama, con un libro entre las manos—. ¡No sabe nada de su profesión!

—Abuelo, este es el segundo fisio. A este paso nos vamos a quedar sin opciones. Habrá que ir al hospital.

—¡Traedme alguien competente! No quiero a nadie que me diga que tendré que usar el bastón hasta que me muera.

—Tienes que usarlo, abuelo.

—Eso habrá que verlo. No pienso rendirme sin luchar. ¿A qué hora viene mañana?

—No, si no va a venir.

—¿Ves? Eso es que no quería el trabajo. Hoy en día la juventud lo quiere todo fácil. Buscan atajos para esto y para lo otro.

—¿Conoces a otro fisio de confianza? —preguntó a Arturo.

—No, ¿y tú?

—Le preguntaré al que fue mi fisio en Tarifa. Se ha jubilado pero quizá nos puede

recomendar a alguien. Vamos a ver si llega a la segunda sesión. Se admiten apuestas.

Al atardecer, mientras Enzo y Arturo acudían a la fiesta de cumpleaños de un amigo en común, Darío se llevó al abuelo al cine. Para su recuperación era vital salir de casa y distraerse. Además, sus empleados deseaban saludarle y preguntarle cómo se encontraba. Nada más entrar al Paraíso en silla de ruedas, la expresión de Juan cambió por completo. En su fuero interno, durante la estancia en el hospital, se había preguntado más de una vez si volvería a pisar su cine.

Salvi, Elena y Rosa recibieron al abuelo con los brazos abiertos y amplias sonrisas. Los tres llevaban más de quince años trabajando a su lado. El sueldo era justo, de media jornada. Salvi lo complementaba trabajando vendiendo seguros por la mañana. Rosa era empleada de una lavandería industrial y Elena se dedicaba por las mañanas a cuidar de su casa. Si continuaban en el Paraíso era más por el ambiente familiar que por otra cosa.

Cuando las necesidades económicas empezaron a amenazar la supervivencia del Paraíso, Juan siempre se mantuvo en sus trece: no se producirían despidos. Bajo ningún concepto iba a desmantelar a la familia que se había forjado a lo largo de tantos años. Y buena parte de seguir en la brecha era por ellos.

Salvi mostró a Juan los carteles de las películas que colgarían la semana que viene en la entrada y en la marquesina. Además, le contaron que en la última visita del personal de mantenimiento del proyector, no se había reportado ninguna incidencia. Antes de pasar al despacho, solicitó que lo llevaran al patio de butacas para reencontrarse con el corazón del Paraíso. Bajo las luces del techo, observó las trescientas butacas y la enorme pantalla en blanco, como quien se reencuentra con un viejo amigo.

El silencio que se respira aquí es diferente a cualquier otro, pensó, esbozando una cálida sonrisa.

De alguna forma, el espíritu inquebrantable que mostraba el Paraíso para sobrevivir a pesar de las adversidades, también lo albergaba Juan en su interior. Pero ¿y si había llegado la hora de apagar las luces para siempre?

~

Se avecinaba el desastre absoluto: Arturo había decidido que iba a preparar la cena. Era el día libre de Yarina y alguien debía tomar las riendas de la cocina. Por primera vez en su vida tomaba la responsabilidad de alimentar a su familia. ¿Qué podía salir mal?. Por si acaso, buscó el número de los bomberos para guardarlo en la agenda de contactos del móvil.

Esta vez iría más allá de las latas que se preparaba cuando estaba cerrado el bufet del hotel de turno. Gracias a YouTube, la sabiduría de preparar un plato decente estaba al alcance de un clic. Se decantó por un menú sencillo: pollo a la cerveza con una ensalada fresca.

Ron deambulaba por la cocina rogando para que algún suculento hueso cayera al suelo. Al ver que Arturo estaba concentrado en su papel de chef, soltó un gemido lastimero.

—Ron, ¿ya empezamos? Te voy a dar un trozo, pero no creas que esta noche vas a llenar la tripa a base de chantaje emocional.

El perro ladró aceptando las condiciones. Arturo se agachó y Ron, salivando, le quitó de la mano un cachito de muslo.

—¿Ya te han dado el paseo nocturno? ¿No, verdad? ¡Darío, mueve el culo y saca a Ron!

Su hermano se asomó por la puerta.

—Arturo cocinando. Este es un momento histórico. ¿Puedo hacerte una foto?

—Si lo haces eres hombre muerto. Anda, ve a pasear a Ron y deja al *chef* trabajar.

—¿Qué estás preparando?

—Es un secreto.

El *chef* fue siguiendo las instrucciones del vídeo, sin embargo, cuando llegó el turno de sumergir las pechugas en la cerveza se le fue la mano. Al principio no se percató, pero cuando probó un trozo notó el excesivo sabor a alcohol. Es como si hubiera metido el pollo en un barril de cerveza, se dijo a sí mismo. Esto no hay quien se lo coma.

Su abuela hubiera sabido cómo ayudarle pero no estaba. Como no deseaba ser objeto de burla de sus hermanos, decidió que usaría una aplicación del móvil para solicitar comida a domicilio. Eligió un restaurante indio, seleccionó diferentes menús, y esperó a que llegara a casa el pedido antes de que Darío volviera con Ron. ¿Quién se iba a dar cuenta?

Guardó el pollo en el congelador con el fin de no dejar pistas de su crimen culinario, y fregó los utensilios. Darío le había visto trajinar en la cocina, así que su testimonio ayudaría que Enzo y su abuelo creyeran en las nuevas habilidades de Arturo.

Cuando llegue la comida, solo tendré que ponerla en la olla y hacer como que se está calentando, pensó. La cara de mis hermanos será inolvidable.

Casi una hora después, en la mesa del salón la cena estaba servida. El arroz blanco y el pollo en salsa humeaba, y reinaba un olor que abría el apetito de un regimiento. El abuelo, Darío y Enzo intercambiaron miradas de asombro. ¿Arturo ha hecho esto?

—Es una vieja receta india que me enseñó un surfero —dijo Arturo, ya sin límite en la mentira—. Es secreta. No la puedo compartir.

Darío repartió la comida y la familia empezó a probarla, no sin cierto escepticismo.

—Arturo, pensé que iba a morirme sin verte preparar un plato —dijo Juan.

—Pero si esto está… bueno —dijo Enzo.

—Ha estado como una hora en la cocina —dijo Darío.

—¿Seguida? —preguntó el abuelo.

—Lo que hubiera dado por verte con el delantal puesto —dijo Enzo.

—Bueno, basta ya de cachondeo —dijo Arturo—. O no vais a repetir, y que sepáis que luego a vosotros dos —señaló a sus hermanos— os toca retirar la mesa y fregar los platos. El chef ya ha trabajado por hoy y necesita descanso.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de ti —dijo Juan, emocionado—. Venga, un brindis por mi nieto. ¿Dónde está el pacharán?

—Abuelo, no te vengas arriba que no puedes tomar alcohol —dijo Enzo—. Lo ha prohibido el médico.

—¡Qué sabrá ese matasanos! El pacharán estimula la circulación sanguínea. Lo dice la comunidad científica.

—Abuelo, o brindas con leche o nada —dijo Darío, como siempre el más estricto.

—Pues no brindo, que seguro que me hacéis brindar con leche desnatada.

Una vez que terminaron la cena, llevaron al abuelo al dormitorio, le entregaron la medicación y regresaron abajo. Así el abuelo disfrutaría a solas de una película francesa que le apetecía volver a ver.

Justo antes de cenar, Darío les había dicho que necesitaba hablar con ellos, sin especificar el motivo. Por lo tanto, Arturo y Enzo se encontraban expectantes.

—Bien, como sabéis, —dijo Darío—, he llevado esta tarde al abuelo al cine. Salvi, Rosa y Elena se han puesto locos de contentos al verlo, y el abuelo, aunque lo niegue, se ha emocionado.

Arturo asintió con la cabeza. Se alegró de que recuperara en parte sus viejas costumbres.

—Con el permiso del abuelo, les he dicho que el cine estaba en graves apuros económicos.

—¿Qué te han dicho?

—No les ha pillado por sorpresa. Al final, ellos mismos se habían dado cuenta de que la cosa no era como la de antes. Que esto era importante y que había que hacer algo. Lo que pasa es que el abuelo lo negaba para no preocuparles.

—¿Miraste las cuentas? —preguntó Enzo.

Arturo y Enzo sabían que la experiencia de gestionar el faro ayudaba a Darío a comprender en profundidad los balances de ingresos y gastos, entre otros conceptos de contabilidad.

—Sí, las miramos entre los dos. El abuelo me fue explicando cada cosa. La verdad, lo tiene todo muy bien documentado. Una cosa está clara: no hay mucho donde rascar. El abuelo tiene razón. Las ganancias son las que son y no se puede escatimar en nada.

—Pondremos el dinero que haga falta —dijo Arturo.

—Sí, de eso no hay duda. Pero esa debería ser la última opción. Lo ideal sería que el Paraíso saliera a flote por sí mismo y no usando parches.

—Estoy de acuerdo —dijo Enzo.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Arturo.

Darío, en actitud reflexiva, se rascó el mentón.

—No lo sé… Podríamos crear un bono del espectador, para ver varias películas y así generamos caja y fidelidad. ¿Cómo lo veis?

Arturo y Enzo intercambiaron una mirada. En su silencio había algo de revelador.

—¿Y a vosotros? —preguntó Darío.

—A mí no se me ocurre nada —respondió Enzo.

—¿Y a ti? Arturo, te veo con la mirada perdida.

—Llevo varios días pensando en algo. ¿Y si ampliamos el Paraíso?

—¿Qué quieres decir?

—Crear un nuevo negocio que llevara su sello.

—¿Otro cine, aquí, en Puerta del Mar?

—Más o menos —respondió Arturo, y se puso de pie—. Igual es una locura, pero en Estados Unidos una vez fui a un autocine. Fue espectacular, muy diferente a lo que estamos acostumbrados aquí, que es solo ver la peli desde el coche y fin. Ese autocine tenía muchos más usos: conciertos, bodas, fiestas privadas… Como una sala multiusos que estuviera abierta todo el año. Yo creo que algo así tendría mucho éxito.

—No hay nada parecido en la Costa del sol, ¿verdad? —preguntó Enzo—. Es un cine más moderno y atraería a un público joven en busca de emociones.

—Y no sería un desembolso muy fuerte de dinero. Tenemos la experiencia del cine y la de gestionar un bar. Lo único diferente sería encontrar un terreno y comprarlo o alquilarlo.

—¿Salir de un problema económico creando un nuevo negocio? —preguntó Darío—. Lo siento pero no lo veo.

—Si buscamos la solución perfecta, jamás la encontraremos —dijo Arturo.

—Algo así me parece un suicidio —insistió Darío.

—Con las ganancias podríamos sostener el Paraíso —dijo Arturo.

—¿Y si no hay ganancias? ¿O si llegan demasiado tarde?

—Enzo, ¿tú qué dices? —preguntó Arturo.

Enzo sintió las miradas clavadas de sus hermanos, que esperaban que se decantara.

—Tiene su lado positivo y su lado negativo —dijo, como si meditara en voz alta—. No nos cerremos a nada, tampoco a lo del bono. Sea esa la decisión u otra hay que madurarla y contar con el abuelo, por supuesto. Pero me gusta que estemos pensando en *soluciones.* Algo bueno

tendrá que salir de todo esto.

—El problema es que el tiempo se nos echa encima —dijo Arturo—. Y esos cabrones del banco no dan su brazo a torcer.

—Tenemos que volver y hablar con ellos, con más calma —dijo Darío, lanzando una mirada de reproche a Arturo.

—Adelante, pero estáis perdiendo el tiempo. Esos ya habrán ofrecido el cine a una constructora.

—Me gusta tu optimismo, hermano.

—Es que es verdad. No esperemos nada bueno del banco.

Los tres hermanos guardaron silencio, esperando que alguno decidiera continuar, pero se les habían agotado las ideas.

—Bueno, me tengo que marchar —dijo Darío después de consultar su reloj militar de pulsera.

—Sí, yo también —dijo Enzo, poniéndose en pie.

Cuando ambos enfilaban hacia la puerta, Arturo les recordó una tarea inaplazable.

—¡Un momento! Ni se os ocurra iros sin quitar la mesa y fregar los platos. Yo no soy vuestro sirviente, que bastante tiempo me he pasado en la cocina preparando la cena.

Enzo y Darío, sin escapatoria, intercambiaron una mirada de resignación. El primero preguntó si lo resolvían a la manera Campos. Darío dijo que por supuesto. Enzo se arremangó la camisa hasta los codos. Darío se despojó de la sudadera. Arturo hizo un hueco en la mesa apartando esto y lo otro. Se sentaron uno enfrente del otro.

—¡Bien! Me gusta que fregar los platos se decida de manera inteligente.

Se miraron con ferocidad e incluso se gruñeron. Plantaron un codo y estrecharon las manos. Arturo silbó a modo de inicio del combate. Las venas de los brazos aparecieron gruesas sobre la piel. La tensión era máxima. Los hermanos soltaron resoplidos como dos bisontes. Arturo sonreía de placer ante el espectáculo de presenciar la burda competición de sus hermanos.

Darío y Enzo se llevaban seis años, pero el hermano pequeño con el tiempo, a base de arduo trabajo en el gimnasio había logrado un vigor muy respetable hasta acortar la diferencia. Aun así, Darío, que rechinaba los dientes, iba ganando el pulso. Según su registro nunca había perdido un duelo con Enzo aunque con Arturo sí. ¿Cuándo había sido la última vez? No lo recordaba con exactitud. Seguro que habían transcurrido unos cuantos años.

Para sorpresa de Arturo, Enzo reunió fuerzas de donde pudo y, contra todo pronóstico, acabó doblegando a su hermano.

—¡Vamos! —exclamó Enzo, estallando de júbilo como un troglodita.

—Este momento es histórico —dijo Arturo, aplaudiendo no sin cierta ironía—. Cae un mito.

—No lo he dicho, pero tengo el hombro con una pequeña lesión y claro… —adujo Darío, muy serio.

—¡Anda ya! —dijo Enzo, dándole una palmada en la espalda—. Hermano, la cocina te espera. Lo quiero todo limpio. ¿Alguien más que quiera retarme? ¿Arturo, Ron?

—Sabes que te gano sin despeinarme —dijo Arturo—, pero quiero que esta noche disfrutes porque solo será una vez en tu vida.

—Sí, en tus sueños.

Fiel a su palabra, Darío entró en la cocina dispuesto a trabajar. A decir verdad, no le disgustaba la labor, puesto que al vivir solo en el faro debía encargarse de mantener la cocina limpia y ordenada. Solía encender la radio y oír las conversaciones entre los barcos que fondeaban en el puerto. A veces hablaban viejos conocidos, a veces entre desconocidos, pero

siempre había algo interesante y humano que resonaba dentro de él.

En el salón sus hermanos seguían discutiendo sobre quién era más fuerte. Ignoraban por completo que Darío se había dejado ganar. Ya era hora de que su hermano le ganara un pulso, y si en la adolescencia hubiera reunido la experiencia que ahora atesoraba, le hubiera dejado ganar antes.

En el corazón de Darío se ocultaba un profundo arrepentimiento que nunca había compartido con nadie. Después de que murieran sus padres cuando él contaba con once años, siempre había pensado que no ejerció de hermano mayor. Que, de alguna forma, sus hermanos le necesitaron para mitigar el dolor de la ausencia y él les falló con estrépito.

Sus abuelos desplegaron una fuente inagotable de cariño y comprensión para los tres. Sin embargo, Darío fue el que peor reaccionó. Recordaba bien los detalles. La mañana de agosto de 1998 se encontraba en un campamento de verano. Sus padres les habían dejado con los abuelos en Puerta del Mar porque debían de acudir a una boda en Italia. Solo sería una semana.

Era un campamento en el que aprendían a manejarse en un bosque. Acampaban al raso, buscaban frutos comestibles, creaban fuego con una navaja y una piedra, emprendían excursiones nocturnas y escalaban cerros con cuerda. El monitor, un chico joven y rudo, se acercó a la piscina y le llamó a un aparte.

—Tus abuelos están aquí. Tienen que hablar contigo —le dijo.

—¿Mis abuelos? —preguntó extrañado, pues no debían recogerlo hasta dentro de tres días. Se lo estaba pasando tan bien que por nada del mundo regresaría a casa.

Se puso la camiseta y, con el bañador mojado, fue al vestíbulo donde cuatro días antes se había despedido de sus padres. Enseguida se percató de que algo andaba mal. La abuela tenía los ojos anegados de lágrimas y el abuelo, la cara compungida. Evocó la sensación repentina de vértigo y de que el suelo se tambaleaba.

Unas semanas después, sus abuelos les adoptaron y se mudaron a Puerta del Mar. En el nuevo colegio se rebeló contra todo y contra todos, causando más de un serio quebradero de cabeza. Se refugió en sí mismo. Nadie conseguía enderezar su rumbo. Repitió curso y a los trece años se involucraba en peleas a diario, incluso más de una vez atizó a sus hermanos. Los abuelos se veían desbordados y tomaron la decisión de internarlo en un colegio con la esperanza de que lograran reformarlo.

Fue una de las épocas más duras de su vida. En represalia se negó a volver a casa los fines de semana y durante dos años no vio a sus hermanos. Era un ser lleno de odio hacia la vida. Tocó fondo cuando lo arrestaron por el intento de robo del coche de uno de los profesores del internado. Los servicios sociales decidieron intervenir. Si no actuaban pronto quién sabe hacia qué caminos poblados de oscuridad se dirigiría Darío.

Conoció a Manuela, una psicóloga con una gran experiencia a sus espaldas en jóvenes rebeldes contra el mundo. Tenía unos cuarenta años, una mirada inteligente y un amor incondicional a su profesión. Nunca olvidaría lo que le dijo a él nada más verle en su consulta.

—Tú estás aquí porque quieres. Puedes irte cuando te dé la gana. Yo no voy a suplicarte que te quedes. ¿Está claro?

No fue un tránsito sencillo, de hecho estuvo plagado de infinidad de altibajos, pero Manuela supo extraer una verdad simple y determinante, porque fue la primera persona que le trató como un adulto. Pero de eso se percató mucho más tarde, cuando había dejado los estudios y se dedicó a recorrer el país haciendo autostop. Encontró empleos de toda índole, la mayoría honestos: dependiente, vigilante, camarero e incluso cocinero. Alguna mujer le rompió el corazón y él a su vez rompió otros muchos. La intimidad era una palabra que huía de su vocabulario.

La relación con sus hermanos fue distante, sobre todo porque veía que ellos se habían apoyado el uno al otro, que habían construido una complicidad en la que no había espacio para él. Al menos así lo percibía, y todos sabemos que hay dos vidas: la que vivimos y la que percibimos.

Casi sin darse cuenta, Darío finalizó la tarea en la cocina. Los platos, guardados en el armario. El fregadero, reluciente. La vitrocerámica, como nueva. Afuera ya había caído la noche sobre Puerta del Mar. Las urbanizaciones de alrededor, con las luces de las ventanas encendidas, transmitían esa sensación de calma antes de dormir. Era ya hora de marcharse a su querido faro.

Es curioso, pensó de repente. La luz que proyecta el faro sobre el mar, es similar a la luz que el proyector de la cabina proyecta sobre la pantalla del cine. Las dos desafían la oscuridad.

CAPÍTULO 5

En el coche, de camino al banco como cada mañana, Iris quedó fascinada por el ascenso del sol sobre el horizonte del Mediterráneo, tiñendo el cielo de un suave resplandor rojizo.

Se sorprendió de una imagen que la asaltó en la mente. Arturo Campos, de pie, clavándole la mirada, con esos hombros de acero que se adivinaban bajo la camiseta. Algunos hombres atesoran ese don. Con muy poco, incluso sin vestir de traje, transmiten una sensualidad que desborda la imaginación. Sintió que si acercaba a su cuello debía de oler a sol y mar.

Una de sus fantasías sexuales era que un socorrista lleno de músculos la rescataba del agua, y le hacía el amor salvajemente en la orilla envueltos en las olas. Si tuviera la oportunidad de organizar un *casting* para elegir al actor que encarnaría al socorrista, sin duda, Arturo Campos sería su primera elección. No hacía falta que hablase, porque en realidad Arturo no era su tipo de hombre para una relación. Prefería los hombres que trabajaban con el intelecto, no con las manos.

—Iris, eres una profesional —se dijo para olvidarse de él—. Céntrate.

Procurando no caer de nuevo en la fantasía, repasó el caso de Juan Campos delante de su ordenador. Había programada una reunión para dentro de unas horas con los hermanos Campos. Se mordió los labios. Su deuda era alta, muy alta. Y sobre el cine pesaba el aura de un negocio que se iba quedando atrás en tecnología y público. ¿Cómo podía ella ayudar?

Una hora más tarde, se reunió con Catalina para tratar diversos asuntos. Por fin, le llegó el turno de hablar de Juan Campos.

—Es de esos empresarios románticos que piensa que los negocios se dirigen solos —dijo Catalina, reclinándose sobre la silla y mirándose las uñas recién pintadas—, que no necesita un plan de viabilidad y que el personal es intocable. Es un empresario de otra época, Iris. No cree en eso de renovarse o morir. Si yo hubiera sido la directora cuando se le concedió el préstamo, lo hubiera rechazado, pero tuvimos a un director que solo pensaba en su jubilación.

—Solo hay un cine en Puerta del Mar. La gente lo necesita.

Catalina dejó escapar una risa aguda.

—A veces pareces nueva, Iris. ¿Eso fue lo que te enseñaron en Londres?

—Quiero decir que siempre existirán personas que paguen por ir al cine. Es un hábito social y cultural.

—Pero existirán muchas más personas que busquen comprar un piso en un lugar céntrico —dijo Catalina, con un brillo astuto en su mirada.

—¿Qué se supone que les diremos en la reunión?

—Que lo sientes mucho, pero que no puedes hacer nada —dijo, cruzándose de brazos.

Y así, con ese estado de ánimo, una hora más tarde Iris se sentó con Darío y Arturo Campos.

Nada más verles, no fue difícil captar el parecido. Eran atractivos, cada uno a su manera. La expresión de Darío era más serena y la de Arturo más sonriente. El mayor llevaba una camisa a cuadros y el menor un polo de color naranja que resaltaba su piel bronceada.

—Iris —dijo Arturo, después del saludo, procurando no distraerse con aquella mujer tan hermosa—. Quiero disculparme por la escena del otro día. Es que estaba muy disgustado por la situación y lo pagué contigo, que no tienes culpa de nada.

Ella sonrió, complacida, y el ambiente de repente se descargó de tensión. Le parecía adorable que los nietos se preocuparan por el negocio de su abuelo. Sin embargo, las palabras de su jefa aún flotaban en su cabeza. Solo de pensar que debía transmitir las malas noticias le entraba un dolor de estómago.

—Está bien, no te preocupes. Pero antes de nada, me gustaría preguntaros algo importante —dijo ella.

—Claro, adelante —dijo Arturo, y miró a su hermano, extrañado.

—¿Cómo está vuestro abuelo?

Arturo y Darío se sorprendieron por el interés en su estado de salud. ¿Un banco con un rasgo de humanidad?

—Bien, gracias —respondió Darío.

—Nuestro abuelo está hecho de hierro —añadió Arturo—. Por suerte, tiene cuerda para rato. En un abrir y cerrar de ojos volverá a hacerse cargo de la gestión.

—Me alegro. Bien, vosotros solicitasteis esta reunión formal. ¿En qué podemos ayudar?

—Necesitamos una moratoria —dijo Darío.

—Ya se le dio una.

—Pues otra —insistió Darío—. Nosotros vamos a echarle una mano a que el negocio salga a flote. Estamos comprometidos pero necesitamos algo más de tiempo.

—¿Van a recortar personal?

—¡Ni hablar! —exclamó Arturo, y enseguida se dio cuenta de que se había alterado—. Quiero decir, que eso se descarta. Los empleados tienen familias, gastos, facturas…

Para Iris era muy complicado no dejarse arrastrar por la pasión con la que defendían una manera de entender la vida, basada en la lealtad y lo correcto.

—Entonces, ¿cómo?

—Con un bono para generar dinero en la taquilla rápidamente —dijo Arturo, y añadió una idea que se le había ocurrido en el último momento—. Además, alquilaremos el cine para eventos privados.

—Nuestro abuelo ha pagado sus cuotas sin problema. Ahora que vienen curvas, este banco no nos puede dar la espalda. Sería muy mala prensa.

Iris guardó silencio. Durante los siguientes segundos, solo se oyó el ruido de las conversaciones en la caja y los sonidos que a lo lejos provenían de la calle. Cuando estudiaba la carrera en Londres, jamás nadie le preparó para gestionar emocionalmente lo que se supone estar frente a dos personas en apuros. ¿Dónde estaba la frontera entre su deber como profesional y su empatía como ser humano?

Después de inspirar y expulsar aire, les dijo:

—Ahora mismo solo puedo decir una cosa: lo estudiaremos y nos pondremos en contacto lo antes posible.

Por primera vez, ella vio en Arturo cómo se dibujaba una cálida sonrisa y le provocó un cosquilleo interior.

—Bueno —dijo Darío ya en la calle, a las puertas del banco—. No nos ha ido tan mal como esperaba.

Arturo se fijó que, al otro lado de la calle, un viejo conocido con el que compartía la afición al surf en el instituto, caminaba con un maletín en la mano y en la otra llevaba un niño, ¿su hijo? Vestía con traje, tenía algo de sobrepeso y había perdido pelo. ¿Qué habría pasado con sus sueños de ser surfista?

—Tierra llamando a Arturo —dijo Darío.

—Sí, te estoy escuchando maldita sea. Que no ha ido tan mal la cosa.

—Al menos tenemos una pequeña oportunidad. Parece que se preocupa de verdad.

—A lo mejor es pura fachada. Ya sabes que los bancos en cuanto huelen la sangre… Pues la chica está tremenda. Además, seguro que está de nuestro lado.

—Qué confiado eres. Nuestro expediente acabará junto a otros que también se ilusionaron.

—Tienen que darse cuenta que el Paraíso tiene un rollo especial.

Empezaron a caminar. El tráfico en la avenida principal de Puerta del Mar era denso, aunque nada parecido a una gran ciudad. En las aceras se mezclaban gente local y turistas. Era una de esas mañanas que invitaba a pasear.

—Por cierto, esta noche necesito que te quedes con el abuelo —dijo Arturo—. Han abierto un bar en el centro. Tengo unas ganas locas de salir hasta reventar. Parezco un amo de casa.

—¿Enzo tiene guardia?

—No te vas a librar, campeón. Además, si vas a estar en casa, qué más te da una que otra.

—Cuenta conmigo pero no vuelvas borracho. Ya sabes que la abuela nos lo pidió cuándo éramos adolescentes.

—Lo recuerdo perfectamente. Podíamos volver tarde, pero a ella le rompía el corazón si nos veía borrachos.

—Aunque ya no esté desde hace tiempo, hay que respetarla.

—Lo sé. Sin embargo, el abuelo nos pedía no fumar, que le daba igual si bebíamos. Si a ellos les costaba ponerse de acuerdo…

—Oye, ¿lo del negocio del autocine iba en serio? —preguntó Darío cambiando de tema.

—¿Por qué?

—Pues porque me extraña teniendo en cuenta que te pasas casi todo el año fuera.

—Es solo una idea para la familia. No significa que yo sea el director. ¿Te gusta la idea?

—Solo he estado dándole vueltas. El autocine parece algo muy americano. No sé si aquí triunfaría.

—No lo sabemos si no lo probamos.

—Yo podría ayudar en algo, pero tengo un trabajo que requiere un compromiso.

—Todos tus conocimientos vendrían muy bien. Es cuestión de hablarlo. De momento es solo una idea.

—Si el banco se entera de esta idea loca se llevarán las manos a la cabeza.

Después de la reunión con los Campos, Iris decidió que necesitaba aire fresco y fue al bar de la esquina a tomarse un botellín de agua. Era el bar donde, antes de abrir el banco, solían desayunar

ella y los compañeros los célebres molletes con tomate y aceite de oliva, junto a un café bien cargado. Disfrutaba de esos momentos en compañía, preparándose para una larga e intensa jornada de trabajo.

Pero ahora se encontraba sola, sentada a la barra. El camarero de siempre limpiaba la cafetera y se oía el televisor de fondo; en la cocina preparaban las tapas para la tarde. En un rincón apartado, dos adolescentes se besaban con pasión. Iris pensó que por la hora se habían saltado las clases y le pareció que era una escena muy romántica. Debían de tener unos diecisiete años más o menos, y ese amor tan puro le trajo recuerdos de sus veranos en el pueblo. ¿Cómo es posible que la vida pase tan rápida?, se preguntó.

Cinco minutos después, la pareja de novios ya se había marchado e Iris, nerviosa, jugueteaba con el tapón de plástico de la botellita de agua. Había desobedecido a Catalina, su jefa, y notaba su mente bloqueada y el cuerpo exhausto. Dentro de ella se libraba una cruenta batalla. Conceder una moratoria más a los Campos o cerrarse en banda. Les había infundado esperanza de que tal vez se concediese, pero albergaba la sensación de que se había equivocado.

Evocó de nuevo el rostro atractivo de Arturo. El cabello oscuro como el azabache, esa mirada sensual que mata corazones, la armonía sugerente de su cuerpo bajo la ropa. Sintió una ola de excitación que quiso aplacar bebiendo un trago de agua mineral.

¿Es que no puedes quitártelo de la cabeza, Iris? Pareces una colegiala en el instituto. Gobierna tus emociones de una vez. Trabajas en un banco. Mira, si hasta lo veo en todas partes. Ese hombre de ahí se parece mucho a él. Tiene su estupendo perfil. ¿Eh? ¿Va a entrar aquí? ¿Me saluda? ¡Pero si es él!

—Hola, Iris —dijo Arturo.

A Iris se le atragantó el agua y empezó a toser. Coff, coff, coff. Él soltó un respingo y, preocupado, se acercó al ver que las mejillas se enrojecían como dos tomates transgénicos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió a duras penas con la cabeza. Lo miró como si no acabara de creer que estuviera delante. A causa de las lágrimas, la vista se volvió borrosa. De repente, notó su mano recia sobre la espalda.

—Te estaba buscando.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó ella en cuanto se repuso.

—Me lo dijeron en el banco.

—¿Qué quieres? —preguntó con una brusquedad no intencionada.

—¿Te gusta el cine?

—¿Cómo? —dijo, casi a punto de sufrir otro ataque de tos.

Arturo se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y le mostró dos entradas al cine Paraíso.

—Solo quiero regalarte esto por si acaso te gusta el cine. Hoy es viernes, noche de estreno. Una peli de acción muy entretenida.

La expresión de Iris se suavizó. Bajó la vista, abrumada por la mirada penetrante de Arturo y los labios suculentos que decían «mordisquéame cuanto quieras». Al coger las entradas, sintió el roce suave de su piel sobre la suya. Una punzada de deseo la sacudió por dentro.

—Gracias —dijo.

—Te he regalado dos para que vayas con quien quieras, tu madre, tu hermana o tu pareja.

—¿Son para esta noche? —dijo, eludiendo a conciencia la pregunta que encerraba su comentario. Si él deseaba saber si estaba comprometida, lo mantendría en suspenso.

—Sí.

—¿Es esto un soborno por el tema de la moratoria?

Arturo dio un paso atrás y mostró las palmas de la mano.

—No, en absoluto. Es solo un detalle. ¿Has ido al Paraíso alguna vez?

—Sí, una.

—¿Solo una? ¿Acabas de mudarte a Puerta del Mar o es que no te gusta mucho el cine?

—Me acabo de mudar, bueno, hace un par de meses. Vengo de Londres —dijo, sin saber muy bien por qué mencionaba la ciudad.

Arturo se fijó en que no llevaba alianza. Además, había dicho que se acababa de mudar, no *nos* acabamos de mudar. Se abrió una puerta a la esperanza.

—Allí la comida es mala y llueve todo el tiempo —dijo él—. Te felicito, has ganado con el cambio.

—Acepto las entradas pero no sé si voy a ir.

—No te preocupes.

Iris ojeó la pantalla de su reloj inteligente de pulsera. Abrió los ojos como platos. El receso se había excedido de tiempo, y sus compañeros se estarían preguntando si le había pasado algo.

—Lo siento, pero tengo que volver al banco.

Hurgó en su bolso hasta encontrar el monedero.

—Ánimo con lo que queda de jornada, Iris —dijo Arturo, levantando el puño como si quisiera transmitirle fuerza.

—Ánimo para ti también para lo que sea que vayas a hacer —dijo, mientras dejaba unas monedas sobre la barra.

Arturo se quedó acodado en la barra, observando en silencio a través de la ventana cómo Iris se alejaba, como si deseara guardar ese momento para él. Una mujer hermosa que se marcha pero algo de ella se queda, envolviéndolo, el recuerdo de la conversación, su perfume embriagador, la forma en la que centelleaban sus ojos azules.

Se despidió del camarero y salió a la acera. Había dejado la camioneta en el lado opuesto por donde se había marchado Iris. Aun así, se regaló un instante para ver de nuevo a Iris. Caminaba ya a una media manzana de distancia, apenas le quedaban unos metros para llegar al banco. Caminaba con una pasmosa calma encerrando una elegancia suprema. La forma de su espalda, coronada por su cabello dorado, le pareció perfecta. Hubiera dado lo que fuese por saber qué pensamientos se habían instalado en su cabeza. ¿Estaría él en ellos?

~

Cuando Arturo llegó a casa lo primero que hizo fue preguntar a Yarina por la nueva fisio, que se acababa de marchar. Había sido su primer día y temió que fuera el último.

—*Marravilloso* —dijo Yarina en la cocina, mientras probaba el punto de sal de la sopa de verduras que preparaba—. No oí ninguna queja de su abuelo. Un silencio increíble. Esa chica es buena en lo suyo y sabe controlar el genio de su abuelo.

—Qué bueno. Espero que dure. ¿Le diste el dinero, verdad?

—*Porr* supuesto. Fue muy amable. Creo que es un buen fichaje, Arturo. ¿Lo va a llevar al hospital?

—Sí, tiene la cita con el médico. Tenemos que irnos ya —dijo, mirando el reloj de la cocina, situado en la pared por encima de la puerta.

—Cuando vengan, la comida estará lista —dijo.

—Gracias, Yarina, no sé qué haríamos sin ti.

—Lo tengo claro: *morrir* de hambre —dijo, y Arturo no supo si lo decía en broma o en serio.

Subió al dormitorio del abuelo. Se encontraba tumbado sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, leyendo un libro con las gafas puestas que usaba para la lectura. Un chorro de luz entraba por la ventana. Ron irguió la cabeza y movió la cola con entusiasmo.

—¿Listo para ir al médico, abuelo? —preguntó mientras acariciaba al perro.

—Listo —dijo, cerrando el libro y dejándolo sobre la mesilla de noche.

A Arturo le sorprendió que ya estuviese vestido con la ropa de calle, a excepción de los zapatos.

—Me ha ayudado Violeta. Oye, esa chica es canela en rama. Una profesional como la copa de un pino. Además, con una vida muy interesante.

—Sí, a Yarina también le gusta —dijo—. Parece que ha empezado con buen pie. ¿Cómo la encontraste?

—Llamó directamente al fijo de aquí. Al parecer, se ha extendido el rumor por Puerta del Mar de que necesito un fisio —dijo, y de repente, se acordó de algo—. Hay que prepararle el dinero para mañana.

—No te preocupes, ya me encargué. Hemos ido al banco esta mañana para sacar dinero y hablar con la que lleva el caso del cine.

A Juan le embargaba la emoción cada vez que sus nietos le mostraban cuánto se preocupaban por él. Estaba deseando recuperarse para no ser una molestia para ellos.

—Ah, es verdad. ¿Y cómo pinta la cosa?

—Nos llamarán en unos días. Prefiero no hacerme ilusiones.

—Si tu abuelo hubiera sabido administrar mejor el cine, no estaríamos pasando por esto —dijo, negando con la cabeza.

—Otros en toda España hace tiempo que cerraron, y si el Paraíso sigue aún en pie es gracias a ti. Además, el confinamiento no fue culpa tuya. Eso acabó con muchos negocios.

—¿Cómo va lo del bono?

—Esta noche se pone en marcha. Lo anunciaremos en la taquilla.

—No será suficiente, Arturo —dijo con un mohín de disgusto.

Su abuelo probablemente tenía razón. La noticia les había causado tal impacto a él y a sus hermanos que aún no tenían las ideas claras, como si fueran dando palos de ciego.

—Se ha alquilado el cine a un *streamer* —dijo, recordando la noticia que le había dado Salvi.

—¿Un *streamer*? ¿Qué es eso?

—Son chicos que juegan a videojuegos y que ganan muy buen dinero. Se pueden permitir un montón de lujos, como alquilar un cine para ellos solos.

—¡Jesús! En mis tiempos eso era impensable. Si mi padre y mi abuelo levantaran la cabeza, menudo disgusto se llevarían.

—Abuelo, corren nuevos tiempos. Hay que ser flexible, no centrarse en una sola fuente de ingresos.

—Ay, ahora parece que todo el mundo quiere quedarse en casa. ¿Qué vida es esa? ¿Eh, dime?

—Es algo temporal, ya verás.

—Dios te oiga.

En el hospital, el médico de cabecera de Juan se tomó a conciencia la revisión. Controló que no hubieran aparecido complicaciones, y que el tratamiento no hubiera generado efectos secundarios. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto afable y movimientos pausados.

Juan afirmó que respiraba con normalidad, que no sufría de dolores en el pecho ni pérdida de

la consciencia. El médico, satisfecho, anotó la información en el ordenador.

—¿Tienen en casa una lista con los medicamentos y la hora que han de ser suministrados?

—Por supuesto, doctor —respondió Arturo.

Preguntó a Arturo sobre los nuevos hábitos de Juan. Después revisó el calendario con las siguientes citas con el neurólogo y el rehabilitador, quien valoraría el progreso en cuanto a la movilidad de las piernas.

—¿Cuándo podré volver a caminar? —preguntó Juan.

—Es pronto para saberlo. La rehabilitación acaba de empezar.

CAPÍTULO 6

La noche envolvía a Puerta del Mar. Las estrellas brillaban en el cielo nocturno. En la pequeña ciudad costera se respiraba un aire de excitación: los bares de copas y restaurantes ya estaban preparados para el fin de semana. Las gentes del lugar y los turistas daban los últimos retoques a los planes de ocio. En plena primavera, el clima era suave aunque en aquel momento refrescaba y amenazaba lluvia.

Puerta del Mar era un lugar histórico que, en el siglo pasado, pasó de convertirse de un entrañable pueblo de pescadores a un destino para turistas de toda Europa. Fue un visionario francés, un joven conde de espíritu emprendedor, quien de camino a África se detuvo a pasar la noche. Viajaba en motocicleta y se decidió a dormir al raso, muy cerca de la orilla. Durante la puesta del sol algo le cautivó que le persuadió para permanecer un día más, y después otro y otro…

Mucho se ha especulado sobre aquel momento. Algunos dijeron que la visión de aquel lugar de campo y mar le trajo recuerdos de su infancia. O que en medio de la serenidad que le rodeaba tuvo una revelación, o que incluso conoció a una mujer de la que se enamoró locamente.

¿Quién sabe lo que ocurrió en realidad? Lo que sí se sabe es que el conde regresó a París y volvió al cabo de unos meses, compró una casita y nunca regresó a su país natal. A lo largo de los años sus familiares y amigos le visitaron, y poco a poco también quedaron prendados por el clima benigno, el paisaje de arena y mar; y sobre todo por un estilo de vida sosegado, alejado del ruido de las grandes ciudades.

El público fue llegando al cine Paraíso poco antes de las ocho, la hora de inicio de la sesión. En la taquilla, donde estaba el incombustible Salvi, se había formado una pequeña cola de tres o cuatro personas. Nadie esperaba que el patio de butacas se llenara, pero confiaban en obtener una digna recaudación durante el fin de semana.

El bar desprendía un penetrante olor a palomitas, las cuales chisporroteaban dentro de la urna de cristal. Rosa despachaba a los clientes con amabilidad, algunos de ellos viejos conocidos y auténticos cinéfilos. La mayoría eran adultos, matrimonios que acudían a evadirse de la rutina y que ansiaban disfrutar de una buena historia. Rosa atendió a una pareja joven y pensó que seguramente sus padres les había inculcado el amor al cine.

Arturo ayudaba a Elena a gestionar el acceso a la sala cortando las entradas. Le hubiera gustado que su abuelo estuviese con él, pero al día siguiente le contaría los detalles en el desayuno.

Vio a Salvi cerrar la taquilla y se acercó a él. Rondaba la treintena, de pelo corto y canoso. Una de esas personas en la que los Campos confiaban a pie juntillas.

—¿Cómo ha ido la venta del bono? —le preguntó con ansia.

El gesto que hizo con la mano lo dijo todo. Regular.

—Hay mucha gente que no sabe que existe —dijo Salvi para amortiguar el golpe del fracaso —, y tampoco está la cosa para muchos gastos. Todo sube menos los salarios.

Antes de subir a la cabina, Arturo paseó la mirada por el patio de butacas. ¿Estaría Iris? ¿Sola o acompañada? No la había visto en la entrada, pero como se puso a conversar con tanta gente conocida tal vez no se había percatado.

A lo lejos distinguió una cabecita rubia y enseguida, al atisbar su perfil, supo que era ella. El corazón le saltó como una palomita de maíz recibiendo una súbita ráfaga de calor.

Pero de pronto, el jarro de agua fría.

Hablaba con alguien. Un chico joven, apuesto, bien vestido. ¿El novio? Seguro. Aunque pensó que Iris llevaba escaso tiempo viviendo en Puerta del Mar para forjar una relación sólida. Apostaba que era una primera o segunda cita.

Calculó a ojo de buen cubero que habría unas cien personas. Quedaban unos cinco minutos para que empezara la magia del cine.

Elena se encontraba a los mandos del proyector. Era la más veterana del Paraíso. Desprendía un aire de absoluta nobleza que encandilaba a todo aquel que la conociera. Había sido una gran amiga de su abuela.

—Me encantan las noches de estreno —dijo Elena—. No sé, se respiraba un ambiente diferente. Estoy como siempre un poquito nerviosa. Ojalá que queden muchas noches como esta.

Arturo captó el deje de melancolía.

—Tenemos que ser optimistas, Elena.

—¿Algún avance con el banco?

—Va todo muy lento. ¿Cómo lo llevan Salvi y Rosa? Ellos me han dicho que bien, pero son demasiado buena gente para decirme la verdad.

Elena se tomó unos segundos para responder. A su alrededor había colgado carteles de emblemáticas películas, como Cinema Paradiso o Love Actually.

—A ver, están intranquilos. Pero a nadie ha pillado por sorpresa. Es evidente que la gente cada vez viene menos.

—Los puestos de trabajo están asegurados, ya lo sabes. No se va a despedir a nadie. Esa es la intención de mi abuelo.

—Si llevamos muchos años aquí es porque tus abuelos siempre nos trataron de maravilla. Déjame decirte una cosa, Arturo. Voy a decirte algo pero solo hablo en mi nombre —dijo, tocándose el pecho—. Si hay que reducir el salario para salir de este bache, contad conmigo.

—Elena, no sé qué decir. Muchas gracias —dijo, y se fundió en un abrazo—. De momento, no está sobre la mesa, pero nunca se sabe.

Las luces del patio de butacas se apagaron lentamente, el público enmudeció de repente, y al cabo de unos segundos, el proyector iluminó la pantalla. La película estaba a punto de empezar.



Cuando en la pantalla aparecieron los créditos, las luces se encendieron y el público poco a poco fue dirigiéndose hacia la salida. Ya en el vestíbulo intercambiaron impresiones sobre la película y Arturo pensó que sería el momento idóneo para acercarse a Iris y saludarla. Sí, allí estaba cerca de la salida junto a su acompañante. Sentía el impulso de hablarle, de oír su voz, de continuar la conversación de esa misma mañana en el bar.

Ahora vestía de una manera informal. Lucía un abrigo y unos vaqueros ajustados, y llevaba

un bolso pequeño. Aunque no estaba seguro, se fijó en que apenas llevaba maquillaje, con lo que su cara lucía un aspecto más natural. Sonreía. Eso significaba que le había gustado la película.

Avanzó hacia ellos, sin embargo, unos conocidos de su abuelo se interpusieron para preguntarle sobre su estado de salud. La noticia del ictus se había propagado por la pequeña ciudad. Como hubiera sido demasiado rudo terminar la conversación con dos palabras, agradeció su preocupación y les preguntó si les había gustado la película.

Cuando se despidió del matrimonio, Iris se había marchado. Se lamentó de haber perdido una oportunidad excelente para romper la barrera de lo profesional. Llegaron avisos a su móvil de que lo esperaban para tomar unas copas en Río, un bar célebre del centro. Respondió que acudiría en cuanto ayudara al cierre del cine. Le apetecía salir y reírse con los amigos. Se lo había ganado después de una semana llena de problemas.

Después de guardar el dinero de la recaudación en la caja fuerte, ayudó a Elena, Rosa y Salvi a limpiar el patio de butacas y a recoger pertenencias que el público hubiera olvidado.

Unos quince minutos después, cuando estaban a punto de cerrar, vio que Salvi, en el vestíbulo, se rascaba el cuello y murmuraba. Arturo se alarmó, pues daba la sensación de que algo le perturbaba.

—Salvi, ¿estás bien?

Él giró la cabeza y se sorprendió de encontrar a Arturo. Pensaba que se habría marchado.

—Sí, bueno, no —dijo, enigmáticamente.

—¿Qué ocurre? ¿Puedo ayudar?

—Es que… Lo podemos hablar otro día, si quieres. Mira qué hora es, ya es tarde —dijo, mirando su reloj de muñeca.

—Salvi, suéltalo ya, que estás empezando a preocuparme.

Salvi negó con la cabeza. Había ensayado ese momento con su mujer, pero ahora que debía comunicarlo sentía un nudo en la garganta. El Paraíso había sido su segunda familia.

—Me marcho —dijo, bajando la vista, dando a entender por el tono que no era una simple despedida hasta el día siguiente.

La noticia fue tan brusca que Arturo notó como si recibiera un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, para nada —dijo, tajante—. Lo que ocurre es que el padre de mi mujer se jubila y nos deja la papelería. Mi mujer quiere llevarla y darle un aire nuevo. Claro, eso es mucho jaleo, ya sabes. Estoy muy a gusto aquí, Arturo, pero si mi gente me necesita no hay otra.

—Me das un disgusto, pero si es lo que quieres, lo comprendo perfectamente.

—Las circunstancias son las que son y hay que adaptarse y estar donde me necesiten —dijo, mientras sacaba un papel doblado del bolsillo trasero del pantalón—. Toma, te entrego el aviso con dos semanas de antelación.

—El abuelo te tiene una gran estima.

—Y yo a él. No ha sido una decisión fácil. Estoy muy cómodo aquí, pero ya sabes. Si necesitáis más tiempo, me quedo lo que me digáis.

—Gracias, Salvi. Te vamos a echar mucho de menos —dijo, pensando en cuándo diría la noticia a su abuelo y sus hermanos.

—Me pasaré algún día de estreno, por supuesto —dijo, sonriendo.

—¿Necesitas algo?

—De momento estoy bien. Gracias.

Se fundieron en un abrazo. Desde un punto de vista frío se ahorrarían un salario en un momento de crisis, sin embargo, perdían mucho más. Salvi era uno de esos empleados fieles que

rara vez faltaban al trabajo, y siempre demostrando una actitud inmejorable.

—Habría que organizar su despedida —le dijo Elena en un aparte.

—Me parece una idea cojonuda.

Minutos después, le dijo a Salvi que él cerraba el Paraíso. Rosa y Elena ya se habían marchado. Al tiempo que cerraba las puertas y se aseguraba que no había nadie en los baños, no dejó de pensar en la conversación con Salvi. Su familia le necesitaba y él había respondido. Quizá los problemas económicos que atravesaba el cine también habían influido en su decisión, pero eso no restaba peso a su decisión de emprender un nuevo camino. Cuando la familia tiene una necesidad, hay que responder. Nadie te lo enseña, nace del interior de uno mismo.

Pero ¿y si eso supone renunciar a tu sueño personal?

Activó la alarma y antes de cerrar la puerta de entrada, echó un último vistazo al interior. El Paraíso se disponía a sumirse en la calma de las sombras, como un ente vivo que anhela el reposo para la siguiente representación.

Ya en la calle, caía una llovizna. No le pareció extraño, pues en abril el clima podía pasar de un día soleado a uno lluvioso en cuestión de minutos.

Sacó el móvil y consultó con sus amigos dónde se encontraban. Echó un vistazo a las fotos que habían mandado, y sintió un enorme deseo de pasárselo bien con ellos.

Cuando respondía con un mensaje de audio que se dirigía al bar, vio algo que le hizo cambiar de opinión.

Al otro lado de la calle, Iris caminaba en sentido contrario. Sola. Fue sencillo distinguirla porque no había nadie más. Las luces de los escaparates de las tiendas cerradas alumbraban su silueta.

¿Adónde irá?, se preguntó. Tal vez la cita no ha ido como esperaba. Se habría aburrido y ahora volvía a casa.

Ella caminaba con parsimonia, como si disfrutase de un paseo nocturno sin importar las ligeras gotas de lluvia. El aviso de un mensaje le sacó de su ensimismamiento. Abrió la foto. Los colegas le esperaban para tomarse un copazo bien fresquito. Valiente panda de hijos de…

No pudo evitar volver a reparar en Iris.

O se acercaba para hablar con ella, o se marchaba con los colegas. Debía tomar una decisión ya.

Cruzó la calle sin mirar y aceleró el paso. Para evitar que se sintiera intranquila al acercarse, a unos diez metros la llamó por su nombre.

Iris preveía lo que iba a hacer en cuanto llegara a casa, dado que la cita había finalizado antes de lo previsto. El chico se había mostrado demasiado glotón durante el tapeo. ¡No paraba de comer! La imagen en el bar de sus carrillos abultados le produjo una cierta vergüenza ajena. ¿Es que era su primera comida del día? Era una lástima, pero no estaba dispuesta a bajar el listón. Antes prefería una noche de satisfacerse ella misma.

Cuando ella se giró y le vio, se quedó de piedra. Ella enseguida sonrió y algo se iluminó dentro de él. Hubo algo mágico en ese momento, como si Puerta del Mar se hubiera vaciado solo para que ellos se encontrasen. La humanidad había desaparecido de repente y ellos eran los únicos habitantes de la Tierra.

—Hola —dijo Arturo, recuperando el aliento ante aquel despliegue de belleza de Iris. Era una mujer que no necesitaba un vestido escotado para deslumbrar. Bastaba con su melena rubia, una mirada penetrante y una sonrisa memorable.

—Hola, Arturo —dijo Iris.

Le estremeció el hecho de pensar que sus labios habían acariciado cada sílaba de su nombre.

—Te he visto en el cine —dijo él.

Aunque en realidad quiso preguntarle ¿con quién estabas en el cine? Me muero de curiosidad.

—Sí, finalmente me animé.

Desconcertada por el inesperado encuentro, a duras penas reconstruía a toda prisa su armadura profesional, para evitar que se creara una complicidad con un cliente que dificultaría su trabajo en el banco.

—¿Te gustó la peli? —preguntó él.

—Me encantó —dijo, apartando una gota que le acababa de caer en la mejilla—. Muy entretenida.

—¿Y a tu novio?

—¿A mi novio? —preguntó, sorprendida.

—Bueno, quienquiera que fuese que te acompañaba.

—Ah, no es mi novio.

Arturo creyó oír unas trompetas celestiales y no puedo evitar una sonrisa canalla.

—¿Hacia dónde vas?

—Voy a coger el coche. Lo he aparcado más arriba.

Era un solar usado como aparcamiento público. Un hombre custodiaba los coches por unas monedas, pero a esa hora ya se habría marchado.

—Qué casualidad, yo también tengo el mío ahí. Te acompaño.

—Eh… bueno —dijo ella no muy convencida.

Se arrepintió de haber tomado la decisión de acudir al cine. Seguramente ahora Arturo sacaría el tema del préstamo. ¿Por qué era tan salvajemente atractivo? No lograba pensar con claridad.

—¿Qué tal fue la cita? —preguntó él mientras caminaban.

—Bien, un chico amable y muy hambriento —dijo, asombrada—. Gran aficionado a la ensaladilla.

—¿Tan mal fue?

—Y además me hizo pagar la mitad de la cuenta. Yo solo había consumido una copa de rosado y un poquito de pulpo.

—Hay auténticos profesionales de las citas que cenan a costa del otro.

—¿Te ha pasado alguna vez?

—Algo mucho peor. La chica se hinchó a comer croquetas de pollo y las que sobraron las pidió para llevar al perro, que debió de darse un festín a mi costa.

Iris soltó una carcajada.

—¿Volviste a quedar con ella?

—¡No! ¿Y tú vas a quedar con el glotón?

—Ni loca. Como sean así todos los hombres en Puerta del Mar me vuelvo a Londres.

—Seguro que allí rompiste muchos corazones.

El pulso de Iris se aceleró. Era difícil controlarse cuando un hombre como Arturo Campos te mira como si deseara besarte el cuello, y no parar hasta la planta de los pies.

—No tantos como tú aquí —dijo.

—A mí me da la impresión de que me ganas y por mucho.

—¿Cómo está tu abuelo? —preguntó de repente para cambiar de tema.

—Dentro de lo que cabe muy bien. Ha empezado con una fisio y esperamos que pueda caminar como antes, aunque eso llevará tiempo. Pero yo veo que de cabeza está como siempre

para la edad que tiene.

—Al menos los tres hermanos estáis para cuidarle.

—¿Para qué está la familia si no? Aunque es justo también reconocer la labor de Yarina. Sin ella estaríamos perdidos. Desde que murió mi abuela se ha convertido en alguien imprescindible en nuestras vidas.

—Debió de ser muy duro para tu abuelo.

—Muchísimo, pero el cine lo mantiene activo.

—Es como terapéutico.

—Seguramente sí. Se ha volcado totalmente. Mi abuelo por fuera es un cascarrabias, pero por dentro es un sentimental. Recuerdo mi primer día de colegio en Puerta del Mar. Tenía ocho años y había vivido en Madrid. Ya puedes imaginar lo que supone llegar a un colegio siendo el nuevo. La noche antes estaba hecho un flan, aunque no lo quería reconocer. Él se dio cuenta. Me dijo: mañana será uno de los mejores días de tu vida. Yo, sorprendido, le pregunté por qué. Porque harás nuevos amigos.

Ella vio amor en el centelleo de sus ojos. Un amor que resultaba tan seductor como su arrogante sonrisa de surfero.

—Y tuvo razón… —dijo ella.

—Gracias a lo que me dijo soy capaz de recordar cómo fue aquella mañana. A algunos de esos compañeros todavía los veo de vez en cuando.

Anna recordó lo que Catalina le había dicho y que sabía todo Puerta del Mar. A raíz de la muerte de sus padres, Juan había adoptado a los nietos. Se le encogió el corazón al pensar en el desamparo de esos niños.

Doblaron una esquina en una acera estrecha y al hacerlo sus cuerpos se rozaron. Arturo aspiró el perfume de Iris, una profunda mezcla de sándalo y almizcle.

El móvil vibró en su bolsillo y supuso que serían los colegas, pero los ignoró. Hay prioridades en la vida.

A unos cien metros al final de la cuesta, apareció el aparcamiento, iluminado por las farolas en cuyo halo de luz se distinguían las suaves gotas de lluvia. Se dijo que ese fortuito encuentro con Iris debía tener algún propósito. No podía ser simple casualidad.

—Iris, ¿te gusta la pasta?

—Me chifla.

—Quiero invitarte a cenar al mejor italiano de Puerta del Mar —dijo, y la miró para examinar su reacción.

Ella enterró la mirada en el suelo y se mordió los labios.

—No me parece una buena idea, Arturo —dijo con un mohín de disgusto.

—¿Por qué?

Ella con la mano se apartó un mechón de su cabello y se lo puso detrás la oreja.

—Estamos en mitad de un proceso de desahucio. Es muy… —Y le miró a los ojos—. No me parece profesional.

—Me gustas. Eres una mujer muy atractiva. Soy adulto. Sé diferenciar una cosa de la otra. Yo sé que nos quieres ayudar, pero que no está en tu mano. Otros son los que deciden.

—Nos guste o no. Eso siempre estará ahí.

La lluvia empezó a arreciar pero no se percataron, enfrascados en la conversación. Era como un rumor ajeno a ellos.

—Si el restaurante te parece demasiado formal, quedemos para tomar un café. Yo no sacaré el tema del cine —dijo, rozando fugazmente su mano con la suya.

Ella tomó aire y miró a su alrededor. A lo lejos, entre los edificios blancos de apartamentos, se extendía un parque con columpios y lleno de plantas y arbustos. Era imperativo que uno de los dos pensara con la cabeza.

—Este es mi coche —dijo, refiriéndose a un Fiat Cinquecento de tres puertas, blanco. Sacó las llaves del bolso—. Ha sido una conversación muy agradable.

—Sería mucho más agradable en un restaurante italiano. No creas que me voy a rendir tan fácilmente.

—¿Dónde está tu coche?

Arturo se rascó la cabeza y dibujó la expresión de un niño travieso.

—No lo dejaste aquí, ¿verdad? —dijo ella.

—Tengo mala memoria —dijo, sonriendo, con el pelo reluciente por la lluvia—. Ahora que empiezo a recordar está en la calle Real, al lado de la fuente.

Ella negó con la cabeza, divertida ante su descaro.

—Anda, sube, te llevo.

El interior olía a nuevo, y justo al lado del freno de mano había enrollado con esmero un cable de carga para el móvil. Del retrovisor interior colgaba un atrapasueños. Iris le contó que sus padres se lo habían regalado para que le trajera prosperidad en Puerta del Mar.

—Estarán contentos de que ahora vivas más cerca —dijo él.

—Sí, ahora los veré más a menudo. En septiembre tengo un par de semanas de vacaciones y pienso hacerles una visita.

Bajaron por la callejuela hasta llegar al cruce con la calle Real, que estaba desierta. El abundante número de semáforos, farolas y tiendas recordaban que era una calle céntrica, aunque alejada del lugar de ocio nocturno.

—¿Y ellos van a venir?

—Sí, me han dicho que quieren venir. Les gusta la playa y comer bien.

—Pues conozco un restaurante italiano que podrías recomendarles, pero claro antes tendrías que ir tú…

Iris sonrió y apretó el pedal del freno.

—Hay veces en que si hay que cometer errores que sean muy grandes —dijo él.

—Eso lo dice alguien que no piensa en las consecuencias. ¿Es ese tu coche? —preguntó señalando la furgoneta, aparcada cerca de una fuente con estatuas de peces que soltaban chorros de agua.

—Sí, está muy cascada, pero le tengo mucho cariño.

Arturo se quitó el cinturón y se inclinó para besar su mejilla a modo de despedida. Iris se inclinó a su vez y en ese momento, tan cerca uno del otro por primera vez, notó un latido del corazón diferente al resto. Más fuerte. Más audaz. Más peligroso. Trató de imponer la lógica pero el deseo se impuso.

Besó los labios de Arturo como alguien incapaz de dominarse. Un beso ávido y feroz. Notó el sabor de su boca, cálido y embriagador. Enseguida posó una mano sobre su cuello para que el sabor fuera intenso, inolvidable y salvaje. No bastaba con un sencillo beso. Quería uno de esos que se fijan en la memoria para siempre, llenos de lujuria y deseo. De los que dejan sin respiración.

Arturo, con más libertad de movimientos, se abalanzó sobre ella y la tomó por la cintura. Insaciable, ahora era su turno de reclamar su boca. Ella se removió en el asiento, movió las piernas como pudo bajo el volante. A él se le clavó el freno de mano en la rodilla. La postura era algo incómoda, sí, pero a quién le importa la incomodidad cuando el instinto gobierna las

emociones.

—¡Uf! —dijo Arturo, recuperando el aliento.

Volvió a su asiento notando que todo le daba vueltas. Se había imaginado cómo sería besarla, pero había superado sus expectativas. Jamás pensó que sería un estallido de pasión tan profundo que parecía irreal.

La cogió de la mano mientras la miraba, pero ella la retiró un instante después.

—No puedo —logró decir, encogiendo el cuerpo.

Arturo no se rindió. Buscó de nuevo el suave contacto de su mano. Si tenía la oportunidad de besarla de nuevo debía mantener el vínculo. Ella no rechazó el contacto y cuando él sintió la tersura de su piel, la acarició.

—Ven —dijo él, desabrochándole el cinturón de seguridad.

Ella se inclinó y él pasó una mano por los hombros. Afuera, Puerta del Mar seguía invadida por la noche y la llovizna. Había algo clandestino en la explosión de aquel deseo en un coche diminuto, poblado de sombras, porque cuando las demás personas dormían en sus casas, su pasión se despertaba. Arturo fundió la mano en su melena rubia y húmeda con la delicadeza de un músico tocando el piano.

Iris alzó la vista y se topó con la mirada ensoñadora de Arturo. Deseaba un beso más de él, solo uno y después todo terminaría.

—Vamos a mi casa, Iris. Si no lo hacemos esta noche me muero —dijo, con desesperación. Un sentimiento que jamás había sentido por una mujer.

Iris deseaba tener sexo con él, quizá incluso más. Sin embargo, intuía que después vendría el arrepentimiento. Ya le había pasado alguna vez en Londres. Reclamó su boca y volvieron a besarse, esta vez lenta y plácidamente.

—Venga, vámonos ya, a tu casa, a la mía, a un hotel, al fin del mundo, donde tú quieras —insistió él, susurrándole al oído.

Los ojos de Iris se volvieron opacos y se apartó con delicadeza.

—No es posible, Arturo. Esto es un error.

—¿Por qué? ¿Por lo del banco?

—Sí, bueno, no. No lo sé. Ahora no puedo pensar. Solo sé que es una locura.

—Pero lo que está por venir es una locura buena —dijo, con la seguridad de quien se sabe un hombre diestro con el sexo femenino.

—Sí, besas muy bien, pero ahora necesito estabilidad. Acabo de llegar a la ciudad.

Iris no deseaba relaciones, líos, compromisos. Si pudiera ser el polvo de una noche y se acabó, bueno, pero se sentía demasiado implicada. Quería sentir la llamarada del deseo pero no quemarse.

—Estoy loco por ti, Iris. Desde el primer momento que te vi en el mostrador.

—Lo dices por decir. No me conoces.

—¿Cuánto tiempo se tarda en conocer a una persona?

Iris soltó un bufido como diciendo «años».

—No tenemos tanto tiempo. La vida es corta. A veces hay que decidirse solo viendo el tráiler de la “película” —dijo, de manera apasionada.

Ella sonrió, divertida ante la ocurrencia. Resultaba indudable que era un hombre atractivo y especial.

—Es muy tarde —dijo, mirando el reloj del salpicadero—. Será mejor que te vayas.

—Me molaría mucho que habláramos toda la noche.

—Pues yo no tengo tiempo —dijo, y alargó el brazo para abrir la puerta—. Además, estoy

cansada. Ha sido un día muy largo.

—Si no me das tu teléfono, no me voy.

Antes de que marchara, Arturo intentó besarla e Iris no le evitó. Respondió como si fuera el último beso de su vida. Él se bajó del coche, cerró la puerta y cuando se giró para despedirse, Iris ya había arrancado. Se apartó de un salto antes de que la rueda pisara su pie.

¿Qué acaba de pasar?, se preguntó ella. Me he besado con un cliente, así por las buenas me he lanzado y le he comido la boca. Iris, no dejes que ese hombre, ese seductor profesional, se plante en tu cabeza. Pero entonces, ¿por qué me siento pletórica de felicidad?

CAPÍTULO 7

Arturo miraba con sorpresa el pequeño caos que había formado en la cocina. Era el día libre de Yarina y se le había ocurrido preparar el desayuno a su abuelo. Unos suculentos *hot cakes* bañados en mantequilla y miel, pero, claro, eso había sido en su imaginación, porque el resultado fue todo lo contrario: una masa quemada que parecía tan dura como el acero.

Le costaba entender lo sucedido, puesto que había seguido las instrucciones del envase al pie de la letra. Con los brazos en jarras y acariciándose la barbilla en modo pensativo, sopesaba sus opciones cuando llamaron al móvil.

Furioso por ser interrumpido, mandó callar al altavoz inteligente que emitía la música cañera de Walco, un grupo americano. Le ayudaba a llenarse de energía por las mañanas allí donde estuviese, ya fuese en casa o en otro país.

Se acercó a la encimera donde había dejado el móvil, y leyó en la pantalla el nombre de uno de sus colegas: Peco. Lo conocía desde la adolescencia y juntos se habían iniciado en el profesionalismo del surf. Le extrañó que lo llamase tan temprano. Peco era de los que se levantaban a partir del mediodía como muy temprano.

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó Arturo.

—¿Por qué?

—Es muy pronto para ti.

—Lo que pasa es que no me he acostado. Anoche estuve en una fiesta salvaje llena de guiris. ¿Cuándo te vas a pasar por aquí? Te echamos de menos. Hay unas olas que son de lo mejorcito…

Peco se refería a Tarifa, su lugar de residencia, célebre por el fuerte viento que se forma debido al cruce entre el Mediterráneo y el Atlántico.

—Espero que muy pronto. Mi abuelo se está recuperando, pero es un toro y pronto será el de antes. Ahora toca familia, colega.

—¿Y tus hermanos no pueden cuidar de él?

—Todos estamos echando una mano. Estoy deseando ir, pero las tendrán que esperar.

—Hay una competición la semana que viene en Valencia, tío. Es una gran oportunidad de entrenamiento para la temporada que viene. Ya sabes lo bien que nos trataron la última vez.

—No puedo olvidarlo —dijo, riendo entre dientes.

—¿Qué me dices?

Arturo se rascó la cabeza, indeciso. Su mente decía que sí, pero su corazón todo lo contrario.

—No puedo, Peco.

—¿Cómo? ¿Estoy hablando con Arturo Campos o con la Madre Teresa?

A él también le costaba reconocerse. En otro momento, ya estaría subido a su furgoneta

camino de Tarifa. Viento, mujeres, surf, fiesta. La melodía de su vida.

—Ahora no es el mejor momento —dijo, extrañado aún de que esas palabras brotaran de su boca.

—Solo es el fin de semana. Te necesito, sin ti es un muermo. Van a ir a los mejores. Será un desafío guapo de esos que te molan.

Siempre había pensado que Peco era su alma gemela, ya que ambos compartían idénticas aficiones y estilos de vida. Además, si alguien le había ayudado a crecer como surfista, había sido él.

—Esperaré al próximo —dijo, con resignación—. Ya sabes, siempre hay una nueva competición.

—¿Es también por el asunto del cine de tu abuelo?

—Sí, también. La situación es difícil.

—¿Necesitas algo?

Peco era un vividor, pero sabía detectar momentos en los que otro pudiera necesitar una mano amiga. Era hijo de un músico que había formado parte de una banda de mucho éxito en los noventa, por lo que el dinero no suponía un problema. Tenían una mansión espectacular a pie de playa donde Arturo había dormido infinidad de noches.

—Estamos bien. Gracias, Peco.

—Oye, ¿y esa idea del autocine sigue en pie?

—Es solo una idea. Todo está en el aire.

Peco soltó una carcajada.

—¡Te vas a convertir en un hombre de negocios, de esos con traje y corbata! ¡Verás cuando lo cuente a los colegas!

Arturo enseguida se percató de que su amigo deseaba picarle. Tenía que entrar en el juego, hacerle ver que no sufría por dentro por el rechazo a surfear en Valencia.

—¡Eres hombre muerto, capullo! —le dijo.

Se despidieron entre risas y colgaron. Arturo volvió a la realidad del panorama caótico de la cocina. Decidió que tiraría a la basura el intento de *hot cakes,* que limpiaría las sartenes y que prepararía a su abuelo tostadas con miel, acompañado de un zumo de naranja. No sonaba mal después de todo.

Una media hora después, llamaron al timbre de la puerta. Su abuelo ya había desayunado y Arturo colocaba los platos y cubiertos en el lavavajillas. Lo había visto de buen humor y con ganas de charlar, y eso era una señal positiva. Se le ocurrió que cuando llegara Enzo podían salir a almorzar, así el abuelo se aireaba un poco.

Ron apareció para soltar un par de ladridos. Arturo se asomó por la ventana que daba a la entrada. Vio a Violeta, la fisio, y recordó que tenía cita con el abuelo.

—¿Por qué ladras? ¿No ves que viene todos los días?

Ron siguió en sus trece como si la reprimenda no fuera con él.

—Está ayudando mucho al abuelo, así que muéstrate agradecido, no sea que dimita como los otros. ¿Me has oído?

Ron ladeó la cabeza y meneó el rabo.

—Así me gusta.

~

Cuando Enzo llegó a la casa familiar, se encontró con una imagen que nunca olvidaría. Su

hermano Arturo dando puñetazos al lavavajillas. Maldito trasto inútil, gritaba. ¿Por qué no funcionas? Ron miró a Enzo como esperando a que interviniese, por lo que con un gesto decidido apartó a su hermano. Apretó un solo botón y el electrodoméstico emitió un ronquido metálico. Al momento se oyó el rumor del agua.

—¿Ves? No es tan difícil —dijo Enzo.

—Pues esta noche friegas tú. ¿Qué te parece?

—Bueno, tampoco hay que venirse arriba —dijo, dando un paso atrás—. ¿Cómo estás, hermanito?

—Pues acabo de rechazar una competición en Valencia, ¿cómo lo ves?

—Vaya faena —dijo, mientras abría el frigorífico y cogía un refresco—. ¿Habrá más durante el verano, no?

—Claro que sí, pero esta es la mejor de todas. Un clásico. No me la había perdido desde hacía diez años.

Enzo tomó un largo sorbo y dejó el refresco sobre la mesa.

—¡Ponle un posavasos! ¿O esperas que lo haga yo? —dijo, señalándose a sí mismo.

—¡Pero si tú lo haces cientos de veces! ¡La abuela lo dio por imposible!

—¡No cambies de tema! ¡Pon el jodido posavasos!

Enzo claudicó. Abrió la puertecita del armario y sacó uno rectangular de corcho, decorado con un sencillo y elegante patrón de figuras geométricas. Un recuerdo de un entrañable viaje familiar a Tánger.

—¿Contento?

—Muy contento.

—Ahora voy a ver al abuelo —dijo, dirigiéndose hacia las escaleras.

—No puedes. Está con Violeta.

—¿La fisio? Ah, no lo sabía. ¿Cuánto le queda?

—Unos quince minutos más o menos —dijo, mirando el reloj del móvil.

—Tenemos tiempo para hablar de un asunto. Siéntate. Me gustaría hablar también con Darío. ¿Va a venir?

—Hoy no puede. Ha tenido que ir a Tarifa para suplir al farero, que está de baja.

—Bueno, luego le llamo y se lo digo.

Ambos se sentaron, uno al lado del otro. Enzo sacó del bolsillo de su pantalón unos documentos doblados que parecían facturas. Arturo examinaba las acciones de su hermano con una gran curiosidad.

—¿Es sobre el cine? —preguntó Arturo.

—Me temo que sí. Por cierto, ¿hay novedades sobre el banco?

—No exactamente.

—¿A qué te refieres?

—Me he liado con Iris.

—¿Iris? ¿La del banco?

—La misma.

—¡Serás capullo!

Enzo se levantó y empezó a pasear nervioso de un lado a otro.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Es que no sabes que lo puedes complicar todo?

—No he podido evitarlo. Me gusta mucho.

—Deja de pensar con la polla, Arturo.

—Que soy tu hermano mayor, cuidado cómo me hablas.

—Pues pareces el pequeño. Con la cantidad de mujeres que hay en Puerta del Mar, vas y te lías con la que lleva el proceso de desahucio.

—Fue espontáneo —dijo, omitiendo que había regalado a Iris dos entradas para el estreno del día anterior—. ¿De qué querías hablar?

—No cambies de tema. ¿Qué fue, un polvo?

—Solo nos liamos.

—Menos mal —dijo, aliviado.

—Pero pienso quedar con ella y que pase lo que tenga que pasar.

Enzo soltó una palabrota.

—Te conozco, vas a romperle el corazón. Y vete a saber cómo reaccionará la pobre mujer, quizá la tome contigo a través del cine. ¿Te das cuenta de lo grave que es?

—¿De qué quieres hablar? —dijo Arturo, dejando claro que deseaba cambiar de tema.

Enzo estaba a punto de responder cuando reparó en que Violeta bajaba por las escaleras. Era una mujer alta y delgada, con una melena oscura y rizosa. Vestía de punta en blanco, con ropa holgada y vaporosa, como si viniera de Ibiza. Se intuía un cuerpo esbelto y elegante. Llevaba una bolsa donde guardaba el material para las sesiones. Su saludo fue juvenil y despreocupado.

—¡Hola! —dijo, con una gran sonrisa y un gesto de la mano.

Al acercarse para saludar, Enzo se fijó en sus bonitos ojos almendrados y en los hoyuelos que se formaban al sonreír. Qué guapa es, pensó Enzo. Con la mano apoyada sobre la barandilla, bajando las escaleras con estilo, le pareció que transmitía un cierto magnetismo.

—Violeta, te presento a mi hermano Enzo —dijo, Arturo.

—Encantada.

—Igualmente —dijo Enzo, mostrando su sonrisa más agradable—. ¿Cómo está mi abuelo?

—Cada día un poquito mejor. ¿Tú eres el que trabaja en Salvamento, verdad?

—Sí —respondió, sorprendido.

—Juan me habla mucho de vosotros. Se nota que está muy orgulloso.

—¿Ah, sí? Espero que no te aburra mucho.

—No, al contrario. Es un hombre con mucha vitalidad y grandes historias que contar. Me lo paso muy bien.

—¿Has desayunado, quieres desayunar? —preguntó Enzo.

—Bueno, es la una, un poco tarde para eso, ¿no crees?

—O te puedes quedar a almorzar.

—Gracias, pero tengo que irme. Ángela me espera en su casa y no quiero llegar tarde. Conociéndola, me tendrá preparado un picoteo de comida mexicana.

—¿Tienes muchos clientes?

—No puedo quejarme, aunque va por rachas. Pero así es la vida de autónomo, independiente y complicada. Bueno, os dejo, que Ángela vive fuera de Puerta del Mar.

—¿Necesitas que te llevemos? —preguntó Enzo.

—No, gracias. He venido en mi coche.

Violeta puso una mano sobre el antebrazo de Arturo y agitó la mano a modo de despedida. Cuando se marchó por la puerta, Arturo se quedó mirando a su hermano.

—Se te cae la baba, tío.

—Qué dices, no digas tonterías. ¿Ya le has echado el ojo?

—Es guapa, sí, pero ahora mismo quiero liarme con Iris y me lo va a poner difícil. No doy abasto. Por última vez, ¿de qué querías hablar?

Ambos hermanos volvieron a sentarse a la mesa, y Enzo volvió a sacar los documentos

doblados del pantalón. Se las mostró a su hermano.

—Le pedí a Darío que me diera una copia de los últimos movimientos del libro de contabilidad. Quería saber cuánto paga de teléfono e internet por si podía encontrar un proveedor más barato.

—Es una buena idea. La oferta se ha ampliado bastante. ¿Cuánto se va a ahorrar?

—No lo sé, porque encontré algo que me llamó la atención. Un gasto mensual que no tiene mucho sentido. Mira —dijo, señalando con el dedo.

Arturo se fijó en que su hermano había redondeado una cifra: quinientos euros. Como concepto figuraba «D.»

—Lleva al menos dos años gastando ese dinero. Digo al menos porque no he tenido más tiempo de examinar el resto de la contabilidad.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿D? ¿Quién es D?

—No lo sé.

—Pero es mucho dinero. ¿No te parece?

—¿Se lo has preguntado al abuelo?

—Sí, le llamé por teléfono y se puso hecho una furia.

—¿Por qué?

—Me gritó, dijo que yo no era nadie para meterme en sus asuntos, que él se encargaría de sacar adelante el Paraíso. Y después me colgó. Una reacción muy extraña.

—Ya sabes lo impaciente qué es.

—Es que se trata de mucho dinero. Creo que deberíamos preguntarle los tres y preguntarle si es necesario ese gasto.

—No será una conversación fácil.

—Por eso tenemos que estar presentes los tres. Hacer frente común y decirle que lo hacemos por el bien del cine. Es el momento de cortar cualquier gasto que sea innecesario. La supervivencia del Paraíso está en juego.

Enzo calló de golpe y adoptó una expresión meditabunda. Vivía solo en un apartamento de dos habitaciones dentro de una urbanización con piscina. Aún quedaba una eternidad para que fuera suya en propiedad, pero con el sueldo de patrón de Salvamento Marítimo, pagaba la hipoteca, sus necesidades básicas y sus viajes aventureros en la moto.

—¿En qué piensas? —preguntó Arturo.

—He pensado que en verano podría vivir aquí y alquilar mi apartamento, así tendríamos más recursos económicos.

—Joder, qué gran idea.

—Tú estás renunciado a tus entrenamientos para cuidar del abuelo. Me inspiraste, hermano.

—Yo siempre guiando tu camino —dijo, Arturo, socarrón.

—Cierra la bocaza.

~

Después de escuchar la conversación de sus nietos desde el rellano de las escaleras, Juan volvió a su habitación apoyándose en el bastón, que al final había aceptado a regañadientes para moverse por la casa. En caso de salir a la calle, de momento era preferible usar la silla de ruedas.

La ayuda de Violeta estaba dando sus frutos. Por fin había encontrado a alguien competente y no un mequetrefe recién salido de la facultad. Además, se podía hablar con ella de cualquier

tema, pues le encantaban los libros y el cine.

Se sentó en el sofá mientras no dejaba pensar en la conversación que acababa de escuchar por casualidad, cuando se dirigía al baño. Jamás sospechó que sus nietos se estudiarían a fondo en sus cuentas y eso entrañaba un riesgo para él.

Si supieran la verdad de ese gasto… No me lo perdoñaría nunca, se dijo.

Sintió que no podía reprochar nada a sus nietos, ya que todo lo que hacían eran por amor a él. La desgracia se cebó con ellos cuando eran unos críos, pero habían sabido encauzar sus vidas. Dios sabe que no fue sencillo.

Cuando ese aciago avión se estrelló en la pista del aeropuerto de Madrid, Darío tenía solo once años, Arturo, ocho; y Enzo, cinco. El mundo se les cayó encima y no solo a ellos, sino también a Sofía y él. De la noche a la mañana se convirtieron en abuelos y padres, pero no lo dudaron ni un segundo. Aceptaron la responsabilidad y salieron adelante gracias sobre todo a Sofía. Su amor y su capacidad de sacrificio fue encomiable.

Ella fue quien se encargó de que los nietos no se olvidaran jamás de Pablo y Giorgia, sus padres. Mandó enmarcar sus fotografías y las puso en cada una de las habitaciones. Ya no estaban con nosotros, pero su memoria los mantendría vivos.

La fotografía que Sofía eligió era una que alguien les había tomado en el paseo marítimo de Puerta del Mar, el verano que se conocieron, en 1982. Ambos se mostraban acaramelados y sonrientes, rebosantes de vitalidad y juventud. Tenían veintiún años. Cinco años después nacería el primero de los tres hermanos, Darío.

Se habían conocido en una moraga a la luz de la luna, de esas que se celebran en la playa al rumor de las olas. La costumbre dicta que cada persona llevara comida y bebida con el fin de pasar una noche divertida alrededor de la fogata entre amigos y desconocidos.

Giorgia y Pablo hablaron por primera vez, y continuaron hasta que el sol de la mañana les sorprendió.

Ese fue el primer verano que Giorgia pasó en la pequeña ciudad costera, invitada por sus tíos que eran dueños de un apartamento en el centro. Había logrado unas notas espléndidas en el último año de la carrera de Periodismo, y sus padres dejaron a la recién licenciada que disfrutara del verano antes de regresar a Italia.

—Papá, anoche conocí a la mujer de mi vida —le dijo Pablo a Juan al día siguiente con una sonrisa ensoñadora.

Pablo entonces ayudaba en el Paraíso en todo donde pudiera hacer falta, desde encargarse de la proyección hasta el diseño de carteles y elaborando la programación. Eran los tiempos del proyector enorme, de hierro y que usaba película fotoquímica de 35 mm. Por suerte, en la década siguiente se sustituiría por poliéster, un formato más seguro y fiable. Por aquel entonces, la tecnología iba de la mano del Paraíso.

Cuando su hijo le anunció su enamoramiento, Juan ignoraba que cuatro meses después Pablo se marcharía a Madrid siguiendo a Giorgia, que volvía desde Italia a la capital para buscar trabajo y asentarse definitivamente. Sofía y él, lejos de entristecerse porque los abandoñaba, celebraron que hubiera encontrado el amor de su vida.

Sofía, ¿qué pensabas cuando les regalaste la foto?, se preguntó Juan. Quizá en su momento me lo dijiste, pero ahora no logro acordarme. Deduzco que sería una forma no solo de recordar a sus padres, sino también de inspirarles para que encontraran su gran amor. Tú siempre al tanto de los pequeños detalles… Amor mío, cuánto te echo de menos.

CAPÍTULO 8

Desde su apasionado beso en el Fiat, a Arturo le resultaba imposible sacar a Iris de sus pensamientos. Decidió que ya era hora de avanzar a toda vela. Tenía su número de teléfono. Sí, la llamaría. Eran un poco más de la cinco de la tarde. Después de trabajar en el banco, dedujo que estaría en casa. Había dejado transcurrir un par de días, lo aconsejable en estos casos. Ni muchos ni pocos. Los suficientes para mantener la tensión.

Fue a su habitación para una mayor privacidad, aunque en la casa solo se encontraban el abuelo y Ron, pudiera ser que sus hermanos aparecieran de improvisto.

La cita con la fisio había sido a media mañana y Yarina, una vez finalizada su tarea, se había marchado antes del almuerzo. Se notaba su mano, la casa olía de maravilla, como a un fresco bosque.

Arturo se encargaba de limpiar su habitación, y aplicaba la máxima masculina de ensuciar lo menos posible para así limpiar lo menos posible. Se sentó sobre el sillón donde solía acumular la ropa usada. En la última repisa de la estantería relucían los trofeos ganados en las competiciones de surf. Debajo, una columna de viejas revistas donde hablaban de él, acompañadas de fotos impactantes sobre la tabla. En el escritorio donde había estudiado en su adolescencia, descansaba su portátil con el salvapantallas activo.

Un sol agradable entraba por la ventana y calentaba la estancia. Afuera, las jacarandas habían florecido y el césped era de un verde esplendoroso. Se oyó el canturreo de un pajarillo. En un gesto distraído, apoyó el móvil en la barbilla pensando en lo que diría a Iris para seducirla.

De repente, un portazo captó su atención. Los ladridos de Ron reinaron en la casa. Arturo salió al vestíbulo y se encontró a Enzo cargando una enorme maleta.

—Ya estoy en casa, cariño —dijo, guiñando un ojo a su hermano—. Dejo la maleta y me marcho. Hoy tengo turno de noche.

—¿Ya has alquilado tu apartamento tan pronto?

—¡Qué dices! Lo que pasa es que quiero dejar aquí ropa que ya no uso. Así, cuando me mude, será más rápido. Ya sabes que me gusta tener lo indispensable.

El dormitorio de Enzo se encontraba junto al de Arturo. El tamaño era similar y compartían el cuarto de baño, ubicado en mitad del pasillo. Puso la maleta sobre la cama y miró a su alrededor. En la pared, un póster de coches deportivos compitiendo en una carrera y el cartel de la película Fast&Furious. Cerca de la ventana, se alzaba un mueble poblado de películas americanas en DVD. Nada había cambiado desde que se fue de casa a estudiar en Cádiz.

El armario estaba casi vacío, aunque conservaba algunos objetos personales, como la raqueta de pádel, varios polos y pantalones para jugar. Enzo sintió una cierta añoranza. En algún momento de su adolescencia soñó con ser profesional.

—Y el abuelo, ¿cómo está?

—Echándose la siesta. Hoy la fisio se ha ido especialmente contenta. Dice que aunque muy poquito se nota el progreso.

—Muy bien —dijo, abriendo la maleta—. He pensado que si la cosa continúa mal en el cine, alquilaré mi apartamento durante todo el año.

—Sería genial, hermano. Esto es solo un bache momentáneo.

—¿Alguna novedad?

—Recuerda que hay contribuir a la cesta de compra, limpiar la cocina y hacerse cargo cada uno de su colada. Yarina está para lo que está, que es ayudar al abuelo y preparar la comida. Luego hablamos, que tengo que hacer una llamada urgente.

Dejó a su hermano sacando la ropa de la maleta y regresó a su cuarto. A ver si por fin podía llamar a Iris. Buscó el nombre en la agenda de contactos y pulsó el botón. Se alegró de que en la noche del beso no se olvidara pedir su número.

—¿Diga?

Su voz le produjo un cosquilleo. Se la imaginó atendiendo la llamada con sus bellos ojos azules.

—¿Has surfeado alguna vez?

—¿Quién es? —preguntó Iris.

Claro, ella no había guardado su número. Decidió gastarle una broma.

—¿Con cuántos hombres te has liado en un coche desde hace dos días para que no te acuerdes de mí?

—Pues bastantes —dijo, con ironía—. Ah, eres tú, Antonio. Sin duda, el más guapo de todos.

Aunque sabía que estaba jugando, no pudo evitar una punzada de celos.

—Muy graciosa —dijo, en modo ironía—. ¿Qué haces?

—En casa, descansando después de un día con mucho trabajo. Estoy sentada en el sofá con los pies sobre la mesa.

—Viene muy bien desconectar. ¿Sabes lo que hago yo?

—Ilústrame.

—Surfeo.

Iris pensó que encajaba a la perfección con su físico. Melena, barba y piel bronceada. Todo el paquete completo.

—Interesante.

—¿Alguna vez has surfeado?

—Si lo probara alguna vez creo que me caería enseguida. Parece muy difícil eso de sostenerse en la tabla.

Arturo supuso que una mujer de números no estaría al tanto de que conversaba con un profesional del surf. Un aliciente más.

—No, si tienes un buen profesor. Es más sencillo de lo que imaginas.

—Y ahora es cuando me dices que casualmente conoces a uno que vive en Puerta del Mar.

Arturo esbozó una sonrisa. Le encantaba el juego de la seducción.

—¿A qué hora te recojo mañana?

—¿Para qué?

—¿Abuela, estás dura de oído, eh? Para enseñarte a surfear. Quiero llevarte a una cala muy bonita. Será divertido, ya lo verás.

—Uf, el agua estará helada.

—No sufras, te prestaré un traje de neopreno. Si me das la dirección de tu casa, te recojo en

mi furgoneta legendaria.

—¿No vas muy rápido?

—La velocidad es lo mío —dijo, con naturalidad—. ¿Qué me dices?

Iris suspiró, indecisa ante el dilema de salir con un cliente cuya familia debía dinero al banco donde era empleada. Se levantó con inquietud del sofá, y miró por la ventana hacia la calle buscando algo con lo que distraerse mientras tomaba una decisión. Ella se lanzó a besarle por lo que había mostrado su interés, con descaro, por cierto. Ahora no podía culparle de insistir en que se vieran.

—No lo sé, Arturo. Nuestra situación es complicada…

Por el tono dubitativo de ella, supo que debía mostrarse persuasivo.

—Es complicada si nosotros queremos que sea complicada. Solo se trata de verse, de hablar, de conocerse.

—Ya… —dijo, y dejó que el silencio hablara por sí mismo.

—Solo será un rato, Iris. Además, te prometo que no sacaré el tema —dijo, refiriéndose al desahucio—. Somos adultos. Será un reto para los dos.

La voz de Arturo sonaba tan contundente y atractiva que requería un esfuerzo sobre humano negarse a todo lo que pidiera.

—¿Sería por la tarde?

Bien, la estoy convenciendo, pensó Arturo.

—Mira, si quieres nos vemos en la playa del Cable a eso de las seis. ¿Sabes dónde es?

—Claro que sí —dijo, aunque no tenía ni idea. Ya lo buscaría por internet.

—Te espero mañana.

—No prometo nada, Arturo —dijo, con apremio—. A lo mejor me quedo en casa. Tengo cosas que hacer.

Arturo se levantó y acarició los trofeos. Su favorito era el último, el que acababa de ganar en Hawái. Pasó el dedo sobre el reluciente cristal, y dejó que el halo de éxito le sirviera de inspiración para sus siguientes palabras.

—Iris, quiero verte, es más, necesito verte —dijo, haciendo énfasis—. Lo que pasó en el coche fue un rollo muy especial, y me niego a creer que fue pasajero, que no cuenta para nada. Te dije que estaba loco por ti y es la verdad. Voy a confesar una cosa: aún tengo el sabor de tu boca en la mía.

Iris quiso decir «Yo también», pero una voz interior le dijo que era demasiado atrevido. Cerró los ojos, y se imaginó al hombre del otro lado de la línea telefónica pensando en ella a todas horas. Entonces el muro de lo correcto empezó a tambalearse.

—Si voy, iré en mi coche —dijo, al fin.

Arturo agitó el puño en el aire.

—Me parece justo —dijo, complacido por obtener un rayo de esperanza.

~

Llamaron al teléfono fijo de la casa de los Campos. Yarina, que estaba tendiendo la ropa en el patio interior a la luz del sol, ignoró la llamada pensado que sería un comercial de ventas. Sin embargo, ante la insistencia fue a contestar.

—Buenos días —dijo una voz de hombre—. Soy Luis Narciso, abogado de la corporación Segarra. Me gustaría hablar con Juan Campos. ¿Está disponible?

—Pues…

Yarina dudaba si molestar a Juan. Desconfiaba de que en realidad fuera una llamada para cambiarse de compañía telefónica o vaya usted a saber qué. Justo en ese instante regresaba Arturo de pasear a Ron, quien como una flecha se dirigió a su cuenco de agua para saciar la sed.

—Le paso con su hijo —dijo Yarina, ofreciendo el teléfono a Arturo, quién se encogió de hombros, como pidiendo más información, pero Yarina, canturreando, volvió a sus quehaceres.

Arturo escuchó la petición del hombre de hablar con su abuelo.

—Mi abuelo está ocupado. ¿Cuál es el motivo de la llamada?

—Puedo llamar en otro momento sin ningún problema. ¿Tiene móvil?

—No, no tiene —respondió, pensando en que su abuelo odiaba llevar un teléfono encima.

Se formó un silencio en el que Luis Narciso pareció resignarse a hablar con Arturo.

—Queremos hablar con su abuelo sobre el cine. Tenemos una oferta que le puede interesar.

—Le escucho.

—Nos gustaría reunirnos con él para informar de todas las condiciones económicas. Sabemos que es un negocio familiar con mucha antigüedad, pero hemos preparado una oferta muy interesante.

—Tendré que consultarlo con él y si está de acuerdo, le llamaré para concertar una cita.

—Me parece estupendo. Solo déjeme contarle de que la oferta tiene una semana de validez. No nos gusta dejar que las cosas se dilaten en el tiempo. Llámenos al número que aparece en la pantallita del teléfono.

—Si nos interesa contactaré con usted —dijo Arturo con brusquedad.

Después de colgar, se quedó pensativo. ¿Alguien le hacía una oferta por el Paraíso justo ahora? ¿Era una casualidad o sabían de los apuros económicos de su abuelo?

Fue a su dormitorio, encendió el portátil y buscó información sobre la empresa en internet. Segarra era una empresa nacional dedicada a la construcción de inmuebles de lujo y toda clase de infraestructuras, como autopistas y aeropuertos. Su web transmitía el estilo de comunicación de las grandes corporaciones: fotografías cuidadas, vídeos con música y firme compromiso por el medioambiente.

—Parece que la propuesta es seria —se dijo a sí mismo.

Subió a la planta de arriba y buscó a su abuelo, que estaba leyendo un libro recostado sobre el cabecero. A través de la ventana, abierta de par en par, se veían las húmedas sábanas extendidas en el tendedero.

Le comentó la llamada de Segarra, y se sorprendió también de que llegase justo en un momento delicado para el Paraíso.

—¿Crees que el banco tiene algo que ver? —preguntó Arturo.

—Apuesto a que sí, hijo. Esas empresas tienen tentáculos por todas partes. De todas formas, deberíamos escuchar qué es lo que tienen ofrecer.

Después de hablar con el abogado, Arturo no tardó en informar de la reunión con Segarra a sus hermanos mediante mensajes a sus móviles. Sería esa misma tarde y debido a que ni Enzo ni Darío podían acudir, acordaron que se verían en casa para cenar y comentar la reunión.

Yarina se ofreció a dejar preparada la cena, pero a cambio le pidió a Arturo que fuera al supermercado con la lista de la compra. A regañadientes, aceptó. Siempre había pensado que era una de las tareas más aburridas del mundo.

Con cara larga, fue empujando el carrito por las diversas secciones. Sufrió la gran tortura en la frutería, ya que debía ponerse guantes, coger una a una la fruta y meterla en la bolsa. Los pensamientos sobre Segarra eran inevitables. Si aceptara la oferta, (siempre que fuese razonable) su abuelo podría quitarse de encima un problema serio, y vivir de las rentas con comodidad. Si la

rechazaba, el Paraíso caería en manos del banco y la venderían para recuperar el dinero.

Cuando en la línea de caja llegó su turno, la cajera le reconoció. Era una mujer que rondaba los cincuenta años, con algo de sobrepeso y una sonrisa amable. Una de las más veteranas de la plantilla.

—¿Cómo está tu padre, corazón? He oído que lo ingresaron en el hospital —dijo, mientras pasaba la compra por el lector de códigos de barra.

—Ya lleva una semana en casa. Tiene secuelas, le cuesta andar pero se está recuperando. Está hecho un toro.

—¿Y cómo lleva lo de estar en casa?

—Bien, dentro de lo que cabe. Como le gusta tanto el cine, el médico le ha recetado una comedia después de cenar —dijo, sonriendo—. Esta noche toca La vida de Bryan.

—Qué bien, cuánto me alegro. A ver si cuando se recupere voy al cine con las amigas del club de lectura y le saludo. No sé qué haríamos sin el Paraíso. Me encantan las películas que ponen. Más cine, por favor.

De regreso a casa, con las bolsas del súper en el asiento trasero de la furgoneta, pensó en la conversación con la cajera. Día a día la vida trae cambios, algunos para bien y otro para mal, pero la gente valora aquello que permanece inalterable al paso del tiempo. Por eso, el Paraíso ya formaba parte del paisaje emocional de los habitantes de Puerta del Mar.



La última vez que Darío había pisado la biblioteca municipal se encontraba ubicada en una callejuela, desapercibida, sin un letrero anunciando su nombre. Tenía que subir por unas escaleras tan empinadas y estrechas que casi le faltaba la respiración. El mobiliario consistía en un par de mesas y sillas; y alrededor, una estantería de tres o cuatro baldas repletas de libros. Durante el verano hacía un calor infernal y durante el invierno, un frío glacial. No, no era uno de sus lugares favoritos de Puerta del Mar.

Además, el bibliotecario de la tarde era un funcionario joven, melenudo, que apestaba a tabaco y que trabajaba con desgana. Se pasaba el tiempo leyendo la prensa deportiva con los pies sobre la mesa, o charlando con los amigotes que acudían a visitarlo. Cumplía con su horario y poco más. Quizá por eso casi siempre la biblioteca estaba vacía.

Ahora, no obstante, casi veinte años después, la biblioteca había cambiado de sitio. Se ubicaba dentro del edificio que albergaba el Ayuntamiento, en pleno centro del casco histórico y frente a la llamada Plaza de Los Naranjos. Se encontraba en la última planta, en la sala en la que años atrás se había dedicado al catastro.

Lo primero que vio fue unas puertas blancas de hoja fina, donde se había colgado un cartel con el horario. Al entrar se llevó una grata sorpresa. Era un espacio muy diferente al que recordaba, modesto, con las paredes forradas de libros, varios pasillos con más libros y unas cuantas mesas para quien deseara estudiar, consultar un texto o simplemente leer la prensa del día. Las ventanas dejaban deleitarse con un hermoso enjambre de tejados y, a lo lejos, el horizonte esplendoroso del Mediterráneo.

Cerca de la puerta estaba el escritorio de Luz Ramírez, la bibliotecaria, quien tecleaba en el ordenador con ritmo vivo. Era joven, de estatura media y llevaba el pelo castaño y corto por comodidad. Sus ojos, vivaces, miraban la vida con una profunda curiosidad.

Cuando Darío reparó en ella sintió un hormigueo en el estómago. Sus facciones le resultaban familiares. Le llevó un segundo bucear en su memoria para encontrar el nombre de aquella

mujer. Luz. Sí, se llama Luz, se dijo.

La última vez que la vio fue en el instituto, el último año antes de que fuera al internado. En concreto, el último día del curso en el que se repartían las notas. Ella iba unos cursos por debajo, pero no recordaba cuántos. Al mirarla con intensidad, Luz alzó la vista y se fijó en él. Le reconoció enseguida. Darío. Cómo olvidarle.

—Hola, Luz. Cuánto tiempo.

—¡Hola, Darío! Sí, ha pasado mucho tiempo desde el instituto.

—¿Cómo estás? Me alegro de verte.

—Igualmente. Escuché que te habías ido a conocer mundo.

—Sí, pero volví hace tres años. No sabía que trabajas aquí.

—Conseguí mi plaza, que me costó lo mío no te creas, pero aquí estoy, contenta.

—Qué bien.

—Te veo bien, Darío.

—Y yo a ti también.

—¿Vienes a sacarte el carné?

—Sí, mi abuelo tuvo un ictus y ahora pasa mucho tiempo en casa. Me pidió que le llevara algunos libros.

—Vaya, cuánto lo siento. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —dijo, con cierta sequedad.

—Cuánto me alegro, de verdad —dijo, llevándose una mano al pecho—. Venga, déjame tu carné de identidad y te hago una ficha.

Mientras ella copiaba la información en el ordenador, Darío se fijó en sus facciones. Sus ojos oscuros, la nariz respingona y el hoyuelo en la barbilla. Qué lejos queda la adolescencia, pensó, ahora es toda una mujer.

Se fijó en que tenía el tatuaje de una pequeña araña en la muñeca de la mano izquierda. Le intrigó pero no se atrevió a preguntar algo demasiado personal.

—Si no estás muy ocupada, Luz, me vendría bien algunas recomendaciones. A mi abuelo le gusta la ficción, pero yo soy más de leer manuales técnicos.

—Claro que sí, encantada.

Después de que firmara la solicitud, Darío la siguió hasta el estante de novedades. Se fijó en que llevaba una falda a juego con la blusa de manga corta.

—Puedes llevarte hasta tres libros. Así que yo probaría, por ejemplo, con uno de género policíaco, que eso nunca falla. También están muy de moda las novelas históricas. Esta de los mayas ha vendido un porrón de ejemplares —dijo, señalando con un dedo.

—A mi abuelo le encantan las historias de todo tipo. Yo creo que más que leer, devora.

—Pues ya somos dos. Yo no podría vivir si no estuviera rodeada de libros.

—Entonces trabajar aquí es un sueño cumplido.

—Exacto, no necesito nada más.

Aunque por dentro ella sintió que no era sincera del todo. Aún notaba que en su vida faltaba algo muy relevante, el amor; pero seguía manteniendo la esperanza.

—Ojo, que el préstamo es de quince días —dijo Luz, con ojos falsamente severos—. Si me llamas por teléfono y me pides una prórroga, te doy quince días y no hace falta que vengas hasta aquí.

—Gracias por mencionarlo. Le diré a mi abuelo que los que no quiera que me los dé para devolverlos.

Volvieron al mostrador con los libros para que Luz los pasara por el lector de códigos.

Después se creó un silencio incómodo.

—Nos volveremos a ver dentro de quince días —dijo Darío.

—Eso espero —dijo Luz, pero enseguida bajó la vista, ruborizada—. Me refiero para que no tenga que sancionarte.

—Sí, claro, no te preocupes.

Darío bajó las escaleras aún sintiendo el cosquilleo en el estómago. Luz convertida ya en una bibliotecaria; un trabajo estable para toda la vida. Le dio pudor preguntar si se había casado, pero dedujo que sí, por el tiempo transcurrido desde el instituto.

Recibió varios mensajes de Arturo en el móvil en los que explicaba la llamada del abogado de la corporación Segarra. La cita sería ese mismo día por la tarde a primera hora. Respondió que no podría ir, ya que debía asistir a una reunión con la Autoridad Portuaria, pero después se pasaría por casa.

~

Arturo aprovechó la cita con Segarra para que el abuelo tomara el aire. Como iba en silla de ruedas se requería paciencia para subirlo al viejo Mercedes, pero ¿quién tenía prisa? Lo importante era que el camino hacia su recuperación fuera lo más llevadero posible.

Antes de llevarlo al vestíbulo del hotel Santa Marta, donde el abogado les había citado, se detuvieron en el Paraíso. Su abuelo necesitaba con frecuencia pisar el cine. Mantener el vínculo, saludar a los clientes fieles de la primera sesión, hablar con el personal, supervisar la cabina de proyección, etc. Le había dolido la marcha de Salvi, pero lo entendía como parte de la vida. Los empleados entran y salen; buscan nuevos objetivos vitales.

—Arturo, en cuanto abra la papelería de la familia de Salvi, iremos a desear mucho éxito. A ver si te enteras cuando la inauguran.

—Dalo por hecho, abuelo. Seguro que se llevará una gran alegría.

Después de departir con Elena y Rosa durante un buen rato, se dirigieron al hotel en el coche del abuelo. La conversación con ellas había sido fructífera: quedó informado de los asuntos más relevantes. Además, quiso dejar claro cuánto agradecía su fiel dedicación al Paraíso.

Cuando llegaron a la entrada principal del hotel, el botones abrió las puertas de cristal. El histórico Santa Marta estaba en las afueras de Puerta del Mar. Era un gran edificio de diez plantas frente a la playa. Durante muchos años reinó en solitario dentro del sector de los hoteles de lujo, y aunque ya no era así, aún conservaba el halo de un hotel mítico.

El vestíbulo era espacioso, con el mostrador de recepción a un lado, donde los empleados atendían el teléfono o hablaban con los clientes recién llegados. A través de una ventana por la que se veía la impresionante piscina, llegaba la luz del sol. El hilo musical se oía tenue, aunque ayudaba a crear un ambiente sosegado.

Dos hombres trajeados estaban sentados en unos sillones de cuero, con sendos maletines a sus pies. Se levantaron al mismo tiempo cuando vieron aproximarse a Juan y Arturo. Uno de ellos era mayor que el otro. ¿Sería el jefe?, se preguntó el abuelo. Después de las presentaciones, preguntaron si deseaban tomar algo, pero tanto como Juan como Arturo respondieron que no, gracias.

Enseguida se dieron cuenta de que los empleados de Segarra transmitían una seguridad en sí mismos que bordeaba la arrogancia, como si considerasen la cita un mero trámite. Empezaron hablando pomposamente de los logros de su empresa, sin embargo, Juan, fiel a su estilo, les cortó de plano.

—Señores, vamos al grano, que no tengo todo el día.

—Como quiera —dijo el mayor, Luis Narciso, molesto por la interrupción y se dirigió a su compañero—. Dale la oferta, ¿quieres?

El más joven sacó una carpeta de piel de su maletín. La abrió y entregó a Juan un documento con la oferta transcrita. Los empleados de Segarra se miraron entre sí, y el mayor sacó una pluma estilográfica para que Juan estampara su firma.

—Ustedes aparecen en el mejor momento posible —dijo Arturo, desafiante—. Como caídos del cielo, ¿a que sí?

—Estamos bien informados —dijo el joven.

Sin decir nada, Juan, impasible, pasó el documento a su nieto. Había una cifra con varios ceros pero nada impresionante. Con la misma cara de póquer de su abuelo, la dobló y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Estudiaremos la oferta y responderemos lo antes posible —dijo Juan.

Ambos empleados se quedaron estupefactos. No contaban con una respuesta ambigua.

—¿Está seguro? —preguntó el joven—. La oferta es inmejorable. No aceptaremos una contraoferta.

—Tomamos nota —dijo el abuelo con la sonrisa de un viejo zorro—. Vámonos, Arturo.

—Tiene cuarenta y ocho horas para darnos una respuesta, si no sabemos nada retiramos la oferta y allá ustedes —dijo el mayor, haciendo una velada referencia al proceso de desahucio.

Arturo, empujando la silla de ruedas, y Juan se despidieron con frialdad. Se dirigieron al aparcamiento. La reunión no había durado más de cinco minutos.

CAPÍTULO 9

Iris conducía en dirección a la playa con el cabello alborotado por el viento. Por los altavoces del Fiat brotaba una música enérgica y vitalista que ayudaba a sacudirse el nerviosismo. En el aire flotaba el recuerdo del espectacular beso de la última noche que se vieron.

Iris, contrólate. Estás necesitada pero vas a hacerte valer. Este chico tiene algo que te atrapa, pero camina con pies de plomo.

El sol ya empezaba a descender por el oeste. La temperatura era primaveral aunque no era su época favorita para el baño. Como el surf siempre le había producido curiosidad, estaba dispuesta a probar. Parecía divertido dejarse llevar por las olas, como un juego de niños. Nunca había sido una devota partidaria del deporte, de hecho, en el instituto, la educación física no había sido precisamente su asignatura favorita. Le gustaba más sentarse en la grada y observar a los chicos sudar mientras corrían con la lengua fuera. Cuántos buenos y maravillosos recuerdos de aquella época.

Había algo en Arturo que le hacía sentirse así, muy niña, inocente, incluso se atrevía a decir que algo cursi. Sus relaciones anteriores no habían cuajado y a veces se había preguntado si la razón estaba en volcar demasiadas expectativas demasiado pronto.

Otro detalle que le gustaba de Arturo era que no la había presionado con respecto al problema con el banco. Le veía interesado en ella, como mujer, al margen de que fuera una empleada. Ojalá pronto se resolviera el expediente y el camino para ambos quedara despejado, si es que merecía la pena, claro.

Mientras se convencía de sus anhelos más íntimos, giró hacia la derecha, pasó bajo el puente y salió a la playa. El Mediterráneo se desplegaba con su acostumbrada majestuosidad, envuelto en una brisa fresca que rizaba las olas.

Enseguida vio a Arturo, de pie en el aparcamiento.

Ambos intercambiaron una mirada y al mismo tiempo sonrieron. Iris se bajó del coche con su bolsa de playa. Prefirió no llevar maquillaje, si acaso algo de protector solar en la cara y los labios. Llevaba un top de tirantes y un pantalón corto a juego. Vio a Arturo acercándose, con el cabello oscuro y rebelde, y esa silueta que sugería un cuerpo duro y fuerte. El corazón le dio un vuelco.

Deseaba comérselo a besos ahí mismo. Deseaba sentirse aprisionada contra una pared mientras la embestía a toda velocidad. Basta ya de negar lo evidente.

Las emociones de Arturo se dispararon al ver a Iris, bellísima. Había besado a esa mujer, bueno, más bien ella lo había besado, pero aun así no pudo evitar una profunda sensación de conquista. El primer beso con una mujer nunca se olvida. Qué ganas de decirte cuánto te deseo, Iris, pensó.

La tomó de las manos y después la besó en la mejilla.

—¿Preparada para una tarde genial?

—Mientras no me ahogue, sí.

—Esa es la actitud, Iris. Positividad a tope —Olió su aroma—. Me encanta tu perfume.

—¿Ah, sí? Pues te regalaré una muestra —dijo, con falsa arrogancia.

—Vaya, venimos con buen humor, ¿eh?

—Siempre, no vale la pena amargarse la vida.

Arturo dijo que primero le enseñaría los fundamentos sobre la tabla, después se meterían al mar con los trajes de neopreno. Caminaron hasta la furgoneta mientras comentaban la buena fortuna de que la playa estuviera casi vacía. Solo parejas paseando por la orilla y un pescador solitario atento a lo suyo. En verano, con la llegada masiva de turistas, sería otro panorama bien distinto.

Iris dedicó un instante a escuchar el murmullo del mar, las olas rompiendo en la orilla, cadenciosas y relajantes. El contraste con la bulliciosa y severa Londres era notable. Cada vez más se alegraba de haber dicho *goodbye* a esa etapa de su vida.

—Te presento a mi vieja pero querida furgoneta —le dijo Arturo, con la pomposidad de un maestro de ceremonias—. Tiene millones de kilómetros, me he recorrido toda la costa de España, miles de historias, pero sobre todo mucho amor al mar. Solo me dejó tirado una vez, en el norte, casi llegando a las playas de Santander.

Iris la observó con sumo interés. Pese a que tenía rayones y algunos golpes, se la veía robusta y duradera. ¿Cómo sería conducir un vehículo tan grande?, se preguntó. Como en Londres se desplazaba a todas partes en autobús o metro, aún no se sentía cómoda al volante, ya que cuando se sacó el carné en Madrid jamás volvió a conducir un coche hasta que llegó a Puerta del Mar.

Arturo abrió la puerta trasera. Olía a arena y sal. Se hizo con una de las dos tablas, los trajes de neopreno y enfilaron hacia la playa.

—¿De dónde te viene la afición por el surf? —preguntó Iris.

—De mi abuela. Fue ella quien me animó. Cuando era un chavalillo me compró una tabla de corcho, mucho más pequeñita, y yo me deslizaba por la orilla más contento que unas pascuas.

—Tu abuela tiene que estar muy orgullosa de ti.

—Murió hace siete años.

—Vaya, lo siento —dijo, pensando que había metido la pata hasta el fondo.

—No te preocupes —dijo, sonriendo—. Mis abuelos nos criaron. Nuestros padres murieron en un accidente de avión, nos adoptaron legalmente y nos vinimos a vivir aquí.

Iris resopló, impactada por las dramáticas circunstancias. No podía imaginarse una vida marcada por una tragedia tan cruel.

—Tuvo que haber sido muy duro para ti.

—Muchísimo. Fue hace mucho, éramos unos críos. Hemos crecido sin padres pero con la gran ayuda de mis abuelos. Además, el surf fue mi guía para superarlo porque me aportó mucha calma. ¿Tus padres viven?

—Sí, en Madrid. Mi padre está jubilado y ahora se hacen mucha compañía. Salen de viaje a un montón de sitios. Vamos, que no paran.

—¿Han visitado Puerta del Mar?

—Sí, les encanta la calma y el clima. Están pensando en vender la casa y mudarse aquí, pero es solo una idea. Están muy acostumbrados a la ciudad.

Se detuvieron a unos veinte metros de la orilla. Arturo se fijó en que la brisa creaba olas lentas, y eso era idóneo para una primera clase de surf.

—La técnica es importante —dijo Arturo, dejando caer la tabla en la arena—, pero lo más importante del surf es tener la referencia de tu cuerpo, cómo entras a la ola y cómo te adaptas.

—Sí, profe —Iris sonrió.

—Venga, túmbate sobre la tabla.

Durante unos veinte minutos, Arturo fue detallando el proceso de la remada. Un brazo primero, después el otro, nunca sin despegarlos de la tabla. Cuando viene una ola, levantar los brazos y dejar que pase entre el pecho y la tabla. Las claves son coordinación y equilibrio.

—Para la puesta en pie hay muchas formas, pero te enseño la que me enseñaron a mí. Primero, manos bajo los hombros. Segundo, levantar el pecho, ¿ves? —dijo Arturo, extendiendo los brazos—. Tercero, el pie se pone a la altura de la rodilla y el último paso, el más complicado, la pierna de atrás se pone entre las manos.

—Algunas posturas son muy de yoga —dijo ella, con los brazos en jarras—. Una me recuerda a la cobra, por ejemplo.

—Pues, venga, repite los movimientos sobre la tabla hasta que te los sepas de memoria.

Cuando se puso en pie, Arturo la rodeó por la cadera. Mientras continuaba explicando la técnica, sintió cómo su cuerpo vibraba junto al de ella. Todo era único y excitante. Iris sonrió y se apartó un poco, víctima inesperada de un ataque de timidez.

—El surf es mucho más que un deporte, Iris —susurró—. Vas a experimentar una sensación indescriptible que jamás la vas a olvidar.

Ella se preguntó si se refería al surf o al sexo.

—Olvidarás todo lo superfluo de la vida —continuó Arturo—, y te conectarás de una manera muy íntima con lo importante, con el centro de la naturaleza. Déjate llevar, ¿vale?

Iris asintió, convencida.

—¿Vamos al agua? —preguntó ella con la mirada centelleando de ilusión—. Tengo ganas de estrenarme.

—Cuando entres, coge la tabla por la parte superior —y añadió:— Prometo no reírme cuando te caigas.

—Muy gracioso —dijo.

Después de vestirse con los trajes de neopreno, se acercaron a la orilla. Los siguientes minutos fueron inolvidables para Iris. Al principio se sintió algo intimidada por las olas, aunque eran suaves, casi inofensivas, sabía que al mar no se le pueda faltar al respeto. Arturo se mantuvo muy cerca, pendiente de aconsejar e instruir con una paciencia infinita.

El mar estaba frío pero sus cuerpos ardientes. No se cayó una vez, sino cinco hasta que por fin aguantó erguida más de cuatro segundos sobre la tabla. Gracias al neopreno su cuerpo se mantenía a una temperatura agradable, por lo que aumentaba el placer. Agáchate, agáchate un poco más, le decía Arturo. Recuerda la técnica. Bien, eres una crack.

Se reían y eso les iba uniendo un poquito más, paso a paso, ola a ola. Para Iris, el mar pasó de convertirse de un enigma a un bello paisaje donde moverse con soltura y diversión.

Cuando Iris consiguió montar una ola al completo, lo celebraron como si fuera una hazaña digna de ser escrita en los anales de la historia. Abrazados por la alegría, con los rostros húmedos, se miraron durante un instante lleno de ese silencio que antecede al beso, ese cruce de miradas donde brilla el deseo más intenso.

Fue esta vez Arturo quien reclamó la boca de Iris. Flotando en medio del agua, ella le rodeó la cintura con las piernas y él la sujetó por la espalda. Se olvidaron de dónde estaban e incluso de quiénes eran. Era como si el vibrante beso diera una nueva identidad a cada uno, nacían otra vez, pero con mucho más brillo e intimidad.

—No voy a jugar a hacerme la estrecha. Somos adultos. Quiero que cuando llegue el momento vayamos a tu cama —dijo ella, sin temor a ser directa.

Él, hipnotizado, no podía apartar la vista de sus bellos ojos.

—Será cuando y dónde tú quieras, amor mío.

Y, aún en el mar, se volvieron a besar con pasión.



La cena transcurrió en familia. Juan presidió la mesa y junto a los tres hermanos disfrutaron del menú preparado por Yarina. Una ensalada César de primero; y de segundo, filetes empanados con arroz integral. Enzo acababa de terminar su turno en Salvamento Marítimo, y Darío había acudido directo desde la capital de la provincia, después del encuentro con la Autoridad Portuaria. Por su parte, Ron estaba tumbado tan ricamente en el suelo, después de que Arturo le diera la cena antes que a ellos.

Las conversaciones se sucedieron con armonía. Enzo habló del simulacro que se había llevado a bordo del Orión, y Darío del nuevo juego de luces que habían instalado en el faro. Juan agradeció los libros de la biblioteca, y contó que ya se había empezado a leer uno.

El abuelo sabía que sus nietos estaban deseosos de hablar sobre la oferta de Segarra, sin embargo, prefirió esperar a después del postre. Sentía una corriente de felicidad al escuchar a sus nietos cuando hablaban de sus cosas del día a día, e incluso cuando se picaban en broma por cualquier tontería. Le traía muy buenos recuerdos. Justo enfrente estaba la silla de su mujer, ahora vacía, pero había algo flotando en el ambiente, vital y luminoso, que la hacía presente.

Al llegar el momento de hablar de la oferta de Segarra, Arturo resumió cómo fue el breve encuentro con los abogados, y después se levantó para abrir el cajón de la cómoda que estaba a sus espaldas. Le entregó a Enzo el documento con la cifra de la oferta y, una vez leída, se la pasó a Darío.

Arturo se fijó en las caras de sus hermanos. Se preguntó si alguno se pronunciaría a favor de aceptar. No sería una postura descabellada, por eso deseaba escuchar sus opiniones. Sin embargo, para el abuelo y él estaba claro que nunca aceptarían vender el Paraíso, y mucho menos con el objetivo de construir apartamentos de lujos.

—¿Qué pensáis? —preguntó Juan al fin.

Aunque era el dueño, le gustaba contar con la familia para las grandes decisiones. Era una tradición en los Campos.

—Creo que no hay mucho debate —dijo Darío—. El Paraíso debe seguir siendo tuyo, abuelo.

—Opino lo mismo que él —dijo Enzo—. Estamos pendiente de que el banco nos conceda otra moratoria. Además, el verano está a la vuelta de la esquina y siempre ha habido un aumento de la recaudación. Hay que resistir y ser optimista.

—No hace falta contratar a alguien en lugar de Salvi —intervino Arturo—. Nosotros echaremos una mano hasta que el cine remonte el vuelo. ¿Y si hablamos con el Ayuntamiento? El Paraíso es un bien cultural de Puerta del Mar. Quizá nos puedan dar alguna subvención o ayudar de alguna forma. Tú conoces a la alcaldesa, abuelo.

Juan asintió con la cabeza. La alcaldesa era una mujer campechana y razonable, por eso llevaba años en el poder negociando siempre con todos los partidos políticos.

—Una buena idea —dijo Enzo—. Seguro que te recibe, abuelo.

—No quiero ser aguafiestas, pero los políticos solo van a lo suyo —dijo Darío.

—Hay que intentarlo, joder —dijo Arturo—. Mañana llamaré a esos estirados con corbata y

les diré que se metan su oferta por donde ya saben.

Juan levantó una mano, como pidiendo calma. Notó una punzada de nervios en las sienes. Lo que estaba a punto de decir iba a crear controversia.

—Estoy pensando en aceptar la oferta —dijo, vibrando de la emoción.

—¿Cómo? —dijo Arturo, levantándose de la silla de un golpe.

Ron, sorprendido por el ruido, se levantó y miró hacia la mesa.

—¿Estás seguro, abuelo? —preguntó Enzo, asombrado.

Darío se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Tranquilo, siéntate. Hazme el favor, Arturo —dijo Juan—. A ver, escuchadme.

Juan carraspeó y, al notar sequedad, tomó un trago de agua.

—Cuando mi abuelo fundó el cine lo hizo por afición y también como una manera de complementar sus ingresos como fotógrafo. Después mi padre continuó el negocio a trancas y barrancas, sí, pero conseguía llevar a casa un sueldo digno. También había amor por las películas, un gran amor, pero el arte y el dinero, por desgracia, siempre han estado relacionados —Volvió a carraspear y se bebió lo que quedaba de agua—. Hijos, no quiero que el cine sea una carga para vosotros. Todos tenéis vuestras vidas encauzadas y os ha costado mucho, yo lo sé. La vida no os lo ha puesto fácil. ¿Para qué poner más obstáculos? Si el Paraíso ha llegado a su fin, que así sea.

—Abuelo, ¿cómo te puedes rendir así? —preguntó Arturo, controlando su rabia.

—Somos familia y entre todos lo sacaremos a flote —dijo Enzo—. El Paraíso es como un miembro más.

—Al que hay que decir adiós —dijo Juan.

—¡No sin luchar! —exclamó Arturo, pegando un puñetazo en la mesa.

—Ya no tengo fuerzas.

—¡Pero nosotros sí! —exclamó mirando a sus hermanos.

De repente, se hizo un intenso silencio. Juan negó con la cabeza. Le costaba encontrar la frontera entre el amor incondicional que llegaba de sus nietos, y el sentido común que deseaba transmitirles.

—Abuelo, tú nos enseñaste a asumir los reveses de la vida —dijo Enzo—. Ahora que viene uno y gordo, vamos a llamar a todas las puertas, y hacer todo lo posible por salir adelante.

—Es el gran legado de la familia y nuestro deber es mantenerlo —dijo Darío, quien había rumiado bien sus palabras—. Si todos nos tenemos que apretar el cinturón lo haremos sin dudarlo.

A Juan le embargó la emoción. Le llevó un instante recomponerse ante la mirada ansiosa de sus nietos.

—¡Malditos mequetrefes! —exclamó—. ¡Me habéis tocado la patata! ¡Salvemos al Paraíso!

Los hermanos estallaron en una sonora carcajada. Estaban acostumbrados al mal genio de su abuelo, por eso aquella reacción los había pillado por sorpresa.

—Abuelo, tú y yo iremos a ver a la alcaldesa —dijo Arturo, cambiando de tema—. A ver si tenemos suerte y está de nuestra parte.

—La llamaré. Como no coja el teléfono, le atizaré con el bastón —dijo, socarrón.

—Hay una cuestión que debemos abordar —dijo Darío, mirando a su abuelo—. ¿Podemos hablar ahora de ese dinero mensual a «D.»?

En medio de un silencio tenso, Juan desvió la mirada. Sus nietos no dejaban de insistir sobre el tema; primero Enzo, ahora Darío. Valoró sus opciones y se decidió por una mentira a medias.

—Es un antiguo empleado del Paraíso que estuvo poco tiempo y está en apuros.

—Ayudarle es un gesto muy noble por tu parte —dijo Enzo—, pero estamos con el agua al cuello.

—Seguro que lo entenderá —dijo Darío.

Juan se rascó el mentón como si reflexionara. Después de golpear el suelo con el bastón, se dirigió a sus nietos.

—Vale, me habéis convencido —dijo, con resignación—. Desde ya cierro el grifo. No pasaré más dinero.

Se quedó pensativo mientras sus hermanos seguían estableciendo estrategias para recaudar dinero. «Tengo que encontrar la manera de hacer llegar ese dinero y que no figure en la contabilidad del cine. Ah, se me acaba de ocurrir una idea de película».



Con las primeras luces del alba, Darío se despertó, desayunó su habitual café con leche y, en el despacho del faro, encendió el ordenador. Era consciente de que aguardaba una mañana de ingente cantidad de papeleo: leer y escribir correos electrónicos, estudiar informes de mantenimientos, revisar presupuestos, etc.

La figura del farero se había transformado con los años y ahora sus labores eran mucho más técnicas. Había conocido a fareros jubilados que le contaron con nostalgia su día a día, mucho más pendientes de las señales marítimas, y eso siempre le había suscitado cierta envidia. Además, le habían narrado historias de naufragios con final feliz, con el superviviente comiendo en la misma mesa que la familia. Porque siempre había un plato de comida para todo aquel marinero que lo necesitara.

La tecnología había traído consigo avances maravillosos, sin embargo, iba eliminando poco a poco oficios ancestrales, entre ellos, la profesión de farero. Ahora todos los equipos son automáticos y solo se necesita de momento a un único supervisor. En España, cada vez hay menos faros habitados.

Aquella mañana, una vez cumplido las primeras tareas de la jornada, Darío salió del despacho, subió las escaleras de caracol cargado con utensilios y llegó a la torre de vigilancia. Debía revisar la óptica de reemplazo para que, en caso de que la principal fallase, pudiera cumplir con su labor eficazmente.

Se fijó en el mar, que tenía algo de oleaje. Era uno de los privilegios de su profesión: cada vez que tenía ante sí el inmenso océano, fascinante y temible, se quedaba sin aliento. No necesitaba explicárselo a nadie. Simplemente la gente lo sabía, como una certeza compartida con todos. ¿Por qué no pasaba lo mismo con las emociones? Las emociones siempre tenían que explicarse.

Enzo se mudaría a la casa del abuelo para alquilar su apartamento, y así reunir dinero para salvar el cine. Le parecía un gesto muy noble por su parte y, sin embargo, no salía de su interior reconocérselo. Como hermano mayor debería ser un ejemplo, pero era superior a sus fuerzas.

De todas formas, Enzo y Arturo se apoyaban el uno al otro. No le necesitaban. Cuando murieron sus padres, Arturo, también envuelto en la tristeza absoluta, se ocupó de Enzo, quien era muy pequeño para percatarse del alcance de la tragedia. Además, los abuelos supieron crear un entorno acogedor para que el daño fuese el menor posible.

Sin embargo, la rabia y el dolor de Darío eran tan abismales que no fue suficiente el cariño de Juan y Sofía. Al contrario, se rebeló contra todo y contra todos. Y a veces se vio tan lejos de ellos que pensó que se trataba de una familia completamente distinta.

Ahora Enzo actuaba como se espera de un Campos, abnegado y comprometido, pero Darío no podía mudarse. Estaba obligado por contrato a vivir en el faro. Aunque se trataba de una razón sólida, de nuevo se sentía alejado de ellos cuando más lo necesitaban.

¿Dónde se había producido esa grieta en el trayecto de sus vidas? Darío evocó la mañana en la que fue con Enzo al cementerio. Tenía once años, Enzo cinco, y estaban solos. Quizá sus abuelos estaban presenciando en el colegio un partido de baloncesto de Arturo. Y la señora que los cuidaba se había quedado dormida en el salón de casa. Eso no lo recordaba bien.

Se le ocurrió que irían a comprar chucherías al kiosco del barrio. Montó a Enzo en el asiento de atrás de su bicicleta, y se marcharon dejando una nota diciendo que volverían pronto.

—¿Estás bien? —le preguntó a su hermano, girándose hacia atrás.

—¡Sí! —exclamó Enzo, entusiasmado por la aventura de salir de casa sin adultos.

—Cuidado con los pies, no los bajes, siempre en alto —le advirtió, para evitar de que se enredaran con los radios de la rueda.

Llegaron al kiosco, dejaron la bicicleta en la acera y se asomaron al mostrador para pedir chicles, regaliz y nubes de fresa. La empleada, una chica joven, la hija del dueño, sonrió pues ya los conocía de otras veces.

—¿Dónde está vuestro hermano? —les preguntó.

Darío supuso que le respondería que Arturo estaba jugando al baloncesto. La chica sirvió las chucherías en una bolsita de plástico y se la entregó a Darío. La pagó con unas monedas que habían encontrado entre los cojines del sofá. Los hermanos salieron pletóricos de felicidad, montaron en la bicicleta y se alejaron sintiendo el viento acariciando sus rostros.

Después se sentaron en el banco de madera de un parque, y empezaron a dar cuenta del pequeño tesoro de azúcar. Todo sabía el doble de bueno porque se encontraban lejos de casa, disfrutando de una libertad inesperada. Ya eran oficialmente mayores para desenvolverse por el mundo sin dar cuentas a nadie.

—Papá y mamá están en el cielo, ¿a que sí? ¿a que cuidan de nosotros? —le preguntó Enzo, lleno de inocencia.

Darío desvió la mirada. Se fijó en el tronco de un árbol reseco y resquebrajado.

—No.

—¿No? ¿Dónde están?

—En el cementerio, muertos.

—Ah.

Enzo se quedó pensativo y después pareció satisfecho con la respuesta; siguió masticando regaliz rojo con fruición. Sin embargo, Darío apretó los puños, sin aún comprender que esa corriente que sentía por dentro se llamaba ira. Culpaba a sus padres por dejarles solos, ¿quién les mandaba tomar un avión? ¿Por qué ese vuelo y no otro? ¿Por qué no hicieron nada por salvarse? ¿Qué tenía que decir a sus hermanos para consolarles? Su hermano Enzo no lo comprendía ni lo comprendería nunca.

El timbre del móvil le sacó de su ensimismamiento. Como si fuera producto de una conexión mental vio en la pantalla que precisamente llamaba Enzo.

—Oye, Darío, estoy a punto de embarcar, pero te quería preguntar si los papeles de finalización del contrato de Salvi están ya listos.

—Arturo los llevó a la gestoría. En un par de días nos envían todo para que Salvi firme.

—Ah, genial. Había pensado en eso y tenía curiosidad por saber si todo estaba en orden. El banco está tardando mucho en responder y no necesitamos más líos.

—Descuida. ¿Algo más?

Se hizo un breve silencio.

—Pues, de hecho, sí. Le sigo dando vueltas al asunto de «D.» ¿Qué crees tú sobre ese dinero que entregaba el abuelo al trabajador? ¿A que es extraño que no supiéramos nada?

El sol pegaba fuerte sobre la torre. Darío se secó el sudor de la frente y se resguardó a la sombra. Luego se sentó en el primer escalón de la escalera.

—Sí, es extraño, pero el problema del desahucio nos ocupa tanta energía y preocupación que no damos abasto.

—Parece una cantidad alta durante mucho tiempo.

—Yo lo dejaría estar, Enzo. Lo importante es que el abuelo dijo que ya no entregaría más dinero. Ya habrá tiempo de saber todos los detalles.

—Tienes razón.

—Que tengas buena travesía.

—Eso espero. Gracias, hermano.

Después de colgar, Darío siguió limpiando la óptica mientras pensaba en la conversación. El físico del abuelo ya no es el que era, pero su mente, por fortuna, seguía lúcida. Sí, resultaba inquietante que no les hubiera aclarado por completo las dudas sobre ese pago mensual.

CAPÍTULO 10

Arturo miró con aire grave el fregadero de la cocina de casa. Rebosaba de platos y vasos sucios. Enzo acababa de llegar del puerto, atracado la nevera en busca de comida, y la había calentado y zampado en un abrir y cerrar de ojos. Fue a buscarlo al salón con ganas de decirle cuatro cosas.

—Oye, ¿no vas a dejar la cocina así, verdad?

Enzo estaba sentado en el sillón, con el móvil en la mano.

—Ahora lo friego en cuanto descanse —dijo, alzando la vista—. ¿A dónde vas tan arreglado? ¿Tienes una cita?

Arturo iba vestido con una camisa azul marino con las mangas dobladas hasta los codos, y unos vaqueros marrones con los tobillos al aire. Su melena salvaje estaba recién lavada y desprendía un olor a perfume caro.

—Iris viene a recogerme. De hecho, ya debería estar aquí. Se retrasa.

—¿Y eso?

—Vamos a cenar en un restaurante. El otro día la enseñé a surfear y me lo quiere agradecer. Va a invitarme.

—Qué formal, Arturo. ¿Te vas a casar con ella?

—Anda, cierra esa bocaza y ocúpate de tus asuntos. Lo que tienes que hacer es fregar los platos. La cocina parece una selva.

—Estás nervioso como un adolescente —dijo, divertido—. ¿A dónde vais a ir?

—Al Ying-Yang.

—¿El tailandés frente a la playa? Buena jugada. Ideal para parejas. Muchas acaban desnudas en el mar. Ejem…

—Perdoña, nosotros tenemos mucho más estilo.

—¿Ya habéis follado?

—No, pero estoy en ello. Hay muy buen rollo —dijo, y se palpó el bolsillo—. ¿Dónde está mi móvil?

—Por cierto, mientras te duchabas ha venido Darío. Está con el abuelo.

Arturo subió las escaleras preguntándose si había dejado el móvil en el dormitorio del abuelo. Iris se retrasaba un poco, y tal vez hubiese enviado un mensaje para decir que estaba de camino. Habría pillado algún atasco. No son frecuentes en Puerta del Mar pero nunca se sabe.

Darío, sentado en el borde de la cama; y el abuelo, en el sillón orejero, charlaban con animosidad. Su hermano había traído un par de libros de la biblioteca, pues los anteriores ya los había «devorado» en escasos días. Arturo buscó el móvil, pero tampoco lo encontró.

¿Dónde lo habré dejado?, se preguntó.

Su abuelo aprovechó para recordarle que al día siguiente tenían la cita con la alcaldesa para

hablar de posibles ayudas económicas al Paraíso. Descuida abuelo, le dijo. No se me ha olvidado. Sé que has tenido que insistir mucho.

La conversación se interrumpió de repente porque llamaron al timbre de la puerta. Arturo se asomó por la ventana y vio a una mujer en la puerta enrejada.

¡Iris!

Excitado como un adolescente, bajó las escaleras de dos en dos, pero Enzo, más rápido que un felino, ya había salido a abrir. Ambos hermanos se quedaron con la boca abierta. La mujer que franqueaba la puerta, era una diosa enfundada en un ceñido vestido negro eléctrico con un escote generoso y una falda mínima.

—Me llamo Enzo. Encantado —dijo, y le besó las mejillas.

—Encantada —dijo ella, sonriendo—. Así que tú eres el hermano.

—El más joven y guapo de todos.

Iris se rio.

—No digas chorradas —espetó Arturo, y se giró hacia ella—. Hola, Iris.

—Te he estado llamando —le dijo con un leve reproche, mientras recibía el beso de Arturo en la mejilla.

—No lo he oído. He debido de quedarme sin batería. Pasa, voy a buscar el móvil. Serán solo unos minutos.

—Así que esta es la famosa casa familiar de los Campos —dijo ella, observando las ventanas y los balcones.

—Hacía mucho que una mujer hermosa no pisaba nuestras tierras —dijo Enzo.

Qué adulador, pensó Iris. Desde luego los tres hermanos son varoniles y muy atractivos.

Entraron en el salón. Cerca de la mesa, le llamó la atención un cuadro pintado al óleo donde estaban retratados los hermanos sobre un fondo blanco. Posaban muy juntos, hombro con hombro y cada uno sonreía a su manera. Darío con timidez, Arturo con picardía, Enzo con elegancia. Debían de tener entre ocho y trece años. La imagen transmitía inocencia y un fuerte vínculo familiar.

—Espérame aquí, voy a por el móvil —dijo Arturo.

—Necesito ir al baño —dijo Iris.

La guio hasta el cuarto de invitados en la planta baja y se lo señaló con la mano. Era pequeño, con una ventanita de cristal esmerilado donde se filtraba la luz del exterior. La decoración era sencilla pero con detalles que le daban cierta personalidad, como una plantita en la esquina del lavabo, o una toalla para secarse las manos con bordados a mano. Se notaba una mano femenina e Iris se preguntó si había sido la de la difunta abuela.

Abrió la ventana y descubrió un jardín amplio limitado por un seto alto, de unos dos metros. Aunque estaba anocheciendo se veía un césped cuidado y le entraron las ganas de pisarlo descalza. Siempre había vivido en ciudades, en apartamentos pequeños y más de una vez se preguntó cómo sería vivir en una casa grande y con jardín.

Se miró en el espejo y se atusó el cabello. Con un trocito de papel higiénico se corrigió levemente el rímel. ¿El vestido me sienta bien? ¿Estás nerviosa? Sí, un poco. Cálmate y disfruta de la velada, Iris. Sobre todo pásalo bien, ríete y ábrete a las emociones.

El jabón para las manos olía de maravilla, a una mezcla de manzana y lavanda. Salió del baño pensando que Arturo ya debía de haber encontrado el móvil. Llegaban un poco tarde al restaurante, tal vez sería ideal llamar y anunciar el retraso para que no cancelaran la reserva.

En el salón no encontró nadie, pero justo cuando iba a llamar a Arturo de viva voz, oyó voces saliendo de la cocina. Se acercó a la puerta. Una de las voces pertenecía al hermano que acababa

de conocer, Enzo. La otra no la distinguió, pero era de un hombre joven. ¿Darío?

—Van a ir a un restaurante en las afueras, cerca de la playa —dijo Enzo.

—¿Es su primera cita?

—Creo que sí. Arturo es un crack. Cuando me enteré me cabreé con él. Pero se la está ligando para que nos ayude a conseguir la moratoria del banco. En cuanto nos digan el sí apuesto a que le dirá adiós muy buenas.

En ese instante, Arturo bajó por las escaleras con una sonrisa de felicidad por encontrar el móvil. Al parecer, lo había dejado en la mesita de noche de su dormitorio. Sin embargo, su expresión se congeló cuando vio a Iris girarse hacia él y mirarle con decepción.

—¿Qué pasa?

—Me marcho a casa. Ya quedaremos otro día —dijo, y enfiló hacia la puerta con apremio. Los tacones resonaban de mala gana por toda la casa.

—¡Espera! —exclamó.

Bajó corriendo las escaleras y cuando pasó por la cocina vio a sus hermanos que hablaban entre sí, sorprendidos por el ruido. ¿Nos estaba escuchando? ¡Mierda! Lo siento, Arturo.

—¿Qué cojones habéis dicho? —les preguntó con cara seria.

Pero no esperó a que respondieran, salió a la calle en busca de Iris con una mezcla de rabia y frustración. Ella ya se había sentado en el Fiat y el motor ronroneaba. Arturo aprovechó que la ventanilla estaba bajada para apoyar las manos e inclinarse.

—No sé qué ha pasado, pero no te vayas así. Hablemos —dijo Arturo.

Iris metió primera y el coche avanzó lentamente, con Arturo junto a la ventanilla.

—No tengo nada que reprocharte, de verdad —dijo Iris—. Es culpa mía. Yo sabía dónde me metía. No estoy enfadada contigo, es más conmigo, por ser tonta del bote y dejarme llevar. No pensé con la cabeza y es solo culpa mía.

—Pero ¿qué te han dicho mis hermanos?

—Nada, no me han dicho nada, Arturo.

—¿Entonces? —preguntó sin dejar de caminar a su lado.

Con las manos sobre el volante, Iris inspiró y lanzó un fuerte suspiro.

—Les he escuchado decir que estás conmigo por interés, para que os ayude con el banco.

—Idiotas —murmuró para sí mismo.

—Ya te digo que es culpa mía. He estado ciega. Quedaremos otro día.

Cuanto más se esforzaba ella en quitar hierro al asunto, más se daba cuenta de que estaba molesta.

—Iris, olvidemos de que trabajas en ese estúpido banco.

—Pues gracias a ese *estúpido* banco nos hemos conocido.

—Me niego a reconocer que estoy agradecido a un banco que estafa y oprime a la gente.

—El banco me permite ganarme la vida.

—¡Cambia de trabajo!

Frenó de golpe y puso el freno de mano. Clavó su mirada en Arturo.

—Me gusta mi trabajo. Me desvivo por mis clientes y ayudo en todo lo que puedo. ¿Me oyes? ¡Ni tú ni nadie me va a decir lo que tengo que hacer! ¡Yo no estoy a tu servicio!

Arturo le puso una mano sobre su antebrazo. Solo deseaba calmarla. Sin darse cuenta, en algún momento ella había pasado de estar molesta a sentirse enfurecida.

—¡Quítame la mano de encima!

Puso primera y pisó el acelerador.

—¡Para el jodido coche! ¡Hablemos, Iris! —exclamó mientras corría a su lado.

Sin desviar la vista de la carretera, le dijo:

—Habla todo lo que quieras, pero yo no te voy a escuchar, idiota.

El coche se alejó bajo la confusa mirada de Arturo. Olvídala. Es lo mejor. Lo más cómodo. Basta ya de complicaciones. Pasa a otra mujer.

Pero le costaría olvidar el dolor que había atisbado en su mirada.



Iris cerró de golpe la puerta de su apartamento y arrojó el bolso a la otra punta del salón. Sus emociones estaban a flor de piel, la desbordaban. Escuchar esa conversación de la cocina le había traído malos recuerdos, y resultaba imposible calmarse.

Se quitó los zapatos y los estrelló contra el suelo. Malditos hombres. Siempre se liaba con los problemáticos. ¿Para cuándo una relación sosegada y sin rozaduras? ¿Es que tenía un imán para los problemas? ¿O es que ella buscaba las relaciones difíciles a propósito?

Llamaron a la puerta. Pom. Pom. Pom. Lo ignoró. No se encontraba con ánimo de hablar con nadie. Se levantó del sofá y fue al cuarto de baño para quitarse el maquillaje, pero volvieron a llamar y esta vez con más insistencia. Exhaló un largo suspiro de desesperación. Quería estar sola.

Y entonces oyó su voz.

—Iris, sé que estás ahí. He oído ruidos. Abre, por favor.

Se quedó atónita mirando la puerta. ¿Me ha seguido? ¿Cómo se atreve? Si cree que aún vamos a ir al restaurante es que está como una cabra.

—¡No me moveré de aquí hasta que me abras!

Iris soltó un bufido de irritación. Apostaría lo que fuese a que su vecina cotilla ya estaba asomada a la mirilla. Dentro de poco, sería el centro de atención de todo el bloque de apartamentos.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad.

Arturo levantó las manos en son de paz. Le impresionó la expresión de ira de sus ojos y la boca rígida. No pudo evitar el delirio de fantasear con besarla allí mismo apasionadamente.

—Hablar —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Me has seguido?

—Sé que es… poco elegante, pero ¿qué podía hacer? La idea de no verte más no me entraba en la cabeza.

—No quiero hablar. Ya está todo dicho por mi parte. Ahora vete y olvídame.

Intentó cerrarle la puerta en las narices, pero Arturo reaccionó al segundo y lo evitó con las manos. Se produjo un forcejeo. Ella empujaba la puerta con la espalda, procurando volcar todo su peso, y él evitaba con las manos el portazo.

—Solo será un minuto… —dijo, esforzándose.

En ese instante, bajó un vecino por las escaleras con un perrito de la raza Beagle. Al ver la escena saludó con educación. Buenas noches, dijo. Iris y Arturo, sin abandonar la pugna, dijeron también buenas noches. Después el vecino paso de largo y el perrito también.

—¡Llamaré a la policía!

—¿Cómo? Si tienes las manos ocupadas, tendrás que dejar la puerta —dijo Arturo, rezando para que ella en su móvil no tuviera activado el asistente virtual. Con la voz podría llamar a quien quisiera.

Cansada y exasperada, se apartó.

—¡Qué cabezota eres! —exclamó ella.

—Es por una buena causa —dijo, poniendo un pie dentro del apartamento.

Iris se plantó en mitad del salón con los brazos cruzados y la barbilla alzada. Su dilatada experiencia con las mujeres hizo que Arturo supiera que debía andar con pies de plomo con lo que iba a decir a continuación.

—Los dos sabíamos dónde nos estábamos metiendo, que podían darse malas interpretaciones.

—Lo sé y por eso no te culpo. Pero muy dentro de mí pensé que empezaba a importarte algo.

—¿Y quién dice que no es así?

—Oír a tu hermano hablando así de mí, me ha quitado la venda de los ojos. Detesto complicarme la vida todavía más. Estoy cansada, ¿es que no lo ves?

—No, no lo veo. Lo que dice mi hermano es cosa suya, pero no yo pienso así. Alucino con que unas palabras de alguien que acabas de conocer te pongan de ese mal humor.

—No es alguien que acabo de conocer, no es alguien de la calle, un completo desconocido. Es tu hermano, joder.

—Es mi hermano, le quiero. Pero no puede saber al detalle lo que está pasando entre nosotros. Tenemos muchas cosas en la cabeza, un montón de preocupaciones. No puedes dar por sentado que yo también pienso así, que soy un cabrón que solo busca el interés.

—¿Te estás oyendo? Pues de eso me acusaste, de trabajar en un banco que estafa a la gente. Soy una profesional, graduada en Oxford en dirección de empresas, y sé hacer bien mi trabajo. Me gusta mi trabajo porque ayudo a la gente a solucionar sus problemas. Yo estoy siempre del lado del cliente, pero tengo líneas rojas que mi empresa no me deja traspasar.

—Lo siento si te molestó mi comentario… Vale, estuvo fuera de lugar.

—Tú no sabes lo que he tenido que aguantar hasta llegar hasta aquí. Lo fácil para mí hubiera sido abandonar, pero pedí el traslado para empezar de cero y hacerme valer. Estaba muy a gusto en Londres, pero…

Se le quebró la voz y se llevó una mano a la boca. Le dio la espalda a Arturo, que se acercó, preocupado. No sabía el qué ni el cómo, pero algo había tocado en su interior que le causaba una honda tristeza, y que había sido destapado por el comentario de la cocina. Iris le hizo un gesto con la mano para que no se acercara.

—Vete, por favor —susurró—. Prefiero estar sola.

—No, no me voy a ir. Quiero estar contigo. Mírame —le dijo mientras le daba la media vuelta sujetándola con suavidad de los codos.

Ella alzó la vista lentamente. Deseaba huir pero su cuerpo no respondía. Arturo comprobó que sus bellos ojos azules estaban vidriosos y se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo siento, lo siento, Iris —dijo, deseando que al disculparse las lágrimas desaparecieran.

Arturo la abrazó sintiendo su calor y su ser desgarrado. Se formó un silencio abrumador. No había nada que decir. La besó con ternura en la cabeza. Entonces ella por fin se giró y lo rodeó con sus brazos. Él le susurró «mi niña, mi niña» para que se calmara.

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que él reclamó su boca. Fue un beso fugaz en los labios, pero sirvió para ahondar en la intimidad del momento. Él rozó su mejilla húmeda con el revés de los dedos. Intercambiaron una mirada cómplice y se volvieron a besar. Ahora con más pasión, saboreando lentamente el uno al otro, ascendiendo la temperatura de los cuerpos.

Hazme tuya. Llévame hasta la cama y hazme tuya, sin protocolos, ni barreras, sin pensamientos; quiero sentirte muy adentro, y que tus manos se apoderen de mí toda la noche. Tu

sabor llenándome hasta que no quede nada de mí.

Mientras su cuerpo temblaba, Iris deslizó una mano bajo la camiseta de Arturo para sentir con la yema de los dedos los duros músculos. Dejó escapar un leve gemido casi imperceptible. Entonces él dio un discreto paso atrás y la cogió con suavidad por los codos.

Ella le miraba con el deseo palpitando en el fondo de sus ojos, pero Arturo primero se sintió confuso y después tragó saliva. Había algo que no encajaba, como una voz que surgía de su interior diciéndole que debía esperar.

—Iris, ahora no es una buena idea —dijo, mientras pugnaba por mantener en su cabeza las ideas claras, a pesar de que hervía de deseo por aquella mujer—. Odiaría que pensaras que me he aprovechado de la situación.

—Yo también podía llegar a pensar eso de mí misma —dijo mientras se secaba una lágrima con el dorso de la mano.

La llevó de la mano al sofá y se sentaron, uno junto al otro. Al otro lado de la ventana, más allá de la terraza, Puerta del Mar, envuelta en la noche, se extendía en un manto vibrante de luces.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó ella.

—¿Tienes una lata de cerveza?

—No, lo siento.

—Bueno, me conformo con una copa de vino tinto Ribera del Duero cosecha del 2010.

—Qué tonto eres —dijo, con una sonrisa burlona, pero agradecida de que intentara hacerla reír.

Ella se levantó y se dirigió a la cocina, que a su vez estaba en el salón. El apartamento tenía una barra americana que Iris usaba para desayunar. Aún con los nervios a flor de piel, abrió la nevera y sacó una botella de vino blanco.

—Escucha —dijo él, levantándose—, siento lo que dije, lo que oíste, en fin, todo lo que ha pasado. Yo lo podía haber hecho mil veces mejor. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió mientras sacaba dos copas de un armarito.

A Arturo no había olvidado algo que ella mencionó sobre Londres. Había detectado una emoción y necesitaba saber más. Ella sirvió el vino y le entregó una copa. Volvieron a sentarse. Él tomó un sorbo y la cogió de la mano.

—¿Por qué viniste de Londres?

—¿Quieres la verdad?

—Sí.

Ella se mordió los labios y después tomó un sorbo de su copa. Dejó que el alcohol se asentara mientras ella reunía el valor para armar una frase que lo definiera todo.

—Mi jefe… me forzó.

Por instinto, las manos de Arturo se convirtieron en puños. Sintió ira y compasión al mismo tiempo.

—No tienes por qué hablar de eso si no quieres. Es muy personal…

—Por eso mismo viene bien contarlo —dijo, y tomó otro sorbo de vino, como para prepararse para el vaivén de sentimientos que iba a afrontar—. Después de licenciarme *cum laude* en la universidad de Oxford con una beca, me contrataron en el banco. Empecé dentro del departamento de recursos humanos. No era lo que esperaba porque me gustaba más la dirección, pero me pareció bien conocer otras áreas. Además, en la entrevista con el jefe del departamento, me causó una buena impresión.

Arturo se inclinó sobre la mesita para tomar otro sorbo. Detestaba transmitir incomodidad

pero era lo que sentía en ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó Iris—. ¿Quieres oírlo?

—Sí, quiero oírlo —dijo, atusándose el pelo, preocupado por si algo iba a cambiar entre ellos —. Continúa, por favor.

Él volvió a cogerla de la mano.

—Las primeras semanas fueron agotadoras pero geniales. El departamento lo formábamos mi jefe y unos ocho compañeros. Un departamento grande. Trabajaba como diez horas diarias, aunque aprendía muchísimo y todo resultaba interesante. Mi jefe era una persona unos quince años mayor, con mucha experiencia y con fama de ser un profesional competente.

Cada vez que pronunciaba la palabra *jefe*, Arturo percibía en ella una corriente de indignación atravesando su pecho.

—La primera señal de alerta fue cuando me pidió que me quedara más tarde para acabar un informe. Ahora me doy cuenta, pero antes ni se me pasó por la cabeza sus verdaderas intenciones. Al contrario, me sentía halagada de que contara conmigo. Me lo he preguntado muchas veces después. ¿Cómo pude estar tan ciega?

—¿Cómo podías saberlo? Era tu jefe y se había ganado tu confianza.

—Exacto —dijo, y por un instante fue como si estuviera allí, seis meses atrás, en la lujosa y moderna oficina de Notting Hill, con todos los escritorios vacíos y ella en el despacho de él, a solas—. La primera vez no pasó nada, pero la segunda noche fue cuando decidió…

Se llevó la copa de vino a los labios. Era la tercera vez en su vida que lo contaba y a pesar de que había empezado a superarlo, aún sentía los nervios recorriendo su espina dorsal.

—Mi psicóloga me dijo que esta clase de… hombres, por llamarlos de alguna manera, tienen siempre una misma forma de actuar. Son depredadores. Ven una presa y echan la red poco a poco. Eso fue lo que hizo mi jefe. Primero, una mano en la rodilla y cuando me quise dar cuenta ya la tenía debajo de mi falda.

Avergonzado, Arturo bajó la mirada. De ser posible, le hubiera encantado tomar un avión y darle una paliza a ese hijo de puta.

—Me quedé paralizada porque no entendía lo que estaba pasando. Él se aprovechó y empezó a manosearme los pechos. Me decía guarradas y me entraron ganas de vomitar. Recuerdo sus ojos oscuros, su asqueroso aliento. Fue horrible. Se desabrochó el pantalón y se la sacó. Póntela en la boca, me decía. Deja ya de provocarme. Como me resistía, acabó metiéndome un dedo.

—Lo siento mucho. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, Arturo.

—¿Qué pasó después? ¿Lo denunciaste?

—Claro que lo denuncié. Lo echaron. No era la primera vez que lo hacía y la empresa dijo basta.

—¿Y ya está?

—Ahora lo hubiera hecho diferente, pero es que todo era nuevo para mí. Además, estaba en un país que, aunque conozco, no es el mío. Es muy complejo iniciar un proceso judicial. No creas que no me arrepiento. Me sentí sola, avergonzada, humillada, culpable. Solo quería que nadie me obligara a revivir la pesadilla. Me ofrecieron un traslado y, para bien o para mal, lo acepté sin dudarlo.

Le puso una mano sobre los hombros y la atrajo hacia su pecho. Solo podía ofrecer consuelo.

—Lo que has sufrido no debería pasarle a nadie, pero te veo como una mujer que sigue adelante, que intenta rehacer su vida.

—No se supera —dijo Iris—, sino que se aprende a convivir con ello, que es muy diferente.

El apoyo del psicólogo y de mis padres ha sido fundamental.

Ella se sintió vacía y frágil.

—Si quieres quedarte esta noche…

—Me encantaría, te deseo, ya lo sabes, pero mañana me sentiría mal conmigo mismo. ¿Por qué no pedimos comida? Cenamos y charlamos.

—Jamás pensé que oiría eso de un hombre como tú. Eres una caja de sorpresas.

Una nueva forma de madurez brotaba en su interior. Arturo se sorprendió de descubrir que disfrutaba sintiéndose así.

—Me alegro de que nos estemos conociendo —dijo él—. Eres una mujer increíble. Un ejemplo de coraje y superación.

—Gracias —dijo, con la voz quebrada por las emociones.

Con el móvil en la mano, Arturo preguntó qué clase de comida deseaba pedir. ¿Italiana, sushi o tailandesa? Ella respondió que le apetecía viajar a la India.

—*Namasté* —dijo él, guiñando un ojo.

CAPÍTULO II

El despacho de la alcaldesa, doña Antonia Buendía, estaba decorado con una sobriedad llamativa. Nada de ostentación, todo práctico y funcional a excepción de las cortinas que parecían de terciopelo. Una gran mesa de nogal dominaba la estancia sobre la que, en un rincón, había dispuesta una serie de fotografías enmarcadas, en las que la alcaldesa estrechaba las manos a diferentes personalidades del ámbito de la cultura.

doña Antonia, como la conocía todo el mundo en Puerta del Mar, llevaba siete años en la alcaldía. Era una mujer delgada, de unos cincuenta años y de cabello oscuro. Le gustaba llevar vestidos ajustados y escotados de estampados florales, que destacaban en un entorno donde los concejales de su partido y miembros de la oposición vestían trajes grises y aburridos.

Los recibió de pie, abriendo los brazos y sonriendo con suma vitalidad. Arturo empujaba la silla de ruedas. Juan inclinó la cabeza con los ojillos chispeantes. El secretario de la alcaldesa les advirtió muy seriamente de que solo disponían de diez minutos. Porque, claro, ella está muy ocupada, bla, bla, bla…

—¡Cuánto bueno por aquí! —exclamó la alcaldesa—. Me alegro de verte, Juan. ¿Cómo estás?

—Sobreviviendo, doña Antonia, pero como siempre al pie del cañón.

Arturo y ella se saludaron. También se conocían. doña Antonia le había felicitado a través de las redes sociales por sus triunfos en el surf.

—Me enteré de lo que le pasó, Juan. Lo siento mucho. Me hubiera gustado visitarle —dijo, con una diplomacia exquisita.

Juan le resumió los pormenores de su rehabilitación dejando entrever un sólido optimismo.

—Bueno —dijo ella, sentándose en su sillón de cuero—. ¿En qué os puedo ayudar?

Arturo miró a su abuelo esperando que iniciara la conversación. Quién mejor que él para persuadir a doña Antonia que el cine Paraíso necesitaba ayudas institucionales para sobrevivir.

—Cuando mi abuelo fundó el cine hace más de setenta años no lo hizo como un negocio con el que ganar dinero, lo hizo por su amor al cine y a Puerta del Mar, que entonces no tenía ninguno.

—Y os estamos inmensamente agradecidos —interrumpió la alcaldesa—. Todos hemos crecido yendo al cine los sábados por la noche.

—Gracias —dijo Juan con una sonrisa genuina—. Después mi padre y después yo, hemos continuado con el cine siguiendo la filosofía de mi abuelo. Puerta del Mar necesita un cine como el Paraíso, especial, único, carismático y que proyecte películas inolvidables, comerciales y de autor.

Arturo se fijó en que la voz de su abuelo se había quebrado en algunos momentos. Siempre le

había emocionado el hablar así de su cine, como el cine de todos del que él era solo un gestor. Le entusiasmaba ver el aforo lleno de niños porque sentía que contribuía a su formación como personas de bien. El cine siempre instruye almas, le había dicho más de una vez.

—Ahora pasamos por momentos difíciles, doña Antonia —continuó Juan—. Las facturas se acumulan y la gente ya no viene como antes. Hay muchas más distracciones, como esos cacharros electrónicos. Estamos negociando con los bancos, pero me temo que eso no será suficiente. Además, el Paraíso para subsistir tiene que modernizar la cabina de proyección, y eso requiere mucho dinero. Mi abuelo tuvo un sueño hace casi medio siglo y sería una pena que todo se acabara.

Doña Antonia, con las manos sobre el cartapacio de cuero negro, asintió con la cabeza. Contaba con la suficiente experiencia para saber que cuando la visita era de un particular rogaba por un empleo en el Ayuntamiento. Cuando se trataba de un empresario contenía casi siempre un trasfondo económico.

—Necesitamos apoyo institucional, alcaldesa. El Paraíso es un bien cultural de todos —dijo Arturo—. Sería una pérdida terrible para Puerta del Mar. Es uno de los cines más antiguos de España. Y jamás, jamás, hemos pedido ayuda a nadie.

Doña Antonia se levantó del sillón y se dirigió a la ventana que daba a la terraza, que estaba cubierta por una cortina blanca y fina. La apartó con la mano para fijarse en la plaza. Era mediodía y se respiraba una calma profunda.

—Habré ido millones de veces al Paraíso —dijo, girándose hacia Juan y Arturo—. Me encanta sentarme y vivir ese momento antes de que se apaguen las luces poquito a poco. La gente, el silencio, el tráiler… ¿Qué puedo decir? Es pura magia.

—Pensamos de idéntica manera —dijo Juan, complacido.

Doña Antonia sonrió. Tenía una piel morena, bien cuidada, sin manchas del sol. Siempre salía reluciente y joven en las fotografías de la prensa. Había basado su mandato en construir fuentes en los parques y reformar avenidas céntricas, lo que le había generado mucha popularidad.

—No concibo Puerta del Mar sin el Paraíso. Así de claro y así de sencillo —dijo subrayando sus palabras con un gesto enérgico de la mano—. A la gente le gusta que todo siga igual, detesta los cambios, por eso perder el Paraíso es un lujo que no nos podemos permitir.

—Entonces, ¿está dispuesta a ayudarnos? —preguntó Arturo, inclinándose hacia la mesa.

—Contad con los recursos del Ayuntamiento desde ya. Pasaré a mi ayudante el requerimiento y nos pondremos manos a la obra. El Paraíso es patrimonio de todos.

—¿De qué manera va a ayudarnos? —preguntó Juan—. La deuda es de unos cincuenta mil euros.

—Ayudaremos de la manera más eficaz, creedme —dijo, sonando a discurso político—. Lo importante es que será una ayuda prioritaria, en atención de lo que ha supuesto el Paraíso para esta ciudad.

—Entonces nada de dinero —dijo Juan, con expresión severa.

—Me encantan las personas directas —dijo doña Antonia encajando el golpe con maestría—. Estudiaré en profundidad por si en los presupuestos existe algún recoveco legal. Os doy mi palabra como alcaldesa vuestra.

—Las palabras se las lleva el viento —dijo Arturo, levantándose.

—Dadnos tiempo. Roma no se construyó en un día.

—Vámonos, abuelo —dijo Arturo con brusquedad, tirando de la silla de ruedas—. No hay nada que hacer aquí.

—Bien pensado, hijo. Venga, que se hace tarde.

doña Antonia se puso en pie.

—Estamos en contacto —dijo la alcaldesa sin perder la sonrisa.

Juan y Arturo recorrieron en largo pasillo que desembocaba en un pequeño vestíbulo, donde se dispusieron a tomar el ascensor. Les llegó el ruido de conversaciones, aporreo de teclados de ordenador y timbres de teléfono.

—Hemos perdido el tiempo. Políticos, bah, no son más que pura palabrería —dijo Juan—. Otra puerta que se nos cierra. Y el siguiente pago está a la vuelta de la esquina.

—Lo hemos intentado, abuelo. Encontraremos la manera de resolver el problema.

Arturo sacó el móvil y escribió a sus hermanos en el chat acerca del resultado de la cita con la alcaldesa. No esperaba una respuesta de inmediato, puesto que a esa hora Darío trabajaba en el faro y Enzo estaría de servicio.

—Como no sea hablando con las distribuidoras… —dijo su abuelo, aunque sin demasiada convicción.

Con el dinero aportado por los hermanos, casi tenían el mes siguiente cubierto. Pero ¿qué pasaría después?

Para su sorpresa, sus hermanos respondieron con un mensaje casi al mismo tiempo. Darío dijo que era lo esperado y Enzo que debían seguir en la lucha.

Y en el banco sigue sin respondernos, pensó Arturo, cuando bajaban en el ascensor. Tal vez deba llamar a Iris y preguntar. ¿O era mejor esperar?

De repente, Arturo notó el cosquilleo de una idea. Le pidió al abuelo que le concediera un minuto. Le pareció una idea tan buena que resultaba inaplazable.

Buscó entre los contactos de su móvil el nombre de Jorge Sánchez. Era un periodista deportivo del diario Sol, uno de los periódicos más longevos de la provincia. A raíz de sus éxitos internaciones en el surf le había entrevistado en más de una ocasión. ¿Y si la situación del Paraíso salía en los periódicos? Atraería a más público. Quizá se creara una ola de solidaridad.

Odiaba pedir favores, pero era evidente que había llegado el momento.

—Hola, Arturo. ¿Cómo estás? —dijo Jorge.

—Genial. Y tú, ¿mucho lío en el periódico?

—Hasta arriba de trabajo. ¿Ya estás preparando la nueva temporada, no?

En las veces que había hablado con él siempre le pareció un excelente profesional. En las entrevistas escuchaba y no buscaba polémicas absurdas para generar eco en las redes sociales. Era joven aunque con las formas de un veterano.

—Más o menos. Verás, te llamo para contarte algo. Sé que no es tu área, pero a lo mejor me puedes ayudar.

—Cuenta, hombre, ya me tienes intrigado.

Arturo contó la situación límite en la que se encontraba el cine familiar. Puso hincapié en el valor nostálgico de un cine especial, de los pocos que quedaban en el país. Debía venderlo bien para que resultara atractivo escribir sobre el Paraíso.

—No suena mal, Arturo. Tendré que hablar con el jefe porque eso es más de la sección de cultura, que no la llevo yo.

—Mira, hagamos una cosa, yo se lo comento y te llamo, pero ten en cuenta que me voy de vacaciones. Habrá que esperar.

—Lo comprendo.

—Arturo, no te prometo nada, ¿vale? A mí me parece una noticia interesante, pero estas cosas llevan su tiempo.

—No te preocupes.
—¿Se lo has contado a otros periódicos?
—De momento, no.
—Si ya hay algo publicado, no les va a interesar.
—Descuida, eres el primero al que recurro.
—Te llamo en cuanto sepa algo.
Arturo colgó con la sensación de que acariciaba un rayo de esperanza.



Una vez que regresaron de la cita con la alcaldesa, Arturo se fue al supermercado a comprar mientras que Yarina se quedaba en casa, en plena función de sus tareas.

En cuanto Juan, desde la ventana de su dormitorio, observó que Ron y su nieto franqueaban el umbral de la reja de entrada, se dijo que era el momento. Se puso las gafas de lectura, buscó el contacto en su agenda de papel y marcó el número en el teléfono inalámbrico. Descolgaron al primer tono. Una voz le saludó con tibieza y después Juan tomó la palabra.

—Escucha, no podré hacer los pagos como de costumbre. Ahora tendrá que ir otra persona en mi lugar, ¿vale? Mis nietos me están ayudando con la contabilidad y no paran de hacerme preguntas. Es mejor así. Espero que eso no te suponga ningún problema.

Juan terminó de pulir los detalles con su interlocutor. Después colgó con el pensamiento de que las circunstancias habían cambiado y debían amoldarse.

Aún estaba limitado por la escasa movilidad de las piernas, pero apoyándose con el bastón conseguía moverse con cierta libertad. Se acercó a la puerta con tiento para aguzar el oído. Solo se oía a Yarina trajinando en la cocina.

Paso a paso se dirigió a la cómoda principal. Había pertenecido a la familia de Sofía desde tiempos inmemoriales. Acusaba el desgaste del tiempo, con algunas arañazos en los laterales, pero seguía luciendo una solidez impecable. A su mujer le habían fascinado los asideros recargados de plata, y el sonido agradable de la madera rozándose al abrir un cajón.

Precisamente, en el último, guardaba unas camisas que ya apenas usaba. Estaban bien dobladas aunque desprendían olor a cerrado. Debajo de una de ellas había un sobre escondido que Juan cogió. Comprobó que los billetes de cincuenta y de cien estaban ahí, como siempre. Guardaba el dinero en el banco, por supuesto, pero se reservaba algo de efectivo en casa por si acaso pasaba algo. Le hacía sentir seguro.

Apartó unos pocos billetes y después guardó el sobre en su lugar. Se volvió al sillón, cogió el inalámbrico y marcó el número de Yarina. Tardó en contestar porque estaría concentrada en la tarea.

—Juan, ¿todo bien? —preguntó con su acento característico.

—¿Puede subir un momento cuando pueda, por favor?

—Dejo bien tapada la masa del pan y subo enseguida.

Mientras Yarina subía, Juan tomó aire y miró el reloj. Arturo aún debía de estar camino al supermercado. Contaba con tiempo de sobra. Agradeció la suerte de que Yarina fuera una persona de total confianza. Siempre había tenido un buen ojo para calar a una persona a los escasos segundos de conocerla, por eso sus empleados del cine eran como una familia para él.

—¿Se *encuentrra* bien, Juan? —preguntó Yarina, alarmada, en cuanto asomó por la puerta.

—Sí, mujer, estoy bien, diantres —dijo Juan, y enseguida hizo un gesto con la mano—. Pase, pase, siéntese.

Yarina se secó las manos en el delantal y se sentó en el borde de la cama. En su cara se reflejaba la máxima intriga.

—Necesito que me haga un favor.

—Lo que *quierra*, Juan.

—Mañana por la tarde a las cinco, en la cafetería Alameda, un joven te estará esperando. Tienes que darle esto.

Juan abrió el cajón de la mesilla de noche y le entregó el dinero. Yarina parpadeó, confundida.

—¿Puede hacerlo?

Al ver que Yarina dudaba, le dijo que abonaría su tiempo.

—Oh, Juan, no se *prreocupe*. Claro que puedo y además no *cobrraré* nada.

—Insisto, tome esto por la molestia —dijo Juan mostrando un billete de diez euros.

Yarina negó la cabeza con la convicción de un militar.

—Le digo que no. Vivo al lado y no es ninguna molestia.

—No se lo pediría si no fuera importante.

—Mañana a las cinco en la cafetería Alameda. ¿Cómo sabré quién es el chico?

—Estará en la barra tomando un granizado. Se llama Isma. Y una cosa más. Ni una palabra a mis nietos. Esto queda entre nosotros. ¿Estamos?

Yarina asintió repetidas veces. Se guardó el dinero en uno de los bolsillos del pantalón vaquero.

—Se queda entre nosotros, sí.

~

—Aquí está la compra, Yarina —dijo Arturo, dejando la bolsa del supermercado sobre la mesa redonda de la cocina—. Por cierto, no quedaba detergente.

Arturo fue colocando la compra mientras Ron saciaba su sed en su cuenco de agua.

—Está bien, nos apañaremos hasta la semana que viene.

—¿Cómo está tu madre, se recuperó?

Yarina les había contado que su madre al salir de la bañera, tropezó y se dio de bruces contra el suelo.

—Bien, gracias a Dios. Cada día *mejorr*, *mejorr*, sí —dijo, y probó el punto de sal del guiso —. Solo hizo un chichón en la cabeza y nada más.

Yarina vivía con su madre en un apartamento de dos habitaciones, en el casco antiguo. Se lo alquilaban a una pintora conocida por sus paisajes impresionistas. Madre e hija vinieron de Ucrania para ganarse la vida hacía cinco años. La madre, cosía; y Yarina, limpiaba y cocinaba en varias casas. Enviaban dinero con regularidad a la numerosa familia que se había quedado en Kiev, entre ellas al padre, quien llevaba tiempo sin empleo.

En un principio pensaron en quedarse solo un par de años, pero la vida apacible de Puerta del Mar les había seducido y ahora no sabían si volverían a su país natal, que se encontraba en mitad de un conflicto bélico.

—¿Te ha dado el abuelo mucha faena mientras estaba fuera? —preguntó Arturo con una sonrisa traviesa.

Las mejillas de Yarina se volvieron rojas de repente. Si había una persona a la que costaba guardar secretos, era ella. Bajó la mirada, esperando que Arturo no la hubiera visto tan expuesta.

—No, no, no…. —titubeó, pasándose varias veces la mano por el delantal—. ¡Vaya

pregunta!

Arturo frunció el ceño, extrañado por la respuesta, pero no le concedió mayor importancia. Después de guardar la compra, subió con Ron al cuarto del abuelo. Como sabía que le fascinaba unas barritas crujientes de chocolate, se las había comprado.

La sonrisa de Juan fue oreja a oreja cuando recibió el regalito, lo desenvolvió como si fuera un tesoro y, al primer mordisco, notó el dulce sabor en el paladar. Los pequeños placeres de la vida, dijo. Su madre se las había prohibido de pequeño, por eso cuando fue mayor de edad se resarció y se compró media docena de barritas al día durante un año.

Arturo contempló con satisfacción cómo su abuelo las devoraba. No fue hasta que terminó cuando quiso comentar algo que llevaba tiempo rondando en su cabeza.

—Abuelo, tengo que contarte una cosa —le dijo mientras se sentaba en el borde la cama.

Juan tiró el envoltorio de la chocolatina a la discreta papelera del rincón. Contuvo el impulso de pedir a su nieto que fuera al supermercado a por otra.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras acariciaba a Ron, quien entornaba los ojos, satisfecho.

—La chica del banco y yo, Iris, estamos saliendo.

—¿La del banco? No me digas.

—Te lo tendría que haber dicho antes, pero ignoraba si había algo entre nosotros.

—Pero ¿es serio?

—Sí, no. Bueno, no lo sé.

—Gracias, me queda mucho más claro —dijo, con ironía.

—Lo que quiero es que todos lo sepáis para que no se saquen conclusiones precipitadas, como hizo el bobo de Enzo el otro día.

El abuelo se rascó el mentón, pensativo. Se preguntó si su nieto en realidad estaba pidiendo permiso para salir con Iris.

—¿Crees que es buena idea salir con ella ahora, con todo el lío que tenemos con el banco?

—Probablemente no.

Juan se acordó cuando en el verano de 1982 su hijo Pablo, el padre de los hermanos Campos, le presentó a Giorgia, la que sería su futura nuera. Ambos contaban con unos veinte años.

La primera impresión que se llevó fue de que se trataba de una chica joven, agradable y educada. Se encontraban los tres en el vestíbulo del Paraíso. Pablo la había invitado al estreno de «Tootsie», una comedia americana protagonizada por Dustin Hoffman, que resultaría ser todo un éxito de taquilla.

Lo que Juan nunca olvidó de aquel breve encuentro era la forma en la que su hijo miraba a Daniela. Era como si pudiera divisar algo en el fondo de sus ojos, un brillo especial. Ahora su nieto hablaba de una chica y él se preguntó si la miraba de la misma forma.

—Arturo, eres ya un hombre hecho y derecho —dijo su abuelo con una voz suave—. Haz lo que creas conveniente. Sabes que confío en ti.

—Gracias, abuelo.

—¡De gracias nada! ¡Tráeme otra barrita de chocolate o te atizo! —dijo, empuñando el bastón.



La sexy imagen de Iris ocupaba la mente de Arturo mientras conducía hacia su apartamento. La sonrisa luminosa, las curvas insinuantes, la delicadeza de su piel…

Por la mañana, después de intercambiarse mensajes en el teléfono, habían acordado que él se

pasaría a tomar café. No resultaba más que una excusa para estar juntos.

Sobre el asiento del acompañante descansaba una cajita de pastas compradas en la panadería del barrio. Primero se le ocurrió comprar flores, como tantas veces en el pasado cuando se ligaba a una chica. Sin embargo, después se le ocurrió que la ocasión merecía un toque diferente. Iris se salía del patrón. Era especial.

Ella vivía en un bloque de apartamentos muy antiguos, pero que contaba con unas vistas de postal gracias a que se alzaba sobre una colina. La primera vez que vino apenas si dispuso de tiempo para fijarse en el entorno, pues se encontraba alterado por la marcha repentina de Iris de su casa. Ahora, no obstante, la situación había cambiado.

Aparcó la furgoneta entre otros dos coches y se bajó con los dulces en la mano.

Relájate, Arturo. Que no se note nada más verte que estás deseando abalanzarte sobre ella.

Un caminito de piedra atravesaba un pinar antes del vestíbulo del edificio. Las copas frondosas de los árboles creaban una sombra fresca en la que cobijarse durante el verano. Había bancos de piedra y una fuente sencilla, pero que confería al lugar de una marcada personalidad.

Una señora daba la merienda a un grupo de gatos que maullaba sin cesar. Era menuda y delgada, y llevaba una rebeca desgastada que llegaba más allá de su cintura.

Arturo la saludó y la mujer le respondió con una tierna sonrisa.

El bloque de apartamentos constaba de tres plantas y desde el exterior se veían las puertas de los apartamentos. La entrada era una reja de hierro forjado que estaba abierta de par en par. Por lo que había contado Iris sobre el vecindario estaba formado por trabajadores, jubilados y extranjeros residentes, una mezcla de lo más variopinta.

Arturo llamó al timbre procurando disimular su impaciencia. Llevaba todo el día pensando en ese momento. Contemplar a Iris en todo su esplendor. Qué maravilloso espectáculo.

Cuando ella abrió la puerta, Arturo experimentó un subidón de testosterona. No se dijeron ni hola. Él se acercó con apremio, la cogió suavemente de la mano y se inclinó para besarla.

Fue un beso ardiente pero cocido a fuego lento, como un aperitivo de lo que vendría después. Soltó la mano y la tomó de la espalda para atraerla más hacia él. Iris notaba el sabor de su boca, chispeante y viril, y deseaba mucho más. No, no se iba a conformar solo con eso.

—Te he traído dulces —dijo Arturo, enseñando la cajita.

Eran seis pastas muy apetecibles, de colores brillantes y que sugerían una explosión de dulzor en el paladar.

—Pues me acabo de tomar uno —dijo ella, y se mordió el labio.

Arturo rio, divertido por el doble sentido de sus palabras.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó él.

—Muy rico de sabor.

—Pues aún quedan muchos y variados.

—¿Ah, sí? Eso está por ver.

Arturo se inclinó para deleitarse con otro beso, pero Iris se echó hacia atrás.

—La puerta sigue abierta —dijo.

Él la cerró y entregó la cajita a Iris, que la dejó en la barra de la cocina. Llevaba un vestido color azul marino muy ceñido con los hombros al descubierto. Arturo aprovechó para cogerla de la cintura y oler su cabello dorado. Aspiró un perfume a melocotón.

—¿Cómo has pasado el día? —preguntó ella mientras colocaba las pastas en un plato de postre.

—En casa con mi abuelo y poco más —dijo, omitiendo la cita con la alcaldesa para no mezclar negocios con placer.

—¿Cómo está? —preguntó mientras preparaba el café.

—Deseando quitarse de encima la silla de ruedas. Es un luchador nato, estoy convencido de que pronto caminará como siempre.

Iris se percató de que cuando hablaba de su abuelo mostraba respeto y orgullo, y le parecía encantador.

—Prueba uno —dijo Arturo señalando las pastas.

Ella mordisqueó uno que, sobre el hojaldre, tenía una base de crema rematada con un trocito de kiwi. Había una elegancia innata en los gestos de Iris que enloquecía a Arturo.

—Sabe delicioso —dijo ella—. Prueba uno.

La cafetera silbó e Iris sacó dos tazas que usaba para sus infusiones. Arturo, salvaje como él solo, se tragó una pasta de un bocado. Cerró los ojos y se llevó la mano al pecho, exagerando la reacción.

—Oh, madre mía, qué sutileza de sabor, qué agradable mezcolanza de ingredientes.

Iris se rio con la tontería y Arturo sintió que su pulso latía con una fuerza inusitada. La manera en la que ella le miraba había despertado el deseo más loco, un deseo que amenazaba con estallar de un momento a otro.

—¿Hablas de mí, verdad, encanto? —preguntó ella colocando las dos tazas humeantes sobre la encimera. Inclinó la cabeza a un lado y le guiñó un ojo, divertida.

—Bueno, aún no te he probado.

Él se acercó con calma, jugando con los tiempos de la seducción.

—¿Y a qué esperas? —preguntó ella.

De pronto, a ninguno de los le importaba el café.

CAPÍTULO 12

En la mirada de Arturo, Iris descifró el palpitante desenfreno que él estaba a punto de desatar. Se recreó en esa mirada, ardiente, sexy, viril, ya que anhelaba sumergirse en ella para no perderse ninguna emoción.

—Llevo soñando con este momento desde que nos conocimos —susurró él.

Ella bajó la vista, sonrojada. A veces la timidez la aguijoneaba cuando recibía un cumplido, y necesitaba ausentarse un instante para recomponerse.

—Yo también, Arturo —dijo, haciendo especial énfasis en su nombre, como si quisiera llegar a lo más profundo de su ser.

Él acarició su mejilla con el revés de la mano. Otras veces, con otras chicas, ya se hubieran desnudado, pero ahora era diferente. La deseaba no como un conjunto de curvas maravillosas, sino como una mujer completa.

Con la mano en la espalda, la atrajo con brusquedad. Estaban muy cerca el uno del otro. El aroma de Iris era excitante. Inclinó la cabeza. Sus bocas estaba a un milímetro y los labios, húmedos, se les antojaban como un manjar capaz de transformarlos. La pasión latía en la punta de sus lenguas.

Desde el principio fue un beso profundo, carnal, libidinoso, desesperado… Dejó a cada uno sin aliento porque dieron rienda suelta a la voracidad desenfrenada. Hasta el punto de que nunca se saciaban, reclamaban más y más.

El café sin tocar, las pastas sin acabar. El mundo se convirtió en un escenario inmóvil mientras ellos empezaban a desnudarse.

Iris deslizó la mano bajo la camiseta para acariciar la piel y los músculos del abdomen. Al notar la consistencia de la tableta de chocolate dejó escapar un ronroneo suave. La yema de sus dedos, transmitía las sensaciones profundas y placenteras al resto de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Necesitaba ya sentirlo dentro o si no moriría ahí mismo.

Con la habilidad de un experto, Arturo desabrochó el sujetador mientras saboreaba su hombro derecho. Ella subió el muslo y él aprovechó para iniciar un recorrido fabuloso y carnal. Desde la rodilla hasta la cadera acariciando la piel, notando la suavidad del terciopelo hasta que llegó a las bragas. Apretó su trasero con la mano y pensó en ese momento que se quedaba sin aire.

—Llévame a la cama —ordenó ella.

Arturo, sin decir nada, la cogió por la cintura y con la otra mano la agarró por el muslo. La llevó al dormitorio con apremio, como si fuera el último día de su vida.

La cama era individual y estaba cubierta por un edredón nórdico de un blanco impoluto, sobre el que había un par de cojines a cuadros comprado en las rebajas. Allí cayeron los dos

amantes, como quien cae en un diminuto paraíso para arrasar y conquistar.

Arturo le quitó los zapatos mientras ella se despojaba del vestido y sujetador. Cuando él contempló su cuerpo desnudo, exhaló un largo suspiro. Sin dejar de mirarla se quitó la camiseta, se desabrochó los pantalones y, quedándose en calzoncillos, se descalzó en tiempo récord.

Ella soltó un gemido cuando él se abalanzó para sucumbir al placer de la carne. Arturo pensó que su cuerpo era como una escultura divina que merecía ser reverenciada.

—Iris, me vuelves loco —musitó antes de entrar en faena.

—Lo sé —replicó ella.

Mordisqueó cada recoveco de su piel, extasiado por el sabor a sal y lujuria hasta que las rodillas temblaron de placer. Nunca había dudado de que Arturo era el hombre idóneo para arrastrarla más allá del límite del delirio. Ella también anhelaba arrastrarlo, que ambos perdieran el control sin piedad y cayeran en el instinto más primitivo.

Iris obsequió al torso de acero de Arturo un mordisco goloso cerca del pezón. Él gruñó pero ella continuó a lo suyo. Mordisqueando su piel firme y vibrante, celebrando el cuerpo glorioso de un hombre acostumbrado al triunfo.

Arturo fue incapaz de contenerse por más tiempo y abrió la boca para deleitarse con un pecho de Iris. Turgente, suave, excitante. Abrió una mano sobre el otro pecho y lo acarició una y otra vez. Quería quedarse allí para siempre, con ella, juntos, desnudos, libres, inventando una nueva realidad.

Le fascinó verla con los ojos cerrados y mordiéndose los labios: la viva imagen de la belleza y el placer. Le bajó las bragas y las dejó caer de cualquier manera.

—Tengo que estar dentro de ti. No puedo aguantar más —dijo, casi sin aliento.

Afuera, en Puerta del Mar, quedaba poco para que anocheciera. El sol se retiraba hacia las montañas y el cielo ardía con un fulgor inusitado. Era el crepúsculo, que proyectaba luces y sombras sobre el paisaje.

Iris, hambrienta a más no poder, recorrió con ansia la barbilla y el cuello dejando un rastro húmedo. Había deseado a otros cuyos nombres no se preocupaba en recordar, pero aquella vez era diferente. En ella latía un fuego mucho más profundo y arrasador que nublaba su mente. Solo quería saciarlo porque de tan alucinante y embriagador que era, resultaba doloroso.

La luz púrpura del ocaso se posó sobre el cuerpo arqueado de Iris. Arturo se sintió afortunado porque sería capaz de revivir esa imagen muchos años después. La imagen de una mujer maravillosa que se entrega sin condiciones, como un acto de puro deseo; lo que causó que aumentara la urgencia de poseerla.

Quedó hipnotizado cuando ella echó la cabeza hacia atrás y contempló la elegancia de su cuello. Deseaba morderlo con el ansia de un vampiro, y volar con ella por encima de los tejados hasta perderse en el horizonte.

Después, se deleitó con los ojos azules de Iris, que brillaban como diamantes en la noche. Pensó que daría lo que fuese para que el tiempo se detuviese en aquel preciso instante y perderse para siempre en ellos. «Ven, arrodíllate a la magia de mi mirada y dame el placer que necesito», parecían decir.

Fue más brusco de lo que pretendía cuando Arturo de nuevo se abalanzó sobre ella. La apretó fuerte de las muñecas sobre la almohada, donde el cabello se expandía como un manto dorado.

Arturo luchaba con la exigente demanda de satisfacer, y al mismo tiempo con el anhelo de descubrir un detalle más de su cuerpo. Algo nuevo con lo que alimentar la fantasía.

—Cómo te deseo… —dijo con un hilo de voz.

Se volvieron a besar, esta vez con el pulso aún más acelerado. Iris podía sentir el de Arturo

apoderándose de su cuerpo, como si fuera el suyo propio.

Debido a la estrechez de la cama rodaron con cuidado de no caerse por el otro lado. Les faltaba el aire y respiraban a trompicones, entre gemidos, susurros y anhelos. En medio del arrebato, expresaban sin tapujos las emociones que mantenían la llama de la pasión a la máxima potencia.

Latido a latido se acercaron al delirio. Ella temblaba de arriba a abajo, recibiendo sin descanso las oleadas de placer. Él quería que no se acabara nunca esa sensación que lo aprisionaba, y se afanó para que Iris también se rindiera a ella.

Arturo arrastró la mano sobre el vientre de ella e hizo una parada en el sexo, que estaba caliente y mojado. Iris, desesperada, se agarró al edredón para retorcerlo con crueldad.

Gimió.

Se irguió y la cogió por las rodillas para abrirle las piernas. Todo era un espectáculo erótico. Se lanzó sobre su sexo volcando su peso sobre los muslos de ella, para que así los pies colgaran sobre la espalda, y la penetración más profunda.

Los gemidos, los murmullos, la respiración agitada, todo resonaba en ese pequeño dormitorio con vistas a Puerta del Mar. Se deshacían en mil pedazos, desesperados por consumar la pasión que ardía por dentro, como caníbales ansiosos por devorar más y más la piel húmeda del otro.

Iris se corrió de nuevo y el gemido que dejó escapar fue una mezcla de éxtasis y fragilidad.

El sol había dado paso a la noche. Arturo se envolvió en el brillo oceánico de la mirada de Iris, en los carnosos labios, en la desnudez de sus pechos. Notaba la excitación corriendo por sus venas, en el corazón y la entrepierna. Hacía rato que no pensaba, solo sentía una fuerza, indómita como un rugido.

Las respiraciones agitadas se calmaron por un instante. Guiados por el instinto, se fundieron en un solo cuerpo. Iris entrelazó sus dedos con los suyos, y le gustó notar que algo poderoso la trataba con delicadeza.

Entonces comenzó el baile, el movimiento loco, la fricción sin control. Los muelles de la cama se quejaron pero ¿a quién le importaba? Arturo vio que la habitación daba vueltas y que el orgasmo apretaba sus músculos.

Iris agitaba las caderas con frenesí, instando a continuar con el placer desenfrenado. Él volvió a embestirla, empujándola cada vez más hacia al abismo. Por fin, ella extendió los brazos sobre la cama, rindiéndose al clímax, dejándose conquistar como la orilla cuando es lamida por las olas del mar.

Entonces el cuerpo de Arturo se vio sacudido por el éxtasis más absoluto. Desde lo más profundo de sus entrañas, brotó un grito de triunfo y arrebato.



Nadie iba a moverlo de allí. Arturo convertiría cada segundo en una eternidad. No existía un mejor lugar que estar abrazado al cuerpo majestuoso de Iris, después de hacer el amor hasta el agotamiento.

Ella encendió la luz de la mesita de noche. La habitación se llenó de claroscuros. Arturo contempló la curva de la cadera de Iris y se dijo que no había visto una imagen tan sexy en su vida. Detectó que el deseo no se había apagado, que existían rescoldos que reavivar.

—¿Qué hora será? —preguntó Iris—. He perdido la noción del tiempo.

—Es la hora de repetir —dijo, después de besarle el hombro y rodearla con su brazo.

—¿Te apetece de verdad?

—Claro —dijo él, como ofendido.

—Pues yo necesito unos minutos para recomponerme.

—No me extraña. Ha sido brutal.

—Son casi las ocho. Me ha entrado hambre. ¿Y a ti?

—Sí, algo. Vendría bien comer algo.

—Así reunimos fuerza para otro polvo.

—¿A ti también te apetece, verdad?

—Como no paras de insistir… —dijo, sonriendo.

Arturo le acarició el brazo.

—El sexo ha sido increíble, Iris.

—Estoy de acuerdo —dijo, y palmeó su trasero, ¡plas!—. Prepara comida para los dos. Hay pan blanco y embutido.

Arturo entornó los ojos, como mirándola de una forma ensoñadora.

—Eres una mujer espectacular, muy guapa. Habrás roto un montón de corazones.

—No tantos como tú, Casanova.

—Ahora sí ha llegado el momento de comer —dijo, levantándose de la cama.

—Pero, bueno, ¿es eso una huida en toda regla para evitar la conversación?

Arturo fue recogiendo las prendas de ropa desperdigadas por el suelo.

—Ejem… Qué va, en absoluto. Lo que pasa es que con el estómago vacío no puedo razonar bien —dijo, y le lanzó el sujetador—. Toma, esto es tuyo.

—Gracias —dijo, y le tiró los calzoncillos—. Y esto es tuyo.

Mientras Arturo terminaba de vestirse, Iris se bajó de la cama y se fue al cuarto de baño. Se sentía relajada y contenta. Había disfrutado del sexo y vio ante sí una serie larga de tórridos encuentros con Arturo. Era consciente de que estaba jugando con fuego, pero no podía evitarlo. Sería inútil negar que se sentía fuertemente atraída.

Se notaba que era un hombre experto en la cama, puesto que ambos habían gozado como dos animales en celo. Arturo se había preocupado de que el sexo fuera para los dos, y esa falta de egoísmo decía mucho sobre él como persona.

Cuando salió del baño, lo vio en la cocina. Llevaba la camiseta y los pantalones sin abrochar. Aunque llevaba ropa, fue como si lo volviera a ver desnudo. Conocía ya cada rincón de su cuerpo monumental. Los hombros anchos, el abdomen de acero, las piernas fibrosas. Era un ejemplar de macho ibérico en toda regla. Y ahora era suyo.

Sobre la encimera, el macho ibérico había puesto dos platos con un sandwich cada uno. Iris levantó una rebanada y descubrió una triste loncha de jamón cocido.

—¿Eso es todo? —preguntó ella—. ¿Ni un tomate, ni una lechuguita? Qué soso.

—Me gusta la cocina minimalista —dijo, con ironía.

—Anda, ya, déjate de eufemismos. Eso en mi pueblo se llama vagancia.

Entonces en un abrir y cerrar de ojos Iris desplegó el arsenal: tomate, lechuga, guacamole e incluso rodajas de huevo duro. Le dijo a Arturo que sirviera cervezas en vasos de cristal mientras ella colocaba el pan en la tostadora. Una vez montado un sandwich para cada uno con todos los ingredientes, los cortó por la mitad.

—Son esos detalles que marcan la diferencia —dijo Iris.

—Te han quedado perfectos. Tienes que pasarme la receta.

—Muy gracioso.

Se sentaron en el sofá y dieron buena cuenta de la merienda improvisada. El pan caliente crujía que daba gusto.

—Quiero hablarte de un tema un poco delicado —dijo ella—. Vengo pensándolo desde hace días, pero no sé cómo plantearlo.

—Dispara.

Se había imaginado empezar esa conversación de mil maneras, pero llegado el momento decidió que lo mejor era lanzarse sin más.

—¿Estáis haciendo progresos con lo del cine? ¿Tenéis nuevas fuentes de ingresos?

Arturo carraspeó. La pregunta le había pillado por sorpresa. Tomó un largo sorbo de cerveza.

—Espero que no sea demasiado indiscreta —continuó Iris—. La verdad, me preocupa la situación del cine y no sabía cómo sacar el tema.

—No, no, está bien, lo comprendo. Además, te agradezco la preocupación —dijo, y se removió en el asiento—. De momento, un empleado, Salvi, se ha marchado y el ayuntamiento nos ha negado cualquier subvención. Las buenas noticias son que entre mis hermanos y yo podemos hacer frente al siguiente pago.

—Eso está muy bien. Y que decidáis ayudar dice mucho de vosotros, pero ¿crees que será suficiente? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

—Probablemente no. ¿Van a concedernos una moratoria? ¿Sabes algo que me puedas decir?

—No sé nada. Te lo prometo. Lo tramité y son los de arriba quienes deciden. Les he preguntado con insistencia hasta que he visto que era mejor no tensar la cuerda.

—Te lo agradezco.

—Soy optimista. Nos lo van a conceder, seguro.

—Eso espero —dijo, y bebió un trago de cerveza—. Y tu abuelo, ¿cómo lo está llevando?

Se encogió de hombros.

—Pues bien, supongo.

—¿Cómo que supongo? ¿No habláis entre vosotros?

—Claro que hablamos, Iris. De muchas cosas. Es mi abuelo —dijo, como si con evocar la palabra fuera suficiente para explicarlo todo.

Pero nada de emociones; típico de hombres, pensó ella.

—Seguro que tu abuelo agradece que se lo preguntes.

—Seguro que agradece mucho más que ayudemos a salvar el Paraíso.

Iris exhaló un suspiro.

—Desde luego, pero una cosa no quita la otra. Se puede tener un buen corazón y ser solidario al mismo tiempo.

Arturo se puso de pie con el plato, vacío ya, en la mano y en la otra, el vaso de cerveza.

—¿Y quién te ha dicho que tengo un buen corazón?

—Te conozco hace poco pero…

—Exacto, Iris. Me conoces desde hace poco —dijo, dejando el plato y el vaso sobre la encimera, después vio la lata, la cogió y la estrujó—. Soy como soy y voy a lo mío. Eso no es tener un buen corazón. No creo que ninguna de mis otras relaciones opine lo mismo que tú.

—Gracias por tu sinceridad, Arturo. Es bueno saberlo.

Él sintió un pellizco de ansiedad en el estómago, por lo que procuró calmarse antes de hablar. Disimuló mirando el vasto paisaje urbano durante un instante, después se giró hacia ella.

—No he sido del todo sincero.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó, alarmada.

—Que te haré daño antes de que hayamos terminado —dijo, mirándola fijamente a la espera de su reacción.

—Tal vez sea yo quien te haga daño a ti —dijo ella—. ¿A qué no lo has pensado?

Arturo supo qué contestar, pero guardó silencio. Era un terreno demasiado peligroso. Se sentó muy cerca de ella. La cogió de la mano y la acarició. Con ojos tiernos, le dijo:

—Vamos a por el tercer asalto.

Ella sonrió con picardía.

—Vale.



Después del tercer asalto, volvió a entrar un hambre voraz, así que Arturo sugirió pedir comida a domicilio, pero Iris dijo que guardaba en la nevera cena suficiente para ambos. El día anterior había preparado albóndigas con salsa de tomate y, a decir verdad, estaban para chuparse los dedos.

Cuando las probó en la mesa, Arturo asintió con la cabeza.

—Están muy buenas —dijo, llevándose otro trozo a la boca.

—Es uno de mis platos favoritos. ¿Cocinas? —preguntó.

—No, pero quizá algún día me ponga —dijo—. ¿Qué más te gusta cocinar?

—Deberías probar mi coliflor.

—Ya la he probado y me encanta. Está muy sabrosa.

—Qué tonto eres.

—¿Por qué me insultas? Hala, ya no te dejo que pruebes mi espárrago nunca más.

—Gracias, porque estaba de lo más soso.

—¿Por qué repetiste?

—Por pena.

Siguieron lanzándose dardos durante la cena a modo de batalla a ver quién decidía la burrada más grande. Finalmente, ambos estallaron de risa. Arturo guardó con fuego en su memoria su manera tan bonita de reír.

Después de recoger los platos, mientras Iris servía el postre, Arturo fue a su dormitorio. Era la primera vez que disponía de tiempo para curiosear. Se fijó en el armario empotrado con listones de madera y tiradores de metal. En las cortinas que caían sobre el suelo con cierta elegancia. En la mesa sencilla y funcional sobre la que descansaba el ordenador de sobremesa, encendido aunque con el salvapantallas activo.

En la pared había colgada una lámina de Gustav Klimt llamada «El beso». Sobre la mesilla de noche, un altavoz inalámbrico por donde seguramente saldría música del ordenador o de su móvil. Había una fotografía enmarcada de sus padres, en la que ella estaba en el medio; los tres sonriendo a la cámara. Dedujo que eran sus padres porque el parecido con su madre era evidente. Ahora conocía el origen de la belleza fulminante de Iris.

No pudo evitar una punzada de envidia. Siempre ocurría cuando conocía a los padres de la gente, de alguna manera evocaba su orfandad. Era como si la vida le hubiera arrebatado de una manera muy cruel un regalo maravilloso. De repente, se quedó sin caricias paternas, abrazos, consejos e incluso sin inspiración. Solo quedaban recuerdos de cómo se querían y poco más.

La mesilla de noche contaba con un cajón que no se atrevió a abrir, y justo debajo había varios libros; algunos eran manuales de autoayuda (nunca había leído sobre ese tema, ¿serían realmente útiles?), y otros de economía (sin duda, un tostón).

Así que esta es la habitación de Iris, pensó de pie, mirando a su alrededor. Limpia, organizada y nada ostentosa.

Iris le llamó y Arturo regresó al salón. Sobre la mesa había esperando una copa de macedonia

con muy buena pinta.

—El dormitorio está genial —le dijo.

—¿Te gusta? Pedí al casero que pusiera cortinas nuevas y la mesa para el ordenador. Me costó convencerle pero al final accedió.

—¿Eres buena negociando?

—Eso dicen.

—¿Has pensado alguna vez en fundar tu empresa?

—La verdad es que no. No, seriamente, quiero decir. Me llama mucho la gestión financiera, pero ser dueño de una empresa es mucho más, como bien sabe tu abuelo.

—Es un hombre orquesta. Hace de todo, incluso ha diseñado carteles —dijo, y cerró los ojos —. Mmmm, qué buena está la macedonia. Los trocitos de naranja le dan un toque brutal.

—¿Alguno de vosotros ha pensado en seguir con el cine?

—Pues seriamente, creo que no. Los abuelos siempre nos empujaron a que hiciéramos lo que nos apasionaba.

—Eso es muy bonito. Como si dijeran que nuestro sueño no tiene por qué ser el vuestro.

—Sí, exacto —dijo, y al sentirse muy cómodo con ella, añadió:—. Tuve una idea de montar un autocine.

—¿Dónde?

—Aquí, en Puerta del Mar.

—Una idea fabulosa. No hay nada parecido en toda la provincia, ¿verdad?

—No que yo sepa. En Estados Unidos está muy extendido y fue ahí la primera vez que fui a uno.

—Me encanta la idea, Arturo.

—Es solo una idea. Ahora mismo la familia tiene un problema demasiado gordo para preocuparse de otras cosas.

Aunque se lo guardó para sí, seguir adelante con esa idea supondría quedarse en Puerta del Mar, cuando él deseaba volver a viajar por el mundo.

—¿Cómo te va con el abuelo en casa?

—Bien, gracias a la ayuda de Yarina. Sin ella estaríamos perdidos, y claro, sin el trabajo de la fisio mi abuelo estaría postrado en la cama. Y a ti, ¿cómo te va en el trabajo?

—Ajetreado —dijo, alzando las cejas—. Con muchas citas. Clientes pidiendo hipotecas para todo, algún que otro préstamo. Preparando miles de informes… Y mi jefa, Catalina, que no deja de presionar.

—¿Qué tal te llevas con ella?

—A veces bien y a veces no tan bien. Si tiene el día me parece una bella persona, pero si no, es difícil de tratar.

Arturo se levantó, rodeó la mesa y se inclinó para mordisquearla en el cuello. Cuando ella alzó la mirada, aprovechó para besarla en los labios.

—Quiero repetir postre —susurró Arturo.

—¿Más fruta?

—Me refería a ti.

Los ojos de Iris centellearon de deseo.

~

Era pasada la una de la mañana cuando Juan oyó llegar la furgoneta de Arturo. A su edad le

costaba conciliar el sueño, dormía en oleadas, y dos o tres veces a lo largo de la noche debía acudir al baño. Era ley de vida y por eso Juan soportaba los achaques con estoicismo.

En medio de la penumbra, se levantó y, a través de la ventana, observó a Arturo bajar del vehículo. Ron, que solía dormir con él al pie de la cama, se desperezó y movió el rabo con alegría.

Juan recordó las noches en las que Sofía y él establecieron un toque de queda para que ni Arturo ni Enzo, en plena adolescencia, llegaran a las tantas. En general, respetaron el límite pero hubo noches en las que no, y eso supuso un buen número de horas de incertidumbre y nerviosismo.

Ya existían los móviles, pero siempre pasaba algo que imposibilitaba comunicarse con ellos. Se quedaban sin batería, o tenían la pantalla rota, o simplemente habían dejado de funcionar. Sofía y él en multitud de ocasiones se vieron desbordados como abuelos y padres por un mundo en constante cambio, social y tecnológico.

Apoyándose en los muebles y las paredes, Juan salió de su habitación y llegó hasta el rellano seguido de Ron. La diferencia en cómo educaron a su hijo y cómo a sus nietos fue abismal. Juan y Sofía siempre albergaron la sensación de que al criar a los tres hermanos habían envejecido con excesiva velocidad. Aunque jamás se arrepintieron de la adopción.

El resplandor de la luz del salón le hizo deducir que su nieto se habría quedado viendo la televisión. Le indignaba que la juventud no supiera aprovecharse de la facultad de dormir de un tirón. Las horas de sueño que se pierden, nunca se recuperan.

—¡Arturo, vete a dormir! —exclamó.

—Sí, ahora —le oyó decir, sin mucho interés.

—No quiero repetirlo, ¡a la cama!

—¡Abuelo, me iré cuando me dé la gana!

—Oh, maldito niño mal criado —murmuró—. ¿Para qué me molesto?

Juan se dio media vuelta y, con lentitud, regresó al dormitorio negando con la cabeza. Ay, ¿por qué desperdician la juventud de esa manera?

CAPÍTULO 13

Las malas noticias sacudieron muy temprano la casa de los Campos. A eso de las nueve de la mañana, Iris llamó a Arturo al móvil, sacándole abruptamente de los brazos de Morfeo. Al principio pensó que ella tenía interés en que se vieran por la tarde para hacer algo. Sin embargo, su sonrisa se congeló de repente cuando Iris reveló la verdadera razón de la llamada.

—El banco ha denegado la moratoria. Lo siento, Arturo. Esto no tiene buena pinta.

Una corriente de profunda rabia se apoderó de él. ¿Cómo es posible que no tengan un ápice humanidad? Durante unos segundos, ni siquiera pudo hablar. Tenía un nudo en la garganta. No es culpa de Iris, debo contenerme, pensó.

—Arturo, ¿sigues ahí?

Cerró los ojos y respiró con calma.

—Sí —musitó, poniéndose en pie.

—Lo siento —repitió, sin saber muy bien qué decir.

Arturo empezó a deambular por el dormitorio como un león enjaulado.

—No pedimos que se perdone la deuda, sino que se aplace unos meses.

—Los que mandan tienen un protocolo y no hacen excepciones, porque de ser así, todas las operaciones se verían comprometidas —Suspiró—. Sé que te sientes mal, si quieres nos vemos y hablamos.

—Ahora mismo tengo la mente en blanco —dijo, con algo de brusquedad—. Tengo que colgar, Iris.

—Vale. Un beso.

—Otro. Ciao.

Soltó un taco que resonó por toda la casa, y a punto estuvo de estampar el móvil contra el suelo. Cuando se tranquilizó, mandó un mensaje a sus hermanos anunciando la pésima noticia.

Pensó en cómo decírselo a su abuelo y la situación le pareció tan agobiante, que decidió que lo pospondría unas horas. Antes iba a hablar con la jefa de Iris, esa tal Catalina o cómo se llame.

Justo cuando iba a salir de su dormitorio, casi se dio de bruces con Yarina que al oír el grito de Arturo, preocupada, se había acercado a interesarse. Él contó la llamada de Iris, y después le pidió lo siguiente:

—Yarina, no digas nada al abuelo —dijo, cogiéndola de los codos—. Voy primero al banco para que sepan que están tratando con personas, después se lo diré. ¿Vale?

—Sí, sí.

Le dio un beso en la mejilla, y se metió en el baño del pasillo para quitarse las legañas. Después de vestirse a toda velocidad, salió de la casa, se subió a la furgoneta y esperó, impaciente, a que se abriera la reja. La directora le recibiría aunque no quisiera.

Llamaron al móvil, que colgaba del salpicadero. No era Iris sino Darío, que seguramente habría leído el mensaje. Puso primera, aceleró y después activó el manos libres.

—Sabíamos que podía pasar —dijo Darío—. ¿Lo sabe ya el abuelo?

—Estoy en la furgo. Voy al banco.

—¿Para qué?

—Voy a hablar con la jefa de Iris.

—¿Te ha llamado?

—No, me voy a presentar ahí y que me diga a la cara porque quieren que el Paraíso se vaya a pique.

—Arturo, no vayas, que te conozco, vas a empeorar las cosas.

—¿Peor de lo que están?

—No vas a cambiar las cosas. Tenemos que hablar y tomar medidas drásticas.

—Lo sé, pero solo quiero que me escuche.

—No vas a arreglar nada. Piensa que…

Arturo colgó. Respetaba y quería a su hermano, pero era demasiado formal, demasiado serio. Necesito dejar claro a alguien del banco que no estoy para nada de acuerdo, se dijo.

Gracias a que aún no habían empezado a abrir las tiendas del centro, encontró un sitio para aparcar no demasiado lejos.

Iris estaría allí, la saludaría con un gesto, una sonrisa leve. Dudaba si los compañeros sabían de su relación, pero eso ahora quedaba en un segundo plano.

Entró en el banco con el corazón acelerado. Había una señora con un perrito delante del cajero, y una corta fila de clientes en frente del mostrador. De la pared colgaba un televisor con imágenes de anuncios corporativos, en los que se mostraba a personas sonrientes.

Avanzó hacia donde se encontraban las oficinas. Se detuvo en una mesa y preguntó con cordialidad a un empleado, joven y con gafas, dónde estaba Catalina.

—¿Le está esperando?

—Sí —mintió.

El joven señaló con la mano hacia un despacho de paredes acristaladas. Vislumbró a una mujer de perfil, bien vestida y madura que estaba al teléfono, sentada a una mesa.

Cuando abrió la puerta, Catalina se giró y en cuanto vio la expresión del joven que tenía delante, supo que no iba a tratarse de una conversación agradable.

—Quiero hablar contigo —exigió Arturo.

Catalina susurró algo y apartó el teléfono de su oído.

—Perdone, pero estoy ocupada y no tiene cita. Le ruego que…

—¿Por qué quiere hundir un negocio familiar?

—Le pido que se marche.

—No me iré hasta que me dé las explicaciones que quiero.

Catalina se despidió brevemente de la otra persona al otro lado de la línea telefónica, y dejó el móvil sobre la mesa. Suspiró largamente, resignada al trato con clientes insatisfechos.

—Sr. Campos, no hay nada de qué hablar. Váyase y concierte una cita como todo el mundo.

Arturo dio un paso y se apoyó con las manos sobre la mesa, inclinando el cuerpo hacia delante. Era consciente de que su altura podía intimidar.

—Están arruinando la vida de las personas, que lo sepa —dijo, clavando la mirada.

—No es mi decisión. Esto es una sucursal y obedece la política de la empresa. ¿O es que no lo sabe?

A Arturo le tentó la idea de barrer de un manotazo todos los objetos que había sobre la mesa.

Sin embargo, una voz a su espalda le hizo girarse.

—Arturo, ¿qué pasa? —preguntó Iris desde el umbral de la puerta. Alarmada por la discusión, había decidido intervenir para evitar males mayores.

—Solo estoy hablando.

Iris entró al despacho y se colocó a un metro de distancia.

—Por favor, Arturo.

Él gruñó.

—No es contigo, Iris —dijo, con los brazos en jarras.

—Lo sé, pero esta no es la manera. Confía en mí.

Nadie hizo nada durante un instante. Por fin, bajo la atenta de mirada de Catalina, Arturo abandonó el despacho y junto a Iris salió a la calle. En el banco, empleados y clientes aún respiraban un ambiente tenso, y llevó unos minutos volver a la rutina.

—¿Te apetece tomar un café? —preguntó Iris, tomándole del brazo con cariño.

Arturo se apartó la melena con la mano. La pésima noticia pesaba más y más en su corazón.

—Ahora no tengo ganas.

—Como quieras —dijo ella, con un mohín de disgusto—. Si quieres que hablemos en otro momento, estoy dispuesta.

—No iba a hacer nada, Iris. Solo quería que se dieran cuenta de que somos personas de carne y hueso, no números.

—Lo sabemos, pero nuestro trabajo a veces no es fácil tampoco. ¿Vas a estar bien?

—Sí.

Iris lo vio marcharse y lamentó profundamente no poder ayudar. Por desgracia, tenía las manos atadas. Se preguntó si la decisión de no prolongar la moratoria dañaría su relación.

Antes de regresar a casa y poner al corriente al abuelo, Arturo decidió acercarse a la playa. El sol se había ocultado entre espesas nubes color ceniza, pero la temperatura era estable, y en el aire flotaba la sensación fresca de la mañana.

Anduvo por la avenida del parque hasta que llegó al paseo marítimo, justo en frente del puerto. La gente paseaba en parejas, a solas o en bicicleta. Le llegó el aroma a café de una cafetería célebre por sus desayunos. El mar parecía una balsa de aceite y el horizonte se confundía con las nubes. Era uno de esos días tardíos de primavera.

Se descalzó y pisó la arena. Notó la suavidad en la planta de los pies. En la orilla, un perro ladraba a las gaviotas. Se sentó con la espalda apoyada en el muro de piedra que delimitaba la playa del paseo marítimo.

No era un día para surfear, pero le hubiera apetecido. Justo cuando los problemas arrecian, siempre viene de perlas una descompresión, y para Arturo era cabalgar olas. Era su bálsamo. En el mar no había préstamos ni hipotecas ni desahucios, solo naturaleza, vibrante y acogedora. Era un regalo de la naturaleza que no se podía desaprovechar.



Juan avanzaba a buen ritmo hacia la recuperación de la movilidad de sus piernas. Violeta había marcado el objetivo de volver a caminar con normalidad por la calle usando el bastón. Un reto ambicioso pero Juan estaba dispuesto a trabajar duro para lograrlo.

La fisio se había convertido en alguien muy valioso en su vida. No solo porque ayudaba en el aspecto físico, sino también porque su manera de ser, amable, optimista, hacía que conversar con ella fuera un aliciente más de las sesiones.

Violeta sabía escuchar, por eso Juan ya le había contado su vida con pelos y señales, incluyendo a Sofía, por supuesto, y también algunas historias sonrojantes de los hermanos con las que se rieron bien a gusto.

Cuando apareció Arturo en su dormitorio con una expresión seria, Juan supo que se trataban de malas noticias. Su nieto, que no deseaba interrumpir la sesión con Violeta, dijo que hablarían después, pero su abuelo pidió que se quedara.

—Puedes hablar delante de Violeta, que ya es como de la familia.

—Lo sé —dijo Arturo y le sonrió.

—Me queda poco por terminar —dijo ella.

Juan estaba tumbado boca abajo en la cama portátil que Violeta traía para las sesiones, y estaba recibiendo un masaje en las piernas.

—Malas noticias del banco, ¿verdad? —preguntó Juan.

Arturo asintió con la cabeza.

—Se veía venir —dijo Juan, y suspiró con amargura—. La vida siempre nos pone a prueba una y otra vez, como se demostraba en la película «La fuerza del cariño» de 1983, dirigida por James L. Brooks. ¿La habéis visto?

Violeta y Arturo dijeron que no.

—Os la recomiendo. Es dura, ojo, pero con un bonito mensaje. Fue un éxito de crítica y público.

—Me la apunto —dijo ella.

—Abuelo, después de comer viene Darío para que hablemos sobre el siguiente paso del Paraíso.

—Gracias, hijo, por todo el empeño que estás poniendo.

Juan, aún tumbado boca abajo en la camilla, estiró la mano y Arturo, notando un cosquilleo en el estómago, se la estrechó.

~

El ambiente fúnebre que flotaba por la casa, impidió que Juan y Arturo disfrutaran del cocido andaluz que Yarina había preparado con primor. Estaba delicioso aunque sus mentes se encontraban en otra parte, incluso Ron parecía haber perdido el apetito.

Más tarde apareció Darío, que nada más ver a su abuelo y a su hermano lanzó un hondo suspiro de desánimo. Se quitó la gorra y se sentó en la mesa con ellos. Arturo ya había retirado los platos, y solo quedaba la manzanilla que al abuelo le gustaba tomar después del almuerzo.

—¿Qué tal en el faro, hijo? —preguntó Juan.

—Una mañana aburrida, con muchos trámites telemáticos. ¿Va a venir Enzo?

—No, está de guardia —dijo Arturo—, pero me ha dicho que le llamemos y que pongamos el manos libre, que de algo se enterará.

—¿Tendrá cobertura?

—Si patrulla cerca de la costa, sí.

Arturo cogió el móvil y llamó a su hermano. Después de los saludos de rigor, activó el altavoz y lo dejó en el centro de la mesa.

—Enzo, ¿me oyes? —preguntó el abuelo, inclinándose sobre el teléfono.

—Algo lejano, pero sí, abuelo.

La nitidez no era perfecta y la voz se entrecortaba. Darío tenía las manos cruzadas sobre la mesa. Se había quitado la gorra y había dejado a la vista su cabello abundante y peinado hacia

atrás. Arturo estaba apoyado en el respaldo, con los brazos cruzados y tamborileando con los dedos sobre el izquierdo.

—¿Por dónde estás?

—Llegando al puerto de Algeciras. Acabamos de rescatar a una familia que se había quedado sin gasolina en alta mar. Unos franceses que recorrían el mundo. Se les perforó el tanque.

—Bien hecho —dijo el abuelo, orgulloso.

—Adelante, empezad, os escucho.

Arturo miró a su abuelo y decidió empezar directo al meollo del asunto.

—Lo hemos hablado Darío y yo —dijo—. Aunque el banco nos ha cerrado la puerta, creemos que hay una salida, dolorosa, sí, pero al menos es una salida.

—¿Cuál? —preguntó.

—Pedir un ERTE para Rosa y Elena. No se las despide, sino que se suspenden los salarios y cuando el cine vuelva a funcionar se reincorporan. Cobrarán el setenta por ciento del salario a través de la Seguridad Social.

—A causa de la pandemia han mejorado las condiciones para las pequeñas empresas —dijo Darío—. Debemos aprovecharlo.

—Pero ¿quién se hará cargo de cobrar las entradas, de proyectar la película?

—Nosotros, abuelo —dijo Arturo—. Para eso está la familia, para echar una mano. El verano está a la vuelta de la esquina y los niños estarán de vacaciones.

—Es la mejor solución —dijo Enzo—. Desde luego no es plato de buen gusto prescindir de Rosa y Elena, pero al menos no es un despido, y seguirán cobrando.

—Ellas también forman parte de la familia —dijo Darío.

Juan de repente sintió una ráfaga de optimismo que le inyectó una dosis de energía por todo el cuerpo. Lo que es la vida, pensó, mis nietos dándome una lección de lo que es perseverancia y compromiso. No puedo defraudarlos.

—Está bien —concedió—, vamos a agotar todas las posibilidades. El Paraíso se lo merece, nosotros nos los merecemos y el público también. Hablaré con la gestora para que se encargue del papeleo.

El abuelo extendió el brazo, puso su mano boca abajo y en alto sobre la mesa, esperando que sus nietos se unieran.

—¿Os acordáis de la película de aventuras «Los tres mosqueteros»? La de 1948, con el gran Gene Kelly.

Darío colocó su mano sobre la de su abuelo, y Arturo sobre la de su hermano.

—¡Todos para uno y uno para todos! —exclamaron los tres al unísono.

Se formó un silencio repentino. Faltaba alguien.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Enzo a lo lejos—. ¡No os olvidéis de mí!

Los tres rompieron en una sonora carcajada.

Diez minutos después, en su dormitorio Arturo recibió un mensaje de Iris. Preguntaba si podían verse en el cine, que le apetecía ver una película. Arturo respondió que era una idea cojonuda.

Se dejó caer sobre la cama con una sonrisa de oreja a oreja. Imaginaba una noche más de fantasía con ella.

Es espectacular, se dijo. Se sorprendió al pensar que se trataba de una mujer sin defectos. Era más que un cuerpo, mucho más, inteligente, con sentido del humor e independiente.

Su sonrisa era deslumbrante, su mirada, tierna y sagaz; y como persona, capaz de sobreponerse a las adversidades con un optimismo a prueba de bombas.

«Si no me gustara viajar por el mundo y conocer gente, bueno, chicas; le pediría matrimonio pero sin pensarlo, vamos. Follaríamos, hablaríamos y comeríamos. No saldríamos del apartamento en un mes, como mucho para hacer surf. Sería genial una vida así».

Se levantó de la cama sumido en una ola de excitación, y se fue al baño del pasillo a ducharse. Dejó que corriera el agua fría. ¿Casarse? Rio para sí mismo. Ese no era su estilo. Le apasionaban los nuevos desafíos. Dentro de poco confiaba en que volvería a surfear como antes.

Solo necesitaba un poco de suerte, que el Paraíso volviera a emerger. La suerte siempre había estado de su parte y ahora no fallaría. Tres o cuatro meses a lo sumo. Se saltaría la pretemporada, pero con su talento podría estar a la altura de los grandes rivales. Y para las fiestas no necesitaba calentamiento. La música, el colegueo, el alcohol y las miradas femeninas. Pero ¿lo echaba de menos? Al hacerse esa pregunta se quedó rígido bajo el agua.

Todo eso era la costumbre, lo que llevaba haciendo desde años. Si eso faltaba, ¿qué haría con su vida? ¿vivir todo el año en Puerta del Mar?

Se dijo a sí mismo que Iris tampoco buscaba compromiso. Como él, se lo quería pasar bien, vivir la vida y todo eso. A los dos les gustaba el espacio, la libertad, follar. ¿Cuál era el problema?

Solo tenía treinta y dos años. No conocía a ningún amigo que se hubiera casado ni tuviera hijos. Aún quedaba mucho tiempo para eso.

~

Acordaron de que debían informar a Rosa y Elena de la irremediable solución, aunque aún no estuvieran preparados los documentos para la firma. La confianza que se había forjado con ellas a lo largo del tiempo, hacía que resultara imposible ocultarles nada que afectara al cine y, sobre todo, a sus empleos.

Antes de que el Paraíso abriera las puertas al público para la primera sesión, hablaron con ellas en el despacho. Era pequeño y, como todo en el cine, con un mobiliario austero. Las paredes estaban decoradas con carteles de películas antiguas, las favoritas de Juan: Casablanca, Ciudadano Kane, Cinema Paradiso… En un rincón se habían amontonados rollos de películas que ya no servían. En una estantería se ordenaban en carpetas los últimos años de contabilidad, y sobre la vieja mesa con archivadores, había papeles y un teléfono fijo.

Juan tomó la palabra y, con un nudo en el estómago, les comunicó a Rosa y Elena que ya no podía contar con ellas a partir de la semana entrante.

Se formó un silencio abrumador.

Arturo, sentado sobre una caja de folletos, contemplaba la escena con impotencia.

—Lo entiendo —dijo Rosa.

—Se veía venir —dijo Elena—. No nos pilla por sorpresa. Llevamos tiempo con malas recaudaciones de taquilla.

Por un momento pareció que la angustia era más intensa por parte de Juan. Si remontamos el vuelo, os llamaremos. Os doy mi palabra, dijo, conteniendo la emoción.

Arturo pensó que al menos Rosa seguiría empleada en la lavandería, y que Elena contaría con el sueldo de su marido para sacar adelante la casa. Se resistió a pensar que se terminaba una etapa, si no que se había pausado. Aún les quedaba el verano para remontar el vuelo.

Elena y Rosa volvieron a sus puestos, pero las malas noticias crearon un ambiente de pesadumbre que flotó por el cine. Arturo no pudo evitar sustraerse. Le apetecía estar a solas pero había quedado con Iris. Ni eso animaba.

Aprovechó el tiempo con Elena para refrescar los conocimientos que necesitaría después en la cabina de proyección, una vez que él se hiciera cargo al completo. Los tiempos habían cambiado. Antes, en la década de los noventa el trabajo del operador de cabina era más complejo. Debía estar muy atento porque cada veinte minutos se cambiaba de rollo, para que la película no se viera interrumpida. Ahora, aunque la máquina de proyección del Paraíso era antigua, los rollos se aunaban previamente, y así la tarea de supervisión resultaba menos exhaustiva. Se trataba de una tecnología ya obsoleta, pero conservaba el encanto de la tradición.

Poco antes de que empezara la segunda sesión, Iris ya estaba en el vestíbulo con la entrada en el bolso, esperando. Le apetecía ver una película, aunque en realidad no fue más que una excusa para ver a Arturo.

Miró a su alrededor. El puesto de palomitas, el suelo alfombrado y los carteles anunciando próximos estrenos. Deseó de corazón que el Paraíso se salvara. La gente de Puerta del Mar lo necesitaba.

Notó como de repente le llegaba el aroma familiar de un hombre viril. La suave fragancia con la que él se rociaba. Conocía tan bien a su amante que no necesitaba verlo para saber que rondaba.

Arturo le dio un beso tibio en la mejilla a modo de saludo. Enseguida Iris se percató de que el brillo de sus ojos estaba apagado. Algo pasaba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

Arturo se humedeció los labios.

—Quiero pedirte perdón por presentarme en tu trabajo de esa manera. Estaba muy rayado.

—Te agradezco que lo digas. Comprendo por lo que estás pasando y…

Se detuvo. Lo veía irritado.

—No sabes por lo que estoy pasando, Iris, así que no lo digas.

—¿Estás molesto conmigo? —preguntó, incrédula.

Arturo se pasó la mano por el cabello y se puso con los brazos en jarras. Una fuerza interior le impedía decir lo que pensaba, pero por desgracia finalmente cedió.

—Creí que ibas a ayudar más a mi abuelo —dijo, y enseguida se arrepintió de decirlo.

Iris le miró y sintió que su mundo se derrumbaba.

—Vete a la mierda —le espetó, y se dio la media vuelta.

Arturo la cogió por el codo.

—Espera, Iris.

—No me toques —dijo, y sacudió el brazo para deshacerse de él.

—Escúchame.

—Ni lo sueñes. Hemos terminado.

Iris empezó a alejarse con paso decidido, pero Arturo decidió seguirla. Salieron a la calle. Ya era de noche. Puerta del Mar daba sus últimos coletazos de vida antes de prepararse para dormir.

—Tienes que dejarme hablar, Iris —dijo, poniéndose delante de ella, caminando hacia atrás.

—Así que solo estabas conmigo por interés.

—No, no es verdad. Lo siento, Iris. Dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

Ella aceleró el paso y lo dejó atrás, pero Arturo no cejó en su empeño de ser escuchado y se situó a su lado. Quizá a otras las hubiera dejado marchar, pero aquella mujer merecía la pena, no era como las demás.

—No pienso de verdad lo que dije. ¿Quieres darme un jodido minuto?

—¿Entonces por qué lo dijiste?

Algunos viandantes, temiendo ser arrollados, se apartaron.

—Hemos echado a Rosa y Elena, familia del Paraíso. Estaba jodido.

Arturo aún ignoraba que no era el verdadero motivo. En realidad, tenía miedo de lo que empezaba a sentir por ella.

—Y has decidido que yo soy la culpable. Muy inteligente por tu parte.

—Tengo la cabeza que me da vueltas. Lo siento, Iris. Me dejé llevar.

—Sabía que esto iba a pasar. Lo sabía. Quien juega con fuego, se quema. Hay demasiadas emociones…

¿Por qué no le decía que han terminado de una vez por todas? ¿Por qué no encontraba la fuerza necesaria para enfrentarse a él y decirle adiós? Si estaba enamorada, tendría que protegerse.

—He sido un gilipollas, pero no dejes que un error mío, tonto, infantil, termine con algo tan bueno como lo que tenemos.

—¿Te refieres en la cama? —preguntó ella, mirándole fijamente, esperando que metiera la pata hasta el fondo.

—Sí, pero también cuando hablamos. Es la primera vez que me pasa —dijo.

Iris cayó en la cuenta de que si no se arriesgaba, nunca ganaría. Se detuvo en mitad de la acera. Notaba el pulso acelerado.

—Solo quiero que seamos sinceros el uno con el otro —dijo.

—Yo también —dijo Arturo, aproximándose, cogiéndola de las manos, llenándose con su perfume—. Lo siento, de verdad.

Y dejó que él la besara en los labios.

CAPÍTULO 14

Era una preciosa mañana de primavera, con un sol suave gracias al tupido entramado de nubes. Darío callejeó por el casco histórico de Puerta del Mar hasta que llegó a la puerta del Ayuntamiento. Llevaba en la mano los libros prestados de la biblioteca para su abuelo semanas atrás.

Se alegraba de que ser farero, o torrero, como era en el fondo cómo le gustaba que nombrasen a su oficio, permitiera saltarse la monotonía del trabajo de la mañana y hacer, por ejemplo, un recado sencillo.

Subió las escaleras pensando en que iba a encontrarse de nuevo con Luz. La saludaría, hablarían de esto y lo otro. Descubrió que le apetecía y que sería uno de los mejores momentos del día. Había más bibliotecas por la pequeña ciudad, pero en ninguna estaba Luz.

Tal y como ocurrió la última vez, ella estaba sentada a la mesa, concentrada en la pantalla del ordenador. El silencio era casi parecido al de un monasterio, intenso y purificador. Llevaba el cabello algo más recortado y ligero que la última vez, y le pareció que quedaba bien.

Luz, al darse cuenta de que había entrado Darío, sintió un hormigueo en la espina dorsal. Con la gorra bien calada hasta las cejas, el rostro bronceado y la barba de tres días, parecía un marinero maduro y atractivo con mil aventuras a sus espaldas.

Después de saludarse, Luz preguntó si su abuelo había disfrutado de las lecturas.

—Mucho. Se ha leído dos novelas de un tirón. Me ha pedido que te dé las gracias.

—Muchas de nada. Me encanta recomendar libros —dijo, mientras escaneaba los códigos de los préstamos en el ordenador.

En una de las mesas cerca de las ventanas, un hombre trajeado tecleaba en su portátil; más allá, otro con aspecto de jubilado consultaba la prensa.

—Me ha preguntado si hay algún libro para gente de su edad.

—Mmmm… para gente de su edad —dijo, apoyándose en el respaldo de la silla y entornando los ojos, pensativa.

—Sí, de ochenta años.

—¡Ya está! —exclamó con un centelleo en la mirada.

Se levantó como impulsada por un rayo y se dirigió hacia el estante de autores extranjeros. De puntillas, buscó la letra N en los tejuelos del lomo. A lo lejos, Darío miraba entre intrigado y fascinado.

Regresó con el libro en sus manos, llevándolo como si fuera un tesoro recién descubierto en un galeón hundido hace mil años.

—A ver qué le parece a tu abuelo.

—«Las confesiones de un italiano» —dijo, leyendo el título. ¿De qué trata?

—Es de un noble veneciano del siglo XIX que escribió sus memorias desde la niñez hasta su ocaso. Las cuenta y reflexiona sobre ellas. Muy entretenido. Fue todo un personaje.

Luz se atusó el cabello. Deseaba que Darío le dijera algo sobre su nuevo corte de pelo.

—Tiene buena pinta —dijo él, dándoselo—. Creo que a mi abuelo le gustará mucho.

Ella lo escaneó, selló la fecha de devolución en la ficha de la primera página y se lo entregó.

—Bueno, hasta más ver —dijo él, inclinando la cabeza y haciendo el gesto de marcharse.

—Espera, Darío —dijo, levantando la palma de la mano.

Se levantó de la silla, rodeó el mostrador y se acercó a él. Al ser un tema delicado, bajó algo más el volumen de su voz.

—Escucha, es que me han llegado rumores sobre una cosa y quisiera preguntártelo. Pero tampoco quiero incomodar.

—No te preocupes, pregunta lo que quieras.

—Gracias —dijo, frotándose las manos sobre la ropa, algo nerviosa—. ¿Es cierto eso de que el cine va a cerrar? Es que me daría muchísima pena.

Darío se tomó unos segundos para responder. Comprendía el interés de Luz, y en el fondo agradeció encontrar apoyo moral.

—Estamos en una situación delicada, esa es la verdad, pero intentamos buscar soluciones. Mi abuelo no se rendirá sin pelear.

—Ojalá que no cierre. ¿Dónde voy a ir al cine si no? Me encanta.

—Bueno, me tengo que marchar —dijo, con brusquedad.

Extendió la mano y Luz que al principio no entendía el gesto, se la acabó estrechando.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó Darío.

—Sí, claro.

Por fin me va a decir algo sobre mi corte de pelo. Que me queda muy bien.

—¿Duermes bien? Estás muy pálida.

Vaya, parece que este hombre solo se fija en mis defectos. Nunca me mirará con interés.

—A veces la niña se despierta en mitad de la noche, ya sabes, como dormimos en el mismo cuarto…

—No tengo hijos, pero me hago una idea. Espero que vayas recuperando el sueño, aunque sea poco a poco.

Darío se marchó de la biblioteca pensando que era incomprensible que una mujer tan guapa no estuviera casada.

~

A pesar de que a Rosa y Elena se las echaba en falta en el Paraíso, Arturo y Darío procurarían estar a la altura. Arturo se encargaría de la taquilla y la proyección de la película. Darío, de controlar el acceso, y de despachar las bebidas y las palomitas.

Por supuesto, no era la primera vez que arrimaban el hombro. En la adolescencia entraban y salían del cine con frecuencia, y ayudaban allí donde se necesitara. Darío evocó aquellas tardes de domingos. Con frecuencia, entraba a la sala cargando un refresco y un gran cubo de palomitas. Los compañeros del instituto sentían envidia por el hecho de que podía ver todas las películas gratis y más de una vez. Era de los más populares por ese motivo.

Arturo recordaba con gran placer que fue en el cine donde, sumido en la penumbra, cogió de la mano por primera vez a una chica. El hormigueo recorriendo su espina dorsal, la mirada cómplice y el suave tacto de la piel. Esos momentos formaban parte ya de su itinerario vital.

Y ahora ambos hermanos estaban a cargo del Paraíso mientras que el gran fundador, Juan, permanecía en casa, hablando con ellos por el teléfono inalámbrico para solventar las dudas que iban surgiendo. Aunque lamentaba no estar en el cine, confiaba ciegamente en que sus nietos cumplirían con las expectativas.

Darío se llevó una sorpresa cuando vio aparecer a Violeta, la fisio. Había comprado su entrada como una manera de apoyar al Paraíso, pues sabía de primera mano las tribulaciones de la familia con respecto al cine.

Solo se habían visto una vez en casa, aunque fugazmente. Un hola y adiós rápido. Por regla general, Violeta tenía que salir disparada a su siguiente cita, y Darío por las mañanas trabajaba en el faro.

—Gracias por venir —dijo Darío, después de quedarse con la mitad del ticket y devolverle el resto—. Que disfrutes de la película.

Violeta lucía una blusa de encaje y unos vaqueros holgados, con una imagen alejada del uniforme de fisio que era como los Campos la conocían.

—Mira, no sé nada, ni el título ni el director —dijo ella—. Y lo he hecho a propósito. Simplemente quiero desconectar una hora y media. He tenido un día de locos.

—¿Y eso?

—Mucho trabajo, sin parar. En diferentes puntas de Puerta del Mar. Hay días muy tranquilos y otros en los que no paras. Así es la vida del autónomo.

Darío atendió a los siguientes clientes mientras seguía hablando con ella.

—Pues nada como la magia del cine para olvidarse de todo —dijo él.

—Siempre me ha parecido el arte más perfecto. Lo tiene todo: imagen, historia, música, sonido…

—Estoy de acuerdo contigo.

En ese momento apareció Arturo para que su hermano le hiciera el relevo en la taquilla, mientras él se encargaba de la proyección. Aunque daba la impresión de que no vendría nadie más hasta la siguiente sesión, les hubiera venido a las mil maravillas que estuviera Enzo, pero su trabajo se lo había impedido.

Violeta se despidió de ambos y enfiló hacia la sala. Arturo estuvo a punto de hacer un comentario a su hermano sobre ella, pero algo se lo impidió. Su móvil vibraba. Pensó que se trataba de su abuelo con alguna indicación sobre la caja de recaudación, o acerca de un detalle técnico del proyector. Sin embargo, abrió los ojos cuando leyó en la pantalla el nombre de Jorge, el periodista del diario Sol.

Tuvo un buen presentimiento.

Descolgó la llamada mientras iba hacia el despacho, puesto que allí dispondría de privacidad para hablar. Después de los saludos de rigor, Jorge fue al grano.

—Te llamo por el asunto del cine.

—Ya era hora —dijo, con una leve nota de reproche—. ¿Qué habéis decidido?

Jorge carraspeó.

—Vamos a hacerlo.

Pletórico de alegría, levantó el puño en el aire. Por fin una buena noticia en medio de la tormenta.

—He convencido a mis jefes para que hagan una pieza —continuó Jorge—, que si queda chula, irá en portada de la sección de Cultura.

—¿Cuándo va a ser?

—La semana que viene. No iré yo, sino un compañero. Estaría bien ver el cine, hacer unas

fotos, conocer las rutinas, el día a día, ya sabes. Ah, y un poco de la historia del cine, que eso es muy interesante. ¿Podemos entrevistar a tu abuelo? Sería mucho mejor para crear interés en los lectores.

—Por supuesto.

—¿Cómo está de salud?

—Bien para sus ochenta años. Su mente funciona perfectamente, incluso mejor que la mía.

Después de colgar, Arturo no pudo evitar una amplia sonrisa de victoria. Quizá ese era la inyección de ánimo que necesitaba la familia después de tantas penurias.

Sintió el impulso de contárselo a su hermano, pero cuando abrió la puerta del despacho se topó con un hombre. Rondaría los cincuenta años. Rechoncho, con el pelo corto y gris; sus ojos se escondían bajo unas gruesas gafas. Vestía con una chaqueta azul marina sobre una camisa con corbata, y llevaba un maletín en la mano. Todo en él desprendía un aire a severidad.

—Buenas tardes, me llamo Ricardo Martínez —le entregó una tarjeta de visita, que Arturo leyó con vago interés—. Represento a la inmobiliaria Luxury State. ¿Ha oído hablar de ella, verdad?

—No, nunca.

—Llevo tiempo intentando hablar con Juan Campos, el propietario del cine, pero no hay forma. No responde al fijo —dijo, como pidiendo explicaciones.

No le pareció extraño, ya que su abuelo tenía por costumbre ignorar números desconocidos.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tengo entendido que eres el nieto, ¿verdad?

Arturo asintió la cabeza con desgana; empezaba a perder la paciencia. Nunca fue una de sus virtudes. El abogado abrió su maleta y le entregó un documento grapado de varias páginas.

—Es una propuesta para comprar el local. Les vendrá bien —dijo, con un cierto desdén.

Arturo frunció el ceño.

—Una propuesta generosa —dijo, recolocándose las gafas de marca—. Con el dinero podrán pagar las deudas y les quedará un pico. Tienen veinticuatro horas para decidirse, si no la aceptan la retiramos.

Arturo vio la cantidad y no quedó impresionado. Además, la actitud arrogante del abogado le producía un rechazo inmediato.

—Váyase a la mierda —dijo, y le devolvió el contrato.

—Es para que la lea su abuelo, no tú —dijo con dureza—. Haz el favor de entregarle el documento. Es una oportunidad única.

—¿Que queréis, construir más pisos?

—Eso es lo de menos.

—Le he dicho que se largue.

—Coge el contrato o tu familia se arrepentirá de dejar pasar este tren.

—¡Váyase de una puta vez! —exclamó Arturo, y empujó al abogado con una mano.

—¡No me empujes, niñato!

Atraído por el ruido, Darío apareció de repente.

—¿Qué ocurre?

—Este señor ya se iba.

—¿Es usted el otro nieto del dueño, verdad?

—¿Por qué?

—Es un contrato para comprar el local, cójalo. Su abuelo tiene que saber de esta oferta. Es urgente.

Darío cogió los documentos y les echó un vistazo. El abogado, satisfecho por haber cumplido su objetivo, clavó una mirada arrogante en Arturo.

—Esperamos noticias del propietario en un plazo de veinticuatro horas. Buenas tardes —dijo, y se marchó por donde vino.

Darío conocía el temperamento de su hermano, así que prefirió tratar el tema con suavidad. En el fondo, se sentía tan indignado como él. Los buitres siempre acechan cuando ven a una presa herida.

—Arturo, el abuelo tiene derecho a saber de esto —dijo, agitando el contrato.

—Son una panda de sabandijas. Ellos y el banco. Dime, ¿quién les ha dicho si no que estamos al borde de la quiebra?

—El abuelo es quién tiene que decidir.

—¿De verdad qué quieres que acepte una miseria por el cine? No me lo creo.

—Claro que no, joder. Pero el abuelo tiene el derecho a saberlo, igual que hicimos con la oferta de la corporación Segarra.

Arturo hizo un gesto como clamando al cielo.

—Siempre tan formal, hermano. ¿A qué esperas a decírselo? Llámale, pero deja que te diga una cosa. Estoy renunciando a la pretemporada por este cine, por esta familia.

—¡No eres el único que está haciendo sacrificios, maldita sea!

—¿Ah, sí? ¿Cuáles son los tuyos? Si vives en el faro, siempre tan tranquilo, parece que nada te afecta.

—Qué sabrás tú.

—Exacto. ¡Nunca dices nada! —exclamó Arturo, y le dio la espalda mientras negaba con la cabeza.

Darío respiró con profundidad y se quedó callado. No era el mejor escenario ni el momento para esa discusión, así que prefirió marcharse con el contrato en la mano.

~

Se arrepentía con toda su alma. Anoche no debería haber salido con sus compañeros del banco, y ahora sufría de una resaca monumental. Además, le tocaba estar en caja y hacer frente a las variadas peticiones de los clientes. Aunque le gustaba ayudar, esa mañana se sentía lenta y torpe. Para su frustración, las aspirinas no habían supuesto alivio alguno.

Dentro del malestar general, al menos la reseca no era tan devastadora como aquella que sufrió por la celebración de graduarse en la universidad de Londres. Se prometió que jamás volvería a mezclar chupitos de vodka con whisky. Como en Inglaterra sirven en los *pubs* apenas un dedo de alcohol, organizaron la fiesta en su piso y, claro, se bebió con un descontrol salvaje.

Se lamentó de no haber visitado a Arturo en el cine, pues le había contado que ahora pasaría más tiempo en el Paraíso. A veces el trabajo impone ciertas obligaciones fuera del horario, y la noche anterior fue una de esas situaciones.

Catalina, con el noble fin de juntar al equipo, había propuesto que cenaran todos juntos en un restaurante del paseo marítimo. Aunque se habló de una cena rápida y a casa, en el fondo se dio a entender que acabarían tarde. ¿Quién iba a decirle que no a la jefa?

Además, a pesar de que llevaba apenas seis meses en Puerta del Mar, apreciaba a sus compañeros y consideró que era bueno forjar vínculos. Los trabajos pueden llegar a ser tediosos, y en esos momentos la complicidad con los compañeros es una válvula de escape.

Miró el reloj y comprobó que la mañana se estaba haciendo larga. Le irritaba que sus

compañeros parecieran frescos como lechugas. Ella sentía las ojeras creando surcos en su piel, mientras que Catalina trabajaba en su despacho como un día corriente. Iris, que sin darse cuenta había dormido con el vestido puesto y despatarrada, sospechó que Catalina había llegado a su casa, se puso el pijamita y se quedó dormida con toda elegancia.

De repente, mientras atendía a un cliente, vino a su mente el angustioso *flash* de hablar con Catalina, ya bien entrada la noche, en el baño del restaurante. El mejor lugar para las confidencias. Mantuvieron una charla distendida y personal, pero lo que no recordaba era si le había confesado o no que mantenía una tórrida relación con Arturo Campos.

La duda empezó a corroerla por dentro.

Iris, ¿cómo puedes tener la cabeza tan mal? ¿y ella que te dijo, cómo reaccionó? Cuando trataba de recordar la conversación era como si cayera un telón de acero.

Esa mañana, al cruzarse con ella en el banco antes de abrir, había sonreído. ¿Se trataba de una sonrisa normal de «vaya noche, ¿eh?»; o una en plan «¿qué has hecho, insensata?»?

Al ser una relevación personal, quizá no deba llamarme al orden. Porque eso de tirarse a un cliente con el que existe un litigio, como que no. Por eso la Catalina jefa sí que debería tomar alguna medida.

Era el turno de un nuevo cliente.

Buenos días, dijo un hombre de unos sesenta años, con una calva reluciente y unos ojos saltones. Se llamaba Julián, y planteó el problema de que había realizado una transferencia a un número de cuenta equivocado. Era una cantidad importante, alrededor de ocho mil euros.

—Vamos a comprobarlo —dijo Iris—. ¿Me deja su DNI?

Julián sacó su billetera de piel y se lo entregó. A la vez que tecleaba el número en el ordenador, Iris tuvo el presentimiento de que sería complicado ayudar si la transferencia estaba finalizada. Los detalles de la transacción se cargaron en la pantalla.

—¿Ha sido una transferencia desde un cajero, verdad?

—Sí, en efecto, señorita. La efectué tres días atrás —dijo, y sacó un papelito del bolsillo—. Lo tengo aquí anotado. Fue a las diez y catorce de la mañana.

—¿A un número de cuenta de Bulgaria?

—Correctísimo.

—Pues aquí dice que la transferencia está finalizada —dijo, con un mohín de disgusto—. Es decir, que el dinero ya está en la cuenta del destinatario.

—Me consta porque falta en la mía. Pero, verá usted, señorita, por error tecleé mal uno de los números. Es un ordenador antiguo y funciona a trancas y barrancas.

—Tengo que ser sincera con usted, Julián —dijo, midiendo con cuidado las palabras—. Una transferencia finalizada no se puede deshacer.

—¿Cómo?

—Lo que voy a hacer es iniciar un trámite interbancario para que el banco se ponga en contacto con su cliente. Dependerá de la buena voluntad de este devolver el dinero.

—Pero si ha sido un error, un error humano. Tiene que haber una forma…

—La única forma es a través del procedimiento que le he mencionado.

Julián endureció el gesto.

—Pero ¿como qué depende de la buena voluntad de la persona? ¿No pueden devolvérmelo?

—Me temo que no, lo siento. Tal vez el destinatario se lo devuelva.

Los clientes que esperaban en la fila empezaron a mostrarse impacientes. El ambiente empezó a cargarse de tensión, aunque Julián no iba a conformarse con el trámite.

—¿Tal vez? ¡Ese dinero es mío! ¿Sabe lo que me ha costado ganarlo? ¡No regalan el dinero!

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada más —dijo, sintiendo lástima—. Me gustaría ayudar, de verdad.

—¡Panda de ladrones sin escrúpulos!

Iris dejó el DNI sobre la mesa. Entonces ocurrió el incidente que le costaría olvidar. Julián, fuera de sí, la agarró de la muñeca y tiró hacia él, mientras que con la otra mano la cogió del pelo. ¡Quiero mi dinero!, exclamó una y otra vez, desesperado.

El hombre descargó un golpe sobre su mejilla e Iris, desequilibrada, cayó al suelo. Alguien dijo ¡llamad a la policía!

Los compañeros y los clientes no tardaron en reaccionar. Aún aturdida, Iris oyó una mezcla de exabruptos, suspiros y gritos. En un abrir y cerrar de ojos redujeron a Julián, que rompió a llorar. Catalina se llevó a Iris a su despacho, y pidió a un compañero que la sustituyese en caja.

Julián, entre sollozos, explicó que el dinero era para ayudar a su hija a costearse la compra de una casa. Flotaba en el aire cierta compasión por él, pero también bochorno por su comportamiento.

Iris se sentó en la silla del despacho de Catalina y bebió un trago de agua para calmarse. Sentía su corazón a mil revoluciones. Su jefa se sentó a su lado y esperó a que Iris hablara.

—Estoy mejor, sí.

—Tienes un moratón —dijo—. Hay que denunciar a ese cretino.

—Cata, no es necesario.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. No podemos hacer lo fácil, que es dejar que no pase nada.

—Es un pobre hombre…

—Pero así no lo vuelve a hacer. Venga, vamos a comisaría. Será un momento.

Iris fue al baño para aislarse. Necesitaba unos minutos de sosiego para tomar una decisión. Era la primera vez que le sucedía algo así, y resultaba curioso que fuera en Puerta del Mar, una ciudad pequeña y calmada. En Londres, ningún cliente se había excedido con ella.

Se limpió las manos con agua y jabón, se refrescó la cara y se secó con papel. Se miró al espejo y comprobó que no había sufrido ningún rasguño más además del moratón. Solo había sido un susto. Una parte de ella comprendía al hombre, pero la otra consideraba la agresión intolerable.

Sacó el móvil para llamar a Arturo y contárselo, pero en ese momento entró Catalina para informar que el hombre se había ido por voluntad propia. Entonces su jefa la miró, expectante.

—Está bien, voy a denunciar —dijo Iris.

Alrededor de un cuarto de hora después, se encontraban en la comisaría del centro. Habían ido a pie para evitar la búsqueda de aparcamiento en un área muy transitada a esas horas de la mañana.

Un policía pidió que se sentaran y esperaran su turno. A su alrededor había un cierto bullicio, sobre todo detrás del mostrador, donde se extendían un buen número de mesas con ordenadores, policías que iban y venían.

—Hemos hecho bien en venir —dijo Catalina.

—Sí, creo que sí.

El móvil de su jefa sonó y Catalina descolgó. Era el jefe de la provincia del banco que se había enterado del incidente, y llamaba para evaluar las posibles consecuencias. Al ser un asunto delicado, Catalina prefirió hablar en privado. Le dijo a Iris que se iba un momento a la calle.

No había transcurrido ni un minuto cuando Arturo entró en la comisaría mirando hacia todos lados. Su cara reflejaba desconcierto e inquietud, y cuando vio a Iris, sentada en la silla y con un moratón, el corazón le dio un vuelco.

La sorpresa de Iris al verle fue mayúscula.

Antes de que preguntara, Arturo le contó que fue al banco para hablar con ella, y que sus compañeros le dijeron lo sucedido.

—¿Cómo estás? —preguntó Arturo sentándose a su lado.

—Bien —respondió Iris, agradecida por su preocupación.

—¿Quién ha sido?

—Un señor mayor con problemas —dijo, como restando importancia.

La rabia se apoderó de Arturo. ¿Cómo podía pagar la frustración hacia el banco con alguien del personal?

—¿Puedo hacer algo?

—No, he venido con mi jefa —dijo Iris, como una advertencia.

Catalina, que ya había puesto al corriente a su jefe con pelos y señales, regresó a la comisaría. Fue en ese instante cuando al acercarse descubrió a Arturo Campos hablando con Iris. Y algo en la mirada de ella, tal vez un brillo fugaz o una leve sonrisa, le indujo a pensar que la relación entre ellos era mucho más que la de un cliente y una empleada.

CAPÍTULO 15

Por primera vez los tres hermanos trabajarían al alimón en el cine, gracias a que era el día libre de Enzo. Arturo y Darío, como de costumbre, disponían de más tiempo para dedicar al Paraíso.

Aunque soportaban un gran peso sobre los hombros por los problemas económicos del negocio, procuraron disfrutar del momento. Después de crecer entre sus paredes, ahora esa noche era los responsables del Paraíso, como si se tratara de un legado familiar que estuvieran deseando recibir desde hacía tiempo. La magia del cine estaba a su cargo. Se apagarían las luces, y las caras de los espectadores se bañarían con las primeras imágenes de la película.

Antes de la primera sesión, decidieron que Darío y Enzo se encargarían de la taquilla y del acceso al vestíbulo. Arturo debía recibir al periodista para que redactara el artículo sobre el Paraíso.

—El periodista llega tarde —dijo, mirando el reloj del móvil.

—Le estará costando encontrar aparcamiento —dijo Enzo.

—Pues podría avisar.

—¿Habéis puesto en marcha la máquina de palomitas? —preguntó Arturo.

—Sí, jefe —dijeron Darío y Enzo con sorna.

—Vamos a la despensa a traer refrescos y chocolatinas —dijo Arturo—. No tiene que faltar de nada.

Darío hizo el saludo militar.

—Sí, señor.

—Vaya, tenemos un graciosillo.

—Id vosotros, yo abro la taquilla —dijo Darío—. Queda una hora para que empiece la sesión.

—Espero que venga gente —dijo Enzo—. Es una comedia francesa muy buena.

—¡La mejor del año!

—Sí, es lo que dicen siempre de cualquier comedia que viene del extranjero —dijo Arturo.

—Siempre me ha encantado oír las carcajadas del público desde aquí —dijo Darío.

—Y cuando se termina y abres las puertas hay un montón de caras sonrientes y felices.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Una chica menuda, con trenzas y gafas les saludó desde la calle. Del hombro colgaba una cámara fotográfica.

—¿Alguno la conoce? —preguntó Darío.

—No, no me importaría —dijo Enzo, guiñando un ojo a Arturo.

—Pues no está nada mal —dijo, con un tono chulesco—. Seguro que viene a pedirme el teléfono. Ah, otra fan más del irresistible rey del surf.

—No, imposible, no es ciega —dijo Enzo.

—Anda, calla la boca —espetó Arturo.

—¿Tú a mí me vas a mandar? Pero si no me aguantas ni un asalto —dijo, moviendo los puños como un boxeador.

—Cuando yo quiera te machaco con el dedo meñique —dijo, empujándole con el hombro.

Ambos empezaron a forcejear con gruñidos propios de gente primitiva de las cavernas. Era agradable comprobar que ciertos ejemplares de la raza humana aún no habían evolucionado del todo.

—¿Queréis dejar de actuar como críos? —interrumpió Darío—. Voy a ver qué quiere.

Abrió la puerta con las llaves y dejó pasar a la joven, que se presentó cómo Mónica Vélez, la periodista del diario Sol. Cuando Arturo oyó quién era, dejó en el acto la pelea con su hermano, y se fue como un rayo a estrecharla la mano.

Después de las presentaciones, Darío y Enzo continuaron con todos los preparativos para la apertura. Arturo condujo a Mónica hacia la sala en vez de hablar en el despacho, un lugar más anodino.

No pudo evitar sentirse algo decepcionado al comprobar que habían mandado a una persona muy joven, y pensó con tristeza que para el periódico escribir sobre el Paraíso se trataría de un mero trámite.

Al encender las luces, Mónica paseó la mirada por el cine con la boca abierta.

—Guau, me mola mucho, tiene un aire *vintage* que me parece una pasada —dijo, mirando a Arturo.

—En un mundo lleno de centros comerciales y multisalas, este modesto cine resiste como el último de los mohicanos.

Desde diferentes ángulos, Mónica hizo una serie de fotografías. Debe tener veintipocos años, pensó Arturo. Iba vestida con ropa holgada, con una rebeca y un pantalón que dejaba ver los tobillos.

—¿Cuándo podré hablar con vuestro abuelo?

—Cuando quieras. Ahora mismo está en casa. Si quieres podemos llamarle. Él no se puede mover fuera de casa. Créeme, merecerá la pena conocerle. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en el periódico?

—Cuatro meses. Me licencié el año pasado, y me puse como loca a buscar curro —dijo, sonriendo—. ¿Vamos a la sala de proyección y me cuentas la historia del Paraíso? ¿Por qué se llama Paraíso?

—El padre de mi abuelo se lo puso en los sesenta. Quería buscar un nombre que transmitiera en una sola palabra amor por el cine, y qué mejor que paraíso porque el cine es un paraíso mágico.

—Bonita respuesta —dijo Mónica, y al sonreír dejó ver una fila de dientes blancos como el marfil.

—Los nombres de los cines siempre han sido muy aburridos. ¿Vas mucho al cine?

—Poco, me gustaría ir mucho más, pero las películas que echan son todas de superhéroes. Un rollo, vamos.

—Aquí las pelis son buenas. Estás invitada, que lo sepas.

—¿Sabes? Estuve mirando en los archivos del periódico, y no hay muchas piezas sobre el Paraíso. Es una pena.

—Estoy de acuerdo. Las instituciones públicas y privadas deberían apoyar más la cultura.

Mónica se quedó sorprendida por la cabina de proyección. Dijo que era la primera vez que pisaba una. Fotografió los antiguos rollos de las películas, y después tomó una general de toda la

estancia.

Arturo fue contando las vicisitudes económicas por las que pasaba el negocio, que estaban al borde del abismo y que después del verano, si la situación no mejoraba, se verían abocados a cerrar.

Mónica grababa la conversación con el móvil y a veces tomaba notas. A Arturo le pareció que se tomaba en serio el reportaje, y eso hizo que se relajara un poco más.

—¿Sabes qué estaría guay? —preguntó Mónica, sonriendo como si estuviera a punto de cometer una travesura.

—No tengo ni idea.

—Una foto de los tres hermanos aquí mismo. Esa imagen podría ir debajo de la entradilla. Quedaría muy chulo.

Arturo bajó las escaleras corriendo y llamó a sus hermanos. En menos de un minuto, los tres estaban posando para Mónica delante de la máquina de proyección, y cada uno sosteniendo una lata de película.

—Darío, sonríe un poco —dijo Enzo—, que no estamos en un funeral.

—Estoy sonriendo —dijo Darío, esbozando una sonrisa de un milímetro.

—Pues díselo a tu cara —dijo Arturo.

Después de tomar varias fotografías, se las enseñó en el visor de la cámara. Ninguno se acordaba de la última vez que les habían tomado una foto a los tres juntos, y les emocionó verse como hermanos que luchaban por mantener el legado familiar.

Cuando regresaron a la sala para sentarse, minutos antes de que abrieran las puertas, Mónica fue cerrando la entrevista con las últimas preguntas. Por teléfono habló con Juan, quien le contó varias anécdotas del Paraíso. Como aquella vez que una mujer dio a luz en mitad de una película, y hubo que detener la proyección para que un espectador, que resultó ser médico, ayudara en el parto.

Al finalizar, Arturo acompañó a Mónica hasta la puerta.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Llámame si tienes más preguntas.

—Creo que lo tengo todo, pero gracias por la oferta.

—¿Cuándo saldrá publicado?

—No depende de mí. Necesito un día o dos para redactar y después se lo entrego a mi jefe. Son ellos quienes decidan, pero si quieres en cuanto me entere te lo digo.

—Me parece genial.

—¿Podría tener una copia de la foto de nosotros tres?

—¡Claro!

Se despidieron con un beso en la mejilla, y Arturo se fue a hablar con Enzo al bar para intercambiar impresiones. Ambos estuvieron de acuerdo en que la chica se había comportado de manera profesional, y confiaron en que el reportaje ayudara al Paraíso.

—Deberíamos hablar con la televisión local para que también nos eche una mano —sugirió Arturo.

—Uno de mis compañeros es primo segundo de uno que trabaja como cámara, por ahí podemos tirar del hilo —dijo Enzo, mientras llenaba la cámara de botellas de agua. El olor a palomitas ya empezaba a invadirlo todo.

—Cualquier ayuda es bien recibida.

—Por cierto, ¿alguna noticia de Luxury State?

—Ninguna. El abuelo me dijo que llamaría para que se metieran la oferta por donde les cupiese.

—Cómo detesto a los buitres.

—Siempre están al acecho y no tienen escrúpulos. Ojalá no vuelva a ver la cara de ese tipejo.



La película había empezado a proyectarse hacía ya media hora. La afluencia de espectadores como siempre, floja, y eso aplastó la esperanza que había generado la visita de la periodista.

Además, había enviado varios mensajes a Iris para saber cómo se encontraba después de la agresión, y ella había respondido escuetamente. Se había llegado a preguntar si estaría molesto con él por no interesarse más.

La hubiera llamado antes, pero entre la revisión de la máquina antes de la apertura, y la entrevista de Mónica apenas había tenido cinco minutos. La llamo ahora, cuando termine la proyección. Le diré de quedar esta noche o mañana.

Descubrió que ardía en deseos de hablar con ella.

—Hola, guapo —susurró una voz a su espalda.

Los ojos se abrieron como platos cuando descubrió a Iris en la puerta. Guapísima. El cabello suelto, reluciente. Llevaba una blusa con escote y una falda que dejaba entrever unas piernas de infarto.

—Hola, bellezón —dijo Arturo, y rozó los labios con los suyos.

Se fijó en el moratón. Se había aplicado una ligera capa de maquillaje y pasaba algo desapercibido.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, solo fue un mal día en el trabajo.

—La gente está mal de la cabeza.

—Todo lo que es de cara al público a veces tiene sus malos momentos.

—Y mucho peor si eres una mujer.

Iris recostó su cabeza sobre el pecho de Arturo.

—Lo mejor es olvidarlo. Mañana será otro día.

—Estoy de acuerdo contigo.

Iris alzó la vista y dio un paso atrás.

—Te dejo, no quiero interrumpir tu trabajo.

—No, está bien. Quédate —dijo, cogiéndola de la mano—. La máquina lo hace todo, yo solo superviso por si acaso pasa algo.

—Ah, vale, pues me quedo —dijo, empezando a notar un cosquilleo en la espalda.

—Tengo un montón de cosas en la cabeza. Quería hablar contigo, verte, escucharte, hacerte el amor —dijo, y no puedo evitar una sonrisa pícara.

Se inclinó sobre su cuello y lo colmó de besos. La piel y el aroma de Iris era como una *delicatessen* al alcance de muy pocos. Ella empezó a notar que el corazón aumentaba las pulsaciones.

—He tenido fantasías —susurró Arturo al oído—. Tú y yo, aquí, ahora, desnudos.

—¿Ah, sí? Pues deja de montarte películas —dijo.

—No seas mala, cariño.

Arturo reclamó su boca con más intensidad. Después cerró la puerta y desplazó a Iris para que apoyara la espalda en la pared. Ella jadeó cuando notó su mano fuerte y sexy recorriendo el muslo hasta cogerla de la rodilla, y levantarla a la altura de la cadera.

—Te deseo tanto que voy a explotar —susurró él.

—Yo también, corazón.

—Quiero hacerte de todo y más. ¿Te atreves?

—No tengo miedo de nada que tenga que ver con nosotros —dijo, con un centelleo oscuro en la mirada.

Arturo recorrió de nuevo su muslo hasta agarrarle el trasero por debajo de la falda. Sin dejar de mirarla, Arturo entrelazó su mano con la suya y la apretó contra la pared. Iris se mordió los labios. Era excitante sentir cómo la iba aprisionando poco a poco.

—No va a pasar nada que tú no quieras —dijo Arturo, en un susurro que le puso a ella la carne de gallina.

Aquel hombre, el surfero de cabello salvaje, la volvía loca con sus labios carnosos y sus ojos oscuros. Se dio cuenta de que estaba ofreciendo en bandeja algo más que su cuerpo, si acaso algo más valioso: su corazón.

Se encontraban en un lugar público y era alucinante y erótico. Arturo deseaba embestir cuanto antes, pero como experto en el tema, prefirió postergar el momento. Esta vez su estrategia sería diferente.

—Dame la otra mano —le ordenó.

Ella obedeció y él, lentamente colocó su mano contra la pared, y la sujetó de tal forma que Iris estaba atrapada. Atrapada en el juego del sexo y del amor.

Se oyó una carcajada repentina que provenía de la sala. Los espectadores se lo pasaban bien con la comedia francesa. Arturo e Iris sonrieron. Si el público supiera que no muy lejos de ellos, una pareja daba rienda suelta a su pasión…

A él le bullía la sangre, pero continuó estimulándola. Se miraron fijamente sin decirse nada. No hacía falta. Las pupilas se dilataban. Con el tiempo detenido, cada uno miraba en el fondo del otro y se colmaban de un deseo infinito.

Sin soltarla de las muñecas, él la besó hasta que sintió que el sabor de su sensual boca lo llenaba por completo. Al terminar, se fijó en que los ojos de ella le decían: más, necesito más. Y la volvió a besar hasta que le faltó aire.

—Lo quiero todo de ti —susurró.

Arturo dobló las rodillas y se agachó sin prisa, recorriendo con sus manos el cuerpo de Iris. Después metió las manos bajo la falda y tiró de las bragas hacia abajo. Cuando llegaron a los tobillos se las quitó, y se las guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Después se irguió.

—Si gritas, se darán cuenta —susurró Arturo, refiriéndose al público.

—No sé si podré…

—Claro que sí.

Introdujo dos dedos dentro de ella y con la palma de la mano empezó a frotar con una suavidad exquisita. Ansiaba verla gozar.

—¿Así está bien?

—Más… deprisa —dijo ella, cerrando los ojos y tragando saliva.

Arturo obedeció y aceleró el ritmo. Iris tenía los ojos cerrados, la respiración acelerada y se mordía los labios. Había algo poderoso en dar placer que a Arturo le parecía apasionante y adictivo.

Ella empezó a jadear. Contenerse era frustrante, pero también muy provocador, como una deliciosa tortura.

El orgasmo la arrasó en una oleada que dejó su mente en blanco, y con las rodillas temblando. Iris se inclinó hacia él para que la rodeara con los brazos.

—Voy a darte más —le susurró.

Arturo anhelaba volver a ver sus ojos azules brillando de sorpresa y lujuria. Echó la vista atrás un instante para comprobar que la proyección seguía en orden. Sí, todo bien.

Embriagado por el deseo que corría acelerado por sus venas, bajó los tirantes del top hasta que el sujetador negro y de encaje quedó a la vista. Era una visión artística. Una mujer en su plenitud de belleza. Le alzó la barbilla para que de nuevo sus miradas volvieran a conectar con una gran intimidad.

—Eres bellísima, Iris —dijo Arturo, y la volvió a besar.

Ella quiso pronunciar su nombre, pero sintió un nudo en la garganta. Se sentía vulnerable y se dejaba llevar hasta dónde él quisiera, hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Le hizo darse la vuelta, sus manos se apoyaron contra la pared. Contempló su espalda, y cómo el cabello dorado le caía con elegancia. Desabrochó el sujetador y le ayudó a despojarse de él. La espalda quedó completamente desnuda y la acarició con ambas manos, notando el calor que emanaba de su piel.

No pudo más y con desesperación fue en busca de sus pechos. Deseaba colmar sus manos con ellas, y cuando lo hizo una corriente eléctrica le sacudió la espina dorsal. Primero los acaparó como si quisiera tener conciencia del tamaño, y después los masajeó como si quisiera guardar para siempre en su memoria su fabuloso tacto.

Iris, de perfil, notaba cómo Arturo respiraba con agitación. Le empezó a mordisquear los hombros, mientras sus manos se deslizaban como dos serpientes pecaminosas sobre el vientre, camino del paraíso salvaje.

—Me vuelves loco —le susurró.

—Y tú a mí. Quítate la camiseta.

Arturo obedeció. Era tan intenso el asalto a sus sentidos que ella volvió a cerrar los ojos. Se mordió los labios cuando notó el pecho desnudo de Arturo contra su espalda.

El placer era tan irresistible que olvidó que se encontraba en la sala de proyección, en el cine Paraíso, en Puerta del Mar. Flotaba en un mundo aparte, oscuro y perverso en el que solo importaban las sensaciones que hacían perder el control.

Ella le miró de reojo y reclamó su boca. Arturo pasó la mano por el cabello y con delicadeza hizo que ella echara hacia atrás la cabeza. Y la besó hasta que se quedó sin aliento.

—Iris, yo… —dijo Arturo.

—¿Qué?

—Nada —Le costaba hablar—, que no quiero que esta noche se acabe.

—Yo tampoco.

El público se volvió a reír y aprovecharon para soltar un suspiro. Un suspiro que revelaba el deseo que los encadenaba. Querían devorarse hasta que solo quedara el sabor salado de la boca, el calor de la piel y del sexo húmedo. ¿Había una mejor sensación en el mundo?

Ella oyó la cremallera de los pantalones, el tintineo de la hebilla del cinturón, y el roce apresurado de la tela. Sintió una profunda ráfaga de excitación sacudiendo su cuerpo. Una más y moriría ahí mismo.

Cuando la penetró, ella echó la cabeza hacia atrás y él la cogió del cabello con fuerza. Eran como dos potros salvajes corriendo por una pradera en llamas. La presionó contra la pared como si deseara atravesarla. Iris seguía con los brazos levantados, dejándose hacer, notando el aliento rudo y ansioso sobre ella.

Al terminar se quedaron inmóviles, recuperando el aliento, aunque en realidad ninguno de los dos quería dar por finalizada aquella pasión espontánea y arrebatadora.

Arturo se sorprendió a sí mismo abrazándola, pero no como un acto de lujuria sino de

ternura. Se aferraba a ella con los ojos cerrados mientras notaba que iba cayendo poco a poco en un abismo desconocido. Eran sensaciones nuevas y una parte de él tenía miedo. Quería susurrarle su nombre, Iris, y que ella lo entendiera todo sin decir nada más.

Pero de repente tomó conciencia de dónde estaba. En el Paraíso. La cabina de proyección. La responsabilidad del trabajo. Debía volver a la realidad.

—Vaya locura, ¿eh? —dijo Arturo mientras se abrochaba los pantalones.

—Y que lo digas —respondió ella, abrochándose el sujetador.

—¿Nos vemos después? Podemos ir a picar y beber algo. Estoy hambriento, ¿y tú?

—Sí, yo también —dijo, enfrascada en ponerse la falda.

Arturo la ayudó a ponerse la falda, después con la mano alzó su barbilla para que pudiera mirarle. Sus ojos eran chispas del color del mar.

—Qué bellísima eres, Iris.

La abrazó y ella sintió un pellizco en el corazón. En cuanto dejó a Arturo en la cabina y enfiló hacia las escaleras, se detuvo un instante. Se masajeó los ojos con una mezcla de alivio y frustración por alejarse de Arturo.

Después soltó una palabrota. ¿Cómo he podido engañarme a mí misma? Es verdad eso de que quien juega con fuego se acaba quemando. Estoy enamorada de él, locamente, tanto que me hace daño. Pero presiento que él me hará añicos el corazón.

Ella sabía bien que no buscaba un caballero andante que la rescatara de los peligros del mundo. Perdió la inocencia esa noche horrible en Londres cuando fue violada por el desalmado de su jefe.

Se había impuesto vivir con ese peso sobre sus hombros, pero sin perder de vista el futuro. Solo dependía de ella, y si era necesario caminaría sola hasta encontrar a alguien que mereciera la pena. La felicidad no depende de alguien, siempre empieza en uno mismo.

Tal vez por ese motivo el amor había sido esquivo, ¿o había sido ella quien lo había esquivado a propósito? La respuesta era demasiado compleja. Solo sabía que era arriesgado, que las mujeres suspiraban por un amante como Arturo Campos, y eso era un desafío continuo. ¿Estaba preparada?

~

Arturo se levantó al día siguiente con una reseca de campeonato. Era alrededor de la una del mediodía cuando salió de su dormitorio como un zombi. Había llovido durante la noche y aún flotaba una cierta humedad en la calle. Por un momento, confundió el ruido de la lavadora centrifugando con su mente, aún espesa y lenta.

Voy a tomarme una tonelada de aspirinas, se dijo, camino a la cocina. Oyó a Ron ladrar en el jardín y supuso que era un aviso de que había que sacarlo a pasear.

En el salón, Yarina pasaba el plumero por la cómoda. Arturo le dijo buenos días, pero ella no se inmutó; parecía muy concentrada en la tarea.

—Buenos días, Yarina —insistió.

Por fin ella reaccionó aunque con un respingo.

—Ay, *perrdona* —dijo con una mano sobre el pecho—. No me había dado cuenta. Estaba en mis cosas.

—¿Qué tal, todo bien?

—Sí, sí, sí, todo bien, ¿y tú?

—Con un dolor de cabeza tremendo.

—Sí, se te ve mala *carra*. ¿Mucha juerga ayer?

—Nada, lo normal, hasta las cinco.

—¡Jesús! A esa hora ni las calles están puestas.

Arturo entró en la cocina, abrió el cajón de las medicinas y cogió dos ibuprofenos. Se las tomó con la ayuda de un vaso de agua mientras miraba por la ventana. El cielo de Puerta del Mar estaba nublado y de repente pensó en Iris. Ella estaría en su piso y quizá tal vez mirase también por la ventana y pensara en él. A pesar de la distancia, un mismo cielo los cobijaba y unía al mismo tiempo.

Evocó el sexo apasionado en la cabina de proyección. El roce de sus senos, el olor de su piel, el jadeo incontrolable… Ardía en deseos de repetir. Aquel momento de hacerla suya a unos escasos metros del público, le pareció tan erótico que jamás lo olvidaría. Nunca se había sentido tan desesperado practicando el sexo. Creía que solo era placer pero con ella había algo más, como una necesidad que lo estaba matando poco a poco.

Los ladridos de Ron lo sacaron de sus pensamientos.

—Sí, ya voy —dijo, con desgana.

Se preguntó quién pasea a quién, ¿el perro al dueño o el dueño al perro?

Al regresar al salón, camino a su dormitorio, vio a Yarina de espaldas, y le extrañó verla moviendo la cabeza, como si hablara consigo mismo.

—Yarina, ¿está bien?

Ella se dio la vuelta y asintió.

—Oh, sí, sí, sí.

Pero una cierta dubitación en su respuesta le hizo sospechar de que Yarina ocultaba algo. Lo que tenía mérito dado que su mente seguía tan espesa como un puré.

—Pues no me lo parece. Algo te ronda por la cabeza, ¿a que sí?

Ella suspiró y sus mejillas se enrojecieron.

—Siéntate —dijo Arturo.

—No, tengo muchas cosas que hacer. No me va a dar…

Arturo la interrumpió señalando el sofá, y lo hizo con tanta determinación que Yarina no se atrevió a oponerse.

—¿Le pasa algo a tu madre?

—Por suerte, está sana.

—¿Entonces?

—Es que no sé si debo contarlo. Dije que no *dirría* nada.

—Sea lo que sea, te está comiendo la cabeza. Es mejor soltarlo de una vez, confía en mí.

—Seguramente no es nada.

—Pues mejor, si no es nada me lo puedes contar.

Yarina se restregó las manos sobre la falda.

—Es por Juan.

—¿Qué le pasa? —preguntó, cada vez más intrigado—. ¿Se ha caído?

—No, no —dijo, y tragó saliva—. El otro día me pidió que entregara un dinero en un sobre.

—¿Cómo?

—Estoy muy *prreocupada*.

—Empieza desde el principio.

Yarina contó que el abuelo había pedido que se citara con alguien para entregar el dinero, quinientos euros. Y lo hizo. Hacía unos días fue a una cafetería del centro, por la tarde. Un chico de unos quince años con un pendiente en la oreja estaba esperando en la barra. Le entregó el

dinero y se fue.

Arturo, desconcertado hasta la médula, se rascó la nuca.

—¿Mi abuelo?

—Sí. No se lo diga, *porr* favor —le rogó con ojos suplicantes—. Le dije que no diría nada y ahora me siento fatal.

—No le diré nada, Yarina, tranquila. Has hecho bien en decírmelo. Gracias.

—*Esperro* que no tenga ningún problema. Es un hombre tan bueno…

Arturo la cogió de la mano y se la estrechó.

—Nosotros nos encargamos. Si te lo vuelve a pedir, me lo dices, ¿vale?

—No le dirás nada, ¿verdad?

—Descuida.

Ella asintió con la cabeza, mientras una lágrima empezaba a deslizarse sobre su mejilla.

CAPÍTULO 16

Eran más de la una de la mañana y Arturo veía un reportaje sobre legendarios surferos. Muchos de ellos, como Kelly Slater, habían sido su inspiración. Él había sido un revolucionario que inventó un nuevo estilo de surfear, mucho más abierto y fluido; además de conquistar veinte títulos mundiales. Eso es lo que marcaba la diferencia entre las leyendas y los buenos surfistas, los primeros marcan un antes y un después.

Pero sí había un surfista con el que Arturo se sintiera reflejado, ese era Andy Irons, su estilo salvaje e intrépido aún era recordado, incluso después de que muriera por sobredosis.

Arturo no se quejaba de su propia trayectoria, jalonada de éxitos y récords, pero su motivación se basaba no solo en competir, sino también en disfrutar. En evocar al niño que se lanzaba al mar con una tabla pequeña y no dejaba de sonreír, incluso cuando las olas le daban un buen revolcón.

Un pensamiento le llevó a otro y se acordó de Iris y él en la playa. El sol, la belleza, la complicidad. Sí, debían repetirlo. Era gratificante cuando abres tu mundo a otra persona, como un enriquecimiento mutuo. Lo que es mío, también es ahora tuyo.

Se habían enviado un mensaje de buenas noches al móvil. Le hubiera gustado estar en su cama, abrazándola por detrás, notando las curvas de su cuerpo y dormir hasta que el amanecer los despertara.

Mañana, por suerte, la vería en el cine. Ella dijo que quería comprar una entrada y ver la película con una compañera del banco.

Ron, que estaba a sus pies, irguió las orejas, y Arturo supo que su hermano Enzo estaba a punto de llegar. Y así fue, oyó la puerta de la reja abrirse y cerrarse, y unos segundos después la de la casa. Como al día siguiente libraba, había decidió pasar la noche en casa, y así levantarse pronto para ayudar al abuelo en lo que necesitara.

Su hermano pequeño se metió en la cocina y salió con una manzana. Tenía que hablar con él sobre lo que Yarina había desvelado acerca del abuelo.

—Tienes cara de cansado —le dijo a Enzo.

—Un día duro, la verdad. Un velero a la deriva, tuvimos que rescatarlo y remolcar. Una familia australiana que viaja por todo el mundo, y que escriben libros y eso —Dio un mordisco a la manzana—. ¿Qué haces levantado a estas horas?

—Te estaba esperando.

—¿A mí?

—Tenemos que hablar sobre el abuelo —dijo en voz baja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se dejaba caer sobre el sofá.

Le contó su conversación con Yarina. Enzo se quedó mudo, atónito.

—¿En qué piensas? —preguntó Arturo.

—No sé qué pensar —respondió, confuso—, qué empeño del abuelo en entregar dinero, y justo ahora con los problemas del Paraíso. Es como tirar piedras contra nuestro tejado.

—¿Lo sabe Darío?

—Sí, se lo conté por teléfono.

—¿Y qué ha dicho?

—Que es la misma cantidad de dinero que las transferencias. ¿El beneficiario será la misma persona?

—¿«D.»?

—Tenemos que averiguar qué está pasando. A lo mejor se están aprovechando de él.

—¿Tú crees?

—El abuelo es un trozo de pan, ya lo sabes.

Enzo tuvo la intención de morder la manzana, pero se arrepintió. La sensación de hambre había desaparecido de golpe.

—Vamos a hablar con él y lo aclaramos todo de una vez —dijo Enzo.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Porque entonces él sabrá que fue Yarina quién nos lo dijo. Le prometí que no se lo diríamos.

—Estamos jodidos.

—Pues sí —dijo Arturo, mientras acariciaba la cabeza de Ron—. Solo nos queda una opción.

—¿Cuál?

—El abuelo dijo que era un antiguo empleado, podíamos buscar en los archivos el nombre de alguien que empiece por D. Y después preguntar a Salvi para que nos dé una pista. A lo mejor se acuerda de esa persona.

—Me parece buena idea —dijo, y después suspiró—. Qué mala racha estamos teniendo.

—Al menos tengo una buena noticia.

—¿Cuál? —preguntó Enzo.

—Mañana sale el reportaje sobre el Paraíso en el diario Sol.

—Uf, menos mal. A veces parece que todo está en contra.

—Me llamó la periodista y me lo contó. Nos ha deseado suerte. ¿A qué es simpática?

—¿Vas a quedar con ella?

—No, estoy con Iris.

—Pero, entonces, ¿va en serio?

—No lo sé, Enzo. Me estoy dejando llevar, bueno, los dos. Sabemos lo que queremos.

—Me cuesta verte con una novia aquí y tú viajando por el mundo. Hay muchas tentaciones.

—Estoy viviendo el presente, hermanito.

—Siempre lo has hecho —dijo, y después entornó los ojos, como si se le acabara de ocurrir una idea intrigante—. ¿Sabes qué? Me vas a dar el teléfono de la periodista.

—Qué miedo te tengo…

—¿Por qué? Solo voy a dar las gracias por el reportaje. Soy un hombre agradecido.

—Sí, los cojones. La invitarás a cenar, seguro.

—Bueno, si ella insiste, yo no me voy a oponer —dijo, con una sonrisa traviesa—. Pero la idea es sugerirle un reportaje sobre Salvamento Marítimo.

Arturo reprimió las ganas de reírse para no despertar al abuelo.

—¿Por qué no? —preguntó, fingiendo que se hacía el ofendido.

—Ella es del departamento de cultura —dijo, conteniéndose la risa—. Le pasará el encargo a otro.

—Mierda, no había caído en eso.

Un poco más tarde, ya en la cama de su dormitorio, a Arturo le sorprendió descubrir que le gustaba que su hermano pasara la noche en la casa. En cierta forma, era como rememorar sus tiempos de instituto, con sus hermanos y con los abuelos ejerciendo de padres.

Sintió un aguijonazo de nostalgia. ¿Por qué solo eran recuerdos? ¿Por qué había cosas en la vida que no podían ser para siempre?

Cerca de la autovía que recorría toda la costa, todo el barrio conocía el supermercado que, instalado en los bajos de un pequeño centro comercial, abría todos los días. Era un negocio muy socorrido para compras de última hora. Sara era una de las dependientas más veteranas y esa mañana le había tocado abrir, puesto que gozaba de la confianza de los dueños.

Aunque el madrugón era tremendo y en invierno salía de casa de noche, el sacrificio compensaba porque después se marchaba al mediodía, por lo que disponía de toda la tarde para lo que se antojara.

Esa mañana no fue como las demás. Poco antes de las ocho de la mañana, con el cielo teñido de un azul oscuro que presagiaba la aparición del sol, se encontró a un joven con un perro sentado en la puerta, que tenía la persiana metálica echada.

Al principio, sintió un hormigueo de nervios porque pensó que se trataba de un vagabundo, pero cuando se acercó se rio para sí misma. Era Arturo Campos, el guapo surfero. ¿Qué haría ahí tan temprano?

—Tengo que comprar el periódico ya —dijo—. Sale mi familia.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Nada —respondió con desdén—, una media hora.

Sara subió la persiana, encendió las luces y metió los paquetes con la prensa del día. Arturo y Ron esperaron fuera, de pie, a que la tienda estuviera oficialmente abierta, lo que no ocurriría hasta una hora después.

Sin embargo, Sara, enternecida, decidió hacer una excepción y le preguntó qué deseaba comprar. Sol, respondió Arturo. Nada más cobrarle, con el periódico ya en las manos, fue pasando páginas con ansia hasta que llegó a la sección de Cultura.

Bajo el titular, grande y ocupando toda la página, «El cine Paraíso, una joya de Puerta del Mar», Arturo se fijó en la foto de los tres hermanos en la cabina de proyección. Sintió una punzada de orgullo, pero también de tristeza porque el motivo de salir en la prensa no era una victoria.

Agradeció a Sara su gesto y regresó a casa seguido de Ron, anhelando presenciar la reacción de su abuelo.

Al poco, se encontraba en el dormitorio de Juan, quien se acababa de despertar aunque aún se encontraba en la cama. Arturo, con la ilusión de un niño, abrió el periódico sobre la cama y mostró el reportaje. Juan sonrió de oreja a oreja y se puso las gafas para leer. Recitó el titular haciendo que cada palabra resonara en la estancia.

—Aquí habla de ti, abuelo —dijo Arturo, señalando con el dedo.

—¿Dónde? —preguntó, buscando con la mirada— Ah, sí. «Juan Campos es el abuelo de los tres hermanos y el dueño del Paraíso. Es él quien tiene la visión romántica del negocio, quien

decide la programación y gestiona los detalles con las distribuidoras. Sus nietos coinciden en afirmar que es el alma del cine y sin su pasión sería inviable continuar».

Juan carraspeó emocionado.

—Vaya, se me ha metido algo en la garganta —dijo.

Arturo fue al rescate de su abuelo y habló para romper el silencio.

—Ya era hora de que el Paraíso se llevara algún reconocimiento.

—Desde luego que sí, diantres. Nos tenían olvidados. Ahora, toda la provincia se acordará de nosotros.

—Le pedí a la periodista que hiciera hincapié en que el Paraíso se encontraba al borde del desahucio, y que el Ayuntamiento había pasado de nosotros.

—¡Bien dicho! Que la alcaldesa no cuente con mi voto para las próximas elecciones.

Ron soltó un ladrido, como dando su aprobación.

—¡Ni con el mío! —exclamó su nieto—. Abuelo, termina de leer el reportaje mientras te preparo el desayuno.

—Muy bien —dijo, mientras se removía en la cama—. Gracias, hijo.

Presiento que esta noche el ambiente en el cine será diferente, pensó Arturo mientras bajaba las escaleras. Habrá un montón de público ansioso por comprar una entrada.

~

Sin embargo, cuando se presentó a primera hora de la tarde junto a Darío en el cine para preparar la apertura, se encontró con que nadie esperaba frente a la taquilla. Pensó que tal vez había elevado demasiado las expectativas, y no pudo evitar un sentimiento de honda tristeza.

—Es normal, la gente vendrá cuando abramos —le animó su hermano.

—Si es que viene alguien…

—Bueno, nosotros a lo nuestro, que es tenerlo todo listo. Si no viene nadie, nada podemos hacer —dijo, demostrando su visión práctica de la vida—. ¿Vendrá Enzo hoy?

—Sí, ha cambiado el turno con un compañero.

—Su ayuda siempre es importante. Venga, hermano, no te desanimes.

Arturo miró a la calle desde el vestíbulo. La acera se veía solitaria, como si nadie se percatara de la presencia del Paraíso. Después, fue a la cabina de proyección para colocar los rollos de la película y probar la máquina, como siempre antes de la primera sesión.

Se le ocurrió que podrían recurrir a la idea que tuvieron de que la televisión local elaborara un reportaje del cine. ¿Tendría poca o mucha audiencia el canal? A decir verdad, no era un espectador frecuente de televisión, y dudaba de la repercusión que pudiera ofrecer.

Se fijó en la pared donde Iris y él habían hecho el amor a lo «Cincuenta sombras de Grey». Al menos tenía lo suyo con ella, un brillo entre tanta melancolía. Ardía en deseos de volver a verla. Justo en ese momento el móvil vibró en el pantalón. Se llevó un subidón, puesto que era un mensaje de Iris.

Sin embargo, su alegría se congeló cuando leyó que a lo mejor no podía ir. No daba explicaciones. La llamó para saber qué había pasado, pero no contestó.

—¡Vaya día! Empezó genial pero ahora… —dijo para sí mismo—. ¿Qué más puede pasar?

Una media hora después, oyó unas voces agitadas que provenían del vestíbulo y se extrañó. ¿Con quién estaría hablando Darío? Salió de la cabina y bajó las escaleras, invadido por la curiosidad.

Descubrió que había llegado Enzo. Su cara parecía llena de asombro. Darío le agarraba de los

hombros, como incrédulo. ¿Qué está pasando?

En cuanto Darío y Enzo se percataron de que bajaba su hermano, le dedicaron una reluciente sonrisa.

—¡Sal a la calle! —exclamó Enzo.

—El reportaje ha surtido efecto —dijo Darío.

La gente de Puerta del Mar había respondido a la llamada de urgencia de la familia Campos. Arturo comprobó con estupefacción que la cola para la taquilla doblaba la esquina. Era una imagen contundente que jamás había visto. Por un momento le pareció que se encontraba en un sueño del que no deseaba despertar.

Además, reconoció muchas caras entre la multitud. Ahí estaba Yarina con su madre, una mujer de aspecto recio. Y más atrás, distinguió a Rosa y Elena, con sus respectivas familias. Y mucho más atrás, distinguió los rizos inconfundibles de Violeta. La sensación de que a muchos les importaba el destino del Paraíso le colmó de alegría, y deseó que su abuelo estuviera junto a él, disfrutando de una modesta victoria después de tanta angustia.

Ante la avalancha de gente, los hermanos decidieron abrir la taquilla mucho antes de lo previsto. Mientras cada uno ocupaba su puesto, cada uno se dejaba llevar por la imaginación. Fantasearon con una recaudación similar todas las noches para que el Paraíso equilibrara sus finanzas, que el abuelo recupera completamente su movilidad y que siguiera al frente del negocio, como siempre había hecho con genuina pasión por el cine. Y que regresaran Rosa y Elena porque sin ellas no sería lo mismo. Que todo volviera a ser como antes.

Cuando la primera sesión comenzó, la taquilla aún seguía abierta a pesar de que todas las entradas estaban vendidas. Darío ofreció localidades para el día siguiente y la gente las compró sin pensarlo dos veces. Lo de menos era la película, todos deseaban aportar su granito de arena para proteger algo que en cierta forma también era suyo, de Puerta del Mar.

Como el bar se había vaciado de gente, Enzo fue a echar una mano en la taquilla.

—Tengo que ir al baño con urgencia —dijo Darío, moviéndose de un lado a otro.

Darío se marchó como una exhalación y Enzo se quedó a cargo. Recordó que la última vez que se encargó de vender las entradas, el ordenador se reinició y después no volvió a encender. Después de varios intentos fallidos por reanimarlo, se vio en la obligación de dispensarlas a mano, como en los viejos tiempos.

Le tocó el turno al panadero del barrio, don Julián, y Enzo sonrió al reconocerlo.

—He visto el reportaje en la prensa y me han entrado ganas de ver una película, y le he dicho a mi mujer que se anime —dijo el hombre.

—Muchas gracias por la ayuda. ¿Quiere dos?

—Sí, y tu abuelo, ¿cómo está?

—Bien, mejor que yo, fuerte como un toro.

—Dale saludos de mi parte.

—Cuente con ello.

Enzo indicó que pasara el siguiente y entonces ocurrió algo extraño. Un señor de unos cincuenta años, con gafas y el pelo corto y gris, dejó unos documentos sobre el mostrador. Vestía una chaqueta gris y corbata a juego.

—¿Sabe quién soy yo? —dijo con voz rasposa.

—No tengo ni idea.

—Me llamo Roberto Martínez y soy abogado de la empresa Luxury State. Seguro que sus hermanos le han hablado de mí.

Enzo recordó la conversación con Arturo en la que le dijo que su abuelo había rechazado la

oferta.

—¿Qué es lo quiere? —preguntó con brusquedad.

El abogado con un dedo tocó repetidas veces los documentos, como si quisiera dejar claro lo importantes que eran.

—Es la misma oferta, pero esta vez transmito un mensaje de parte de mis superiores —dijo, clavando la vista en Enzo—. Si no la aceptan, se arrepentirán.

Enzo adoptó una expresión de incredulidad y después de enfado.

—¿Nos están amenazando?

—Oh, por supuesto que no. Todo esto que está pasando, lo del reportaje y eso, no es más que un espejismo. Pronto el Paraíso caerá por su propio peso.

—Haga el favor de marcharse.

—Les dejo otra copia, por si la anterior la perdieron.

Enzo suspiró largamente, y se concienció para que su estado de rabia no se transmitiera al siguiente en la cola. Tenía claro que se lo contaría a sus hermanos. Ignoraba quiénes estaban detrás de Luxury State, pero su insistencia empezaba a ser sospechosa.

Mientras tanto, Arturo recibió un mensaje al móvil de Iris diciendo que estaba en el cine. Le apetecía verla y prolongar la noche con sus hermanos. Habría que celebrar la recaudación, que apuntaba a inolvidable.

Unos minutos antes, había hablado con su abuelo para comunicar la excelente noticia. Se encontraba en casa, leyendo.

—Sin vuestra ayuda, el Paraíso no tendría ni una sola oportunidad de sobrevivir —dijo, embargado por la emoción.

—¿Qué tal si mañana vamos a almorzar todos juntos? Han abierto un nuevo restaurante donde hacen el tiramisú que tanto te gusta.

—Me parece una gran idea.

Aprovechando que el público de la primera sesión se marchaba lentamente, Iris y Arturo se vieron en el bar. Ella llevaba una ligera capa de maquillaje que resaltaba sus ojos azules, y un vestido negro escotado que le quedaba como un guante. Sin embargo, algo en ella parecía distante. Cuando se vieron se besaron en la mejilla con recato.

—Esto está lleno de gente —dijo ella—. Me alegro mucho por ti y por tu familia.

—Gracias —y añadió—. Esta noche va todo bien.

—¿Sabes? Me gustaría contarte cómo me siento.

El cuerpo de Arturo se puso rígido. Algo había hecho mal, y debía escucharla para saber hasta qué punto estaba dolida.

—Leí el reportaje del diario Sol y me encantó —Hizo una pausa—, pero me hubiera hecho una ilusión enorme que me lo hubieras contado.

Él hizo un ademán de interrumpir, pero ella le hizo una señal con la mano para que la dejara continuar.

—No tenías ninguna obligación, claro, pero sea lo que sea que tengamos, me hubiera gustado saberlo antes, al fin y al cabo es una noticia importante. Es más, te diré una cosa, me he sentido ignorada.

—¿Por eso dijiste que a lo mejor no venías hoy?

—Sí, pero cambié de opinión.

Le cogió de la mano.

—Te lo iba a decir. Lo fui dejando… No estaba seguro si al final saldría el reportaje. Vale, soy un idiota.

—No, no lo eres. Yo solo quería decirte cómo me siento.

La abrazó y él se sintió aliviado.

—Eres imprescindible en mi vida y debería habértelo contado.

Después de que el Paraíso cerrara, los tres hermanos e Iris fueron a un bar del paseo marítimo. La compañera de trabajo de Iris no se apuntó al plan debido a que al día siguiente acudía como invitada a una boda.

Eran alrededor de las once de la noche y todos se sentían hambrientos. Se sentaron a la barra y no tardaron mucho en ser atendidos. Alrededor de ellos había diversos grupos de gente joven que bebía y charlaba. El camarero saludó a los hermanos con animosidad. Arturo pidió unas cañas y unas tapas variadas de jamón, queso y croquetas.

Era la primera vez que Iris socializaba con los hermanos y notó un pinchazo de nervios. Al verlos juntos resultaba gracioso comprobar el parecido físico.

Recordó la desgracia de no solo crecer sin padres, sino de hacerlo sabiendo que todo había sido culpa de un accidente catastrófico. Mientras les escuchaba hablar, imaginó el dolor y el sufrimiento de tres niños desamparados. Más de veinte años después, habían prosperado en la vida. Le pareció interesarse saber que Darío, el mayor y el más introvertido, era farero; y que Enzo trabajaba en Salvamento marítimo.

—Increíble. Los tres trabajáis en algo relacionado con el mar —señaló Iris.

—Vivir en Puerta del Mar ha marcado nuestro destino —dijo Darío, con solemnidad, y mirando a Iris añadió:—. Y marcará el tuyo.

Los cuatro brindaron por Puerta del Mar, por la abundante recaudación, por el cine y por varias cosas más que nadie recordaría. Lo importante para Iris es que Arturo había presentado oficialmente a su familia.

Además, ocurrió algo muy significativo. En un momento dado, Enzo se dirigió solo con ella, y lo hizo a propósito porque sintió que tenía una conversación pendiente con ella.

—Iris, te pido disculpas por lo que dije aquel día en la cocina. No te conocía y me dejé llevar.

—No te preocupes, Enzo.

Aquella noche Iris se sintió liberada, como si quitara de un peso de encima. Albergó la sensación de que, al ser una empleada del banco, el enemigo; ya no era vista en la familia como una enemiga, sino todo lo contrario, como una aliada.

CAPÍTULO 17

A veces llegaba del banco y solo tenía que calentar la comida elaborada el día anterior, pero cuando abrió el frigorífico Iris descubrió que se le había olvidado prepararla. ¿En qué estaría pensando?

Justo cuando más le dolía la cabeza por una conversación tensa con su jefa, no quedaba otro remedio que cocinar. Llevó un instante evaluar sus opciones. Fácil, rápido, sin complicaciones. Se decantó por espagueti con atún. Menú de estudiante, sí, pero era ideal para las crisis.

Calentó el agua, sacó la pasta y los tomates. El atún sería lo último, junto con unas aceitunas negras, el toque gastronómico que distinguía un plato de estudiante pobre de otro más… sofisticado.

Encendió el televisor y eligió el canal de las noticias. Como de costumbre, el mundo se iba a pique pero no prestó atención, solo deseaba llenar el vacío de su piso con voces humanas. A esa hora sus vecinos tomaban siestas o veían culebrones, y el silencio se apoderaba del edificio.

Fue pelando los tomates sobre la tabla de madera. Recordó que Catalina la había llamado a su despacho. Pensaba que sería para preguntar los indicadores del cuatrimestre de las nuevas altas, pero no fue así. Le pidió que cerrara la puerta, algo muy inusual.

Comprobó que el agua estuviera a punto de bullir, pero se dio cuenta de que no había encendido la placa. Por Dios, ¿dónde tengo la cabeza?

Catalina llevaba un blazer de cuadros que le sentaba como un tiro, por cierto. Después de que ella se sentara, le preguntó si había tenido noticias de la denuncia que había interpuesto contra el cliente que le golpeó.

—Su abogado me hizo llegar una carta escrita a mano en la que se disculpaba y me pedía que fijara una indemnización, pero no lo he respondido. Es un jubilado con la disculpa me vale.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con la espalda apoyada en el respaldo de la silla carísima.

—Sí.

—Si necesitas tiempo para ti, dímelo. Hay también ayuda profesional pagada por la empresa.

—Gracias, de momento estoy bien.

Justo cuando había bajado sus defensas, Catalina se lo preguntó, y ella sintió que le caía encima un jarro de agua fría.

—¿Estás liada con Arturo Campos?

Soltó la preguntó con las manos entrelazadas sobre la mesa de cristal e inclinada hacia Iris; los ojos afilados como los de una gata. De pronto, la escena amable se había convertido en un interrogatorio frío.

A Iris le llevó unos segundos recomponerse.

—¿Por qué lo preguntas?

—Cuando te acompañé a la comisaría y regresé de la calle de responder una llamada, le vi que hablaba contigo, en una actitud muy cariñosa.

—Es un amigo.

—Ya —dijo, como insatisfecha con la respuesta—. ¿Estás saliendo con él?

—¿Por qué lo quieres saber?

Catalina sonrió. Acababa de transformar en certeza lo que había sido una suposición.

—Existe un litigio entre su familia y nosotros, nuestra empresa, la tuya y la mía, la que nos *paga* —dijo, lentamente, transmitiendo una fidelidad incondicional al banco—. No me parece ético.

—Es tu opinión, Catalina.

—Como directora de la sucursal no te estoy diciendo que está prohibido, pero como amiga te digo que no está bien visto por los de arriba.

—¿Por qué? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Lo sabes bien, Iris. Él está buscando aprovecharse de tu confianza, o al menos es lo que se puede interpretar. A veces tan importante es lo que sucede como lo que parece que sucede. Nos vemos en un terreno muy ambiguo para una empresa tan grande como esta —dijo, abarcando con los brazos la oficina.

El agua empezó a bullir e Iris echó la pasta. Programó el temporizador a nueve minutos. El atractivo presentador de las noticias daba paso a un intrépido reportero en el corazón de un país asiático. Tengo que hablar con mi madre, pensó Iris.

—Soy una profesional, y no voy a permitir que nadie me utilice. No soy una novata —le dijo Iris a Catalina, con sumo cuidado de no mencionar a Arturo o de afirmar que les unía una tórrida relación—. Las informaciones que manejo son confidenciales y jamás he contado nada a nadie.

Catalina se cruzó de brazos.

—Eso espero. No me gustaría tener que prescindir de ningún empleado valioso.

—¿Algo más?

—No, sigue con lo que estuvieras haciendo.

Se marchó del despacho, dejando un ambiente gélido entre ambas.

En la cocina, Iris, ensimismada en sus pensamientos, se dio cuenta de que se había quedado parada sin motivo alguno. El temporizador sonaba con insistencia. Sacó el plato rojo comprado en unos grandes almacenes y se sirvió la pasta, que acompañó con el tomate, las aceitunas negras y el atún.

¿Cómo se atreve Catalina a meterse en mi vida privada? Estoy muy indignada. ¿Se supone que debo mantenerla al corriente de mi vida amorosa? Claro que no. Es la primera vez que me pasa algo parecido. Esto es lo que pasa cuando trabajas para grandes empresas. No somos más que números para los de arriba. Bueno, Iris, deja ya de darle vueltas a todo.

La pasta supo sabrosa y la comió con el televisor ofreciendo las noticias, aunque sin enterarse bien lo que sucedía en el mundo. Siguió rumiando lo sucedido con su jefa hasta que no pudo más y llamó a su madre.

—Hola, mamá. ¿Estás comiendo?

—No, acabamos de terminar. Tu padre toma su café y yo mi menta poleo. ¿Qué pasa, hija?

Qué agradable era escuchar la voz de su madre. Era como estar en casa, en aquel piso de Madrid del barrio de Vallecas. Se los imaginó sentados en el sofá con el café y el menta poleo humeando sobre la mesa camilla. Su dormitorio seguiría intacto, así como lo dejó al marcharse a Londres, con el cojín en forma de corazón sobre la cama.

—¿Cómo está papá de la rodilla?

—Mejorando poco a poco. La semana que viene creemos que le darán el alta y de vuelta a trabajar a la comunidad. Han contratado un jardinero nuevo, un aprendiz y tiene que enseñarle el oficio. ¿Pasa algo, hija?

—Lo del chico ese que conté, cada vez va más en serio.

—Ay, cuánto me alegro. ¿Estás contenta?

—Sí, mucho —dijo, mientras le venían a la mente escenas calientes con Arturo que procuró borrar—. La semana pasada salí con sus hermanos y muy bien.

Su madre seguía indagando porque, como buena madre, notaba una inquietud en su hija.

—¿Y en el banco?

—He discutido con mi jefa, bueno, no ha sido una discusión, pero dice que no puedo salir con el chico, que es un cliente y no sé qué.

—Vaya…

—Sí.

—No te preocupes, todo se arreglará. Te voy a enviar una caja de embutido del pueblo, ya verás cómo se te pasan las penas.

—Cada vez como menos embutido, mamá, ya te lo dije.

—Se lo regalas a esa amargada de tu jefa, que se coma un buen chorizo, le sentará bien, je, je, je.

—¡Mamá!

—Qué quieres, Iris, tantos años al lado de tu padre, se me ha pegado su forma de hablar.

Oyó a su padre de fondo que se quejaba.

—Voy a seguir comiendo, que me he preparado unos espaguetis.

—Llámame después, ¿vale?

Colgó el teléfono, y le ayudó pensar que sus problemas no eran el fin del mundo mientras contara con sus padres.

~

Iris se retrasaba. Arturo estaba sentado en la furgoneta, delante del portal de su casa, tamborileando sobre el volante y de vez en cuando consultando la hora en el salpicadero. No recordaba la última vez que había esperado tanto tiempo por una mujer, ¿podría ser esta la primera vez?

Desde el instituto era una costumbre que las mujeres le esperasen, que le escribieran notas, que buscaran la manera de hablar con él, incluso mujeres de los cursos más avanzados le pedían citas con descaro.

Cómo olvidarse de quién le desfloró. Se llamaba Raquel y parecía una mujer ya adulta en plena adolescencia. Se maquillaba y vestía con unos vaqueros ceñidos que sugerían unas curvas de infarto. Además, fumaba. Y recordó cómo en el pasillo la miraba a través de las volutas de humo, con un aire provocativo y misterioso.

En su primera noche fueron al burguer y después a un bar hasta la medianoche. Lo hicieron en el dormitorio de ella, aprovechando que sus padres dormían. Raquel fue quien llevó la iniciativa, quien aplacó la ansiedad de Arturo por sobar en vez de acariciar. Sí, fue una experiencia inolvidable perder la virginidad de aquella manera clandestina.

Con el tiempo, vinieron muchas que conocieron la parte de atrás de la furgoneta. La cantidad de veces que acabó en la playa, de noche, con la furgoneta moviéndose al ritmo de las

embestidas y gemidos… Apenas repetía con la misma, así que se ahorraba las escenas incómodas de celos. Siempre había un rostro bonito esperando para empezar de nuevo.

¿Qué tiene Iris para que no me entren ganas de escapar y buscar a otra? Tal vez que ella solo espera sexo, que no parece necesitarme, que es una mujer independiente que ha superado muchos obstáculos en su vida.

Cuanto más pensaba en ella, más fascinación le producía.

Miró hacia el cielo a través del parabrisas. Los rayos solares se filtraban a través de las nubes creando un efecto de luz calmada y suave. Además, soplaba una brisa agradable; el tiempo perfecto para practicar deporte al aire libre.

Al mirar hacia el portal del edificio, ella ya salía. Llevaba gafas de sol, el cabello rubio recogido en un moño, una blusa vaporosa con el hombro al aire —dejando ver la tira del biquini — y unos vaqueros cortos. Espectacular.

Cuando subió a la furgoneta, Arturo la besó. No bastaba un pico en los labios, sino un beso profundo en el que percibir su intenso sabor por la mañana. Olía a un perfume delicado que hizo que el beso supiera aún mejor.

El saludo terminó con Arturo regalando besos por el cuello, cosa que la hizo sonreír. Dejó su bolso playero a sus pies.

—Buenos días, Iris —dijo, poniendo el motor en marcha.

—Buenos días, guapetón.

Arturo hizo un gesto con la cabeza, indicando hacia la parte de atrás de la furgoneta.

—He preparado bocadillos, refrescos y fruta.

—Genial.

—¿Preparada para un gran día?

—¡Claro que sí!

Apenas tardaron algo más de media hora en llegar a la playa. Esta vez acudieron a una medio escondida, apenas visible desde la autovía. Aparcaron la furgoneta junto a varias autocaravanas, y bajaron por una cuesta de arena y arbustos para acceder a la orilla. Había algo de gente, pequeños grupos aquí y allá, cada uno a lo suyo.

La primera parte de la mañana la dedicaron al surf. Como no fue necesario repasar las lecciones básicas, una vez enfundados con los trajes de neopreno, se metieron al agua para disfrutar de las olas.

Al principio, Iris se caía de la tabla cuando cabalgaba la ola, pero los consejos de Arturo —flexiona más las piernas, levántate más rápido, inclínate menos— ayudaron a que poco a poco mejorara.

Cuando se despreocupó de caerse, empezó a disfrutar de la *conexión con la naturaleza* a la que tanto se refería él. Esto puede ser adictivo, se dijo. Se preguntó si podía llegar a cambiar la mentalidad de las personas, a hacerlas más libres.

Arturo la contemplaba sobre el agua con la tabla entre las piernas. A veces aguantando la risa y otras veces soltando carcajadas por las caídas de Iris, pero en el fondo admiraba la forma en que se abría al aprendizaje y cómo perseveraba.

Cuando ella elevaba los brazos, quizá sin darse cuenta, sonreía como una niña en un parque acuático. Eso le recordó a Arturo el primer zigzag que hizo sobre una ola en su adolescencia. Izquierda-derecha-izquierda. Nunca lo olvidaría porque a partir de ese momento supo que había nacido para el surf.

—Tengo una sorpresa —le anunció Arturo, cuando se tomaban un descanso sobre la orilla.

—¿Ah, sí?

Deseando prolongar el misterio, guardó silencio hasta que regresaron a la furgoneta. Abrió las puertas traseras y mostró el kayak que había alquilado el día anterior. Ella reaccionó con sorpresa.

—¿Te has montado en uno alguna vez?

—Jamás.

Arturo cargó la mochila con las provisiones y entre ambos transportaron el kayak hasta la orilla. Muchos de los bañistas les observaron con curiosidad. Parecían dos jóvenes aventureros dispuestos a recorrer el mundo.

Iris dejó que Arturo se sentara delante. Ella llevaba puesta la blusa, ya algo húmeda, y un gorro de pescador que él le había prestado para protegerse del sol. Iris hizo una nota mental para acordarse de comprarse un bonito sombrero de paja para el verano.

Criada en una ciudad interior y con la idea de la playa como un lugar para solo bañarse y tostarse al sol, Iris alucinó al pensar la cantidad de actividades y deportes adecuados para la práctica. Sintió que su mente se expandía.

—¿A dónde vamos? —preguntó Iris, remando.

—¡Allí! —respondió Arturo señalando con el dedo hacia la cala que protegía la bahía.

El paisaje con el pequeño acantilado al fondo era bonito, para qué negarlo, pero también lo era ser testigo de la prodigiosa espalda de Arturo. Le recordó a una tabla de acero. Los músculos, fibrosos y marcados. Los omoplatos se movían con fuerza y elegancia, y las gotas de agua sobre la piel transmitían un frescor incomparable.

La imaginación le llevó a una isla paradisiaca en la que los únicos habitantes eran Arturo y ella. Cada mañana salían a pescar en el kayak, y después hacían el amor sin freno sobre la orilla. Ese ritmo fuerte e imparable con el que Arturo impulsaba el kayak, hizo vibrar sus rodillas y esa vibración se deslizó por la parte interior de los muslos hasta llegar a su sexo.

—¿Vas bien? —preguntó Arturo, girándose de perfil.

—Sí, sí —dijo, casi sin aliento.

Las rocas, afiladas e impenetrables, se iban haciendo colosales a medida que se acercaban.

—Te voy a enseñar un lugar secreto —le dijo, cuando casi podían tocar las rocas con la mano —, pero hay que nadar.

Arturo se tiró al agua y enseguida sintió un leve escalofrío, puesto que habían dejado los trajes de neopreno en la furgoneta, y la temperatura era baja en esa época del año. Después fue el turno de Iris. Helada hasta la médula, resopló, y agitó brazos y piernas para entrar en calor.

Se apoyaron en el kayak y nadaron con la corriente a favor hacia el acantilado. Iris oía el golpeteo de las olas contra las rocas mientras, sobrecogida, se imaginaba el fondo marino abismal y misterioso.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Iris.

—Tú sígueme —respondió él, despreocupado.

Llegaron hasta un resquicio tan estrecho que solo cabía el kayak. Entonces, Arturo tomó aire y se sumergió apenas lo suficiente para avanzar. Iris le imitó y por un momento su mundo se pobló de oscuridad. Cuando abrió los ojos se encontró en una cueva.

Era pequeña y cóncava. El sonido del agua reverbera por las paredes rocosas, y la luz se reflejaba en febriles destellos. Iris nunca había estado en un lugar así y le pareció único.

Mientras Iris sujetaba el kayak, Arturo salió del agua trepando por un saliente. Luego tendió la mano y la ayudó a subir. Medio agachados a causa del bajo techo, pasearon la mirada a su alrededor.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Me encanta —respondió, llena de asombro.

Abrieron la mochila con las provisiones, y se repartieron los deliciosos bocadillos de jamón que él había preparado esa misma mañana, con tomate y aceite.

Le encandiló verla con el cabello liso y húmedo a la vez que ella paseaba de nuevo sus bellos ojos azules por la cueva, admirando el pequeño tesoro que acababa de descubrirle.

—¿Cómo la encontraste?

—Me lo enseñó mi abuela cuando era pequeño. Me dijo que se lo contó un pescador amigo de sus padres. Hemos tenido suerte de no encontrar a nadie porque muchos lo conocen.

—¿Cómo era tu abuela?

Arturo pareció olvidarse de que estaba comiendo y se concentró en evocarla.

—Ella siempre fue una gran aficionada al mar. Todos los domingos de verano nos pasábamos el día en la playa. Se traía una silla, el periódico, leía, se bañaba, hablaba con todo el mundo, y al atardecer volvíamos a casa. Decía que el mar la relajaba. Fue idea de mi abuela pagar a un entrenador de surf para que me enseñara a mejorar y siempre le estaré agradecido.

—Seguro que estuvo muy orgullosa de tus triunfos.

—¿Y cuál es tu historia con el mar?

—Como crecí en Madrid y pasé los veranos en un pueblecito de Segovia tardé en descubrirlo. Hasta que no cumplí los quince años mis padres no me llevaron a la playa. Fue en Santander y ¿sabes el primer recuerdo que me viene a la mente? Desde el coche, a lo lejos, observando el Atlántico, majestuoso e inabarcable, con las olas, la espuma… En fin, no se me olvidará jamás.

—Quién te iba a decir en ese momento que vivirías en la costa mediterránea.

—Las vueltas que da la vida, ¿verdad?

Al cabo de una media hora, regresaron a la orilla y de ahí a la furgoneta. Eran alrededor de las dos y media, por lo que él la invitó a almorzar en casa. Compartirían lo que Yarina hubiese preparado el día anterior. Guardaron el kayak en la parte de atrás y justo cuando Arturo cerró la puerta, una voz familiar pronunció su nombre a su espalda.

Al girarse, descubrió a Peco acercándose. Su estilo era inconfundible. La sonrisa de pillo, la barba pelirroja y la cabeza rapada. Llevaba una camisa holgada y unos vaqueros cortos. Se abrazaron con afecto. Olvidó por un instante que Iris le esperaba sentada en la furgoneta.

—Mira, ahí tengo mi coche —dijo Peco, señalando un monovolumen con vaca repleto de pegatinas—. He venido con unos colegas de Tarifa a pasar el día por aquí. ¿Cómo estás, tío? Estás perdido.

—Muy liado con lo del cine. ¿Qué tal fue la competición en Valencia?

—¡Guapísima, tío! Unas olas…, bueno, espectaculares. Te digo una cosa: hubieras ganado de calle, ¿me oyes? ¡De calle!

Arturo estaba a punto de decirle que tenía que marcharse, cuando se acercaron dos mujeres que parecían modelos sacadas de una revista.

—Ah, chicas, os presento a Arturo, un colega —dijo Peco—. Arturo, estas son Marjorie y Daphne, son francesas y con eso te lo digo todo.

Se besaron en la mejilla. Ambas tenían la piel tostada por el sol y el cabello largo y oscuro.

—Hola, guapo —dijo Marjorie, con acento francés.

—Las conocí en Instagram y las invité a Valencia. Me encanta cómo suena el francés.

—*Comment ça va*? —dijo la otra.

Empezaron a conversar sobre el surf. Resultó que ellas también eran surferas y eso a Arturo le trajo recuerdos de Hawái, de aquella mujer en el hotel, ¿cómo se llamaba? De su enorme

cabreo cuando tuvo que dejarla desnuda, a punto de caramelo. Hablar con ellas estaba siendo como abrir una puerta a un vendaval de recuerdos no muy lejanos.

Cuando Marjorie, que chapurreaba el español, le preguntó que cuándo volvería a la competición, Arturo aterrizó en el presente.

—No lo sé, espero que pronto. Tengo ahora un montón de cosas en la cabeza.

Peco negó con la cabeza, como diciendo quién te ha visto y quién te ve. Espero que mi colega no se haya enamorado porque si no es el fin, pensó.

—¿Por qué no te vienes a Tarifa un día? —insistió Peco—. Nada de surf, ya sabes, salir por la noche.

—*Donnez-moi votre téléphone* —dijo Daphne, tocando el brazo de Arturo.

—¿Qué dice?

—Que le des el número de teléfono.

Arturo marcó su número en el teléfono de ella.

—Me pienso lo de Tarifa. A ver si encuentro un hueco. ¡Me tengo que ir!

Las francesas se despidieron con dos besos, y Arturo se quedó contemplando cómo se marchaban hacia la playa. Cuando se sentó frente al volante y quiso encender el motor, no encontró las llaves por ninguna parte.

—¿Buscas esto? —preguntó Iris sin mirarle, y sujetando el llavero en el aire.

—Sí, ¿por qué…?

Antes de que pudiera terminar la frase, Iris lanzó las llaves al fondo de la camioneta. Impactaron contra la puerta con un golpe sordo.

—Pero ¿qué?

Iris cogió su bolso de mala manera y se bajó de la furgoneta dando un portazo. Se alejó sin saber a dónde. Arturo la siguió.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó.

Ella se detuvo de golpe y le miró con los ojos brillando de furia.

—No lo sé, Arturo —dijo, con sarcasmo—. Déjame pensar, a lo mejor por cómo babeabas a esas francesas. A lo mejor soy yo, pero se supone que el hombre con el que estás no hace eso.

—Venga, no es para tanto, cariño —dijo, cogiéndola del brazo.

—¡No me toques! —exclamó, apartándose—. ¿Sabes lo ofensivo que resulta ver cómo le das tu número de teléfono a otro delante de ti?

—Solo estaba siendo amable. ¡No pensaba llamarla!

Lo que agravaba la situación era algo que no podía confesarle. En la cueva, Iris había fantaseado con formar una familia con ese desgraciado, tener hijos, una casa con jardín: un futuro. Le mortificaba haber caído en ese error.

—Te crees que me chupo el dedo —dijo, caminando con apremio.

—¡Estás celosa, Iris!

Se detuvo de repente. Procuró serenarse. La gente empezaba a mirarlos.

—¡Te equivocas, Arturo! No se trata de celos, se trata de consideración. Tú y yo estamos sin ataduras ni falsas promesas, vale, pero al menos respétame porque a mí jamás se me ocurriría coquetear con otros delante de ti.

Arturo atisbó el dolor que debía de sentir. No era lo que él había hecho, sino lo que parecía. A veces no existe la diferencia.

—Lo siento, Iris —dijo, con sinceridad.

—No, no lo sientes.

—Claro que sí. Tengo corazón, ¿sabes? Y me duele que no me creas.

Iris parpadeó, sorprendida.

—¿Ahora tú eres el ofendido? ¡No me lo puedo creer!

—No he querido decir eso.

—¿Qué has querido decir, eh?

Arturo suspiró. La única forma de equilibrar la discusión era mirar en lo más profundo de su ser y decir la verdad.

—Iris, tú eres la única en quien pienso.

Ella bajó la cabeza. No esperaba que le soltara esa afirmación tan contundente en ese preciso instante, justo cuando ella había bajado la guardia.

Arturo aprovechó para dar un paso hacia delante y cogerla por la cintura. Iris tenía la mirada enterrada en el horizonte marino. La brisa de poniente revoloteaba su cabello dorado.

—Esas mujeres no te llegan ni a la altura de los zapatos. Yo solo estaba siendo amable. Nada más.

Ella siguió guardando silencio, así que Arturo aprovechó para darle un beso en la coronilla y abrazarla. Ella no opuso resistencia.

—Yo solo quiero respeto —dijo Iris con un hilo de voz.

—Lo tendrás. Prometido —y, socarrón, añadió:—. Y ¿has dicho sexo? Creo que lo he oído. También lo tendrás y mucho. Prometido.

Iris apoyó la cabeza contra su pecho, que olía a sal y arena.

—Ahora en serio, Iris —susurró—. Eres la única mujer que deseo. La única.

Ya veremos, pensó ella.

CAPÍTULO 18

El reportaje sobre el Paraíso había supuesto una inmensa alegría para Juan. Lo había leído tres veces y guardaba el periódico en el primer cajón de la cómoda, con la intención algún día de enmarcar la página.

Además, la recaudación de la semana había sido la mejor en décadas. Si continuaba así, se salvarían de la quiebra. ¿Cuánto tiempo necesitaban? Quizá tres o cuatro meses.

Su mente seguía funcionando como una máquina bien engrasada, prueba de ello era que aprovechaba el tiempo para diseñar la programación del mes que viene. Durante la semana había conversado por teléfono con varias distribuidoras del país. Le insistían en que debía invertir en proyectores digitales porque se lanzaban menos películas en formatos de 35 mm, cada vez más en desuso.

Sin embargo, la situación económica del cine era tan delicada que no admitía más inversiones. Echó de menos a su amada Sofía, porque ante los dilemas de la vida ella atesoraba una lucidez y una practicidad envidiables. Aunque no se podía quejar mucho, porque sus tres nietos habían demostrado una solidaridad encomiable.

Y pensar que hubo un momento, después de la muerte de su hijo y nuera, en el que existió el riesgo de que sus nietos se fueran a vivir a Roma, con sus abuelos italianos.

Lo tenía bien grabado en su memoria.

Fue un mes después de enterrar a Giorgia y Pablo en el cementerio de Puerta del Mar. La tía de Daniela, que conocía la ciudad porque había veraneado en ella, se presentó en la casa representando a los abuelos maternos de los chicos. Llevaba el cabello muy largo y liso, de piel blanca y con arrugas en los ojos.

—Estarán mejor con nuestra familia, Juan —dijo, con acento italiano—. Somos una familia numerosa y joven. Podemos cuidar de ellos muy bien. Y, por si esto fuera poco, una ciudad como Roma tiene mucho más que ofrecer que un pueblucho turístico.

—Gracias, Roberta, —replicó Sofía—, pero nosotros los podemos educar y darle lo que necesitan.

La tía, una mujer decidida, profesora de yoga, no se rindió con facilidad. Colmó de regalos a los chicos, les habló de Roma como si fuera el paraíso y dijo que tendrían primos con los que jugar todo el día.

Ni Juan ni Sofía dudaron de que Roberta y su familia valoraron pelear legalmente por la custodia, pero cualquier abogado con un mínimo de sentido común hubiera explicado que era una causa perdida. El arraigo de los chicos en España era evidente y profundo, y Juan y Sofía disponían de medios para educarlos.

El primer verano que pasaron los chicos en Roma fue un sinvivir, ya que Juan y Sofía

temieron que los abuelos y hermanos de Giorgia decidieran retenerlos. Por suerte, eso no sucedió y, con el tiempo, la relación con ellos se volvió cordial hasta el punto de que fueron invitados a Roma. Ambas familias habían sufrido una desgracia terrible, pero se afanaron para crear un vínculo afectuoso por el bien de Darío, Arturo y Enzo.

Oyó el inconfundible traqueteo de la furgoneta de Arturo, y supo que había llegado. Con el dinero que había ganado en el surf se podía permitir el lujo de un coche nuevo, pero el chico le había cogido un gran cariño.

Así somos las personas, capaces de sentir afecto por objetos no por lo que son, sino por lo que representan, pensó Juan.

Desde el salón llegaron voces y, poco después, Arturo e Iris aparecieron en el dormitorio.

—Abuelo, ya conoces a Iris —dijo su nieto—. La he invitado a comer.

Se saludaron con un beso en la mejilla.

—Ah, estupendo. Bienvenida, hija, estás en tu casa.

—Gracias, Juan.

—¿Ya has comido, abuelo? —preguntó Arturo.

—Sí, hace rato.

A los pocos minutos, Arturo bajó a la cocina a calentar los calamares en su salsa, dejando al abuelo e Iris a solas. Para romper el hielo, Iris confesó que su película favorita era una francesa llamada «Amélie», pero que nunca la había visto en el cine, solo en televisión.

—Cuánto lo lamento, Iris. La experiencia de ver una película en la pantalla grande no tiene discusión. Un primer plano de un actor es mucho más expresiva y rica en detalles que si la ves en el televisor. Por no hablar del sonido y la música.

—La banda sonora de Yann Tiersen es una maravilla. Tenía nueve años cuando vi la película, y la volví a ver con catorce o quince. Creo que la he visto cinco veces.

—La estrenamos en el Paraíso en el 2001. Ha sido una de las películas más exitosas. Pusimos hasta un pase a las doce de la noche.

—Y dígame, Juan.

—Por favor, tutéame.

Iris sonrió.

—Juan, ¿siempre has llevado toda la gestión?

—Sí, bueno, Sofía también tomaba decisiones. Cuando empezamos a salir el cine le interesaba lo justo para pasar un buen rato, pero poco a poco se fue enganchando, y se convirtió en toda una experta.

Juan se levantó del sillón, tomó una fotografía enmarcada que descansaba sobre la cómoda y se la mostró a Iris. Era una foto en blanco y negro de Juan y Sofía el día de la boda. Los dos estaban radiantes, jóvenes y guapísimos. Juan vestido con chaqué y pajarita, Sofía luciendo un vestido blanco con velo.

—El veinte de agosto de 1960 —dijo, levantando sus espesas cejas como si dijera: fíjate el tiempo que ha pasado.

Iris no podía despegar la vista de la fotografía. Si le hubieran dejado, se la habría llevado a casa para conservarla siempre.

—Se os ve muy enamorados.

La dejó sobre la cómoda.

—Sin ninguna duda, la mujer de mi vida.

Diez minutos más tarde, Arturo e Iris almorzaban solos en la mesa del salón. Por supuesto, Ron merodeaba en busca de un bocado y a veces los miraba con ojos suplicantes.

Iris dijo que los calamares en su salsa estaban de muerte. Le encantó distinguir en la salsa verduras y vino blanco.

Les rodeaba el silencio de la tarde. Aún no había empezado a atardecer y la luz que inundaba el salón era de un brillo tenue. Ambos se sentían agotados después de una mañana intensa de playa. A Iris le gustó descubrir toques femeninos en la decoración, una planta por aquí, un jarrón con flores por allá. Ahora sabía que era la huella de Yarina.

Arturo le acarició la mejilla con la yema de los dedos y le dijo:

—Qué bien, ya no se nota el moratón que te dejó el tipejo ese.

—Sí, ya no me pongo maquillaje para disimularlo.

—¿Cómo ha quedado el asunto de la denuncia? —preguntó Arturo, ofreciendo a Ron un cacho de pan mojado en salsa, pero Ron, después de olisquearlo, lo rechazó sin más.

—Pues me dijo Catalina que le habían dicho que su abogado se había puesto en contacto para enviar una carta de disculpa. Yo le he dicho que eso me vale. En el fondo, entiendo su frustración y tengo la corazonada de que está arrepentido.

—Iris, eres un trozo de pan. Cualquiera en tu situación hubiera aprovechado para sacar dinero.

—Perdió mucho dinero por un fallo tonto. En fin, así yo me siento mejor y cierro el asunto —dijo, y se acordó de un asunto que deseaba contarle—. Por cierto, Catalina sabe lo nuestro. Te vio en la comisaría.

—¿Eso es bueno o malo para ti?

—Prefiero curarme en salud. Ni lo he negado ni lo he afirmado.

—Eres más lista que el hambre —dijo, y le dio un beso en la mejilla—. Y eso hay que celebrarlo.

—¿Después del cine?

—No, aquí y ahora —Y le puso una mano en la rodilla—. Bueno, mejor dicho en mi dormitorio.



—Ah, por fin entro en el santuario del Sr. Arturo Campos —dijo Iris con ironía al entrar.

—Muy graciosa —dijo Arturo, cerrando la puerta con sigilo, aunque el sonido del resbalón pareció que resonaba por toda la casa.

Arturo la besó en el cuello, pero Iris había empezado a curiosear por la estantería y le ignoró. Enseguida los trofeos y medallas, relucientes, captaron su atención. Leyó algunas de las plaquetas conmemorativas. Primer puesto en Hawái; ganador en Bali; gran premio en Los Ángeles… El conjunto de una carrera meteórica. No pudo resistir la tentación de acariciarlos, e incluso cogió uno para comprobar que, en efecto, pesaba una tonelada.

—¿Qué se siente al ganar tanto?

Se lo habían preguntado infinidad de veces en las entrevistas.

—Orgullo —dijo, con seguridad, mientras se embriagaba del olor de la piel de Iris—. Por lo que más quieras, vamos a la cama.

—Está tu abuelo en casa. No sé si…

—No nos va a oír. Se está echando la siesta. ¿No te da un poco de morbo?

Ella dejó escapar una sonrisa traviesa. Entonces la cogió de la mano y la guio hasta el borde de la cama, donde se sentó con Iris subida a su regazo, con las rodillas abarcando la cadera de Arturo.

—¿Y si vienen tus hermanos?

—Lo sabría —dijo, acariciando sus brazos—. Además, se les oye llegar. Son muy ruidosos y brutos.

—¿Y Yarina?

—Trabaja de lunes a viernes —dijo, y deslizó los dedos bajo la blusa para sentir sus caderas.

No dejaban de mirarse mientras la exploraba, y ella sintió un cosquilleo por alguna parte de su cuerpo que no supo precisar. Tomó la atractiva cara de él entre sus manos y notó el frescor del mar. Era imposible sustraerse al abismo de sus ojos oscuros, a la perfecta simetría de su nariz y a esos labios jugosos que pedían a gritos ser devorados.

En el ambiente flotaba ese aire de sopor después de las comidas. Sus cuerpos demandaban tumbarse sobre una cama mullida y dejarse vencer por el peso de la tarde, pero al mismo tiempo encontraban estimulante esa inminente relajación de los brazos, las rodillas, las piernas.

Querían dormir en brazos del otro, despertar al día siguiente, sin embargo, el deseo, palpitante y volcánico, se abría paso desde el interior de cada uno y les era imposible evitarlo.

—Tengo que poseerte —susurró Arturo, queriendo vencer su reticencia—. Quiero que seas mía.

Ella se inclinó y lo besó como si fuera una diosa dispuesta a conceder a un príncipe el deseo de su vida. El beso fue tan ardiente que ella se fue echando sobre él, y Arturo fue descendiendo lentamente de espaldas sobre el edredón.

Iris, ya tumbada sobre él, continuó besándolo. Su largo cabello cayó a los lados de la cabeza de Arturo, y fue como si de repente se les hiciera de noche. Para ellos la habitación se había quedado a oscuras y solo podían respirar si no dejaban de besarse.

Anna soltó un leve gemido cuando sus labios se separaron. Él se incorporó y con una mano en la mejilla, sosteniéndola, le apartó un mechón de la cara y la contempló.

—¿Cómo se puede ser tan bellísima? —musitó.

Iris bajó la mirada, pero Arturo alzó su barbilla con delicadeza y de nuevo se reencontró con sus alucinantes ojos azules. Durante un momento se quedaron en silencio. Fue como si la casa contuviera la respiración, solo se oía el palpitar de sus corazones apasionados.

Sin abandonar la mano en la mejilla, Arturo la volvió a besar. Había pasión, por supuesto, pero también una infinita ternura, y ella sintió que su alma quedaba por fin desnuda. Que esa corriente de emoción que la envolvía solo podía significar que el amor se había apoderado de ella.

Sin embargo, era incapaz de expresarlo con palabras. Su mente estaba perdida en los ojos audaces de Arturo. Solo deseaba que las horas se arrastraran para que esa sensación nunca terminara.

—Quiero beberte entera —susurró—. Quiero hacerlo sin prisas, saboreando cada parte de ti.

Su boca humedeció la fina línea del mentón y fue bajando hacia el cuello arrasando con lo que encontraba a su paso, la consistencia de la mandíbula, la plasticidad del lóbulo, el suave nacimiento de su cabello. La piel desprendía un subyugante aroma a sal, arena y sol.

Llegó el momento inevitable en que Arturo le despojó de la blusa y él se despojó de la camiseta. Ella pensó en desabrocharse la parte alta del biquini, pero antes Arturo le bajó un tirante y su boca vagó con calma por el hombro, degustándolo. Él notó el ansia por adentrarse en ella cuanto antes, sin embargo, de nuevo pausó el ritmo y la miró.

—Me gusta mucho mirarte, Iris —dijo, recreándose en cada palabra, acariciando su mejilla —. Te sueño despierto así, como te veo ahora, espectacular.

Cuando él le bajó la parte alta del biquini, no fue directo a sus pechos, sino que le besó la

frente, la nariz y los labios con una devoción conmovedora. Después la abrazó y al sentirla temblar, la estrechó aún más contra su pecho.

¿Me estaré enamorando?, pensó, alarmado.

En ese instante, como en una revelación, se respondió a sí mismo. Se dijo que sí, que jamás había deseado a otra mujer como deseaba a Iris. Entonces, ella, guiada por su instinto, le besó para derribar cualquier obstáculo que a él le impidiera abrir su corazón, y enfrentarse a la verdad de lo que palpitaba en su interior.

Esto, esto es hacer el amor. Qué distinto a tener solo sexo, se dijo Arturo para sí mismo. Era un pensamiento oculto que no cayó en el olvido, que siempre mantendría presente.

Se sorprendía de cómo su cuerpo respondía con excitación y sin reprimir ningún impulso. Acarició sus senos mientras la miraba, sumergiéndose en sus ojos, asomándose a su alma, sintiendo que algo poderoso e invisible los unía, como una fuerza sobrenatural.

Después la cogió de la mano y, sin soltarla, exploró su vertiginosa cadera, la maravillosa curva femenina. Fue como verla por primera vez. La humedeció con su boca y, estremecido, notó el sabor cálido de la piel. Enseguida cruzó la frontera en busca de las nalgas y descendió lentamente saciándose del prodigio.

Iris dejó escapar un gemido, reposó la cabeza sobre la cama y cerró los ojos, liberando su cuerpo, que se iba derritiendo por el calor poco a poco. Afuera, la tarde seguía cayendo en silencio, como ajeno a lo que sucedía en el dormitorio.

Arturo se arrodilló en el suelo y con delicadeza fue quitando la parte baja del biquini. No se concentró directamente en el sexo de Iris, sino que se recreó en la excitación que provocaba en ella, en cómo se mordía los labios y cómo respiraba con agitación. La estaba torturando con lo que iba a suceder y eso le excitaba.

La atrajo hacia él desde las caderas, casi al borde de la cama. Le abrió las piernas y posó una suave mano sobre la vulva, que enseguida empezó a masajear. Iris, con la espalda arqueada, estaba sometida a una larga y placentera sensación que subía y bajaba de intensidad.

—Arturo… —susurró, con toda su alma.

Era un gozo sin comparación, intenso como una lluvia tropical, profundo como el fondo del mar. Él la guiaba por un camino sinuoso, pleno de lujuria, que la dejaba sin aliento.

Arturo se quitó los pantalones y después la ropa interior. Se inclinó sobre ella apoyándose con una mano sobre el edredón, y antes de penetrarla se regaló un instante para contemplar a aquella mujer y considerarse afortunado porque ella existía y era su amante. Estaban en su dormitorio de toda la vida, como si se hubiera construido solo para ese fin, el refugio definitivo para que hicieran el amor con absoluta intimidad.

Iris le rodeó con los brazos y las piernas, ansiosa por querer más de él, de su portentosa virilidad, de su noble corazón, y fue ahí cuando se dio cuenta de que ningún hombre la había poseído con plenitud.

Ella besó su cuello con ansia mientras disfrutaba del cuerpo de acero que la aprisionaba sobre la cama. Y ese cuerpo era suyo, solo para ella. La sola idea de dominio la volvía loca y por eso se abría aún más a él.

La cama crujía una y otra vez, mezclándose el ruido con los gemidos. Ambos se lanzaban hacia el clímax derribando todo lo que encontraban a su paso, contrayendo cada uno de los músculos, notando el aliento desesperado del otro.

Cuando Arturo se derramó en ella, el vínculo entre ambos se hizo más extenso y perfecto. Se miraron y quedaron deslumbrados por el centelleo que emitían cada una de las pupilas. Después sonrieron, como si supieran lo que pensaba el otro.

—Bésame —exigió Iris, con las últimas fuerzas que le quedaban.

Sin salirse de ella, Arturo cerró los ojos y la besó, colmándose de su saliva, enriqueciéndose hasta que la percibió como parte de sí mismo. Iris, yo…, pensó, sin embargo, no pudo continuar porque su mente se había bloqueado. La abrazó; no deseaba que ella descubriera su vulnerabilidad.

Caminaba al filo de un abismo. Ahora su corazón le pertenecía a Iris.

¿Esto que siento es amor? Es algo nuevo para mí. Es extraño, muy profundo, complejo, qué sé yo. Deja de pensar, Arturo. Estoy agotado, solo quiero dormir junto a ella, muy pegado a su cuerpo, como protegiéndola con los brazos. Sí, esto debe de ser amor. Tengo miedo.

A los pocos minutos, los dos amantes, tumbados de lado, se se dejaron atrapar por el sueño. El dormitorio, la casa y Puerta del Mar quedaron sumidos en el silencio.



Iris se despertó poco a poco. El sol empezaba a retirarse detrás de las montañas y la luz que bañaba el jardín adquiría un tono púrpura, casi irreal. Pronto anochecería. Se sorprendió al verse rodeada por los brazos de Arturo.

¿Cuánto había dormido? Le pareció que una eternidad.

Oyó el sonido pausado de la respiración de Arturo y se giró lentamente hacia él, que seguía dormido. Le apartó con cuidado el pelo de la frente. Hay algo poético en ver a tu amante dormido y desnudo, como si estuviera bajo nuestra protección.

Iris decidió despertarle acariciando el contorno de su cuerpo, el hombro, el brazo, la cadera. Aunque al principio ambos sabían que se trataba de una relación esporádica, ella sintió que habían cruzado una frontera sin darse cuenta. ¿Pensaría él lo mismo?

Se le ve tan mono con los ojos cerrados…, pensó.

Siguió con su táctica de despertarle suavemente, pero no funcionaba. Se movió y ronroneó, dando la impresión de que se encontraba muy a gusto.

—Arturo —susurró al oído.

Le regaló una serie de besos por el rostro, aquí y allá, en la frente, la nariz, los labios, como quien deja notas de amor por la casa. Arturo, sin embargo, continuaba preso del mundo onírico.

No levanto a este hombre ni con una grúa, pensó.

Se le ocurrió una idea divertida. Cubrió el sexo de Arturo con la mano, notando todas sus partes. Él abrió los ojos de inmediato.

—Hola, corazón —le dijo Iris.

Arturo gruñó primero, después fijó la vista en Iris y sonrió con languidez.

—Sigamos en la cama.

—¿No tienes que trabajar en el cine?

Los ojos se le abrieron como platos.

—¡Es verdad! ¿Qué hora es?

Iris buscó su móvil a su alrededor, pero no estaba, tampoco el de él. Los debían de haber dejado en el salón. Arturo estiró el brazo y abrió el cajón de la mesilla de noche. Sacó un reloj-despertador a pilas con aspecto de ser de otra época. Eran casi las siete. Se levantó de la cama de un salto.

—¿Vas muy tarde? —preguntó Iris.

—Sí, pero mis hermanos me cubren —respondió, acercándose a Iris.

Ambos seguían desnudos y a Arturo le tentó la idea de probar de nuevo su cuerpo.

—Me encantaría repetir —susurró.

Iris posó la cabeza sobre su pecho.

—Y a mí.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Por qué no nos duchamos juntos?

—Es la casa de tu abuelo. Además, tienes que ir al cine. Lo dejamos para otro momento, ¿vale?

—Sí, tienes toda la razón. Sería una irresponsabilidad por mi parte llegar aún más tarde.

La besó con pasión pero después, para su sorpresa, la llevó hasta la pared, donde ella rodeó su cuello con las manos. Sería uno de esos polvos rápidos y excitantes.

—Me alegro de que pienses con la cabeza —dijo ella.

Ella levantó las piernas y, para afianzar la posición, se enganchó a los brazos de Arturo, a la altura de los codos. Quedó como suspendida, ambos cara a cara.

—No es de buena educación hacer esperar a la gente, sobre todo a la familia —dijo él.

La volvió a besar para que la excitación se apoderara de él cuanto antes.

—No puedo estar más… —empezó a decir ella.

La penetró sin dejar de mirarla, con absoluta naturalidad, manifestando una complicidad maravillosa. Ella gimió con discreción.

—…de acuerdo —musitó, complacida.

Arturo la presionó un poco más contra la pared, y ella notó que la atravesaba. Empezó a mover las caderas con frenesí, como una bestia salvaje. Ella cerró los ojos y se mordió los labios, naufragando hacia el placer absoluto.

Más tarde, siguieron mostrándose de acuerdo en que no era una conducta apropiada demorarse sin motivo cuando alguien espera.

CAPÍTULO 19

Arturo llegó a tiempo para la segunda sesión, aunque hubo de aparcar en un estacionamiento de pago porque sabía que en el centro, a esa hora, resultaba misión imposible encontrar un espacio.

Previamente, a Iris la había dejado en su casa para que se arreglase con calma. Saldrían después de cerrar el cine, aunque ignoraban si a solas o con Darío y Enzo. Quizá ellos tuvieran sus planes.

Sus hermanos respiraron con alivio cuando le vieron aparecer por la puerta del Paraíso. Como la asistencia de público había aumentado, el trabajo también, por lo que enseguida se puso manos a la obra.

Mientras Darío gestionaba la taquilla y Enzo cuidaba de la proyección, a Arturo le tocó la faena más ingrata: el bar. Debía cerciorarse de que las cámaras estaban bien surtidas, de que la máquina de palomitas lucía pulcra y de que las cajas disponían de efectivo.

Se entregó a la tarea y, una vez finalizada, llamó a su abuelo, que estaba solo en casa para comprobar cómo estaba. La familia había discutido la posibilidad de que alguien se quedara siempre con él, pero el abuelo había rechazado esa posibilidad con contundencia.

—¡No soy un niño pequeño! ¡Puedo cuidar de mí mismo! —les había exclamado, blandiendo el bastón.

Otra de las ideas que barajaron fue la de comprar un reloj inteligente que dispusiera de la función para detectar caídas. Sin embargo, la aversión del abuelo a la tecnología fue un obstáculo insalvable.

Toda la vida se había acostumbrado a llevar el mismo reloj de pulsera. Fabricado en Alemania y regalado por su mujer en el primer aniversario del noviazgo. Funcionaba sin pilas, solo con el movimiento del brazo se daba cuerda a sí mismo. Lo había arreglado innumerables veces, sobre todo la correa de eslabones cuyo cierre se estropeaba por el paso del tiempo, pero jamás se le había pasado por la cabeza desprenderse de él.

Al menos sus nietos le habían pedido que llevara siempre encima el teléfono inalámbrico para cualquier emergencia. Juan aceptó a regañadientes.

Mientras tanto, Enzo, en la cabina, vigilaba que la proyección siguiera su curso sin ningún contratiempo. No obstante, un pensamiento le acechaba. Guardaba un pequeño secreto que desvelaría a su hermano al final de la jornada. Y no les iba a gustar nada. Era una catástrofe para el Paraíso.

Cuando apenas habían abierto el cine, Enzo se encontraba en la barra del bar, sirviendo una fuente de palomitas cuando una pareja se acercó. Un tipo bajito con sobrepeso y barba canosa, que vestía con chaquetilla, camisa y pantalón de pana. Llevaba una carpeta bajo el brazo y le hizo un gesto con la mano para que se acercase. Le acompañaba una mujer, mucho más joven,

que vestía con algo más de elegancia, con un blazer y unos pantalones a juego. Llevaba un bolso marrón que colgaba del hombro.

—¿Qué desean? —les preguntó, pero enseguida notó que sus caras reflejaban una seriedad preocupante.

—Buenas tardes. Mi nombre es Ramiro Pastor y ella es Blanca López. Somos inspectores de trabajo.

La pareja mostró a un estupefacto Enzo las credenciales correspondientes. En una letra grande y clara decía en la parte superior: Ministerio de Trabajo. En efecto, las fotografías se correspondían con las caras de quienes tenía delante.

—¿Qué ocurre?

—Es solo rutina —dijo la mujer.

—¿Un sábado?

—Es lo que toca —dijo, Ramiro, con resignación.

—Sí, solemos visitar los negocios de la provincia para elaborar un estudio de los temas laborales.

—No les entiendo, explíquense —dijo, impaciente, ya que la cola de gente se iba alargando.

—¿Cuántos empleados hay ahora mismo trabajando?

—Mis hermanos y yo.

El hombre asintió, como si la respuesta corroborase sus sospechas. Parecía llevar la voz cantante del duo.

—¿Podemos hablar en un sitio privado? —preguntó el inspector, sin abandonar su expresión de seriedad absoluta.

Enzo decidió suspender el servicio del bar para consternación de los clientes, que soñaban con sus palomitas de rigor. Dirigió los inspectores al despacho y les pidió que aguardasen unos minutos, tiempo que necesitó para entrar en la taquilla y avisar a Darío.

La reacción de su hermano fue parca aunque significativa. Cerró los ojos y suspiró, en una clara señal de honda preocupación. Una vez de regreso, desde el otro lado de la mesa, Enzo preguntó qué necesitaban.

—Queremos ver los contratos del personal —dijo la mujer.

Supo entonces que se encontraban ante un inesperado y grave problema.

—Ahora mismo solo trabajamos mi hermano y yo. Somos los nietos del dueño, que está en casa.

—Para la administración pública no es una excusa para saltarse la ley —dijo la mujer, con una sonrisa forzada—. Existen modelos de contrato para negocios familiares.

—Que su hermano y usted trabajen sin contrato es una irregularidad —insistió el hombre—. Primero, tenemos que levantar acta y después recibirá una notificación.

—Hablen claro. Recibiremos una sanción, ¿verdad?

—Lo más probable —dijo el inspector sin alterar su expresión hosca.

Iris se presentó en el Paraíso cuando los espectadores de la segunda sesión salían por la puerta. Le llamó la atención que fuera un público tan numeroso debido al reportaje del diario Sol. El mundo de los negocios siempre le había parecido apasionante. Ser el dueño de una empresa requería una lucidez y un tesón a prueba de bombas. Gracias a su profesión había tenido la oportunidad de conocer a buen número de empresarios, la mayoría de pequeños y medianos

negocios. Si había unos rasgos en común eran la capacidad de organización y liderazgo.

Cuando atisbó el rostro de Arturo entre la multitud, sonrió. Se besaron como si no se hubieran visto en una semana.

—Estás guapísima —le dijo.

Y no le faltaba razón al surfero. Iris llevaba el cabello suelto, y el maquillaje resaltaba el azul de los ojos y los labios, que parecían más voluminosos. Vestía con una cazadora vaquera y unos pantalones blancos, ceñidos y con esmerados desgarros a la moda.

—Gracias, corazón.

Arturo estaba emocionado por varios motivos: la abrumadora presencia de público acudiendo al auxilio de la familia, y su relación con Iris. El intenso beso a modo de saludo lo había embargado de una manera inédita. ¿Sería capaz de renunciar al surf por una mujer como Iris? La respuesta no andaba muy lejos.

Unos minutos antes la había divisado entre la gente, buscándola con la mirada y, por un momento, sintió unas ganas locas de correr y arrodillarse ante ella. Expresar por fin con palabras lo que sentía pero fue imposible. Al menos la idea se había plantado en su cabeza. ¿Y si la llevaba a cabo esa misma noche? ¿Acaso no sería una locura?

Iris se excusó para acudir al baño y Arturo se quedó en el vestíbulo, despidiéndose de algunos conocidos. En unos minutos, cerrarían y todos se irían a tomar algo. Un plan muy sugerente para un sábado por la noche. Enzo llegó con el rostro crispado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arturo, alarmado.

—Pésimas noticias.

—Maldita sea, ¿y ahora qué pasa?

Enzo contó con pelos y señales el encuentro con los inspectores de Trabajo. Arturo notó una corriente de tensión atravesando su pecho. Si los hubiera tenido enfrente les habría echado a patadas del cine. ¿Ahora vienen a hacer una inspección?

Darío vio a sus hermanos en el vestíbulo y se reunió con ellos.

—No puede ser una coincidencia —dijo Darío, cuando se enteró sobre qué hablaban.

—¿Qué insinúas? —preguntó Arturo.

—Que alguien trata de sabotearnos.

—¿Quién? —preguntó Enzo.

—Ese abogado que vino hace unas semanas representado a Luxury State, el que hizo una oferta por el cine —apuntó Arturo.

—Puede ser —dijo Darío—. Dijo que habría consecuencias.

—¡Criminales! —exclamó Arturo, y las personas que pasaban a su lado lo miraron con extrañeza—. Somos familia trabajando en un negocio, ¿quién no ha echado una mano alguna vez? ¿Nos van a penalizar por eso?

—Estas empresas tienen conexiones por todas partes —dijo Darío—. Es otra manera de presionarnos para que vendamos el Paraíso.

—¿A cuánto ascenderá la multa? —preguntó Enzo.

—No lo sé, pero será importante —respondió Darío.

A Arturo le costaba mantener la calma. Sentía ganas de gritar. Fue justo en ese momento cuando regresó Iris del baño. Estaba dispuesta a saludar con entusiasmo a Darío y Enzo, pero por la expresión de sus caras parecía que regresaban de un funeral.

—¿Qué pasa? —preguntó Iris, mirando a Arturo.

Sus hermanos callaron a la espera que él dijera algo. Arturo, dirigiéndose a ella, negó con la cabeza, como diciendo mejor que no lo sepas. Sin embargo, las palabras que acudieron a su

mente fueron otras, más tajantes de lo que hubiera deseado.

—Es un asunto de familia. No te metas —dijo, con el rostro endurecido.

El dolor por ese desaire le llegó hasta el fondo del corazón.

—Ah, perdona —dijo, nerviosa, recolocándose la correa del bolso sobre el hombro—. Os dejo tranquilos.

Iris se dio la media vuelta y se encaminó hacia la salida, sorteando el público que aún quedaba en el vestíbulo formando corrillos. Luchaba contra sí misma; el deseo de llorar la embargó por completo.

Por la mirada de desconcierto de sus hermanos, Arturo cayó en la cuenta de que había obrado mal. Cerró los ojos y maldijo. El mundo se le cayó encima. Salió a la calle a buscarla.

La noche se había apoderado de Puerta del Mar, y el cielo se deshacía, las estrellas se habían perdido y la luna estaba ausente. Los coches pitaban, las motos emitían un ruido infernal y la gente ansiaba refugiarse en casa.

Arturo distinguió el cabello rubio de Iris alejándose a unos veinte metros, y corrió hacia ella. Notaba el pulso acelerado, pero lo más inquietante era la sensación de vértigo que lo dominaba.

—Espera un momento —le dijo, cuando la alcanzó.

Pero ella solo giró la cabeza para mirarle con un vago interés.

—¿Ya ha terminado la reunión familiar? Qué pronto —dijo, sin detenerse.

Arturo la cogió de un brazo y se plantó delante de ella, impidiendo el paso. Algo se había roto entre ellos, y tuvo la desagradable sensación de que si la dejaba marchar jamás dispondría de otra oportunidad de arreglarlo.

—Perdona si he sido un poco borde.

—¿Un poco?

—Bueno, mucho. Es que estaba cabreado, ya me conoces —concedió—. ¿Podemos hablarlo tranquilamente?

—¿De qué quieres hablar?

—De nosotros.

—¿Para qué? Lo has dejado bien claro, Arturo. ¿De qué quieres hablar, de dónde follaremos? Parece que no te gusta hablar conmigo de lo importante.

—No quiero preocuparte con eso. Son cosas de familia.

—Claro, y eso a mí no me incumbe, porque no soy de la familia —dijo, tajante—. Escúchame, Arturo. Te vi tontear con aquellas chicas en la playa y lo olvidé, aunque también eso me dolió, que lo sepas, aunque no tanto como lo de esta noche. Pero lo que más me sorprende es que solo digas que fuiste un pelín borde, y ya está. Ese no es el problema de fondo, pero no te das cuenta.

—Entonces, ¿cuál es?

—¿Para qué? No creo que te interese saberlo.

—Si no me interesara no te lo preguntaría.

—¿Te parece normal que quieras mantenerme al margen otra vez de los problemas de tu familia?

—Te estoy protegiendo.

—No necesito tu protección, necesito tu confianza, que confíes en nosotros. Yo lo hice, ¿o es que ya no te acuerdas?

Arturo se quedó pensativo. Necesitaba más información para saber a qué se refería.

—¿No te acuerdas ya cuando te conté mi secreto más íntimo?

La respuesta le vino enseguida: La terrible violación en Londres.

—Claro que sí. Pero no es lo mismo, Iris.

—Sí, es lo mismo, Arturo.

—Pero, ¿tengo que mantenerte al día de lo que pasa en mi familia? ¿De verdad es importante para ti saber que una mano negra quiere que cierre el cine? ¿Que mi abuelo pasa un dinero en secreto a un adolescente?

Iris se quedó pasmada ante la noticia, sin embargo, en aquel momento era lo de menos. Sintió que casi podía palpar el desequilibrio entre ambas. Ella daba, pero él solo daba una parte. Además, la expresión de Arturo reflejaba una cruel e incomprensible ironía ante sus sentimientos.

—Déjalo, no lo entiendes.

—Explícamelo, Iris.

—No sabes lo que significa sinceridad y yo no puedo estar con alguien que lo ignora. ¿Te ha quedado claro?

—Sé muy bien lo que significa sinceridad.

—Mejor para ti. Ahora me apetece ir a casa. Necesito tiempo para pensar. Buenas noches.

Arturo permaneció inmóvil, con los brazos en jarras, mientras veía a Iris distanciarse cada vez más. Es como el final de una película, se dijo, abatido. La protagonista se va y la pantalla se cierra a negro. Y lo que parecía una historia romántica se convierte en un drama lacrimógeno.

Se le pasará, seguro. Mañana o pasado le regalaré un ramo de flores. Se las enviaré al banco o a su piso. Tengo que dejar unos días para que se le pase y crea que me está torturando. Es eso lo que les gusta a las mujeres. Torturarnos, hacernos de rogar. Ella quiere que me sienta mal.

Cuando regresó al cine, sus hermanos estaban esperando en la puerta. Todo el público ya se había marchado. Las luces del letrero Paraíso estaban apagadas.

—¿Lo arreglaste? —preguntó Enzo.

Arturo entornó los ojos, como si prefiriera no hablar del asunto.

—Sigue mosqueada. Eres gilipollas —dijo Enzo.

—Anda, cállate, pesado.

—Un buen trago de cerveza te ayudará a aliviar las penas, hermano —dijo Darío, dándole una palmada en la espalda.

—No tengo que aliviar nada. Le daré unos días y si no, pues ya habrá otra.

Se fueron a casa temprano. El ánimo no era el idóneo para prolongar la noche. La pelea con Iris y la inspección de Trabajo les había dejado la moral por los suelos. Además, faltaba contar al abuelo esto último. Ninguno deseó imaginarse su reacción. Otra piedra más en el camino.

En la calle, antes de despedirse y de que cada uno subiera a su coche, mantuvieron un breve diálogo.

—Ojalá que no afecte a su salud —dijo Enzo, refiriéndose al abuelo—. Tal vez debamos esperar a que nos llegue la sanción para decírselo.

—No, se lo decimos mañana por la mañana —dijo Arturo, pensando en lo que le había dicho Iris sobre sinceridad.

—Estoy de acuerdo. Es lo razonable —sentenció Darío.

~

Esa noche fue imposible conciliar el sueño. En su habitación, a oscuras, no hacía más que dar vueltas sobre la cama, donde unas horas antes Iris y él habían hecho el amor. Consultó el móvil por si acaso ella le hubiera mandado algún mensaje, pero no había recibido nada. Ella debía de

estar durmiendo, quizá disgustada, reviviendo la discusión una y otra vez. Si hubiera dicho esto, si ella hubiera dicho lo otro…

Desesperado, salió de su cuarto y fue a la cocina a servirse un vaso de agua. La casa estaba invadida por el silencio. En un primer momento pensó en dar a Iris un par de días, pero ahora se percataba de que dos días sin ella era como esperar un siglo. No, tenía que reaccionar antes.

¿Qué hora es? El reloj de la cocina marcaba las cuatro de la mañana. ¿Y si le envío un mensaje? Arturo, ni hablar, a esta hora parecerías desesperado. Regresó a la cama y se tumbó bocarriba procurando relajarse. Se le ocurrió entonces ir a su casa por la mañana, lo más temprano posible. Sería un movimiento sorpresa. Llevaría un surtido de bollos y desayunarían juntos. Olvidarían la discusión. Todo volvería a ser como antes.

Fue el primero de la casa en levantarse. Notó la falta de sueño, así que se duchó para despejarse. Se vistió con una gran sensación de urgencia. Después se peinó y se lavó los dientes. Tampoco era de recibo presentarse en su casa con halitosis matutina. El abuelo seguiría durmiendo. Darío vendría a media mañana. Hablaría con ellos más tarde, a la vuelta.

Se despidió de Ron y se subió a la furgoneta. Los primeros rayos de sol amanecían por el este. Era un domingo más para los habitantes de Puerta del Mar. Se detuvo en la panadería a comprar *croissants* porque sabía que la volvían loca. El panadero, don Julián, siempre amable, se sorprendió de verlo tan temprano pero no dijo nada, solo le preguntó por su abuelo.

Con el aroma de la mantequilla y la harina envolviéndole, Arturo condujo hasta el piso de Iris. Eran casi las nueve de la mañana. Aunque el sol apenas se elevaba por el horizonte, la luz que esparcía era más que suficiente. Quizá no fuera una hora idónea para visitas, pero la situación bien merecía arriesgarse.

Se bajó de la furgoneta y se dirigió a la entrada que, como siempre, estaba abierta. No vio ninguna luz encendida en las ventanas del apartamento de Iris, pero le resultó comprensible.

Respiró hondamente y llamó a la puerta. Toc, toc, toc. Se imaginó a Iris extrañada. ¿Quién será tan temprano? Pero los segundos fueron pasando y nada sucedía. Volvió a llamar. Tal vez está en la ducha. Pegó el oído en la puerta pero no le llegó ningún ruido. Era como si el apartamento estuviera deshabitado.

—Se ha ido —dijo una voz a su espalda.

Arturo se giró. Era la mujer que una vez había visto alimentar a los gatos. Llevaba el cabello revuelto, la rebeca desgastada, y sostenía una bolsa que dedujo sería comida. Le dedicó una sonrisa apacible.

—¿Le dijo a dónde?

—No lo sé. La vi subirse a un taxi con una maleta.

Arturo sintió un escalofrío recorriendo la espina dorsal.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos.

Le regaló el surtido de bollería y se volvió a la furgoneta preguntándose adónde ha ido. Una maleta significa viaje, larga estancia en algún sitio. Ella no había mencionado nada acerca de un plan en los próximos días. Tal vez había surgido de repente una urgencia personal, o se debía a la discusión de anoche. ¿Había puesto distancia física entre ambos?

Sentado frente al volante de la furgoneta, cogió su móvil y la llamó. Al primer tono, rechazó la llamada. Su primer impulso fue arrojar el móvil por la ventana. Después canalizó su rabia apretando los puños y negando con la cabeza. Se sentía perdido.

¿Y si ella no volvía nunca?

Su única posibilidad de saber algo más sobre si Iris se había ido lejos o si ya había regresado,

era presentarse el lunes en el banco. Si ella estaba ausente, preguntaría a sus compañeros; quizá ellos supieran adónde había ido.

Cuando regresó a casa, se encontró a Enzo, Darío y el abuelo sentados a la mesa, donde aún había restos del desayuno y olía a café. Sus hermanos le miraron con gravedad y Arturo al principio no comprendía la razón, pero enseguida recordó que habían acordado contar al abuelo el último contratiempo. La inspección de Trabajo.

No doy abasto con tantos problemas, pensó.

—Siento el retraso —dijo Arturo.

—No te preocupes —dijo Darío, comprensivo—. Ya se lo hemos contado.

Arturo fue hacia su abuelo y lo rodeó por los hombros.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, hijo, bien —respondió, palmeándole las manos con afecto—. Bueno, resignado, mejor dicho. Debería haberme dado cuenta de que se necesitaban nuevos contratos.

—¿Y la asesoría? Debería haberte advertido —dijo Enzo.

Juan se encogió de hombros.

—Llevo con ellos muchos años y nunca he tenido ningún problema. Son excelentes muchachos. A lo mejor se les pasó o no lo expliqué bien. Ahora es lo de menos.

—Tenemos que idear un nuevo plan —dijo Darío.

—Lo primero es que la asesoría nos dé de alta como trabajadores del cine.

—Sí, eso lo primero —dijo Arturo—. Después, esperar la notificación.

—Os voy a pedir un pequeño favor —dijo Juan.

—Lo que sea abuelo —dijo Enzo.

—Tengo que reflexionar sobre lo mejor para el Paraíso. ¿Alguno me puede llevar al cementerio?

—Claro que sí —dijo Arturo—. Yo te llevo.



El cementerio de Puerta del Mar se encontraba en las afueras, desplegado sobre la falda de una colina, desde donde se divisaba la pequeña ciudad a orillas del Mediterráneo. En lo alto se encontraba el aparcamiento, junto al edificio que albergaba la recepción y el crematorio.

El viento de poniente soplaba con ligereza y se oía el rumor de las hojas agitándose. Varios coches estacionados significaba la presencia de otras familias de visita. A través de la rampa bajaron hasta el nivel intermedio, de los tres que costaba el cementerio.

Arturo conocía la ubicación del columbario familiar, así que empujando al abuelo en la silla de ruedas, llegaron hasta los nichos reservados para los Campos. Había algo sobrecogedor en observar las fotografías en blanco y negro de los difuntos —entre los que estaba su bisabuelo, el fundador del Paraíso—. Una costumbre que no habían heredado los fallecidos más recientes, pues se habían limitado al nombre, apellidos, fechas y una frase de despedida.

Juan dirigió una mirada solemne a los familiares, como un saludo respetuoso, y después se centró en la lápida de Sofía, que se encontraba a la altura de sus ojos. Un ramo de crisantemos la distinguía del resto de lápidas.

—Necesito unos minutos en silencio, hijo —le dijo.

Arturo se apartó unos metros. Era la primera vez que traía a su abuelo al cementerio, pero algo en su forma de pedir intimidad le invitó a pensar que era su costumbre acudir al cementerio. Y no le extrañó, pues sabía cuánto había amado a su abuela.

Paseó unos minutos por la otra ala del columbario. Se encontró con algo que le llamó la atención: un nicho compartido por dos personas, un hombre y una mujer. Nunca lo había visto antes, si bien era cierto que no solía frecuentar el cementerio. Habían fallecido con un año de diferencia. Debían de haberse querido mucho, pensó.

Observó a su abuelo en la distancia. Le vio mover la cabeza, como en un gesto de asentimiento. Se le encogió el corazón al pensar que su abuelo hablaba solo (¿ha perdido el juicio?), pero enseguida intuyó que mantenía un diálogo consigo mismo. O quizá un diálogo con su abuela. Sí, eso debía de ser. El abuelo le contaba los pormenores de la vida, su estado de salud, los problemas con el Paraíso, las inquietudes de los nietos, lo que sea, incluso le pedía consejo en algún tema. Y la abuela contestaba, dando ánimos y amor.

—Arturo, ya nos podemos ir cuando quieras —le dijo al cabo de unos minutos.

Mientras regresaban por la rampa en dirección al aparcamiento, el abuelo dijo con toda naturalidad.

—La abuela te envía recuerdos.

—Gracias —dijo, sonriendo—. Espero que esté bien.

—De maravilla, mejor que nosotros —dijo, también sonriendo.

En el camino de regreso a casa, Arturo se sintió conmovido. Era como si acabara de tener una revelación. Hasta entonces había visto a sus abuelos como lo que eran, sus abuelos, dos adultos que habían fundado un hogar y una familia, pero ahora también les veía como Juan y Sofía, un hombre y una mujer, una historia de amor para toda la vida. ¿Quién no desearía algo así para uno mismo?

CAPÍTULO 20

El lunes por la mañana, a primera hora, Arturo fue al banco a ver a Iris o a preguntar por ella. Aquella amable anciana la había visto con una maleta, y eso abría un sinfín de interrogantes. El más terrible de ellos, ¿había abandonado el trabajo? Le parecía improbable aunque con las mujeres nunca se sabe.

Acudió temprano para evitar a los numerosos clientes que cada día visitaban la oficina. Así podría hablar con más calma con sus compañeros. El olor a café y pan tostado flotaba sobre las calles cuando entró por la puerta.

Buscó a Iris con la mirada pero no la encontró.

La primera persona que vio fue a Catalina, quien se dirigía a entregar unos documentos a uno de los empleados. Se miraron fugazmente. En la mente de ella, aún seguía vivo el recuerdo de la escena que montó en su despacho.

Arturo fue directo hacia Catalina. Sabía que para obtener la información necesitaba mostrar unos modales irreprochables.

—Disculpe que la interrumpa…

Catalina cerró los ojos un instante, como si algo que no deseaba que sucediera estuviera sucediendo.

—Estoy buscando a Iris.

—No está —dijo con una sonrisa forzada.

—Catalina, sé que soy la última persona a la que le gustaría ver, pero tengo que hablar con ella. Es importante. ¿Dónde está?

—Hoy no va a venir y tampoco le puedo decir cuándo.

—¿Por qué?

—Por privacidad.

Catalina había intuido que cuando Iris le pidió unos días libres de improviso, Arturo Campos tenía algo que ver. Ahora lo constataba. La regañina por su relación con él no había surtido efecto.

—Solo quiero saber si está de vacaciones.

Catalina no dudaba de su sinceridad, pero la vida le había enseñado que era mejor no juzgar a nadie por sus apariencias. Aunque parecía sincero, desconfiaba. Iris era su compañera y debía protegerla.

—Insisto en que no se lo puedo decir, caballero —dijo, con la máxima frialdad, y para zanjar el diálogo, añadió:—. ¿Vale?

—Le voy a pedir que se case conmigo. ¿Me entiende ahora?

Catalina arqueó las cejas, sorprendida hasta el tuétano. Por un momento se llenó de

contradicciones. Una parte de ella deseaba decirle que estaba en casa de sus padres, la otra le rogaba que no cediera, quién sabe si se trataba de una simple argucia para que bajara la guardia.

—Puedo decir que lo está buscando si ella llama —dijo, finalmente, procurando con mucho esfuerzo no caer en la compasión—. Lo siento, pero no voy a ceder.

Arturo negó con la cabeza, frustrado.

—Comprendo que hoy en día hay que ser precavido. De todas formas, gracias por su tiempo —dijo, y dio la media vuelta y enfiló hacia la salida.

Catalina lo veía alejarse y se preguntó si de verdad Arturo Campos se había *reformado*. Si Iris lo había conseguido, sin duda se merecía un ascenso.

Arturo, abatido, regresó a su furgoneta. Le había dicho a su jefa, guiado por un impulso, que le iba a proponer matrimonio. Notaba cómo su cuerpo temblaba. ¿Y si cuándo regresara le decía que habían terminado?

Decidió que iba a enviarle un mensaje de audio a Iris, pero antes se tomó unos minutos para aclararse. Ahora mismo tenía en la cabeza un batiburrillo de pensamientos y emociones.

—Iris, acabo de estar en el banco —dijo, iniciando la grabación—. Verás, yo… Quería saber si estabas bien, bueno, si a lo mejor habías tomado unas vacaciones u otra cosa. Espero que estés bien y te echo de menos. Un beso.

Apretó el botón de stop y el mensaje se envió. Escuchó el mensaje y le pareció desolador, que no reflejaba sus sentimientos, pero si lo borraba del chat Iris se daría cuenta y quedaría en evidencia.

Solo podía esperar.



Iris no había avisado a sus padres de que pasaría unos días en casa. Lo más razonable hubiera sido enviar al menos un mensaje de aviso, pero sabía cómo reaccionaría su madre. La llamaría para preguntarle qué le pasa. ¿Problemas en el trabajo, en el amor o qué, hija?

El viaje a Madrid se había producido con algún sobresalto que otro, ya que había sacado el billete por internet un par de horas antes de embarcar. Había preparado la maleta en un tiempo récord, pero la odisea fue encontrar un taxi que la llevase al aeropuerto. Se vio obligada a recorrer unos cuatrocientos metros con la maleta desde su portal hasta que dio con uno.

Pero eso no fue todo, ya que el vuelo salió con retraso y al aterrizar su maleta no apareció. Cuando Iris ya se veía en el mostrador de la compañía área para presentar una reclamación, descubrió su maleta sobre la cinta automática de equipajes.

La próxima vez viajo en tren, se dijo.

—¡Iris! ¡Qué sorpresa! —exclamó su madre, Carmen, cuando abrió la puerta y descubrió a su hija, despeinada, con ojeras y cara de venir de un funeral.

Su madre, una mujer alta y de caderas anchas, de piel blanca surcada de venerables arrugas y unos ojillos chispeantes, la recibió con los brazos abiertos y ofreciendo la mejilla para recibir un gran beso.

—¡Antonio, despierta, que está aquí nuestra Iris! —exclamó—. Tu padre se acaba de echar la siesta, pero hay que despertarle.

Madre e hija fueron hasta el salón. La televisión emitía un documental sobre los elefantes en la sabana africana. Su padre, tumbado sobre el sofá, se acababa de despertar y su cara reflejaba cierto desconcierto.

Antonio era dos palmos más bajo que su mujer, lucía una calva con pelo en las sienes, y su

cara era redonda y de facciones amables. Parpadeó hasta darse cuenta de que no era un sueño, que su hija estaba realmente ahí, delante de él, en su casa. Entonces se levantó y se fundieron en un cariñoso abrazo.

En ese momento, casi todas las preocupaciones de Iris se volatizaron. El efecto del regreso a casa.

Iris sabía que sus padres tarde o temprano preguntarían la razón por la que se había presentado sin avisar. No se trataría de un reproche, sino simple curiosidad paterna. Decidió que necesitaba calmarse; después de sufrir un accidentado viaje notaba el cuerpo agarrotado y tenso.

—Pedí unos días libres y me los dieron —dijo Iris—. El verano se avecina con mucho trabajo y viene bien un pequeño descanso.

—Estupendo, hija —dijo Antonio—. Bienvenida a casa.

—¿Has comido?

—No, y el estómago me ruge.

—Pues estás de suerte porque justo hoy tu padre ha hecho una paella, y ha sobrado lo suficiente para una ración.

Cuando su padre cocinaba se encerraba en la cocina, encendía la radio para oír la tertulia deportiva y se recreaba durante horas en la preparación del almuerzo. Le relajaba.

—Anda, hija, ve a tu cuarto, deshaz el equipaje que yo mientras tanto preparo la mesa.

—Eso, yo, ejem, por mi parte seguiré viendo un poquito más este interesantísimo documental sobre animales —dijo Antonio.

—Si roncas muy fuerte, te despertaré —amenazó Carmen, guiñando un ojo a su hija.

Iris recogió la maleta que había dejado en el recibidor y se la llevó al dormitorio. Por la ventana, que daba a un patio interior, se colaba la luz de la tarde. La cama seguía cubierta con su edredón de siempre, de motivos florales y el cojín en forma de corazón descansaba sobre la almohada. Un gran armario de conglomerado de madera albergaba ropa vieja que le traía recuerdos del instituto. Sobre el escritorio había un estante con diccionarios de economía y algunos de derecho.

Recordó que el móvil estaba con escasa batería, así que le pidió a su madre un cargador. Cuando conectó el cable al enchufe el móvil hizo ¡plin! Vio la llamada perdida de Arturo y el mensaje de audio, pero los ignoró.

Estuvo tentada de hablar con él, pero de repente tuvo la certeza de que no era el momento. De nada servirá alejarse de todo si luego era incapaz de mantener la distancia. ¿Cuándo se daría cuenta Arturo de que se había marchado? ¿Qué pensaría en ese momento?

Abrió la maleta y fue colocando las cosas en sus correspondientes lugares. El pijama bajo la almohada, la ropa interior en los cajones de la mesita de la noche, el estuche de maquillaje en el baño. Le llegaba el ruido familiar de la ciudad, las sirenas de la ambulancia, los vecinos, el murmullo de la calle. La vida aquí era tan diferente a Puerta del Mar…

Unos minutos después se encontraba en la mesa del salón, disfrutando de la paella. Sus padres estaban a su alrededor viéndola comer. Su hija, ya toda una mujer independiente, que les hacía una visita inesperada.

—¿Todo va bien? —le preguntó su madre.

—Ahora sí. Os echaba de menos y necesitaba desconectar unos días del trabajo. Mi jefa últimamente está insoportable —dijo, y miró a su padre y le dijo, refiriéndose a la paella:—. Qué buena está.

—Gracias, hija —dijo, hinchado de orgullo.

—Nos decías que tu jefa está insoportable —dijo su madre.

—Siempre pidiendo informes para ayer. Menos mal que no me puso pegas para pedirme estos días, como no estaban planificados pensé que se negaría.

Aún no se sentía cómoda para contar todos los detalles de su relación con Arturo. Era complicado confesar en ese momento que se había lanzado a lo kamikaze en una relación tórrida y loca para terminar con el corazón roto.

—Si es que las grandes empresas siempre tratan al empleado como a un número —dijo su padre.

—Es cierto, Antonio, pero a ella le gusta su trabajo, ¿verdad que sí, Iris?

Asintió con la cabeza, aunque se dio cuenta de que hacía tiempo que no se lo preguntaba con seriedad. Sí, le atraía el trato humano y el ayudar a respaldar negocios de los pequeños y medianos empresarios. Además, el sueldo estaba bien y disfrutaba de un seguro médico privado. Llevaba cuatro años en la empresa y en algún momento había soñado en ascender a un cargo de mayor responsabilidad. Era joven y no tenía prisa.

—¿Queda más paella?

—Claro que sí —dijo su madre, levantándose.

Se llevó el plato y se dirigió a la cocina. Su instinto materno le decía que la visita sorpresa de Iris obedecía a algún problema con el chico con el que estaba saliendo. El hecho de que no les hubiera avisado de su llegada era una pista fundamental.

A pesar de esto, una parte de ella se sentía tranquila. Su hija había vivido un horrible episodio en Londres y, a trancas y barrancas, había logrado dejarlo atrás, lo que demostraba que había pedido la ayuda adecuada y demostrado la voluntad de seguir adelante. No sabían el qué, pero ellos algo habían hecho bien para que Iris, a pesar de todo, saliera adelante.

Cuando regresó al salón con la última ración de paella, comprobó con agrado que su hija sonreía. Su padre le habría dicho alguna tontería para que olvidara sus problemas. La vieron terminar de comer mientras sus padres contaron lo que habían hecho los últimos días. Nada fuera de lo habitual, pasear una hora diaria y contratar a un señor para que pintara las paredes de su dormitorio.

Mientras les escuchaba Iris notó cómo disfrutaba de su compañía. Esto es lo que quiero para mí, una casa, un hogar, una familia. Un matrimonio que me aporte seguridad. Compartir una vida con la persona que amas, intimidad y complicidad. Tener hijos a los que cuidar y formar; estar siempre ahí para ellos, una cama lista por si necesitan volver.

Se dio cuenta una vez más de que estaba cansada de vivir en soledad. Que se había protegido de las relaciones con los hombres engañándose a sí misma de que buscaba solo sexo, cuando en realidad no era así.

Se había negado a oír a su corazón y se había refugiado en pensamientos rígidos. Ser adulto significaba analizarse con honestidad, alumbrar los errores, saber perdonarse.

Sin embargo, aunque ella anheló una relación seria con Arturo desde el principio, su separación, ruptura o lo que pasaría después no era por culpa de ella. Eso lo tenía claro. ¿Cómo se puede fundar un matrimonio sin confianza? ¿Por qué Arturo no le había contado los problemas del Paraíso, cuando Iris le había revelado su secreto más íntimo?

La respuesta era evidente. No había confiado en ella. Pues ¿sabes una cosa? Que te den.

En el futuro conocería a un hombre que la amase y que no albergara secretos para ella. Formarían una alianza de igual a igual que les llevaría a amarse sin límites, a vivir en una casa grande y llenarla de niños correteando por el salón.

Ahora tenía la certeza de su deseo. Solo que Arturo Campos no era el hombre para ella. Echaría de menos el sexo, para qué negarlo, pero había más cosas en la vida.

Arturo tuvo la sensación de que el tiempo no avanzaba, que las horas se hacían demasiado largas. Echaba de menos a Iris y a menudo se preguntaba cuándo volvería y qué pasaría entre ambos. Si al menos pudiera hablar con ella, pero no le devolvía los mensajes ni respondía a sus llamadas. El mensaje era claro como el agua: Déjame tranquila.

Su relación pendía de un hilo. Temía que al regresar a Puerta del Mar ella ya hubiera decido cortar con él. Si pudiera hablar con ella ahora, en medio de sus reflexiones y con los sentimientos a flor de piel. Pero ¿cuál era la dirección de sus padres? ¿cómo averiguarla?

Necesitaba un golpe de efecto. Un gesto que convenciera a Iris de que lo suyo tenía futuro. Pero le dolía la cabeza de dar vueltas a todo sin encontrar una solución.

Esa semana se refugió en la rutina del día a día. Cuidar a su abuelo por las mañanas y por las tardes trabajar en el Paraíso con sus hermanos. En general, estaba con Darío pues disponía de más tiempo, mientras que Enzo se veía limitado por sus horarios en Salvamento Marítimo.

El calendario marcaba las últimas semanas de la primavera, y Arturo preveía el verano con una considerable carga de responsabilidades. Para empeorarlo aún más, ya había llegado la carta certificada de la Seguridad Social con el importe de la sanción. Una barbaridad de dinero.

—A pesar de que es una cantidad importante, podía haber sido peor —le dijo Darío en el salón de casa.

Darío, Arturo y el abuelo estaban sentados en el sofá. La carta certificada descansaba sobre la mesa, abierta de par en par, como si nadie deseara tocarla.

—No me jodas que encima somos unos suertudos de la leche —dijo Arturo, con un mohín de disgusto—. Vaya mierda de vida.

—¿Qué te pasa, hijo? Llevas unos días con una cara larga —dijo su abuelo.

—Su lío de verano que ya no quiere saber nada más de él —dijo Darío.

—Bueno, Arturo, tú siempre has cambiado de novia como de camisa —dijo el abuelo, dándole unas palmadas en la pierna—. Ya encontrarás a otra.

Arturo negó con la cabeza.

—No es broma, abuelo. Es una mujer importante para mí y estoy jodido.

—Pues habla con ella, dile cómo te sientes —dijo su abuelo.

—¡No sé dónde está ni cuándo volverá! Lo presiento, está pensando si dejarme o no.

Por primera vez Darío vio a su hermano afectado por la relación con una mujer, y aunque le dolía verle así, pensó que el pequeño sufrimiento que estaba viviendo le ayudaría a madurar.

—Pero ¿qué ha pasado? —le preguntó.

Arturo les relató los últimos acontecimientos sobre Iris. Su discusión en el cine y su visita frustrada al apartamento y al banco, así como los intentos de hablar con ella por el móvil. Lo único que sabía era que se encontraba con sus padres en Madrid, pero ignoraba la dirección o la forma de comunicarse con ellos. Y por último añadió:

—Quiero proponerle que se case conmigo.

El abuelo se llevó una mano al corazón creyendo que le iba a dar otro ictus. Darío se quedó conmocionado y se preguntó si lo estaba soñando: su hermano mediano expresando su voluntad de casarse.

—¿Por qué ponéis esa cara? —preguntó Arturo, extrañado.

—Por nada, hijo, por nada —se apresuró a decir su abuelo—. Si esa chica es inteligente dirá que sí. Qué bien, ojalá que haya una boda en la familia. Por fin un poco de alegría porque llevamos una racha de padre y muy señor mío.

—Abuelo, cálmate; no sé lo que ella va a decir. Debería haberme callado.

—¿Qué haces aquí? ¡Corre y díselo cuanto antes, mequetrefe! ¡Que te doy con el bastón en la cabezota!

—¡Que no sé dónde está!

Darío, que se había quedado pensativo, quiso abrir la boca, pero justo en ese momento sonó el teléfono de Arturo y la conversación dio un giro. Era Enzo. Descolgó y activó el altavoz para que todos escucharan.

—Familia, ¿estáis todos ahí, verdad? Muy rápido porque no tengo mucho tiempo, ya estoy saliendo del puerto —dijo, con una voz que se entrecortaba—. No sé vosotros, pero llevo días dándole vueltas a la situación del cine. La multa nos ha hundido un poco más, pero se me ha ocurrido una idea para pagar la multa que creo pueda funcionar.

Y entonces les contó su plan, el cual les pareció a los tres que podía funcionar, aunque eso supondría un cambio drástico en sus vidas.



La vuelta a Puerta del Mar estaba muy próxima, apenas en un par de días y aún no había tomado una decisión clara con respecto a su futuro con Arturo. Se había sentido tan arropada junto a sus padres que le pareció vivir en una confortable burbuja. Los guisos de su padre, los paseos con su madre, o las noches con ambos viendo la televisión, habían sido balsámicos. Nunca les planteó el dilema que anidaba en su corazón, porque sabía que solo ella podía tomar la decisión de seguir con Arturo o romper con él.

Llevaba la mañana en su dormitorio, refugiada en un libro que abordaba la biografía de un hombre importante de la economía mundial. Disfrutaba con la lectura de historias de grandes emprendedores porque siempre se podía aprender un detalle y aplicarlo en la vida. La ficción le interesaba aunque en su justa medida.

Oyó el timbre del portero automático. Al cabo de unos minutos su padre llamó a su puerta y entró. Le dijo que deseaban entregarle un paquete de Londres. Iris dijo que sí, que sabía que iba a llegar a esta dirección porque le habían avisado. Debía de tratarse de algún documento fiscal que su empresa le mandaba obligada por *Treasury*, el ministerio de Hacienda en Inglaterra. Lo habitual cuando alguien se muda de un país a otro.

Cuando llamaron a la puerta, ella fue a abrir. Nunca olvidará cuando resultó que el mensajero era alguien conocido. Arturo Campos. Se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo…? —dijo, sin saber cómo había articulado la palabra, puesto que aún seguía atónita.

—Esa supuesta empleado que llamó para decirte que necesitaban entregar un paquete urgente de Londres, pero que no había nadie en tu piso era Enzo —dijo Arturo con una sonrisa astuta.

Ella misma les había facilitado la dirección de casa de sus padres. El plan ideado por Darío había salido a la perfección.

Antes de que Iris pudiera recuperarse de la enorme sorpresa, Arturo le preguntó si podía pasar.

—Sí, yo, claro… —titubeó Iris haciéndose a un lado, pensando en que le había pillado con ropa de casa, sin maquillaje y con el cabello recogido; vamos, el uniforme de casa.

Arturo echó una ojeada al recibidor donde había una mesita para dejar las llaves, un perchero con abrigos y, colgados en la pared, un mosaico de pequeños espejos.

—Quería hablar contigo, fui a tu casa, pero me dijo la vecina que te habías ido. Y en el banco

no quisieron decirme nada.

—¿Fuiste al banco?

—Solo quería saber que estabas bien, de verdad.

—¿Qué quieres decirme?

—Que me disculpes por haber sido un idiota.

Ella suspiró. Agradecía la humildad de Arturo en reconocer un error.

—Lo comprendo —dijo con una sonrisa—. Fue una noche complicada y es normal que estuvieras tenso. A mí me hubiera pasado lo mismo. Estás perdonado.

Arturo dio un paso hacia ella, dispuesto a tomarla por la cintura y besarla. Sin embargo, Iris le esquivó.

—Gracias por venir de tan lejos. Ahora, si me disculpas, tengo muchas cosas que hacer. Ya nos veremos —dijo abriendo la puerta.

—Estoy confundido, Iris. Pensé que…

—¿Que ya estaba todo arreglado viniendo aquí y diciendo ups, metí la pata?

Arturo se sentía cómo si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago.

—Ya veo que sigues cabreada.

—¿Quién, yo? En absoluto. Creo que los dos hemos visto que nuestra relación no está equilibrada, pero la vida sigue. Si quieres nos vemos, tomamos un café, charlamos…

—Me estás dejando.

—¿Has pensado alguna vez en la clase de relación que teníamos? Pues ya te lo digo yo: cero responsabilidad, cada uno a su aire. A disfrutar y ya está —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo quiero dejar claro que seguiré haciendo lo que haga falta para apoyar al Paraíso, a nivel personal o profesional. Faltaría más.

—Sé bien lo que teníamos.

—Genial, ¿algo más? —preguntó con la mano en la puerta—. Tengo cosas que hacer.

—Sí, muchas cosas más. Yo no he terminado.

Iris cruzó los brazos.

—Estás tirando por la borda algo muy bueno. Hemos conectado y para ti no significa nada. ¿Cómo es posible que todo haya cambiado en tan poco tiempo?

—El sexo ha estado bien —admitió.

—¿Ha sido lo único que ha estado bien?

Arturo había recorrido quinientos kilómetros para hablar con ella. Sin embargo, si pensaba que con eso era suficiente, estaba muy equivocado.

—¿Tu ego está herido?

—Claro que sí —dijo, sorprendido por la franqueza de su respuesta—, pero también mis sentimientos.

—Tus sentimientos y los míos no son los mismos. Queremos cosas diferentes, tú tienes un objetivo y yo otro. Lo siento, pero no somos compatibles. Deberías estar contento, ahora estás libre para buscar a otra.

—Te lo preguntaré directamente: ¿Sientes algo por mí?

—¿Acaso te importa de verdad?

—Estoy aquí, ¿no?

—Yo no voy a volver a caer en una relación para pasar el tiempo mientras aparece otra persona. Ahora lo tengo claro: no voy a sufrir. Sé lo que quiero —dijo, señalándose a sí misma —. Estoy cansada de discutir, Arturo. Será mejor que te vayas.

Arturo atisbó en su mirada cómo la emoción le desbordaba y eso le causó una inmensa

alegría.

—Es evidente que estás enamorada de mí, Iris.

—Pero ¿quién te has creído que eres? —preguntó, golpeándolo en el hombro—. ¡Presuntuoso surfero de mierda! ¡Largo de mi casa!

Arturo se encogió para protegerse de la lluvia de golpes. Iris adoptó una expresión de ira que lejos de atemorizarle, le causaba cierta comicidad. Y precisamente por eso y por muchos aspectos más, la amaba.

—¿Has terminado ya? —preguntó.

—¡No! —dijo, y le propinó otra batería de golpes mientras soltaba exabruptos a cual más grosero.

En ese momento, los padres, alarmados ante el griterío, se asomaron al recibidor. Intercambiaron una mirada con Arturo, quien les sonrió al suponer de quiénes se trataban.

—Buenos días —les dijo, entre sacudida y sacudida.

—Buenos días.

Iris se detuvo de repente y se giró.

—Dale más fuerte, hija —dijo Carmen, desde el umbral del pasillo.

—Eso, por una vez haz caso a tu madre —dijo Antonio, y acto seguido recibió el pertinente codazo de su esposa.

Cuando Iris se disponía a proseguir con la tunda, se encontró una nueva sorpresa. Arturo estaba hincado de un rodilla, con el estuche en la mano.

—¿Qué haces, idiota? —preguntó Iris.

Con el pulso acelerado, lo abrió. El brillo del diamante refulgió en el anillo.

—Iris, he sido un completo idiota, lo sé. Sin darme cuenta te he roto el corazón, pero al menos me ha servido para saber lo que se siente estando sin ti. Y es un infierno. No quiero volver a pasar por lo mismo en mi vida. Créeme, he aprendido la lección. Se avecinan cambios en mi familia y quiero contártelo todo porque quiero que formes parte de ellos.

Iris sintió que todo se movía a su alrededor. El anillo, Arturo, sus padres. No estaba segura de si era un sueño o real.

—Pero, vas a seguir viviendo en el extranjero, ¿no? —preguntó ella.

—Solo participaré en las competiciones de vez en cuando. Me quedaré en Puerta del Mar, contigo.

—Creo que me va a dar algo —dijo, con una mano sobre el corazón, que palpitaba con más fuerza que nunca.

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Eh? —Se llevó la mano a la frente para centrarse de una vez—. Claro que sí. Sí y mil veces sí.

A Antonio se le nubló la vista por las lágrimas. Carmen le preguntó si estaba llorando, pero Antonio dijo que no, que se le había metido algo en el ojo.

Arturo e Iris se besaron con pasión y después se abrazaron. Todo el camino de dolor que habían recorrido quedó atrás.

—Te quiero, Iris.

—Te quiero, amor mío.

—Ya lo verás, amarnos será maravilloso.

Una inolvidable y cálida sensación la envolvió. No había nada en el mundo tan perfecto como ese momento de felicidad plena.

—¿Me lo puedes repetir?

Arturo esbozó una sonrisa luminosa.
—Amarnos será maravilloso.

Un sol ardiente

PRÓLOGO

El sol veraniego despuntaba por el horizonte cuando Darío abrió los ojos en la penumbra de su dormitorio. No necesitaba consultar el reloj de su móvil para saber que marcaba las seis y media en punto. Después de tres años en el faro, su cuerpo se había acostumbrado a la rutina de levantarse sin el molesto sonido del despertador. Y esa rutina ayudaba a empezar el día en un ambiente cómodo y sosegado.

Desayunó una pieza de fruta y preparó el café en la cafetera italiana. Mientras esperaba a que el sonido del vapor escapando bajo la tapa avisara de que estaba listo, se acercó a la ventana y proyectó una mirada sobre el mar.

Era uno de los privilegios de vivir en el faro. La visión maravillosa de un espectáculo diario: contemplar la majestuosidad del Mediterráneo, el azul abrumador e intenso que parecía un espejo del cielo. Darío saludaba al mar por las mañanas y, en sus pensamientos, se dirigía a él. ¿Cómo te has levantado hoy?, le preguntaba.

El mar le había acompañado desde los once años, después de mudarse a Puerta del Mar por el trágico fallecimiento de sus padres. Cuando era adolescente se divertía buceando bajo las olas o dejándose mecer por ellas, y cuando dispuso de la oportunidad de subirse a un velero de recreo quedó cautivado para el resto de su vida.

Para él, el mar siempre fue libertad y aventura, pero también una forma de convivir con el profundo dolor provocado por la ausencia de sus padres. Junto a sus hermanos aprendió a surfear, aunque en él siempre hubo la inquietud de ir más allá. El horizonte era como un límite misterioso que marcaba el inicio del confín del mundo.

El cine también contribuyó a alimentar su sueño. Cuando contaba con veinte años, su abuelo, sabiendo de sus aficiones, proyectó en el Paraíso una vieja película de 1952 llamada *El mundo en sus manos* que convirtió en imágenes su anhelo. Narraba las extraordinarias peripecias del capitán de una goleta. Al finalizar, tuvo claro que si deseaba conquistar el corazón del mar debía ser marinero.

El siseo de la cafetera le trajo de vuelta a la realidad. Se sirvió el humeante café en una taza comprada en una tienda de souvenirs en Hong Kong, cuando atracó su barco un par de días. Después añadió un chorro de leche. Ron apareció por la puerta para dedicarle una mirada lánguida y un meneo de rabo.

—Buenos días, amigo, ¿vienes a desayunar?

Ron contestó con un bostezo seguido de un estiramiento de patas. Darío le sirvió una buena ración de pienso, que Ron olfateó antes de hincar el colmillo.

—Buen provecho.

La traicionera multa de la Seguridad Social por trabajar en el cine sin contratos había

obligado a un cambio sustancial en su vida. El abuelo, Enzo y Ron vivían con él. De esta forma alquilaban la casa familiar y la de su hermano menor durante el verano, obteniendo unos ingresos sustanciosos. Puerta del Mar era un destino turístico con una gran afluencia de turistas en el verano, así que no fue complicado encontrar inquilinos. El alquiler era cuantioso, pues se trataba de un inmueble muy bien ubicado con cuatro habitaciones y una piscina comunitaria.

La buscada soledad de Darío se vio alterada, pero su familia le necesitaba y en el fondo agradeció ser de utilidad. Siempre había pensado que, cuando se mudaron obligados a Puerta del Mar, como hermano mayor debía de haber cuidado con más esmero a Arturo y Enzo, en vez de encerrarse en sí mismo.

Ahora ellos ya eran dos adultos con todo el peso de la palabra. Arturo se había comprometido y vivía en el piso de Iris. Darío supo que el siguiente en casarse sería Enzo porque desde luego él no iba a ser. Disfrutaba mucho con la libertad de hacer lo que deseara sin dar explicaciones, de ahondar en su introspección, del sosiego que le rodeaba.

Además, se sentía un privilegiado porque amaba su oficio. Él era como un vigilante discreto que velaba por la seguridad de los barcos. No había nada más importante en el mundo.

Como todos los días a la misma hora, entró en su despacho. Era un espacio austero con un escritorio y un armario de época, que llevaba en el faro desde hacía más de ochenta años. En su interior albergaba archivadores y libros antiguos de consulta que pertenecieron a los fareros precedentes. Un calendario y un mapa del puerto de Puerta del Mar colgaban de la pared. Para Darío la practicidad era fundamental en su lugar de trabajo.

Sobre el escritorio había una impresora, el *router* para conectarse a internet y una bandeja con documentos. Su primera tarea era abrir el correo y leer el parte de balizamiento del puerto. La gestión de las salidas marítimas era una nueva competencia para los fareros desde hacía poco, que cada vez debían abarcar más tareas dado de que su oficio estaba en vías de extinción.

En el futuro solo necesitarían personal de mantenimiento, ya que todo estaría controlado a distancia. Por fortuna, debido a su posición frente al estrecho de Gibraltar, un lugar muy transitado, Puerta del Mar era una excepción. Leyó el parte de balizamiento y como no había incidencias, lo archivó.

Al cabo de una media hora, Juan llamó a la puerta de cristal esmerilado y la abrió para asomar la cabeza.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, abuelo —dijo, girándose—. ¿Has dormido bien?

—No me quejo —dijo, esbozando una sonrisa—. Desayuno y saco al perro.

Darío volvió a enfrascarse en la tarea, aunque no pudo evitar distraerse pensando en que las sesiones privadas con Violeta, la fisio, habían sido muy provechosas. Por fortuna, su padre había vuelto a caminar fuera de casa, pero con la ayuda imprescindible del bastón, y parecía improbable que alguna vez dejara de usarlo.

Arturo vendría en un rato a llevar al abuelo al hospital para continuar con el tratamiento de movilidad en las piernas. La situación económica obligó al abuelo a prescindir de Violeta, pero la relación entre ambos había sido tan cómplice que ella le había visitado un par de veces, ganándose el afecto de los Campos.

A veces Darío pensaba que Violeta estaba siendo para su abuelo como la hija o nieta que nunca tuvo. Se le veía protector y atento con ella. Quién sabe de qué hablarían durante las sesiones en la casa familiar, seguramente de temas personales. ¿Le hablaría del dinero que entrega al hijo de uno de sus antiguos empleados? Eso era aún tema por resolver.

Salvi, el antiguo trabajador del Paraíso, ya había pasado el covid desde hacía unas semanas, y

pensó que no podía dejar de pasar más tiempo antes de hablar con él. Sintió un pinchazo en el estómago. Era consciente de que pisaban el terreno personal del abuelo, pero él y sus hermanos necesitaban despejar la confusión que causaba. Debía de haber una explicación lógica, pero el hecho de que su abuelo se negara a aclararlo los sumía en una honda incertidumbre.

¿Por qué le pasaba una mensualidad en secreto? Ninguno de los hermanos se atrevía a verbalizar las sospechas que bullían en sus mentes. Ante la duda se disparan las elucubraciones, por eso necesitaban la verdad para evitar que la falta de ella les corroyese por dentro.

Al cabo de transcurrida una hora, llamaron a la puerta de entrada. Darío consultó su reloj. Aún era demasiado temprano para que fuera Yarina, quien seguía ayudando a los Campos y ahora más que nunca, ya que para él sería imposible dedicar tiempo a limpiar o cocinar para todos.

Antes de que vinieran a vivir con él, Darío se cocinaba para sí mismo, y no le importaba prepararse más o menos los mismos platos. Sin embargo, fue consciente de que tanto su abuelo como Enzo se acabarían hartando de la monotonía gastronómica.

Le fastidió dejar a medias lo que tenía entre manos: avisar al equipo técnico de que el precalentador del faro no funcionaba correctamente. Aunque era urgente podía esperar unos minutos para dar el aviso, ya que el motor no se ponía en marcha hasta la noche, justo cuando la linterna empezaba a proyectar la luz.

Al abrir la puerta, se encontró a dos mujeres jóvenes, de unos treinta años. Lo sorprendente era que se trataban de gemelas. La única diferencia entre ambas consistía en la forma de arreglarse el cabello. Mientras una lo llevaba recogido en una coleta, la otra lo llevaba suelto y con mechas californianas. Lo demás era idéntico, la mirada cordial, una nariz alargada y pecas en las mejillas.

—Perdone que le moleste —dijo la de las mechas, que se veía la más lanzada—. Es que vimos el faro desde la autovía y nos dijimos que a lo mejor se puede visitar.

—Sí, es superbonito, nos encanta. ¿Podemos? —preguntó la otra, con cara de pena.

—¿Tienen cita?

Las hermanas se miraron con desconcierto. No, no tenían ninguna. Darío les explicó que el faro estaba abierto al público, aunque era obligatorio reservar con antelación. De esta manera, el farero, o sea él, podría organizar su agenda mucho mejor, ya que al fin y al cabo estaba trabajando.

—Oh, vaya —dijo, la del cabello recogido.

—Bueno, había que intentarlo, ¿no? —dijo su hermana con un mohín de disgusto.

Ambas empezaron a dar la media vuelta para dirigirse hacia su coche, cuando Darío pidió que se detuvieran. Inclinó la cabeza a un lado. Estaba dispuesto a hacer una excepción. Aunque las visitas imprevistas le apartaban de su faena diaria, era consciente de la atracción de la gente por los faros. La labor de un farero, o torrero como se decía antiguamente, también pasaba por ser una suerte de divulgador de la historia para que la labor, arriesgada y solitaria, de los que le precedieron no cayera en el olvido.

Las invitó a entrar y subieron por la angosta escalera de caracol hasta lo más alto. Eran cerca de las diez de la mañana y el sol ya lo iluminaba todo, aunque los rayos eran suaves y aún se podía visitar la cabina. Darío sabía que las vistas las dejarían con la boca abierta.

—El faro se construyó allá por 1900 y ha sido reformado en muchas ocasiones —les dijo—. Fue una construcción difícil porque en aquella época la maquinaria no es la de ahora, claro. Se necesitaron muchos trabajadores, unos doscientos, y algunos de ellos murieron por culpa de la falta de seguridad. Antes todo esto era monte y tuvieron que abrir un camino hasta aquí. La

piedra se traía de la capital y se subía mediante unas poleas y después se arrastraba por unos carriles.

Una de las gemelas, la del cabello recogido, escuchaba a Darío mientras esparcía la vista por el majestuoso océano. La otra miraba al farero, estudiando su rostro. Es atractivo, con unos ojazos verdes que madre mía, y una voz que me derrite, se dijo. Un farero tiene su morbo, ya lo creo que sí. ¿Estará soltero? Pues no tiene anillo.

—Cuenta la leyenda —continuó Darío, sin inmutarse—, que los trabajadores eran en realidad presidarios de la cárcel de Málaga, y que uno de ellos se escapó de noche metiéndose en el mar, pero las corrientes lo arrastraron y nunca más se supo de él.

—Es fascinante todo lo que cuentas —dijo, la de las mechas, y le tocó el hombro fugazmente.

—¿Y eso qué es? —preguntó la otra hermana, señalando un objeto alargado que giraba continuamente sobre la torre de comunicaciones.

—El radar.

—¿A cuántos estamos del nivel del mar?

—A 150 metros.

Después de mostrar su despacho, salieron al exterior y pasearon por las inmediaciones, donde había un pequeño jardín de eucaliptos con bancos de madera. Desde ahí se podía contemplar el faro en toda su magnitud. Las paredes encaladas, la vieja escalinata de piedra, los bellos remates en las cornisas, y la alargada torre emergiendo de la base para culminar en la vidriera, que albergaba la óptica. Había algo poético en la forma en la que el faro se hundía en el cielo.

Antes de que las gemelas se marcharan, a petición de Darío firmaron en el libro de visitas, ubicado al pie de la escalera de caracol sobre un atril forjado en hierro. El libro era de tapa dura, rectangular, de hojas lisas y con un marcador de tela. Dejaron constancia de su agradecimiento y la sensación de vivir un momento irrepetible.

Pasado el tiempo, un día se sentaría a leer las dedicatorias, y experimentaría un orgullo especial al comprobar cómo el faro deja huella en aquellos que lo conocen por dentro. A pesar de que a Darío le gustaba la soledad, no renunciaba a compartir su pasión con los demás.

CAPÍTULO 1

Darío se encontraba en su despacho redactando el informe anual sobre la disponibilidad y la fiabilidad de los equipos LED del puerto. Disponía de un plazo holgado para entregarlo a la Autoridad Portuaria, aunque prefería terminarlo cuanto antes. Detestaba trabajar bajo la presión que suponía acercarse a la fecha de entrega, y aún no haber empezado.

Yarina ya había llegado y la oía trajinar en la cocina. Su abuelo estaba en el salón organizando las tareas cotidianas del Paraíso, con la ayuda del teléfono fijo. Enzo se había echado a la mar para cumplir con su misión de salvar vidas y no volvería hasta la tarde. Y Ron husmeaba a su antojo por los alrededores.

Un integrante del equipo de mantenimiento le envió un mensaje al móvil diciendo que se encontraban en la puerta. Darío les había llamado para que revisaran el precalentador, conque dejó a medias el informe y se dirigió a la entrada. Después de intercambiar un amistoso saludo, pues los tres se conocían desde hacía tiempo, los acompañó a la sala de los motores mientras les explicaba con detalle la razón de su llamada.

Una vez que empezaron a trabajar, Darío les dejó a solas. Confiaba en ellos y sabría que en una media hora solucionarían el problema. Era mediodía y el sol, en lo más alto en medio de un cielo despejado, arrancaba infinitos destellos sobre el mar. El calor apretaba y decidió que lo mejor era volver al despacho, pero la visión de un buque mercante navegando hacia el estrecho de Gibraltar le hizo cambiar de opinión.

A veces le gustaba imaginar la vida a bordo de los tripulantes de los buques mercantes que transitaban delante de su faro. No le costaba demasiado, ya que él había sido marinero durante ocho años. Echaba de menos la rutina diaria, la camaradería y la mezcla de nacionalidades. Al finalizar la jornada, cenaban juntos y después se entretenían con algún juego de mesa o viendo una película. A ningún capitán le gustaba que un marinero se aislase del resto porque eso suponía una ruptura de la disciplina. En muchos aspectos, un capitán era similar a un militar con un regimiento a sus órdenes.

La razón por la que abandonó el mar para volver a Puerta del Mar no la sabía nadie. Él había contado a su familia que se debía a un hartazgo de las largas jornadas de trabajo, pero la verdad era otra.

Ocurrió cuatro años atrás a bordo del Moller Maersk, un buque danés que viajaba siguiendo la ruta que une Europa y África. Para entonces él ya contaba con otros cuatro años de experiencia, y disfrutaba embarcándose en viajes largos que permitían conocer mundo. Ya había sentido el miedo alguna vez, cuando olas gigantescas y siniestras habían embestido al mercante hasta el punto de pensar en un inminente naufragio.

Pero lo que ocurrió el 23 de marzo de 2014 jamás se le olvidaría. La mañana había sido como

cualquier otra, calmada. El buque transitaba por las aguas frías del mar Arábigo, que baña las costas de África. El capitán Thomas Sietting, de unos cincuenta años y expresión amable, le había encomendado a un oficial la misión de supervisar las aguas de sentina, y este se lo había ordenado a Darío, quien se puso manos a la obra.

No habrían transcurrido ni diez minutos cuando oyó gritos que provenían de la cubierta. Primero se quedó inmóvil aguzando el oído, pensando que tal vez se tratara de imaginaciones suyas. Después, una vez que confirmó que se trataban de gritos, salió con apremio a comprobar qué sucedía.

Un hombre negro le apuntó con un fusil. Fue como si le estuviera esperando. Era alto y muy, muy delgado. Tenía los ojos rojos y, tiempo después, al recordar ese detalle, dedujo que era el síntoma del efecto de las drogas.

—¡Al suelo, al suelo! —le ordenó en un inglés tosco.

Darío obedeció en el acto. Los piratas somalíes, pensó. Y el mundo se le cayó encima. Pero ¿cómo era posible? Durante los últimos años el abordaje de piratas a los buques mercantes había disminuido hasta convertirse en algo anecdótico. No era algo fortuito, sino debido a que las compañías navieras habían contratado equipos armados para repeler los ataques.

Sin embargo, en aquel viaje, quizá por una razón económica, la empresa había prescindido de sus servicios. Aquella funesta mañana los tripulantes iban a pagar las consecuencias.

Darío supo más tarde que fueron seis los piratas que abordaron el buque, pero en aquel momento solo vio a uno, el que había ordenado tumbarse en el suelo bocabajo. Oyó voces a su alrededor en un idioma extranjero, por lo que dedujo que al menos habría un segundo pirata también armado.

El capitán, temiendo por su vida y la de la tripulación, a petición de los somalíes los reunió en la cabina de mando. Enseguida supieron que faltaban algunos, algo con lo que los piratas seguramente ya contarían. El barco era gigantesco, con infinidad de escondrijos, por lo que se vieron obligados a contentarse con mantener bajo custodia al capitán y la mayor parte de los oficiales y marineros.

Pronto Darío intuyó que el líder de la banda era uno al que llamaban Boyah. No llevaba un fusil, sino un walkie-talkie que usaba con frecuencia. Como los demás, era delgado como un junco y con los ojos sanguinolentos, pero un rasgo le distinguía del resto: era manco. La expresión de su cara y sus gestos, enérgicos, transmitían la sensación de ser un hombre maduro y experimentado.

El secuestro se prolongó durante dos largos días. La comida fue escasa y fue imposible dormir porque los piratas, con objeto de mantener la tensión, propinaban culatazos y amenazaban con matar de un disparo. Fue la primera vez en la vida de Darío que experimentaba el miedo en su estado más puro.

El capitán, al límite de la cordura, casi al final, se atrevió a enfrentarse a Boyah por el trato inhumano que estaba dispensando a su tripulación.

—¡Le exijo que nos trate como a personas! ¡No somos animales! —le espetó a la cara.

La respuesta de Boyah no se hizo esperar. Con un leve gesto de la cabeza, sus hombres lo tumbaron al suelo y le patearon el estómago.

—No se le ocurra volver a hablarme así o morirá —le dijo Boyah, mientras uno de los piratas apuntaba con el fusil a la cabeza del capitán.

Una patrulla naval americana, alertada por los hechos, logró espantar a los piratas. El capitán y los tripulantes recibieron asistencia médica y psicológica durante varias horas. Sin embargo, en vez de imponerse el sentido común y darse unos días para recuperar el ánimo, el viaje se

reanudó, ya que cada día con el barco detenido la empresa perdía grandes cantidades de dinero. Darío sintió que eran tratados como una mercancía sin valor, y tomó una decisión de la que nunca se arrepentiría.

Cuando llegaron al puerto de Amsterdam, solo cinco días después del asalto, hizo su petate y comunicó al capitán que dejaba su puesto para siempre. El capitán asintió, comprensivo, y le estrechó la mano con firmeza.

—Mientras yo sea capitán de un mercante —le dijo con solemnidad—, a usted nunca le faltará trabajo.

—Gracias, señor —dijo Darío, emocionado.

La vuelta a Puerta del Mar, en 2014 y con veintisiete años, fue un tanto irreal. Aterrizó de noche en el aeropuerto de Málaga y sintió que ya estaba en casa cuando vio a sus abuelos esperando a la salida. Ellos ya sabían lo sucedido porque lo habían leído en la prensa, y Darío se lo había confirmado cuando les llamó desde los Países Bajos.

Sentado en el asiento trasero del coche que conducía su abuelo, fue comprobando en silencio los cambios en el paisaje que se habían producido en la pequeña ciudad costera. Un edificio nuevo de viviendas, un parque nuevo, un nuevo restaurante donde antes estaba la vieja estación de autobuses… Hacía apenas dos años que no regresaba desde su último viaje y, sin embargo, aquella noche parecieron diez.

No le costó recuperar su antiguo trabajo en el club de navegación, que consistía en estar al mando de embarcaciones de recreo para turistas, ansiosos de pagar un buen dinero para navegar durante un par de horas, y dejar constancia de su felicidad y estilo de vida en las redes sociales. Para Darío era el trabajo perfecto, ya que el contacto con los clientes era breve y no requerían de él grandes charlas, sino que fuera capaz de gobernar la embarcación con destreza.

Cuando ya pensaba que su vida profesional estaba de nuevo encarrilada, el faro se cruzó en su camino. Hasta entonces lo percibía como algo ajeno, puesto que él rara vez navegaba de noche. Pero cuando por casualidad en el club le presentaron a Mario, el farero, vio algo en él, un centelleo en los ojos, que le recordó a su antiguo capitán a pesar de la diferencia de edad. Y sintió que esa familiaridad le creaba un vínculo con Mario.

A partir de ese día las visitas al faro fueron frecuentes. Al igual que él, Mario también era un hombre solitario; nunca pasó por el altar y tampoco había sentido la necesidad de hacerlo. El amor había sido como una marea que sube y que, al finalizar el día, baja. Un ímpetu más que una climatología estable. Se había casado con el mar y era demasiado fiel para abandonarlo por una mujer.

Mario sobrepasaba los sesenta años y cojeaba de la rodilla izquierda, aunque eso no le impedía cumplir con el mantenimiento del faro. Su piel era morena, bruñida por el sol y cuando evocaba sus tiempos como soldado de la marina, su voz se volvía pausada con un matiz de melancolía. Provenía de una familia ilustre de fareros y sus cuatro hermanos fueron destinados por toda España.

Poco a poco, casi sin que ambos que se dieran cuenta, fue enseñado el oficio a Darío, pero no de una manera consciente, sino a través de las conversaciones sobre la terraza, junto a la torre, al caer el sol. Cada uno con su cerveza, con la vista puesta en el mar que iba cambiando de color, fueron afianzando una amistad si bien no íntima, al menos cordial.

Tres años después, Mario se jubiló y volvió a su ciudad natal, Santander, pero antes, sin decirle nada, aconsejó a la Autoridad Portuaria que Darío podía ser un magnífico reemplazo. Después le animó a que estudiara y se presentara a la vacante. En 2018 tomó posesión del cargo. Nunca olvidaría el primer día, cuando se subió a la cúspide del faro, expandió la vista y

murmuró: el mar es mío.

¿Qué sería de Mario?, se preguntó en el despacho. No había vuelto a hablar con él desde que su partida. Se lo imaginó en una casita con jardín, saliendo a pasear por las tardes, llevando una vida ermitaña en contacto con la naturaleza. Evocó el momento en el que Mario le entregó las llaves del faro. Fue justo en frente de la puerta de entrada, a primera hora de la mañana. A pesar de que el llavero era un ancla bañada en plata que se veía deslucida por el paso del tiempo, nunca se le había pasado por la cabeza cambiarlo por otro. Era un recordatorio de aquellas largas conversaciones que tanto sirvieron para ayudarle a ganarse la plaza.

—Lo tengo desde el primer día, hace treinta años —dijo Mario, con orgullo—. Fue un regalo de un compañero de la Marina. El anterior farero me dio las llaves sueltas.

—¿Quieres llevártelo?

—No, ahora es tuyo. Consérvalo.

Se abrazaron, subió al coche y Darío vio cómo se alejaba por la carretera hasta que se perdió de vista. El relevo se había producido. Darío era el nuevo farero de Puerta del Mar.



En la biblioteca pública de Puerta del Mar, Luz se disponía a registrar en el sistema los cuatro libros devueltos que le había entregado Alexandra, una usuaria habitual. Siempre se llevaba novelas de misterio que las devoraba en escasos días. Una vez que se despidió de ella, pasó a la siguiente tarea: debía llamar a los usuarios que ya acumulaban más de un mes de retraso. Detestaba llamar para reprenderles con sutileza como si fueran niños, pero era su obligación, ya que la falta de esos libros ocasionaba que otros no pudieran disfrutar de la lectura.

Aquella mañana de julio el calor empezaba a apretar. Luz se refrescó con el abanico de lunares de su madre que se había traído de casa. El sol invadía parte de la biblioteca a través de los ventanales y lo peor era que el aire acondicionado no funcionaba. Ya se había dado parte al servicio técnico, pero en el ayuntamiento cualquier trámite necesitaba de un sinfín de aprobaciones, por lo que, pasada una semana, aún ignoraba cuándo se arreglaría.

Como casi todas las mañanas, no se encontraba a solas, siempre había gente estudiando, escribiendo o leyendo el periódico. A veces el silencio era tan profundo que no se oía ni el vuelo de una mosca, otras veces, cuando se reunían varios estudiantes debía llamarles la atención. Por suerte, ahora que estaban al principio de verano los estudiantes brillaban por su ausencia, aunque ya volverían en septiembre.

La puerta se abrió y entró una cara conocida. Pedro. Un hombre delgado, con gafas y barba canosa que acudía cada dos semanas para devolver y tomar prestado dos libros y una película. Regentaba una tienda de lámparas no muy lejos, a un par de calles.

—Buff, qué calorcito hace afuera, ¿eh? —dijo, nada más llegar al mostrador y dejar los libros y el DVD.

—Pues aquí igual —dijo Luz, señalando el aparato de aire acondicionado—. ¿Qué tal las lecturas?

—Me encantaron, como siempre acertaste en mis gustos. Eres mi recomendadora oficial. No sé qué haría sin ti. Vales tu peso en oro.

—Muchas gracias —dijo Luz, emocionada como siempre que reconocían su labor—. ¿Ya sabes qué te vas a llevar hoy?

—Ay, no lo sé. Tengo mal de amores, ¿sabes?

Bienvenido al club, pensó ella, pero prefirió no decir nada.

—Vaya por Dios, ¿y eso?

—Un chico que está de muy bien ver. El repartidor que me trae los encargos. Oye, ni caso me hace —dijo, con resignación—. Doctora, ¿qué me receta para el mal de amores?

Esa era una de sus partes favoritas como bibliotecaria. Recomendar lecturas. La llenaba de alegría sentirse útil a los demás.

—Ven, hay una novela que trata sobre el tema —dijo, y se levantó del asiento.

La biblioteca era pequeña, con que en unos cuantos pasos ya se encontraban en el área de autores extranjeros. Detrás de ellos, a través de las ventanas, se veía el puzzle de tejados de los edificios y las casas. Luz fue pasando el índice por varios lomos hasta que llegó al que buscaba. Sin ocultar su satisfacción, se lo entregó.

—«Jane Eyre» —leyó Pedro en la cubierta—. ¿De qué trata?

—Es la historia de un amor imposible entre Jane y Rochester. Están a punto de casarse pero finalmente algo se lo impide, un secreto sale a la luz. Ella le dice que no se pueden casar, aunque se aman, y él lo pasa fatal. Es un clásico de la literatura inglesa.

Pedro hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Reconocerse en un personaje de ficción quizá aliviaría el sufrimiento romántico.

—Me lo llevo —dijo, sonriendo—. Esta misma tarde en cuantito llegue a casa, lo empiezo a leer.

—Pedro, cuidado, que te conozco, no te pases con la *medicación*, poco a poco —dijo, dándole palmaditas en el hombro.

—Gracias, doctora —dijo, guiñándole un ojo.

Luz pensó que solo por vivir ese momento con los usuarios merecía la pena acudir cada mañana a su trabajo. No existe invento que supere lo que un libro atesora.

Después de que Pedro se fuera, llegó Lourdes, otra vieja conocida de la biblioteca, una fervorosa amante del género histórico, pero también una cotilla, a la que siempre le gustaba charlar unos minutos sobre los temas candentes en Puerta del Mar.

Lourdes era unos diez años mayor que Luz. Su cabello era oscuro y rizado, la piel morena y vestía con una blusa oscura. Estaba casada con un dentista reputado.

—¿Te has enterado de lo que pasa con el cine de los Campos? —le dijo nada más apoyar los libros en el mostrador.

—¿Qué ha pasado?

Luz fue registrando poco a poco la devolución. Lourdes nunca los entregaba con retraso, por lo que dudaba de que se los hubiese leído todos.

—Los van a desahuciar. No pasan de este verano. Además, el Ayuntamiento les puso una multa por ruido. Los vecinos llevan años quejándose de que el sonido de las películas no les deja vivir.

Cuando Lourdes compartía los chismes que circulaban por Puerta del Mar, Luz era consciente de que se los debía tomar con cautela.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Están tan mal de dinero que han tenido que vender la casa e irse a vivir al faro. Qué pena, la verdad. Es un cine que tiene su encanto aunque ya la gente no iba mucho. Se ha quedado rancio.

—Pues hace unas semanas fui y estaba lleno.

—Claro, como nos vamos a quedar sin cine, la gente aprovecha por si no abren otro.

La negatividad de Lourdes era irritante, pero Luz prefería seguir la corriente. Al fin y al cabo, era de las usuarias más fieles.

—¿Y tu hija cómo está? —preguntó Lourdes.

—Cada día más alta.

Luz le enseñó una foto en el móvil, como cada vez que alguien preguntaba por ella. En la imagen aparecía el sonriente rostro de Alma, con los ojos chispeantes, el vivo retrato de su madre, aunque con un chichón enorme en la frente.

—Dios mío, ¿qué le ha pasado?

—La profe me envió la foto esta mañana para que no me preocupara cuando la viera en casa. Se cayó jugando con los demás niños. Es muy revoltosa.

—Se ve que es una niña buena, y lo que estás haciendo tiene mucho mérito. No es fácil criarla sola.

—Bueno, tengo la ayuda de mis padres.

—No se reconoce suficiente el trabajo de los abuelos en la sombra.

Cuando Lourdes se marchó minutos después, Luz se quedó pensativa mientras colocaba los libros en los estantes correspondientes. Sin sus padres, criar a Alma hubiera sido un suplicio y se consideró una mujer afortunada, a pesar de que el amor se le había resistido.

El padre de Alma era un francés llamado Pierre que conoció hacía cinco años. Fue en un crucero con sus padres por el Mediterráneo, un sueño que la familia llevaba tiempo persiguiendo con abundantes sacrificios para ahorrar lo suficiente. Dos semanas en alta mar con visitas a Mallorca, Sicilia y Córcega.

Los primeros días no se separó de sus padres, Pepe y Ana, y juntos se maravillaron de las lujosas instalaciones. No faltaba de nada: parecía una ciudad flotante. Restaurantes con menús sofisticados, bares de diseño, tiendas de primeras marcas, infinidad de piscinas grandiosas, un cine con quinientas butacas y lo más impactante, un teatro con un espectáculo diferente cada noche.

Al cuarto o quinto día conoció a Pierre en la barra del bar de la piscina. Ella se había pedido una piña colada y él se acercó nadando, pues los taburetes estaban sumergidos en el agua. Se pidió un margarita en inglés, pero con un acento francés inconfundible. De refilón Luz le echó una ojeada. Era un hombre atractivo con un torso fibroso y rasurado, y con infinidad de gotitas sobre el hombro que brillaban como gemas. Sintió un estremecimiento por todo su cuerpo.

En Puerta del Mar nunca se hubiera atrevido, pero el ambiente multicultural, de diversión y libertad que rodeaba el crucero, o tal vez el efecto desinhibidor del alcohol animó a Luz a olvidar su inseguridad y entablar una conversación. Sus padres habían vuelto al camarote a dormir la siesta, y el sol iluminaba un cielo azul y esplendoroso. Nada le impedía flirtear con ese hombre escultural.

Sus recuerdos fueron interrumpidos por la aparición de Darío, quien había terminado sus gestiones en el faro. Antes de que la biblioteca cerrara, se acercaba a devolver los libros que había tomado prestado para su abuelo. ¿Podía haber acudido Arturo en vez de él? Por supuesto que sí, pero eso supondría no ver a Luz, no hablar con ella ni aunque fueran unos minutos.

—Hola, Luz, ¿qué tal? —preguntó notando un cosquilleo en el estómago.

—Genial. ¿Y tú? —respondió bajando la vista en un súbito ataque de timidez.

Para Darío, ella siempre había sido un bellezón. Llevaba el cabello corto, su nariz era respingona y su barbilla presumía de un bonito hoyuelo.

Siempre la había recordado en el colegio como una niña bajita con aparato dental y coletas. Entonces él tendría unos once años y ella ocho. Un día, a la hora del recreo, ella se acercó para pedirle ayuda porque un compañero de clase les había quitado el balón de baloncesto y no las dejaba jugar. Darío no tuvo más que acercarse al niño y mirarle con dureza para todo volviera a

su cauce.

Ahora de aquella niña no quedaba apenas rastro, y en su lugar había una mujer sonriente y bella.

—Mi padre ha devorado las novelas —dijo—, y quiere más.

—Cuánto me alegro. ¿Cómo está?

—Cada día mucho mejor, aunque hay días en que está en plan cascarrabias. Leer le calma. Ahora que vive en el faro se sienta al aire libre con Ron a sus pies y se pasa las horas leyendo.

Luz deseaba saber si los chismes de Lourdes eran ciertos, pero no se atrevía a preguntarlo con descaro.

—¿Alguna novedad sobre el Paraíso?

—Seguimos con los problemas de siempre.

—Hay rumores de que os han puesto una multa por culpa del ruido.

—¿Ruido? No, no es así, es porque trabajamos sin contrato.

—Oh, vaya, lo siento.

—No te preocupes, Luz —dijo, sonriendo.

Cuando le entregó uno de los libros a la bibliotecaria se rozaron los dedos. Aunque fugaz, sintió el calor de su piel y pensó que le hubiera gustado prolongar el contacto mucho más tiempo.

—¿Te vas a llevar otros?

—Si no lo hago mi abuelo me pega con el bastón en la cabeza.

Luz dejó escapar una discreta risita imaginando la exagerada reacción de Juan.

—No te rías, que es capaz.

—¿Qué te ha pedido?

—Ansias de viajar. ¿Qué te parece?

—Me gusta, un tema interesante —dijo, asintiendo—. Vamos a ver qué hay por ahí, seguro que algo encontramos.

Darío la siguió a través de los pasillos repletos de libros. Llevaba una blusa blanca y unos vaqueros cortos que dejaban al aire las pantorrillas. Se fijó en cómo sus caderas cimbreaban y le pareció que transmitían una atractiva elegancia femenina.

Luz, pensativa, se golpeó repetidas veces el dedo sobre la barbilla, mientras examinaba el lomo de diferentes libros, como si buscara uno en concreto, pero no acabara de saber cuál es.

—No, está por aquí —se dijo a sí misma dirigiéndose hacia otro pasillo.

De repente, se frenó y Darío, que la seguía de cerca, para evitar chocarse con ella la cogió por la cintura. Fue un gesto instintivo que duró apenas un suspiro, pero el suficiente para rozarla y que le llegara una oleada de su perfume floral.

—Perdón —dijo Luz—. Acabo de caer que lo que buscamos está justo en el lado contrario.

—Culpa mía. Debería haber dejado una distancia de seguridad —dijo, apartándose en medio del estrecho pasillo.

Luz estiró el brazo hacia el primer estante pero antes de coger el libro, Darío, que era más alto, se adelantó acercándose a ella y poniendo una mano sobre su espalda. Ella cerró los ojos y dejó que el aroma de su ropa le embargara. Cuando Darío se giró para entregar el libro, Luz ya se había recompuesto y fingió una normalidad absoluta.

—Gracias —dijo Luz.

—De nada —dijo Darío.

Luz le enseñó la cubierta de «El cuarteto de Alejandría» de Lawrence Durrell. El libro era de tapa dura y se conservaba en buen estado, tal vez porque no tenía mucha demanda.

—¿Has estado en Alejandría?

—Sí, una vez hace mucho tiempo cuando trabajaba en el mercante. Atracamos una noche. Una ciudad egipcia con mucha historia.

—Y es muy famoso el faro de Alejandría, aunque ya no existe. Fue una de las maravillas antiguas del mundo.

—La torre medía más de cien metros de longitud.

—Cómo se nota que eres farero —dijo Luz, sonriendo—. El autor narra muy bien cómo es la ciudad y tiene unos personajes maravillosos. Justine, una mujer de la alta sociedad. También está Nassim, un príncipe serio pero honesto. A tu abuelo le va a gustar. Estoy segura.

—No sé qué haría él sin ti, la verdad.

Sin darse cuenta, Luz se llevó las manos a la espalda, nerviosa. La atracción que sentía la carcomía por dentro. Había tres pasiones en su vida: Alma, los libros y Darío.

Cuando él se marchó, algo le impulsó a acercarse a los ventanales y a contemplar el mar a lo lejos. Pensó que era inalcanzable.

CAPÍTULO 2

Como cada mañana desde que se mudó provisionalmente al faro, Arturo fue a recoger en la furgoneta a su abuelo para llevarlo a la rehabilitación. Desde el faro al hospital había una distancia de unos cinco kilómetros, por lo que llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Hijo, ¿cómo fue ayer la recaudación?

—Muy buena, abuelo. Estas dos semanas de verano estamos a tope.

—Esta tarde quiero que Darío me lleve al cine. Tengo que arreglar unos papeles en el despacho.

—¿Lo de nuestros contratos?

—No, eso ya está arreglado con el gestor. No habrá más sanciones, pero me preocupa que encuentren otra excusa para multarnos. Por si acaso, ¿podéis Darío y tú revisar las medidas de seguridad?

—Dalo por hecho, abuelo.

Para Arturo era gratificante ver a su abuelo ejercitarse en el hospital, aunque estuviera quejándose casi todo el tiempo por cualquier contratiempo.

—Joven, ¿cuál es su película favorita? —le preguntaba el abuelo al fisio de turno.

Si, según su criterio, le respondía con una película de pésima calidad, se lo reprochaba alzando la voz. Si, por el contrario, la película era buena, alababa su buen gusto. El abuelo, a sus ochenta años, seguía derrochando una envidiable vitalidad, tanto que contagiaba de optimismo a los demás pacientes.

Arturo aprovechaba los tiempos muertos para intercambiar mensajes al teléfono con Iris, que respondía cuando el trabajo en el banco se lo permitía. Llevaba unas dos semanas viviendo con ella en su piso y se sentía en el paraíso. Eso de despertarse con la mujer que amas entre tus brazos estaba siendo una experiencia inolvidable.

Y en octubre se casarían en el Ayuntamiento de Puerta del Mar. Cada vez que lo pensaba notaba un hormigueo recorriendo la espina dorsal. Deseaba que ocurriera ya, mañana mismo si pudiera ser. Entre ambos se ocupaban de todos los detalles del evento. Para el banquete habían reservado en un restaurante del centro y estaban ultimando el menú.

En cuanto al vestido de novia, Iris contaba con la ayuda de una compañera del trabajo, quien la fotografiaba con el móvil para luego enviar las imágenes a su madre y recabar su opinión. Arturo tenía la certeza de que estaría bellísima con cualquier elección, y se moría de ganas por descubrirla de blanco radiante.

Se rio para sí mismo cuando evocó la reacción de su colega Peco cuando le dijo que se iba a casar. Sus ojos se quedaron como platos. Costó convencerlo de que no se trataba de una broma. Por supuesto, prometió que lo invitaría a la boda. Estaba seguro de que sería uno de los invitados

que daría más juego.

Además, mis hermanos serán los testigos, pensó, orgulloso. Cuando se lo pedí no lo dudaron ni un segundo. Será un momento especial para los tres. No estará la familia al completo. Faltarán mis padres y la abuela, pero seguro de que nos mirarán desde alguna parte y se alegrarán por mí.

Le llegó al móvil un mensaje de Iris.

¿Qué vas a prepararme para la comida? :)

Esa era otra. Arturo había empezado a cocinar. Atrás había dejado su picaresca costumbre de pedir comida a domicilio, y servirla como si la hubiera preparado. Iris le había guiado durante la preparación de una paella que luego resultó estar buenísima, y eso le había animado a adentrarse en el suculento mundo del arroz.

Le respondió: Un apetitoso arroz tres delicias.

Y ella escribió: Mmmmm… qué rico. Estoy ya salivando. Te dejo, tengo una reunión. Un beso, amor.

Algo en el mensaje hizo despertar la libido. El sexo cada vez era mejor y no había rincón del piso donde no lo hubieran practicado. Incluso los vecinos se quejaban debido al concierto de gemidos. Estaba claro: el mejor afrodisíaco era el amor.

De regreso al faro, en el interior de la furgoneta Arturo se fijó en la expresión hosca de su abuelo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Ya no voy a venir más!

—¿Por qué?

—Maldita sea, no veo que esté mejorando. ¡Sigo igual que siempre! ¡Esos fisios son una pandilla de ineptos!

Arturo pensó que su abuelo había activado el modo cascarrabias.

—Abuelo, están haciendo un buen trabajo. Yo te veo mejor de las piernas.

—¡Tonterías! ¡Solo saben parlotear y poco más!

—Pues es lo que toca. Hay que aguantar.

—Mañana puedes ahorrarte el viaje porque no pienso venir. Prefiero estar en casa, leyendo o paseando a Ron.

—Mañana estaré aquí a primera hora. Y como no vengas, te tiro de las orejas —dijo, y enseguida se dio cuenta de una cosa, horrorizado:—. ¡Parece que soy tu padre! Joder, abuelo, que ya eres mayorcito.

Darse cuenta de que se comportaba como un padre le pareció a Arturo sorprendente y confuso. Por lo visto, hay un momento en la vida en que los papeles se invierten. ¿Es eso una señal de madurez?

—¿Ah, sí? ¡Pues todavía puedo darte unas buenas nalgadas! —exclamó el abuelo, blandiendo el bastón.

Al imaginarse la escena, Arturo estalló en una sonora carcajada. El abuelo lo miró, ofendido, pero resultó ser tan contagiosa que al final también sucumbió a la risa.

—Nos lo dijeron desde un principio, vas a mejorar pero muy lentamente —le dijo Arturo, un rato después, intuyendo la preocupación de su abuelo.

—Lo sé, hijo, pero eso no lo hace más fácil —y le dio unas palmadas cariñosas a su nieto en la mano que sujetaba la palanca de cambios—. ¿Sabes, Arturo? Estoy muy contento de que hayas encontrado una mujer como Iris. Se ve que es una buena chica. Voy a darte un consejo para que duréis mucho.

—Te escucho —dijo, expectante.

—¡No la cagues! —gritó Juan con una sonrisa pícara—. Cuando la tentación llame a tu puerta, piensa en lo que vas a perder. A mí me funcionó con tu abuela. No sé qué habría hecho sin ella. ¿Me has entendido? Ahora eres joven y quieres comerte el mundo y eso está bien, pero es una etapa que se pasa rápido. Cuando eres mayor lo que hay que hacer es luchar por no perder lo que has conseguido de joven. ¿Estamos?

—Sí, abuelo —dijo Arturo, y le sonrió sintiendo la felicidad de tenerlo a su lado.



La papelería de Salvi y su mujer se llamaba Lorca, como la calle donde estaba ubicada. A escasos cien metros se encontraba el colegio público Pablo Picasso y no muy lejos, la plaza de la iglesia, que estaba poblada de turistas.

Era primera hora de la tarde y el calor apretaba de lo lindo. Los turistas se tomaban fotos, bebían agua o consultaban en el móvil el mapa de la ciudad. Puerta del Mar era un destino habitual para los ingleses que buscaban un clima cálido, playas donde refrescarse y comer por todo lo alto. Seducidos por el estilo de vida, calmado, saludable y de clima benigno, cuando llegaba la jubilación algunos de ellos compraban una casita y vivían con toda comodidad. Y como casi todo el mundo hablaba inglés, podían satisfacer sus necesidades sin grandes complicaciones.

Darío llevaba una gorra calada hasta las cejas, una camiseta gris y unos pantalones cortos. Hubiera preferido acercarse al atardecer, pero temió que Salvi estuviera ocupado y no pudieran hablar. Era un tema delicado —como todo lo relacionado con el pasado familiar—, así que era necesario cierta intimidad.

No quería que Salvi dejara de atender a sus clientes, al fin y cabo era un negocio y los modestos empresarios necesitan cada venta como el agua. Por eso, el día anterior le llamó por teléfono para preguntar si podían verse y tomar algo a una hora tranquila. Como esperaba, no puso objeción alguna.

Encontró a Salvi detrás del mostrador, atendiendo a una madre y su hija. Darío saludó con la mano y Salvi sonrió de oreja a oreja. Ahora estoy contigo, dijo. Mientras esperaba a que terminara de atender, se fijó en los estantes de cuadernos, agendas, bolígrafos y rotuladores.

Se llenó de recuerdos al evocar su época del colegio, precisamente en el Picasso. Su primer día no fue sencillo. Llegar en mitad un curso siempre supone una incomodidad por inesperado y desconcertante. El nuevo recibe la atención de la clase y enseguida flota un misterio a su alrededor.

¿Quién es y por qué aparece ahora?, debieron de preguntarse.

Tenía once años y su vida acababa de saltar en pedazos. Lo que conocía hasta entonces, sus padres, su casa, sus compañeros del colegio de Madrid, había desaparecido de golpe. Cuando entró en clase, Darío aún no acababa de entender la dimensión de lo que estaba sucediendo.

Durante el recreo se sentó en las escaleras, desde donde podía observar el enorme patio en el que los niños jugaban a la pelota y las niñas formaban corrillos. Solo deseaba regresar a casa y que todo volviera a ser como antes. Pero ya no era posible. Sus abuelos le habían dicho con tristeza que ahora vivía para siempre en Puerta del Mar.

Su hermano Arturo, con ocho años, se sentó a su lado. (Enzo, de aún cinco, aún no coincidiría con ellos en el recreo hasta transcurridos un par de cursos). Fue un pequeño consuelo para Darío verle a su lado, una corriente de ánimo en un día sombrío. Se fijó en que su hermano tenía los ojos rojos. Había llorado. Sabía el porqué.

Darío y Salvi entraron en una cafetería cercana a la papelería. Se acodaron en la barra y pidieron unas cañas al camarero. Su mujer le había dado el relevo para que ambos pudieran hablar con calma.

—¿Todo bien? —preguntó Salvi—. Cuando me llamaste me pareciste muy inquieto.

Salvi, unos diez años menor, vestía con un polo morado y unos pantalones cortos. A pesar de que acababa de pasar el COVID, el último de su familia en pasarlo, su jovialidad seguía intacta. Darío se sintió contento por su recuperación.

—Perdona, no era mi intención. Lo que ocurre es que mis hermanos y yo queremos que nos cuentes lo que sepas sobre un empleado llamado «D.».

—¿«D.»?

—Seguramente estará su nombre en alguna carpeta, pero ponerse a buscar nos llevaría mucho tiempo.

Salvi pareció desconcertado. Curvó los labios hacia abajo y negó con la cabeza, como si intentara recordar pero sin éxito. De pronto, su expresión cambió totalmente. Sus ojos centellearon.

—¡Ah, sí! Diana. Tiene que ser ella, pero eso hace un montón de años.

Darío se sorprendió de que fuera una mujer, pero cayó en la cuenta de que nada había sugerido que fuera un hombre.

—¿Qué recuerdas de ella?

—Buff… No me acuerdo de lo que comí ayer, para acordarme de algo que pasó hace la tira. A ver… ¿cómo se llamaba de apellido, Salvi? A ver si con un traguito de birra… Mmm, qué rica está… A ver, céntrate. Creo que estuvo poco tiempo, unos seis meses allá por el 2006 o 2007.

—¿Recuerdas su apellido?

Salvi se refrescó de nuevo la garganta y después se concentró en la tarea de recordar. Darío lo observaba, expectante. Era consciente de que no resultaba sencillo retroceder tantos años, pero él era la única fuente de confianza para saber algo más de esa mujer a la que el abuelo entregaba un dinero mensual.

—Espera, ya me acuerdo —dijo con un centelleo en los ojos—. Claro, hombre, Diana Gómez. Una mujer morena, delgadita y pecosa. No estaba mal, no.

—¿Qué más recuerdas tienes de ella?

Salvi bebió un trago más y se humedeció los labios. En un rincón, una señora echaba monedas en la máquina tragaperras.

—Un poquito tímida sí que era. Apareció de repente y tu abuelo dijo que empezaba a trabajar mañana. Me sorprendió porque no sabía que hubiera una vacante. Fue extraño pero no dije nada, claro, lo mío siempre fue ver, oír y callar —dijo, haciendo el gesto sobre la boca del cierre de una cremallera.

Darío se preguntó los motivos por los que su abuelo la contrataría sin necesidad. Bebió un sorbo de cerveza. ¿Por qué se resistía a hablar sobre todo lo relacionado con ella? ¿Qué ocultaba?

—Era muy, no sé cómo decirlo, no tenía mucha vidilla —continuó Salvi—. Siempre había que estar detrás de ella para que hiciera las cosas. No me pareció una buena empleada. Ojo, esa es mi opinión, que igual a otro le parece cojonuda. Para gustos, colores.

—¿Y mi abuelo te contó por qué dejó de trabajar?

Salvi se tomó unos segundos para responder.

—No lo recuerdo, la verdad. Creo que no. Supongo que un día no apareció más y tu abuelo no dio explicaciones. Pero, Darío, ¿por qué me lo preguntas? ¿Ha pasado algo?

Se debatió entre confesar el motivo por el que preguntaba por ella, o decir una media verdad.

A Salvi lo consideraba un miembro más de la familia, sin embargo, algo le impulsó a ser cauto.

—Es que hemos estado revisando la contabilidad y no nos cuadran algunos números. Le hemos preguntado al abuelo, pero dice que no se acuerda o pensamos que no quiere hablarlo. Solo es curiosidad.

Se le ocurrió preguntarle si guardaba alguna fotografía de aquella época, pero eso despertaría las sospechas de Salvi. Antes de despedirse, Darío le preguntó por el negocio y la familia. Todo marchaba bien. La papelería estaba sufriendo un frenazo en las ventas, aunque era previsible en verano. Septiembre sería un buen mes. Se dieron un abrazo a la puerta de la cafetería y se dijeron hasta la próxima.

Cuando Darío se alejaba, Salvi le dijo una cosa más sobre Diana, algo que había recordado justo en ese instante, una sensación más que un hecho.

—Tu abuelo siempre estaba muy pendiente de ella.

~

La noche del sábado prometía. Luz se estaba vistiendo para salir con unas viejas amigas del instituto, Estefi y Laura. De vez en cuando se veían para cenar juntas y ponerse al día. Todas estaban casadas y con hijos, así que las conversaciones giraban sobre el matrimonio y la maternidad, lo bueno y lo malo, con comentarios locos y políticamente incorrectos.

Ya había acostado a Alma. Le encantaba arrullarla y plantarle un beso en la frente. Es como una princesita, sus ojos llenos de curiosidad y esa carita redonda e inocente, y esa voz tan bonita que me encoge el corazón, pensó.

A pesar de que Pierre había desaparecido de la vida de ambas, estaba agradecida de una forma imperfecta. Gracias a él, había dado luz a un ángel. Por desgracia, sus virtudes como padre dejaban mucho que desear. Ahora estaría por París con alguna pelandusca, susurrando falsas promesas, como a ella en aquel crucero por el Mediterráneo.

No, no iba a ser fácil para Luz en el futuro explicar a su hija que su padre estaba ausente por voluntad propia. Evocó el momento en el que después de recogerla en el colegio, Alma con tres añitos de repente preguntó si le compraba un padre. Luz se rio aunque en su risa resonaron notas amargas. Sintió que, de alguna forma, había fallado a su hija y rogó para que durante su crecimiento no lo echara en falta. Los abuelos la ayudarían a conseguirlo y así había sido todo este tiempo.

Cuando Alma fuese mayor, Luz le explicaría que su padre vino a Puerta del Mar al tercer mes de gestión, a pesar de que le informó por teléfono de su paternidad nada más saber que estaba embarazada. Cuando le preguntó por el motivo de la tardanza, Pierre, un joven de cabello negro y espeso, de estilo informal, se excusó diciendo que su trabajo como profesor de primaria no se lo había permitido. Luz supo más tarde que era una mentira.

En su precario español, Pierre la obligó a tragarse su orgullo y someterse a un test de paternidad prenatal cuyo resultado fue positivo. Era el padre. Sin embargo, las abandonó el mismo día que nació Alma. En el hospital la sostuvo en brazos, la estrechó contra su pecho y después dijo que se marchaba a comer algo. Nunca lo volvió a ver. ¿Qué le pasó a Pierre por la cabeza para tomar una decisión tan egoísta? Seguramente el peso de la responsabilidad.

Lo que no se esperaba era la reacción de Pepe, su padre, durante los meses siguientes junto con su madre se volcó en el cuidado de la niña, pero a ella la trató con cierta distancia, como si fuera la única culpable de ser una madre soltera. Acostarse con un hombre que acababas de conocer en un crucero no es la manera tradicional de traer niños al mundo, al menos lo que

habían inculcado a un veterano policía local de Puerta del Mar.

Una vez que terminó de maquillarse y preparar su bolso, fue al salón a despedirse de sus padres.

—Me marcho. Cualquier cosa, llamadme —les dijo.

Ana levantó la vista del móvil y sonrió. A menudo pasaba un par de horas a la noche chateando en un grupo familiar, enviándose vídeos o fotografías.

—Muy bien, hija. Pásalo bien.

Su padre veía un partido de fútbol amistoso en la televisión, uno de sus pasatiempos favoritos. Sin mirarla le dijo con suma frialdad:

—Ten mucho cuidado con lo que haces.

—Claro que sí, papá —dijo, captando el sentido de la advertencia, aunque evitando iniciar una discusión.

Fue caminando al restaurante donde había quedado con las chicas. Era una noche cálida, pero soportable gracias a que había elegido una blusa sin mangas y una falda corta. Pasó cerca del cine Paraíso y se detuvo un instante por si acaso lograba ver a lo lejos a Darío.

Cuando estaba a punto de marcharse, lo vio entre la gente que se acumulaba en el vestíbulo esperando entrar al pase siguiente. Darío salió un momento, como si buscara a alguien, quizá a alguno de sus hermanos. Era un tanto extraño verle ahí, fuera de un entorno habitual.

Luz se lo había imaginado muchas veces viviendo a solas en el faro, envuelto por el rumor del mar y el sonido de las gaviotas. En cierta forma era como vivir en una pequeña isla alejada de la civilización, y eso le parecía fascinante. Ella había sentido que había algo entre ambos, pero también que corría el riesgo de que no pasara de ahí, de una frontera invisible que, por pudor, ninguno se atrevía a cruzar.

Debo darle un empujoncito, pensó. Si no, todo quedará en un flirteo platónico.

Darío habló con Arturo y volvió a su tarea. Luz reanudó el camino hacia el restaurante. Ya que no salía de él una invitación a ir al faro, tal vez ella deba dejar caer su interés en una visita social. Aunque no deseaba ser demasiado directa. Pero ¿cuál sería una buena excusa?

Se le ocurrió que podía llevar libros a su abuelo, puesto que era un gran lector. Pero enseguida lo descartó porque sería una visita fugaz y apenas hablaría con Darío. Entonces se le ocurrió una idea que le hizo sonreír porque era demasiado perversa. ¿Y si le dijera que Alma se lo había pedido? Por ejemplo, en el colegio le habían mandado una redacción sobre el mar.

Darío, ¿puedo llevar a Alma al faro?

Dios mío, ¿qué tipo de madre eres, Luz? ¡Usando a tu hija para ligar! No, no puedo caer tan bajo. Tengo que encontrar otra forma. O se lo digo tal cual. Darío, ¿por qué no un día tomamos algo juntos? Qué vergüenza, por favor. ¿Por qué todo ha de ser tan difícil entre adultos?

Enfrascada en sus pensamientos llegó al restaurante, donde ellas ya estaban esperando en una mesa reservada en la terraza. Durante más de una hora, Luz departió con sus queridas amigas entre un surtido de tapas deliciosas, y todo ello regado con un exquisito vino blanco. De vez en cuando miraba de reojo el móvil para comprobar que sus padres no habían llamado.

A pesar de que adoraba a sus amigas, no se atrevió a confesar con cariño que las envidiaba. Ellas estaban casadas y al llegar a casa su marido las estaría esperando en la cama. ¿Cómo te fue la cena, cariño? Después harían el amor y al día siguiente despertarían abrazados.

Luz se preguntaba cuándo le llegaría el turno para dejar la casa de sus padres y fundar un hogar junto a Alma, el corazón de su vida. Un hombre bueno y honesto sería un referente maravilloso para la educación de su hija. ¿Cuánto tiempo más he de esperar?

Después de la cena, decidieron tomarse unas copas en un bar del puerto. La noche de verano

invitaba a prolongar la alegría del encuentro. Evitaron los locales de moda que seguramente estarían atestados y que además eran caros. Eligieron uno más apartado, con una decoración austera aunque con precios asequibles.

Al igual que sus amigas, Luz se pidió un refresco de cola para no mezclar el vino de la cena con más alcohol. Se sentía achispada y para ella era más que suficiente para disfrutar de la noche. Hubo un momento en que pareció en que volvía a tener quince años, y que el lunes se reanudarían las clases en el instituto. Bailaba y reía con sus amigas cuando se acercaron dos jóvenes.

La piel blanca enrojecida por el sol era una señal inequívoca de que se trataba de turistas. Cuando uno de ellos empezó a hablar a Luz en español, distinguió su acento británico.

—Estoy aprendiendo tu idioma —dijo, y en su aliento notó el intenso olor a vodka—. ¿Sabes inglés?

—No —dijo, para no dar pie a una larga conversación.

—Oh, es una pena, bueno, podemos hablar en español. ¿Cómo te llamas?

—Luz.

—Yo me llamo Sam y este es mi amigo Ian. Somos de Manchester. ¿Lo conoces?

Las amigas intercambiaron una mirada llena de frustración. Habían salido para divertirse entre ellas y la aparición de un par de guiris chafaba el momento. Luz deseó que se fueran una vez comprobaran que no había dónde rascar. Sin embargo, los alegres jóvenes ignoraron las señales de indiferencia y siguieron bailando junto a ellas.

La situación se volvió incómoda a los pocos minutos. Sam, de repente, posó sus grandes manos sobre la cadera de Luz, que estaba de espaldas y se pegó como una lapa. Ella intentó alejarse, pero Sam la tenía bien agarrada. Estefi y Laura no se apercibieron del manoseo porque se puso gente de por medio, y además Ian hablaba con ellas.

—Suéltame —le ordenó Luz, aunque con el ruido de la música era difícil que Sam la oyera.

—Vamos a la playa y te echaré el polvo de tu vida —susurró.

Luz se giró y le empujó con la mano, pero Darren volvió a la carga. Sus ojos brillaban como los de un sapo. Cuando Luz pensaba avisar a sus amigas, notó que Sam le había quitado las manos de encima. Al girarse, vio a Darío que se encaraba con él.

¿Qué hace aquí?, se preguntó Luz.

Ian se aproximó para ayudar a su amigo, pero frenó en seco cuando Arturo y Enzo se interpusieron en su camino. La imagen de unidad y fortaleza que ambos transmitían le disuadió en el acto de cualquier intento de agresión.

Se formó un corrillo alrededor de Darío y Sam. Estefi y Laura se pusieron a su lado y preguntaron qué había pasado, pero Luz estaba paralizada, las palabras no le salían. Aún no se había recompuesto de la sorpresa de verle en el bar.

Ante la posibilidad de ser golpeado por alguien más fuerte, el inglés se alejó insultando en su idioma. Darío los vio perderse en la noche y enseguida fue a hablar con Luz. La gente continuó bailando y bebiendo, como si nada hubiera sucedido.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias —respondió no sin esfuerzo—. Se estaba poniendo muy impertinente. He salido con unas amigas del instituto y… ¿Qué haces aquí? Pensaba que no te gusta salir.

—No me gusta, la verdad. A veces salgo con mis hermanos después de cerrar el cine, pero soy el primero en irme a casa. Bueno, ya nos veremos —dijo bruscamente dando un paso atrás.

—Espera, Darío.

—¿Qué pasa?

Luz se quedó en blanco. Se moría por seguir hablando con él, pero de repente le costaba un mundo encontrar un tema de conversación. Se formó un silencio incómodo.

—Gracias por ayudarme —dijo, al fin.

—Sí, ya lo has dicho.

Arturo y Enzo conversaban con sus amigas, esperando a que Darío se les uniera. Mientras tanto, ella notaba cómo el efecto del vino blanco aún bullía en su interior. Entonces las palabras se descontrolaron y cuando quiso darse cuenta de lo que estaba diciendo, ya era demasiado tarde para rectificar.

—No, lo que quiero decir es que a Alma le han pedido una redacción sobre el mar y me preguntaba, bueno, ella me ha preguntado, si podía conocer el faro. No sé por qué, pero le hace ilusión.

—Claro que sí. Venid cuando queráis —dijo, y se despidió con un gesto de la mano.

Luz le vio desaparecer entre la gente.

Ya está, me he ganado el premio a la peor madre de la historia, pensó. Estoy viendo el titular del telediario: «Madre usa a su hija para liarse con su amor platónico». Conectamos en directo con nuestro corresponsal en Puerta del Mar. Qué sofoco. Alma, hija, perdóname, pero es que las emociones siempre ganan ante la razón.

CAPÍTULO 3

Darío salió muy temprano a pasear con Ron alrededor del faro. Llevaba puesta una fina rebeca sin abotonar para protegerse del remanente de la noche. Los rayos del sol despuntaban por el horizonte y el mar empezaba a cobrar vida.

Le había costado dormir, de hecho no creía que hubiese dormido más de tres horas. Notaba una cierta rigidez por todo el cuerpo al caminar por la ladera, llena de piedras y matorrales. Ron le seguía, olisqueando aquí y allá, ladrando a algún insecto, o acelerando el trote cuando Darío se alejaba.

Confiaba en que a Ron le agradase su nuevo hogar, aunque fuera provisional. Aquí podía corretear en libertad, mientras que en el barrio debía llevar correa. Pensó en la asombrosa y envidiable facilidad de los perros para adaptarse a cualquier circunstancia. Vivían anclados en el presente, y no echaban la vista atrás ni pensaban en lo que estaba por venir. Se agachó para acariciarle y Ron se lo agradeció posando su pata en el brazo.

—Eres un buen perro, ¿me entiendes, amigo?

Ron ladró a modo de respuesta y ambos continuaron con el paseo. Volvió a fijarse en el mar, en las pequeñas olas que el viento de poniente rizaba. La brisa revoloteó su cabello oscuro. A lo lejos vio a un grupo de gaviotas surcar el cielo enrojecido. Darío poco a poco se iba recuperando de una noche larga, en la que había sufrido una vívida pesadilla.

Se encontraban a bordo del Moller-Maersk y los piratas somalíes, armados hasta los dientes, se habían apoderado del barco. Hacía un calor asfixiante y Darío se moría de sed. Sus compañeros y él estaban retenidos en la sala de televisión, sentados en círculo a dos metros de distancia unos de otros. En sus ojos palpitaba el miedo. De repente, se giró y descubrió a uno bañado en sangre.

Lo reconoció enseguida: era Kelly, el operador de máquinas. Un irlandés de corazón generoso. Se acercó enseguida y, desesperado, intentó frenar la hemorragia colocando las manos sobre el vientre. Pero enseguida los piratas se lo impidieron golpeando su cara, y Kelly soltó el último aliento de su vida.

Darío se despertó cubierto de sudor, y se sentó a oscuras en el borde la cama. Se dijo a sí mismo que había sido una pesadilla y sintió un profundo alivio. Oyó una voz al otro lado de la puerta del dormitorio.

—Darío, ¿todo bien?

Reconoció la voz de Enzo. Tragó saliva.

—Sí, todo bien —respondió.

Enzo entró, encendió la luz del techo y vio a su hermano con la cara pálida. Estaba vestido solo con los calzoncillos debido al asfixiante calor.

—Oí voces y pensé que alguien había entrado.

—No, acabo de tener una pesadilla.

—Joder. ¿La misma de siempre?

Darío asintió con la cabeza. Sus hermanos y el abuelo sabían del secuestro del barco mercante, pero solo Enzo estaba al tanto de las pesadillas. Se lo había confesado años atrás en un viaje que ambos efectuaron en coche con destino a Tarifa. Mientras que Darío acudía por deber profesional a cuidar del faro, como cada quince días, Enzo había quedado para tomar unas cañas con unos amigos y después volver a casa con su hermano.

Era una mañana de noviembre de cielo plateado y brillante. El ambiente presagiaba una lluvia inminente. Hacía un año que Darío había tomado posesión del faro, y Enzo se preguntaba cuál sería su siguiente paso vital.

—Y ahora que tienes trabajo para toda la vida, ¿no te gustaría conocer a una mujer, casarte? —le preguntó.

—Ahora mismo no, estoy bien así. Además, no sé quién me puede aguantar lo suficiente para vivir conmigo —dijo Darío, sonriendo —. ¿Y tú?

—El trabajo me tiene muy ocupado. Eso es lo que digo siempre, pero nunca he encontrado a una mujer que me vuelva loco, que diga, ella es la mujer de mi vida. ¿Te ha pasado alguna vez?

—No de esa forma.

—Recuerdo que antes de irte a surcar los mares saliste unos meses con una chica, ¿cómo se llamaba?

—Eli.

La había conocido cuando ella y sus amigas habían alquilado un pequeño velero para pasar unas horas relajantes en el mar. Entonces Darío se ganaba la vida alquilando sus servicios como patrón para turistas o locales. Eli le llamó la atención enseguida: una pelirroja pecosa de ojos castaños y alegres que vivía en el centro de Málaga. Se percató de su interés porque pasó más tiempo con él que con sus amigas.

—No estaba nada mal, ¿verdad? ¿Sabes algo de ella?

Darío se encogió de hombros.

—Imagino que ya estará casada y con hijos. Era lo que quería; yo no estaba por la labor. Al principio pensaba que sí, pero después me di cuenta de que no. Ya lo sabes, quería ver mundo.

—¿Qué tal el sexo con ella?

—Bien, muy fogosa.

—Tuvo que ser duro estar mucho tiempo solo en alta mar. Yo no hubiera podido aguantar tanto sin follar.

—Ya lo creo que fue duro. Cuando atracábamos en el puerto, bajaba con los compañeros a los burdeles de la ciudad de turno, pero nunca pagué por sexo. En el siglo pasado los barcos atracaban varios días y así se conocían a mujeres, pero ahora están solo veinticuatro horas como mucho porque cada hora de más la empresa pierde dinero. Pagué un precio muy duro por cumplir mi sueño de navegar por mares exóticos.

—Y además sufriste un secuestro.

—Aún tengo pesadillas.

Enzo se quedó sorprendido por la revelación. Siempre había considerado a su hermano mayor como un hombre duro de roer. Descubrir que era vulnerable fue como si un libro de tapas dura se abriese de repente.

—¿Has ido al psicólogo?

—Ya fui cuando lo de nuestros padres, no guardo un buen recuerdo de aquella época. Seguro

que es útil a mucha gente, pero a mí no me sirvió. Tal vez no estaba preparado. ¿Tú has ido?

—Cuando iba al instituto. Pensé que lo sabías.

—Vi que durante un tiempo te ibas con la abuela, una vez por semana, pero creí que ibas a una academia particular de matemáticas o algo así. La abuela nunca nos dijo nada.

—Pues iba al psicólogo. A mí sí me ayudó. No tenía con quién hablar sobre papá y mamá. Apenas si tengo recuerdos de ellos.

—Claro, con cinco años de qué te vas a acordar.

—Tengo la imagen de estar tirando cosas por el balcón de casa, y mamá y papá poniendo una tela verde entre las barandillas. Eso es todo —dijo, sintiendo de repente un nudo en el estómago.

—Nos querían. Es lo importante.

—Y según los abuelos, se querían.

—Eso también. Nos lo recordaban mucho de pequeños, que era un matrimonio bien avenido.

Enzo envió un mensaje de audio a sus amigos diciendo que llegaría en unos quince minutos. Sobre el parabrisas empezaron a caer las primeras gotas. Las nubes habían adquirido una mayor densidad, la luz se había vuelto mortecina y el mar se veía agitado.

Darío pensó que si llovía con más fuerza debía posponer el arreglo de las tejas del faro. Lo dejaría anotado para la próxima visita.

—¿Has reflexionado en lo que sería de nuestras vidas si hubiéramos seguido viviendo en Madrid con papá y mamá? —preguntó Enzo.

Su hermano inspiró largamente. De los tres, le dolió pensar que Enzo había salido el más perjudicado por la muerte de sus padres al no haber disfrutado de ellos.

—La verdad es que no.

—Nuestras vidas serían totalmente distintas. El mar ha marcado nuestro camino. Arturo con el surf, tú con el faro y yo con Salvamento.

—Sí, es verdad.

—En Madrid tal vez hubiéramos estudiado derecho, arquitectura o empresariales.

—Sí, lo más probable. Hubiéramos montado juntos un despacho. Abogados Campos.

—No suena mal.

—Papá y mamá estarían orgullosos —dijo Enzo asintiendo con la cabeza, y después fijó la vista en la carretera—. Si no hubieran subido a ese maldito avión…

Los ladridos de Ron hicieron que Darío volvería al presente. Consultó el reloj y decidió regresar al faro. Su jornada empezaría en unos minutos. A lo lejos contempló el paisaje de casas y edificios que conformaba Puerta del Mar, y pensó que en una de esas casitas Luz se estaría despertando en ese momento. Se levantaría y prepararía el desayuno a Alma. Por un instante, se imaginó casada con ella. No, no veía a Luz viviendo en el faro, un lugar húmedo en invierno, apartado del centro y donde el viento ululaba por la noche.

Quizá nunca me case y tengo hijos, pensó. Arturo se casará en septiembre y los tendrá con Iris. Intuyo que Enzo encontrará a alguien que como él le dijo le vuelva loco. Yo seré el tío Darío y los hijos de mis hermanos serán mis sobrinos. Mucho mejor para mí, los mimaré y seré el tío enrollado. Los llevaré al cine y les enseñaré el faro. Tengo curiosidad por conocer a la hija de Luz. ¿Cuándo dijo que vendría con Alma? Espero que pronto.

—Ron, vamos, que se hace tarde.

El perro aceleró el trote y se colocó junto a Darío. El sol enorme y anaranjado proyectaba su luz sobre el faro.



La semana empezó con el deseo irrefrenable de Juan de volver al Paraíso. Se había cansado de gestionar el cine solo con el teléfono y desde su dormitorio. Ahora, gracias a que la recuperación de sus piernas era un hecho, se sentía con fuerzas de acudir al cine junto a sus nietos. El bastón le acompañaba a todas partes, aunque ya se había acostumbrado e incluso de broma se decía a sí mismo que parecía un aristócrata de la *jet-set*. Dudaba de que en la actualidad la gente joven supiera lo que significaba *jet-set,* pero le era indiferente.

Puerta del Mar había cambiado mucho desde que ese término anglosajón se hiciera popular en las décadas de los ochenta y noventa. Durante los veranos, un buen puñado de celebridades naciones e internacionales hacía acto de presencia en cenas y fiestas hasta altas horas de la noche. La prensa escribía sobre ellos en sus crónicas de sociedad, y eran entrevistados enseñando sus mansiones con todo lujo de detalles.

Les encantaba el clima, la ubicación y el ambiente sofisticado gracias a la continua presencia de coches de alta gama y yates espectaculares. Algunos describían a Puerta del Mar como una suerte de Montecarlo. Nada de todo aquel oropel atraía a Juan, que entonces vivía concentrado con la ayuda imprescindible de Sofía en sacar adelante el cine. Además, a lo largo de un par de semanas disfrutaba de la visita de la familia de su hijo, su nuera y los tres nietos, que eran apenas unos niños ansiosos de bañarse en el mar todos los días.

Quién le iba a decir que décadas más tarde, esos inquietos mozalbetes de ojos rebosantes de inocencia acudirían a ayudarle para salvar el Paraíso. Una parte de Juan deseaba mostrarles que, a pesar de su avanzada edad, aún conservaba la suficiente fuerza y lucidez para seguir al frente del negocio familiar. Sentía esa responsabilidad sobre los hombros que su padre y su abuelo le habían transmitido con su dedicación en cuerpo y alma al Paraíso.

A Darío no le sorprendió la decisión de su abuelo de ir al cine, y evitó disuadirle de que quizá lo más sensato fuera descansar. Lo conocía bien y sabía que cuando se empeñaba en algo no atendía a razones. Sin embargo, Yarina sí que mostró su preocupación. En la cocina, dejó de amasar la carne para las albóndigas y mientras se limpiaba las manos en el delantal, habló con el corazón.

—¡Juan, usted loco de remate! Tiene que *descansarr*. Deje a los nietos que lleven cine, son jóvenes y pueden con todo.

—¡Moriré con las botas puestas! —dijo, alzando el bastón, evocando el título de una película de 1941 en blanco y negro, y protagonizada por un legendario actor: Errol Flynn.

—Déjese de botas o pantuflas. Cuídese, que tiene muchos años por delante.

—Sé lo que me hago, Yarina —dijo, y se marchó a su dormitorio.

Mientras tanto, aprovechando que se encontraban a solas, Darío quiso hablar con Yarina sobre el abuelo.

—¿Te ha dado dinero para entregárselo al chico?

—De momento no, creo que ya eso se terminó. ¿Tú qué piensas?

Darío evocó la conversación con Salvi en el bar. Le costaba admitir que sospechaba que su abuelo había mantenido una relación con una empleada, mucho más joven. ¿Y si ese chico era…? La sola idea le producía un escalofrío.

—No sé qué pensar.

Le hubiera gustado confesar que se sentía culpable por hurgar en la intimidad de su abuelo, pero ¿qué podía hacer? ¿cruzarse de brazos? ¿mirar hacia otro lado? ¿guardárselo para sí mismo? Temía que en el futuro pudiera arrepentirse de no haber esclarecido la verdad. Con el tiempo, los secretos se convierten en una espina imposible de extirpar.

—La vida es complicada, pero es que los adultos la complicamos mucho —dijo Yarina,

sonriendo.

Mientras Darío ponía la mesa, el olor jugoso de las albóndigas causó que su estómago rugiera. Aún no se había acostumbrado a que cocinaran para él en el faro. En un día corriente, se preparaba la comida o acudía a un restaurante de esos económicos de menú del día. Una buena comida caliente y un postre casero servido con diligencia. ¿Qué más se puede pedir?

Para digerir el almuerzo, Juan se regaló una siesta deliciosa y después se preparó con la máxima ilusión para acudir al cine. Tenía ganas de regresar y comprobar que todo estuviese en orden, sentarse en el despacho, saludar a la vieja clientela y sentir el hormigueo que le causaba el olor a palomitas. Se acordó de Rosa y Elena, sus fieles empleadas que ya no estaban y se preguntó qué estarían haciendo. Se prometió que las llamaría desde el cine para decirles que se acordaba de ellas.

Antes de marcharse, se acercó al pasillo y aguzó el oído. Yarina y Darío hablaban de algo en la cocina, pero se encontraban demasiado lejos para enterarse sobre qué. Cerró la puerta de su dormitorio y abrió el cajón de la cómoda, dentro del armario. La mudanza al faro había sido un embrollo, y temía que el dinero en metálico lo hubiera dejado en casa.

A decir verdad, la habitación le gustaba. Le habían traído su sillón favorito para leer, y eso le daba un toque personal que disminuía la añoranza por su dormitorio. Eso sí, el colchón estaba más duro que una piedra, aunque su espalda empezaba a acostumbrarse. Lo que le llenaba de vitalidad era mirar por la ventana para saludar al Mediterráneo. Siempre era el mismo paisaje y, sin embargo, siempre encontraba algo distinto: una nueva tonalidad, una embarcación arropada por el viento, una ráfaga de espuma, una tanda de destellos… Se sentía un privilegiado.

Abrió varios cajones con ropa interior hasta que encontró unos calcetines rojos. Metió la mano en uno de ellos y palpó el tacto arrugado de los billetes. Respiró aliviado. Tenía el dinero. Si se encontraba con la energía suficiente ya no pediría la próxima vez a Yarina que se lo entregara al chico de Diana, sino que lo haría él mismo.

~

Cuando Darío y Juan llegaron al Paraíso a primera hora de la tarde, Arturo ya había abierto las puertas. Su hermano mayor ya le había advertido por teléfono de que el abuelo pensaba acudir, así que no se extrañó al verle y le brindó una calurosa bienvenida. Para ambos hermanos, que apareciera en el cine sin la silla de ruedas era de alguna manera como retomar las viejas costumbres, y eso les produjo una gran satisfacción. Enseguida se contagiaron de su animosidad y alegría.

Seguido de sus nietos y apoyándose en el bastón, entró con lentitud en el patio de butacas, sumido en la penumbra y el silencio. Se detuvo a mitad del pasillo enmoquetado y miró con ilusión a su alrededor. Le pareció que había transcurrido una eternidad desde que sufrió el ictus, el momento fatídico en que lo cambió todo.

—Ya estoy de vuelta. ¿Me has echado de menos, querido Paraíso?

Darío y Arturo observaban en silencio a su abuelo a unos metros de distancia, como respetando el solemne reencuentro. Había algo, un vínculo invisible, un idilio inspirador entre él y el cine que ellos no podían articular con palabras, simplemente existía y debía respetarse.

Unos minutos después el abuelo siguió el recorrido. Fue a la taquilla y después al bar y a la sala de proyección. Por fin, a su despacho, donde se sentó frente al escritorio dejando escapar un largo suspiro.

Evocó el día en que su padre le dejó al cargo del cine por primera vez. Hacía nada más y

nada menos que treinta años. Nadie le preguntó si deseaba ocupar el puesto, sino que su padre, un hombre de mirada recia, lo dio por sentado.

—Hijo, como sabes, esta maldita enfermedad me obliga a tener reposo absoluto y un sinfín de cuidados —le dijo su padre, que entonces tendría unos sesenta años, en ese mismo despacho —. Ahora serás tú quien lleve las riendas. Conoces el cine al dedillo y tienes la misma pasión que yo por el cine, por eso has de continuar con la tradición de la familia. Te he preparado para este momento desde que terminaste el bachillerato.

—Sí, padre.

—Ahora serás tú el garante del cine de calidad en Puerta del Mar. No dejes que las distribuidoras te digan lo que hay que proyectar. Solo buscan el dinero. Nosotros aquí tenemos una misión, un propósito: emocionar a la gente, y eso solo se consigue con buenas historias.

Juan sintió sobre su espalda el peso del legado, y prometió que se dedicaría al Paraíso en cuerpo y alma. Sin embargo, nadie podía anticipar los mayúsculos desafíos a los que se enfrentaría. Desafíos tecnológicos como la llegada de internet, que trajo consigo las descargas de películas de estreno. Y otros más complicados de batir, como las nuevas costumbres de disfrutar del cine en casa.

Si mi padre levantara la cabeza de su tumba, ¿estaría orgulloso de que el Paraíso siga en pie? Se respondió que sí. Pero entonces una pregunta cristalizó en su mente, una que llevaba tiempo evitando. ¿Quién se encargaría del Paraíso una vez que él ya no estuviera? Gracias a la iniciativa de contactar con el diario Sol, la recaudación se había triplicado. No le cabía duda alguna de que el Paraíso recaería en buenas manos. Darío y Enzo tenían ya un trabajo estable, por lo que estaban descartados de antemano. Arturo le pareció el candidato idóneo.

Enzo llegó a última hora, cuando el último pase del día estaba a punto de finalizar. Se encontraba exhausto después de una dura jornada de entrenamiento con sus compañeros de Salvamento, pero decidió pasarse para saludar al abuelo y sus hermanos. Era un día importante para la familia Campos.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Arturo en la sala de proyección.

—Gracias, yo también me alegro de verte.

—¿Un día duro?

—Entrenamiento de rescate, con eso te lo digo todo. Por suerte, la mar estaba liso.

—Hay que estar preparado para todo.

—Y vosotros, ¿qué tal?

—Contentos de ver al abuelo otra vez por aquí.

—¿Dónde está Iris?

—Se ha quedado en casa. Tiene un resfriado muy gordo. Dice que el aire en el trabajo está muy fuerte. En cuanto cerremos voy para casa a prepararle una sopa caliente.

—Pienso dormir doce horas seguidas. Es lo bueno de vivir en el faro, hay un silencio espectacular.

—¿Cuándo te vas a echar una novia? Estoy preocupado por ti.

—Pero si tú llevas con Iris nada de tiempo. No había quién te echase el lazo.

—Por eso mismo, cuanto antes empieces, mejor. Tengo una conversación pendiente con Darío sobre este tema.

—¿Darío, casado? Eso es de una peli de ciencia ficción.

—Va todas las semanas a la biblioteca a pillar libros para el abuelo.

—¿Y?

—Me parece extraño que el otro día, cuando le dije que podía ir yo a por los libros del

abuelo, me dijo que no, que se encargaba él y nadie más. Me puso una cara… —dijo, y terminó guiñando un ojo.

Enzo comprendió en el acto lo que insinuaba.

—¿Quién?

—La bibliotecaria.

—¿Cómo lo sabes? ¡Fuiste a la biblioteca a cotillear! ¡Serás desgraciado!

—Baja la voz. No, fue una casualidad. Pasaba por el centro y me dije: vamos a ver por qué a mi querido hermano le gusta pasarse puntualmente cada semana. Fue como un sexto sentido.

—¿Y cómo está la chica?

—No está mal. Además es buena gente, superamable. Me reconoció y me dijo que se alegraba de mi trayectoria en el surf.

—Vaya, vaya, con Darío. Se lo tiene muy guardado.

—Ya sabes cómo es. Hay que sacarle las cosas con sacacorchos.

—No sé por qué, pero me están entrando unas ganas de ir a la biblioteca a por un libro —dijo, esbozando una sonrisa traviesa.

Cuando bajaba desde la sala de proyección hacia el despacho, donde esperaba encontrarse al abuelo haciendo caja, vio a un grupo de mujeres que salía del patio de butacas. La película había terminado y la gente empezaba a salir. Le llamó la atención la más alta, de facciones perfectas. El cabello era rizoso y de color castaño. Llevaba un vestido bien entallado, un conjunto con escote y falda roja de lunares. Parecía lista para salir de fiesta y disfrutar de la noche veraniega.

—¿Violeta? —dijo, Enzo abriendo los ojos como platos—. Estás guapísima.

—Gracias, Enzo —Y cambió de tema al momento—. ¿Cómo está Juan?

—Bien, las sesiones en el hospital están funcionando. Ya camina con el bastón.

—Qué alegría. Tengo que llamarle.

—Pues está aquí. Estará en su despacho haciendo la caja. Pasa, le hará ilusión verte.

—Ah, vale, pero será solo un momento. He salido con unas compañeras y ahora vamos a tomar algo.

Enzo miró hacia las dos mujeres que esperaban a Violeta.

—Me imagino que como siempre estarás muy liada de casa en casa.

—Ahora trabajo en un balneario. Me cansé de ser autónoma. ¡Es mucho lío! De momento, muy contenta. Ahora los clientes vienen a mí en vez de yo ir a por ellos.

—Me alegro por ti.

Enzo la acompañó hasta el despacho. Llamaron a la puerta, y enseguida oyeron la voz de Juan quejarse por ser interrumpido. Sin embargo, en cuanto se asomó Violeta, el abuelo levantó la cabeza y su expresión furibunda dejó paso a una radiante. Se fundieron en un abrazo y empezaron a hablar de sus cosas. Enzo, desde el umbral, no podía apartar la vista de la fisioterapeuta mientras aspiraba su perfume a rosas con toques de limón. Ciertamente, era una mujer muy atractiva.

CAPÍTULO 4

Según lo acordado con Darío, visitarían el faro pero sin especificar una hora en concreto. Como "por la tarde" era un concepto demasiado amplio, resolvió presentarse a última hora con la intención de evitar la canícula.

Una ilusión pura, casi adolescente, recorría su cuerpo. Su mente le decía que se trataba de una visita social, aunque su corazón latía en modo cita romántica. Después de dejar atrás el bochorno de usar a Alma como excusa para sus flirteos, se concienció para ante Darío ejercer su papel de madre interesada en los deberes de su hija.

Se preocupó de que Darío se extrañara de que a una niña de cinco años le propusieran una redacción sobre el faro de Puerta del Mar, así que se preparó una respuesta. «Mi hija es superdotada, o como se dice ahora con altas capacidades. Igual mañana la profesora le pide que resuelva, no sé, una ecuación».

Antes de salir de casa, se agachó delante de su hija para situarse a la altura de sus ojos. Lo hacía en las ocasiones en las que necesitaba hablar con ella seriamente.

—Hija, vamos a ir al faro.

—¿Al faro?

—Vamos a ver a un amigo. El faro es genial, te va a gustar mucho, ya lo verás. Es un sitio muy especial desde donde se ve el mar. Estaremos un ratito y después nos venimos. ¿Qué te parece?

—¿Me puedo llevar a Bea?

Era su muñeca de trapo, un regalo de sus abuelos por su cumpleaños. El nombre era el primero que a Luz se le había pasado por la cabeza.

—Claro que sí, tesoro —respondió, y le plantó un sonoro beso en la frente, justo donde el chichón ya había remitido.

A pesar de que Luz había obtenido el carné desde los dieciocho, carecía de coche y además aborrecía conducir. Así que, como era el día libre de su padre, pidió que las llevara al faro.

—¿Y para qué llevas a la niña? —preguntó su padre, mientras salían de Puerta de mar por la avenida principal. Había algo de tráfico, lo acostumbrado en verano.

Luz se giró para comprobar que Alma estaba bien sujeta a la silla infantil.

—¿Por qué no? Es un lugar bonito, y a mí me apetece dar un paseo. El farero es un amigo del colegio. Es el nieto de Juan, el del Paraíso.

—Ah, no sabía que es el farero. ¿Desde cuándo?

—Creo que unos tres años.

—Los fareros son gente rara, eso de estar ahí solo todo el tiempo te afecta el cerebro.

—No están solos, algunos se casan y tienen familias.

—¿Quién quiere vivir en un faro? Estará lleno de humedad y viven apartados.

—Pues a mí me parece un sitio muy bonito.

—Eso sí, no tienen problemas con los vecinos ni pesadas reuniones de la comunidad.

—Tú siempre viendo el lado positivo de todo —dijo, Luz con ironía.

—Soy realista —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Quieres que venga a recogerte?

Ella había pensado que quizá Darío se ofrecería. Desde el faro a Puerta del Mar apenas había unos cinco kilómetros.

—No, ya volveré en autobús.

—Como quieras. Llámame si cambias de opinión. Hoy no hay fútbol, así que sin problema.

El coche aparcó justo delante de la puerta. Se despidieron de Pepe y enfilaron hacia la entrada. Antes de llamar a la puerta, Darío la abrió. Enseguida Luz se percató de que se había cortado el pelo hacía poco. Le gustaba corto, estilo militar porque le daba un aspecto muy varonil. Llevaba una camiseta de con botones que dejaba ver el inicio de un pecho bronceado y firme. Darío saludó a Luz con dos besos y se puso en cuclillas delante de su hija.

—Hola, amiga. ¿Cómo te llamas?

La niña alzó la vista hacia su madre y esta asintió con la cabeza.

—Alma.

—Pues yo me llamo Darío, encantado. Qué muñeca más chula. ¿Cómo se llama?

—Bea.

—Encantado, Bea —dijo, estrechando la manita de la muñeca.

Ron, muerto de curiosidad, también salió a presentarse. Olisqueó el calzado de la visita y después lamió la carita de Alma, que se rio como se ríen los niños, con una dulzura infinita. Ron soltó un par de ladridos a modo de aprobación y meneó el rabo.

—Pasad, pasad —dijo Darío, apartándose.

Al entrar, Luz sintió que la envolvía un agradable frescor.

—¿Y tu abuelo? Me gustaría saludarle.

—Está en el cine con mis hermanos Arturo y Enzo. Vendrán por la noche.

Gracias a la experiencia que Darío atesoraba como anfitrión de quienes visitaban el faro, sabía con certeza las áreas de interés y qué decir sobre ellas, pero antes de empezar le preguntó a Luz si había estado antes. Ella le dijo que sí, pero hacía mucho tiempo y no se acordaba bien.

Primero, empezaron por el despacho, donde Darío les explicó por encima su tarea diaria, y les mostró el interior del armario con los viejos diarios de sus predecesores. Después, Darío cargó a Alma en brazos y subieron por la estrecha escalera de caracol hacia la cúpula.

El espectáculo que les aguardaba era memorable. El mar abierto, en calma, y un velero que parecía frágil en medio de la inmensidad azul. Y hacia el suroeste, el sol empezaba a refugiarse lentamente entre las montañas, dejando una estela anaranjada y gloriosa en el cielo. Se respiraba un silencio y una paz abrumadores.

—Alma, mira, qué bonito, ¿verdad? —le dijo su madre.

En los ojitos de Alma se atisbaba el mudo asombro que provocaba el maravilloso paisaje. Darío, con su voz grave y apasionada, empezó a explicar el funcionamiento técnico de la óptica o de la linterna, como también la llamaban.

—Antiguamente, se usaba un tanque de mercurio al que se le echaba aceite para evitar el vapor. Hoy en día, se usa un sistema de engranajes y motores eléctricos…

Luz se dejó llevar por la imaginación de una mente educada en el amor a la literatura. Algo en su interior le hizo *clic* al escuchar a Darío hablando de esa forma sencilla y didáctica. Fantaseó con que viajaban en el tiempo, al principio del siglo pasado, y se encontraban los tres

en una isla remota.

Debía de ser allá por 1900, más o menos. Un mundo sin electricidad y sin internet, un mundo estimulante de papel y lápiz. ¿Era eso posible? Darío y ella formaban un joven matrimonio con una hija, ilusionados ante la idea de vivir en el faro durante una larga temporada. Su marido había recibido con alborozo su primer destino como torrero, y enseñaba los entresijos del funcionamiento del faro.

Vestido de la época, con una tosca camisa color caqui de cordones y unos pantalones de algodón, Darío señalaba el horizonte. Luz llevaba un sombrero y vestía una pieza única cuya falda debía alzar cuando caminaba. Alma lucía trenzas, un conjunto blanco y holgado, y calcetines hasta las rodillas. El vivo retrato de una familia del siglo pasado.

—Por la noche la luz sobrepasa el horizonte y es vista por los barcos —dijo Darío—. En realidad, es el destello lo que ven. Cada faro tiene su propia señal. Esta es de un destello cada diez segundos.

Darío rodeó por los hombros a Luz, y ella se vio envuelta en el aroma que desprendía su marido.

—Cada barco tiene un libro con la información de las señales, así que cuando ven los destellos lo consultan y saben que están delante del faro de Puerta del Mar. Muchos capitanes se saben de memoria todas las señales de la costa.

—Es un privilegio estar aquí. Creo que nunca me cansaría de esta vista. Te renueva por dentro.

—Mira, fíjate —dijo señalando la óptica—. Esta es la lente principal y todos estos prismas hacen que el haz salga hacia delante. En el pasado, había un quemador de petróleo que era la fuente luminosa.

—¿Te hubiera gustado ser farero en otro tiempo?

Darío sonrió, como si esa pregunta se la hubiera hecho a sí mismo en otras ocasiones.

—La verdad es que sí. Ahora todo es un poco mecánico.

Luz continuó con su fantasía y se imaginó a Darío cien años atrás, en el despacho, escribiendo en su ajado cuaderno de servicio al calor de una vela. Afuera, el mar bañado por la luz de la luna. En medio de un abrumador silencio, con una letra clara y minuciosa escribiría: «Hoy, ligera marejada. Nublado. Viento fuerte de veinte nudos. Sin novedad». Con Alma ya dormida, ella entraría quedamente y le entregaría un té caliente, ansiosa porque termine su faena y puedan hacer el amor.

—¿En qué piensas, Luz?

—¿Eh?

Parpadeó, saliendo de su ensimismamiento y aterrizando en el presente.

—Te vi como pensativa.

—Se me fue la mente a otra parte —dijo, notando que sus mejillas se ruborizaban—. Perdona, lo que cuentas es muy interesante. Le servirá a Alma para, ejem, su redacción o lo que sea.

—Mamá, ¿por qué estás tan roja? —soltó Alma de repente.

—¿Qué? Anda, niña, no digas tonterías.

—No son tonterías —dijo, ofendida.

—¿Seguimos con la visita? —intervino Darío.

—Por favor —respondió Luz, aliviada.

Unos veinte minutos más tarde, acabaron los tres en la cocina. Alma, contenta, porque junto a su inseparable Bea disfrutaba de un vaso de leche con galletas.

—Darío, este lugar es apasionante —dijo Luz—, con mucha historia.

—Mucha gente ve los faros como un elemento más del paisaje, y son muy necesarios. La tecnología es fundamental, pero falla.

—Dímelo a mí que cuando en la biblioteca los sistemas se caen tengo que volver al papel y al boli.

—Dependemos demasiado del wifi.

—¿Recibes muchas visitas?

—Una o dos por semana. ¿Por qué?

—Es una pena que la cultura del faro no llegue a más gente, sobre todo a las nuevas generaciones.

—Te doy toda la razón, pero las instituciones se mueven poco.

Luz hizo un mohín de disgusto. A Darío no le faltaba razón. Si esperaban a que alguien en uno de esos despachos rancios de un ministerio o ayuntamiento, levantara el teléfono para tomar la iniciativa podían salir canas. ¿Qué se puede hacer?

—Se me está ocurriendo una idea —dijo, sonriendo.

—Adelante.

—Podíamos montar un evento cultural aquí. Vendría gente, la televisión local. Puerta del Mar no es solo sol y playa, también se hacen cosas interesantes.

Luz se quedó inmóvil cuando sintió la mano de Darío sobre la suya.

—La idea me parece soberbia, pero ¿el evento sería sobre el faro?

—Hay que pensarlo. Darle un enfoque nuevo. ¿Dónde podíamos montarlo?

—Si es en verano, la terraza es perfecta.

—¡Sí! ¡El mar de fondo es una pasada!

—Debería pedir permiso a la Autoridad Portuaria, pero no creo que pongan inconvenientes.

—Hablaré con el concejal de Cultura. Me llevo muy bien con él. Podíamos montar unas charlas, qué sé yo. Lo importante es que se hable del faro.

—Conozco algunos casos en los que viejos faros se quieren convertir en hoteles, pero tu idea me gusta más.

Luz dibujó una amplia sonrisa. Se empeñaría en que el evento se llevara a cabo, así tendría una excusa para estar más tiempo con Darío.

—¡Helado! ¡Helado! ¡Mamá, quiero un helado! —dijo de repente Alma.

—Aquí no hay helados, cariño.

—Pero en el paseo marítimo, sí —dijo Darío.

~

Dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo y salieron a la avenida de bancos de hierro y fuentes de agua. Al igual que ellos, muchos locales y turistas paseaban, pues el calor ya había remitido. La luna colgaba de un cielo aún azul pero por escaso tiempo. El mar, liso como una balsa de aceite, se preparaba para recibir la noche.

Luz podía sentir el aire, como cada verano, cargado de salitre, el olor a arena y el frescor del agua. Cuando era pequeña se pasaba las tardes en la orilla, acompañada de sus padres o alguna amiga. Los domingos, cuando su padre libraba, almorzaban pescaíto frito en el chiringuito. El verano también era la piel roja, la suavidad del protector solar y el sonido de la pelota en las palas.

En la adolescencia se produjeron cambios y, como algo natural, Luz dedicó más tiempo a sus

amigas y a flirtear con chicos que a la playa. Sus padres nunca se lo reprocharon. Al contrario, siempre recibió un trato atento y cariñoso que le bastaba para considerarse feliz.

Sin embargo, nunca conoció mejor a sus padres que cuando anunció que estaba embarazada de Pierre, el francés que había conocido en el crucero. La decepción fue mayúscula, sobre todo la de Pepe, un hombre chapado a la antigua, cuya primera reacción fue dejar de hablarle durante varios meses.

Con el paso del tiempo, su padre volvió a ser ese hombre amable y generoso que había conocido, y su relación pareció recuperarse al completo cuando nació Alma. Se notaba que su llegada le había ablandado el corazón, y que la deshonra a causa de una hija soltera y madre había quedado atrás. Pero en el interior de Luz aún quedaban rescoldos de esa herida. Una parte de ella le decía que había decepcionado a su padre.

Con Alma caminando de la mano entre Darío y Luz, se dejaban contagiar por el ambiente festivo y relajante de un paseo al anochecer. Se veía a gente mayor paseando al perro, a los jóvenes subidos en patinete o corriendo. Les envolvían el sonido de los diferentes idiomas hablados por los turistas: inglés, árabe, incluso francés. Puerta del Mar era un lugar donde todos eran bienvenidos.

—Me encantan estas tardes de verano —dijo Luz.

—Tienen algo especial, ¿verdad? Los días son más largos y se aprovechan mejor.

—¿Y los helados? —preguntó Alma.

—Ahora vamos, hija, no seas impaciente.

—¿Vamos a la heladería italiana? —sugirió Darío.

Se refería a un legendario negocio regentado por una familia de Nápoles que llevaba una eternidad afincada en la pequeña ciudad. Sus helados eran artesanales, lo que les había granjeado una reputación incontestable entre los lugareños.

Como era de esperar, se vieron obligados a formar cola, ya que no habían sido los únicos en tener la idea. Dos chicas despachaban a la clientela. Emiliano, el dueño del negocio, que casi siempre se movía en la trastienda preparando cantidades ingentes de helado, las ayudaba para que los clientes no esperasen demasiado.

—Emiliano, *bona sera, ¿come estai?* —preguntó Darío, cuando les llegó su turno.

Alma se soltó de las manos, y corrió a apoyarse con las manos sobre el cristal del aparador. Su carita se iluminó. Todo un paisaje de colores y sabores se desplegaba ante ella: frambuesa, vainilla, limón y muchos más. Un auténtico paraíso.

—Hola, Darío. Hola, Luz. Muy bien, y vosotros, *tutto bene*?

Emiliano, un hombre bajito y fornido, se había acostumbrado a que sus clientes chapurrearan el italiano, una lengua con una fascinante melodía. ¿Quién se podía resistir a pronunciarla aunque solo fuesen unas palabras? Él, que se consideraba medio italiano y medio español, respondía siempre en castellano.

—Sí, todo bien. Aquí, dando un paseo —dijo Luz, sonriendo.

—Eso está muy bien. ¿Qué os pongo?

A Luz le costó decidirse pero finalmente optó por una tarrina de turrón. Darío y Alma optaron por deleitarse con un cucurucho de mango y pistacho respectivamente. Después de pagar, se despidieron con amabilidad de Emiliano. Para sorpresa de Darío, al alejarse oyó al dueño decir a una de las chicas.

—Vaya, vaya, Darío y Luz, *che sorpresa*.

Durante un buen rato ninguno de los tres dijo ni pío, concentrados en el dulce y refrescante sabor del helado. A los pocos minutos, un chorro traicionero se deslizaba sobre la manita de

Alma. Luz con rapidez lo atajó con su servilleta de papel. Después, prosiguieron con el paseo veraniego.

—Da gusto encontrarse con sitios que nunca cambian —dijo Luz—. Aquí en Puerta del Mar no paran de construir casas, pero por suerte aún quedan negocios familiares.

—Echo de menos todo eso. Está bien que vengan turistas, pero que no se pierda la esencia.

—Todo cambia con el tiempo.

Darío señaló una tienda de comida rápida especializada en hamburguesas.

—Ahí antes había una sala de máquinas recreativas. Mis hermanos y yo pasamos mucho tiempo. El encargado se llamaba Javi, un buen hombre.

—Sí, me suena. Qué buena época. Sin móviles, te llamaban al fijo de casa para quedar —dijo Luz, sintiendo en su rostro la brisa cálida—. ¿Sabes? Estoy en un grupo de Facebook donde se publican fotos antiguas de Puerta de mar. ¡Si vieras cómo ha cambiado, Darío!

—Me lo imagino. Lo que eran las afueras ahora se han convertido parte del centro.

—Lo que antes era un pueblo de pescadores, allá por los sesenta, se ha convertido en una ciudad.

—Cada vez se ven más ingleses que vienen a pasar su jubilación aquí. ¿Nos sentamos?

Se sentaron en uno de los bancos de hierro forjado que se encontraban distribuidos a lo largo del paseo marítimo. El sol ya había desaparecido por completo, y las luces de las farolas iluminaban una franja de la orilla. El faro ya se había encendido automáticamente y su luz, imponente, se proyectaba sobre el Mediterráneo.

—¿Te ha gustado el helado? —preguntó Darío a Alma, quien asintió repetidas veces.

—Quiero otro.

—¡Ni en sueños! —dijo su madre.

Alma se cruzó de brazos y clavó la vista en el suelo. No quería saber nada de los adultos.

—Jo, mamá.

—Ni jo ni ja. Es lo que hay. Y para Darío tampoco.

—Jo —dijo él, imitando la postura de Alma.

Luz dejó escapar una risita. A pesar de la fama de hombre serio, ella atisbaba un tipo de humor, discreto, pero humor al fin y al cabo. Además, con Alma se estaba portando de maravilla. De repente, algo cristalizó en su mente que le causó un entusiasmo tan enorme que se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Ya lo tengo!

La exclamación fue tan potente que no solo Darío se sobresaltó, sino que varios paseantes, curiosos, la miraron.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó él.

—¡El tema de la exposición del faro! ¡Sí, puede funcionar!

—¿Ah, sí? Pues suéltalo.

—¡Una exposición sobre el faro y mujeres! ¡Las mujeres fareras de España! ¡Cuántas hay y cuál fue la pionera!

Darío se quedó pensativo, asimilando la idea. Encajaba a la perfección con la temática del faro y el contexto actual era el adecuado.

—Me parece una genialidad —y se dirigió a Alma—. Y a ti, ¿te gusta?

La niña negó con la cabeza, aún seguía traumatizada por el deseo no satisfecho de un segundo helado. Darío le obsequió con unas cosquillas en la axila y Alma no pudo evitar reír.

—Empezaré a documentarme y se lo presentaré al concejal. Esto tiene que salir.

Antes de hablarlo con él, pensó que sería una buena estrategia crear una presentación con

puntos clave. Algo sencillo y eficaz para que comprendiera el beneficio para la ciudad. Resultaba de gran ayuda para convencerle del proyecto, que el presupuesto sería asumible, ya que no habría que abonar ni un euro por el local. Únicamente por la impresión de fotografías, el texto con la breve historia de cada una de las fareras, y el soporte para que las imágenes lucieran.

Era la primera vez que estaba decidida a impulsar una iniciativa así, y dedujo que sorprendería a todo el Ayuntamiento con una idea tan inusual. Una exposición en el faro. Si el concejal se negaba, incluso había pensado en hablar directamente con la alcaldesa. La conocía poco, de breves charlas en el pasillo y poco más, pero al menos doña Antonia la escucharía. Al igual que los fareros, las fareras tenían una historia que merecía ser contada.

—Si sale, el faro estará en los medios —dijo Darío mientras seguía jugando con Alma—. Tal vez hasta nos copien en otras provincias.

—¡Pues manos a la obra!

En la orilla, un artista callejero había construido un precioso y gigantesco castillo de arena y la gente se detenía a echar unas monedas. Luz limpió las manos pegajosas de su hija y después los tres se levantaron e iniciaron el camino de regreso. Darío la miró y sonrió con cierto misterio, gesto que no le pasó desapercibido.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

Darío le entregó unas monedas a Alma para que las entregara al artista.

—Te recuerdo siempre llevando un libro a todas partes —dijo, con su característico hablar pausado—. Me alegro de que hayas conseguido un trabajo que esté relacionado con tu pasión.

—Los libros son mi pasión y me pagan por ello. Me siento una suertuda. Por cierto, ¿cuál es tu libro favorito?

—No lo tengo. La verdad es que no he sido de leer mucho. Tú que eres al recomendarla oficial, dime un título.

—A ver déjame pensar… Eres un hombre muy viajado —dijo mientras lo estudiaba con exagerada concentración—. Sí, ya lo tengo. «La vuelta al mundo en ochenta días», de Julio Verne.

—Un clásico. Creo que vi la serie en su momento.

—Pues ya estás tardando en leer la novela. Vas a viajar sin moverte de casa. ¿No es genial?

—¿De dónde te viene leer tanto?

—La abuela de mi madre, que en paz descanse, tenía una librería con todos los clásicos de la literatura. Eran libros viejos y pesados, de letra pequeña y papel muy fino —dijo, con mirada ensoñadora—. Cuando mis padres me llevaban a verla, yo me ponía a leer hasta que nos íbamos.

—Hace tiempo que no veo a tu madre, ¿cómo está?

—Se entretiene cuidado a Alma. La quiere con locura, y se acuerda mucho de tu abuela. Eran muy amigas. Bueno, a tu abuela se la quería mucho. Cuando vamos al cementerio el día de los difuntos se acerca a la tumba de Sofía para saludarla.

Darío sintió una tierna oleada de agradecimiento.

—A mi abuela le encantaba la gente. Fue una mujer maravillosa, hizo de madre y abuela de tres niños revoltosos.

—No tuvo que ser fácil.

—Desde luego que no. Fue una tarea complicada que se le vino encima. Nadie estaba preparado para algo así, y creo que no se lo agradecimos lo suficiente, bueno, yo al menos —dijo, notando una punzada de remordimiento.

—Soy una tonta. No tendría que haber hablado de mi madre.

—Tranquila, yo te pregunté.

Darío la cogió del brazo con un centelleo en los ojos. Era la primera vez que la tocaba y vibró de arriba a abajo. Luz sintió que algo en él se abría en su interior, como el resquicio de un caparazón que lleva siglos cerrado. Le acarició la mejilla y obedeciendo un impulso incontrolable le besó fugazmente en los labios.

Fue inesperado y ella enseguida se arrepintió, pero el beso ya estaba dado. Habían derribado un muro invisible. Se miraron con fijeza, olvidándose que estaban rodeados de gente. Darío se quedó sin palabras, pero justo cuando había reunido la entereza para corresponder con otro, oyeron la voz de Alma.

—¡Abuelo! —exclamó corriendo hacia él.

Pepe, su padre, se acercaba a ellos. Sin saber muy bien por qué, Luz se apartó de Darío y toda la calidez que los envolvía, desapareció de repente.

—Hola, pequeñaja —dijo Pepe, cogiendo en brazos a Alma.

—He comido un helado —anunció su nieta.

—¿De qué sabor?

—Mmmm… pistacho.

La expresión de Pepe era de emoción contenida mientras contemplaba a su nieta.

—Vaya, tienes churretes —dijo, limpiándolos con los dedos—. ¿Mamá no los ha limpiado?

Se detuvo ante el banco, bajó su nieta al suelo y la tomó de la mano. Miró primero a Darío y después a su hija.

—Que, ¿dando un paseíto? —preguntó con cierta tensión en sus palabras.

—Hace una noche agradable —respondió Luz, sintiendo que sus hombros se agarrotaban.

—Vengo de un ratito en el bar.

Después de terminar su ardua jornada como policía local, se reunía con los viejos amigos a tomar unas cañas y a arreglar el mundo. Era un bar pequeño y modesto, alejado del recorrido turístico, aunque Pepe no necesitaba nada más que buena compañía, y un traguito de cerveza acompañado de unas tapas para desahogarse de un trabajo exigente.

—Darío, ¿qué tal todo por el faro?

—Muy bien, Pepe —respondió con un gesto seco de la cabeza—. Ya sabes, por suerte todo en calma.

—¿No se avecinan tormentas?

Darío se encogió de hombros.

—Que yo sepa no.

—Me alegro, hombre, me alegro —dijo, aunque parecía insinuar lo contrario: sus rasgos parecían endurecidos por el efecto de la luz de las farolas—. Tu madre me espera en casa, me llevo a la niña. Vosotros quedaos ahí, que supongo que es lo que quieres —dijo, intercambiando una mirada tensa con su hija.

—Nosotros también…

Pero antes de que terminara la frase, su padre ya había dado la media vuelta y se marchaba con Alma, quien no dejaba de saltar. Luz dejó escapar un largo y amargo suspiro.

—¿Siempre es así? —preguntó Darío.

—No, lo que pasa es que… llueve sobre mojado. Para mi padre ser madre y no estar casada es un golpe en su orgullo. Es que es muy troglodita. Ya sabes, otros tiempos, otras costumbres.

—Tiene que ser complicado para ti.

—Sí, a veces lo es.

Darío se armó de valor para hacerle una pregunta que llevaba tiempo rondando la cabeza, pero que temía ser demasiado intrusivo.

—¿Y el padre de Alma?

—No lo sé ni me importa. Vino, estuvo una temporada pero el día que Alma nació se fue.

—¿Se fue, así, sin más?

—No he vuelto a saber nada más de él.

—Vaya hijo de puta.

—Ya no le odio, solo que… me da igual, ¿sabes? Él se lo pierde. Alma es una niña maravillosa.

—Desde luego que sí, y tiene una madre muy especial.

—Bueno, no sé. Gracias, Darío —dijo, bajando la cabeza.

Darío sentía la necesidad de preguntarle más sobre su vida, sin embargo, tampoco quería presionar. A él tampoco le agradaba demasiado hablar de sí mismo.

—Vamos, te acompaño a casa.

—No hace falta —dijo, cogiendo el bolso—. Vivo cerca.

—¿Segura?

Luz asintió con la cabeza. Se despidió de Darío con dos besos en la mejilla, y agradeciendo el detalle de los helados. Quedaron en que, en los próximos días, hablarían sobre la exposición en el faro.

Cuando intuyó que estaba fuera del alcance de los ojos de Darío, dejó que una cierta tristeza la invadiera. La tarde estaba siendo inolvidable, sin embargo, había terminado desangelada. El beso le había parecido precipitado y seguramente él no la había rechazado por cortesía. Además, hablar sobre Pierre siempre le hacía parecer una derrotada.

Una cosa tenía clara: amaba a Darío pero él no sentía lo mismo.

CAPÍTULO 5

Arturo e Iris aparcaron la furgoneta en frente de la casa familiar de los Campos. Habían acordado con los inquilinos que se pasarían para arreglar un problema con la cisterna del váter, que goteaba. Arturo era un manitas y decidió acudir él mismo en vez de llamar a un fontanero.

Aquella mañana ella no debía acudir al banco, ya que disfrutaba de un día libre que su jefa la adeudaba por trabajar un festivo.

Se habían permitido el lujo por una vez de levantarse tarde al mismo tiempo, después de disfrutar de un sexo matutino y apasionado. Vivir con ella no había apagado el fuego de la pasión, sino que lo había avivado. Los vecinos seguían quejándose de los ruidos, sin embargo, cuando el placer arrasa por dentro resulta difícil gobernarse.

Durante la semana solo podían verse durante el almuerzo. Iris regresaba del banco y un par de horas después Arturo se marchaba al Paraíso. La complicidad entre ambos convertía ese pequeño intervalo de tiempo en un mundo. Hablaban, se acariciaban y si el deseo emergía como un incontrolable volcán en erupción, follaban donde fuera necesario, en el salón o en el cuarto de baño.

Arturo apagó el motor de la furgoneta, y se quedó mirando la fachada de su casa, que sobresalía de la reja de hierro. El silencio la rodeaba. Iris le cogió de la mano y le preguntó.

—¿Qué ocurre, amor?

—Nada, que se hace raro ir de visita a *mi* casa. Ahora hay unos extraños viviendo.

—Solo durante el verano.

—Lo sé, pero tengo ganas de echarlos ya. Si no fuera porque necesitamos el dinero…

Iris le besó en la mano.

—El tiempo se pasa volando. Dentro de nada, estaremos viviendo el abuelo, tú y yo.

Arturo se giró para mirar a Iris. No solo tenía ante sí a una mujer bella e inteligente, sino que además su corazón era generoso. Ella también cuidaría del abuelo cuando fuera necesario. Entre todos formarían una familia, con todo el maravilloso significado de la palabra.

—Tengo muchas ganas, cariño —dijo Arturo, acariciando el rostro de su prometida—. Entraremos por la puerta como marido y mujer.

—Lo que me recuerda…

—Oh, no —dijo Arturo, anticipando lo que venía a continuación; más detalles para la ceremonia que debían revisar.

—Tenemos que aprobar el menú y buscar a alguien para las fotos y el vídeo.

—Ya teníamos uno, ¿qué ha pasado?

—Está de baja. Le han operado de la rodilla y no sabe cuándo le darán el alta.

—Joder, justo ahora. Ya se la podía haber roto después de la boda —dijo, fingiendo seriedad

en sus palabras—. Tranquila, tu hombre se encarga. Seguro que Peco conoce a alguien apañado y que no sea un ojo de la cara. ¿Algo más?

—Sí, un montón de tareas pendientes. No quiero que la fecha se nos eche encima.

Arturo la tomó con delicadez por la barbilla y la besó en los labios para tranquilizarla. Necesitaba su contacto físico, su aroma, todo su ser, como el aire para respirar. Y pensar que se conocen solo hacía algo más de tres meses. Era como una locura romántica. En su interior tenía la indudable certeza de que su historia de amor viviría a lo largo de mucho tiempo.

Los inquilinos eran Tom y Janet, una pareja de ingleses algo mayores que Arturo e Iris. Rozaban la cuarentena, tenían cuatro hijos, y dirigían un negocio *on line* de compra y venta de coches de segunda mano. Como su trabajo se podía llevar a cabo desde cualquier parte del mundo, habían decidido tomarse unas merecidas vacaciones en Puerta del Mar. Los veranos en Inglaterra suelen ser lluviosos y soporíferos, le habían dicho a Arturo cuando los entrevistó.

Cuando pisaron la casa, Arturo sintió una opresión en el estómago. Era la primera vez la visitaba, y como casero no pudo evitar sentir un cierto alivio al comprobar que al menos el salón estaba en buen estado. Ansiaba revisar las habitaciones y la cocina, pero eso hubiera sido demasiado intrusivo.

Los cuatro se sentaron en el salón y rompieron el hielo hablando sobre la urbanización y cómo disfrutaban de la piscina. Durante la conversación, los niños corrían por el salón y se grababan en el móvil. Se les notaba alegres y llenos de vitalidad. Iris no veía extraño que usaran la tecnología a una edad tan temprana, pues en el banco muchas compañeras enseñaban vídeos editados por sus hijos. Ella se había imaginado lo mismo pero con los suyos.

¿Cuántos te gustaría tener, Iris? ¿Cuatro? No te pases, empieza por uno y ya veremos.

Mientras Tom enseñaba a Arturo el problema del goteo de la cisterna en el baño de arriba, Iris y Janet permanecieron en el salón. Ella se ausentó un momento para ir a la cocina y cuando regresó con un vaso de té helado, Iris lo aceptó encantada. El sabor fresco y dulce de la bebida recordó su estancia en Londres.

Aunque ella hablaba inglés a la perfección, Janet prefirió que la conversación se desarrollara en español. No lo dominaba pero se defendía con soltura. Durante unos veinte minutos disfrutaron de una charla sobre las diferencias culturales entre los dos países, que solo se vio interrumpida cuando Arturo y Tom bajaron para anunciar que la cisterna ya funcionaba. Misión cumplida.

Ya en la furgoneta, Arturo le preguntó a Iris si le apetecía surfear, pero ella no respondió, estaba como ensimismada.

—Tierra llamando a Iris, tierra llamando a Iris. Responda, por favor.

—¿Eh?

—Preguntaba si te apetecía surfear.

—Perdona, estaba totalmente ida.

—¿En qué pensabas, cariño?

—En Tom y Janet y en el negocio que gestionan. Son independientes y pueden hacer lo que desean. Me parece un lujo.

—Desde luego que lo es.

—Hace tiempo me contaste que cuando tus hermanos y tú pensasteis en cómo salvar el negocio, tuviste la idea de montar un autocine.

—Sí, fui a uno en Estados Unidos. Me pareció una pasada. ¿Por qué? ¿Qué planea esa mente maravillosa?

—Nada, solo que…

Arturo estuvo a punto de arrancar, pero se detuvo para escucharla.

—Suéltalo, Iris.

—¿Propusiste en serio lo del autocine?

—Pues claro. Lo que pasa es que se necesita mucha pasta y con lo del Paraíso la idea ha quedado en eso, en una idea. Además, no podría ayudar al abuelo y llevar un negocio al mismo tiempo.

—Pero en cuanto el cine sobreviva, volverán a contratar a Rosa y Elena, ¿no?

—Esa es el plan, pero no sabemos cuándo. De momento, el cine está casi lleno todos los días, aunque no sabemos qué pasará cuando termine el verano.

—Las letras del préstamo de los dos últimos meses se han pagado, y eso es gracias a vosotros. Nadie daba un duro y mira lo que habéis hecho.

—Estamos un poco mejor, pero aún queda deuda por saldar. Solo espero que no haya más obstáculos por el camino. Espera, ¿por qué has sacado el tema del autocine? ¿es que quieres abrir uno?

—No lo sé, depende de ti. ¿Vas a seguir con el negocio familiar cuando el abuelo ya no esté?

Arturo tenía clara la respuesta.

—Hombre, pues claro, es mi responsabilidad. Sería la cuarta generación a cargo del Paraíso. Mis hermanos tienen un trabajo estable. Ellos no pueden prestar atención total al cine. Si ayudan ahora es porque es temporal. Además, habrá que ayudar a modernizarlo, y si tú con tus conocimientos financieros quieres echar una mano, eres más que bienvenida —dijo.

Después de tantos años trabajando al otro lado del mostrador, a Iris le apetecía profundizar en la perspectiva del empresario. El futuro se extendía ante ambos con interesantes desafíos.

—Me encantará echar una mano.

Arturo la besó en los labios y, por fin, arrancó la furgoneta. Una parte de él esperaba que el Paraíso se salvara antes de la luna de miel. Detestaría marcharse a Italia sabiendo que a la vuelta se lo encontraría cerrado. Pero ¿qué podía hacer? En algún momento debía dejar que la felicidad corriera por sus venas, y eso pasaba por no posponer el viaje.

—Mira que día más bonito hace. El sol está radiante. ¡Vamos a surfear!

—Cariño, odio ser una aguafiestas, pero tenemos temas pendientes de la boda. Acordamos que prepararíamos las invitaciones. Hay que escribir el texto y quiero que lo hagamos entre los dos. Tiene que ser especial.

—Lo sé, pero pueden esperar unas horas, ¿no crees? Lo más importante lo tenemos: los billetes para Italia y la reserva del hotel. ¡Nos vamos a poner morados de pasta! Y ya verás mi abuela, te va a encantar conocerla. Es la típica *mamma* italiana.

Cuando Arturo propuso que la luna de miel la disfrutaran en Italia, Iris se mostró entusiasmada. Siempre había tenido el sueño de pasear por la Toscana y ahora lo llevaría a cabo junto al hombre de su vida. Romanticismo al poder.

~

Después de que su compañero, Rubén, le diera el relevo en la biblioteca se fue directa a la parada de autobús. Debía recoger a Alma del campamento de verano al que la había apuntado durante dos semanas. Le pareció saludable que practicara infinidad de deportes con niños y niñas, en lugar de pasar las mañanas en casa. Además, el precio también incluía el almuerzo, lo que suponía que su madre descansara de preparar las comidas.

En la biblioteca había sido una mañana sosegada como casi todas. Se consideraba una

afortunada por disfrutar de un trabajo que le apasionaba, aunque a veces fuera algo tedioso. En los tiempos muertos, había continuado recabando información en internet sobre las mujeres fareras, y lo que había encontrado resultó fascinante. La exposición era una fabulosa idea, aunque pecara de vanidosa. Sentía unas enormes ganas de que fuera ya el día de la inauguración.

El bullicio a la puerta del campamento le hizo olvidarse del proyecto, y concentrarse en buscar a Alma. Bajo un sol abrasador, multitud de niños se marchaban con sus padres a pie o en coche o hacia la parada de autobús. Su hija vino dando saltos y, al abrazarla, a Luz le invadió una radiante alegría.

—¡He jugado al tenis y soy buena!

Los ojitos de Alma brillaban de entusiasmo. Llevaba puesta una gorra y ropa deportiva.

—Anda, qué guay. ¿Te lo has pasado bien?

—¡Sí!

—Venga, dame la manita. ¿Qué has comido?

—Filete empanado, pero no me gusta mucho. Prefiero pizza.

—Hay que comer de todo.

—Jo, ya lo sé pero es un rollo. Mamá, ¿qué vamos a hacer en casa?

—¿Qué quieres hacer?

—¡Ir al faro!

—¿Qué te ha dado a ti con el faro?

—Me gusta.

El autobús se acababa de marchar y no llegaría otro hasta dentro de unos quince minutos. Resignadas, se pusieron a resguardo del sol. En esos momentos, Luz se arrepentía de no haberse comprado un coche, pero lo había pensado con anterioridad muchas veces. Detestaba conducir. Después de aprobar el examen práctico por insistencia de sus padres, no volvió a tocar un volante.

A escasos cinco metros el sonido de un claxon captó su atención. Desde una camioneta que resultaba familiar, alguien agitaba la mano.

Era Darío.

El corazón de repente latió con más fuerza. Le vino a la cabeza el fugaz beso de la noche del paseo. Fue como si volviera a sentir el sabor de sus labios en los suyos.

Darío bajó la ventanilla y le preguntó dónde iba. Yarina le acompañaba en el asiento del copiloto. Se había estropeado su motocicleta y Darío la llevaba al centro de la ciudad.

—Voy de regreso a casa —dijo Luz—. Acabo de recoger a la niña en el campamento.

—Venga, subid. Hoy hago de chófer de autobús.

—¿Seguro? —dijo, apurada—. No me importa esperar.

—Hay sitio de sobra —insistió—. ¡Subid!

Luz y Alma subieron a los asientos de atrás, agradecidas de librarse del calor. Darío preguntó si les llegaba el aire acondicionado y ambas respondieron que sí. Después hizo las presentaciones. Luz no conocía a Yarina, pero su mirada amable le causó una buena impresión.

—¿Cómo se llama esta niña tan guapa?

—¡Alma! —dijo, sonriente.

—Qué nombre más bonito. En mi país, Ucrania, se dice *dusha*.

—¿Ducha? —preguntó Alma.

Los tres adultos soltaron una pequeña risita que alegró el ambiente. Luz contó lo bien que se lo pasaba su hija en el campamento, y la cantidad enorme de nuevos amigos que estaba haciendo. En su fuero interno agradecía la presencia de Yarina, así no perdía el control de sus emociones.

A pesar de que se encontraron con un pequeño atasco a la entrada de Puerta del Mar, encontraron temas sobre los que hablar y el retraso se hizo ameno. Alma, derrengada por una mañana muy intensa, acabó dormida, con la cabecita apoyada en el regazo de su madre.

La primera en apearse de la camioneta fue Yarina. Ella vivía con su madre en un apartamento alquilado. Darío le facilitó el teléfono de un mecánico de confianza para que presupuestara el arreglo de la moto. Mientras estuviera en el taller, Darío se comprometió a recogerla y traerla, gesto que Yarina agradeció.

—Ah, por cierto. Ya le he presentado al concejal la idea de la exposición —dijo Luz—, y le ha encantado.

—¿Cuándo piensas que se va a poner todo en marcha?

—Pues muy pronto. Se les ha caído unos cursos de verano y el dinero lo van a usar para montarlo todo. La alcaldesa está ya al tanto. Le gusta mucho que el tema sea «mujeres».

—Bien, pues yo también se lo voy a contar a la Autoridad Portuaria, a ver si tampoco ponen pegas —La miró a través del retrovisor. Ella posaba la vista en algún lugar al otro lado de la ventanilla, mientras la luz del sol bañaba su cara, dulce y de alabastro—. Yo he reunido algo de información. Estaría bien que te lo pasara. ¿Por qué no volvéis al faro?

Ahora fue Luz quien le miró a través del retrovisor, pero él mantenía los ojos en el tráfico. Hubiera todo lo que tenía en ese momento en su vida con tal de que el viaje nunca acabara.

—A Alma le encantará jugar con Ron —dijo ella.

Eso, Luz, tú haz que parezca que lo haces por tu hija, pensó. Con esa estrategia vas lista. Ay, qué cabeza tengo.

—Será como si tuviéramos deberes del colegio —dijo Darío.

—Sí, es verdad. ¿Te acuerdas cuando había que comprar cartulinas grandes y pegar recortes? Después se exponía en clase. Yo me moría de vergüenza.

—Esa era la tecnología de nuestro tiempo.

—¿Cómo hacíamos todo sin internet?

—Ya ni me acuerdo.

Siguiendo las indicaciones de Luz, llegaron al portal del edificio donde vivía con a sus padres. La puerta era pesada y de hierro. A un lado había una frutería y al otro, una farmacia. Darío se detuvo en doble fila y encendió las parpadeantes luces de emergencia.

—A ver ahora cómo cargo a esta pequeñaja —dijo ella—. Creo que la voy a despertar.

—Espera, pobre, deja que duerma. Yo la subo.

—No hace falta, de ver…

Pero antes de que terminara la frase, ya se había bajado y abierto la puerta trasera. Alma dormía con una expresión de placidez maravillosa. La cogió en volandas y la sacó de la camioneta. Para Darío la niña era como un milagro, un ser pequeño y lleno de vida.

—Debe pesar una tonelada —dijo ella.

—Anda, exagerada.

Cuando pasó cerca de Luz, ella le quitó la gorra a su hija para que no se le cayera en el camino. Le entraron ganas de besar esos mofletes tan dulces.

Subieron en el ascensor. Está rendida, dijo ella. Sentía una mezcla de excitación y vergüenza hasta que recordó que su padre tal vez estaría en casa. Odiaría que se repitiera otra escena como aquella en el paseo marítimo.

Después de abrir la puerta, le enseñó el camino hasta el dormitorio que compartían ambas. Tenía una ventana que daba a un patio interior y dejaba entrar un chorro de luz. A Darío no le causó sorpresa descubrir una estantería colgada de la pared repleta de libros. Las dos camas

estaban juntas y enseguida él intuyó cuál correspondía a Alma, pues era la más pequeña y sobre la almohada descansaba Bea, la muñeca.

Darío dejó a la niña con delicadeza y, con los brazos en jarra, la contempló de pie durante un instante. Alma era diminuta y frágil como un ángel. Luz se fijó fugazmente en cómo él la miraba y su corazón se enterneció. Fue tanta la emoción de verlo plantado en su dormitorio, que tuvo que resistir lo indecible el impulso de buscar refugio en sus brazos.

—¿Qué vas a hacer cuando sea una adolescente? —preguntó Darío—. Querrá su habitación.

—Para entonces ya nos habremos mudado a un piso. Llevo tiempo ahorrando, y con la nómina de funcionaria el banco me concederá una hipoteca. Mi madre no quiere que nos vayamos. Alma da mucha alegría a esta casa.

—Es una niña muy especial.

—¿Quieres quedarte a comer? Mi madre ha preparado unas albóndigas caseras que son para chuparse los dedos.

A Darío no le hubiera importado quedarse, sin embargo, pensó que Luz se lo ofrecía por compromiso y declinó el ofrecimiento. Sintió como si una fuerza quisiera arrastrarlo fuera de casa, pero al mismo tiempo él deseaba quedarse. Nunca había experimentado una contradicción semejante.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Sí, no te preocupes. Tal vez otro día.

Mientras tanto, desde la cocina Ana, la madre de Luz, aguzaba el oído para captar alguna palabra de la conversación. El almuerzo ya estaba listo para su hija y donde comían dos comían tres. Desde el fondo del pasillo les había visto entrar en el dormitorio, pero con esa sabiduría que atesoran las madres había decidido mantenerse a distancia.

Ana conocía a Darío y sabía que era un hombre serio y solitario. Cuando Pepe le había contado de mala gana que los había visto juntos en el paseo marítimo, se llevó una alegría inmensa. Desde que el fatídico francés había huido como un cobarde, para su disgusto Luz no había encontrado una pareja estable y ella no comprendía el motivo.

—¿Ha venido Darío a casa? —preguntó con la intención de hablar sobre él, una vez que ambas se habían sentado a la mesa del salón para comer.

—Sí, me lo encontré en la parada de autobús y nos trajo.

—Parece un buen hombre, ¿verdad?

—Qué buenas están las albóndigas. Me comería diez más.

—Pues sírvete más —dijo, y volvió al tema de conversación que de verdad interesaba—. Estuvo muchos años fuera recorriendo el mundo. ¿Cómo será eso de vivir solo en el faro?

Luz la miró fijamente.

—Mamá, que nos conocemos. Darío y yo somos amigos. Nada más. Además, ahora vive con su abuelo y su hermano.

—Bueno, hija, yo no he dicho nada. Solo hablaba.

—Pues entre nosotros nunca va a pasar nada… serio, así que quítatelo de cabeza, ¿vale? —dijo Luz con cierta tirantez, aunque tuvo la sensación de que se lo decía a ella misma, como si necesitara ser realista y no dejarse llevar por ensoñaciones románticas.

Darío ya se había subido a la camioneta y volvía al faro. Evocaba el momento en el ascensor, cuando llevaba a Alma en los brazos, pegado a Luz debido a la estrechez del espacio. Cualquiera que los hubiera visto hubiera pensado que se trataba de una familia que regresaba a casa, y eso le producía una cierta incomodidad, como si usurpara el papel de otra persona. Luz era su amiga y él quería ayudar. Eso era todo. Ella necesitaba un hombre que las cuidara, un hombre sin un

pasado como el suyo, lleno de muerte y dolor.

CAPÍTULO 6

La mañana antes de la desgracia, Juan, Darío y Enzo estaban sentados en la mesa del salón. Habían almorzado y se disponían a revisar las cuentas del cine. Después Juan y Darío acudirían al Paraíso para encargarse de las sesiones de la tarde junto a Arturo. Ron estaba tumbado muy cerca. Era una mañana cálida y las ventanas del faro se habían abierto de par en par. Un manto de destellos cubría el Mediterráneo y las olas lamían la orilla con un sonido acogedor.

Las expresiones de los tres eran de pleno optimismo. Gracias a las estupendas recaudaciones de las últimas semanas, habían conseguido cubrir una parte considerable de la deuda. Sin embargo, ninguno se atrevía a manifestar que el Paraíso se encontraba a salvo del cierre. Iris les había advertido de que no podían relajarse. El banco estaba dispuesto a frenar el desahucio temporalmente, con la condición de que los números siguieran ese camino ascendente.

Dejándose invadir por la esperanza, los tres brindaron con un licor que Darío solo usaba para las grandes ocasiones, como un cumpleaños. Aún con el sabor dulce y afrutado del alcohol, Juan anunció una sorpresa. Le hubiera gustado que Arturo e Iris estuvieran delante, pero ella trabajaba y su nieto se había ido a Tarifa a ejercer de jurado en un concurso de surf.

—Hijos —dijo mirando a Darío y Enzo con orgullo—, he pensado que me gustaría invitaros a todos a comer pescaíto frito para celebrar esta pequeña victoria.

—Abuelo, me encanta el plan, pero no es necesario que lo pagues tú solo —dijo Enzo—. Lo hacemos entre todos, a escote.

—Estoy de acuerdo —añadió Darío.

—¡Lo tengo decidido y no hay más que hablar, maldita sea! —dijo, dando un golpe en el suelo con el bastón—. Después de todo lo que he pasado, ictus incluido, rehabilitación… Tengo derecho a invitar a mi familia a un almuerzo, y ¡ay de quién me lo impida!

Darío y Enzo intercambiaron una mirada. Nadie iba a convencerle de lo contrario, así que desistieron.

—Ah, y contad con Yarina —dijo el abuelo.

Después de la breve reunión, Enzo llamó al restaurante y reservó una mesa para el domingo. Entonces Juan se retiró a su dormitorio para prepararse. Quería darse una ducha fresca para quitarse el calor de encima, y empezar a vestirse para acudir al cine. Volvió a pensar en su padre y en su abuelo. Creo que dondequiera que se encuentren son felices por ver al Paraíso aún en pie, se dijo a sí mismo. Mis nietos se harán cargo cuando ya no esté. Entre los tres se apañarán para que el legado continúe.

Esa misma noche, cuando en el faro todos ya estaban en la cama, sonó el móvil sobre la mesita. Darío se despertó al momento y descolgó. Creyó que llamaban del puerto con alguna emergencia. Una punzada de preocupación revolvió su estómago cuando la persona se identificó

como un policía nacional. Algo grave ha tenido que ocurrir, pensó.

—Queremos hablar con Juan Campos, pero no conseguimos localizarlo. Nos han dado este número.

—Soy su nieto. ¿Qué ocurre?

—Es urgente, el Paraíso está en llamas.

—¿Cómo?

Sintió que el dormitorio daba vueltas a su alrededor. Enseguida se acordó de su abuelo. Saltó de la cama y fue con apremio a buscarle. Darío nunca olvidaría su reacción cuando le comunicó la terrible noticia. Un absoluto desconcierto. Es más, tuvo que repetírselo varias veces para que comprendiera el verdadero alcance del suceso. El Paraíso agonizaba.

—¿Puedes vestirte? —le preguntó.

Pero el abuelo se había quedado sentado en el borde de la cama, con expresión ausente; vestido solo con la ropa interior a causa de la alta temperatura y con las manos apoyadas sobre las piernas.

—Abuelo…

Juan se giró lentamente hacia su nieto y volvió a la realidad.

—¿Qué?

—¿Vienes?

Juan tragó saliva.

—Por supuesto que sí.

Enzo, alertado por los ruidos, entró en el dormitorio con expresión dubitativa. Al ver a su hermano y a su padre intuyó que algo grave había pasado. Parpadeó nervioso cuando Darío le informó de la situación. Enzo sintió un nudo en la garganta. Le preguntó si sabía la causa y respondió que no, la policía no había dado más detalles. Darío le pidió que avisara a Arturo, mientras él se vestía y aparcaba la camioneta justo en frente de la entrada.

En menos de cinco minutos los tres estaban en la camioneta en dirección al cine. Eran alrededor de las dos de la madrugada y era noche cerrada.

—¿Has hablado con Arturo? —preguntó Darío, al volante.

—Ha dicho que nos verá allí —respondió Enzo desde la parte de atrás.

Después el silencio cayó como una losa. Cada uno se encerró en sus pensamientos. Anhelaban llegar cuanto antes, comprobar el desastre con sus propios ojos, y que no fuera tan catastrófico como se lo imaginaban. Para Darío era una broma cruel del destino. Justo esa mañana habían celebrado las buenas noticias y de repente todo se derrumbaba.

Unos cien metros antes de llegar, un coche de la policía cortó el paso. Un agente se acercó a ellos y antes de que dijera nada, Darío informó de que eran los propietarios del cine.

—Pueden pasar, pero dejen el vehículo aquí.

Se bajaron y caminaron presos del nerviosismo. Juan se quedó algo rezagado. Se cruzaron con más policías. Enseguida repararon en el coche de los bomberos. Las luces amarillas iluminaban la calle con un resplandor espectral. Unos cuantos curiosos se habían plantado en la acera y algunos vecinos se habían asomado desde los balcones. Poco a poco los tres se fueron preparando para lo peor.

El jefe de los bomberos, un hombre curtido en mil batallas, les hizo un gesto tajante con la mano, como diciendo no pueden acercarse más.

—¡Dios mío! —dijo Juan, cuando se quedó inmóvil frente a la fachada en llamas. Sus nietos, uno a cada lado, con la emoción contenida.

¿Qué había pasado? ¿Qué había salido mal?, se preguntaba Darío.

Una columna de humo salía de la entrada. Entre los cristales se divisaban llamaradas de fuego devorando el interior, el vestíbulo, la taquilla, el bar… A una distancia prudencial, los bomberos escupían potentes chorros de agua a través de las mangueras. Sin embargo, parecía que no era suficiente. El fuego era demasiado monstruoso.

Darío se giró para comprobar cómo estaba su abuelo. Atisbó en el fondo de sus ojos una honda tristeza que le llegó al alma. El trabajo y la ilusión de tantos años se derrumbaba en cuestión de minutos. Intuyó que se estaría acordando de su padre y su abuelo, quienes jamás imaginaron una tragedia semejante. ¿Sería el fin del Paraíso?

Arturo e Iris aparecieron apenas unos minutos después. En cuanto Enzo les había llamado salieron escopetados. Iris no se lo pensó dos veces en acudir. Si el cine era importante para su futuro marido, para ella también. Preguntaron qué había pasado, sin embargo, aún nadie ofrecía respuestas. Toda la familia se sentía impotente. Iris, conmovida, se apoyó en el brazo de Juan, quien, agradecido por su presencia, le palmeó la mano.

El jefe de los bomberos se acercó a Juan. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo rapado y aspecto rudo. Debido a su trabajo en Salvamento, Enzo lo conocía de oídas y sabía que era un reputado profesional.

—Siento lo que está pasando, Juan. Por si acaso, hemos evacuado a los vecinos del edificio, así que por lo menos no habrá víctimas. Estaremos toda la noche si hace falta hasta que se apague. Aquí no podéis hacer gran cosa. Podéis iros a casa y os avisaremos cuando termine.

—Yo me quedo —dijo Juan.

Los demás dijeron lo mismo. La noche se preveía larga y desgarradora, e Iris se ofreció para comprar comida en una gasolinera no muy lejos de allí. Sin embargo, Juan empezó a sentirse mal y se lo dijo a Darío.

—¿Qué te ocurre?

El resto de la familia desvió su atención del cine al abuelo.

—Estoy sin fuerza, no puedo respirar, creo que me voy a desmayar —dijo Juan con voz frágil—. Llamad a una ambulancia.

Con gran preocupación, lo rodearon mientras Darío lo sostenía por el brazo y la espalda. Enzo fue a avisar a los paramédicos de la ambulancia, que estaban aparcados en la esquina. Estaban a punto de marcharse, ya que el incendio no había causado víctimas. En cuanto les puso sobre aviso, una mujer joven con su maletín salió disparada siguiendo a Enzo.

Los minutos siguientes transcurrieron con pasmosa velocidad. El incendio ya no captaba la atención. Juan había perdido el conocimiento y la paramédica, después de comprobar sus constantes vitales, llamó a su compañero para que trajera la camilla lo antes posible. Los hermanos e Iris ya no sabían qué sentir; tenían el corazón en un puño.

—Lo llevamos al hospital —les anunció la paramédica, después de que subieran a Juan a la ambulancia.

—¿Es grave? —preguntó Iris.

—No lo sabemos todavía.

La puerta se cerró y enseguida se marcharon con la sirena puesta y las luces parpadeando. Se vivió un momento de desconcierto entre los hermanos porque necesitaban organizarse. Alguien debía quedarse como representante del cine y el resto acudiría al hospital a acompañar al abuelo. Aunque nadie lo mencionó, todos sentían el temor de que fuera un nuevo ictus.

Enzo se ofreció voluntario a permanecer junto a los bomberos, así que los demás subieron a toda prisa en la camioneta de Darío rumbo al hospital. El ambiente en el vehículo era de una honda preocupación. Una cadena de desgracias se había cebado con la familia Campos.

~

Al día siguiente, con las primeras luces del alba Darío y Enzo fueron al Paraíso. Apenas habían dormido. En el hospital, les mantuvieron en vilo durante un par de largas horas, mientras sometían al abuelo a una prueba detrás de otra. Después informaron de que se encontraba estable y que lo ingresarían como medida de precaución. Aliviados, se marcharon al Paraíso, donde no se movieron hasta que la última llamarada fue sofocada por los bomberos.

Arturo e Iris regresaron a su piso, y Darío y Enzo al faro. Sus caras reflejaban cansancio y pesadumbre. Los bomberos prohibieron el acceso al cine hasta comprobar que la estructura no se vendría abajo. Sin embargo, una continua inquietud les incitaba a acudir al cine para revisar de nuevo el desastre, como si pensaran que todo lo vivido la noche anterior solo había sido una vívida pesadilla.

Darío y Enzo desayunaron en el faro más por inercia que por necesidad. Hablaron con Arturo por teléfono y acordaron que iría al hospital a acompañar al abuelo.

Unos minutos después, ambos se encontraban frente al vestíbulo calcinado del Paraíso. El espectáculo era desolador. El olor a quemado; el techo y las paredes, oscuros; el suelo parecía arrancado de cuajo y por todas partes había cenizas. Donde antes colgaban los carteles de las películas, se apreciaba la huella devastadora del fuego. De la barra del bar solo había sobrevivido el metal, que parecía un esqueleto enclenque. Entre los escombros repararon en una quemada fila de butacas.

Darío negó con la cabeza. Enzo dejó escapar un largo suspiro. Sentían la imperiosa necesidad de entrar y revisar en profundidad los daños, sin embargo, la reja improvisada por los bomberos impedía el paso.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el hermano menor.

—Hay que llamar al seguro y dar parte. Por suerte, estaba al corriente de pago. Lo recuerdo cuando comprobé las cuentas.

Justo cuando Enzo tomaba unos fotografías por si eran necesarias, una furgoneta con el logotipo de la televisión local se detuvo en doble fila. Bajaron dos periodistas. Uno de ellos colocó el trípode, y después la cámara para obtener las imágenes con las que abriría el telediario. El otro estudió sus caras y, al reconocer a los hermanos, se fue directo hacia ellos.

—¿Sois los propietarios, verdad? —preguntó con cierta brusquedad.

—Somos de la familia —respondió Enzo.

—¿Os podemos hacer unas preguntas?

—Preferiría que no —dijo Darío con ojos fríos como el acero.

—Solo queremos saber cómo estáis y si sabéis las causas del incendio —insistió el periodista, un hombre maduro con melena rizosa y plateada—. Serán unos minutos.

—No sabemos nada —dijo Enzo—. Me imagino que la policía y los bomberos investigarán a fondo qué ha pasado.

—El Paraíso pasaba por apuros económicos, ¿verdad?

A Enzo le sentaron esas palabras como una bofetada.

—¿Qué coño estás insinuando?

—Nada, nada —dijo, el periodista, conciliador.

Darío, a disgusto con ese entrometido que solo buscaba sensacionalismo, avisó a su hermano de que le esperaba en la camioneta. Se alejó a paso lento barruntando que el rumor de que el incendio había sido provocado para saldar deudas con la indemnización del seguro, correría de boca en boca por Puerta del Mar. Además, había ocurrido de noche y con el cine cerrado, lo que

alimentaría las especulaciones. La familia debía estar preparada para lo que se avecinaba.

Cuando Enzo terminó la entrevista se subió a la camioneta. Durante unos minutos el silencio les invadió hasta que Darío habló:

—No deberías haber accedido a la petición del periodista. Solo buscan hacer leña del árbol caído. A saber ahora qué dirán en la televisión.

Enzo se tomó unos segundos para elegir bien las palabras de su réplica. Quería evitar cualquier tipo de discusión, y mucho más después de lo ocurrido al cine.

—No estoy de acuerdo. Hay muchas personas que se preocupan del Paraíso. Es bueno que estén informados —Miró a su hermano—. Y si evitamos responder parece que ocultamos algo.

—Tonterías.

—Huir no es siempre el mejor camino.

Darío intuyó que su hermano le reprochaba algo del pasado.

—¿Qué insinúas?

—Solo quiero llegar al hospital y ver al abuelo. ¿Es eso posible?

~

Juan se sintió reconfortado al abrir los ojos y ver el rostro de su nieto Arturo, aunque solo le duró un instante porque al momento cayó el recuerdo de las lenguas de fuego arrasando su cine. Notó un vacío en el estómago.

—¿Cómo te encuentras, abuelo? —le preguntó, en el borde de la cama.

Juan tragó saliva y se quitó la sábana de encima. El aire acondicionado funcionaba a medio gas, pero al menos la temperatura era agradable.

—Pues cómo me voy a encontrar, cansado, muy cansado, y he dormido fatal. Me he levantado como cuatro veces —Miró a su alrededor—. Odio estar aquí.

—Dijeron que estarías en observación. Espero que te den el alta hoy mismo.

Se incorporó lentamente.

—¿Sabes qué? No pienso esperar a que el matasanos se digne a venir. Tráeme la ropa —dijo, señalando el armario.

—Abuelo, ¿qué vas a hacer?

—Marcharme —respondió, bajando de la cama—. Estoy fresco como una lechuga. ¿Dónde está mi bastón?

Arturo suspiró con paciencia. Su abuelo era un cabezota de campeonato.

—Ayer te desmayaste. Joder, espera al médico.

—¡Ni hablar! Tengo que ir al Paraíso. Me necesita, y hay que hablar con mucha gente. No es momento para estar en la cama.

—Han estado Darío y Enzo…

—Me parece muy bien. ¿Me vas a ayudar o no?

—No te puedes ir hasta que no te den el alta.

—¡Pues claro que puedo! ¿Quién me lo va a impedir?

Una voz femenina se oyó a sus espaldas.

—¡Yo se lo voy a *impedirr*!

Desde el umbral de la puerta, Yarina apareció como una barrera infranqueable. Entornó sus ojos y frunció el ceño para que supiera que Juan debía tomarla en serio. Vestía con una blusa sin mangas y una falda vaquera. Llevaba el bolso colgado de la mano y, aunque no hizo ni un solo gesto, parecía dispuesta a soltar bolsazos a quien desobedeciera.

—¡A la cama! De aquí no se mueve nadie hasta que lo diga el médico.

En vista del giro de los acontecimientos, Juan obedeció a regañadientes. La ucraniana imponía tanto respeto que hasta el vecino de habitación, un joven ingresado por una piedra en el riñón, tampoco se atrevió a moverse. Cuando Yarina se acercó a la cama, Arturo le plantó dos sonoros besos en la mejilla.

—No sé qué haríamos sin ti —le susurró.

—*Estarrían* perdidos —replicó ella encogiéndose de hombros.

Yarina contó que se había enterado del incendio por la radio, y que había llamado a Darío para saber cómo se encontraba el abuelo. En cuanto le dijo que estaba ingresado, salió pitando en la motocicleta, que ya había arreglado.

Arturo salió de la habitación y llamó a Iris, que se encontraba trabajando en el banco. Ella se llevó una inmensa alegría cuando contó que Juan estaba frito por marcharse del hospital, porque eso significaba que el estado de salud era bueno. El susto había pasado. Le prometió a su futuro marido que estaría allí en cuanto terminara su jornada en el banco.

Cuando colgó, se encontró a sus hermanos en el pasillo. Darío y Enzo contaron sus tristes sensaciones en el cine. Como esperaban, no había nada que pudiera salvarse. Reconstruirlo supondría un coste elevado de dinero.

—Lo importante ahora es el abuelo —dijo Darío, y sus hermanos se mostraron de acuerdo.

—¿Qué haces aquí, y el faro? —preguntó Juan, en cuanto vio a su nieto entrar por la puerta.

—He adelantado trabajo esta mañana y además con una aplicación en el móvil puedo saber si hay alguna incidencia eléctrica.

—¿Alguna novedad en el Paraíso? —preguntó Juan.

—Nada, abuelo. Habrá que esperar —respondió Enzo.

Unos minutos después, apareció el mismo médico que atendió a Juan cuando sufrió el ictus. Saludó a todos con un buenos días y un gesto de la cabeza. Yarina y los hermanos se apartaron para que dispusiera de espacio suficiente cerca de la cama. Le preguntó a Juan cómo se encontraba, a lo que respondió que bien. Con la misma expresión de severidad, le examinó con cuidado y fue anotando los resultados en la tablilla.

—Siento mucho lo que ha pasado en el Paraíso.

—Gracias, doctor —dijo Juan, con resignación.

—Lo suyo no ha sido nada grave, una bajada de tensión provocada seguramente por lo que ha pasado. Todos los análisis han dado positivos. Enhorabuena, está hecho un roble.

—¿Cuándo me dejarán salir?

—En unos minutos firmo el alta y ya se podrá marchar. La enfermera hará una cita con su médico de cabecera para una revisión. Recuerde, nada de emociones fuertes.

—A sus órdenes, doctor.

El médico se despidió con amabilidad y la familia acordó que Darío llevaría a Juan al faro en cuanto lo permitieran. Justo cuando se despedían del abuelo, llamó Luz a su móvil. Para su sorpresa, notó la necesidad de oír su voz. Dado que había algo de ruido, decidió salir al pasillo en busca de cierta intimidad.

—Darío, me acabo de enterar de lo del Paraíso, de lo de tu abuelo. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Dentro de un rato estará en casa.

—Ah, qué bien, cuánto me alegro. ¿Cómo estás tú?

Era una excelente pregunta. Ni siquiera se había detenido a reflexionar sobre ello. Suspiró y se tomó unos segundos para responder.

—Tranquilo, la verdad. Con muchos frentes abiertos pero manteniendo la calma, que es lo

importante —dijo, aunque le sonó a tópico.

—Ya me imagino. ¿Puedo ayudar de alguna forma?

—Gracias, Luz, pero no hace falta.

—Qué mala suerte estáis teniendo con el Paraíso —dijo, aunque enseguida pensó que decía una obviedad.

—Ni siquiera me he puesto a pensarlo. Y tú, ¿qué tal todo?

Luz sintió que así era Darío, una persona que también se preocupaba de los demás.

—Con algo de lío en el trabajo, pero bien. Alma, ya sabes, en el campamento, se lo está pasando en grande. Está tan contenta que dice que no quiere volver al colegio.

Darío esbozó una sonrisa mientras deambulaba por el pasillo.

—Pues no lo queda nada todavía… —dijo él.

La enfermera entró en la habitación. Darío supuso que iba a anunciar el alta.

—Me tengo que marchar, Luz. Luego hablamos —dijo con prisa y colgó sin más.

Ella, con el móvil en la mano, se quedó sorprendida ante tamaña brusquedad.

—Pues no me ha colgado el muy patán.

Resignada, se levantó de la silla y, para estirar las piernas, fue a mirar por la ventana. El cielo era de un azul prístino y el sol lanzaba destellos cegadores. Desde ahí era imposible ver el Paraíso, pero se lo imaginó calcinado y sintió una punzada de angustia. Era como si a Puerta del Mar le hubieran arrancado parte de su alma.

Darío no es una persona que exprese sus emociones, pero debía de estar tocado, pensó. Y yo como su amiga tengo que apoyarle. Para eso están los amigos, ¿no? A ver si se me pasa este *crush*, como lo llama ahora la gente joven, los *millennials*. En mi época se decía estar pillada por alguien. Es extraño como la vida te aleja y acerca de ciertas personas. He pasado años sin saber nada de él, y ahora nos hemos visto y hablado creo que más veces que en el colegio. Ser adulto es dejarse de tonterías y hablar de tú a tú a los hombres, incluso a aquellos que te hacen suspirar. ¿Estará Darío en Tinder? No, no le pega. Pero no estaría de más comprobarlo. ¿Dónde he dejado el móvil? Ah, en el bolso.

Se imaginó a Darío haciéndose un selfi con el pecho desnudo frente al espejo del cuarto de baño. No pudo evitar reírse. Pensó que los hermanos Campos bien podían haberse ganado la vida como modelos, porque hay que ver cómo estaban. Para algunas, Arturo sería el más guapo y Enzo el más elegante, pero Darío tenía unos ojos color miel que daban ganas de zambullirse en ellos. Y esa voz grave que te cosquillea ahí abajo.

Recordó de nuevo el sabor fugaz de sus labios cuando se medio besaron en el paseo marítimo. Darío ni se acordaría pero para ella era un modesto triunfo. Abrió Tinder y fue pasando hombre tras hombre, deteniéndose en algunos.

Solo una vez se había citado con uno. Fue el año pasado. A sus padres les dijo que cenaba con sus amigas en el puerto. ¿Cómo se llamaba? Ya no lo recordaba. Era un guitarrista que tocaba en un grupo español y que se encontraba de gira. En su perfil se le veía rodeado de libros y, claro, eso le gustó. Le preocupaba quedarse embarazada de nuevo, así que se concienció a follar con preservativo.

A Luz le atrajo ese aire de músico veterano, con melena recogida en una coleta, patillas largas y gafas de pasta.

—He tocado en decenas de grupos —le había dicho en la cena—. La pandemia hizo que la gira se detuviese, pero ya hemos vuelto a la carretera.

—Me encanta la música española de los noventa —dijo ella.

—Pues seguro que has oído algún acorde mío.

Después fueron a la habitación del hotel. Él le había propuesto tomarse la última copa y ella accedió sin dudarlo. Nunca había estado con un músico. Le pareció excitante.

Antes del segundo sorbo de champán se estaban besando sobre la cama. El músico empezó a tocar aquí y allá en el cuerpo de Luz, que se había vestido con un top negro de tirantes.

—¿Tienes preservativo, verdad? —le preguntó.

—No, los odio —dijo.

Para Luz fue como si hubiera desafinado.

—Pues sin preservativo no hay nada que hacer.

—¿Cómo que no? ¿Y el sexo anal?

—¿Por qué estáis tan obsesionados con el culo?

—Debe de ser algo ancestral —dijo, con toda la cara del mundo.

—No me gusta, de hecho me da asco —dijo, y se echó para atrás.

—Oh, venga. Tírate el rollo, tía. Ya lo verás, el sexo anal mola mucho.

—Pues lo cantas en un estribillo, porque yo por ahí no paso. Adiós muy buenas.

Esa noche Luz volvió a casa temprano con la idea de no volver a confiar en Tinder. Le gustaba el sexo como a cualquiera, pero un vibrador le ahorraría quebraderos de cabeza.

Después de un rato de búsqueda infructuosa entre cientos de perfiles, llegó a la conclusión de que Darío no estaba, o al menos no lo había encontrado. Se alegró porque eso lo hacía aún más atractivo e interesante para ella.

CAPÍTULO 7

La tragedia del Paraíso afectó en el ánimo de la familia Campos de una manera similar a la muerte de un ser querido. Sobrellevando la aflicción como una carga con la que convivir el día a día, pero con un ojo puesto en el horizonte. En algún momento una chispa, una idea, un sentimiento provocaría la reacción necesaria para reconstruir el cine.

Darío se refugió en las tareas propias del faro, es decir, en el mantenimiento de toda la infraestructura. Uno de los aspectos que más le agradaba de su trabajo, era que cada día se encargaba de algo diferente al anterior. A veces pasaba una mano de pintura en las paredes de la cámara de servicio, donde se alojaba el antiguo motor usado para girar la óptica. Otras veces recibía a los técnicos para revisar el sistema eléctrico, y charlaba con ellos gracias a la confianza que se había ido tejiendo con el tiempo. A veces limpiaba los cristales de la linterna u ordenaba la caja de herramientas. Siempre había algo con lo que mantenerse ocupado y olvidarse de las preocupaciones.

También en esos días de luto se ocupó de atender la visitas con cita, cuatro o cinco por semana, de gente interesada en conocer el faro por dentro. Una de ellas la recordaría para siempre. Se presentaron un anciano de unos noventa años y su sobrina segunda, de unos veinte. Vivían en el norte y pasaban unos días de vacaciones no muy lejos de Puerta del Mar.

El hombre tenía el pelo lacio y blanco, y el rostro surcado de arrugas. Vestía con una camisa cubana fina e impecable, un pantalón corto y calzaba unas alpargatas de un color chillón. Se presentaron como Víctor e Itziar. Ella, mucho más alta, vestía con una camiseta estampada y una falda plisada. Darío se fijó en que agarraba a su tío del brazo.

—Yo viví aquí cuando era pequeño, ¿sabe usted? —dijo el anciano, sonriendo.

Darío abrió los ojos, sorprendido.

—¿Y cómo es eso?

—Soy el hijo de Gonzalo Rueda, el farero vasco que vivió aquí en los treinta.

Mario, su mentor, le había hablado por encima de algunos fareros que lo habían precedido, e incluso le había enseñado fotos en blanco y negro. De Gonzalo se acordaba por una imagen en la que posaba con un gallinero detrás, cuando antiguamente la provisión de alimentos entrañaba más dificultad y los fareros se las arreglaban como podían.

La situación que vivió Darío cuando les dejó pasar fue conmovedora. Fue como viajar en el tiempo, el anciano, que caminaba encorvado, recordaba al detalle la configuración de las habitaciones, el salón y la cocina.

—Cuando era un niño bajaba hasta la playa todos los días, incluso en invierno —dijo, con un intenso fulgor en los ojos—. Fue una de las etapas más felices de mi vida.

Lo más emocionante fue comprobar cómo Víctor subía las angostas escaleras hacia la

linterna con un vigor encomiable para su edad. Parecía que la nostalgia le había rejuvenecido. Después de firmar en el libro de visitas, Darío, desde la escalinata de piedra, los vio alejarse en el coche con la sensación de haber vivido un momento único.

En esa semana recibió otra visita aunque más bien protocolaria. Fue la de Carlos Moreno, su jefe, el presidente de la Autoridad Portuaria. Unos veinte años mayor que él, de aspecto fornido y con la cabeza rapada. Vestía con una camisa de manga corta con el cuello abierto, dejando visible el tupido vello del pecho.

La razón de la visita fue para hablar sobre la exposición cultural promovida por el Ayuntamiento a petición de Luz. La propuesta había llegado hasta el despacho de Carlos y la veía con buenos ojos, puesto que suponía un servicio cultural a la ciudadanía. Además, sería temporal y a ellos no les costaría un euro.

—Si no te sientes cómodo con todo el trasiego de gente, políticos y cámaras que pasarán por aquí, les digo que no, ¿eh? —le dijo Carlos sentado en el banco exterior, a la confortable sombra de un pinsapo.

Darío no había pensado con detenimiento en esos detalles. Cuando Luz se lo propuso la vio tan entusiasmada que dijo que sí en el acto. Le gustaba la idea de pasar más tiempo con ella, y al pensar eso, sintió como si el corazón le enviara una señal, aunque lo ignoró.

—No, está bien. Es justo que la historia de las fareras se conozca.

—Ahora todo lo que tiene que ver con las mujeres está de moda. Bueno, ya pasará —dijo, y se rio con condescendencia.

—No lo creo —dijo, cruzándose de brazos y mirando el reloj de su muñeca.

—Estoy cansado de lo políticamente correcto. Mi mujer me pide que me implique más en casa. Buff, no puedo, paso —dijo haciendo un gesto con la mano—. ¿Sigues soltero?

—Sí.

—Te envidio, Darío. No te cases nunca. Echo de menos esa libertad, hacer lo que me salga de los cojones. Si quiero salir con los colegas, pues salgo y me emborracho sin dar explicaciones. Créeme, se está muy bien estando soltero. Ah, y tampoco tienes que hacerte cargo de los niños. Los míos son adolescentes y no hay quien les aguante. ¿Estás bien solo, verdad?

Darío se encogió de hombros.

—Sí.

—Mario también vivió siempre solo y así tuvo libertad total. Un profesional como la copa de un pino. Treinta años y nunca se quejó de nada. ¿Qué será de él? A ver si un día le llamo. Llevará una vida de lo más tranquila.

—Lo más seguro.

—Joder, es que ni una tortuguita se compró. Vaya personaje, no le gustaba depender de nadie.

Darío se despidió de su jefe, contempló cómo se subía a su BMW y ni siquiera esperó a que arrancara. Enseguida se metió en el faro y, antes de anotar en el libro de registro la visita de Carlos, fue un momento a hablar con su abuelo.

Con el bastón al lado, Juan estaba sentado en un sillón cerca de la ventana con forma de ojo de buey, por la que miraba el paisaje marino. Afuera hacía calor, pero gracias a las paredes gruesas el faro se conservaba algo de fresco. Sobre el regazo descansaba un libro abierto cuya lectura había interrumpido por algún motivo.

—¿Estás bien, abuelo?

Se giró hacia él y esbozó una sonrisa comedida. Se oyeron los chillidos de unas gaviotas y el sonido de las olas.

—¿Eh? Sí. Lo que pasa es que este libro me está aburriendo. Bueno, también es verdad que no puedo concentrarme. Ya sabes.

Los bomberos aún no habían otorgado la autorización para entrar en el Paraíso. Darío les había llamado para saber cuándo lo darían, sin embargo, no supieron responder.

—Quizá me vendría bien otro libro. ¿Vas a ir al centro?

—¿Por?

—Necesito a mi doctora favorita que me recomiende literatura para sanar.

—Tengo que hablar con ella, por lo de la exposición. Le llamo y le digo que se pase esta tarde, si puede. ¿Qué te parece?

—Una excelente idea.

Darío fue al despacho y sentó a la mesa. Como siempre, dejó las llaves a un lado, cerca de la impresora. Detestaba notar el peso del manojo en el bolsillo mientras permanecía sentado. Reparó en la vieja ancla plateada que a modo de legado Mario le entregó el día del relevo, tres años atrás. Las palabras de Carlos resonaron en la cabeza. «Mario también vivió siempre solo y tuvo libertad total».



—Mamá, gracias por quedarte con la niña —dijo Luz.

—No te preocupes, hija. ¿Para qué están las abuelas si no? —dijo mientras acariciaba la cabecita de Alma que, sentada en la cocina, tomaba un jugo con pajita meneando los pies—. Me ayudarás a coser, ¿verdad, corazón?

Alma negó con la cabeza y dijo que quería jugar al escondite.

—Ay, claro que sí, mi vida, lo que tú quieras —y le pellizcó el moflete—. Qué cosa más bonita, madre mía.

—Mamá, si tienes cosas que hacer le pones una película.

—No te preocupes, hija. ¿Y si me la llevo al centro comercial?

Alma se giró hacia su abuela y sonrió llena de ilusión.

—¡Sí! ¡Quiero juegos!

—Mamá, no la consientas, por favor te lo pido.

—¿A qué hora piensas regresar del faro?

—Pronto. Solo voy a entregarle un libro a Juan y a hablar con Darío sobre la exposición de las fareras.

—¿Pero hay fareras?

—Ha habido muchas, más de lo que imaginas.

Mientras Luz pedía a Alma que tirase el envase del jugo a la basura, y esta se oponía porque deseaba que Bea, su muñeca, también bebiera, Ana pensó en su hija. En las últimas semanas había observado que su apetito había disminuido, y se miraba con frecuencia en el espejo.

—Hija, ¿tú estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—A veces te veo algo mustia —dijo, aunque luego pensó en ser más directa—. ¿Es por ese Darío, verdad?

—¿Qué dices, mamá?

—Me dijo tu padre que os vio pasear con la niña, y ahora no dejas de ir al faro.

—Somos amigos, nada más.

—¿Con derecho a roce?

—Amigos.

—Roberto es mi amigo también —dijo Alma, dando saltitos por la cocina.

—Deberías salir más, conocer a otros hombres. Vales mucho, hija.

No era la primera vez que se lo decía, pero su hija la ignoraba.

—Ay, mamá. Sé lo que me hago. Ya aparecerá alguien.

Ana quería decirle que se olvidara de Darío, de ese hombre tan serio, que buscara a un hombre con un oficio normal. Además, estaba de acuerdo con Pepe, el faro era un lugar con una humedad excesiva y alejado del centro.

—A veces no basta con esperar, hay que hacer algo. Salir, hablar con la gente.

—No voy a salir con un hombre por salir. Si no encuentro a alguien, pues me quedaré sola. ¿Cuál es el problema?

—¿Es que no te gustaría formar una familia?

—Claro que sí.

Ana hizo un gesto con las manos como diciendo ¿pues entonces? Después se atusó el cabello donde empezaban a emerger alguna cana que otra. Cada mes se obligaba a acudir a la peluquería para teñirse, y cada año acudía al dermatólogo de la Seguridad Social para que le recomendara algún tratamiento contra las manchas de la piel. Consideraba que, al ser mujer, su deber era cuidar su aspecto.

Otra de sus máximas consistía en que un niño necesita un padre y una madre. Si el francés Pierre había salido rana, era prioritario encontrar un buen sustituto para que Alma creciera feliz, por eso cada vez que oía a su hija manifestar que si no encontraba a nadie que no se acababa el mundo, sentía un enorme disgusto.

Hay una cantidad elevada de hombres con buenos trabajos que no quieren acercarse a una madre soltera, y eso baja las posibilidades, había pensado alguna vez.

Su marido, aunque con un corazón con el tamaño de un piano, tampoco facilitaba las cosas. Gruñía en cada ocasión que alguien masculino se acercaba a Luz. Era más chapado a la antigua que Ana, aunque bien es cierto que su hija le había decepcionado por dejarse llevar por el ímpetu de una noche. Traumatizado, solo veía a hombres que buscaban aprovecharse.

—Pepe, —le había dicho—. Deja de espantar a los hombres que se interesan por nuestra hija.

—No quiero otro franchute en mi casa que se vaya a comprar tabaco. ¿Te imaginas lo que dirían de nosotros en el barrio?

Pierre le había engañado por completo. Con su mirada seductora, su acento sensual y esos labios carnosos quedó cegada por completo, tanto que no supo entrever que se escondía un tipo ruin que le pidió dinero a espaldas de Luz y nunca se lo devolvió. Por supuesto, ni Pepe ni ella se lo desvelaron a su hija para no ahondar en la tristeza del abandono.

¿Cómo es posible que de un hombre oscuro haya salido una niña tan maravillosa como su nieta? Qué contradicción el pensar que sin él no existiría Alma, la alegría de la casa.

Al menos Luz había logrado una victoria: un empleo digno por el que sentirse orgullosa. Ana sabía el denodado esfuerzo de su hija para aprobar las oposiciones. Mañanas y noches de estudio intensivo, incluso festivos. Pepe no había querido tirar de contactos en el Ayuntamiento para conseguir el examen, porque sabía que no era justo, y Luz nunca se lo reprochó. La vela que Ana puso a la Virgen del Carmen surtió efecto. Un empleo fijo para toda la vida. Al menos no todo eran desgracias.

—¿Le vas a decir a papá que te lleve al faro? —le preguntó a Luz.

—No, me voy en autobús.

La luz del sol pegaba con dureza sobre la casa. Se oía el ronroneo del ventilador aliviando el

sopor de la tarde. Alma había encendido el televisor y había abierto una aplicación de un canal de dibujos animados.

—¡Con la que está cayendo! Te vas a derretir. ¿No puede Darío venir a recogerte?

—A la vuelta le pido que me traiga. Está cuidando de su abuelo.

—Ah, es verdad, que el Paraíso se quemó. Qué desgracia. ¿Cómo está Juan?

—Pues imagínatelo.

Ana chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Estaban al borde del desahucio y ahora esto. ¿Qué van a hacer?

—No lo sé, supongo que reconstruirlo —dijo.

—Espero que se pongan cuanto antes. La verdad, me apetece ir al cine. Cuando te quitan algo es cuando te das cuenta lo mucho que lo necesitas.

Luz se marchó a su dormitorio para recoger el bolso, el *pendrive* con la documentación sobre las fareras y la novela para aliviar la pesadumbre de Juan.

Antes de salir, se miró al espejo del cuarto del baño. No le gustaba excederse con el maquillaje, por eso solo se aplicó una base de crema hidratante. Notó un cosquilleo en el estómago al recordarse que vería a Darío en apenas media hora. ¿Qué pensará cuando vea que aparezco sin Alma? ¿Que me he tomado demasiado en serio la reunión?

Le hubiera gustado ser un bellezón de esos que quita el hipo. Una rubia despampanante de ojos azules, por ejemplo. Así supondría una tarea sencilla elegir a la persona adecuada, pues los hombres formarían colas por salir con ella.

En el instituto también fantaseaba con una cara de rasgos finos y un cuerpo delgado. Una vez se encontró una nota romántica en su libro de Biología, pero nunca supo de quién se trataba y jamás volvió a recibir un detalle que la hiciera suspirar de romanticismo. No esperaba vivir una aventura como la de Romeo y Julieta, pero al menos sentir las mariposas en el estómago.

Cuando cumplió los dieciocho años se le ocurrió someterse a una operación de cirugía estética. Limar los pómulos, afinar la nariz y aumentarse los pechos. Incluso concertó una cita con un afamado cirujano de la costa de apellido extranjero. La examinó, le ofreció un presupuesto y una promesa de que su autoestima se fortalecería. Se lo confesó a su madre y le pidió que, por vergüenza, no se lo dijera a su padre hasta que fuera inevitable. Sin embargo, el día antes se echó atrás. Le entró miedo al pensar en lo que diría la gente.

¿Qué opinaba Darío sobre ella? Lo que daría por averiguarlo. Si hiciera falta, un mundo.



Cuando Luz llegó al faro, lo primero que solicitó fue un vaso de agua tan fría como el Polo Norte. Su frente estaba perlada de sudor, la garganta seca y el cuerpo acalorado. Claro, no era extraño ese sofoco en mitad del verano. En la cocina, bebió un largo sorbo y después se pegó el vaso a la mejilla con desesperación para refugiarse en el intenso frescor. Darío la miraba entre divertido y feliz por tenerla ahí, delante de él. Toda la mañana había esperado ese momento.

—Oye, si quieres pegarte una ducha, por mí no hay problema —le dijo—. O también puedes darte un chapuzón en el mar. Mi hermano y Luz se fueron con Ron hace un rato.

Luz, recuperada ya, le respondió:

—Uf, no me lo digas dos veces. Hace un calor tremendo.

—La próxima vez voy a por ti.

—Yo te dije que prefería venir en autobús. La verdad, no sé en qué estaba pensando.

Del bolso, sacó el libro que traía para Juan y lo mostró con orgullo, como si hubiera tenido

que viajar desde lo más profundo de África para traerlo. Darío le sirvió otro vaso de agua, y esperó a que terminara para conducirla hacia el dormitorio, donde la esperaba el abuelo.

Juan oía la radio sentado en el sillón, con las manos sobre el regazo en una pose que transmitía calma y relajación. Le gustaba escuchar un desenfadado programa de tertulia en el que la excusa para conversar era arreglar el mundo. Cuando Luz se sentó frente a él le llamó la atención la melancolía que expresaba su rostro. Pensó que aún seguiría de duelo por el desastre del Paraíso y nadie se lo podía reprochar.

—¿Qué me has traído, doctora? —preguntó, e inclinándose hacia ella.

—Los clásicos nunca fallan, querido Juan.

Le entregó la célebre novela de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, escrita en 1719. El argumento narra la peripecia de un náufrago inglés en una isla desierta y de cómo logra superar los diversos obstáculos que se presentan. En el momento anímico en el que debía de encontrarse Juan, Luz pensó que un rayo de optimismo alumbraría su espíritu y sería cómo un bálsamo para su tristeza.

Juan tomó el libro con ambas manos y acarició la portada de tapa dura. Agradeció el préstamo con un hilo de voz y la ilusión de un niño. Luz le tomó de la muñeca y le dijo:

—Lo que ayuda al protagonista es tener una actitud positiva incluso en los peores momentos.

Juan asintió y, galante, le besó la mano.

—Vales tu peso en oro —dijo, y ella sintió un pellizco de emoción.

Darío observaba en silencio desde la puerta, con los brazos cruzados. Llevaba días preocupado por su abuelo e intuyó que la *receta* de Luz funcionaría porque primero, ella diagnosticaba de mil maravillas y segundo, porque a Juan le encantaban las historias.

Pensó que era extraño que ella siguiera soltera porque, sin duda, era alguien especial, muy especial.

Más tarde, en el despacho, Luz y Darío conversaban sobre la exposición de las fareras. Después del sí de las autoridades correspondientes, caminaban contra reloj puesto que apenas les habían dado un par de semanas para organizarla.

Darío conectó el *pendrive* al ordenador y descargó los documentos en el escritorio. Al abrirlos, comprobó que se trataba de una documentación laboriosa de textos y fotografías. Luz había realizado una tarea encomiable.

—Todo lo he conseguido por internet —dijo ella.

—Impresionante —dijo Darío, admirando las facciones de su cara; y ella, sin saber bien si se refería a ella o su trabajo, notó cómo se ruborizaba—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado?

—Buff… Muchas horas, pero no pasa nada, me encanta. A medida que leía artículos y pasajes de libros me daba cuenta de que en el pasado, como siempre, a las mujeres no se les tuvo en cuenta. Había una actitud machista que impidió que hubiera más. Con todo eso en contra, es increíble que sean veintiséis en toda la historia.

Luz contó una historia que le tocó muy hondo. En 1935, un farero llamado Magín Francisco Bosh ubicado en Gerona, se sintió indispuesto de repente. Sus hijas adolescentes llamaron por teléfono a la autoridad pertinente, quien les dijo que enviarían a un suplente a la mayor brevedad posible. Cuando llegó al atardecer, para su sorpresa se encontró con el faro alumbrando el horizonte. Ellas se habían ocupado de ponerlo en marcha y además de cuidar de su padre.

—Y las hijas no pudieron ser fareras —continuó Luz—, porque a las mujeres se les prohibía presentarse a las oposiciones. Tuvieron que esperar más de treinta años. Ellas, que conocían bien el oficio por su padre. En fin, terrible.

Darío reparó en las mejillas enrojecidas por el sol. Sintió el impulso de acariciarlas con el

dorso de la mano.

—Pues es importante que se sepa. Tiene que estar en la exposición. Se me ha ocurrido que podemos crear un gran mosaico con las fotos de ellas y un texto con su historia. ¿Qué te parece?

—Muy buena idea —dijo él—. Ven, quiero enseñarte el lugar donde se expondrá todo. Es un viejo almacén.

Salieron del faro y lo rodearon hasta que se detuvieron frente a una vieja puerta de metal, que Darío abrió no sin esfuerzo, pues una de las hojas rozaba el suelo. Al entrar, ella comprobó que era el espacio idóneo, con abundante cantidad de luz, aunque había que pintar las paredes y deshacerse de lo que no serviría, como mesas, estanterías y demás objetos. Darío explicó que fue un pequeño gallinero en su tiempo que había acabado funcionado como trastero.

—Este sitio es perfecto para poner el mural —dijo Luz, en el centro de la estancia abarcando con los brazos toda la pared.

—Sí, justo ahí. Para que nada más entrar se sepa qué es lo importante.

Intercambiaron una mirada. Fue como si ambos pudieran leer lo que pensaba el otro.

—Aquí podemos poner objetos relacionados con el faro, como libros o el viejo motor que tengo en mi despacho —dijo, señalando un rincón lleno de trastos.

—Darío, estoy alucinada con este proyecto —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. El faro le da a todo un aire muy especial, como antiguo, elegante y místico al mismo tiempo.

—Estoy de acuerdo.

—Seguro que viene mucha gente. Aprovecharán que vienen a la playa… Espero que salga en la prensa para que se entere toda la provincia.

—Yo creo que debe de ser el primer faro que hace una exposición sobre fareras.

—¡Pues ya era hora! —exclamó una voz a sus espaldas.

Al girarse, vieron que Iris se acercaba, con el cabello rubio húmedo y peinado hacia atrás. Llevaba una camiseta sobre el bikini y de la mano llevaba una bolsa de playa. Darío hizo las presentaciones e iniciaron una breve conversación sobre el trabajo de cada una. Las dos habían oído hablar de la otra y por fin se conocían.

—Vengo como nueva de la playa, y ahora me apetece darme una ducha, y Arturo y yo vamos a ir al supermercado y después a preparar la cena. Si a Darío le parece bien, me encantaría que te quedases.

—No, muchas gracias, no quiero molestar.

—De molestia, nada. Cuento contigo, Luz.

Iris se despidió con un gesto de la mano y los dejó a solas, pensando que Darío y Luz formarían una buena pareja. A la familia Campos le hace falta más mujeres y menos testosterona, pensó.

—Menuda es mi cuñada —dijo Darío—. Más vale que digas que sí.

Iris se cruzó de brazos y se preparó para formular una pregunta y estudiar su reacción.

—¿Seguro que es un buen momento? Me imagino que en estos momentos difíciles a lo mejor preferís estar en familia para la cena. No quiero entrometerme.

—Lo hemos hablado y mi abuelo necesita estar rodeado de su gente, por eso hacemos aquí cenas familiares. Mi abuelo te aprecia y estará encantado de que te quedes. Además, ya sabes lo que se dice, donde comen cuatro, comen cinco. Y si te preocupa el autobús, luego te llevo a casa en la camioneta.

Luz creyó percibir entre sus palabras el deseo de Darío de que le hiciera caso, aunque sabía que podía ser nada más que una ilusión vana.

—Tendré que avisar a mi madre de que llegaré a casa un poco tarde. Le diré que le dé de

cenar a la niña y la acueste.

—En cuanto lo sepa el abuelo se llevará una alegría —dijo, Darío, sintiendo a cada momento como si una marea la arrastraba hacia ella.

CAPÍTULO 8

La cena resultó deliciosa. Los cinco se sentaron a la mesa del salón y disfrutaron de pollo con brotes verdes y queso. El gazpacho no pudo faltar y cada uno se sirvió un vaso o más para acompañar. Enzo no pudo asistir porque se encontraba trabajando, pero mediante mensajes al móvil de su cuñada pidió que se guardara un rollito para que, cuando regresara de madrugada, no se viera en la obligación de atracar la nevera.

Aunque cada uno de la familia Campos sintiera una espina en el corazón por la tragedia del Paraíso, se obligaron a tomarse un respiro y disfrutar del momento. El abuelo, que presidía la mesa, recuperó el apetito que había perdido en los últimos días. El hecho de encontrarse lejos de su casa, aunque fuera por un par de meses, le producía un vacío al que debía sobreponerse a diario, pero gracias a sus nietos e Iris lo conseguía con éxito.

Había recibido un sinfín de llamadas de condolencia por parte de compañeros de profesión, de los dueños de las distribuidoras y hasta de la alcaldesa. Muchos de ellos incluso se habían ofrecido para ayudar en la reconstrucción del cine, lo que demostraba que era más que un negocio, algo así como un patrimonio de todos. Y eso le enorgullecía, pero ¿reuniría fuerzas para afrontar lo que supondría abrir de nuevo el Paraíso?

Iris, por su parte, había empezado a sospechar desde que vio a Darío y Luz en el antiguo almacén de que algo se cocía a fuego lento. Durante la cena, se había fijado con sutileza femenina en las miradas entre ambos, lo que se decían, lo que no se decían, si se tocaban o rozaban, adónde miraban cuando hablaba el otro, las sonrisas, el brillo en los ojos… En fin, todos esos discretos detalles que muchas veces revelan sentimientos, y que se necesita una intuición para desvelarlos. Muchos dicen que detrás de una palabra se oculta una emoción, pero también detrás de una mirada.

Arturo había advertido de que su hermano mayor sería un solterón toda su vida porque le gustaba la soledad, pero Iris pensó que tal vez se trataba de un hombre que tenía miedo a perder la libertad, que no era lo mismo. En el transcurso de la cena, llegó a la conclusión de que le gustaba Luz; adivinaba que se trataba de una bella persona y que serían grandes amigas. Decidió que más pronto que tarde desayunarían juntas.

A pesar de que Enzo llegó antes de lo previsto, aún había comida suficiente para su voraz apetito. Entre mordisco y mordisco contó que habían rescatado en mal estado de salud a cientos de inmigrantes y una mujer embarazada. El clima benigno provocaba una avalancha de pateras y estaban desbordados, desde un punto de vista logístico y emocional.

Cuando llegó el postre, unas bolas de helado de vainilla con caramelo, Darío decidió que necesitaba salir al exterior. Aunque sintiera que estaba a gusto entre la gente, con frecuencia necesitaba escaparse un momento. Como siempre, alzó la vista hacia la linterna para comprobar

que el haz de luz de la bombilla iluminaba el horizonte nocturno. Cualquier navegante que consultara un mapa sabría dónde se encontraba gracias a la frecuencia y el número de destellos. Un destello cada diez segundos: esa era la característica del faro de Puerta del Mar.

Sobre su cabeza, el cielo estaba jaspeado de estrellas. El sonido de las olas llegaba con la suave cadencia acostumbrada. La temperatura era agradable, incluso hacía algo de calor. Más allá, hacia el oeste, se veía la costa iluminada de la pequeña ciudad formando un manto brillante que desafiaba el peso de la oscuridad.

En sus viajes surcando los mares del mundo había presenciado ciudades de todos los tamaños posibles. Se había sentido un viajero privilegiado que observa las maravillas que solo unos pocos pueden disfrutar. A decir verdad, lo echaba de menos. Sí, la sensación de contemplar el mundo desde el barco, lejos, protegido, como un testigo ajeno.

Oyó unos pasos a su espalda y al girar la cabeza vio a Luz acercándose, abandonando el resplandor que salía de la puerta y adentrándose en la penumbra. Ambos sonrieron y ella se colocó a su lado, de cara al mar, dejándose envolver por la brisa cargada de salitre.

—Qué noche tan bonita, ¿verdad? —dijo Luz.

—Desde aquí todas lo son. La suerte de vivir aquí.

Les llegaba el rumor de la conversación del resto de su familia desde la cocina.

—Los faros inspiran, por eso se ha escrito de ellos, hay mucha literatura. No sé, tienen algo especial, simbólico.

—Pero también tienen algo trágico —dijo él, mirando a Luz.

—¿A qué te refieres?

—La leyenda del faro de Puerta del Mar. ¿La conoces?

—¿Cuál es?

Darío se esforzó para que su voz sonara grave y misteriosa.

—Ocurrió una noche de otoño a mitad del siglo XIX, en concreto la noche del Día de los Muertos, el uno de noviembre. Un barco inglés de tres velas llamado el *Flower* navegaba hacia el estrecho cargado de carbón. Su destino era el puerto de Southampton. No era su primer viaje y la tripulación contaba con una gran experiencia. Sin embargo, se desató una gran tormenta, con olas de casi treinta metros y tan bestiales que parecían que iban a arrancar el faro de cuajo. El barco se partió en dos y se hundió sin remedio. Todos los tripulantes murieron ahogados.

—¿Cuántos fueron?

—Más de cien.

Resultaba inverosímil que el vasto mar que ahora se veía en calma, era capaz de convertirse en una fuerza de la naturaleza capaz de matar sin piedad.

—Lo que debieron de sufrir los pobres.

—Pero eso no fue todo. Al día siguiente, lo normal hubiera sido encontrar si no todos, algunos cuerpos en la orilla. No se encontró ninguno, ni siquiera en los días siguientes, cuando lo normal hubiera sido que las corrientes hubieran arrastrado los cadáveres.

—¿Qué pasó?

Darío se encogió de hombros.

—Misterio, pero al año siguiente, justo en la misma noche del naufragio, a qué no sabes lo que sucedió.

—Mmmm… Que los marineros resucitaron y mataron a todos los habitantes de Puerta del Mar.

—No, muy graciosa —dijo, con un deje de reprobación—. Que el farero de entonces se despertó en mitad de la noche y juró y perjuró el resto de su vida que oyó gritos de auxilio

desgarradores. Y cuando salió corriendo a la orilla no había nadie. Eso le fue ocurriendo cada año en la misma fecha, a la misma hora.

—Caray, cómo son los ingleses, hasta los fantasmas son puntuales.

—Te lo tomas a cachondeo, pero en el 2000 o por ahí, descubrieron los restos del barco, justo ahí en frente, a unas cinco millas.

—Me encantan las leyendas antiguas. ¿Quién te la contó?

—Mario, el antiguo farero. Lo aprendí todo de él.

—¿Sí? Recuerdo hace mucho tiempo oír a mis padres que es un poco huraño.

—Para nada. Solo le gusta la soledad. Decía que se depende demasiado de la gente.

—Vivimos en sociedad. Para bien o para mal, nos necesitamos.

—Algunos lo necesitan más que otros.

Antes de que pudiera rebatir el argumento, Iris salió para anunciar que Arturo y ella se iban ya para casa. Podían dejar a Luz en casa, a lo que la bibliotecaria se apuntó. Se despidió de Darío con un beso en la mejilla y dándole las gracias por la hospitalidad. Quedaron que deberían verse cuanto antes para montar la exposición.

Darío se quedó mirando la costa iluminada de Puerta del Mar, y se imaginó que en unos minutos habría una luz más encendida, pues ella llegaría a su habitación y encendería la lámpara de la mesita de noche para no despertar a Alma. Pensó que había un estilo de vida que reflejaba una felicidad plena y se preguntó si él estaría llamado a ella.

Me gustaría que estuviéramos juntos, pero no sé si estoy hecho para el amor de pareja.

Buenas noches, Luz.

~

Arturo e Iris dejaron a Luz en frente del portal de su casa y prosiguieron en dirección a su piso. Cuando salieron del centro y se incorporaron a la autovía, él se fijó de refilón en que ella no dejaba de sonreír como para sí misma.

—A ver, cariño, ¿qué te pasa?

—¿A mí? —dijo, haciéndose la sorprendida—. Nada, no me pasa nada, ¿qué me va a pasar?

—Como no paras de sonreír.

—¿Es que no puedo sonreír?

—Claro que puedes, pero te conozco, estás tramando algo, pero no sé lo que es.

—Estás loco.

—Pues nada.

Al cabo de apenas unos segundos Iris no pudo aguantar más.

—Estaba pensando en algo.

—Tiemblo.

—Tenemos que hacer algo con Luz y Darío.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Has visto cómo se miraban en la mesa?

—La verdad es que no. Estaba concentrado en comer.

—Un hombre que no se fija en los pequeños detalles de la vida. ¡Qué extraño! —dijo con fina ironía.

—A ver, que mi hermano ya es mayorcito para estos juegos.

—¿Y qué? A veces hay que dar un empujón.

—Sí, para tirarlo al mar.

—Tengo una idea —dijo, ignorando el instinto asesino de Arturo.

—Iris, por lo que más quieras, no hagas de casamentera. Ya te lo dije, le gusta estar rollo solitario. A ver si alguien va a salir dañado. Deja que las cosas sigan su cauce.

—Claro, y así se casarán a los noventa años.

—Pues mejor así, porque el regalo de bodas en vez de pasta será una caja de Viagra y a correr.

—¡No seas bruto! Lo que hay que hacer es allanar el camino, ya sabes.

—Iris, cuidado, ahora lo digo en serio. Luz parece una buena tía. No sé lo que pasó con el padre de Alma, pero seguro que hay una historia chunga.

—Hablaré con ella primero y le contaré mi idea. Si me frena, te haré caso.

—Lo que quieras pero conmigo no cuentes, que luego Darío se cabrea y me dice que no me meta en su vida.

~

Cuando llegaron al piso eran alrededor de las once de la noche. Ella decidió que, antes de dormir, con absoluta calma se tomaría una ducha helada para sacudirse el calor. Se notaba algo cansada aunque feliz de pasar el tiempo con el hombre que amaba y su familia, ahora también la suya.

Los preparativos para la boda se iban cumpliendo poco a pocos, y contaba con la ayuda de su futuro marido en cada paso. Las invitaciones ya estaban mandadas. En realidad era un protocolo porque ya ellos habían hablado con los invitados, pero formaba parte de la tradición, y a ella le gustaba hacer un guiño a las viejas costumbres. Sobre todo porque era consciente de que su madre guardaría la invitación como oro en paño.

Iris vislumbraba un futuro con Arturo, niños y viviendo en una casa grande y luminosa. Recordó la primera vez que vio a Arturo y sonrió. En el banco, hecho una furia porque su abuelo había recibido la carta de desahucio del Paraíso. Fue difícil sustraerse al atractivo de un hombre viril y seductor, pero una vez que supo entrever lo que bajo esa capa superficial, su generoso corazón de indómito surfero la conquistó.

Desde aquel momento su vida había cambiado de arriba a abajo.

Mientras Iris preparaba todo para la ducha, Arturo se acercó al baño. Ardía en deseos de decirle una cosa y la abrazó por detrás para sentir su cuerpo desnudo cerca del suyo. Quería revivir las sensaciones que había experimentado junto a ella en el mar, la frescura del agua, la calma de las olas, el cosquilleo de la espuma.

—Gracias —dijo él, y le estampó un beso en los hombros.

—¿Por qué? —respondió, dejándose abrazar, aspirando el aroma de su piel salada.

Desde que Arturo se mudó a su piso, en cierta forma la luna de miel ya había empezado. Se prometió que haría todo lo que estuviera en sus manos para que la pasión salvaje que los unía nunca se agotara.

—Por un día memorable y por apoyar a mi abuelo, que no lo está pasando bien. Te he visto muy cariñosa. Eres una *crack* absoluta.

—Gracias, cariño —dijo, y giró el cuello para besar sus labios.

Arturo deslizó una mano por su cadera hasta que tapó el sexo, notando el vibrante calor que emanaba.

—¿Sabes? Tengo unas ganas locas de ducharme contigo. Creo que sería una buena manera de ahorrar agua.

—Me pone mucho que pienses en el planeta y no en mis necesidades.

Iris se dio la vuelta. Le despojó la camiseta y el bañador en un abrir y cerrar de ojos. El cuarto de baño de repente se cargó de electricidad. Nunca los azulejos, de un azul vahído, habían sido testigos de un arrebato de amor tan apasionado.

—Si la playa no hubiera estado tan llena de gente, te hubiera follado en la orilla —dijo Arturo.

—No, yo te hubiera follado a ti —dijo ella con determinación.

Arturo sonrió, excitado hasta la médula.

—Así me gusta verte, rollo desmelenada y a por todas, futura señora Campos.

Se besaron como se besan los protagonistas de un romance al final de la película, como si les fuera la vida en ello.

—«Señora Campos». Me gusta cómo suena —dijo, cuando recuperó el aliento.

—Está más cerca de lo que pensamos. Qué ganas tengo de que sea ya el día, almorzar, decir adiós a todos los pesados, quedarse con los regalos y salir hacia el aeropuerto.

—Esa es la manera para que a la vuelta todos nos odien.

—Me da igual. No necesito a nadie, solo a ti.

Se introdujeron en la ducha notando el abrasador calor de la noche de julio en cada uno de sus poros. Iris abrió el grifo y el agua salió por la alcachofa como una cascada en el corazón del Amazonas.

Volvieron a besarse mientras el agua caía sobre las cabezas, sobre la cara, sobre los hombros desnudos. Cada gota se deslizaba por cada uno de los recovecos de sus cuerpos. Sintieron la humedad mezclada con la lascivia que palpitaba con frenesí en su interior.

Aún mojados, salieron de la ducha y, sin secarse, Arturo la cargó agarrando bien el culo. Recorrieron el pasillo de esta guisa, dejando un rastro de agua por el suelo mientras se besaban y se dirigían a ciegas al dormitorio.

Iris casi se da un coscorrón con el quicio de la puerta pero por suerte agachó la cabeza a tiempo. Ya en el dormitorio, Arturo la dejó caer con algo de rudeza sobre la cama y enseguida se echó encima, hambriento de ella. En medio de la penumbra, lamió las gotas de agua y los pezones y el sabor le pareció excitante a más no poder. El edificio estaba invadido por el silencio e Iris soltó un discreto gemido, aunque a Arturo le pareció igual de excitante como si hubiera gritado.

—Esta noche no vamos a dormir mucho —dijo Iris.

—No, amor mío, estaremos… ocupados.



A primera hora del día siguiente, Darío llamó a Arturo para informar de que los bomberos habían terminado la inspección del Paraíso, y que ya resultaba seguro entrar. Como debía ocuparse del faro, pidió que llevara al abuelo al cine, ya que necesitaba enfrentarse a la cruda realidad. Después de desayunar junto a Iris, cogió la furgoneta y fue a recogerle.

Los rayos del sol cargaban con fuerza sobre la pequeña ciudad cuando ambos se dirigieron al Paraíso. Aún era demasiado pronto para que las playas se llenaran de gente, pero se veían corredores solitarios o dueños paseando a sus perros, y a las gaviotas sobrevolando el mar en busca de alimento. Para muchos era una mañana más de verano, sin embargo, para Arturo y Juan era una mañana que se parecía más a un funeral.

Hablaron sobre temas intrascendentes solo para rellenar el silencio, porque sabían que esperaba la desolación en cuanto subieran las escaleras que conducen al vestíbulo del cine.

Aunque no se lo expresó, a Arturo le preocupaba la salud de su abuelo, y temió que sufriera un desmayo o algo peor cuando viera con sus propios ojos el estado del Paraíso.

Aparcó a una manzana y cuando apagó el motor se giró hacía él.

—¿Preparado?

Juan tomó aire y respondió.

—Sí, creo que sí.

Abrió la puerta y con calma salió de la furgoneta, ante la atenta mirada de su nieto.

—¿Necesitas ayuda, abuelo?

—Puedo perfectamente. No soy un inválido —dijo con malas pulgas.

Plantó la punta del bastón en la acera y emprendieron el camino a buen paso, con el ánimo de quien ha de cumplir un doloroso trámite. Se cruzaron con varias personas que saludaron a Juan con afecto y Arturo deseó que eso ayudara a sobrellevar el disgusto.

Después de apartar las rejas puestas por los bomberos y que cubrían la entrada, pisaron el vestíbulo, completamente carbonizado. Juan se detuvo para observarlo todo con detenimiento mientras sentía un vacío insondable en su interior. Era terrible pensar que un trabajo de décadas sobre el cual se habían volcado tanto esfuerzo e ilusión, se esfumara en cuestión de segundos.

Con cuidado de no tropezar, entre cenizas y escombros, se desplazaron hasta el patio de butacas. El distinguido tono rojizo del tapizado de cada una de ellas se había convertido en un horrible color negro. El fuego había sido tan voraz que algunas se habían convertido en un amasijo de hierro. La pantalla había desaparecido y las paredes no eran más que un gran paisaje de cemento sucio. Juan sintió un nudo en el estómago.

Chasqueó la lengua, resignado, y negó con la cabeza, como si no diera crédito a lo que veía, a la vez que golpeaba varias veces el suelo con el bastón.

Cuando en el Paraíso vio por primera vez la mítica película *Lo que el viento se llevó*, de Víctor Fleming, no era más que un mozalbete, sin embargo, nunca olvidó la impactante escena del incendio de Tara, la mansión de la protagonista, Scarlett O’Hara. El fuego parecía tan real que sintió que se sofocaba, pues eso mismo había sentido cuando aquella noche vio arder el cine y ahora, como ella, caminaba entre las ruinas del pasado.

—Abuelo, hay que ponerse manos a la obra. Hay que reconstruirlo. Esto no puede ser el final.

Después de suspirar largamente, respondió.

—No nos queda otra. Será duro pero es necesario. Mi padre y mi abuelo harían lo mismo.

—Nosotros te ayudaremos.

—No esperaba menos, la sangre de mi sangre.

Arturo hizo unas fotos con el móvil. Después se dirigieron al despacho con la esperanza de que pudieran rescatar algunos documentos y objetos de incalculable valor. Para su sorpresa, se encontraron en el vestíbulo con dos hombres. Uno trajeado, joven, de la edad de Arturo; y otro maduro, vestido con una camisa y unos vaqueros holgados.

—¿Se puede saber qué hacen aquí? —preguntó Arturo.

Los dos hombres interrumpieron su conversación y se dirigieron a ellos.

—Soy Rafael Díaz, del seguro —dijo el joven, y señalando a su acompañante, añadió:—. Y este es Santiago Muñoz, el perito.

—No sabíamos que venían hoy —dijo Juan.

—En cuanto nos dieron el parte en la central, esperamos el mejor momento para visitar el lugar del siniestro. Se ha corrido la voz de que es un lugar seguro —dijo Rafael, con una sonrisa astuta.

—¿Cuándo le van a pagar a mi abuelo? —preguntó Arturo, a bocajarro.

Rafael abrió los ojos, sorprendido por la rudeza de la pregunta. Llevaba apenas un año en la empresa y estaba ansioso por demostrar su valía al jefe, por lo tanto, se impuso tratar a los afectados con cortesía y diplomacia.

—La indemnización necesita la aprobación de Madrid, después de que nosotros presentemos un informe técnico. Llevará tiempo.

—¿Meses?

—Espero que sea cuestión de semanas —dijo Rafael, mostrando una sonrisa forzada.

—¿Por qué tanto tiempo? —insistió Arturo, procurando no perder la paciencia. Le irritaba las injusticias—. Los bomberos han dejado claro que la causa fue un cortocircuito en el cuadro de mandos.

Rafael estaba al tanto de esas conclusiones, sin embargo, le habían llegado rumores de que el Paraíso pasaba por apuros económicos. Un buen profesional debía investigar, ya que muchos asegurados obraban de mala fe para cobrar un dinero que necesitaban como el respirar. ¿Sería la familia Campos de esta clase de personas?

Con objeto de despejar la duda había recurrido a un experto independiente, pues no se fiaba de la imparcialidad de los bomberos. Los Campos eran una familia conocida e incluso querida en Puerta del Mar.

—Cada paso requiere un proceso y una serie de permisos. De todas formas, les diré que lo prioricen —dijo Rafael mirando al abuelo y al nieto.

A Arturo sus palabras le resultaron frías y monótonas, así que no las creyó. Sospechó que solo era una manera de guardar las formas. Después de indicar la ubicación del cuadro de mandos, los dejaron que se movieran con libertad por el cine, mientras que Arturo y Juan se dirigieron al despacho.

—Esos chupatintas harán todo lo posible por no pagar —gruñó Juan.

—Estaba pensando en lo mismo. Están deseando encontrar pruebas que demuestren que el incendio fue provocado.

—Pues sabe Dios que no las encontrarán.

—Desde luego que no.

El despacho era una continuación del panorama carbonizado que habían ido encontrando. El olor a ceniza era tan intenso que parecía que se pegaba a la piel. Solo se había salvado la mesa que, por alguna extraña razón, aguantó la avalancha de fuego y destrucción. Arturo, desolado, hizo un par de fotos con el móvil. ¿Cuánto tiempo llevará reconstruirlo todo?, pensó. Como mínimos unos tres meses.

—Abuelo, hay que llamar a una empresa para que lo limpie todo. Después, pintarlo todo. Será una tarea complicada, pero no es imposible. El Paraíso tiene que renacer.

Juan asintió con la cabeza. El optimismo de su nieto era una fuente de energía que iluminaba su corazón. A través de él sentía el aliento de toda la familia de Campos, incluso la de su abuelo y su padre.

CAPÍTULO 9

Pasados unos días, Darío sintió la necesidad de reunir a sus hermanos por un motivo importante y secreto. Como su abuelo debía ignorar la reunión y el de Enzo estaba alquilado, pidió a Arturo si se podía celebrar en el piso de Iris, un lugar donde encontraría la intimidad suficiente. Una vez que ella dio la conformidad, habló con Enzo para fijar una noche en la que no trabajara para así acudir. Para Darío era imprescindible que sus dos hermanos estuvieran presentes.

Con paciencia y buena disposición, se pudo concretar un día en el que todos pudieran acudir. Aunque el tema que abordaría ya era conocido por sus hermanos, Darío no soltó prenda sobre la nueva información de la que disponía. Su intención era exponer el caso y tomar una decisión.

Aprovechando que Iris se encontraba en el banco, Darío y Enzo fueron juntos al apartamento a última hora de la mañana. Arturo les sirvió unas latas de cerveza bien frías. El verano seguía fiel a su estilo de calor a raudales. Se sentaron en la mesa del salón, el hermano mayor en medio.

—Os preguntaréis a qué viene esta reunión familiar sin el abuelo —dijo Darío—. No son buenos tiempos para nosotros. Parece que los problemas se nos acumulan. Primero el ictus y ahora el cine.

—¿Quieres ir al grano, maldita sea? —preguntó Arturo.

—Eso, que pareces del FBI.

Darío carraspeó.

—Como sabéis descubrimos que el abuelo paga un dinero a un antiguo empleado, e ignoramos el motivo. No lo quiere decir.

—Y se puso hecho una furia cuando se lo preguntamos —recordó Enzo, a lo que Arturo le dio la razón.

—Pues hace como unas dos semanas hablé con Salvi. Fui a la papelería y charlamos un rato. Le pregunté por el empleado.

—¿Qué te dijo? —preguntó Arturo, ansioso.

—Que se trata de una mujer llamada Diana.

Los hermanos intercambiaron miradas suspicaces. Daba la sensación de que ninguno se atrevía a expresar lo que pensaba en ese momento. En la época sobre la que hablaban, en 2006 o 2007, la abuela aún vivía. Arturo al fin rompió el silencio.

—¿Te dijo Salvi algo más? —preguntó.

—Que el abuelo estaba muy pendiente de ella.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Enzo.

—Solo eso —respondió Darío—. Yarina me ha contado que el abuelo le ha pedido otra vez que quede con el chico para entregar más dinero.

—Tenemos que hablar con el abuelo —dijo Enzo—, y aclarar esto de una vez.

—Si le preguntamos sabrá que Yarina nos lo ha dicho —replicó Darío—. Ella nos pidió que no dijéramos nada.

—Y yo le di mi palabra —dijo Arturo.

Enzo alzó los brazos como en un gesto de frustración. Se encontraban en un callejón sin salida. Arturo le preguntó a Darío si tenía alguna idea.

—Deberíamos saber algo más de esa mujer —dijo él.

—¿Cómo? ¿Contratando a un detective privado?

—No, eso no.

—Entonces, ¿cómo?

—Hablando con ella.

—No sabemos dónde vive.

—Pero sabemos cuándo Yarina verá con ese chico. Si le seguimos, tendremos una pista.

—¿Y después qué, nos presentamos los tres en su casa y le hacemos un interrogatorio? —preguntó Enzo.

—No lo sé, pero ¿nos cruzamos de brazos?

Enzo se pasó la mano por el cuello mientras pensaba lo que quería decir.

—Creo que nos estamos preocupando por nada. A lo mejor debe dinero por algún motivo, o solo la ayuda económicamente porque se encuentra en una mala situación.

—¿Por qué no lo quiere contar? Parece un secreto de Estado.

—¿Por qué tendría que contarlo? Es personal. No tenemos que saberlo todo.

—Pues yo estoy preocupado —dijo Arturo.

—Yo también —dijo Darío.

—Haced lo que os dé la gana, pero conmigo no contéis —dijo Enzo, mirándoles con seriedad.

Darío se removió en la silla, intranquilo. Afuera, se oyó a un vecino bajar las escaleras con apremio.

—Tenemos que estar juntos en esto, Enzo. Es un asunto familiar.

—Pero ¿os estáis oyendo? Queréis seguir al chico ese como si fuerais policía o yo qué sé.

—No confundas el chismorreo con una sincera preocupación por el abuelo —dijo Darío—. A lo mejor está pagando contra su voluntad.

Enzo miró su voluminoso reloj de marca.

—¿Algún tema más sobre el que hablar? He quedado con una amiga para tomar algo y se me está haciendo tarde.

Darío y Arturo respondieron que no. Enzo se despidió de ellos con un apretón de manos y una palmada. A pesar del desacuerdo no deseaba dar la impresión de que estaba molesto. Eran sus hermanos, los quería pero también necesitaba expresar su punto de vista sobre las cosas.

—Quizá lo de seguir al chico sea demasiado —dijo Darío, una vez que Enzo se marchó del piso.

—Puede ser, es muy rollo película de espías. Tiene que haber un paso intermedio.

Darío se levantó y deambuló por el pequeño salón en busca de inspiración. A través de la ventana de la terraza lanzó una mirada sobre el horizonte. Era un día tan claro y despejado que incluso se distinguía la silueta del continente africano al otro lado del Mediterráneo. Son unas bonitas vistas, pensó, y casi en el acto se le ocurrió una idea.

—¿Y si hablamos con Rosa o Elena y le pedimos que nos diga cómo localizarla?

Arturo respondió al instante, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Oye, pues no es mala idea. Como fueron compañeras, a lo mejor aún están en contacto.

Esa misma mañana pero unas horas antes, Iris, aprovechando que debía visitar a un cliente del banco no muy lejos, se presentó en la biblioteca para saludar a Luz. La sorpresa fue mayúscula cuando la vio entrar por la puerta. Se saludaron como viejas amigas y entre ellas enseguida se instaló un ambiente de confianza.

Al ser la primera vez que Iris pisaba la biblioteca, Luz le explicó la distribución de los libros y señaló el estante de las películas en DVD. Por supuesto, también le mostró el fenomenal paisaje de Puerta del Mar. A Iris le encantó el pequeño reino de los libros y se reprochó no haber ido antes.

Con objeto de no interrumpir la concentración de los usuarios, bueno, en realidad uno solo, salieron al vestíbulo y tomaron asiento en un banco. A su alrededor colgaban carteles de diverso colorido con anuncios de festejos, congresos y cursos. Puerta del Mar vivía del turismo pero gracias a ello se financiaban un sinfín de actividades culturales.

—Solo quería decirte que me lo pasé el otro día muy bien en la cena —dijo Iris, cruzando las piernas.

—Yo también. Estaba todo riquísimo —dijo Luz, admirando la elegancia de triunfadora que desprendía su conjunto de blusa sin mangas, pantalón beige y taconazos.

—Y Alma, ¿está en el campamento?

—Sí, lo está disfrutando a tope. Ya sabes, está en la edad de jugar a todo y pasarlo bien —dijo.

—Me encantaría conocerla. ¿Tienes una foto?

Sacó el móvil de sus pantalones y desbloqueó la pantalla. Mostró las fotos y algún que otro vídeo corto de Alma riendo, durmiendo o disfrazada de princesa rosa. Iris se fijó en la expresión de orgullo que reflejaba Luz.

—Qué guapa es. Se parece a ti.

—¿Yo, guapa? Vamos, anda.

—Que sí, mujer. Además, déjame decir que te admiro profundamente.

—¿Por qué?

—Porque trabajar y ser madre soltera es muy sacrificado.

—Tengo la ayuda de mis padres, —dijo, quitándose importancia con un gesto de la mano—. La verdad, no sé qué haría sin ellos.

—Yo tampoco. Los tengo lejos, pero nos hablamos a menudo.

—Debe de ser muy duro verlos de vez en cuando.

—Los echo de menos, pero por desgracia estoy acostumbrada a esa sensación. Desde muy joven me fui a estudiar a Londres, así que les he visitado en fechas señaladas, como las Navidades.

—Yo no podría vivir lejos de mi gente. Solo de pensarlo… He salido muy poco al extranjero.

—Aquí se vive bien. Es un sitio tranquilo, sin las aglomeraciones de las grandes ciudades.

—¿Cómo es Londres?

—Espectacular. Mucha gente se queja de la lluvia y la comida, pero tampoco es para tanto. Se puede hacer de todo, pero hay una cosa que para mí marca la diferencia.

—¿Cuál?

—La luz. A partir de noviembre oscurece a las tres o cuatro de la tarde. Aquí, a esa hora todavía hay sol. Parece una tontería pero te condiciona el día a día, y sobre todo tu estado de ánimo.

Luz se fijó en el reloj de su muñeca. Ya debía marcharse hacia la cita con el dueño de una franquicia de juguetes, que había solicitado un cuantioso préstamo para acometer una reforma. Antes de irse, deseaba revelar el verdadero motivo de la visita.

—Luz, ¿llevas mucho tiempo enamorada de Darío?

—Desde el colegio —dijo, y se dio cuenta enseguida que se había descubierto ella misma.

Iris se sorprendió de que sus sentimientos se remontaran tan lejos. Eso le daba un aire trágico y conmovedor al mismo tiempo.

—¿Se lo has dicho?

—Ni de coña.

Solo de imaginar una escena en la que declaraba su amor, le causaba un ataque de ansiedad.

—¿Tan evidente es? —preguntó Luz.

—Me temo que sí, al menos para el ojo femenino. Me fijé en la cena.

—Ya —dijo, resignada—. Hace unas semanas nos medio besamos en el puerto. Fue muy rápido, creo que la cagué. Solo me ve como una amiga y nada más —dijo, cabizbaja.

Iris le pasó una mano sobre sus hombros trémulos para consolarla.

—Las cosas pueden cambiar. Nunca se sabe.

—No tengo mucha suerte en el amor. En otra vida debí de ser una villana de culebrón turco.

—Lo peor es rendirse.

—Darío es un hombre de mundo, muy entregado a su trabajo, no quiere compromisos, o a lo mejor no le gustan las madres solteras.

—¿Esos crees? Lo dudo. Le conozco desde hace poco, pero no me da la impresión de ser un hombre tan chapado a la antigua. ¿Cómo fue el beso?

—Muy bonito. Siempre había soñado con ese momento, muy bonito, aunque muy corto. Mi padre apareció de repente y lo arruinó todo.

—Luz, no te rechazó, por lo tanto, le gustas. Eso es una muy buena noticia.

—Eso pensé yo, pero no da el siguiente paso. Para él, como si el beso no hubiera existido.

Se oyeron voces que provenían de la planta inferior; seguramente de alguna reunión. Las mañanas en el Ayuntamiento eran muy ajetreadas.

—Tienes que pasar al contraataque, Luz.

—¿A qué te refieres?

—Darío está su zona de confort. De ahí no le mueven ni con una grúa, por eso hay que darle un empujoncito.

—¿Le apunto con una pistola?

—Mucho mejor, usar la seducción. Tú que eres una famosa recetadora de libros, ¿conoces alguno que trate sobre ese tema?

Luz se quedó pensativa mientras en el disco duro de su cabeza buscaba con ahínco un título. De repente, dio con uno.

—«Las amistades peligrosas».

—¿Ves? Seguro que viene bien. Habrá algo que se pueda aprender.

—Pero la trama es de la Francia del siglo XVIII. Las costumbres han cambiado un pelín.

—Mierda. Bueno, si estás de acuerdo, yo quiero echarte una mano.

—Genial.

—Hay que organizar un momento romántico, los dos solos, por ejemplo, una cena; velas, intimidad, musiquita…

—¿Te refieres en un restaurante?

—Eso sería demasiado evidente. Lo vería enseguida como una encerrona. Tonto no es.

—Saldría corriendo.

—Tenemos que darle una vuelta, pero ve eligiendo qué te vas a poner —Se inclinó hacia atrás como para imaginársela con un vestido—. Algo femenino, de verano, con escote pero sin ser descarada. Ah, ponte perfume y lleva condones.

—¡Eh, frena el carro, vas muy deprisa!

—¿En qué quedamos, estamos en el siglo XXI o en el siglo XVIII? ¿Quieres que esté tu madre de carabina con un abanico?

—Vale, vale, lo pillo.

—No puedes esperar una eternidad porque si no, llega un momento, de repente, se pierde la ilusión y ya es demasiado tarde.

—¿Y si me ve y se huele la tostada?

—Es un hombre, en cuanto vea el ambiente su cuerpo reaccionará.

—Uf, ya estoy nerviosa. Bueno, aún queda tiempo para que me acostumbre, ¿verdad?

—Qué va, mañana mismo.

Luz se levantó como si le hubieran pellizcado en el trasero.

—¿Mañana?

—¿Tienes algo mejor que hacer mañana por la tarde?

—No voy a poder… Tengo que… y después tengo lo otro, imposible, totalmente imposible.

—Exacto, lo que yo pensaba. Estás libre.

A solas. Con Darío. Cena romántica. ¡Socorro!

—¿Y qué le voy a decir?

—Irá surgiendo, Luz. Todo no se puede prever, si no quedará muy frío y costará que salte la chispa —Miró su reloj—. Me marcho, ¡se me hace tardísimo!

—Te llamo esta tarde y te enseño el vestido por teléfono.

—Me parece una gran idea. Hablamos y cerramos el plan —dijo, agitando la mano mientras se alejaba con apremio.

—Iris, muchas gracias —dijo Luz, con una mano en el corazón.

Iris sonrió.

—¿Para qué están las amigas si no?

~

Al día siguiente, como no podía ser de otra forma, a Luz le entraron dudas. Se encontraba en un piso alquilado a través de una plataforma esa misma mañana y por una noche. Ya le había mandado la dirección a Iris con un wasap.

Al principio consideró la opción de celebrar la cena en la casa de sus padres, sin embargo, le pareció demasiado precipitado rogar que se fueran con Alma al cine o al centro comercial. Le formularían demasiadas preguntas que, avergonzada, debería responder. Así pues, solo había pedido que se encargaran de Alma mientras ella (supuestamente, claro) salía con sus amigas por ahí. Y como eso no era algo extraño, sus padres aceptaron, confiados, sin preguntas sospechosas.

¿Qué le dirá Iris a Darío para que venga aquí?, se preguntó, nerviosa, mientras preparaba la cena.

Se sentía mareada desde que entró en el piso. Era el momento en que ya no había vuelta atrás, el plan de Iris se llevaría a cabo. Darío acudiría ignorando de que ella esperaba con el corazón abierto.

En buena hora dije que sí a Iris, con lo bien que estaría ahora en casa sin preocupaciones.

Con una pizca de suerte, a lo mejor Darío no puede venir o ella no consigue hablar con él. Y yo me vuelvo a casa tan tranquila diciéndome: por lo menos lo he intentado.

Al menos el piso es muy bonito, de lujo. Lo había elegido cerca de su casa, ya que llevaba una maleta con el vestido, zapatos, maquillaje y un sinfín de cosas. La tarifa por una noche era elevada, pero como le habían abonado la extra de verano disponía de dinero, sin que eso significara que podía gastar a lo loco. El año pasado había creado una cuenta para Alma, donde iba ingresando cada un mes una cantidad modesta, para que en el futuro eligiera una buena universidad para estudiar lo que deseara.

Ahora se lo estará pasando genial en el cine con los abuelos, se dijo, echándola de menos.

Mientras la cena se cocía a fuego lento, salió a la terraza para volver a deleitarse con el esplendoroso jardín que se extendía ante sus ojos. El césped era una alfombra y sobre ella emergían una gran variedad de arbustos, buganvillas y jacarandas, que desprendían un maravilloso aroma silvestre. El cielo, despejado, teñido de un púrpura abismal, empezaba a acoger con suavidad la noche como si la llevara esperando toda una eternidad.

Hoy puede ser la noche que todo cambie o que todo siga como siempre, dijo, sintiendo que le sudaban las manos.



Iris llegó al faro ansiosa por ejecutar el plan que había pensado para que Darío y Luz se encontraran a solas, y que por fin estallara la pasión. No importaba que él se percatara de que se trataba de una encerrona porque cuando así fuera, ya sería demasiado tarde. Con la guardia baja, caería rendido cuando tuviera delante a Luz en todo su esplendor.

Como si no conociera a los hombres.

Se había guardado de contarle nada a Arturo por si acaso se iba de la lengua. El éxito del plan requería un grado de actuación y seriedad, y su futuro marido aprovecharía el momento para soltar alguna risita aquí y allá, lo que alertaría a su hermano.

Se había pasado una larga hora en la cocina de su piso para preparar el postre que todo lo desencadenaría: el pastel de zanahoria, un clásico de la cultura anglosajona. La primera vez que lo preparó fue cuando compartía piso mientras estudiaba la carrera universitaria, y desde entonces lo fue perfeccionando, aunque nunca lo había preparado en Puerta del Mar. Un postre célebre merece una buena razón para ser degustado y ahora por fin la había encontrado.

Estaba casi toda la familia en el salón. El abuelo, Darío, Arturo y ella, que habían acudido al atardecer para visitar a Juan y acompañarle en el duelo por el Paraíso. Aún no tenían noticias del seguro y se esforzaron por distraerle. Iris mostró el pastel para que se les hiciera la boca agua.

—Tiene una pinta fabulosa —dijo Juan.

—Yo creo que solo voy a cenar una ración —dijo Arturo.

—¿Qué te parece? —le preguntó ella a Darío, esperando que él se recreara en la jugosa visión del postre.

—Huele de maravilla. ¿Te gusta la repostería?

—De vez en cuando me gusta preparar una tarta o unos *muffins*. Pongo música y me relajo.

—No me ha dejado ni probarlo —dijo Arturo, resentido.

—Es para toda la familia —Se defendió Iris, y lo guardó en la nevera.

Juan se interesó por los preparativos de la boda. Arturo e Iris le pusieron al día. Estaba casi todo atado y se sentían confiados de que todo saldría a pedir de boca. Al ser una ceremonia íntima, sobre todo familiar, no resultaba tan exigente como otras de doscientos invitados. Por

suerte, su madre le ayudaría para los últimos arreglos del vestido. Juan se alegró de que la familia se preparara para un día feliz después de tanta mala fortuna.

Ron apareció con la correa entre los dientes y se acercó a Juan para que lo sacara a pasear, como venía siendo costumbre cuando el sol se tomaba un respiro. Fue el momento idóneo para iniciar el plan. Soltó un discreto codazo a Arturo y le susurró: ¿Por qué no les acompañas? Así hablo un rato a solas con Darío para estrechar lazos. Cinco minutos después, Arturo y Juan se habían marchado.

—Bueno, cuñada —dijo Darío—. Deberíamos ir pensando en la cena. ¿Qué te apetece?

—Lo que sea, tampoco te preocupes por mí.

—Podemos cenar en la terraza, como la otra vez.

—Me encantaría, y Luz me dijo que se lo pasó muy bien.

—¿Ah, sí?

—Aprovechando que iba de camino a ver un cliente, fui a visitarla a la biblioteca. Nos hemos hecho amigas.

—Es una mujer encantadora —dijo, intentando no dejar en evidencia alguna emoción.

Iris se llevó una mano a la cabeza.

—Ah, qué tonta. Se me olvidaba. Le había prometido a Luz que le iba a guardar un trozo del pastel.

—Seguro que le gustará.

—¿Te importa llevárselo tú?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora?

—Arturo no deja que conduzca la furgoneta porque no estoy asegurada, y le prometí que se lo daría en cuanto saliera el horno. Mañana ya estará pasada, y como ella no conduce…

—Se lo puedes decir a Arturo cuando venga del paseo.

—Es que ya será tarde. El pastel ahora está en su punto.

Darío miró su reloj. Podía usar la excusa de que era tarde. Dejó escapar un largo resoplido. Como no lo vio muy convencido, usó un as bajo la manga.

—En realidad es para Alma, le encanta el dulce —dijo, como sin darle importancia.

Darío cerró los ojos, resignado. Nadie podía decir que no a la ilusión de una niña.

—Está bien…

Iris fue a la cocina y en un santiamén, sacó el pastel, cortó un trozo y lo envolvió con papel de plata. Se lo entregó a Darío mientras le tiraba de un brazo para que se levantara.

—Vale, vale —dijo, abrumado por su insistencia.

En el vestíbulo, cogió las llaves de la camioneta. Iris le abrió la puerta y lo despidió.

—Te envío la nueva dirección al móvil.

—¿La nueva dirección? ¿Cómo? Pero ¿se ha mudado?

—Más o menos.

—Pero…

La puerta se cerró en sus narices. Titubeando, Darío se montó en el vehículo y se marchó bajo la atenta mirada de Iris desde el despacho. Como prometió, le envió por mensaje a su móvil la dirección del piso.

Unos minutos después apareció Arturo, quién preguntó por su hermano al no ver la camioneta.

—Lo he enviado a hacer un recado urgente. ¿Dónde está Juan?

—En su cuarto. Pero, ¿dónde está mi hermano? —insistió.

—Nada, algo que ha surgido a última hora —dijo, sin poder disimular una enorme sonrisa de niña traviesa.

—¿Qué estás tramando, Iris?

Arturo la cogió por la cintura y la arrinconó contra la pared.

—¿Yo? Nada —dijo, desviando la mirada.

Le alzó la barbilla hasta que su boca quedó a su merced. La besó con pasión y de repente se echó hacia atrás.

—Confiesa, si no te quedas sin otro beso.

—No pienso soltar prenda.

Arturo volvió a la carga, esta vez con un beso más prologando y suculento, que dejó a Iris sin respiración, ansiosa por otro.

—Le he enviado a que se encuentre con Luz en un piso alquilado —dijo, de sopetón.

—Lo sabía —dijo, suspirando.

—¿Qué hay de malo en ayudar a un cuñado y una amiga?

—Pues que a lo mejor ella se lleva un chasco, otro más.

—Entonces que se quede en casa para siempre, así seguro que no tendrá ningún chasco, ¿verdad?

Arturo ladeó la cabeza.

—Hombre, visto así…

—Cállate y bésame.

CAPÍTULO 10

Darío comprobó que se encontraba en la dirección que Iris había enviado. ¿Cómo que *más o menos se ha mudado*? Algo no encajaba, pero todo había sucedido con tanta celeridad, que apenas ahora empezaba a reaccionar. La forma de comportarse de su futura cuñada había sido extraña, un tanto enloquecida. Pero como apenas se estaban conociendo y ella ahora formaba parte de los Campos, no quiso negarse. Iris debía encontrar su espacio para reivindicarse dentro de una familia de hombres, y ellos estaban obligados moralmente a facilitarlo.

Y ahora iba a ver a Luz y a entregarle un trozo de pastel de zanahoria, cuya apetitosa crema amenazaba con derretirse si seguía más tiempo en la camioneta. Le apetecía verla, sí, pero siempre que estaban juntos sentía que ella quería algo más, una relación seria, y eso le turbaba. Imaginó que entregaba el pastel, se excusaba y se marchaba, todo en cuestión de minutos.

Inspiró con profundidad y, resignado, bajó de la camioneta. El edificio presumía de un diseño elegante y moderno, por lo que dedujo que los pisos costarían una fortuna. ¿Qué había dicho Luz, que se trataba de una fiesta? Ya ni lo recordaba.

Llamó al telefonillo y casi enseguida oyó la voz de Luz diciendo que abría la puerta. Subió por el ascensor mirando fijamente, sobre la palma de su mano, el trozo de pastel envuelto en papel de plata. *Yo tampoco sé lo que hago aquí*, se imaginó que decía el pastel. Me estoy volviendo loco, se dijo.

Ya en el rellano, buscó la puerta y descubrió que estaba medio abierta, y al acercarse oyó que se escapaba una música instrumental, ligera, que apaciguó su agitación. Como era un lugar desconocido, entró y, dubitativo, llamó a la puerta.

—¿Hola? ¿Luz?

—Pasa, pasa, Darío —Se oyó desde el fondo.

Recorrió el pasillo de tarima flotante, adornado con un surtido de plantas, y llegó al salón. Cuando vio a Luz su primer instinto fue guardar sus emociones a buen recaudo. Ella estaba de pie, justo al lado de la mesa, luciendo un sencillo vestido negro de tirantes, con los hombros al aire, y que remarcaba la cintura. Había algo diferente en ella, aunque dudó de si se trataba el cabello, que lo veía con más volumen. Volvió a reparar en el vestido que llegaba justo a un palmo de las rodillas. Ella sonreía y la música que sonaba de alguna parte la envolvía como un halo mágico.

Darío se encontraba tan impresionado que apenas se percató de que la mesa estaba puesto para dos personas, con unas lujosas copas de vino y una cubertería de primera categoría. Parpadeó varias veces. Luz se había convertido de repente en una visión esplendorosa, una flor recién nacida que iluminaba el mundo.

—¡Sorpresa! —dijo Luz, sonriendo con nerviosismo, esperando a que Darío reaccionara

porque estaba inmóvil como una estatua—. Ejem, había pensado que quizá te apetecía cenar conmigo… He preparado una fideuá con gambas y mejillones, algo ligero. Lo he preparado otras veces, bueno, no muchas, bueno, en realidad, una en verdad, hoy. ¿Te gusta el pescado? A mí me encanta, es muy nutritivo, ¿verdad? Hay tantas clases de pescado. Dorada, rosada, atún, lubina… increíble. Qué suerte tenemos de vivir cerca del mar.

Darío señaló el pastel que aún llevaba en la mano. Detrás de ella, por la ventana que daba a la playa, el sol, en pleno ocaso, dejaba en el cielo una estela anaranjada.

—Iris… pastel de zanahoria… ¿dónde? —dijo, hablando como si fuera un robot.

—¡Ah, sí, el pastel! —dijo, acercándose con apremio—. Hay que reservarlo para el postre.

El aroma a rosas del perfume llegó en una oleada que le acarició por dentro. Le entregó el pastel, ella se dirigió a la cocina y oyó abrir la puerta de la nevera. Al regresar, Darío seguía sin mover un solo músculo.

—¿Estás sola? ¿Y la fiesta? —le preguntó.

—¿Qué fiesta?

—Dijo Iris que te hacía falta el pastel para… —dijo, posando la mirada sobre sus hombros —. Bueno, olvídalo.

Luz temía que de un momento a otro iba a dar media vuelta y marcharse, dejándola más plantada que una orquídea.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

—¿Y Alma?

—Con mis padres en el centro comercial —le respondió camino hacia la cocina, donde cerró los ojos y respiró lentamente por un instante.

Regresó con la botella de vino y la sirvió en las copas, dejándolas medio llenas. Darío se fijó de nuevo en los hombros; deseaba bajar los tirantes y acariciarlos, besarlos, devorarlos.

Luz le entregó su copa y ambos bebieron un pequeño sorbo sin apartarse la mirada. Darío se dijo a sí mismo que no deseaba hacerle daño.

—Es muy bueno, ¿verdad? A mi padre le encanta.

—Escucha, Luz, creo que será mejor que me marche.

El primer impulso de ella fue aceptar la derrota, despedirse con cordialidad y ya se verían en el faro para la exposición. Sin embargo, para su sorpresa fue capaz de mirar hacia adentro y encontrar el carácter necesario para cambiar de idea. Quizá fue también la rabia mezclada con el deseo, ¿acaso importa? Lo importante fue que dejó asomar sus sentimientos.

—No te vayas, Darío. Quiero que esta noche sea nuestra.

—Lo hago por ti, luego sería muy incómodo para los dos. Yo no soy lo que necesitas.

—¿Y tú qué sabes lo que necesito? —dijo, dejando la copa sobre la mesa y dando un paso hacia él—. ¿Lo sabes mejor que yo?

Darío retrocedió. Nunca la había visto así, con una mirada peligrosa y excitante.

—Quería decir que… —dijo, sintiendo ya el cosquilleo de la lujuria—. Nos arrepentiremos.

—A lo mejor, sí, nos arrepentiremos, pero estoy cansada de pensarlo todo mil veces. En la vida a veces hay que dejarse llevar, pensar en el ahora y en las consecuencias después. Darío, mírame y dime que no me deseas, porque si no me deseas quiero que me lo digas y desde ese momento te dejaré tranquilo.

—Claro que te deseo, Luz.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Somos adultos, maldita sea. No soy de porcelana, soy de carne y hueso —dijo llevándose las manos a los pechos.

Darío dio un paso más hacia atrás y se topó con la pared. Tenía la cara de Luz a dos palmos,

y comprobó cómo sus ojos brillaban, oscuros y lujuriosos.

—Ya sé que eres de carne y hueso.

—Te deseo, Darío. Te deseo desde antes de que supiera lo que era desear a un hombre.

El ritmo de la música se hizo más vibrante y envolvió las palabras de Luz, otorgando un mayor énfasis. Poco a poco el muro impenetrable de Darío se iba resquebrajando, pero aún estaba en pie.

—Es muy halagador —dijo, finalmente.

—Siempre tan formal. ¿Nada más? —dijo, sintiendo que el corazón latía con fuerza.

—¿Qué más quieres que te diga?

—Quiero que me mires.

Empezó a bajarse un tirante con una sensualidad que jamás había visto en ninguna mujer. Fue deslizando el trocito de tela como si en realidad fuera bajando una barrera invisible. Lo hizo recreándose en el gesto y mirándole de refilón con una sonrisa traviesa. Cuando el tirante llegó al final de su camino, ella movió el hombro y su piel de seda se estiró en la clavícula. Nunca un gesto tan sencillo estuvo cargado de tanto erotismo. Darío notaba cómo le costaba respirar y el deseo se abría paso en su interior. Esta vez no lo acallaba, sino que lo liberaba.

Se encontró con la mirada de Luz, sus pupilas dilatadas, mientras que de nuevo la música, evocadora y penetrante, los acercaba aún más. Por fin, él la tomó de la cintura, la estrechó contra su pecho y se abalanzó sobre el hombro desnudo. Sintió el placer de una fantasía cumplida mientras lo recorría con la lengua, humedeciéndolo.

Luz cerró los ojos y posó una mano sobre su cabello, dejando que la saboreara el tiempo que quisiera. Con la otra mano ciñó su espalda, llenándose de él, y dejó escapar un sollozo discreto, el reflejo de la emoción que la embargaba.

Sintió cómo su boca lentamente ascendía por el cuello mientras notaba el cosquilleo de su barba rala. Abrió los ojos pero no vio nada, estaba como en una nube, sintiendo que su cuerpo temblaba. ¿Estoy soñando? ¿De verdad que me estoy liando con Darío?

Él la tomó de la mejilla con suma delicadeza y la miró con ternura.

—Eres tan bonita —dijo, y la besó en los labios—. Eres un ángel, un ser perfecto.

Luz tragó saliva. Gracias, susurró, sin saber muy bien qué decir. Jamás había oído esos sustantivos ni adjetivos refiriéndose a ella.

—Me alegro de que hayas venido —añadió.

—En el fondo quería verte, estar contigo, escucharte. Estoy muy a gusto. El beso en el puerto, no he dejado de recrearlo en mi mente.

—Yo también. Fue nuestro momento.

Darío acarició el brazo y la tomó de la mano. Cómo le gustaba sentir la suavidad de su piel.

—No vamos a hacer nada que tú no quieras. Sabes que te respeto.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Bésame.

Primero, a modo de aperitivo, la besó en los labios, fugazmente, después fue más allá. Inclinó la cabeza y la besó prolongando la húmeda sensación, impregnándose del sabor hasta que la notó en su interior, muy en el fondo, formando ya parte de él y avivando la llama de la pasión. Luz, colmada por la dulzura alucinante del beso, gimió y supo que recordaría ese momento el resto de su vida. Por fin, el beso perfecto.

Darío, ansioso, palpó su espalda y luego fue desabotonando el vestido a ciegas, mientras ella apoyaba la cabeza en su pecho, esperando con paciencia.

—Me muero de ganas, Luz —susurró.

Una vez que terminó, a cámara lenta la fue despojando del vestido hasta la cintura. El sujetador quedó expuesto, y se detuvo un instante para gozar de esa visión, como si fuera una obra de arte que debía ser admirada.

Mientras volvía a besarla, rozó el sujetador con la mano. Aún no deseaba precipitarse, apenas el baile estaba comenzando. A Luz nunca le habían tratado con la absoluta devoción con la que Darío la trataba. Como una joya exclusiva, un diamante. Le entusiasmaba sentir su mano ruda sobre ella, moldeando los hombros, el vientre, los brazos…

Darío se agachó y terminó de quitarle el vestido, que dejó sobre el sofá con cuidado. Luz suspiró, estremecida. Al volverse a incorporar, Darío fue examinando su cuerpo a la vez que ascendía con las manos deslizándose por el contorno. Se detuvo justo debajo del sujetador. Solo una fina tela separaba los pechos de sus dedos.

—¿Quieres que pare?

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

Entonces él se despojó de la camiseta, y su pecho cubierto de vello quedó a su merced. Ella se abrazó y pasó una mano sintiendo el cosquilleo. Cuántas veces había imaginado con esa acción llena de intimidad y amor, su mano conquistando el fornido torso, como si lamiera las heridas que produce la vida en las buenas personas.

El tórrido verano invitaba a desprenderse de la ropa. Solo sobrevivirían con la piel desnuda. Luz desabrochó el cinturón, bajó la cremallera y le ayudó a quitarse los vaqueros, no sin antes descalzarlo. Fue un interludio necesario que no apagó el deseo, sino que lo avivó aún más.

Se abrazaron y se volvieron a besar, deslizándose entre los compases de la melodía que parecía brotar de todas partes. Se entregaron más y, ahora casi desnudos, con el instinto básico a flor de piel, el beso supo más intenso. Darío, con la erección en el punto álgido, agarró una nalga y apretó derrochando una lascivia absoluta.

En territorio conocido Darío la hubiese llevado sin dudarlo a la cama. Sin embargo, desconocía la configuración de las habitaciones del piso y, como no había tiempo para *tours*, la agarró por la espalda con la idea de levantarla y aterrizarla en el sofá.

—Vamos, no aguanto más —dijo Darío.

—Yo tampoco —dijo ella con un hilo de voz.

El sofá era precioso, de dos plazas, de cuero y con cojines a juego. A un lado había una mesita con un jarrón de cristal donde se asomaba un bello ramo de rosas. La mesa, puesta, con velas, seguía esperando a los comensales, pero aún tardarían en llegar.

—No te preocupes, estoy tomando la píldora —Se le ocurrió decir para que Darío se despreocupara. Al oírlo, se le abrió el cielo porque el placer de estar dentro de ella sería máximo.

La puso sobre el sofá como si fuera un príncipe dejando a una princesa en el lecho nupcial, y él se echó encima con cuidado.

—Quiero cuidar de ti —susurró.

—Sé que lo harás, Darío.

Con la mano abierta sobre la cadera, la volvió a besar, insaciable, y Luz se apoyó en su mejilla porque no deseaba que parase. Movieron la cabeza de un lado a otro para satisfacer todos los ángulos posibles del beso. Querían colmarse de cualquier resquicio posible, como si les fuera la vida en ello.

La mano, fuerte, viril, cálida, de Darío comenzó su viaje al placer, encendiendo la pasión allá por donde se deslizaba. Ascendió por las costillas con una lentitud exasperante, se desvió hacia la espalda y tocó el broche de corchetes del sujetador. Ella se giró un poco para facilitar la apertura. Darío bajó el tirante hasta que un pecho quedó liberado y después el otro. Ella,

avergonzada por un ataque de pudor, se rio para sí misma sin poder evitarlo. Sabía que era una estupidez.

Cuando Darío se adueñó sus pechos, ella se fijó en su expresión y vio a un hombre que la deseaba, después apartó la mirada esperando que él empezara. Y no se hizo de rogar, la lengua fue describiendo círculos alrededor de los pezones, duros y erectos. El pulso de Luz se disparó a mil por hora.

Sin desprenderse de la gloriosa sensación de acariciar los pechos, volvió a por más del combustible que alimenta el delirio: el beso, profundo, ardiente, adictivo. Intercambiaron una mirada que brillaba de fuego y que intensificaba el vínculo emocional entre ambos. Darío y Luz. Afuera, el mar, vibrante, se despedía del sol para dejar paso a la luna.

—Qué hermosa eres —susurró.

Las manos de ella acariciaron su fornida espalda de arriba a abajo, como si estableciera un diálogo secreto con su piel bronceada. Notaba los músculos que forjaban al hombre que estaba llamado a hacerle salvajemente el amor aquella noche. Un hombre que era el héroe de tantas historias que había leído y que por fin se hacía realidad.

El cuero chirrió cuando Darío descendió para humedecer su vientre con la boca. Abrumada por la vertiginosa sensación, se abrió de piernas casi sin pensarlo para que la despojara de las bragas. Estaba a punto de volverse loca si él no la penetraba ya, en ese mismo instante.

Es tan frágil que no quiero hacerlo daño, pensó Darío.

Quiero que me destroce, pensó Luz.

La música, envolvente y seductora, aislaba de la aspereza del mundo exterior e incitaba a más; a más suspiros, locura y aventura. Darío encontró una mina justo detrás de la rodilla, en la corva, un rincón cargado de sensualidad, que hizo estremecer a Luz cuando la acarició con la lengua.

Sintiendo que estaba a punto de llegar al límite, él retrocedió con pausa y volvió a la fuente de placer que eran sus pechos. Se metió uno en la boca y notó el sabor inconfundible de la lujuria. Después se encargó del otro pecho mientras acariciaba el primero. Quería dejar su huella en ellos. Ella arqueó la espalda y dejó escapar un largo gemido.

Casi sin respiración, Darío, ya desesperado, se propuso deshacerse de la última barrera. Con ambas manos, quitó las bragas con cierta brusquedad. Las dejó caer al suelo sin mirar. Ya no estaba para delicadezas. La visión de su sexo le dejó tan golpeado por la lascivia, que se desprendió de los calzoncillos sin apartar la mirada.

Luz, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, se abrió más de piernas. Mordió uno de los cojines. Anhelaba tenerlo dentro, que fuera suyo. Si no la penetraba ya, sería capaz de asesinarlo.

—Qué ganas te tengo, Luz —le dijo, con la respiración entrecortada.

Se inclinó sobre ella y dirigió su sexo hacia el suyo. Luz se escurrió para que con sus embestidas rozara el clítoris. Con la primera embestida dejó escapar un prolongado gemido que llenó el salón y quizá todo el edificio. Le sentía muy adentro y deseó que esa sensación no acabara jamás. Su cadera se agitaba con frenesí con una velocidad constante y aniquiladora que la mataba lentamente.

Los cuerpos impulsaron el ritmo salvaje que los arrastraría inexorablemente hasta la erupción del orgasmo, el cual notaban formándose muy adentro. Lo deseaban con impaciencia, pero al mismo tiempo deseaban también prolongar la excitación de pertenecerse el uno al otro. Y entonces, juntos, se adentraron en la noche.

~

Cuando la calma volvió a sus cuerpos, Darío se sumió en un profundo silencio. El rostro de Luz descansaba sobre su pecho y él acariciaba su brazo con cierta distracción. El calor nocturno permitía que ambos se sintieran a gusto con su desnudez. El sexo está muy bien, pensó ella, pero no hay nada como estar así, abrazados, como si fuese lo más normal. No, aún no quiero volver al mundo real. Déjame, no digas nada, Darío, deja que siga con mi fantasía de que nos esperan muchos capítulos como este, de que esto es solo el prólogo de lo que nos espera.

Sin embargo, el hechizo que ella rogaba, se rompió, aunque la desilusión le duró un instante.

—¿Estás bien, necesitas algo? —preguntó Darío.

Luz alzó la cabeza para mirarle. Era él, no había sido un sueño. Habían hecho el amor por fin. La culminación de tantos años de suspiros y anhelos. Sonrió de absoluta felicidad.

—Estoy de maravilla, ¿y tú?

—Muy bien. ¿Qué hora es?

—No lo sé —dijo Luz.

Ni me importa porque estoy contigo, pensó.

—Será mejor que nos vistamos —dijo Darío, levantándose—. ¿O cenamos desnudos?

—No me importaría —dijo Luz, entre risas.

—Ya veo que estás a favor del nudismo —Sonrió—. ¿También en la playa?

—Por supuesto, y en la biblioteca mientras despacho una salida de libros religiosos.

Fueron recogiendo las prendas desperdigadas, mientras seguían con la broma de mostrarse en público como Dios les trajo al mundo. Al vestirse, Luz reprimió varias veces una pregunta que le rondaba por la cabeza hasta que ya no pudo más. Si no la formulaba, se arrepentiría cuando estuviera a solas.

—¿Volveremos a vernos… de esta manera?

Darío se sentó en el sofá y se puso el pantalón corto.

—¿Te refieres en un piso alquilado? Nos saldrá muy caro.

—Muy gracioso.

Le tendió una mano y ella la aceptó, remolona aunque con el corazón en vilo. Hizo que se sentara sobre su regazo. Luz pensó que presionar había sido un error, pero a veces es imposible ser racional.

—Me gustaría que nos viéramos así, como estamos ahora —le dijo, mirándola para que supiera lo honesto de sus palabras.

—Yo también —dijo, refugiando la cabeza en su pecho aún desnudo.

La besó en la frente y la rodeó con un brazo. Cuando una mujer como ella se arriesga, muestra sus verdaderos sentimientos, ¿qué hombre puede negarse?

—La próxima vez pídeme lo que quieras —dijo Luz—, que te lo daré. Estaré menos nerviosa.

—A mí me ha encantado. Nunca olvidaré este momento.

—Yo tampoco —dijo, y no pudo callarse—. Aunque el sofá es horrible e incómodo. El cuero se me pegaba en la piel.

Darío se rió. A él le había pasado lo mismo.

—Ahora me tengo que marchar.

Luz se quedó muerta.

—¿Cómo?

—Me están esperando en el faro.

—Pero… ¿Y la cena? —preguntó, señalando la mesa.

—Yo solo vine a entregar el pastel. ¿Recuerdas? Es lo que me pidió Iris. ¿Me lo pones para llevar?

—Pero… —dijo, no dando crédito a lo que escuchaba.

Y entonces se fijó en la sonrisa pícara que esbozaba antes de que el dichoso farero prorrumpiera en una carcajada.

—¡Vaya cara has puesto! —le dijo a Luz.

—Idiota, por un momento me lo he creído —dijo, sujetándole por la barbilla.

—Fue una trampa en toda regla.

—No te enfades con Iris, que solo quería ayudar.

—Lo sé, lo sé. Se lo tengo que agradecer —dijo, evocando el apasionado momento que acababa de vivir con Luz.

Una hora después Darío regresaba al faro conduciendo la camioneta. Notaba el estómago satisfecho por una cena deliciosa. El lenguado, ligero y jugoso; el vino blanco, afrutado y suave; y el postre, inolvidable. Y Luz, qué decir, radiante como ella sola, con un vestido elegante y sencillo. Aunque se moría de ganas por explorar de nuevo su cuerpo. Qué risa cuando se tragó que se marchaba así, sin más.

Pero, ¿qué me pasa? Se sentía extraño embargado por un sentimiento de plenitud.

Aparcó la camioneta justo al lado del jeep de Enzo. El faro proyectaba su luz con la cadencia habitual. A veces no podía contenerse y comprobar que la señal era la correcta: un destello cada diez segundos. En cierta forma eran como los latidos de un corazón. Si el *ritmo* no era el adecuado significaba que algo fallaba. Por fortuna, el faro latía como estaba previsto. Estaba en buena forma.

Justo cuando subía la escalinata, Arturo e Iris se marchaban. Darío no pudo evitar una sonrisa de oreja a oreja, que era una mezcla de vergüenza y agradecimiento.

—Ah, ¿ya os vais?

—Acaba de llegar Enzo —dijo Arturo, también sonriendo, al igual que Iris.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó ella—. ¿Triunfó el pastel?

—Sí, estaba muy bueno —dijo, guardando sus manos en los bolsillos y estrechando los brazos.

—Llegas muy tarde —insinuó Arturo—. ¿Repetiste?

—No hizo falta. Acabamos muy saciados.

Arturo le dio unas palmaditas en el hombro, como diciendo buen trabajo.

—Iris, muchas gracias —dijo Darío, sin poder borrar la sonrisa.

—De nada, cuñado —dijo, guiñando un ojo.

Cuando entró en casa, se encontró a Enzo cenando una ensalada y viendo la televisión junto al abuelo y Ron, que estaba hecho un ovillo a sus pies. Los saludó y después se fue al dormitorio. Había sido un día cargado de emociones y necesitaba soledad para asimilarlas.

Ahora tienes una relación, Darío. Bueno, el inicio de una. Lo habías evitado porque no querías hacerle daño ni a ella ni a nadie. Te dijiste que nunca pasaría pero al final pudo el corazón. Y Luz no es una mujer para una noche, un polvo rápido y ya está. Ella es mucho más, una compañera, una amiga, representa una forma de vida, y eso implica un compromiso.

Justo de lo que siempre huiste.

Por eso es mejor que tengamos una relación intensa pero fugaz. Ella querrá casarse, quizá tener otro hijo. Tienes que olvidarte de cómo te mira, con qué ilusión. Luz, te daré hasta donde yo pueda. No sé si será suficiente para ti, pero tendrás que conformarte.

Se echó sobre la cama y consultó el móvil para distraerse. Se paseó por las redes sociales para evadir la mente. ¿Habría ella cambiado su estado en Facebook? Decidió que no quería saberlo.

De pronto, entraron en su mente las imágenes de ella desnuda y su cuerpo tembló de deseo. Pensó que si pudiera volvería a ese apartamento o a la casa de sus padres, derribaría la puerta y la empotraría. Después se quedarían abrazados y se sentiría inundado de felicidad, como esa misma noche. Le envió un mensaje a su móvil:

Buenas noches.

En la pantalla apareció la doble verificación. Enseguida vio debajo de su nombre: “escribiendo…”. Amplió la foto del perfil: eran Alma y ella, felices, y de fondo un cielo azul.

De repente la respuesta salió en el chat con un sonido lánguido:

Buenas noches. :)

CAPÍTULO 11

Después de despachar los asuntos primordiales, y decidió que era necesario acondicionar el viejo almacén donde se celebraría la exposición sobre las fareras. Desecharía muebles y trastos viejos, pasaría la escoba aquí y allá, y daría una capa de pintura a las paredes. Manos a la obra.

Todo había surgido de una idea de Luz y evocó el centelleo en sus ojos cada vez que surgía el tema en una conversación. Resultaba una bonita manera de expandir la cultura del faro y un homenaje a las mujeres que abrieron camino. Sin embargo, ¿acudiría mucha gente a ver fotografías y leer textos? En verano y las playas, como siempre, acaparan toda la atención. Aunque solo apareciera una sola persona, para él ya habría merecido la pena. Solo deseaba que Luz no se llevara ninguna desilusión, puesto que ella había puesto mucho empeño en que el proyecto cristalizara.

Justo en ese instante recordó que había quedado con Rosa y Elena para hablar al día siguiente de Diana, la empleada misteriosa. Llamó con el móvil a la primera.

—¿Todo sigue en pie, verdad? —le preguntó.

—Sí, Darío. Elena me ha dicho que también irá.

—Nos vemos en la cafetería Alameda a las ocho.

Darío se sobresaltó al ver que entraba Juan en el viejo almacén, seguido de Ron. Colgó con cierta brusquedad.

—¿Planes para esta tarde? —preguntó el abuelo, sonriendo.

—Sí, bueno, no.

Darío, que se había quitado el polo para mayor comodidad, se apartó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿En qué quedamos? —preguntó, extrañado.

Pensó que más valía ser sincero en el caso de que ellas, por casualidad, se lo contaran.

—He quedado mañana con Rosa y Elena —dijo, esforzándose por sonar natural.

—¿Por algún motivo especial?

—Para ver qué tal estamos por lo del incendio. Están preocupadas.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo su abuelo, y Darío notó la espalda tensa—. ¿Ya hay fecha para la exposición?

Ron, invadido por la curiosidad, empezó a olisquear los rincones con ansia.

—Sí —dijo, con alivio—, la semana que viene ya empiezan a montarla y la otra se inaugura.

—Espléndido, qué buena noticia, hijo. Enhorabuena.

—Todo el mérito es para Luz. Ha sido ella quien tuvo la idea.

Juan, apoyándose en el bastón, avanzó hasta el centro y estudió el almacén como si ya pudiera contemplar la exposición. La abundante luz que entraba por las ventanas resaltaría las

fotografías.

—Es una mujer con muchos recursos. ¿Sigue soltera?

Darío, que había cogido una botella de agua fresca, tomó un largo sorbo para refrescar la garganta, seca como una alpargata.

—Sí, ¿por qué?

Juan conocía a su nieto, un hombre amable, honesto y de buen corazón, pero testarudo como una mula, así que prefirió ser sutil, dejar un comentario como el que no quiere la cosa.

—Por nada, simple curiosidad. Una mujer como ella seguro que tendrá algún pretendiente. Ojalá se case con un buen hombre que cuide también de la niña.

—Sí, yo también —dijo, pensando que era demasiado pronto para oficializar la relación. Necesitaba un poco más de tiempo, acostumbrarse y ya saldría el tema de una manera natural.

—Arturo ha tenido suerte. Te puedo asegurar que jamás creí que sería el primero en casarse. Cuando crees que sabes algo de la vida, la vida se encarga de demostrar lo contrario. ¡Pardiez! —dijo, golpeando el suelo con el bastón.

—A todos nos pilló por sorpresa.

—Iris es una mujer muy apañada. Ha tenido mucha suerte. Tengo ganas de verlos ya casados. ¿Te dije que vivirán conmigo en la casa cuando la recuperemos en septiembre?

—Ah, supuse que seguirían viviendo en su piso —dijo, cogiendo una polvorienta mesa de madera y llevándola a la camioneta.

—Es una caja de zapatos —dijo, con desdén—. La casa es lo suficiente grande para todos. Ellos tendrán su intimidad y yo la mía. Además, me gusta que haya ruido.

Ron miró al abuelo y, como entendió que aún le quedaba un buen rato de charla, salió al exterior a ladrar a una gaviota que pasaba por ahí.

—¿Sabes, Darío? Casarme con tu abuela fue uno de los grandes logros de mi vida. Si no lo hubiera hecho, sería una persona totalmente diferente. Sinceramente, creo que peor. Un matrimonio no es fácil, pero a la larga te enriquece.

—Lo sé, abuelo.

—No se puede esperar toda la vida, si no se pasará el arroz.

Darío frunció el ceño.

—¿Hay algo que me quieras decir? —le preguntó a su abuelo.

De repente, cuando iba a responderle, apareció Yarina por la puerta con una expresión de cierta urgencia.

—Juan, le llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—El *segurro*.

Juan y su nieto se miraron, expectantes.

—¿Qué quieren?

—No me lo han dicho. Solo *quierren* hablar contigo.

Con el corazón a mil revoluciones, Juan salió con apremio del viejo almacén y se dirigió al salón. ¿El seguro? ¿Buenas o malas noticias? ¿Habrá algún problema? ¿Querrán más información o han descubierto algo? Han tardado mucho en llamarme, no sé si es una buena o mala señal.

Juan, de pie, tragó saliva, levantó el auricular y dijo ¿diga?

—Buenos días, Juan. Soy Rafael Díez, del seguro. ¿Cómo estamos?

—Mejor, imposible —dijo, con ironía.

Rafael se lo tomó con buen humor.

—Ah, eso es bueno. Mire, Rafael, acabamos de recibir el informe del perito y lo hemos leído atentamente.

—¿Qué dice?

—Que el incendio fue provocado por un cortocircuito en el cuadro de mandos. Al parecer por una subida de la tensión eléctrica.

—Entonces…

—No se preocupe, significa que vamos a indemnizar.

Juan suspiró aliviado y se sentó, mucho más calmado. Rafael le informó de la cuantía y el tiempo que llevaría transferirlo a su cuenta bancaria, por supuesto una vez que firmara los documentos. Le pidió que acordaran reunirse lo antes posible para formalizar la resolución, a lo que Juan accedió a pasarse por su despacho.

Cuando colgó, volvió a suspirar y sintió que se quitaba de encima un peso enorme. Por sus venas corrió la satisfacción por el feliz desenlace. Se permitió el lujo de quedarse sentado oyendo el sonido de las gaviotas y el rumor de las olas.

Yarina y Darío, incapaces de aguantar el suspense, aparecieron para preguntar qué había dicho el seguro. Cuando se los contó, comprobar su alegría fue emocionante de nuevo. Se produjeron abrazos e incluso a Yarina se le escapó una lagrimita. Después de tres años trabajando para Juan, a ella también le había afectado la desgracia del cine.

—El Paraíso volverá más fuerte que nunca —dijo Darío.

—Por fin, la buena suerte está de nuestro lado —dijo Juan.

—¿Qué más te han dicho? —preguntó su nieto.

—Ya sabes, que tengo que pasarme y firmar si quiero recibir la indemnización.

—Si quieres, te llevo esta misma tarde.

—Cuanto antes, *mejorr* —dijo Yarina.

Juan guardó silencio por un instante.

—Mmmm… Estaba pensando una cosa —dijo, después de meditar lo que deseaba hacer—. Voy a coger yo el coche, voy a conducir.

—¿Está seguro? —preguntó Yarina—. No nos dé otro susto.

Juan dio un golpe en el suelo con el bastón.

—¡Demonios, estoy perfectamente! —exclamó, sacando su genio—. ¡No se me ha olvidado conducir!

—Como quieras, abuelo.

Juan, ya calmado aunque con el semblante serio, miró su reloj y se quedó pensativo.

—Pero antes voy a pasarme por el cementerio —dijo, poniéndose en pie—, aún estará abierto. Aunque hace un calor tremendo tengo que ir. Ah, por cierto, hay que avisar a Rosa y Elena, me pidieron que lo hiciera en cuanto supiéramos algo.

—No te preocupes, abuelo. Mañana se lo diré.

Cuando se marchó Juan, Darío escribió un mensaje en el chat de la familia. «Ha llamado el seguro y dice que va a pagar». Enseguida, Iris y sus hermanos respondieron con emoticonos de alegría. Todos pensaron que, a su debido tiempo, el Paraíso volvería a abrir sus puertas.

~

Al llegar al cementerio de Puerta del Mar, Juan aparcó su viejo Mercedes en la explanada, apagó el motor y agitó el puño, victorioso. Había superado la prueba de su primer viaje a solas desde el ictus. No, no era un viejo acabado, sino un hombre experimentado que recuperaba su autonomía

después de un grave traspié. Habían sido unos quince minutos en coche, un viaje sencillo, como tantos otros que había llevado a cabo a lo largo de su vida por la pequeña ciudad costera. Conducción sosegada, con ambas manos en el volante, como si acabara de sacarse el carné. Nunca un trayecto tan corto en coche había significado tanto para Juan. Ochenta años y aún sigo dando guerra, dijo, sonriendo para sí mismo.

Apoyándose en el bastón, bajó por las escaleras hacia el nicho de su difunta esposa. Recordó que la última vez que visitó el cementerio fue en silla de ruedas. El calor apretaba, por eso Juan llevaba un sombrero blanco de fieltro, una camisa holgada de mangas cortas y pantalones de lino. Saludó con la mano al sepulturero, quien en lo alto de la escalera tapiaba un nicho vacío con yeso. Se cruzó con una mujer y, al parecer, su hija, pues la llevaba de la mano. Llevaban un discreto ramo de flores. Les saludó con un buenos días a lo que la madre respondió con cortesía.

Juan se quitó el sombrero, se santiguó y saludó posando una cálida mano en las lápidas de su hijo y nuera. Después se detuvo en la de Sofía. Necesitaba hablar con ella, ya que un dilema le carcomía por dentro.

«Amor mío, tengo unas estupendas noticias. El seguro abonará la indemnización. Se han tomado su tiempo los muy bribones, pero han comprobado que el incendio fue por un accidente eléctrico. Esta tarde firmo los papeles. Los Campos estamos libres de toda sospecha, mal que les pese a algunos.

El Paraíso tiene la oportunidad de abrir de nuevo sus puertas. Qué ganas tengo de oír otra vez el ronroneo del proyector de 35 mm. La esplendorosa luz proyectándose sobre la pantalla. Las imágenes, la voz de los actores, la música. En fin, pura magia, que te voy a contar que tú no sepas. Lo viviste conmigo. Seguro que estarías tan ilusionado como yo.

Pero algo no está bien. Me cuesta explicarlo con palabras. Algo dentro de mí, como una espinita, me dice que lo piense bien antes de empezar las obras. Dios sabe que lo deseo con toda mi alma, pero ¿es una buena idea?

¿Te acuerdas cuando las grandes decisiones las tomábamos después de almorzar? Los dos sentados en el salón tomando tú un menta poleo y yo un café solo. Era nuestro pequeño ritual. Es que no veo claro abrir el Paraíso. ¿Por qué?, te preguntarás. Muy simple, estoy afrontando la última recta de esta maravillosa vida, ya no tengo las fuerzas de antes pero eso no es lo importante. Pienso que cuando yo no esté, cuando me reúna contigo, los chicos se sentirán obligados a continuar con la gestión del cine.

Los conozco y tienen un corazón de oro. Aunque yo les diga que lo vendan o lo cierren, no lo harán, estoy seguro. Ellos han de seguir con sus vidas, ¿a que sí? Darío y Enzo tienen sus vidas profesionales encarriladas. Solo queda Arturo y no quiero que el cine le cierre otras posibilidades.

Además, los tiempos cambian, la gente joven no acude tanto al cine, lo tienen todo en casa al alcance de la mano. Sí, es terrible, lo sé, pero es lo que hay. Detestaría que Arturo sufriera lo que yo he sufrido por sacar adelante un negocio que da muchas alegrías, pero escasos beneficios.

¿A qué tengo razón? Creo que me entiendes, lo que digo no es una locura, pero sobre todo pienso en ellos. Los hijos no han de cargar con la herencia familiar, han de ser libres de elegir. Yo no la tuve, mi padre me obligó y aunque resultó ser un oficio maravilloso, no quiero que ellos pasen por lo mismo. Los quiero demasiado.

Bueno, amor mío, menudo rollo te he soltado. Vendré otro día para contarte más cosas. Cuida de nosotros desde allá arriba».

Al terminar, se santiguó, se puso el sombrero y se despidió posando la mano en las lápidas de su hijo y nuera. Se encaminó hacia el coche pensando cuándo sería el momento idóneo para

hablar con la familia.

~

A la hora convenida, a las ocho de la tarde en punto, Darío entró en la cafetería Alameda, situada junto al parque central, en el corazón de la ciudad. Lo habían remodelado hacía un par de años. Cerraron en temporada baja creando una cierta expectación y cuando volvieron a abrir se acercaron clientes asiduos y curiosos a cotillear el nuevo diseño. El aire anticuado con mesas de madera y rectangulares, paredes tapizadas de un verde apagado y una barra con taburetes pesados y viejos, había dado paso a mesitas redondas, de piedra, paredes blancas y unos taburetes ligeros y sofisticados.

Como es lógico, al reabrir subieron los precios, pero la gente siguió acudiendo a tomarse un café, un bollo o lo que fuese. Les gustaba disfrutar de un lugar con solera, de esos de toda la vida. Darío se sentó dentro, lejos de la barra. En la terraza, con vistas a la calle y al parque, las mesas estaban llenas de turistas y personas de mediana edad. Una mezcla interesante, pensó.

En el parque, sus hermanos y él habían correteado cuando eran pequeños, alrededor de la enorme fuente que evocaba al mar, jugando en los caminos de tierra a la sombra de los robles, y sentándose en los bancos de azulejos a tomar la merienda. Fue allí la primera vez que se subió a un monopatín, regalo de sus padres por su séptimo u octavo cumpleaños. Nunca se había sentido tan mayor como cuando se subió a él, se impulsó con el pie y se alejó a toda velocidad, siendo objeto de la envidia de sus hermanos.

Rosa y Elena se retrasaban, pero no le importó. Pidió un botellín de agua mineral y consultó el móvil por si alguna de las dos le había escrito con alguna novedad. Como no era así, albergó la certeza de que acudirían.

Desde que las deudas del Paraíso habían provocado que prescindieran de sus servicios, no había sabido mucho de ellas y se lo reprochó a sí mismo. Aunque no era una persona de salir a cafeterías, supo que no era una excusa, ya que podía haberlas llamado por teléfono para preguntar cómo estaban. Ahora que las necesitaba, quedaba para tomar algo, y sintió una punzada de remordimiento.

Siempre había pensado que Rosa, a pesar de su juventud, era una currante como pocas. Por las mañanas trabajaba en una lavandería y por las tardes lo había hecho en el cine durante muchos años. A diario entre ambos empleos echaba sus buenas doce horas de jornada. Se había comprado junto a su novio la casa de sus sueños en la sierra y las letras de la hipoteca eran altas. ¿Habría encontrado un nuevo trabajo por las tardes? Apostaba a que sí.

Elena, mucho mayor que Rosa, era otra historia. Su marido era conductor de autobús y no tenían hijos, por lo que con la nómina de él les bastaba para vivir con holgura, incluso se permitían viajar al extranjero una vez al año. Elena vivía cerca del Paraíso y llegaba andando, mientras que Rosa dejaba su coche de segunda mano aparcado en un solar, a unos quince minutos del cine.

Tanto la una como la otra habían trabajado veinte años en el Paraíso y era difícil imaginarse un futuro sin ellas en la taquilla, en el bar o en la sala de proyección. Una vez al año, al inicio del verano, su abuelo las invitaba junto a sus parejas a la casa familiar para disfrutar de un almuerzo. Cocinaba una paella y todos pasaban una velada en familia. Fue una tradición que empezó su abuela y que su abuelo mantuvo después de que ella no estuviese. En cierta forma, el Paraíso había sido un hogar para Rosa y Elena.

Primero apareció Rosa. Se besaron en la mejilla y se sentó frente a Darío. Ella seguía fiel a su

estética juvenil: el cabello teñido de azabache y recogido en un moño desarreglado. Además, llevaba uñas postizas de diferentes colores.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Darío—. ¿Trabajas por las tardes?

—Encontré un curro de media jornada en una gasolinera. Resulta que un primo mío es amigo del encargado y me hizo una entrevista y me pillaron.

—¿Dónde?

—A unos diez minutos hacia Málaga. A veces es un rollo porque tengo mucha faena. Estoy sola casi todo el tiempo. Ahora tengo vacaciones, dos semanitas —dijo, guiñando un ojo.

Darío admiraba la capacidad de Rosa de mantener siempre una energía positiva. Discretamente, miró el reloj. Elena se retrasaba, lo que no era del todo extraño. El camarero llegó y Rosa le pidió una clara. Como ansiaba sacar el tema, decidió que empezaría sin Elena.

—El seguro nos ha dicho que va a pagar la indemnización y mi abuelo firmó ayer los papeles.

—Genial, ¿cómo está Juan?

—Con una salud de hierro. Nos dio un susto cuando ocurrió lo del incendio y sigue usando el bastón, pero ayer se lanzó a conducir él solo.

—Cuánto me alegro.

—Por cierto, mi abuelo os pagará lo que se debe de los despidos. Gracias por ser pacientes.

Le hubiera gustado decirle que serían contratadas de nuevo, pero esa tarea correspondía a su abuelo. Además, para ese momento aún habría que esperar.

Elena llegó deshaciéndose en disculpas por el retraso y repartiendo besos afectuosos. Una mujer que nunca perdía la compostura. Llevaba un ligero vestido de lunares con tirantes que resaltaba el bronceado de su maduro rostro. A Darío le gustaba la calma que siempre transmitía en los momentos de más trabajo y el amor al cine, tan grande como el de su abuelo.

—Buff, qué calor hace, vengo achicharrada —dijo, atusándose el cabello—. ¿Qué me he perdido?

El camarero trajo la bebida de Rosa, y Elena aprovechó para pedirse un tinto de verano. Se moría de sed. El sol no se pondría hasta casi dos horas más tarde. Darío le puso al corriente con todo lujo de detalles.

—Noticias maravillosas —dijo Elena, sonriendo—. Ya era hora después de tantos problemas.

—¿Encontraste trabajo? —preguntó Darío.

—No, de momento disfruto del verano. Me gusta ir a la playa al atardecer, me relaja mucho, aunque echo de menos mis tardes en el Paraíso, ¿eh? —dijo, levantando el dedo.

Como esperaba Darío, la conversación fue languideciendo y fue entonces cuando pensó que había llegado el momento que tanto anhelaba. El verdadero motivo de reunirse con ellas.

—El otro día mi hermano me preguntó acerca de una tal Diana —dijo, soltando una mentirijilla, ya que no deseaba comprometer a su abuelo—. ¿Os acordáis de ella?

Rosa tamborileó sobre la mesa mientras perdía la mirada en un punto indeterminado.

—Pero, chiquilla, —dijo Elena, dándole un manotazo cariñoso—¿Cómo no te vas a acordar de Diana?

—¡Ah, Diana! —dijo, dándose en la frente—. Claro, joder. Qué tonta.

—Trabajó… —dijo Darío—, ¿hace cuánto… unos quince años?

Elena asintió con la cabeza. El camarero plantó el tinto de verano en la mesa y enseguida ella tomó un largo sorbo.

—Más o menos.

—Por curiosidad, ¿sabéis algo de ella?

—El otro día vi a su hijo, ¿cómo se llama? Creo que Isma, un chico muy guapo, la verdad.

Darío se dijo que no podía olvidar ese nombre.

—¿Por dónde lo viste?

Elena tomó otro sorbo y adoptó una expresión de quien se esfuerza por recordar.

—Por el barrio de la antigua estación de autobuses, al lado de la óptica, pero a Diana hace tiempo que no la veo.

—Lo último que supe de ella es que trabajaba en un supermercado, que la habían ascendido a supervisora.

—¿Hace mucho?

—Pues un par de años, más o menos —dijo Rosa, y después se acabó lo que quedaba de la clara.

—Yo no tengo mucho recuerdo de ella —dijo Darío, mirando a una y la otra.

—A mí no me cayó muy bien —dijo Elena, como siempre, sin pelos en la lengua.

Darío se inclinó sobre la mesa, interesado.

—¿Por qué?

—Se escaqueaba mucho.

—¡Es verdad! —exclamó Rosa, como si le hubiera entrado un recuerdo de repente—. A veces no venía, y tu abuelo decía que estaba de baja, y si preguntábamos más se ponía borde.

—¿Os contó cómo la encontró?

Rosa miró a Elena, parecía que su memoria estaba en mejor forma.

—Ella y tu abuela se conocían de algo, pero no recuerdo qué.

—¿Mi abuela?

—Es lo que dijo tu abuelo, aunque yo no se lo pregunté. Ahora que lo pienso, es probable que tu abuela y su madre fueron amigas o conocidas —dijo, Elena y miró con un centelleo de desconfianza—. Darío, ¿a qué viene este interés?

Se echó para atrás mostrando las palmas de la mano.

—Nada, nada, solo pura curiosidad. Nos acordamos y a mi abuelo tampoco le gusta hablar mucho sobre ella. ¿Por qué será?

—En todas las empresas hay ovejas negras —dijo Rosa—, gente que se lo contrata esperando que sea una determinada manera y después resulta que no lo son, por el motivo que sea. No les gusta el trabajo o no se sienten cómodas, vete a tu saber.

Se le ocurrió averiguar si aún conservaban el número de teléfono de Diana, sin embargo, enseguida le pareció excesivo. Eso hubiera supuesto disparar todas las alarmas. Una lástima porque eso hubiera facilitado las cosas.

La conversación giró hacia otros temas. Rosa y Elena también estaban invitadas a la boda de Arturo e Iris, así que preguntaron por algunos detalles. Darío contó que ella se había integrado con los Campos a la perfección. Era la cuñada perfecta.

—Y tú, ¿cuándo te vas a casar? —le preguntó Rosa, apoyando la barbilla sobre la mano—. Se te va a pasar el arroz.

—Y dale —respondió, resignado.

—Darío, más vale solo que mal acompañado, ¿a que sí? —dijo Elena, asistiendo con la cabeza.

—Lo único que digo es que de una boda sale otra —apuntó Rosa, sonriendo.

Al cabo de unos minutos, Darío abonó las consumiciones y se despidió de ellas con sumo cariño. Mientras se dirigía a su camioneta se cruzó con un grupo de turistas, cuyas voces parecían germanas. El encuentro con Rosa y Elena había resultado provechoso y estaba deseando

compartir los detalles con sus hermanos. Sin embargo, no veía claro si resolverían el misterio de por qué su abuelo se empeñaba en pasarle un dinero todos los meses.

CAPÍTULO 12

Durante todo el día la intriga en Darío había estado presente. A primera hora de la mañana, antes de ponerse a trabajar, su abuelo le había comunicado que necesitaba hablar con toda la familia. Y era urgente. Ni siquiera se molestó en preguntar el motivo de la reunión porque la conversación había sido breve, sin pie a pedir explicaciones. Su abuelo le informó, le dijo que él mismo se encargaría de avisar a Arturo y Enzo, y enseguida se marchó con Ron a dar su paseo matutino.

Darío no pudo evitar que su mente elucubrara sobre el motivo de la reunión. Intuía que estaba relacionado con el Paraíso. Quizá se ha enterado de que pregunté a Rosa y Elena por Diana, y se ha decidido a aclarar la relación entre ellos. Aunque me parece demasiado pronto; fue hace solo un par de días cuando hablé con ellas. Ni siquiera había tenido la oportunidad de compartir con sus hermanos la información obtenida en la cafetería.

Después pensó que su abuelo anunciará que en realidad la deuda del cine era más abultada de lo que pensaban. Ahora resultará que había pedido un préstamo a otro banco. No, eso no, por favor.

Las especulaciones consumieron su tiempo y energía de una manera tan desmesurada, que llegó un momento en que se enfadó consigo mismo por distraerse de las tareas del faro. Ya había pintado las paredes del viejo almacén, comprobado que el suministro eléctrico funcionaba y desecho de la chatarra. Guardó las facturas de la pintura en el ordenador, ya que el Ayuntamiento se encargaría de abonarlas. Anhelaba enseñar a Luz el nuevo aspecto, fresco, amplio y limpio. Acordaron en su momento de que ella se pasaría a última hora de la tarde. Se ofreció a recogerla, pero ella como siempre prefirió acercarse en autobús. Calculó las horas que quedaban para verla y pensó que eran demasiadas.

En las últimas noches habían hablado por teléfono de sus cosas. Cada uno en su dormitorio, a solas, disfrutando de la intimidad que los unía. Ella contaba las travesuras de Alma que se encontraba al llegar de la biblioteca, ahora que el campamento había finalizado y que debía quedarse en casa a cargo de su madre. Él contaba los pormenores del faro y sus avances con la casi reforma del viejo almacén. En verdad, prefería escuchar su voz más que abrumar con detalles soporíferos sobre su trabajo, aunque a Luz le fascinaba su oficio.

Ella hablaba entusiasmada de cada modesto hallazgo de información sobre la historia de las fareras. Le contó sobre la gallega Cristina Fernández y la reacción de su padre, cuando le dijo que deseaba ser farera. «¡Es un trabajo para hombres! ¡Le vas a quitar el puesto! ¡Eres un bicho raro!». Eran los años setenta y solo existía en el país una mujer trabajando en un faro. Cristina, a pesar de las reticencias paternas, se convirtió en la segunda. El acceso a cuidar de los faros también fue otro frente de batalla de las mujeres por la igualdad.

En sus conversaciones por teléfono no había grandes declaraciones de pasión, sin embargo,

Darío notaba cómo su voz, dulce como la mermelada, se derramaba en su interior, y palabra a palabra, gota a gota, ola a ola, iba llenándole de una forma que le resultaba difícil de explicar, como casi todo lo importante en la vida.

Después de almorzar, a eso de las cinco, llegó Enzo. Como siempre, agotado a causa de una jornada exigente en el mar.

—¿Sabes de qué quiere hablar con nosotros? —le preguntó a Darío.

—Ni idea.

—Me doy una ducha tranquila y hablamos.

No mucho más tarde llegaron Iris y Arturo, sofocados por el fuerte calor. También ellos habían especulado sobre el motivo de la reunión, aunque sin llegar a nada claro. Así pues, se sentaron y esperaron expectantes a que Juan apareciera en el salón para desvelar el misterio. Ron se paseaba inquieto, meneando el rabo.

—Cuñada, qué guapa estás —dijo Enzo, con un reluciente peinado con raya después de la ducha.

—Gracias, cuñado. Tú estás muy elegante.

Arturo se dirigió a Enzo.

—Eh, a ver si voy a tener que zurrarte como cuando eras un enano.

Enzo sonrió. Su hermano había picado el anzuelo.

—¿Qué dices? Si un niño pega más fuerte que tú.

—¡En tus sueños, colega!

—Venga, que haya paz —dijo Darío, y después meneó la cabeza, resignado.

Se instaló el silencio por un instante en el que se oyó el sonido de las gaviotas, la encantadora cadencia de las olas, y el intenso y monótono canto de las cigarras celebrando el verano. Se abrió la puerta del salón y entró Juan apoyándose en el bastón. ¿Estamos todos?, preguntó, sonriendo. Se sentó en la silla principal. Ron bostezó y se acurrucó a su lado, lo que le valió un par de caricias en la cabeza. Buen chico, le dijo.

Dio varios golpecitos en el suelo con el bastón y miró a su familia. Arturo, Iris y Enzo estaban sentados en el sofá y Darío en el respaldo. La expectación se dibujaba en sus caras. Sintió un nudo en el estómago.

—Bueno, os estaréis preguntando por qué os he llamado —dijo, sobreponiéndose.

—No, para nada —dijo Arturo, en modo irónico.

Juan carraspeó.

—Cuando me enteré de que el seguro pagaría, fui al cementerio. Me dolía tanto ver el Paraíso destruido que mi primer impulso fue coger el teléfono para que empezaran a limpiar y pintar. Pero me dije: Juan, piénsalo primero. Como sabéis, de vez en cuando me gusta hacerlo delante de la tumba de vuestra abuela. Me reconforta y creo que razono con más claridad. A veces viene bien detenerse y preguntarse en realidad por qué hacemos las cosas. Digo mirar en el fondo, en nuestro subconsciente. Abrir el Paraíso parece lo más lógico. Ha estado toda la vida abierto, por eso lo normal es que vuelva a abrir, ¿verdad? El problema es que yo no soy el mismo, no tengo las mismas fuerzas.

—Abuelo, eso no es verdad —interrumpió Arturo, intuyendo lo que venía a continuación.

—Por desgracia, sí, hijo —dijo, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Pero nosotros estamos aquí —insistió—. Ayudaremos. Como siempre hemos hecho.

Juan suspiró. Le costaría más de lo que había supuesto, pero se armó de valor y les dijo lo que sentía.

—El Paraíso es una de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida, pero eso no

significa que lo sea para vosotros. Cuando yo esté en el otro barrio, no quiero que sea una carga.

—¡Y no lo será! —exclamó Arturo, de pie—. ¡Lo sacaremos adelante!

—Escúchame —dijo, haciendo un gesto de impaciencia con la mano—. A la larga, es un negocio ruinoso y será un lastre. Estaréis siempre al filo. Mi pasión no tiene que ser la vuestra. Olvidaos de las tradiciones familiares. Vivid como os plazca.

—¿Y si yo quiero reconstruirlo? —preguntó Arturo.

—Creo que será un error, hijo. Además, es mucho para una persona sola.

—Yo estoy dispuesto a ayudar en lo que sea —dijo Darío—, pero ya tengo un trabajo y no puedo seguir el ritmo que teníamos antes del incendio. Acordamos que sería algo puntual.

—Opino lo mismo que Darío —dijo Enzo—. Arturo, si quieres reconstruir el cine, tendrás que llevar el peso de todo el trabajo. Me tendrás para lo que necesites, pero mi trabajo en Salvamento es lo primero. Ya sabes lo complicado que es.

—¡Joder, es el cine de nuestra infancia! —exclamó Arturo—. ¡Parece que hablamos de la tienda de la esquina!

Juan sintió que su nieto actuaba movido por una deuda moral del pasado, como una manera de agradecer que Sofía y él se encargaran de criarlos.

—No debes nada a nadie, Arturo.

—Lo sé, abuelo, lo sé —dijo, más calmado.

—Con el dinero del seguro pagaré las deudas. Después, venderé el local o lo que queda de él a los de Avanza o Luxury State. Cualquiera que pague más. Os daré una parte a cada uno. Haced lo que os dé la gana con el dinero. Será vuestro.

—¿No te vas a quedar nada para ti? —preguntó Enzo.

—Me jubilaré. Dedicaré mi tiempo a leer, ver películas y paseos. Creo que después de toda una vida trabajando me lo he ganado.

—Desde luego que sí, abuelo —dijo Darío.

—Ha llegado el momento de descansar —dijo Enzo—. Te lo mereces.

Arturo refunfuñó y negó con la cabeza repetidas veces. Iris le cogió de la mano para tranquilizarlo, pero fue inútil. Le bullía la cabeza y necesitaba expresar lo que llevaba dentro. Se dirigió a sus hermanos.

—¿Cómo podéis dejar que el Paraíso termine así? Parece que os importa una mierda.

—¡Claro que nos importa! —exclamó Darío, molesto—. Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Es que tengo que trabajar catorce horas diarias? ¿Es eso vida? Pídele a Enzo que después de estar ocho, diez horas en el mar se vaya a trabajar al cine. ¡Es injusto!

—¡El Paraíso no es un trabajo, se trata de la familia!

—¡Los tiempos cambian, Arturo. No podemos vivir del pasado! —exclamó Enzo.

—¡Gilipolleces!

Enzo se levantó de golpe y empujó a su hermano.

—¿Cómo que gilipolleces? ¡Repítelo otra vez si tienes cojones!

Iris y Darío se pusieron en medio y los separaron. Ron, nervioso, soltó un bufido y miró a Juan que, muy serio, esperaba que la calma volviera a reinar. Sin embargo, Arturo se encontraba demasiado alterado.

—¡Me marcho, no aguanto más! —exclamó, y salió por la puerta.

Resignada, Iris le siguió. Le conocía bien y sabía que en el fondo, bajo esa capa de chico duro, sentía un gran dolor. El Paraíso simbolizaba una época llena de recuerdos memorables, en la que sus padres estaban incluidos. Ella estaría ahí para escucharle.

—Necesito tomar el aire. Salgo a la terraza —dijo Enzo—. Ver la playa me relajará.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, abuelo.

Darío y Juan se quedaron a solas. A lo lejos, oyeron cómo la camioneta de Arturo se ponía en marcha y después se alejaba.

—Se le pasará en unos días —dijo Darío.

—Ya lo conocemos, es todo temperamento —Acarició a Ron—. Tarde o temprano, entenderá que todo tiene un principio y un fin, y está bien. A veces hay que reunir la valentía suficiente para tomar una drástica decisión. No se puede tener miedo a los cambios, por muy duros que sean. Forman parte de la vida. ¿A qué sí, Ron?

El perro bostezó, con más interés en iniciar una reconfortante siesta que en responder preguntas existenciales.

~

La decisión de su abuelo de cerrar las puertas del Paraíso para siempre había sorprendido a todos. Ahora Darío, a solas mientras esperaba a Luz, empezaba a darse cuenta del profundo punto de inflexión que suponía en la vida de sus hermanos. En cierta forma, era como cuando finaliza tu película favorita, sientes una mezcla de tristeza, pero al cabo de un tiempo también de alegría por lo que has vivido. Entonces la película pasa a formar parte de ti, de tus recuerdos, porque no la quieres perder nunca.

Que los abuelos fuesen los dueños de un cine, molaba mucho cuando eran pequeños. Era un aliciente más del verano. Él, más que ningún otro hermano, lo disfrutaba debido a que era el mayor y gozaba de mayor libertad. Podía acompañar a sus abuelos y observar cómo trabajaban, y ver una película las veces que deseara. Darío sonrió al recordar la reacción de asombro de sus compañeros del colegio, cuando a la vuelta del verano les contaba sus aventuras en el cine. Sí, se sentía privilegiado y especial.

Ahora todo eso quedaba atrás. A sus treinta y cinco años ya acumulaba una mochila de experiencias agradables y amargas, y se tomaba con melancolía pero también con serenidad el cierre del Paraíso. La madurez es eso, reflexionó, si no comprender, al menos aceptar los planes que la vida dispone para ti.

Ya era casi la hora de la llegada de Luz. Se pegó una buena ducha para quitarse de encima el sudor de la tarde. Después de pensarlo, decidió no afeitarse. Eligió un polo blanco a rayas y unos vaqueros cortos con el dobladillo hacia afuera. Por último, se roció el cuello con el perfume de Enzo que usaba para sus citas. Por supuesto, sin decirle nada.

Cuando ella apareció por el faro, la saludó en la puerta con un beso en los labios, breve pero intenso. Luz llevaba una blusa sin mangas y una falda vaquera.

—Qué guapa estás.

—Ah, gracias —dijo, sorprendida por el piropo.

Una vez dentro, saludó a Juan, le entregó un libro, «El nombre de la rosa», y se guardó en el bolso «Robinson Crusoe» para entregarlo en la biblioteca.

—No puedo quejarme. Servicio a domicilio —dijo Juan, muy agradecido.

—El placer es mío. Ya sabes que me gusta cuidar de mis pacientes.

—«Robinson Crusoe» me encantó. Vaya historia. ¿Sabes? Hicieron una adaptación al cine en 1997. No estuvo mal, pero el libro es mejor, profundiza más en los personajes y está lleno de simbologías.

—Me alegro de que te haya gustado. El que he traído creo que te gustará. Es un *best seller*.

Muy entretenido, de esos que enganchan desde la primera página.

—Vi la película. Otro clásico. Sean Connery está magnífico. ¡Qué ganas de leer la novela!

Luz se despidió de Juan, y Darío la condujo hasta el viejo almacén. En el camino ella sintió mariposas en el estómago: llegar al faro, besarse, conversar con su abuelo, las modestas rutinas que formaban parte de una incipiente relación. Cuando descubrió cómo había quedado el almacén se quedó pasmada. Parecía un lugar completamente distinto, limpio, diáfano, acogedor.

—¡Me encanta, Darío! —exclamó, juntando las manos—. Ahora mismo voy a hacer unas fotos y se las envío al concejal.

Se quedó mirándola, contento de verla rebosante de ilusión. Luz se movió de acá para allá fotografiando desde todos los ángulos posibles.

—Has hecho un trabajo genial —dijo Luz.

—Bueno, gracias, pero tampoco es para tanto —dijo, Darío, frotándose el cuello.

Las notificaciones de nuevos mensajes llegaron al móvil de Luz. El concejal estaba dispuesto a montar la exposición la semana que viene.

—¿Crees que vendrá gente? —le preguntó Darío.

—Sí, claro que sí —respondió, guardando el móvil en el bolso—. Bueno, tampoco se harán colas como en el museo del Prado, pero algunos curiosos vendrán. A la gente le atrae los faros.

Luz se colocó frente a la pared más grande, cuya anchura rondaba los cinco metros.

—Aquí colgaremos las fotos de todas las fareras y, debajo, una pequeña historia —dijo, abarcando la pared con los brazos—. ¿Qué te parece?

—Me parece el lugar perfecto.

Luz se acercó a él y le cogió de un brazo. El olor a pintura era fresco e intenso, pero no le importó.

—Qué bien, estoy tan contenta de que esto salga adelante. ¿Y tú?

—Yo también, por supuesto.

Luz recordó un deseo que se le había ocurrido camino al faro.

—¿Podemos subir a la linterna? Me encantaría ver la puesta de sol.

—Cuando el faro se enciende no podemos subir, pero desde la azotea también se puede disfrutar.

A Darío no le faltaba razón. El cielo parecía en llamas y la visión era un espectáculo inolvidable que encogía el alma. El mar estaba algo picado a causa de la brisa de poniente, pero las ráfagas de espuma lo hacían trepidante. Y, a lo lejos, como en el confín de mundo, la cordillera africana formaba un horizonte misterioso y evocador.

—Ver las puestas de sol desde aquí son tan… bonitas —dijo Luz.

Notó que de repente algo se removía en su interior, una trémula sensación que la tocaba muy hondo. Sin poder evitarlo, sus ojos se volvieron vidriosos y enseguida una lágrima se deslizó por la mejilla.

—Luz —dijo Darío, sorprendido—, ¿estás bien?

Se secó con el dorso de la mano.

—Sí, sí, estoy bien —respondió, sonriendo—. No sé por qué, me he emocionado.

Darío le acarició la espalda. Luz era una mujer sensible y eso no era ninguna novedad, pero era la primera vez en su vida que veía a una mujer entregada a una puesta de sol.

—¿Te apetece si damos un paseo por la playa? —preguntó a Luz.

—Me encantaría.

Bajaron a través de un sendero. Se despojaron del calzado y pisaron la arena, disfrutando de la agradable sensación en la planta del pie. Darío llevaba sus alpargatas y los tenis de ella, y

caminaron de la mano por la orilla. Los últimos bañistas recogían sus bártulos y se despedían hasta el día siguiente. Se cruzaron con perros alegres correteando y ladrando, y con pescadores que aprovechaban la ausencia de gente para sacar las cañas. Había algo en el crepúsculo que llamaba al recogimiento y la calma.

Luz supo en ese momento por qué había llorado unos minutos antes, en la puesta de sol. El amor que sentía irradiaba hacia el exterior, tiñéndolo todo. Porque a través de los ojos de una persona enamorada se observa el mundo de una manera distinta.

Resultaba maravilloso sorprenderse con las emociones proyectándose sobre el día a día, y descubrir algo nuevo y apasionante que siempre había estado ahí, pero que se había ignorado o mirado sin la debida atención. El amor ayuda a profundizar en las cosas, pensó Luz, a acortar los disgustos y prolongar las alegrías.

El viento revoloteaba su cabello y el de Darío, y estaba cargado de salitre, pero no era una molestia, sino todo lo contrario. Aceptarlo era una manera de fusionarse con la realidad y permanecer en un estado de felicidad suprema. Los libros eran imprescindibles en su vida y había aprendido mucho de ellos, pero no había nada como descubrirlo por una misma.

Las obligaciones de ser madre, aunque bienvenidas, le habían supuesto robar tiempo para ella misma. Siempre había anhelado la necesidad de conseguir ser una mujer completa, y ahora gracias a Darío lo estaba consiguiendo. Pero tenía una curiosidad, ¿albergará él la misma sensación?

~

Estaban sentados en la mesa de un restaurante tailandés llamado Ying-Yang, ubicado en las afueras de Puerta del Mar, cerca de un discreto hotel frente a la playa. Darío lo conocía porque no estaba lejos del faro y a veces se pedía comida para llevar. Se accedía a él a través de un estrecho camino de tierra. No estaba previsto que salieran a cenar, pero a Darío le pareció una buena idea sorprenderla con esta iniciativa, ya que sería la primera vez que iban juntos a un restaurante.

Aunque se presentaron sin reserva, ofrecieron una mesa en la terraza, en segunda línea aunque con una vista generosa de la piscina del hotel. Como estaba iluminada, el contraste con la noche creaba una atmósfera íntima y sugerente.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Luz, con la carta en la mano, cuya portada era de cuero y con el grabado de la silueta del restaurante.

Desde las otras mesas llegaba el idioma inglés y el español mezclado con el hilo musical, una melodía al piano de ritmo vibrante.

—Las brochetas de pollo están espectaculares. Podemos pedir eso de primero y de segundo, arroz estilo tailandés.

—Este sitio es precioso, Darío —dijo, mirando el interior de madera, con gruesas vigas sosteniendo el interior del tejado. La forma recordaba a una choza.

El camarero sirvió vino. Las velas iluminaban el rostro de Luz y suavizaba sus facciones. Era la mujer más bella que había conocido en su vida. Había viajado por infinidad de países y ninguna mujer aguantaba la comparación.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella, advirtiendo una sonrisa enigmática.

—Oh, en nada.

Llegó un mensaje al móvil de Luz. Su madre enviaba una fotografía de Alma durmiendo a pierna suelta. Se la mostró a Darío, que sonrió ampliamente.

—Parece un angelito —dijo él.

El viento cálido llamado terral, que se origina sobre todo en verano, empezó a hacer de las suyas. Proviene del Mediterráneo y se caracteriza por su sequedad. Darío empezó a notar un breve aumento de la temperatura corporal, aunque quizá no guardaba relación con el terral, sino con Luz.

Bebió un fresco sorbo de vino blanco y se dijo que esa noche la haría suya otra vez, como la noche de la tarta de zanahoria. La llevaría de vuelta al faro si era necesario, harían el amor con discreción para no despertar a nadie, pero no se despedirían con un beso y nada más. Viéndola ahí, con el rostro bronceado y los hombros al aire, y desprendiendo una fragancia arrebatadora, la deseaba con una fuerza inusitada. Casi se podría decir que la estaba desnudando con la mirada.

—¿Cómo está Juan? La verdad, le vi alicaído.

Darío se obligó a serenar su libido, y ayudó la llegada de los primeros platos. La presentación era inmejorable, una fuente con mucho colorido, rebosante de vegetales y bolitas de carne y pollo.

—Esta tarde nos dijo que no piensa abrir el Paraíso.

—¿Cómo? —dijo Luz, estupefacta.

Darío explicó los motivos de su abuelo, y la furibunda reacción de Arturo, el más afectado. Su hermano le comprendía. Había invertido tiempo y esfuerzo en el cine, y ahora parecía que en balde. Sin embargo, el motivo de su abuelo para cerrar lo consideró doloroso pero lleno de sentido de común. Él quería lo mejor para sus nietos y estaba dispuesto a sacrificarse por ello.

—Qué decisión más difícil —dijo Luz—. No quiero ni imaginarme lo que hubiera hecho yo en su lugar.

Darío fantaseó con que de repente la cogía de la mano, la levantaba del asiento y se fugaban en la camioneta al hotel más cercano. Pero no, no quería asustarla.

—El Paraíso es su vida —dijo, y después se tomó una breve pausa para reflexionar—. En el cine todas las películas se acaban, pero no hay que ponerse triste, sino al contrario, alegrarse de lo que nos ha hecho disfrutar.

—Qué bien hablas —dijo Luz, embelesada.

—Anda ya —dijo, entre risas.

—Deberías hablar más. Lo digo en serio.

—Gracias, Luz —dijo, procurando transmitir en esas dos palabras un sinfín de agradecimiento y cariño.

Mientras probaba un delicioso bocado de carne, ella se preguntó qué pasaría si él supiera que llevaba toda la semana fantaseando que revolcaban juntos. Tenía delante un hombre apuesto, viril, sereno; y se preguntó qué la volvía más loca. Notó un ligero sabor picante que hizo que sus mejillas se ruborizaran. El calor también empezaba a afectarle.

—Luz, siempre quise preguntarte qué significa el tatuaje de la araña —dijo señalando su muñeca.

Ella sonrió, agradeciendo el interés.

—Un viaje que hice a Galicia con las compañeras de la facultad cuando nos graduamos. A todas nos gustaba mucho un escritor clásico de terror, Edgar Allan Poe. ¿Lo conoces?

—Sí, claro, aunque no he leído nada suyo.

—Una noche decidimos hacer algo para recordar el viaje. Lo habíamos pasado muy bien.

—¿Te gusta leer terror?

—Me encanta leer de todo pero sí, el terror me fascina. Creo que todos tenemos un lado oscuro.

—Desde luego que sí —dijo.

Recordó la pesadilla que aún sufría por el secuestro del Moller-Maersk. La muerte violenta de su querido compañero Kelly. Se preguntó si alguna vez desaparecería de su vida.

—Aunque es una parte pequeña con la que tenemos que aprender a convivir.

—A veces es complicado. La mente va por su cuenta.

—¿Sabes que me ayuda cuando la mente no deja de parlotear? Me imagino que estoy viendo un río, y ese río es el parloteo incesante. Lo veo pero de lejos, como si no fuera conmigo.

—¿Y los sueños se pueden controlar?

—No, a no ser que sean lúcidos.

—Hablo de pesadillas.

—No soy una experta en el tema, pero creo que la mente quiere decir algo, quiere expresarse.

—Es posible.

—¿Tienes pesadillas?

Darío le sirvió un poco más de vino y también a sí mismo. Puso la botella en la cubitera y se oyó el tintineo de los hielos. Notaba la mirada de Luz, expectante. Paladeó el sabor del dulce del vino blanco y se humedeció los labios. Dudó si eludir la respuesta mediante un comentario ambiguo. Era un tema muy íntimo del que no había hablado con nadie. Sin proponérselo, había iniciado la conversación que ahora desembocaba en esa pregunta.

—Una muy recurrente.

Quizá en el fondo deseara hablar de ello con alguien. Darío relató el secuestro del barco danés, y el impacto que supuso para él la muerte violenta de su compañero. Lo contó con naturalidad, casi como una aventura más. Luz escuchó con suma atención. Al terminar, acarició su mano.

—Se grabó con fuego en tu memoria. Es normal, eres humano —dijo, emocionada.

—Al poco tiempo dejé el barco y me vine a Puerta del Mar.

—Gracias por contármelo, Darío —dijo, aún cogiéndole de la mano.

Una sonrisa afloró en los labios de él, pensando que al menos por un tiempo se quitaba un peso de encima. Y eso hizo que deseara a Luz todavía más.

CAPÍTULO 13

Después de tomar el postre y abonar la cuenta, caminaron de la mano hacia la furgoneta, que estaba aparcada al final del solitario camino de tierra. Eran casi las once. La noche, con las estrellas titilando, continuaba siendo cálida y agradable.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó él.

Ella sonrió y bajó la vista.

—Me ha encantado.

Llegaron sin prisa a la camioneta, abrieron las puertas y se sentaron. Darío introdujo las llaves en el contacto. La luz cenital se encendió e iluminó levemente sus rostros. Darío se dijo que era el momento de dar rienda suelta a la pasión. Le tomó de la mano y, ante la tierna mirada de ella, se la besó.

—Llevo esperando este momento toda la noche —susurró.

Sin soltar la mano, se inclinó para besarla en la boca y ella, al percatarse de lo que pretendía, ladeó la cabeza. Ambos cerraron los ojos y se abrieron a la emoción. Ya se habían besado en otras ocasiones, pero les gustó pensar que era la primera vez. El corazón de Luz dio un vuelco. Ella se soltó de la mano, acarició su mejilla y después la posó en el cuello. No quería que dejara de besarla. ¿Cuál era la prisa? Si por ella fuera seguirían dentro de la camioneta hasta el amanecer. El beso fue lento, minucioso, apasionado.

De pronto la mano de Darío acarició su rodilla y se deslizó suavemente bajo la falda. Luz notó una incipiente ola de calor que aceleró su pulso. La luz cenital se apagó y se quedaron invadidos por la penumbra. No les importó. El instinto animal les guiaría hasta liberar el fuego arrasador.

—No puedo dejar de pensar en ti, Luz —musitó.

Ella esbozó una sonrisa y lo miró como si tuviera delante a un dios griego.

—Eres mi hombre, el único.

Darío mordisqueó su lóbulo, sintiendo la excitante humedad en la piel. Al mismo tiempo, su mano seguía descendiendo bajo la falda con pasmosa lentitud hacia su sexo. Esa mano recia de dedos finos y alargados que derribaba paredes, atornillaba, reparaba y pintaba era también capaz de acariciar, de crear en ella sensaciones inigualables. Le excitaba pensar que la mano de su hombre era hábil y posesiva.

Darío notó el calor del sexo y casi estuvo a punto de perder el control. Ansiaba la brusquedad, abrirle las piernas, destrozarle las bragas, penetrarla hasta el fondo, oír su gemido de placer. Tenía que ser suya a toda costa. Sin embargo, la forma en que ella le miraba, con amor y delicadeza, era como una señal luminosa en mitad de la noche que para alguien como él no podía pasar inadvertida. Entonces, frenó su ansia y se obligó a gobernarse con cuidado, conteniendo su

impulso brutal y prefiriendo alargar las caricias y los besos.

Ella se hundió un poco más en el asiento. Darío aprovechó para cambiar la mano de sitio y deslizarla por la suavidad de su muslo. El restaurante se encontraba algo lejos y solo se oía el rumor de las olas, pero a un par de metros había coches aparcados. En cualquier momento alguien podía aparecer y percatarse de lo que sucedía. Eso lo hacía todo aún más perverso y excitante.

La besaba con una desesperación que amenazaba con aniquilarle. Incluso hubo un momento en que Darío tuvo que detenerse. Era tan fuerte y abrasador la lujuria que costaba respirar.

Cuando la mano se sació del muslo, volvió a refugiarla bajo la falda. Esta vez fue un poco más allá. Con la palma sintió el calor del sexo y con un dedo frotó el perineo.

—¿Te gusta?

Luz tragó saliva. Dijo sí a duras penas y él siguió frotando hasta que ella soltó un gemido febril.

Entonces llegó el momento de Darío. Quería embestirla ya pero la postura se antojaba incómoda, por fortuna, contaba con una alternativa.

—No aguanto más, Luz —susurró—. Ven.

Se echó sobre su asiento, activó la palanca del respaldo y, una vez inclinado, se desabrochó el cinturón, se bajó la cremallera, los pantalones y los calzoncillos. Toda una liturgia.

Luz fue mucho más veloz. Se despojó de las bragas y se subió la falda hasta la cintura. Después, vigilando de no golpearse la cabeza con el techo, se echó sobre él con las piernas dobladas. Lo sintió muy adentro, y se excitó cuando vio cómo él cerraba los ojos, sucumbiendo al placer.

Darío la cogió por la cadera, guiándola, y ella empezó a moverse en círculos sinuosos. Él se abandonó a una honda y gozosa sensación.

—Luz… —musitó.

Su fuerza, su violencia, se desvanecía a cada segundo que pasaba dentro de ella. Ella imprimía más velocidad, más ritmo, más calor, y Darío, con los ojos cerrados, se convirtió lentamente en una corriente de puro éxtasis que lo destruiría en mil pedazos. Jadeaba a cada movimiento de cadera como si fuera el último aliento de su vida. Cuando conquistó el orgasmo sintió una punzada de tensión, y después relajó los músculos del cuerpo.

Luz cambió de postura para bajarse la falda y acurrucarse junto a él, quien aún se recuperaba, con las piernas extendidas. Él la rodeó por el hombro. Por debajo del polo, Luz colocó la mano sobre el pecho y sintió cómo respiraba.

Darío recordó cómo había perdido el control y con qué brusquedad le metió mano. No se sentía muy orgulloso del todo.

—¿Estás bien? —preguntó Darío, una vez se recuperó por completo.

—Contigo siempre estoy bien.

—Quizá hubiera sido mejor en otro sitio.

—¿Por qué? A mí me parece perfecto. Me gusta que seas espontáneo, y saber que tienes ganas de darme un buen achuchón.

Ella cerró los ojos y se cobijó en la agradable sensación de imaginarse que estarían así, juntos, toda la noche.

—Además, nunca lo he hecho en un coche. Es una experiencia más.

—Ojo, que esto es una camioneta —dijo él, con sorna—, es un vehículo con más categoría.

Le encantaban sus pequeños arrebatos de humor inesperado en un hombre serio.

—Ah, perdona —dijo, entre risas.

—¿Cuándo nos vamos a volver a ver? ¿Puedes mañana?

Luz sintió que flotaba, como si el mundo hubiera perdido el efecto de la gravedad. La alegría era tan inmensa… Darío la deseaba y quería seguir viéndola, estar juntos, un romance de novela con su galán favorito.

—Darío… —dijo, sin mirarle.

Él bajó la vista y vio su cabello bañado en sombras.

—¿Qué?

El tono de su voz transmitió a Luz que la escuchaba, que estaría atento a sus siguientes palabras. Y entonces habló su corazón:

—Te amo.

Se produjo un silencio repentino. Ella sintió la urgencia de hablar.

—No tienes que decir nada, pero yo… Siento lo que siento, y no puedo evitarlo.

Darío tomó su barbilla y con suavidad la alzó para que pudieran mirarse. A pesar de que les rodeaba la penumbra, el resplandor de la luna iluminaba su cara. Pudo discernir en sus ojos el brillo inconfundible de la esperanza. La besó con dulzura. Pero sabía que no era suficiente a una emoción tan abrumadora como el amor. Ella esperaba más, y por eso debía ser cuidadoso con las palabras siguientes porque quedarían grabadas a fuego en su memoria.

—Cuando te vi en la biblioteca después de tantos años sin vernos, fue como despertar un viejo sentimiento que tenía oculto en alguna parte. Que siento algo por ti es evidente, pero no entraba en mis planes volver a vernos e ir más allá. Estar aquí, contigo, es genial pero tengo que acostumbrarme.

Ella se apartó para sentarse en el asiento del acompañante.

—Está bien, no pasa nada —le dijo ella evitando su mirada.

—Me vuelves loco. Dejemos que las cosas fluyan.

Si necesitas más tiempo, te lo daré, pensó Luz.

—Estoy de acuerdo. Me gusta como estamos ahora. Por el momento me vale.

—Créeme, Luz, me importas y quiero estar contigo por encima de todo.

Ella se aferró a esa declaración para alimentar la llama de la esperanza. Él era una buena persona y no le consideró capaz de mentir de una manera tan cruel.

—Yo también quiero estar contigo, Darío —y después pensó en lo que había dicho hacía un instante—. ¿A qué te refieres con un viejo sentimiento?

—Bueno, siempre me gustaste, creí que era evidente.

—¿En el instituto?

—Sí, desde el instituto.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Era un crío —respondió, encogiéndose de hombros —.

—¿Y después? Nos vimos muchas veces por la noche, en los bares.

—Sabía que tarde o temprano me iría de Puerta del Mar a buscarme la vida. No quería comprometerme contigo para nada. Después regresé y supe que habías tenido una niña, y supuse que tu vida ya estaba encaminada.

—¿Con Pierre?

—Sí.

—No fue amor, fue un momento puntual en el que nos dejamos llevar. Era la primera vez que salía del país y me sentí liberada. Al principio se quiso hacer responsable, pero luego el muy cobarde huyó.

—¿Mantienes el contacto?

—No, y no quiero verlo nunca más. No siento nada por él —dijo, rotunda—. A veces me da pena que Alma no tenga un padre, pero si ha de ser como ese cretino nos quedamos tal y como estamos. ¿Qué hora es?

—Once y cuarto.

—Llévame a casa, anda, que se va haciendo tarde.

Darío arrancó el motor, dio marcha atrás y enfiló por el camino de tierra.

—Criar a una hija es muy complicado —dijo Darío—, y tú lo estás haciendo de maravilla.

—No he tenido otro remedio, la verdad. Alma depende de mí y lo hago lo mejor que puedo. Es curioso, Pierre fue un error, pero mi hija es lo más bonito que me ha pasado.

—Eres una buena persona, Luz. Yo lo veía en el instituto, aunque entonces no lo sabía. Me acuerdo de tu forma de saludar, de despedirte, incluso como corrías por los pasillos.

—Qué bonito —dijo, y una lágrima se escapó y ella la secó enseguida con el dorso de la mano.

Darío frenó la camioneta de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, alarmada.

Él se quedó callado mirando hacia el frente, después se giró hacia ella.

—¿Has olvidado algo en el restaurante? —preguntó Luz.

—No.

—¿Entonces?

—Te amo, Luz.

—¿Cómo?

—Te amo.

Ella parpadeó, confusa. Hacía unos minutos se había preparado para aguantar un tiempo largo sin esas dos palabras, y ahora las tenía. Lo que siempre había soñado.

—Qué feliz soy —dijo, temblando.

—Yo también.

—Cuando me lo vuelvas a decir, dilo con más salero, que parece que se ha muerto alguien.

Darío sonrió y le dijo que de acuerdo.

Unos minutos más tarde, cuando llegaron al portal, se despidieron con un beso y prometiéndose ver en la exposición, que se celebraría en un par de días. Darío, aparcado en doble fila, se quedó observando cómo entraba en el edificio. Ella se dio la vuelta y agitó la mano para decir adiós.

Darío notó un molesto vacío sin ella, pero cuando fue a girar la llave en el contacto, algo le hizo reparar en el llavero. Recordó que fue un regalo de Mario, su mentor, cuando se llevó a cabo el traspaso del faro. De él había aprendido que un farero vive siempre en soledad.

~

Luz subió por el ascensor cobijada por las palabras de amor que Darío le había regalado. Te acostumbraste a vivir sin que nadie las pronunciara y ahora de repente las tienes, se dijo a sí misma, mirándose en el espejo. ¿Qué es lo que has hecho bien, Luz? Sea lo que sea, no la cagues.

Al llegar al piso, lo primero que hizo fue darle las buenas noches a Alma. La encontró en su camita, vestida con su pijama corto de animales, durmiendo a pierna suelta. La luz de la mesa de noche estaba encendida. Se sentó en el borde, apartó el cabello de la frente y la besó.

«¿Sabes lo que me ha pasado, cariño? Fuimos a un restaurante tailandés y Darío me dijo que

me ama. Increíble, ¿verdad? Creo que empieza una buena racha para nosotras. Es un buen hombre, ya lo conoces. Te gusta estar con él. Espero que comprendas que a tu madre le encantaría estar en una relación, sobre todo con Darío; será bueno para las dos, créeme. Confía en tu madre».

Volvió a darle un beso en la frente, apagó la lámpara y se marchó dejando la puerta entre abierta. Supuso que su madre estaría ya acostada y fue al salón por si estaba su padre. A través de la ventana lo vio en la terraza, sentado y fumando a oscuras. Durante el verano le gustaba pasar un rato afuera antes de dormir. Le ayudaba a aliviarse del calor.

—Hola, papá.

—Hola —dijo, soltando una voluta de humo, sin mirarla.

Delante de ellos, el barrio se preparaba para dormir. Se observaban algunas luces en los edificios, y a grupitos de gente joven en las aceras dirigiéndose al puerto para salir de fiesta. Una moto pasó rauda con un estruendoso sonido.

—¿Todo bien? —preguntó Luz, de pie junto a la ventana.

Pepe había tenido un largo y complicado día de trabajo como policía local. Una discusión con un superior amargó la mañana y, por la tarde, al acudir a una llamada denunciando a un vecino ruidoso, se enfrentó junto a su compañero a una hostil pareja de jóvenes. Por suerte, no había sucedido nada grave, pero no dejaba de darle vueltas a los incidentes.

—Así que ahora sales con el farero —dijo, con cierto desdén.

Luz pensó que su padre le había visto salir de la camioneta de Darío.

—Sí, estamos saliendo.

Pepe dio una profunda calada al cigarro y, después de soltar el humo, aplastó la colilla en el cenicero.

—Este también te va a dejar preñada y saldrá corriendo —dijo, con voz grave—. Nunca has tenido buen ojo para los hombres.

Pepe se levantó y se marchó sin decir nada más. Luz, que no esperaba el comentario, se quedó dolida en lo más hondo.

Era una mañana espléndida de mediados de verano. Las gaviotas sobrevolaban el faro surcando un cielo diáfano y el mar centelleaba como un tesoro sin límite. El calor aún no apretaría hasta pasadas unas horas.

Un nutrido grupo de personas se había congregado en el viejo almacén con objeto de inaugurar la exposición sobre las fareras. Se sucedían las fotografías para la prensa y las entrevistas para la televisión local. La alcaldesa, doña Antonia, mostraba una orgullosa sonrisa para todo aquel que se acercara a saludarla y rendir pleitesía. Lucía un vestido de colores chillones; su fondo de armario estaba lleno de ellos. Le encantaba el aire juvenil en el que la envolvía. En su breve discurso, se alegró de la iniciativa cultural y agradeció el esfuerzo de los implicados, que se llevaron unos merecidos aplausos.

A sus espaldas estaba colgado el impresionante mural con las imágenes de las fareras, y en cada una un pie con un texto donde se explicaba quién era. Una exposición modesta que buscaba reconocer, y reivindicar el trabajo de las mujeres en un entorno dominado por los hombres.

A Luz le habían otorgado un permiso especial para ausentarse de la biblioteca y allí estaba con su madre e hija. Se habían vestido con sus mejores galas. A pesar de la corta edad de Alma, Luz le quiso tratar como un adulto y fue explicando a grandes rasgos la biografía de algunas de

las fareras. Deseaba que creciera comprendiendo que una mujer podía llevar a cabo el trabajo de un hombre. Ana, su madre, pensó que era demasiado pronto para hablarle de ese tema. En sus tiempos, a los niños no se les hacía mucho caso. No obstante, guardó silencio. Su hija tenía una carrera, trabajaba como funcionaria, así que confiaba en su criterio.

Darío, agobiado por la cantidad de gente y el bullicio que generaban, salió al exterior a rodearse de un poco de calma. A través de la ventana, observó a Luz cómo enseñaba a su hija la exposición de fotografías. A pesar de que se encontraba lejos, por la manera de dirigirse a ella, agachada a su altura, hablando al oído, y por la manera en que Alma actuaba, asintiendo, mirando con atención, dedujo que estaba siendo un momento muy especial para ambas. Ella es una buena madre, se dijo a sí mismo, que tiene que hacer también de padre.

No muy lejos estaba Ana, quien había encontrado a conocidos del barrio y charlaba con animosidad. Darío y ella se habían saludado con absoluta cordialidad. Se alegró de que el padre se ausentara, puesto que había notado una cierta animadversión, aunque dudaba de si era hacia él, o hacia cualquier hombre que se acercara a su hija.

El parecido entre ellas no dejaba dudas de su parentesco. La misma cálida mirada y agradable sonrisa. La única diferencia era el estilo de vestir, mientras que Luz era más de colores blancos y ropa holgada, a Ana le tiraba más lo clásico, con camisas de manga corta y largas faldas. ¿Sabría ella de su relación con su hija?

Se alegró de ver a su abuelo entre los presentes. Conversaba con todo el mundo. Se apoyaba en el bastón como un dandi inglés y lucía una camisa cubana que iluminaba su rostro. No parecía que cargaba a sus espaldas con la tristeza de cerrar el Paraíso. Sin duda, despejar la mente venía bien. A él siempre le habían gustado las relaciones sociales, y ese era parte del éxito de que el Paraíso hubiera aguantado tanto tiempo.

Le estaba gustando convivir con él. Al principio se sintió mal por él, ya que verse desplazado de su hogar, aunque fuera por un par de meses, no es un plato de buen gusto. Sin embargo, su abuelo, aunque lo hizo a regañadientes, estaba mostrando una gran entereza a lo largo del verano. Como almorzaban juntos, conversaban mucho más que cuando vivían por separado. La vida era eso, un cambio repentino de papeles; ahora Darío era quien le acogía en su casa. Una forma modesta de agradecer que ellos hicieran lo mismo con sus hermanos cuando se quedaron huérfanos.

Oyó el ruido de la furgoneta de Arturo y, a los pocos minutos, apareció doblando la esquina.

—Vaya, no sabía que ibas a venir —dijo Darío, sonriendo.

—Es el acontecimiento del día. ¿Cómo me lo voy a perder?

Darío se alegró de verle de buen humor. Recordaba con nitidez la honda decepción al enterarse del cierre del Paraíso.

—¿Cómo estás, hermano? —preguntó, dándole una palmada en el hombro.

—Bien, bien —dijo, con convicción—. Liado con los detalles del viaje a Italia. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, gracias.

Arturo lanzó una mirada al interior del viejo almacén. Joder, dijo, cuando reparó en que no cabía ni un alfiler.

—Pensaba que vendrían cuatro gatos.

—La alcaldesa siempre está de campaña. No se iba a perder una ocasión de salir en la prensa local.

Arturo atisbó a Luz entre la gente.

—¿Cómo te va con ella? No nos cuentas nada.

—Muy bien —dijo escuetamente.

—Que sepas que Iris y ella hablan a menudo por teléfono.

—¿Y de qué hablan?

—Del calentamiento global —dijo con sorna—. ¿De qué crees que hablarán?

Arturo le dijo que iba a saludar al abuelo y Darío aprovechó para regresar al despacho. Aunque había adelantado algo de trabajo el día anterior con objeto de asistir a la inauguración, aún le quedaban algunos trámites por gestionar. La semana siguiente debía de visitar el faro de Tarifa y necesitaba actualizar el plan de mantenimiento, con especial atención en el sistema de autocontrol. Más que nada, era una medida de precaución, ya que la tecnología en general resultaba siempre fiable. Lo que en realidad sienta bien a un faro es airearse, dejar que la luz y el aire renueven el interior. Para Darío los faros eran como los árboles, seres vivos que precisan de cuidados.

Cuando entró en la casa, Ron se acercó para saludar y después de recibir su dosis de caricias, le acompañó al despacho. Se acurrucó en una esquina mientras Darío encendía el ordenador. Oyó a Yarina cómo trajinaba en el cuarto de su abuelo e incluso le pareció que canturreaba, seguramente algo en ucraniano. Se recordó que luego se lo preguntaría.

Llamaron al teléfono fijo. Pensó que se trataría de un comercial prometiendo grandes descuentos en la factura. Las llamadas importantes desde hacía tiempo las recibía en el móvil, aunque a veces algún despistado llamaba al fijo.

—¿Diga?

—¿Está Juan? —dijo una voz de mujer.

—No está disponible —respondió, molesto por la brusquedad.

—Tengo que hablar con él.

—Ya le digo que ahora no está disponible.

—Dígale que le ha llamado Diana y que se ponga en contacto conmigo lo antes posible.

Al oír el nombre de Diana, se puso rígido de los pies a la cabeza. No podía ser otra que la antigua empleada del Paraíso.

—¿Eres Diana, la que trabajó en el Paraíso?

—¿Me conoces?

—¿Qué es lo que quieres, eh?

—¿Eres su nieto?

—Sí.

Escuchó un clic.

—¿Hola?

Había colgado. Frustrado, cruzó las manos sobre la mesa y suspiró, estupefacto, sin saber cómo reaccionar. Ella se había atrevido a llamar al faro, a su casa. ¿Por qué? La primera respuesta era evidente: su abuelo no usaba móvil, pero había que ir más allá y conocer las intenciones de esa mujer.

Regresó al viejo almacén sin dejar de vueltas al asunto. Desde el umbral de la puerta echó una ojeada buscando a su hermano. Tenía que hablar con él. Allí estaba, hablando con un invitado. Serpenteó entre los invitados hasta que llegó a su lado. Ni siquiera reparó en que había pasado muy cerca de Luz, quien conversaba con la alcaldesa.

—Ven, Arturo, vamos afuera.

—¿Qué ocurre?

—Afuera —dijo con rotundidad.

Cuando salieron, Darío miró a su alrededor para cerciorarse de que hablaban en privado.

Esperó a que unos invitados se alejaran hacia el aparcamiento.

—Acaba de llamar Diana, la del Paraíso.

—¿Ahora?

—A mi despacho, al fijo.

—¿Qué quería?

—Hablar con el abuelo. Le dije que no estaba disponible.

—¿Y qué dijo?

—Nada más, colgó.

—Joder.

—Parecía urgente.

—Hay que decírselo a Enzo. Tiene que saberlo.

—Estoy de acuerdo, pero pensamos ya en algo.

—Hay que hablar con el abuelo de una vez, exigir una respuesta, estamos muy preocupados. ¿Quién es esa mujer y qué relación tiene con ella?

—Sí, y si se cabrea, que se cabree.

—Es que cuanto más se opone a decirnos nada sobre ella, más extraño resulta.

Otra pareja de invitados salió del almacén y los hermanos se vieron obligados a desplazarse unos metros. Darío comentó a su hermano la conversación que había mantenido con Rosa y Elena sobre Diana, y eso no hizo más que aumentar el deseo de saber más. No les encajaba esa especie de sobreprotección desde hacía tanto tiempo hacia esa mujer.

—¿Cuándo hablamos con él? —preguntó Arturo.

—¿Con Enzo?

—No, con el abuelo. Tenemos que hacerlo los tres juntos.

—El próximo día libre que tenga Enzo, después de almorzar, que podamos estar solos. Será un buen momento para saber la verdad.

CAPÍTULO 14

Cuando Darío regresó a la inauguración, se encontró a Alma que corría hacía él gritando su nombre y con los brazos abiertos. Su sonrisa era pura ilusión. Se hizo un repentino silencio entre los invitados que, invadidos por la curiosidad, observaron la escena. Darío la alzó y cosquilleó su axila causando una de esas risas que alegran el día. Era increíble como algo tan pequeño e inocente albergaba la capacidad de sanar los quebraderos de cabeza. Pensó que necesitaba a Alma para así redescubrir la vida a través de sus ojos. Así pues, Diana quedó relegada en su mente a un segundo plano de forma provisional.

Enseguida llegó Luz con expresión de apuro. Al ver a su hija en brazos del hombre que amaba, supo al instante que jamás olvidaría esa imagen. A partir de ese momento, formaría parte de sus recuerdos más preciados.

Darío, al verla, notó una punzada de incomodidad. La obligación de ser otro, el hombre que ella esperaba. Solo fue un momento. Apartó el pensamiento como quien espanta a una mosca.

—Con todo este jaleo, no hemos tenido la oportunidad de hablar —dijo Darío.

—No te preocupes —dijo Luz, algo nerviosa.

—¿Dónde está Ron? —preguntó Alma—. Quiero verlo.

—Está en casa —respondió Darío mientras la bajaba—. Luego te pasas y lo saludas, ¿vale?

—¡Vale!

—Cuando le dije anoche que veníamos al faro, se puso como loca y ¡esta mañana se ha levantado una hora antes de lo normal!

Darío sonrió y extendió el brazo para tomarla por la espalda. Al principio, Luz no supo lo que pretendía, pero cuando vio que acercaba su rostro; sorprendida, se preparó para el primer beso en público. Sintió una parálisis repentina de cuerpo y mente. El beso fue en los labios, fugaz, pero suficiente para que notara los rayos del sol atravesando su corazón. Su mano acarició la espalda y ella fue capaz de intuir que había una nueva emoción en él, que desprendía un calor diferente por así decirlo, más sereno.

Reparó por el rabillo del ojo que Arturo, Juan y, por supuesto, su madre, miraban con atención. Era la primera vez que Darío la besaba delante de sus familias. ¿Qué significa? Ya sabes lo que significa, tonta.

Juan y Ana intercambiaron una mirada cómplice. De repente, entre ellos se establecía un vínculo. Su nieto y su hija mantenían una relación. Juan, que no sabía nada, fue el primer sorprendido.

—En mis tiempos todo era tan formal —dijo Juan—. Había que pedir permiso a los padres incluso para salir al cine.

—Ya le digo. A veces incluso había que salir con una hermana o prima, lo que se llamaba

una carabina, para evitar supuestos desmanes. ¡Y ahora los padres son los últimos en enterarse!

—Creo que hacen una estupenda pareja. ¿Usted qué opina, ejem, consuegra?

—Que también, ejem, consuegro. Además, la niña le quiere y eso es bueno.

Solo espero que Darío no se eche atrás, pensó Juan.

—Ya que estamos hablando, me he enterado de que va a vender el Paraíso, ¿es verdad?

—Vaya, las noticias vuelan —dijo, golpeando el suelo con el bastón—. Sí, es verdad. El local ya está en venta y estamos recibiendo algunas ofertas.

—¡Qué pena más grande! ¡Puerta del Mar se queda sin cine!

Juan hizo un gesto como diciendo qué se le va a hacer.

—Tarde o temprano, seguro que alguien abrirá uno. Hay mucho avispado por el mundo.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Primero, volver a casa en septiembre. Después ver mucho cine, leer, y, ahora que no me oyen, espero que Arturo e Iris me den un nieto o una nieta.

—Me encanta el plan, consuegro.

Mientras tanto, Arturo había salido afuera para telefonear a Iris. La noticia era demasiado suculenta para limitarse a un mensaje. Gracias a ella, la chispa definitiva entre ellos se había producido.

Aspiró el aire que provenía del mar. Desde que su abuelo había comunicado la fatídica noticia sobre el cierre del Paraíso, se había centrado en el surf. Una voz interior le empujaba a tomar una decisión importante en su vida. Ya no tenía la responsabilidad de ayudar a su abuelo en la gestión del cine, y estaba libre para dedicarse a lo que se le antojase.

Quizá montar una escuela de surf es el desafío que necesito, pensó. Lo había hablado con Iris y ella le había prometido que le apoyaría en la decisión que tomara, fuera cual fuera. Pero sentía, a sus treinta y dos años, la necesidad de explorar con detenimiento otras opciones. Envidió a Darío y Enzo porque ellos ya habían elegido su camino y había salido a pedir de boca. Decantarse por el surf era una apuesta segura, pero ¿era lo que de verdad deseaba? ¿O quería aventurarse a la locura de montar un autocine con Iris?



La conversación entre Luz y sus compañeros del Ayuntamiento giraba sobre futuras exposiciones en Puerta del Mar, pero con el rabillo del ojo miraba a Darío jugar con Alma. Él se la había llevado afuera para que Ana y ella pudieran disfrutar de la inauguración. Daba la sensación de que le explicaba algo muy interesante porque su hija escuchaba con suma atención. Después, la alzó en volandas y empezó a cosquillear la barriga, causando que se partiera de risa. Se dio cuenta de que con Alma, Darío sonreía mucho más, casi como si fuera otro hombre distinto.

Le entraron ganas de acercarse y aspirar su aroma hasta quedar inconsciente. Qué atractivo está con el cabello revuelto y sin afeitar. Y ese polo blanco que lleva no se lo he visto antes. Le queda espectacular.

—Se te cae la baba, hija —le dijo su madre, justo detrás de ella.

—¿Eh? —dijo, girándose—. Anda, no digas tonterías.

—Sí, sí, tonterías —dijo Ana, con fina ironía.

—Así me quedaba yo mirando a tu padre cuando empezamos a salir. No podía quitarle los ojos de encima. Qué guapetón era, oye, y ahora no está mal. Quién tuvo, retuvo.

—Eso, tú no me presiones. Como si las cosas fueran tan sencillas.

—Pero si yo no diga nada, hija. Bueno, se lo he dicho a Juan: Darío tiene mano con los niños. Será un buen padre.

Luz pensó que hace unas semanas estuvo a punto de resignarse y admitir que Darío se le escaparía entre los dedos. Ahora, todo parecía encauzado. Sintió vértigo cuando fantaseó con la idea de Alma y ella abandonando la casa de sus padres para vivir en el faro. Los tres fundando un hogar, una familia con amor y confianza, como acercarse a la felicidad absoluta. Y se sentía preparada.

De repente, le entró una nueva ensoñación por la que viajó en el tiempo. Nada menos que cien años atrás.

«El faro de Puerta del Mar es un lugar remoto, alejado de la civilización. Darío, Alma y ella llevan años viviendo allí.

Luz se ha acostumbrado a visitar todos los días el gallinero, recoger los huevos, y después ordeñar las cabras, cuidar del huerto y encargarse de la limpieza y la comida. Alma ayuda, aunque a veces se escapa a explorar los alrededores. Se trae piedrecitas y conchas que guarda en una caja de coleccionista.

Darío se encarga de las tareas profesionales del faro, como inspeccionar las pesas del mecanismo de relojería que gira la óptica, vigilar los alrededores con prismáticos, y dar el parte mediante el equipo Morse. Al final de la jornada registra con lápiz los pormenores del día en su cuaderno de servicio.

Anochece. Es el cumpleaños de Alma y están en la cocina, alumbrados por una lámpara de petróleo. Darío da vueltas a la manivela del gramófono y a través del enorme altavoz de metal, brota la melodía de una música clásica que alegra el ambiente. A su alrededor, los estantes muestran latas en conserva de carne, pera y un tarro de azúcar. Alma sonríe encantada al recibir su regalo: un bonito suéter de color rosa que Luz le ha tejido en secreto.

—¡Gracias, mamá!

—Qué haríamos sin ti —le dice Darío a Luz, y la besa en la frente con dulzura.

Darío ayuda a Alma a ponerse el suéter. Le queda como un guante, y la niña se queda extasiada mirando el color intenso y rosado de la lana. Como si de repente se hubiera convertido en un faro que ilumina la cocina.

—Vendrá muy bien para el frío —afirma Darío, siempre práctico.

Luz abraza a su hija como si no la hubiera visto en una semana.

—¡Qué guapa estás, corazón!

Ambos ayudan a la niña a organizar su colección de piedras y conchas. La caja, hecha a mano, dispone de una cuadrícula de compartimentos donde Alma ha ido guardando sus pequeños tesoros, encontrados en la playa y en las cuevas de alrededor. Una auténtica exploradora.

—A este paso, de mayor será geóloga —dice Darío.

—Si es lo que le apasiona, me parece maravilloso.

Unos minutos después, Darío y Luz bailan de la mano al compás de la música. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Alma mira, encantada. Darío viste con una camisa caqui de mangas, tirantes y botas, y Luz con un vestido con volantes que llega a los tobillos y unas zapatillas de lona. No hay nadie a miles de kilómetros alrededor, pero a la familia Campos le es indiferente. Se han construido su mundo.

Con Alma ya dormida en su alcoba, ellos siguen en la cocina, envueltos por el bramido de las olas. El faro desafía a la noche y a la tormenta que se avecina. La estufa de queroseno caldea el ambiente, y la llamita de la lámpara de petróleo crea sombras en la pared.

—¡Cuéntame una leyenda! —exclama Luz, con un centelleo en los ojos y la barbilla apoyada

en la palma de la mano.

Darío carraspea para así ganar tiempo y acordarse de alguna que no haya contado a su mujer.

—Esta leyenda que te voy a contar, se la contó el farero al anterior farero antes que yo. Es decir, más allá del siglo pasado.

—Ahá —dice Luz.

—Resulta que una mañana al amanecer apareció un bote en la orilla. Había dos hombres en él con pinta de estar hidratados y desnutridos. El farero que los había encontrado, uno muy joven, avisó a su jefe, porque en aquella época, las tareas para mantener el faro eran tan complicadas que se necesitaban al menos dos hombres. Les dieron de comer y beber, y cuando se recuperaron al cabo de unos días, contaron que eran oficiales ingleses, tripulantes de un barco en el que hubo un motín y que acabaron por matar a todos los oficiales menos a ellos.

—¡Dios mío, qué terrible! —exclama Luz.

—Durante unas dos semanas convivieron los cuatro en el faro. Hubo que ajustar las provisiones, pero no hubo mayor problema. Los ingleses incluso ayudaron en las tareas de mantenimiento. Eran hombres con modales exquisitos y con mucho mundo a sus espaldas. Sin embargo, no parecían con prisa de volver a su país, y eso les extrañó a los fareros. Un día los ingleses desaparecieron de la noche a la mañana. Los buscaron por los alrededores por si acaso se habían perdido, pero no los encontraron. La barca con la que llegaron seguía en la orilla. Nada, ni rastro, ni una nota de agradecimiento. Dos meses después les llegó una carta de la Junta militar, en ella advertían de que dos presos ingleses se habían escapado de la cárcel de la provincia. Al leer las descripciones, los fareros se dieron cuenta de que eran los supuestos oficiales. ¿Imaginas por qué estaban en la cárcel?

—No.

Darío hace una pausa dramática.

—Por asesinato a sangre fría…».

Luz sintió un temblor por todo el cuerpo, justo cuando su madre la zarandeaba ahora en el viejo almacén, en medio de los invitados a la exposición.

—¡Hija, espabila, qué estás en Babia!

Ella soltó un respingo, y parpadeó hasta que la ensoñación se desvaneció por completo dejando paso a la cruda realidad.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Estabas en la luna o qué?

Tengo que dejar de leer tanto, se dijo.

—Pensando en mis cosas.

—Te decía que tu padre me ha enviado un mensaje para preguntarme qué tal la inauguración.

—Pues dile que muy bien.

—Te envió un mensaje pero dice que no respondiste. ¿Estás enfadada con él?

Se acordó del comentario de su padre en la terraza, aquella noche en la que Darío la dejó en el portal. La hizo sentir como una cualquiera.

—No, para nada —dijo, para no hablar sobre su padre en ese momento.

Se percató de que su móvil estaba apagado. Como no encendía, lo achacó a la falta de batería. Se acordó de que Darío guardaba el cargador en casa, así que dijo a su madre que volvería en un momento.

Ana la miró alejarse entre los invitados. Evitó confesarlo a su hija porque ella no creía en la divina providencia, pero hacía unos días puso una vela a la Virgen del Carmen para que Luz encontrara un buen hombre.

Le encantaba tener en casa a su hija y su nieta, aunque sabía que con el paso del tiempo Alma necesitaría una habitación propia. Luz disponía de recursos para alquilar un piso e incluso meterse en una hipoteca, pero continuaría necesitando ayuda hasta que Alma pudiera valerse por sí misma. Con alguien a su lado, todo sería más fácil para ella. ¿Será Darío ese hombre?

Por lo que ella sabía, él era una de esas personas a las que Puerta del Mar se le queda pequeño para sus sueños y ambiciones. Había viajado por medio mundo y volvió cargado de aventuras y misterios. De los tres hermanos, fue el que más sufrió cuando murieron sus padres. Si no recordaba mal, incluso sus abuelos lo llevaron a un reformatorio cuando ya no supieron qué hacer con él. Ahora, el incendio del Paraíso y antes el ictus de Juan. Dios mío, los Campos parecían una familia gafada.

Ana salió afuera a acompañar a la niña, que estaba jugando con Ron, quien se las había ingeniado para salir de casa y curiosear por los alrededores.

—Ah, estás ahí —dijo Yarina con un gesto de impaciencia. Se había pasado un buen rato buscando al perro.

Ana y Yarina intercambiaron una sonrisa cómplice. Alma susurraba algo a la oreja de Ron, quien movía el rabo alegremente.

—Veo que está buena compañía —dijo la ucraniana, que llevaba un vestido holgado de color blanco—. Creo que puedo *seguirr* con lo mío.

—¿Vive aquí, en el faro?

—No, solo trabajo por las mañanas.

—Ah —dijo Ana, aliviada.

Como su hija solo le había contado de que vivían los dos hermanos y el abuelo, se llevó un ligero susto pensando que era pareja de alguno de los tres. Entonces se le ocurrió que su nueva amiga Yarina quizá pudiera compartir algún cotilleo de los Campos, sobre todo de Darío.

—¿Lleva mucho tiempo con ellos?

—Desde que *murrió* la esposa de Juan, hace siete años.

—Ah, bueno, entonces ya es de la familia. Espero que la traten bien.

—Sí, muy bien, familia *encantadorra*.

—Pero ahora tendrá más trabajo en el faro, con Juan y los dos hermanos.

—Oh, yo solo ayudo a Juan. Limpio su cuarto, *preparro* comida… Darío me dijo que él que limpiaba su parte, aunque yo hago comida para todos. Les gusta.

—Eso está muy bien, sí —dijo, mirando de reojo a Alma—. Esta familia es seria, necesita más alegría. Se ha de notar la mano de una mujer.

—¡Eso es lo que yo les digo! —exclamó, clamando al cielo—.¡Pero solo *Arturro* me ha hecho caso!

—Darío no es muy tradicional, ¿verdad?

—Como se dice aquí, es muy suyo.

—Sí, se nota.

Ana pensó que su hija debía vivir en un piso o una casa, porque un faro parecía demasiado alejado. Pero hacía tiempo que había perdido influencia en Luz. Cuando era pequeña le hacía caso en todo, pero ahora de mayor hacía lo que se le antojaba. En el crucero, le advirtió sobre las intenciones del francés, pero su hija hizo todo lo contrario y como resultado se convirtió en madre soltera.



En su despacho, Darío conectó el móvil de Luz a la corriente eléctrica. La pantalla se iluminó al cabo de unos segundos y mostró la fotografía a modo de fondo de escritorio. Luz y Alma posaban sonrientes mirando a la cámara. Detrás de ellas, un tupido seto; la escena estaba bañada por la intensa luz del sol.

Se imaginó a sí mismo con ellas en la fotografía; los tres formando una familia. Ocupo el sitio de otra persona, el francés ese, pensó. ¿Me aceptará Alma como su padre? ¿Y si aparece Pierre de repente? ¿Cómo reaccionaré?

El sonido de la puerta del baño lo ancló en el presente. Oyó a Luz dirigiéndose al despacho y se apartó del móvil. Se sentó frente al ordenador y lo encendió por hacer algo. La inauguración seguía su curso y, a través de las paredes, se oía el apagado murmullo de voces proveniente del almacén.

—¿Tienes cosas que hacer? —preguntó ella cuando apareció por la puerta.

—No muchas. En realidad, nada importante —y cambiando de tema, le preguntó:—. ¿Quieres que te lleve a casa cuando todo termine?

—Gracias, pero no hace falta. Mi madre nos ha traído en el coche de mi padre.

Luz acarició con la mano la madera del archivador acristalado, donde se guardaban los libros y documentos del faro. Le agradó sentir el tacto de lo antiguo.

—Siempre quiso preguntarlo, pero lo he ido dejando. ¿Por qué no tienes carné de conducir?

—Sí lo tengo.

Darío adoptó una expresión de extrañeza.

—¿Entonces?

Luz abrió con cuidado una de las puertas del archivador. Le llegó el olor a cuero y papel viejo. Se fijó en que en el primer estante reposaba una pequeña escultura del faro con un grabado en la base. Quizá un recuerdo del farero que precedió a Darío.

—Lo que pasa es que no me gusta conducir. Hace unos años, antes de que naciera Alma, me pasó algo.

—¿Un accidente?

Luz cerró la puerta del armario con cuidado. Se acercó a él mientras evocaba las vertiginosas imágenes de aquel suceso.

—Regresaba de Málaga y llovía mucho. Mira que es raro que llueva por aquí, pero ese día tocó. Cuando estaba a punto de llegar a Puerta del Mar, perdí el control y el coche quedó en la cuneta. No me pasó nada, pero me llevé un buen susto.

—¿Y no has vuelto a conducir?

—No, pero tampoco he tenido una necesidad urgente de hacerlo.

—Deberías intentarlo, Luz. Ya lo sabes, aquí el coche es imprescindible.

—Pues yo me he manejado muy bien sin él —dijo, y se colocó a su lado.

En una muestra de cariño, pasó su mano sobre el hombro. Darío la rodeó a su vez por la cadera. Llevaba toda la mañana deseando tenerla así de cerca.

—Es mejor si no tienes que depender de nadie —dijo él.

—Cuando llegue el momento lo haré. ¿Cuál es la prisa?

Casi sin pensar en lo que hacía, como si estuviera dominado por un impulso ajeno a él, escondió una mano bajo su falda y acarició su muslo izquierdo.

—Puedo ayudarte si quieres —dijo.

Luz se estremeció al notar su mano fría sobre su piel. Le había pillado de improviso.

—Gracias, pero cuando llegue el momento ya veré lo que hago.

La otra mano tomó el muslo derecho y pronto se encontró con la falda subida hasta el vientre.

La cara de Darío frente a sus bragas. Todo había sido tan rápido qué no supo qué sentir.

—Quiero ayudar —dijo, y le bajó las bragas de un tirón.

Ella soltó un respingo.

—La puerta está abierta. Nos pueden ver —dijo, con un hilo de voz.

Darío se levantó de un salto y la cerró sin dudarlo. No había nadie cerca, aunque lo hizo por si acaso. Cuando se acercó a ella, atisbó en sus ojos una turbia y oscura sensación. Él se colocó detrás y la agarró por la cadera. Luz tenía las piernas medio abiertas.

—¿Ahora? ¿Con todos ahí?

El abrasivo calor que desprendía Darío la rodeó por completo.

—Te deseo, Luz —susurró.

Por un instante quiso ceder a su lujuria, pero se resistió como pudo. Algo dentro de ella le dijo que no era el momento apropiado. No, Darío, aquí no, quiso decirle, pero las palabras no brotaban, sepultadas por la excitación.

El pulso de él latía a mil por hora. El fulgurante calor recorría todo sus cuerpos y sus manos acariciaban deseosas pero ásperas.

Luz oyó el sonido de la cremallera al bajarse y se puso en tensión.

—¿Quieres? —preguntó Darío, jadeante, apretando el firme trasero de ella.

Luz tragó saliva. Una parte deseaba negarse y sabía que él lo aceptaría, sin embargo, su cuerpo temblaba por lo que ella era capaz de provocar en él una y otra vez. Un estado salvaje de lujuria que nunca se hubiera dicho que Darío guardaba en su interior.

—Sí —musitó.

Darío rasgó las bragas y estas cayeron al suelo. Después, le apartó las piernas. Luz se apoyó en la mesa con fuerza mientras procuraba aislarse de las voces que se oían lejanas. La embistió cogiéndola por las caderas. El despacho se llenó de gemidos breves y respiraciones entrecortadas.

Cuando ella se corrió, un estremecimiento se apoderó de todo su cuerpo. Una sensación explosiva que hizo que se mordiera los labios para evitar un grito.

Al derramarse en ella, Darío pensó que se moría de una pasión eterna. Cerró los ojos, abrumado por el intenso placer.

Poco a poco la realidad a su alrededor cobró forma. La mesa volvió a ser una mesa, la pared una pared y el murmullo de la gente volvió a ser un murmullo.

Darío se subió los pantalones en medio de una nube de remordimiento. Ella arrugó las bragas en la mano y pidió que las tirara a la basura con discreción. Ahora Luz se pasearía sin ellas y le angustió verse expuesta entre los invitados.

—Lo siento, Luz, perdóname —dijo, rebuscando entre lo más hondo de su ser las palabras que mejor definieran su estado de ánimo—. No hice caso de las señales. Me pasé.

—Fuiste caballeroso y me preguntaste —dijo, alisando la falda—. Yo te dije que sí.

—Pero te viste obligada.

—Te equivocas.

—Lo dices para consolarme —dijo, apartándose de ella.

—¿Quieres decir que tú sabes mejor que yo cómo me siento?

—No, claro que no.

Ella de nuevo se acercó a él.

—Escúchame, Darío —dijo, buscando su mirada—. Estoy enamorada de ti por muchas cosas, sobre todo porque eres un buen hombre.

—No lo he demostrado. Te noté tensa y seguí.

—Me gustó. Yo te di el permiso.

—Sí, de palabra —replicó, como si fuera insuficiente.

—¿Y en la camioneta? ¿Qué pasó cuando follamos en la camioneta la noche del restaurante?

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

Darío guardó silencio al carecer de una respuesta satisfactoria. Ella le hacía perder el control de sí mismo y dudaba de dónde se encontraba su límite.

—Volvamos. Se preguntarán dónde estamos —dijo Darío, acariciándole la mejilla.

Los ojos de ella centellearon.

—Como quieras.

Él la vio tan hermosa, tan entregada, que se dijo que lo último que deseaba en este mundo era ocasionarle algún daño.

CAPÍTULO 15

En la biblioteca, Luz había empezado su jornada con las tareas habituales de su puesto. La única diferencia con respecto a otros días era que en las mesas de lectura un grupito de adolescentes preparaba los exámenes de septiembre. En agosto era algo habitual, se reunían para compartir apuntes y resolver dudas en grupo. A veces elevaban la voz, por lo que ella les chistaba para evitar la molestia a otros usuarios y entonces, al momento, susurraban.

La mañana se desarrollaba como le gustaba, calmada y rutinaria. Además, por fin funcionaba el aire acondicionado. Después de insistir hasta la extenuación, habían enviado a alguien de mantenimiento. Cuando el imponente sol pegara a mediodía en las ventanas, se iba a agradecer una brisa fresca. De lo contrario, se hacía insufrible permanecer más de un minuto seguido en la biblioteca porque se convertía en un horno.

Estaba consultando cuánto quedaba para sus próximas vacaciones en el calendario de la mesa, cuando oyó que el bolso vibraba. Sacó el móvil y sonrió al leer el nombre en la pantalla. Iris.

Supuso que llamaba desde el banco, tal vez aprovechando un descanso. Se saludaron con cariño, e Iris entró de lleno en la razón de ponerse en contacto con ella.

—Amiga, que me ha dicho un pajarito que lo tuyo con Darío ya es oficial.

Luz dejó escapar una risita. Desde las mesas, los adolescentes levantaron la cabeza de los apuntes y la miraron con cierto reproche.

—Bueno, no lo hemos hablado. Todo está sucediendo de forma natural, sin prisas.

—Ya sabes que a Darío hay que “menearlo” un poco, si no lo vuestro aún sería una amistad platónica.

Luz se levantó del escritorio y salió al vestíbulo en busca de privacidad.

—Sí, es verdad. Él no tiene prisa —admitió, sonriendo.

—¿Y cómo fue ese primer beso delante de todos?

Primero lo evocó en su mente con todo lujo de detalles. Había recurrido a él más de una vez desde que sucediera un par de días atrás en la exposición. Y siempre notaba una corriente desbordante de felicidad.

—Me pilló por sorpresa. Yo no me atrevía a dárselo, pero estaba jugando con la niña y yo me acerqué, y de repente me cogió por la cadera.

—Vaya, vaya, con el sexy farero.

—Le vi que inclinaba la cabeza con los labios fruncidos y me dije: ¡No puede ser, no puede ser! ¡Me va a besar! Me quedé paralizada.

—Qué bonito, casi me lo puedo imaginar. ¿Y qué pasó después?

—Salimos fuera.

—¿Y tus padres qué te han dicho?

—Nada, bueno, a mi madre le cae bien, y mi padre… bueno, hay que darle tiempo. Espero que pronto Darío y él se conozcan de verdad.

—Claro, que las familias se conozcan será otro paso importante —dijo, y suspiró—. Ay, ya oigo campanas de boda.

—¿Qué? Buff, ojalá, pero eso es demasiado. Vamos paso a paso. ¿Y tú qué tal con Arturo?

—Muy bien, muy enamorada. El cierre del Paraíso le dejó tocado, pero estamos hablando mucho sobre su futuro. Le veo ilusionado otra vez.

—Me alegro mucho, Iris.

Se despidieron hasta muy pronto. Cuando colgó el móvil, Luz se quedó pensativa. Casi por casualidad, su amor por Darío había desembocado en una amistad con Iris. Y eso era algo en lo que no había reparado: las nuevas personas que entrarían en su vida de una manera más íntima. Arturo, Iris, Enzo, Juan… Ella empezaba a formar parte de la familia Campos, aunque ahora se sintiera muy lejana a ellos, como una invitada de honor. Saboreó la idea de pertenecer a una familia numerosa, con una legión de cuñados, sobrinos y abuelos. Los domingos, un almuerzo con todos. Entonces también cayó en la cuenta de que Iris y ella tenían algo en común: eran hijas únicas.

Minutos después, la mañana continuó desplegando sorpresas agradables. Poco antes del cierre de la biblioteca apareció Darío. A pesar de que hablaban todas las noches, él no le había desvelado su plan de acercarse a la biblioteca y, por un momento, pensó que había sucedido algo grave.

—Todo bien, tranquila —le dijo, después de besarla al ver su cara intrigada—. Solo pensé en venir y decirte hola.

Estaba guapísimo con la piel tostada por el sol y los ojos claros y brillantes.

—Me gustan los holas inesperados —dijo ella.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, sin mucha carga de trabajo. El grupito de estudio se fue hace un rato y he estado sola desde entonces. A esta hora ya no suele venir gente. ¿Y tu día qué tal?

Darío se apoyó en el mostrador.

—Una mañana muy intensa, con unas cuantas visitas que querían conocer el faro. Además, la exposición sigue atrayendo gente y lo mejor de todo es que gusta, muchos me preguntan si va a estar siempre.

—Qué bien. El trabajo ha merecido la pena. Formamos un buen equipo —dijo ella, sonriendo.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo, también sonriendo. Entonces levantó un dedo y dijo:—. Espera un momento. Ahora vuelvo.

Se fue hacia la puerta caminando con apremio, la abrió y desapareció. En la biblioteca solo se oía el ronroneo del aire acondicionado.

—Bueno… —dijo Luz, desconcertada.

Enseguida la puerta se volvió a abrir y ella supo el porqué de esa repentina marcha. Su cara se iluminó. Darío llevaba un precioso ramo de flores.

—Espero que te guste.

—Muchas gracias —dijo, con el corazón tierno—. No me gusta, me encanta.

El cautivador aroma de las rosas la embargó por completo. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien le obsequiaba un ramo? No lo recordaba. Luz rodeó el mostrador y le estampó un sonoro beso en los labios.

—Quiero invitarte a cenar —dijo él, animado.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Le preguntaré a mi madre si puede cuidar de Alma. Seguro que me dirá que sí.

—Genial —dijo, golpeando ligeramente el mostrador—. Te recojo a las nueve en tu casa.

—Qué ganas de que llegue la hora.

Cuando Darío salió del ayuntamiento, le costaba no sonreír. Las personas con las que se cruzaba pensaban que a ese hombre le había tocado la lotería. Miró su reloj de pulsera y apuró el paso, ya que estaban a punto de cerrar su ferretería habitual. Necesitaba comprar una cinta métrica, porque la que siempre usaba se había estropeado. Revivió el instante en que Luz se dio cuenta de que llevaba el ramo. Su sonrisa, su ilusión y su mirada llena de agradecimiento.

La melodía del móvil interrumpió sus pensamientos. Lo sacó con rapidez del bolsillo. Se sorprendió al saber que era Mario quién llamaba. Qué casualidad, justo hacía unos días pensaba en él.

—¡Mario! —dijo al descolgar.

—Hola, Darío. ¿Cómo estás?

Siguió caminando hacia la ferretería.

—Muy bien. ¿Y tú, cómo te va la vida de jubilado?

—No me puedo quejar. Je, je, je. Me paso las mañanas pescando y por las tardes en casa o me doy un paseo. Tranquilidad, mucha tranquilidad, como a mí me gusta.

La voz de Mario sonaba cascada, como la de un hombre que ha pasado por una larga enfermedad y empieza a recuperarse.

—Eso está bien.

—Ahora en el verano se está muy bien por aquí. Pero los inviernos son duros y eso no me gusta tanto. Pongo poco la calefacción porque la luz está por las nubes. ¿Cómo está mi querido faro, con achaques como yo?

—Intento mimarlo cómo hacías tú. Esta mañana he activado el grupo electrógeno de reserva, y he cambiado unas cuantas baldosas de la terraza, tenían ya las juntas muy dañadas.

—Yo también tenía que cambiarlas cada año. Y los tornillos de latón de la linterna, ¿siguen dando guerra?

—Como siempre, Mario. La semana que viene tengo planeado cambiar uno de los cristales, que se ha agrietado. ¿Te acuerdas cuando me enseñaste a hacerlo?

—Claro, hombre —Tosió—. Casi se nos cae el cristal al suelo. Fue un susto morrocotudo, ¿eh?

—Pero tuvimos buenos reflejos, sí.

—Darío, te llamo por una cosa —dijo, con cierta solemnidad.

Se pegó el auricular a la oreja para escucharle mejor. El ruido del tráfico no le dejaba oír con claridad.

—En la prensa —continuó— he visto la noticia de que el faro acoge una exposición.

—Sí, sobre mujeres fareras.

—¿Fue idea tuya?

—No, de una amiga —dijo, consciente de que no había dicho novia o pareja—. ¿Por qué?

—Nada, nada, se me hace extraño ver mi faro convertido en un circo, con tanta gente… —dijo, con disgusto—. Parecía una fiesta. Fíjate, pensé que se habían equivocado de faro, que el de Puerta del Mar no era, imposible, totalmente imposible.

Darío detuvo el paso y buscó un lugar donde hablar con calma. Se desplazó hasta el portal de

un edificio. Si cuando terminase de hablar la ferretería ya había cerrado, volvería al día siguiente.

—Los tiempos cambian, Mario.

—Pues vaya mierda. Te lo dije muchas veces, el faro es como un templo. Somos como monjes con una gran responsabilidad. Si viene gente, se les recibe con ganas pero otra cosa es montar un centro comercial.

—Es solo una exposición temporal…

—Decide lo que tú creas conveniente —interrumpió—, pero solo quería darte mi opinión. Como si te quieres casar y tener hijos. Para mí eso no es ser farero, es ser otra cosa. El faro ahora está bajo tu responsabilidad. Haz lo que quieras.

—¿Qué tiene que ver casarse y tener hijos?

Mario suspiró, como si fuera un tema que hubiera hablado cientos de veces.

—El faro es un lugar con encanto, mitológico pero es frío, aislado y viejo. Por eso yo no me casé ni nada. No es un sitio para una mujer ni para niños.

Cuando terminó la llamada, negó con la cabeza, incrédulo por lo que acababa de escuchar. Sin pensarlo, reanudó el camino hacia la ferretería. Necesitaba movimiento para sacudirse la angustia. Se aisló de todo lo que le rodeaba: los escaparates de las tiendas, el claxon del coche, el niño que lloraba en el carrito, la música de la peluquería, los turistas tomando fotos, el calor asfixiante…

Había decepcionado a su viejo mentor, al hombre del que aprendió el oficio sin pedir nada a cambio. Evocó el día que recibió de sus manos curtidas las llaves del faro, el orgullo palpitando por todo su cuerpo, y se fijó en el llavero en forma de ancla que ahora llevaba en el bolsillo del pantalón. Brillaba bajo la luz del sol. Darío, a pesar de ser maduro e independiente, sintió el reproche de Mario cómo óxido en sus huesos.

~

Cuando Darío se fue de la biblioteca, Luz se dejó envolver de nuevo por la fragancia de las rosas. Acarició los pétalos con la yema de los dedos. Hermosos y frágiles al mismo tiempo. Sin dudarlo, en cuanto llegara a casa las pondría en su dormitorio. Se las enseñaría a Alma y le diría que es un regalo de Darío.

Después de la exposición en el faro le había notado en sus mensajes al móvil algo distante y taciturno, pero el detalle de las flores compensaba con creces. Ahora que lo pienso voy a ir a casa con el ramo, qué vergüenza, me va a ver la gente, se dijo.

De repente, se acordó de que Iris le había sugerido que sus padres y Darío se conocieran oficialmente. Sí, ese sería el paso siguiente para consolidar su relación. Sintió que la biblioteca temblaba cuando pensó que quizá él hubiera pensado lo mismo, y que se lo propondría en la cena. Darío dirá algo así como: Luz, creo que es hora de que tus padres y yo sepan que estamos en una relación seria.

Sonrió de oreja a oreja, ilusionada. Ella responderá, muy digna: Claro, la verdad es que me parece una maravillosa idea. Oye, ni se me había ocurrido.

Frena, Luz. Como siempre, construyes castillos en el aire. Tu imaginación va por un lado y la realidad por otro. Ya lo sabes, lo conoces bien, Darío se toma las cosas con mucha calma. Navega a su ritmo. Qué raro que ahora envíe una señal tan obvia, aunque un ramo de flores puede encerrar otros significados. ¿Podía ser arrepentimiento por el polvo tan rápido que echamos en el despacho?

Procuró serenarse mientras recogía sus cosas. Era la hora de irse a casa. Sin soltar el ramo,

apagó el ordenador y echó un vistazo a su alrededor por si acaso se dejaba algo pendiente. Su compañero abriría en una hora y quería que la biblioteca estuviese impecable.

Darío volvió de nuevo a ocupar su mente. Un hombre honesto como él avanzaría en la dirección correcta. Sus rodillas temblaron cuando se le ocurrió pensar que él propondría en la cena que vivieran juntos. ¿Por qué no? El mes que viene Juan volverá a su casa y Enzo a la suya, por lo tanto el faro se quedará libre. Quizá sintiera la necesidad de compañía. Los tres construirían, juntos, una vida única. Sonaba precipitado, pero se conocían desde hacía mucho tiempo y, lo más importante, estaban enamorados.

En la cena, Darío la cogerá de la mano y se lo pedirá. Ven al faro con Alma y vivamos mil aventuras. Ella se abalanzará sobre la mesa y lo besará como en las novelas. Caerán sobre el suelo bajo las miradas estupefactas del resto de las mesas y después se levantarán azorados.

¿A qué restaurante me llevará? No importa, tengo que ir a la peluquería. Después de comer llamo a Toñi y que me haga un hueco. ¿Y qué me voy a poner? Su fondo de armario tenía la respuesta.



En su dormitorio, Darío, recién duchado, se vestía para la cena con Luz. Antes, confirmó con el restaurante la mesa para dos frente al puerto. Enzo le había sugerido el lugar. Era íntimo, acogedor y con un precio asequible. Idóneo para el romanticismo.

Se abotonó la camisa blanca de algodón de mangas cortas y después se enfundó los pantalones beige de pinzas. Sintió un hormigueo en el estómago, y se preguntó si a Luz le sucedería lo mismo. Solo quedaban treinta minutos para que se vieran y deseó que ya estuvieran ambos en el restaurante, disfrutando de la cena y conversando con absoluta normalidad.

Había sido un acierto regalar las flores. Lo había pensado con minuciosidad, quizá demasiado. Dudó si era un detalle anticuado o no. Finalmente se decidió porque la dependienta, joven y resuelta, le había visto indeciso y se animó a convencerlo. Un ramo sencillo que solo quería decir «he pensado en ti».

Justo cuando se calzaba, Juan llamó a la puerta. Darío le invitó a pasar y su abuelo se quedó de pie, junto al armario, apoyado en el bastón. Llevaba un buen rato leyendo, así que prefirió no sentarse.

—¿Has quedado con Luz?

Llevaba días esperando hablar con su nieto sobre su relación con ella, pero ignoraba cómo afrontar la conversación.

—Vamos a cenar al puerto.

Juan asintió con la cabeza, complacido. Hubiera dado lo que fuese para que Sofía viviera ese momento. Darío preparándose para una cita con la bibliotecaria. En algún momento recordaba haber hablado con Sofía sobre ella. También le parecía una excelente persona para su nieto mayor.



Atardecía sobre Puerta del Mar. Eran casi las nueve. El sol se retiraba lentamente hacia las montañas y una bandada de pájaros surcaba el cielo en su último viaje del día. La luz era suave y clara, y la temperatura era de una agradable calidez.

En la terraza del piso de sus padres, Luz se asomaba a la calle esperando ver de un momento a otro la camioneta de Darío. Se alisaba el vestido con las manos con cierta frecuencia, y se decía a sí misma que ya estaba bien de mirarse al espejo, así que no lo haría más hasta que llegara.

Alma estaba ya durmiendo después de un baño relajante. En la cama, le había relatado un improvisado cuento de princesas y enseguida cerró sus ojitos y se entregó al sueño. Le dio un beso en la frente y pidió que le deseara suerte para la cita con Darío.

Le hubiera gustado que Alma la viese con el vestido nuevo. Estaba convencida de que se hubiera quedado con la boca abierta. Al mediodía, después de terminar en la biblioteca, había quedado con Estefi en el centro comercial para que la asesora. Luz no era una mujer de grandes lujos, pero decidió que se merecía un capricho, pues la ocasión lo justificaba.

Entraron y salieron de las tiendas durante una hora larga, en la que recuperó la ilusión de que lo suponía ir de compras con las amigas, como antes de que naciera su hija. Estefi señaló vestidos rebajados que no estaban mal, sin embargo, Luz se enamoró de uno morado con un discreto escote y estrecho en la cintura. Le gustaba que la falda llegara hasta las rodillas. Le incomodaba llevar vestidos demasiado provocativos. En los probadores, Estefi, después de examinarla de arriba a abajo, dio su beneplácito.

Faltando a su palabra, salió de la terraza y volvió al cuarto de baño para estudiarse frente al espejo por enésima vez. A través del móvil, Iris aconsejó sobre cómo resaltar sus ojos y lo había cumplido a pie juntillas. Por supuesto, la belleza de Iris era imponente y nunca obtendría el mismo resultado, pero lo que veía en su reflejo le agradaba. Y eso supuso una súbita inyección de ánimo.

Usó el perfume que le había regalado su madre por su cumpleaños. Apenas sin uso, el frasco acristalado de marca francesa languidecía en el armarito del baño. Se roció estratégicamente detrás de las orejas, codos y muñecas. Una búsqueda en internet informó de más ubicaciones sugerentes, sin embargo, tampoco deseaba parecer que se había bañado en el perfume. Le pareció suficiente en esos lugares, donde se imaginó en cada uno un beso apasionado de su sexy farero. Aspiró la fragancia de madera, ámbar y esencias, y sintió que la envolvía un halo de sublime elegancia.

Por último, en su dormitorio revisó el bolso recién comprado con el mayor sigilo para no despertar a Alma. No entraba en sus planes de compra, pero lo descubrió en el escaparate y se dijo que conjuntaba a la perfección con el vestido nuevo. En casa se dio cuenta de que, a causa del tamaño, se vería obligada a trasladar el contenido imprescindible del viejo bolso al nuevo. Entre otros objetos, dejó a un lado las toallitas húmedas que siempre llevaba por si acaso su hija se ensuciaba jugando.

Cuando observó nerviosa que la camioneta se detenía en doble fila, frenó el impulso de bajar corriendo. No, espérate, deja que te envíe un mensaje. Si no, vas a parecer desesperada.

Unos minutos después, sentado en la camioneta, Darío se quedó atónito cuando vio salir a aquella mujer por el portal del edificio. Por un instante no la reconoció. Para él, Luz había sido siempre una mujer hermosa y especial, pero quien se aproximaba era todo fulgor. El cabello, la piel, el vestido y la manera de caminar con tacones hacían que se detuviese el tiempo.

La vio sonreír cuando abrió la puerta. Sí, era ella. Ya no cabía la menor duda. Al besarla en los labios sintió el temor de que ella desapareciera de repente, que fuera un espejismo. Sin embargo, Luz siguió a su lado, derramando belleza.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

Darío parpadeó. Tendría que haber alquilado un coche de lujo que combine con su vestido, pensó. ¿El coche del abuelo? Antiguo aunque con clase, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Eh?

—Te has quedado pasmado.

Darío arrancó el motor, pero estaba tan turbado que casi acelera sin quitar el freno de mano.

—Estás… distinta.

—Gracias, igualmente —dijo, con ironía, abrochándose el cinturón.

—No, quiero decir, que estás muy guapa.

Luz albergó la sensación de que la tarde en el centro comercial, el dinero invertido y el tiempo arreglándose, había merecido la pena.

—Gracias —dijo, emocionada.

Y después intuyó que sería una noche inolvidable.

CAPÍTULO 16

Empezaba a anochecer cuando llegaron al restaurante italiano más célebre del puerto, Il Fontana. La luna gravitaba por un cielo despejado y azul, aunque pronto se transformaría en otro más oscuro e inspirador. El restaurante estaba ubicado frente al espigón, que dividía la playa en dos orillas casi idénticas. El mar, inabarcable y solemne, estaba en calma. El horizonte marcaba una línea precisa, y más allá, se adivinaba la forma misteriosa de las montañas de Argelia y Marruecos.

Una joven uniformada les recibió con una ligera inclinación de cabeza, y les condujo hasta su mesa. El mantel era de un blanco prístino, la cubertería estaba bañada en plata y las copas de cristal brillaban como nuevas. A su alrededor, había otras mesas ocupadas, parejas o familias que conversaban con animosidad y discreción. Los camareros se movían con armonía, portando las bandejas con elegancia y sin perder la sonrisa.

Luz se quedó embelesada por los cuadros al óleo que adornaban las paredes. Retrataban escenas de diferentes monumentos emblemáticos de Italia. Recordó entonces que los abuelos maternos de Darío procedían de ese país, y le entró curiosidad por su relación con la familia.

—Estamos en contacto. Nos llamamos por cumpleaños y festividades, ya sabes. La última vez que fui a visitarles fue hace tres años, antes de que me dieran el faro. Mis abuelos son los típicos italianos, tradicionales, familiares, bulliciosos… Les encanta Roma, de allí era mi madre.

—¿Hablas italiano?

—*Yes, very good*.

Luz soltó una risita y negó con la cabeza, como diciendo qué tonto. Le gustaba que a veces la sorprendiese con su sentido del humor.

—¿Tienes hambre? —preguntó Darío.

—Un poco. ¿Y tú?

—También —dijo, leyendo la carta de vinos—. ¿Te apetece blanco o tinto?

—Tinto, por variar un poco.

De entre un rango de precios asequible, Darío eligió un vino al azar, pues no era un entendido como su hermano Enzo. Es más, tampoco era un fanático del alcohol. Solo lo tomaba en las reuniones u ocasiones especiales, como aquella. El camarero tomó nota en su dispositivo electrónico, y se marchó raudo para ordenar los primeros, una ensalada César para ella y carpaccio para él.

—Me encanta que me hayas traído aquí —dijo Luz, mientras se dejaba cautivar por el atractivo de Darío.

Él se colocó la servilleta sobre el regazo.

—Y a mí que dijeras que sí a la invitación.

—He puesto el ramo en mi dormitorio para verlo en cuanto me despierte. Como en verano duermo con la ventana abierta, no hay problema.

—Tendría que habértelo regalado antes.

Ella deslizó su mano sobre el mantel de lino, y tocó con suavidad la de Darío hasta cubrirla por completo. Notó sus dedos finos y alargados, la cálida piel y el cosquilleo de la caricia. Ella alzó la mirada y se encontró con la de él.

—Darío, eres perfecto.



Las primeras estrellas empezaron a brillar en la noche. Las luces del paseo marítimo se encendieron. Una agradable brisa marina entró por la terraza y les rodeó mientras degustaban los segundos. Luz se había pedido un apetitoso risotto con mariscos y Darío unas suculentas chuletas de cordero. Brindaron por el éxito de la exposición sobre las fareras.

—Qué contenta estoy de aportar mi granito de arena para que su labor se reconozca. No sé, me he sentido útil.

—Yo también, pero en un futuro no muy lejano nos sustituirán a todos, hombres y mujeres, por máquinas que controlarán los sistemas por remoto. El capital humano es costoso de manejar. Es mucho más fácil dar un cheque a cambio de una contrata.

—Es una verdadera pena, Darío.

—Son los tiempos que corren. Hay que adaptarse.

—Me encanta nuestro faro y si encima lo llevas tú, el doble —dijo, esperando descubrir una reacción en su rostro.

Los ojos color miel de Darío brillaron mientras bebía un poco más de vino.

—Te confieso que al principio tenía un poco de… ¿miedo? —dijo Luz.

—¿Por qué?

—Pensaba que se me notaría lo que siento por ti y te echarías atrás… que estarías incómodo. Cada vez que iba al faro creía que sería la última vez.

La sinceridad de ella era tan abrumadora que Darío no pudo más que estar a su altura.

—La verdad es que accedí a montar la exposición por ti, porque sabía que nos veríamos más a menudo. Esa fue la principal razón.

El corazón de Luz latió a más velocidad.

—Quería tenerte cerca y al mismo tiempo temía hacerte daño. Son como dos fuerzas opuestas.

—Me alegro de que ganara la primera.

—Yo también.

Se produjo un silencio, y Luz pensó que ese sería el momento en que Darío pediría que vivieran juntos. Bebió un trago de vino paladeando el sabor amargo y afrutado.

—Pasaos más a menudo por el faro —dijo, como si se le acabara de ocurrir—. A Alma le gusta, ¿verdad?

Luz escondió su frustración como pudo y se contentó con entrelazar sus dedos con los suyos.

—Le vuelve loca.

—Quiero que conmigo estéis cómodas, que os sintáis como en casa.

—Supongo que eso es el amor. Sentir un hogar en el corazón de la persona amada.

Darío sonrió y le dijo que estaba de acuerdo. Sin poder evitarlo, Luz volvió a tener un rayo de esperanza. Después de terminar el postre (un tiramisú delicioso), que compartieron según

manda el protocolo con dos cucharillas, fueron a pasear.

Darío y Luz caminaban cogidos de la mano. El paseo marítimo vibraba con la gente que iba y venía, disfrutando del clima benigno y una noche de promesas. Se oían conversaciones en otros idiomas que provenían de las mesas de otros restaurantes. Los grupos de adolescentes, vestidos con sus mejores galas, que habían quedado para salir, reían con facilidad y celebraban su juventud. A lo lejos las olas moldeaban la orilla con infinita suavidad y sobre el mar, brillaba el reflejo de la luna.

—Ha sido una cena maravillosa —dijo Luz—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una buena comida y con la compañía, claro.

—Será un bonito recuerdo al que regresar muy a menudo.

Pasearon unos metros cuando, algo en el ambiente hizo a Darío detenerse sin soltarla de la mano.

—Espera.

—¿Qué ocurre?

Se colocó delante de ella y, bajo la luz de una farola, la estrechó contra su pecho. Sostuvieron la mirada cómplice, aquella que empezó en el colegio, y dejaron que el influjo de Puerta del Mar los envolviera. Entonces Darío la besó largamente. Ella cerró los ojos y contuvo el aliento esperando las palabras que llevaba deseando escuchar desde la invitación a cenar.

—Te quiero, Luz.

No eran estas, pero valían por esa noche. Sintió un nudo en la garganta. Le acarició la mejilla con la yema de los dedos. Le gustaba el tacto varonil de su barba de tres días, como si pudiera transformar la aspereza en tersura.

—Yo también te quiero, Darío.

Se volvieron a besar y se olvidaron del murmullo de la gente a su alrededor.

—Vamos al faro —susurró él—. Enzo ha salido y mi abuelo ya se habrá acostado.

Su voz insinuante le llegó a lo más profundo, a ese lugar recóndito que se despierta con una ardiente emoción y se apodera de todo el sistema nervioso.

—Vale —dijo, con la voz trémula.

Casi una media hora después, llegaban al faro en medio de la penumbra. En lo alto, la luz se proyectaba a intervalos hacia la profundidad del mar. Ella pensó que no solo era una potente señal marítima, sino una deslumbrante señal al universo, a todo el misterio fascinante e insondable más allá de las estrellas.

Al abrir la puerta, Ron les fue a saludar. Darío le acarició la cabeza y cuando olió a Luz movió el rabo alegremente. Después se fue a hacer compañía al abuelo.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó a Luz en voz baja.

—No, gracias —dijo, sintiéndose aún achispada por el vino de la cena.

Darío la tomó de la mano y la guio en sigilo hasta su dormitorio. Ella notaba el ritmo acompasado del corazón en los oídos. Antes de entrar, se quedó un instante sola de pie mientras Darío encendía la luz de la mesita de noche. Llevaba el bolso colgado de ambas manos. De repente, la estancia se iluminó para ella. Era la primera vez que estaba ahí.

Una cama enorme de edredón blanco se situaba en el centro, cuyo cabecero era de madera barnizada. Al pie de la cama, reparó en un viejo baúl de piel donde imaginó que guardaría mantas y quizá calzado para el invierno. Cerca de la ventana, reparó en un armario de otra época, no muy ancho, que debieron de usar los fareros precedentes. En la puerta había fijado un espejo de medio cuerpo y, en lo alto, reposaba el petate.

—Me encanta —susurró ella.

Darío cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido. Después, con un movimiento lento, cogió el bolso y lo dejó sobre el baúl. Pensó que esta vez el sexo sería diferente a las anteriores, más reposado y tierno. Él primero la complacería.

La llevó de la mano hasta la cama. La luz tenue de la lámpara de la mesita de noche creaba una atmósfera tan íntima, que el silencio se volvió cómplice, como si a través de él casi pudieran tocar los sentimientos que los unían. Luz se echó sobre la cama y sus brazos rozaron el suave edredón. Entonces Darío, tomándose su tiempo, subió la falda hasta las rodillas. Acariciar su piel, excitar su libido, llevarla a la cumbre. Ese fue el mantra al que se acogió, su ruta de navegación; porque el cuerpo de Luz era como el océano, único, radiante y portentoso.

Darío masajeó su sexo activando las zonas erógenas hasta que ella se mordió los labios y arqueó la espalda, sucumbiendo a un temblor profundo. Suspiró levemente con los músculos relajados. Allí, en el dormitorio del hombre que amaba, se sintió en el mismo centro del amor en mayúsculas, y fue como si una ola lenta y fresca la cubriese de los pies a la cabeza.

Una vez que ella llegó a la cumbre, deseó complacer a Darío, pero este le dijo que no se preocupara. A veces ser generoso, dejar a un lado el deseo propio, es lo más erótico. Y ese detalle, que él se centrara en darle placer y se olvidara de su áspero libido, provocó que el corazón de Luz casi estalla de amor.

Solo un rato después, cuando ella se sació de él, Darío se hundió en su cuerpo, entre suspiros discretos aunque rebosantes de pasión. El silencio profundo de la noche los protegía y estiraba su mundo para que el tiempo se desenvolviera con mayor lentitud. Así, cada mirada, cada caricia, cada temblor parecía interminable.

Después, quedaron de costado, medio abrazados, hablándose con la mirada. Darío retiró un mechón de cabello de la mejilla y lo colocó detrás de la oreja. Luz tocó sus labios con los dedos, invocando las palabras que cambiarían su vida: «Venid al faro, vivid conmigo y juntos formaremos un hogar». Pero esperando a que él las pronunciara, cayó dormida.

~

En los abismos del sueño, Darío estaba de nuevo a bordo del Moller-Maeresk, en la cabina de mando. Oía las voces intransigentes de los piratas somalíes impartiendo órdenes en la cubierta. Le dolía la espalda, se moría de hambre y apestaba a sudor. ¿Hacía cuántos días que el mercante estaba secuestrado? ¿Tres, cuatro o cinco? Resultaba desconcertante no saberlo con certeza. Su mente discurría con lentitud, seguramente a causa de la fatiga. Ni siquiera se atrevía a mirar por la ventana. A veces bastaba una chispa irracional para despertar la cólera irrefrenable de los piratas.

Aun así, quiso ponerse en pie pero fue imposible. Cualquier esfuerzo requería una gran cantidad de energía y sus depósitos se encontraban vacíos. ¿Qué sería de sus compañeros? ¿Por qué le aislaban del resto? De repente, se fijó en una mancha negra que se movía en el cielo de abajo a arriba. Enseguida reparó en que era un pájaro de plumaje oscuro. Un cuervo.

¿Un cuervo en alta mar? Carecía de sentido.

A plena luz del día, el pájaro aleteaba sobre el mercante, como un testigo privilegiado de lo que ocurría. Volaba con soltura, se acercaba, se alejaba, aparecía y desaparecía de su vista. De vez en cuando, con el pico apuntando hacia abajo, soltaba un graznido. De repente, oyó el sonido de una metralleta y el cuervo, nervioso, movió sus alas y se cobijó en las alturas. Seguramente los piratas se divertían con él como una manera de aligerar el aburrimiento.

La puerta de la cabina se abrió con un estruendo y apareció el manco Boyah, el líder de la

banda. Era tan alto que agachó la cabeza al entrar. Fijó sus ojos sanguinolentos en Darío y puso los brazos en jarra.

—Nombre y puesto —ordenó con una voz cavernosa.

A pesar de su extrema fatiga, Darío respondió con aplomo, intentando sacudirse el miedo que atenazaba su espina dorsal.

—Ahora tus estúpidos jefes van a ver que vamos en serio —dijo Boyah, gruñendo.

Darío le miró extrañado pero enseguida comprendió a qué se refería. Boyah empezó a propinarle una serie de patadas con una bota cuya punta estaba reforzada de acero. A pesar de que Darío se encogió y se cubrió con los brazos como pudo, notó los golpes machacando sus huesos. El dolor era tan infernal que soltó un grito. Pero eso no fue nada cuando Boyah lo levantó y lo empujó con violencia hacia la ventana. Antes de caer al suelo, vio en el pasillo a Kelly tumbado bocarriba, su mejor amigo a bordo, el operador de máquinas, un irlandés afable y leal. Estaba bañado en sangre con un tiro en la frente. Darío gritó con todas sus fuerzas.

—¡Darío! ¿Qué te pasa? —preguntó Luz, sacudiéndole por los hombros.

Ambos yacían en la cama, desnudos. Las primeras luces del alba se filtraban a través de la cortina. El grito la había despertado de sopetón. Ella sintió su piel helada y dura como una roca. Volvió a preguntar con angustia qué le pasaba.

Al principio a Darío le costó reconocer la voz de Luz. Poco a poco fue abriendo los ojos y al verla centellearon. Ella se asustó al descubrir, en el fondo de su mirada, una oscuridad latente.

—¿Eh? —dijo él, desorientado.

—Tenías una pesadilla—dijo, estudiando su reacción—. ¿Estás bien?

Darío parpadeó y se incorporó levemente. Sí, había sido una pesadilla. Una recurrente a lo largo de su vida. Aspiró aire y al soltarlo sintió el cuerpo tenso. Siguiendo su instinto, Luz cubrió su hombro de besos, pero él aún se encontraba lejos.

—Estás temblando —dijo ella, preocupada.

Darío ni siquiera se había dado cuenta.

—Tengo algo de frío.

Se encogió un poco más. Entonces ella lo abrazó por la espalda con la intención de compartir el calor de su cuerpo.

—¿Qué has soñado?

Notó un cierto alivio al tenerla tan cerca. Su abrazo era una protección contra lo adverso del mundo.

—Ya no me acuerdo —dijo, pero no era verdad.

Como siempre, se acordaba con todo lujo de detalles. La imagen real de Kelly muerto le vino a la cabeza por un instante.

—Duerme un poco más, aún es temprano —susurró ella al oído.

Darío cerró los ojos pero intuyó que no dormiría más. Su voz interior parloteaba sin cesar. Se preguntó por qué había sufrido la pesadilla con ella a su lado, que era todo paz y bondad. Parecía como si su mente quisiera decir algo, ¿una advertencia sobre los cambios que se producirían en su vida? Se acordó de la conversación telefónica con Mario, su reproche sobre el estilo de vida. Él lo conocía bien y no le deseaba ningún mal. Si se lo había dicho, era porque sabía de lo que hablaba.

~

Luz se despertó al cabo de una media hora. La luz del sol entraba con más claridad. Le

sorprendió descubrir que se encontraba sola en el dormitorio. ¿Dónde estará Darío? Aguzó el oído por si identificaba algún ruido de la casa, pero solo oyó el rumor del mar. Su vestido reposaba sobre el respaldo de la silla, doblado. Se levantó de la cama y se vistió, mientras reconocía en su interior la desilusión por la esperanza creada la noche anterior y no cumplida.

Quizá había identificado erróneamente las señales. El ramo de flores, la cena en el italiano, para ella todo apuntaba en una dirección. Vivir juntos. Incluso fantaseó con que llamaba a sus amigas para contarles la novedad, y ellas la felicitaban o le enviaban emojis de corazones y sonrisas radiantes. ¿Y Alma? Se la había imaginado dando saltitos y palmadas al enterarse de que dispondría de un cuarto propio en el faro.

Suspiró mirando a su alrededor. Despertarse cada mañana aquí, junto a él. Qué bonito escenario para su amor. Ni la mejor escritora hubiera podido inventar un lugar como este.

Ahuecó las almohadas, y colocó la sábana y el edredón. Pensó que debería contentarse con visitas esporádicas, y no pudo evitar caer en la tentación de buscar una justificación por la que Darío no propuso que se mudaran al faro.

Sí, seguro que esperará hasta el mes que viene, cuando vuelva a vivir solo.

Hizo un balance de lo que había sido su relación. Ella siempre había dado el primer paso. El primer beso en el paseo marítimo fue gracias a ella. La cena en el apartamento alquilado donde hicieron el amor la primera vez, fue también a iniciativa suya, bueno de Iris. De hecho, fue Iris quien lo empujó, bueno, mejor dicho, lo engañó para que acudiera. Que Darío se tomaba las cosas con una lentitud exasperante, era algo que nadie podía discutir, pero formaban parte de su encanto, de su manera de vivir.

Llegó a la conclusión de que si sus avances habían sido positivos, ¿por qué no tomar la iniciativa en el siguiente? Podía comentarlo con la mayor naturalidad, como una semilla que se siembra esperando que dé fruto más adelante. Enseguida notó mariposas en el estómago. Solo requería sobreponerse a los nervios. Pan comido, ¿verdad?

~

A plena tarde, Darío aparcó la camioneta en el centro de Puerta del Mar y se dirigió a la calle Jacinto Benavente. Tenía una cita. La potencia del sol casi derretía las aceras, por lo que fue buscando la sombra de árboles y edificios. Sus hermanos se ofrecieron a acompañarle, pero Darío pensó que era una buena idea presentarse solo en casa de Diana. Tres hombres quizá hubieran dado la sensación de que deseaban amedrentarla. Nada más lejos de su intención. Solo querían desentrañar el misterio.

Después de la impaciente llamada de Diana al faro preguntando por Juan, los tres se habían reunido y acordado de que hablarían con ella para conocer la naturaleza de su relación con el abuelo. Es cierto que Enzo se había opuesto por considerarlo demasiado invasivo, pues, bajo su punto de vista, cualquiera que fuera el vínculo con esa mujer, no les incumbía. Su abuelo era un adulto y, por lo tanto, dueño de sus acciones.

Sin embargo, Darío y Arturo le convencieron de que preferían pedir disculpas que arrepentirse de no haber intervenido a tiempo. Eran demasiados cabos sueltos. El primero, la supuesta relación íntima con Diana; el segundo, el dinero mensual que entregaba al hijo. Además, la avanzada edad de su abuelo sacaba a la luz el instinto protector de los Campos. Lo que más les preocupaba era su salud.

Para sorpresa de Darío, Diana aceptó sin reserva alguna reunirse con él y fue ella quien propuso que se vieran en su piso. Así pues, a las cinco en punto llamó al timbre del portero

automático. Recordó que Salvi ya le había indicado por dónde vivía: en el edificio donde se irguió por mucho tiempo la antigua estación de autobuses. Fue la primera de muchas señales del progreso de la pequeña ciudad costera. Ahora, la estación se encontraba en la periferia, así el acceso era mucho más sencillo para los usuarios de los alrededores, y el tráfico del centro se descongestionaba de vehículos grandes.

La cerradura de la puerta vibró y empujó para entrar al vestíbulo, donde descubrió, al leer el rótulo del buzón, el apellido de Diana, Gómez. Al parecer, vivía sola, puesto que no había más nombres, aunque podría haber omitido a su hijo.

En realidad, lo único que sabía de ella era que había trabajado en el Paraíso allá por el 2006, cuando aún vivía su abuela, pero no sus padres. En esa época tenía diecinueve años. Demasiado joven para acordarse de una empleada que pasó fugazmente por el cine.

Como Diana vivía en la primera planta, Darío descartó el ascensor y subió por las escaleras. Un joven de unos quince años abrió la puerta. Según Rosa y Elena, se llamaba Isma. Vestía con una camiseta deportiva de tirantes que dejaba ver unos brazos delgados pero fuertes. Llevaba un corte de pelo a la moda: degradado con raya, y un arete plateado decoraba su oreja derecha. Concordaba con la descripción facilitada por Yarina. Por lo tanto, él era quien recogía el dinero en el bar.

Darío se presentó y dijo que su madre le esperaba. El joven asintió con la cabeza y le invitó a pasar.

—¿Todo bien? —preguntó Isma, con una sonrisa de pillo.

—Sí, gracias —respondió, sorprendido por su desparpajo.

Enseguida le llegó el olor a comida caliente, por lo que pensó que tal vez acabaran de almorzar, pese a que era tarde. El vestíbulo era pequeño, y con un espejo colgado a una altura más baja que Darío e Isma.

Al pasar enfrente de una de las habitaciones atisbó el uniforme de una empresa de reparto, que colgaba de un perchero. Al momento, Darío dedujo que pertenecía a Isma, e imaginó que por las tardes se sacaría un dinero ejerciendo de repartidor. Sentía admiración por la gente joven que a la vez que estudiaba sacrificaba su tiempo libre para trabajar.

Diana le esperaba en el salón. Se levantó y le estrechó la mano con cierta firmeza. A Darío le sorprendió, puesto que la mujer era menuda y delgada, de hombros enjutos. Tenía una nariz alargada y unos ojos de mirada lánguida.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Diana.

—No, gracias.

—¿Seguro que no quiere un café?

Darío acabó aceptando más por cortesía que por verdadera necesidad, ya que no deseaba mostrar incomodidad o ansia por marcharse cuanto antes.

—Isma, cariño, ¿te importa preparar café? —pidió Diana.

El hijo fue a la cocina y su madre sonrió a Darío, orgullosa de la educación que le había inculcado. Diana llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, en la que asomaban algunas canas. Calculó que su edad sobrepasaba los cincuenta años, aunque aparentaba unos cuantos más. Vestía con una blusa negra muy holgada, sin mangas, y unas mallas del mismo color con las pantorrillas al aire. Debía de ser la ropa que usaba para sentirse cómoda en casa.

—Bonita casa —dijo Darío.

—Gracias —dijo Diana, cerrando los ojos lentamente, consciente de que era un cumplido para romper el hielo—. Lo mío me ha costado. Bueno, es del banco, pero cada vez menos.

La ventana de la terraza, que daba a un patio interior, estaba cerrada con el fin de que no

entrase el intenso calor de la tarde. Un ventilador de aspecto económico refrescaba el ambiente desde un rincón. Todo en el salón era austero y práctico.

—¿Llevan mucho tiempo viviendo aquí?

—Se puede decir que toda la vida. Es pequeño, pero los pisos están tan caros que no es posible mudarse a uno más grande. No todos tenemos la suerte de que el Estado pague nuestra casa.

Lo dijo con una cara que reflejaba cierto pesar, aunque Darío se preguntó si en realidad se estaba refiriendo a él, ya que vivía en el faro sin pagar por ello.

—Suerte u obligación, todo depende cómo se mire —dijo, con una tibia sonrisa.

Diana había conocido a Darío en diferentes etapas de su vida, aunque ahora ya algo lejanas. Comprobó cómo el paso del tiempo había endurecido sus rasgos faciales, y su voz sonaba grave y decidida. Sin embargo, prefirió no mencionar nada sobre esto.

La llamada telefónica de Darío le había sorprendido, y por un instante pensó en negarse. Era lo más sensato dado el acuerdo que mantenía con Juan Campos. Sin embargo, pensó que si se negaba despertaría sospechas. Ahora que lo tenía delante se percató de que una parte de ella tenía curiosidad por volver a verle.

—¿En qué te puedo ayudar? Por teléfono solo me dijiste que se trataba sobre el cine.

—Mis hermanos y yo estamos preocupados.

—¿Por qué?

Darío no era un hombre que se andase con rodeos, por lo que decidió entrar de lleno en el asunto.

—El otro día usted llamó al faro y preguntó por el abuelo. Sabemos que trabajó en el Paraíso, y sabemos también que le pasa una mensualidad, pero ignoramos el motivo. Nuestro abuelo no lo quiere decir, y dado la situación económica tan delicada por no hablar de su estado de salud, nos gustaría saberlo.

Isma trajo los cafés junto a un vaso con piezas de hielo, del que ambos se sirvieron. Después se marchó del salón, y Darío oyó cómo cerraba la puerta de su dormitorio.

—Trabajar en el Paraíso fue una bendición para mí —dijo Diana, con un deje nostálgico—. Vosotros no me recordáis porque erais muy jóvenes, pero yo sí os recuerdo muy bien. Se notaba que tú eras el mayor por tu sentido de la responsabilidad, mientras que Enzo y Arturo preferían pasarlo bien.

—Usted empezó en el 2006, ¿no?

—Sí.

—Me extraña que no la recuerde.

—Estuve poco tiempo, y soy más bien tímida. Además, tampoco estabais todos los días, solo los fines de semana.

—¿Por qué dejó de trabajar en el cine?

—En esa época yo estaba casada con Juanma. Llevaba poco tiempo. Si no recuerdo mal, entré a trabajar a principio del verano y la boda fue el 18 de enero. A Juanma no le gustó que yo trabajara. Es un hombre chapado a la antigua, ya sabes. La mujer, en casa. Pero necesitábamos dinero porque Juanma estaba en el paro. El hotel le había echado y no encontraba trabajo por ninguna parte de lo suyo, de administrativo.

Se oyeron voces del piso de arriba y Diana guardó silencio un instante. Momento que Darío aprovechó para fijarse en que no llevaba alianza, por lo que dedujo que se había separado o divorciado de ese tal Juanma.

—Mi marido no podía soportar que yo trajese dinero a casa —continuó, y estiró los labios en

una señal de disgusto—. Eso hizo que nuestras discusiones fueran cada vez más frecuentes. Discutíamos casi cada día. Fue una época muy dura en mi vida. Me levantaba con fuertes migrañas y me ausentaba del trabajo en el cine. Tu abuelo se dio cuenta de que algo me pasaba. Y se comportó como un caballero, me dijo ¿qué necesitas? Nunca lo olvidaré. Dime qué necesitas, Diana.

La emoción que desbordaban sus palabras, hizo que Darío se removiera en la silla. Estuvo tentado de posar una mano sobre su antebrazo, sin embargo, no se atrevió.

—Después, cuando ya había dejado el Paraíso, me divorcié y Juanma, que ya había encontrado trabajo, me pasó una pensión para cuidar de los hijos, pero hace unos cinco años se casó con otra mujer y dejó de pasármela. Está denunciado en el juzgado, pero ya sabe cómo de lento es la justicia y mientras tanto hay que pagar las facturas y dar de comer a Isma.

—Y mi abuelo se ofreció a ayudarla.

Diana asintió lentamente.

—Tu abuelo vale su peso en oro. Tienes mucha suerte de tenerle. Le dije que devolvería el dinero —dijo, con voz frágil—. Lo siento, Darío, no tengo a nadie más a quien recurrir. Espero que no haya causado un problema en la familia.

—Mi abuelo nunca quiso decirnos el motivo.

—Seguramente lo hizo por mí, para protegerme. Puerta del Mar es una ciudad pequeña, pero con alma de pueblo, y los rumores van y vienen.

—¿Cuánto tiempo lleva ayudándola?

—Buff, hace mucho, casi ni me acuerdo, pero no cada mes, sino de vez en cuando.

—Pero ¿desde cuándo?

Isma apareció en el salón vestido con una camiseta deportiva, pantalón corto y con un balón bajo el brazo. Dijo que se marchaba al entrenamiento. Se despidió de su madre con un beso y estrechó la mano de Darío.

—Su sueño es ser futbolista —dijo Diana, una vez que su hijo se hubo marchado—. Dice su entrenador que es muy bueno.

—Perdón, preguntaba desde cuándo la ayuda.

—No lo recuerdo bien, pero ya te digo que devolveré todo el dinero.

Cuando Darío se marchó de la casa, albergó sentimientos contradictorios. Lo único de lo que estaba convencido es que sus hermanos debían saber acerca de lo hablado con Diana lo antes posible. De camino de vuelta al faro, en el coche reflexionó sobre el matrimonio y sobre la infelicidad que puede causar en las personas.

CAPÍTULO 17

Arturo llevaba toda la semana misterioso. Había pedido a Iris que no creara planes para el sábado por la mañana, ya que visitarían un lugar importante. A pesar de su insistencia, había sido imposible sonsacar más información a su futuro marido. Cada vez que le había preguntado, su respuesta había sido un encogimiento de hombros. ¿De qué se trataría? «Un lugar» era demasiado ambiguo, podía ser cualquier cosa. La fecha de la boda era inminente, ¿guardaría relación? Ella se había encargado de cerrar todos los detalles relevantes y dudaba de que alguno se hubiera escapado.

Así pues, llegó el sábado por la mañana. El día amaneció con un fulgor naranja tiñendo el cielo. Se oía el canto de los pajarillos y en el aire flotaba la humedad del rocío. El misterio pronto se desvelaría, sin embargo, Iris no pudo evitar intentarlo por última vez. En la cama, ronroneando como una gata, cubrió el cuerpo de Arturo con una pierna mientras que con la mano acaricida el pecho.

—Si me dices adónde vamos, te prometo…

Como siempre, a Arturo el cuerpo de Iris le resultaba demasiado tentador y consideró que un buen polvo mañanero sería el mejor inicio posible del día. Sin embargo, se mantuvo en sus trece. Nada de ceder a chantajes sexuales… al menos esta vez.

—No pienso decirte nada —dijo Arturo, malévolo donde los haya, consciente de que la estaba torturando con el suspense.

—¡Serás…! —exclamó ella, y acto seguido le obsequió con un buen almohadazo en la cara, que acabó por despertarle del todo.

Desayunaron un café y tostadas contemplando cómo los rayos del sol iluminaban poco a poco Puerta del Mar. Había una sensación de agradecimiento por contemplar cómo la luz se derramaba sobre los tejados, las calles y sobre todo el Mediterráneo. El goce era el doble al tratarse de un sábado. El trabajo en el banco quedaba pausado hasta el lunes. Por delante, el fin de semana o dos días de vacaciones, como a veces les gustaba percibirlo.

—¿Vamos en tu coche? — propuso Arturo cuando ya se vistieron.

—¿Está muy lejos?

Concedió en otorgar una mínima pista.

—Cerca. Llegaremos en quince minutos.

En el Fiat, con Iris al volante, decidieron repasar la lista de reproducción de la música que se oiría en el banquete. El DJ se la había pedido con antelación. La mezcla de estilos era curiosa. Mientras que a ella le gustaban grupos como Coldplay o solistas como Ellie Goulding, Arturo se decantó por algo más oscuro y melancólico como Muse. Le había acompañado en sus inicios en el surf, como una manera de relajarse antes de las competiciones.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Arturo.

El barrio donde residían quedaba atrás y circulaban por la autovía. El tráfico era ligero.

—¿Por la boda?

—Sí.

A modo de respuesta muy evidente, Iris resopló.

—Prefiero ni pensarlo. ¿Y tú?

—Bueno… —dijo, sonriendo—. Tengo ganas de que ya sea el día y que estemos de viaje a Roma.

—Por fin conoceré a tu familia italiana, *ragazzo*.

—Qué fuerte. Mi *mamma* va a acompañarme al altar. Cuando se lo dije, casi le da un infarto.

—Será un momento muy bonito.

—Le diré al abuelo que en cuanto se vaya el matrimonio inglés, tenemos que preparar las habitaciones. Tus padres se quedarán en mi dormitorio, y mis abuelos en la de Enzo. La de Darío para mis primos. Tu amiga de Londres, ¿viene al final?

—Aún no me lo ha confirmado, pero si por lo que sea no encuentra hotel, se queda en el sofá de mi casa.

—Darío tendrá espacio de sobra en el faro. No creo que le importe que alguien duerma allí. Siempre y cuando se le avise con antelación. No le gustan las sorpresas.

—Ya le empiezo a conocer. Ah, ¿sabes que fueron a un restaurante italiano y que echaron un polvo en el faro?

—¿Te lo ha contado Luz? El muy canalla se lo tenía guardado. ¡Bien por mi hermano!

—¿Podría ser la segunda boda de los Campos?

—Buff… No lo sé, creo que aún queda mucho para eso. Mi hermano es muy pasota, rollo me lo tomo todo con mucha calma.

—Pues Luz no se va a quedar de brazos cruzados.

—¿Qué va a hacer?

—Le propondrá que vivan juntos en el faro.

—Parece precipitado.

—Quizá sí, pero ella está cansada de vivir con sus padres y sobre todo está muy enamorada. Además, fíjate en nosotros, no somos el mejor ejemplo de paciencia.

—Es verdad —dijo, soltando una risita de culpabilidad—. En tres meses, boda; ni vivir juntos ni leches.

—¿Para qué esperar, verdad, cariño?

—Cuando se tienen las cosas claras… —dijo, mirándola con arrobo.

Arturo pidió que tomara el desvío hacia la montaña. Entonces Iris intuyó que la llevaba a uno de esos pueblecitos de casas encaladas plantados en mitad de la sierra. Un paseo romántico por las estrechas callejuelas, cañas y tapas. Sonrió al imaginarlo, pero Arturo captó el detalle.

—No, cariño, no vamos de paseo rural —le dijo.

—¿Es que tienes telepatía?

—Ya me gustaría —respondió y mirando por la ventanilla, añadió:— Tranquila, estamos llegando.

—Dame una pista. ¿Tiene algo que ver con la boda?

—Frío, frío.

Se le ocurrió que tal vez deseara enseñar un piso donde vivirían juntos, pero habían acordado que vivirían en la enorme casa del abuelo. A ella siempre le había ilusionado. Cuando regresaran de Roma les esperaba una mudanza intensa. Como había sido previsora, guardó un par de días

del permiso de dos semanas del banco por la boda para ese fin.

—Tuerce aquí —le dijo señalando hacia la derecha.

Ante ellos se extendía una carretera de tierra con baches que descendía hacia un frondoso pinar. Iris puso segunda y aminoró la velocidad. Estaba cada vez más intrigada.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

—Ahora lo verás.

Cuando llegaron al final de la cuesta, pasaron una curva y recorrieron unos cien metros más. Iris abrió los ojos de par en par. Frente al pinar había un descampado en el que se alzaba lo que parecía ser una vieja fábrica de mármol. A su lado, se fijó en varios montículos de piedras de considerable altura.

—Puedes parar aquí mismo—dijo Arturo.

Iris se quedó muda. La fábrica tenía pinta de estar abandonada a su suerte. Se veían graffitis, ventanas sin cristal y quicios sin puertas. Apagó el motor y se quedó de brazos cruzados, sin salir de su asombro.

—Te preguntarás por qué te he traído aquí —dijo Arturo.

Sin quitar la vista de enfrente, ella le respondió con una pizca de ironía:

—No, para nada.

Arturo, sonriendo para sí mismo, bajó del coche seguido de Iris. Era un momento decisivo en la vida de él, y se tomó un instante para pensar en cómo iba a contar su visión. El aire estaba cargado de polvo, sin embargo, el esplendor de la naturaleza se sobreponía a todo. Detrás de la fábrica, los esbeltos pinos creaban un cobijo de sombra fresca, y al otro lado del descampado, en el manto de la colina lucían arbustos, helechos y plantas. Se oyó el canto de los pájaros, libre y armonioso.

—Fíjate en este lugar, Iris, ¿qué es lo que ves? —preguntó con los brazos abiertos, abarcándolo todo.

—¿Una fábrica abandonada?

—Yo veo una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Esto es un entorno cojonudo, fuera de la ciudad, pero no muy lejos, accesible en coche, pero sobre todo tranquilo, muy tranquilo.

—¡Venga, suéltalo ya!

—Calla, no me interrumpas —dijo, divertido—. Desde que el abuelo nos contó que no reconstruiría el Paraíso y nos daría el dinero de la venta del local, he estado pensando dónde invertirlo. Lo primero que pensé fue en una escuela de surf.

—Recuerdo que lo hablamos.

—¿Es lo más lógico, verdad? Conozco bien el mundillo, pero no me acababa de convencer del todo, no supe por qué hasta que se me ocurrió una nueva idea, de hecho fue más bien recuperar una vieja idea. ¿Estás preparada?

—Y tú, ¿estás preparado para el guantazo que te voy a dar cómo no lo desveles ya?

Arturo estalló en una carcajada. Nunca la había visto tan ansiosa, así que más valía desvelar ya la sorpresa.

—Aquí construiremos el autocine.

—¡Por fin te has decidido!

—Quiero darle una vuelta y no solo será el típico autocine para ver una película y ya está. Habrá un restaurante, y un escenario para conciertos y se podrá alquilar para eventos privados. ¿Qué te parece?

La cabeza de Iris echaba humo. Se imaginó el plan de Arturo. En lugar de la fábrica vio una enorme pantalla y una gran cantidad de coches enfrente. A un lado, el restaurante con gente comiendo y un escenario con un grupo cantando frente a un público entregado. Empezó a notar una corriente de excitación, tan abrumadora que saltó para abrazarlo.

—¡Me parece una idea alucinante!

Arturo sonrió de oreja a oreja. Su entusiasmo era conmovedor.

—La idea es darle un aire moderno a un concepto antiguo.

—Me encanta, además no hay ninguno por la provincia.

—No, ninguno. Solo en las grandes capitales.

—¡Sin competencia! —Se detuvo de repente—. Espera, ¿la fábrica está en venta?

—Estoy en negociaciones con el dueño. Está hecho, bueno, casi hecho. Antes de firmar el acuerdo te lo quería contar, porque quiero que el autocine sea algo nuestro, tuyo y mío. Cariño, eres una crack con las cuentas, planes de negocio y todo eso. Quiero que los dos llevemos el negocio. Sin ti, el autocine será una ruina. ¿Qué me dices?

—Ven aquí —dijo ella.

Le cogió por la camiseta con ambas manos y devoró su boca con una pasión inusitada. Se sentía feliz de que hubiera pensado en ella.

—¿Responde esto a tu pregunta?

—Mmmm… Pues no me ha quedado claro. Necesito una explicación más profunda —dijo, acercando sus labios para una nueva dosis de arrebato.

—¡Idiota! —dijo, entre risas, antes de fundirse en un nuevo beso.

Arturo explicó que iba a pedir a sus hermanos que se unieran al negocio, que invirtieran también su parte del dinero. Deseaba que fuera un negocio familiar, como lo fue el Paraíso.

—Por eso la escuela de surf no te encajaba, ¿verdad?

—Claro, no sé cómo explicarlo, pero lo veía demasiado mío. El autocine es más de todos.

—Eres un valiente, cariño. Ya verás, cómo todo sale bien. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias, amor.

Se subieron al coche, pero antes de arrancar a Iris se le ocurrió una última pregunta.

—¿Cómo lo vas a llamar?

Arturo asintió, como si esperase la pregunta. Días atrás, lo había pensado con detenimiento. Después de descartar varios nombres, llegó a la conclusión de que solo había uno posible.

—Nuevo Paraíso —dijo, mirando a la fábrica.

Ella sonrió. Le gustaba el homenaje a su abuelo y bisabuelo. Era una excelente manera de que el cine siguiera vivo en el recuerdo.

—Es perfecto.

—Qué ganas tengo de ponerme manos a la obra.

~

Darío nunca se lo esperaría, por lo que Luz se animó a confiar en el plan, en el efecto de la sorpresa de sugerir que vivieran juntos. En muchas ocasiones la atmósfera, si está lograda y evoca un sentimiento común, es un aliado magnífico para conseguir el propósito. Entonces, ¿qué mejor aliado que un paseo en barco frente a la costa de Puerta del Mar?

Sería inolvidable navegar en un mar en calma, quizá hasta descubrieran delfines. Ambos se apartarían del mundo por unas horas, tomarían cerveza y un tentempié, notarían en sus rostros el frescor de la brisa marina. Observaría a Darío manejar el timón con manos expertas y soñaría que

se dirigen hacia el horizonte. Y el faro les protegería señalando el regreso al hogar.

No costó convencer del paseo en barco cuando se lo propuso por teléfono. De hecho, aceptó al momento. Amaba navegar y desde que había vuelto del mercante no se había subido a un barco.

—¿Vendrá Alma? —preguntó él.

Le encantó que pensara en ella, aunque no le sorprendió porque sabía el cariño que la profesaba. La esperanza proyectó en su mente escenas en las que ellos fortalecerían su vínculo, como un padre y una hija. Sin embargo, tendrían lugar en el futuro. Ahora necesitaba estar a solas con él, por eso de nuevo sus padres habían acudido al rescate cuidando de la pequeña.

Cuando se dirigía al puerto para hablar con el dueño del velero para arreglar el alquiler, no pudo evitar caer en la fantasía de cómo será el momento cumbre. Echarán el ancla frente a la orilla en un sitio escondido, a una distancia prudente del espigón; se bañarán y después se tumbarán en la cubierta para secarse al sol. El cuerpo musculoso y rudo de Darío, jaspeado de gotitas saladas, será un espectáculo erótico y ella lo acariciará con devoción. La inercia de las olas mecerá la embarcación, pero no se darán cuenta porque estarán mirándose, como si solo vivieran el uno para el otro.

Después, se lo preguntará. Sí, ese será el momento idóneo. Sin darle la mayor importancia, como si le acabara de ocurrir. «¿Por qué no vivimos juntos?». Darío la mirará, sorprendido, pero enseguida sonreirá, con la mano apoyada en la cabeza, el cabello húmedo. Guapísimo.

—Darío, estoy enamorada de ti hasta la última fibra de mi cuerpo. Llevamos esperando demasiado tiempo, ¿no crees? Quiero que seamos una familia. ¡Darte hijos! Serás un padre estupendo. Seremos muy felices.

Se oirá el chapoteo del agua, las gaviotas surcando el cielo, el verano en su apogeo. Entonces él le besará la mano con exquisita delicadeza, como si fuera un personaje salido de una novela de Jane Austen.

—Me has leído la mente, querida mía —dirá Darío, con una forma de hablar decimonónica —. Quería comunicártelo, pero no encontraba el insigne momento… Temía que replicaras con una negativa. En cuanto vuelva a estar a solas en mis aposentos, os ayudaré a emprender la mudanza a tu nuevo hogar. Brindemos por una vida larga y próspera, llena de acontecimientos dichosos…

Frena, Luz, que Darío no habla con ese vocabulario tan pomposo, se dijo a sí misma, una vez que volvió a la realidad. Se encontraba en el velero con él, pero aún no se había atrevido a lanzar la propuesta que tanto deseaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó a Darío, que agarraba el timón con la mirada perdida—. Te veo muy pensativo.

Luz estaba sentada a un lado, con las piernas estiradas y bajo la lona que protegía del sol del mediodía. Se habían servido un poco de cerveza y abierto una bolsa de patatas.

—En Diana Gómez.

Darío le había relatado su encuentro con ella.

—Pobre mujer —dijo Luz.

—Sí —dijo escuetamente.

—¿Tus hermanos han dicho algo más?

—Solo lo que te conté. Cuando les informé se quedaron también sorprendidos. Ninguno esperaba una respuesta así. La verdad es que todos esperábamos otro tipo de persona.

Darío recordó la conversación con sus hermanos en el faro. En el ambiente flotaba estupefacción, pero también alivio y orgullo. Su abuelo no era víctima de un chantaje o estafa. Al

ayudar a esa pobre mujer demostraba una nobleza encomiable.

—¿Y cómo se lo ha tomado Juan?

—De momento no le hemos dicho que fuimos a ver a Diana. Lo haremos un poco más adelante. Ahora, por fin, todo está en calma. Asunto cerrado.

Luz se fijó en la mirada de Darío mientras agarraba el timón, anclada en el horizonte con determinación e independencia.

—Alquilar el velero ha sido una idea espectacular —dijo él—. Espero que no haya sido muy caro.

—El dueño es amigo de mi padre, así que ha hecho un buen descuento.

—Te compensaré.

—Bueno, me invitaste al restaurante y fue una de las cenas más bonitas de mi vida. Quería ser agradecida.

—Parece que fue ayer cuando navegaba por estas aguas para ganarme la vida, después de dejar el mercante. Y fue hace cinco años ya.

—El tiempo pasa volando. Dentro de poco mi Alma será toda una mujer, y hace nada que la tenía entre mis brazos en el hospital.

¿Se lo digo ahora?, pensó Luz.

Las gaviotas graznaban de alegría. El cielo era un lienzo de un azul radiante. El velero, empujado por la brisa y con la vela menor desplegada, se deslizaba raudo por la superficie. Luz se inclinó, alargó el brazo y dejó que el agua humedeciera su mano. La sensación era tan suave y fresca… Casi parecía una escena de anuncio de perfume.

—¿Te gusta este sitio para un chapuzón? —preguntó Darío.

—¡Sí! ¡Me encanta!

Darío arrió la vela, se acercó a la proa y echó el ancla. Se oyó el chof y pronto tomó posesión del fondo marino. Miró a su alrededor. A pesar de se encontraban lejos de las rutas de los mercantes y trasatlánticos, se cercioró de que ningún peligro acechaba. Como capitán, era el responsable de la seguridad de Luz. Solo había una embarcación a motor, un yate lujoso, propiedad de algún millonario extranjero, y estaba a una distancia considerable.

Regresó a la popa donde Luz le esperaba. Ella se despojó del pareo y bajó por las escaleras dejando que el agua la cubriese poco a poco. Al principio, el frío estremeció su piel, pero enseguida mientras movía las piernas y braceaba, su cuerpo reguló su propia temperatura.

Darío se quitó la camiseta y el calzado, y optó por lanzarse de cabeza. ¡Al agua patos!, exclamó, ante la atenta mirada de ella. La zambullida fue muy plástica, con los brazos y las piernas formando una línea aerodinámica. Antes de emerger, se tomó un instante para disfrutar de la completa sensación de ingravidez. Con los ojos cerrados, aleteando con los pies, se fundió con las entrañas del mar. El escondite que le aislaba de todo y todos.

Salió a la superficie con ansia de respirar. Después nadó usando el estilo braza hacia Luz, quien la recibió con una sonrisa.

—Qué buena está el agua… —dijo ella.

La rodeó con sus brazos de manera que sus manos, bien abiertas, atraparon el trasero. Ella abrió las piernas, se colgó de su cadera y apoyó los brazos sobre los hombros. Estaban frente a frente. Darío olió el cabello húmedo y quedó prendado de las gotitas que moteaban su rostro.

Bajo el sol cegador, se besaron paladeando el sabor de la sal.

—No quiero volver a la orilla —dijo él, moviendo las piernas para no hundirse.

—¿Por qué?

—Quiero que estar así contigo, siempre. Juntos.

Luz le miró con una dulzura infinita. Pensó que después de todo él iba a proponer que vivieran juntos antes que ella.

—Yo también, y Alma. Los tres podemos ser muy felices. Formar una familia.

Darío se apartó un poco, lo suficiente para recuperar la autonomía de su cuerpo.

—Estoy muy enamorado de ti, Luz.

—¡Y yo también, Darío!

Él tragó un poco de agua, pero la expulsó enseguida.

—Si quieres, quédate un rato más —le dijo—. Yo no puedo descuidar el velero por mucho tiempo.

—Voy contigo, amor.

Se secaron con las toallas a la sombra del techo de lona. Se había instalado un silencio algo tibio. Luz había sentido el distanciamiento de Darío, pero no quería darse por vencida.

—Somos unos privilegiados, ¿no crees? El clima, un velero… Se vive bien en Puerta del Mar.

Darío extendió la vista por la costa, abarcando la pequeña y acogedora ciudad.

—Nunca debí haberme ido. Este es mi sitio.

Luz se acercó y lo abrazó.

—Ya no tienes por qué marcharte.

—Desde luego que no. Te tengo a ti —Sonrió—. Eres una maravilla de mujer. Lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella vio la emoción desbordante en sus ojos. No, no podía equivocarse esta vez. El corazón dio un latido fuerte como un cañonazo al intuir lo que se avecinaba.

—Estaba pensando… —Se mordió los labios—. ¿Por qué no vivimos juntos?

Ya está. Hecho. Sintió como si algo se liberaba en su interior que había estado encerrado por meses, años y décadas.

—¿En el faro?

—¿Dónde si no? Escúchame —dijo, pensando que cuando terminase de hablar exigirá una respuesta clara—. Quiero un hogar para Alma y para mí. El hombre de mi vida tiene que ser también un padre para ella, y creo que tú eres perfecto. Los tres podemos ser muy felices.

Darío aspiró aire lentamente. Sabía que tarde o temprano llegaría el momento de afrontar la situación. Creyó que estaría preparado, pero no había sido más que mentirse a sí mismo. Obedeciendo un impulso, recorrió la cubierta y se agachó para recoger el ancla. Se fijó en el óxido que la recubría por las puntas.

«Como dijo Mario: los faros no son para las mujeres, pero no puedes decirle eso. Acabas de ayudarle a montar la exposición de fareras. Quedarías como un imbécil. Además, sabes que no es verdad».

Luz no daba crédito a lo que veía. La indignación bullía en su interior. ¿Por qué se queda callado? Di algo por Dios santo.

Se acercó hasta donde él estaba.

—Responde, Darío —dijo, con voz trémula.

Él siguió concentrado en la pesada cadena de eslabones del ancla, que iba acomodando en el compartimento con un tintineo metálico. Ella sintió el arrebato de zarandearle para que se dejase de tonterías y la mirase.

—Volvamos al puerto —dijo Darío.

—¿Cómo?

Se fijó en la expresión pétrea de su cara. No quedaba huella del hombre del que estaba

enamorada. Parecía otro, más oscuro y viejo. Su corazón se marchitaba por momentos.

—¿Es que no vas a decirme nada más? ¿Eso es todo? ¿Volvamos al puerto?

Darío, notando su cuerpo rígido como una roca, volvió a apoderarse del timón y miró al cielo. El viento soplaba en dirección contraria. Le pareció buena idea usar el motor para volver al embarcadero.

—¿Qué quieres que te diga, Luz?

—¡Que me respondas!

—Después, cuando atraquemos —dijo, encendiendo el motor mediante la palanca de cambios.

—¡No! ¡Ahora! —exclamó, apagando el motor.

Darío tragó saliva. Nunca la había visto tan enfadada, pero no podía culparle por ello. Era consciente de que le había hecho daño, quizá un daño irreparable. Luz, entre afligida e indignada, exigía una respuesta inmediata. Con qué facilidad un día radiante se había convertido en uno pésimo. Daba miedo pensarlo.

—Lo siento, pero no soy el hombre que necesitas —dijo, procurando elegir bien las palabras.

Luz no apartaba la mirada de él. Sin darse cuenta, tenía los puños apretados. Tomó aire lentamente para formular la pregunta.

—¿Por qué?

Darío apretó los labios. Qué difícil era hablar de las emociones.

—Necesitas un hombre de familia, un marido, un padre… Yo no me veo así.

—Me mentiste cuando decías que me amabas. Solo querías… usarme.

Sexo. Esa sería una respuesta fácil y clara, pensó Darío. Pero todo era más complejo.

—Te deseaba y te sigo deseando, y también estoy enamorado. Una cosa no quita la otra. Esa es la verdad.

Ella seguía sin comprenderlo y, de repente, en su mente cristalizó una posible razón.

—¿Es por Alma?

—No, en absoluto —dijo, categórico—. La adoro.

—Entonces, no lo entiendo —dijo.

—Tampoco es fácil de explicar. Ni tengo una respuesta clara. Solo sé que me he sentido solo toda mi vida y que no conoces todo de mí. No es lo mismo pasar un día juntos que vivir juntos. Ya sabes cómo soy, no sé si puedo dar tanto de mí.

—Tampoco te he pedido que te cases conmigo. ¿Suponías que íbamos a estar así, de novios, toda la vida?

La cogió de la mano temiendo el rechazo, aunque no sucedió. No obstante, sintió que era la última vez que acariciaría la suavidad de su piel.

—Te lo digo con el corazón en la mano —dijo él, con un gran esfuerzo—. Perdón.

—Nada de perdón, Darío. Sabías que tarde o temprano algo así iba a pasar. Podías haberlo detenido todo después del beso en el paseo marítimo, pero no, seguiste el juego hasta… —No pudo continuar; se sentía demasiado humillada.

—No es una excusa, pero te necesitaba, y te necesito.

Quiso añadir «…desesperadamente», pero de repente echó el candado a sus emociones.

—Das dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Así no hay quién se aclare, y yo no tengo todo el tiempo del mundo.

Darío se humedeció los labios. Ella, como siempre, estaba en lo cierto. Aparecer y esconderse parecía una máxima en su vida. Echó en falta argumentos razonados para disuadirla de que no le convenía, que no era el hombre que pensaba, por lo tanto, no tuvo más remedio que

sincerarse. Sincerarse como nunca lo había hecho con nadie.

—Mi vida no ha sido fácil, ¿sabes? Huérfano de padre y madre desde los once años. Seguro que puedes imaginarte cómo impacta una desgracia así en un niño. Lo destroza por completo. Nunca se supera. La vida que entonces conocía desaparece de golpe y empieza otra muy distinta, mucho más solitaria. Mis abuelos hicieron lo que pudieron, tampoco fue fácil para ellos, además yo lo compliqué todo. Me encerré en mí mismo y no pedí ayuda. Al final, la soledad se convierte en lo estable y me aferré a ella para sobrevivir. Y cuando piensas que dejas atrás lo peor que te podía pasar, ves con tus propios ojos cómo muere tu mejor amigo.

—No lo sabía, Darío —dijo, afectada.

Sin soltar el timón, con la mirada puesta en el horizonte, apretó las mandíbulas. Decidió que Luz se merecía contarle toda la historia.

—Kelly McCallister fue mi amigo y compañero. No he conocido a persona más generosa. Nos hicimos amigos navegando, conversando hasta las tantas de la madrugada en nuestro camarote, jugando a los dardos por la noche, bebiendo cerveza en bares de mala muerte de medio mundo… Y de repente, sin ningún motivo, unos criminales lo asesinan delante de mí. Lo golpean y le pegan un tiro.

—Dios mío —dijo, llevándose una mano al pecho.

—Dejó una mujer y tres hijos. La vida es tan frágil, cruel e injusta…

¿Qué ocurrirá si a Luz le pasara algo y él tuviera que hacerse cargo por completo de Alma? No, sería demasiada responsabilidad para él, demasiadas emociones. Las mismas que tuvieron que afrontar sus abuelos. ¿Para qué arriesgarse? La soledad no es perfecta, pero es constante, previsible, sosegada...

Sin dudarlo, ella se acercó y le abrazó en silencio procurando transmitir consuelo y amor. Darío reaccionó cubriendo apenas su mano con la suya. En ese momento, con el alma oscura, era lo máximo que podía ofrecer.

—Darío, pero la vida también tiene sus partes buenas.

—Ya —dijo sin mucha convicción.

—Eres una buena persona.

—Soy una persona con limitaciones. Tú necesitas otra clase de hombre, que sea más normal.

—¿Quién eres tú para decirme a mí qué es lo que necesito?

—Te conozco, Luz.

—Yo también te conozco a ti, Darío. También sé lo que tú necesitas.

—No puedo dártelo —dijo, y reuniendo todo el valor del que era capaz, la miró—: Lo mejor será que lo dejemos.

Es lo mejor para ella, pensó.

Luz le sostuvo la mirada durante un instante.

—Me parece perfecto —dijo ella finalmente, con la barbilla erguida aunque sintiendo que un cuchillo la desgarraba por dentro.

Le resultaba insoportable estar más tiempo junto a él. Por la escalerilla, bajó a los camarotes con los ojos empañados. No quería que la viese llorar. De repente, todo era borroso por más que se secaba las lágrimas. El balanceo del casco la obligó a mantener el equilibrio si no quería tropezar con los muebles. Hacía calor ahí dentro. Olía a cerveza y comida. Se mordió los labios, aguantando la irrefrenable ansia de romper a llorar y de sumergirse en la tristeza más profunda. Darío la había rechazado. Se sentía como si acabara de despertar de un sueño maravilloso para descubrir que jamás volvería a soñar. Lo hubiera dado todo por estar a solas en ese momento.

CAPÍTULO 18

Esa misma noche, Luz envió un mensaje a Iris por teléfono para decirle que Darío y ella habían roto. Ya hablaremos, fue lo último que escribió. Iris respondió que lo sentía mucho y se ofreció a quedar con ella, pero Luz no contestó.

Cuando Iris se lo contó a Arturo, también le sorprendió. Llamó a su hermano, pero no respondió, lo que era previsible. Seguramente, preferiría asimilarlo antes de hablar sobre ello, aunque para Darío «hablar sobre ello» quizá fuera solo confirmar la ruptura.

—Quizá es solo una pelea y ya está —dijo Arturo a Iris.

—Ojalá, pero no sé. Me he quedado preocupada.

—¿Vas a hablar con ella?

Iris sentía que eran algo más que «cuñadas».

—Claro que sí, y tú deberías de hablar con tu hermano.

—Es muy suyo, no servirá de nada.

Al día siguiente, Iris solicitó permiso a su jefa para salir un poco antes y fue a la biblioteca para conversar con Luz. Mientras caminaba, se preparó para animarla. Cuanto más lo pensaba, más extrañada se sentía por la ruptura. Parecían hechos el uno para el otro. Una atracción nacida en el colegio que florecía en el apogeo de la juventud. Era demasiado bonito para que rompiera.

Iris abrió la puerta y vio a Luz sentada en el escritorio, entonces supo que la crisis era grave. Estaba algo despeinada y con unas ojeras que revelaban una noche de insomnio. Cuando Luz reparó en Iris, esbozó una sonrisa leve. Sin rastro de aquella cálida con la que solía envolverte.

—¿Cómo estás? —preguntó Iris en voz baja.

—Bueno…

De soslayo, se fijó en la mesa donde un hombre con gafas y de aspecto serio escribía en un portátil. Lamentó que no estuvieran a solas para hablar con más libertad.

—¿Vamos fuera?

Luz hizo una mueca de disgusto.

—Es que estoy un poco ocupada…

No, Iris, no se iba a rendir tan pronto.

—Solo quiero saber cómo estás. Estoy preocupada. Solo será un minuto. ¿Para qué están las amigas si no?

Luz inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos emitieron un brillo apagado, agradecida por el interés. Está bien, vamos, le dijo.

Salieron al vestíbulo y se sentaron en el banco de siempre. Les llegaban voces de los pisos de abajo. Aunque era la última hora del mediodía, en el Ayuntamiento se sucedían reuniones y diversas actividades. Luz negó con la cabeza, como si no supiera por dónde empezar. Le había

costado dormir y se notaba fatigada.

—La cagué —dijo Luz al fin, con los hombros caídos y mirándose las manos.

Iris casi podía sentir como suyo el sentimiento de desolación que invadía a Luz.

—¿Qué pasó?

—Nada, en realidad. Bueno… —rectificó—. Claro que pasó, y mucho. Le dije a Darío de salir a navegar porque supuse que le haría ilusión, y le encantó la idea.

—Muy buena iniciativa, Luz.

—Quería proponer que viviéramos juntos en el faro. Como a él le cuesta avanzar en la relación… Me dije: Venga, hazlo tú, Luz. Yo creía que él lo deseaba pero por algún motivo siempre se lo callaba.

—¿Por qué pensabas que lo quería? ¿Te había dicho algo?

—Me había invitado al restaurante italiano del puerto. Una cena muy romántica, y después pasamos la noche en el faro.

—¿Juntos, en el faro?

—Para mí fue bonito y sentí que era una señal. Me vi durmiendo a su lado, despertándome junto a él… En fin, mis tonterías de siempre.

—Nada de tonterías, Luz. Estáis enamorados. Cualquiera hubiera supuesto lo mismo.

Luz sonrió con timidez. Agradecía que Iris estuviera allí, escuchándola. Todo en ella transmitía preocupación e interés.

—En el velero todo iba bien, pero cuando se lo dije la expresión de su cara cambió por completo. No sé, se ensombreció —dijo.

Iris se imaginó el rostro de Darío, con esa expresión tan severa que a veces adoptaba.

—¿Qué te dijo?

—Que no era el hombre que yo necesitaba.

—¡Si sois tal para cual! —exclamó Iris, agitando los brazos.

—Es lo que yo pensaba —dijo, y suspiró—. Pero dijo que no había tenido una vida fácil. Que había sido huérfano muy pronto, que cuando fue marinero había visto cosas horribles… Y de repente me dijo que era mejor romper.

—¡Darío, por favor, qué ciego está, que hombre más tozudo!

—Me quedé a cuadros.

—Normal.

—Le dije que me parecía perfecto.

—Bien dicho.

—Si tengo que esperar a que él lo proponga, Alma ya se habrá casado.

—Darío reflexiona todo demasiado.

—Entiendo que ha sufrido, que perder a los padres tan joven es una tragedia, pero se encierra en sí mismo. Es como si… Está muy cómodo con su dolor. Sí, eso es.

—Se equivoca completamente.

—¿Cómo convencerle de que está equivocado? Bueno, ya no importa. Entre nosotros todo ha terminado.

—No te des por vencida, Luz.

—¿Y qué hago? Estoy triste, dolida, cabreada. Soñaba con los tres viviendo en el faro y de repente, todo se desmorona. Solo quería echarme un polvo y adiós muy buenas.

—Lo siento, Luz. A lo mejor me equivoco, pero opino que esto es un bache. Arturo y yo también lo sufrimos.

—¿Ah, sí?

—Lo nuestro fue primero una pasión increíble y después caí rendida por él. Fue todo un terremoto de emociones y ¿sabes qué? Nos hicimos daño. Hubo un momento en que creí lo mismo que tú, rompí, pero nunca cerré la puerta, digamos que la dejé entreabierta.

—Te salió bien y me alegro mucho, de verdad —dijo, y resopló—. Yo es que se ve que no tengo suerte con los hombres. Primero, el francés de las narices; y después…

—¿Quieres que le diga a Arturo que hable con él? —preguntó, tocándole el brazo.

Luz sonrió, agradecida.

—Te lo agradezco, pero no creo que sirva de nada. Darío es muy tozudo. No dará su brazo a torcer.



De vuelta a casa, Luz miró por enésima vez el móvil. Eran pasadas las tres de la tarde y ningún mensaje de Darío. Ella había escrito unos cuantos: tenemos que hablar, lo nuestro no puede quedar así, pienso en ti… Sin embargo, había acabado por borrarlos. Le parecían demasiado tópicos. ¿O era el orgullo lo que impedía enviarlos? Ya estaba bien de llevar siempre la iniciativa.

No aparecía su última hora de conexión. La foto del perfil seguía siendo la misma. El faro de Puerta del Mar. Una imagen cargada de simbolismo. ¿Qué estará haciendo ahora? Habrá terminado de almorzar.

Hazte a la idea de que no vas a verlo más. Es lo mejor, Luz.

Oyó los pasos apremiantes de su hija recorriendo el pasillo para saludarla. Aunque el corazón estaba herido, latió de felicidad cuando se abrazó a Alma.

—¡Mamá, estoy haciendo un puzzle con la abuela!

—Anda, qué bien. Ahora me lo enseñas, ¿vale?

—¡Vale!

Alma fue de nuevo corriendo a reunirse con la abuela, que estaba en la cocina a punto de servir el almuerzo. Ella se quedó en el dormitorio para dejar el bolso y vestirse con ropa cómoda y fresca. Le llegó el maravilloso olor a gazpacho, aunque no le abrió el apetito como de costumbre. Tenía el estómago cerrado, pero se impuso a sí misma comer algo, de lo contrario su padre le preguntaría qué le pasaba.

Con una camiseta holgada de tirantes y unos vaqueros cortos, fue al comedor. Antes hizo una parada técnica en el baño para lavarse las manos y refrescarse la cara. Se miró en el espejo y se alegró de que no existiera huella de sus lágrimas.

Solo tengo ganas de tumbarme en la cama y despertarme mañana, se dijo. ¿Qué libro me puedo recomendar para pasar este mal trago?

Pensó con detenimiento. Repasó una lista con decenas de títulos, clásicos, novedades, ficción, no ficción. Los fue descartando uno por uno. Ninguno reflejaba sus emociones del momento. De pronto, se sintió avergonzada. Ella, célebre por recetar libros para curar aflicciones de toda índole, se revelaba incapaz de recetarse. Siempre es más fácil analizar a los demás que a uno mismo. ¿Por qué? Porque tenemos una voz interior que no calla, que busca la perfección, mientras que para los demás somos más indulgentes porque usamos la razón, el equilibrio entre lo bueno y malo.

Ahora a ver cuando le digo a mi padre que he roto con Darío. Dejaré unos días más, ahora no quiero sermones ni miraditas.

—¿Qué tal con Darío? —preguntó su madre desde el umbral de la puerta.

—Fatal, hemos roto.

—Ay, mi niña —dijo Ana, y se acercó para abrazar a su hija.

—Bueno, no es el fin del mundo.

—Él se lo pierde.

—No se lo digas a papá.

—Está bien, descuida.

Unos minutos después, Luz se sentó a la mesa junto a sus padres y Alma. Pepe, con la servilleta colgando del cuello de la camisa, ya había empezado a hincar el diente al filete empanado. Cada uno disponía de un hermoso vaso repleto de gazpacho. Su madre se dispuso a cortar el filete en cachitos para su nieta, pero Luz la interrumpió.

—Mamá, deja que ella lo haga. Con cinco años ya puede, ya eres mayor, ¿verdad, Alma?

La niña asintió con la cabeza.

—Como quieras, hija —dijo, su madre soltando los cubiertos.

Luz percibió un ligero resquemor, así que procuró suavizar el ambiente.

—Gracias de todas formas, mamá.

—De nada, para eso estamos —dijo, sonriendo.

Dirigiéndose a su padre, le preguntó qué tal había ido la mañana.

—Muy tranquilita. Solo una denuncia por agresión entre vecinos, una llamada falsa de socorro y cortamos una calle para la poda de los árboles —dijo, y se limpió la boca con la servilleta—. Y tú, ¿todo bien?

Luz se fijó en que Alma en lugar de comer, jugaba con el vaso dando golpecitos en la mesa. Le llamó la atención.

—Sí, todo bien.

—Mamá, ¿cuándo vamos a ir al faro? —Soltó de repente la niña.

Luz resopló. Se prometió que más tarde conversaría con ella para disuadirle de volver al faro. Le dolía que fuera así, pero la relación con Darío ya no volvería a ser la misma.

—No lo sé, hija. Anda, come el filete, que se enfría.

Alma se movía, inquieta. Pepe la miraba con impaciencia.

—Mamá, yo quiero ir esta tarde.

—No, imposible.

—¿Por qué?

—Porque Darío está ocupado.

—¿Por qué?

—Porque tiene mucho trabajo.

—¿Y mañana?

—Tampoco.

—¿Y pasado?

Pepe, con el ceño fruncido, dio un sonoro golpe en la mesa. Los vasos y los cubiertos retumbaron. Las tres se quedaron paralizadas.

—¿Por qué no le dices de una puñetera vez que ya no vas a ir más porque Darío te ha mandado a paseo? ¡Igual que el francés de las narices!

Luz clavó una mirada furiosa en su madre, quien agachó la cabeza, avergonzada.

—Venga, Alma, deja la comida, nos vamos al cuarto —le dijo, sintiéndose impotente.

Pepe siguió comiendo como si no hubiera pasado nada, aunque sus facciones tensas revelaban su acritud. Ana acarició a su nieta y le pidió que fuera con su madre. Se sentía mal por haber actuado a espaldas de su hija, pero su padre merecía saber la verdad. Él, a su modo,

también se preocupaba. Sin embargo, a veces la rabia lo dominaba y decía lo primero que acudía a su cabeza.

~

Darío agradeció salir de la rutina de su faro para visitar de nuevo el de Tarifa, que había pasado a su cargo. Hacía ya unos meses las autoridades portuarias adjudicaron a cada uno de los cuarenta fareros del país, tres o cuatro. Se sentía afortunado porque le correspondieron solo dos, por lo que evitaba continuos desplazamientos.

A pesar de que se seguían construyendo faros, el desarrollo de la tecnología avanzaba imparable, ocasionando dolorosos cambios como la extinción del Cuerpo de Fareros. El día que dio el relevo a Mario, nunca olvidaría sus palabras:

—Cuando te jubiles, ya todos los faros serán mantenidos por empresas externas que lo controlarán todo por remoto. Por edad, quizás serás el honor de ser último farero de España.

Entonces tendré que ser un ejemplo de profesionalidad hasta el último de mis días, pensó Darío.

Era una mañana de agosto de calor asfixiante. El sol, abrasador, colgaba de un cielo que parecía un lienzo infinito y azulado. Aparcó la camioneta donde siempre, justo enfrente de la puerta. La playa estaba atestada de sombrillas. Le llegaba el sonido de la algarabía y las gaviotas.

Lo primero que Darío comprobó fue que la fachada no hubiera sufrido ningún daño, ya sea una rotura, desprendimiento o incluso alguna pintada del vándalo de turno. El ancho de la torre era mucho mayor que el de Puerta del Mar, y siempre que lo contemplaba le recordaba a la torre de un castillo medieval.

Después, ya en el interior, abrió la tapa que protege el sistema eléctrico. Ante él se desplegaba un cuadro de luces, botones e indicadores que conocía como la palma de su mano. Todo en orden, pensó con satisfacción.

Subió por las escaleras hasta la linterna, en lo más alto del faro. Sus pasos resonaron en la inmensidad del silencio. Apenas si disponía de unos minutos para examinar la óptica, pues los cristales incrementaban el calor hasta el extremo, y hacía insoportable el respirar.

Por regla general, no llevaba más de una media hora comprobar el estado del faro. Sin embargo, aquel día se había preparado para prolongar la jornada con varios trabajos de reparación. En otras palabras y como siempre decía Mario, «lo mimaría».

De repente, cuando ya había bajado, llamaron a la puerta con insistencia. Darío fue a abrir deseando que no ocurriera ningún imprevisto. Se trataba de una familia de cinco personas: los padres, el hijo en un carrito y los abuelos. Por su manera de vestir, con bañadores, camisetas, gorras y oliendo a crema solar, venían de la playa.

—Hola —dijo el marido, sonriendo—. Perdone que le moleste, es que estamos de visita; venimos de lejos y nos gustaría conocer el faro. ¿Es posible?

Darío se secó la frente, bañada en sudor, con la mano. Había un punto entrañable en que toda una familia de varias generaciones se uniera para viajar y pasar tiempo juntos. En sus expresiones brillaba gentileza, curiosidad y expectación; sin embargo, Darío debía cumplir sus obligaciones. Atenderles como merecían significaba invertir un tiempo considerable en guiar y responder sus preguntas.

—No puede ser. No hay horarios de visita —dijo, con cierta frialdad.

—¿Seguro? —intervino la abuela, dando un paso hacia delante—. Es que venimos de Huelva, fíjese. Estamos de vacaciones unos días y nos vamos mañana, ¿sabe usted?

—Le he dicho que no puede ser —dijo, cansado—. Tengo mucho trabajo.

La familia, desilusionada, se despidió con cortesía, pero cuando Darío cerró la puerta no pudo evitar oír un comentario del marido:

—Nada, nos ha tocado un farero antipático.

Darío se sintió dolido ante la falta de incomprensión por sus obligaciones laborales. Aunque reconoció que podía haber sido más amable, como lo era siempre con las visitas al faro de Puerta del Mar.

La verdad es que no tengo ganas de socializar, pensó. ¿Será por la ruptura con Luz? Sí, lo más probable. Me siento apático.

A pesar de su esfuerzo por olvidar, el resto de la mañana su mente fue asediada recordándola. Deseaba oír de nuevo su voz, dulce y fresca; deleitarse con su sonrisa, tímida y luminosa.

Evocó su primer beso en el paseo marítimo. Aquel momento inesperado y alucinante, cuando cerró los ojos y sintió la humedad de su boca. Fue breve, pero en su imaginación la reprodujo a cámara lenta para que se extendiera más en el tiempo. Casi podía sentir en la punta de la lengua, en ese mismo instante, el sabor de sus labios.

¿Y su primera noche en el faro justo después de hacer el amor? Desnuda en la cama, recobrando el aliento, cómo le miraba. Jamás una mujer le había mirado como ella en aquella noche. No, eso nunca lo podría olvidar.

Y semanas antes, el polvo en el coche. Lo mejor era siempre justo después, cuando la lascivia desaparecía y emergía de nuevo el romanticismo, como un efecto calmante y reparador. El abrazo íntimo en el asiento, rodeados por la oscuridad. La caricia en los mechones de su cabello.

Pero todo eso se ha acabado, Darío, se dijo, y se lo repitió como un mantra. Las paredes del faro eran testigos mudos de su angustia, como las almenas de un castillo medieval lo fueron de la angustia de reyes y nobles.

—¡Joder! —exclamó furioso en voz alta.

Luz, deberías darme las gracias por romper. ¿Es que no ves que lo hice por tu bien?



Después de regresar de Tarifa a la hora del almuerzo, se había echado una siesta y había pasado la tarde con su abuelo, jugando al ajedrez. Conversaron por encima sobre la ropa que lucirían en la boda de Arturo e Iris, pero lo más estimulante era que dentro de unas semanas Juan volvería a su casa, una vez que los inquilinos se marchasen.

—Gracias por darme cobijo —agradeció su abuelo, dándole golpecitos en la mano—. He estado muy a gusto.

—No tienes que agradecerme nada, abuelo. Para eso está la familia.

—Para lo bueno y lo malo, sí, somos familia —asintió, reflexivo, mientras acariciaba la cabeza del fiel Ron, quien estaba tumbado a sus pies.

Darío era consciente de que, tarde o temprano, debería revelar a lo suyos que Luz y él ya no estaban juntos. Sin embargo, al ser tan reciente aún quería mantenerlo en secreto, pues no se sentía con ánimo de responder a las innumerables preguntas que formularían. Ahora mismo anhelaba discreción.

—Cuando regresen de la luna de miel, Arturo e Iris vivirán contigo, ¿estarás bien? —preguntó Darío.

Su abuelo, para su disgusto, se percató de que estaba a punto de perder en el ajedrez.

—¡Claro que sí, puñetas! —respondió Juan en modo cascarrabias.

Darío sonrió para sí mismo. A Arturo e Iris les tocaría lidiar con el mal genio del abuelo, pero más allá de eso, se alegró de que no viviera solo en la casa. Su salud era buena, aunque era un hombre mayor que con el tiempo necesitaría cuidados y, sobre todo, compañía. Sin duda, Enzo y él ayudarían desde fuera.

A eso de las ocho de la tarde, cuando se disponía a pasear por la playa como cada día al caer el sol, llegó Arturo en su vieja furgoneta. Se saludaron con un abrazo y su hermano mediano pidió acompañarle con una expresión de misterio.

—Hay unos temas que tengo que hablar contigo —dijo Arturo.

—Suena importante.

—Lo son.

Se alejaron del faro con calma y bajaron por la ladera de la montaña hacia la orilla. Los rezagados del día en la playa se duchaban para desprenderse de la arena de los pies. En el cielo se había instalado un fulgor de varias tonalidades que iluminaba las nubes, creando una luz desvaída y rojiza.

Una vez que empezaron a caminar por la orilla, suave y húmeda, Arturo se decidió a abordar el primer tema. Su plan de construir el autocine. El día anterior se lo había propuesto a Enzo. Lo citó en una elegante bodega con Iris y le explicó su visión en pocos minutos, a la vez que degustaban unos vinos acompañado de unos deliciosos aperitivos. La respuesta fue un sí rotundo a invertir el dinero de la herencia del Paraíso. Con Darío quiso usar una táctica distinta, más íntima y sopesada.

—¿Conoces la vieja fábrica de mármol? —le preguntó.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya sabes que he dejado para siempre la competición de élite del surf. Desde ese día le he dado muchas vueltas a lo que quiero hacer con mi vida. Primero, quise abrir una escuela de surf, pero lo descarté.

Darío escuchaba con interés, aunque deseando que fuera al grano.

—Pensé en otras movidas, pero un día me acordé de que en un viaje muy guapo que hice por Estados Unidos, no sé cómo pero acabé entrando en un autocine con unos colegas. ¿Has estado en alguno?

—En mi vida —respondió tajante.

Arturo empezó a explicar con entusiasmo las sensaciones que recordaba, lo especial de la experiencia de ver una película desde el coche, la pantalla gigantesca al aire libre, la comodidad de disfrutar de un espacio reservado para disfrutar entre amigos. Darío asentía con la cabeza de vez en cuando. Su hermano mayor atesoraba grandes virtudes, y una de ellas era que sabía escuchar como ninguna otra persona que Arturo hubiera conocido. Cuando quiso darse cuenta, llevaba como diez minutos hablando sin cesar. Ya era hora de lanzar la pregunta.

—Darío, ya imaginarás por qué te cuento esto. Quiero montar un autocine en la vieja fábrica. No uno cualquiera, sino que además de ver películas, la gente puede disfrutar de conciertos en directo, o alquilarlo para fiestas privadas. Estoy convencido de que será rentable. Enzo ha dicho que sí, que invertirá su parte —Arturo sonrió—. ¿Qué me dices, hermanito?

Darío frunció los labios, lo que significaba que meditaba la respuesta. Arturo imaginó a su hermano evaluando los pros y los contras.

—¿Quién se encargaría de la gestión?

—Iris se centrará en los números, ya sabes que tiene una mente privilegiada. Yo me encargaré de gestionar el cine y todo lo demás.

Como su hermano seguía callado, temió que dijera que no. Su aportación era decisiva. Con su parte y la de Enzo no llegaba a cubrir la inversión inicial y se verían obligados a pedir un préstamo. Arturo Campos, que siempre había maldecido a los bancos, debería claudicar.

—Escucha, piénsatelo —dijo Arturo—. No tienes por qué decidirlo ahora. Te conozco, querrás echar números, ver el terreno, se te ocurrirán más preguntas. Tómate unos días. La semana que viene tengo que entregar la fianza para comprar el terreno.

—Qué apresurado todo, ¿no? —dijo, con un gesto de contrariedad.

—Si alguien nos quita el terreno, adiós al autocine. La vieja fábrica tiene un acceso fácil para los coches. Es la ubicación perfecta.

Darío resopló. Su hermano no supo qué interpretar. A veces era tan críptico que resultaba desesperante.

—Está bien —dijo al fin.

—Genial, te llamo en un par de días y me cuentas.

—No, si ya he tomado una decisión —dijo, mirando a su hermano—. Cuenta conmigo.

La cara de Arturo brilló de una mezcla de alegría y desconcierto.

—¿Cómo? ¿No necesitas pensarlo?

—No —dijo, sabiendo que su reacción contradecía su forma de ser—. Me gusta la idea. Es una manera de continuar la herencia familiar pero desde un punto de vista moderno. Además, si Iris va a estar al cargo de los números, firmo donde sea.

—¿O sea que no te fías de tu hermano? —preguntó, fingiendo indignación.

—Ni lo más mínimo.

Darío soltó una risotada. Después Arturo le dio la razón. Iris era el complemento perfecto para que el negocio prosperara. Ella aportaría sentido común e inteligencia para frenar su impulsividad y pasión.

—¡Genial! Ahora solo queda contárselo al abuelo. Ya verás qué ilusión le hace.

La idea de que los hermanos estemos juntos en un negocio es muy tentadora, pensó Darío. Ojalá que no me arrepienta.

—Oye, ¿cuál era ese otro tema del que querías hablarme?

—¡Ah, sí! —dijo Arturo, y se tomó un instante para apartar la alegría del momento y ponerse serio—. Verás… es sobre Luz.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya me he enterado de que rompiste.

Darío enseguida ató los cabos.

—Iris te lo ha dicho…

—Sí, pero ¿sabes una cosa?

—Qué.

—Que haces muy bien en romper con ella.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido hasta la médula.

CAPÍTULO 19

Arturo sonrió al contemplar la cara de estupefacción de su hermano, quien no se esperaba que alguien reconociera que la decisión de romper con Luz era la adecuada. Sin embargo, entraba en los planes de Arturo que Darío reaccionara de esa manera. Quería darle razón en un principio, pero con el verdadero objetivo de que después cambiara de idea.

—Darío, a ti te gusta estar solo. ¿Por qué complicarse con una relación? Te gusta hacer lo que te apetezca y no rendir cuentas. Siempre has sido así. Lo llevas dentro. Una mujer y una hija significa muchos cambios en tu vida. Te entiendo, todas querrán algo de ti y ya no tendrás mucho tiempo para dar un paseo, o lo que quieras hacer. ¿A qué no?

—No, claro —dijo, dubitativo.

—Te levantarás y te acostarás a la hora que te salga de los mismísimos. Por no hablar del dinero que te ahorrarás. En el fondo, todos los hombres te envidiamos.

Darío caminaba con la cabeza gacha y las zapatillas en la mano. El sol empezaba a emitir sus últimos destellos antes de esconderse detrás de las montañas.

—No digas tonterías, anda.

—Lo digo en serio. Tú eres capaz de aguantar la soledad como nadie. No necesitas a nadie, ni una mascota. Eso solo lo pueden hacer muy pocos.

Darío se quedó callado, y Arturo consideró que tal vez sus palabras tocaban alguna fibra en el interior de su hermano.

—Ella ya encontrará a otro hombre para compartir su vida —dijo Arturo—. Total, será por hombres… Los hay a patadas. Es una mujer guapa con más admiradores de lo que ella piensa.

Darío hizo un gesto de resignación.

—Pues me alegraré por ella.

—¿Serás capaz de poner buena cara cuando te cruces con ellos por la calle?

—No tengo muchas opciones —dijo, después de reflexionarlo—. Ella es libre de estar con quien quiera.

—¿Ves? Olé tus huevos. Nada te altera. Yo no podría estar tan tranquilo, a mí me mataría —dijo, apretando los puños.

—Somos diferentes.

—Te doy toda la razón. Aunque yo soy el más guapo.

—Y el más pesado.

Ambos seguirían caminando un rato más por la orilla conversando sobre otros asuntos. Después, Ron saldrá a buscarles para acompañarles de regreso al faro. Y al cabo de una media hora, Arturo llegará al piso que compartía con Iris. Ella le preguntará qué tal la charla con Darío. Muy bien, responderá. Ha dicho que sí a invertir en el autocine, y creo que sobre Luz le he dado

en qué pensar. Iris, ilusionada, cruzará los dedos para que Darío se dé cuenta del error que cometió al romper con ella.

~

Eran alrededor de las once de la noche y el bochorno impedía dormir a Luz. A pesar de que la ventana se encontraba abierta, las cortinas no se movían ni lo más mínimo. El aire era pesado y agobiante. En medio de la penumbra, estaba en la cama apoyada en el cabecero, vestida con un camisón. Alma, por el contrario, dormía a pierna suelta y se podía oír su respiración. Sintió envidia de la facilidad con la que los niños conciliaban el sueño. Nada los perturbaba, simplemente caían como troncos. Si pudiera volver a la infancia por una sola noche…

Al día siguiente irían al parque acuático. Luz se imaginó la expresión de felicidad de su hija al deslizarse por toboganes eternos y bañarse en la piscina. Su risa sería contagiosa. Cuando estaba con ella, los problemas se detenían en el espacio y el tiempo.

Ya no podremos ir más al faro, mi niña, pero mañana te lo vas a pasar genial.

Cuando sintió una gota de sudor en la frente, se sintió angustiada. Entre el calor insoportable, el reproche de su padre, la ruptura con Darío, se sentía a punto de explotar. Notaba un cosquilleo incómodo en todo su cuerpo que amenazaba con incordiar toda la noche. Pensó en buscar una farmacia de guardia y comprar un somnífero, pero eso sería pan para hoy y hambre para mañana.

Desesperada, se levantó y se acercó a la ventana. Ante ella, la noche caía sobre la silenciosa Puerta del Mar. Y entonces fue como si sintiera una llamada. Necesitaba salir de casa y perderse. Cerca del mar encontraría una brisa con la que aliviarse. Decidió que usaría el coche de su padre. Sí, conduciría por primera vez desde hacía años. Le daba miedo, pero urgía la necesidad de escapar de las cuatro paredes que en ese momento la aprisionaban.

Tu padre no va a dejarte el coche, se dijo a sí misma. Da igual. Lo cogerás sin decirle nada. Eso le pasa por haberte criticado en el almuerzo delante de tu hija.

En sigilo, se vistió con una camiseta holgada de tirantes, unos vaqueros y se calzó unas zapatillas. Besó la frente de su hija y se fue al salón. Su madre veía la televisión. Su padre escuchaba la radio en el dormitorio.

—Mamá, no puedo dormir —dijo, en voz baja—. Voy a dar una vuelta para despejarme. Cualquier cosa me avisas, ¿vale?

—¿Estás bien? —le preguntó su madre con una mirada que clamaba perdón.

—No te preocupes.

Su padre dejaba las llaves del coche colgadas en la pared, junto a otras de la casa. Le gustaba entrar y dejar todas sus pertenencias (cartera, reloj, gafas de sol) en la cómoda de la entrada. Para Luz fue sencillo cogerlas, sabiendo que su padre no las echaría en falta hasta por la mañana cuando se fuera al trabajo.

Bajó al garaje en el ascensor. Sus pasos resonaron entre las paredes y columnas de cemento. Casi todas las plazas estaban ocupadas, lo que ocurría sobre todo en esa época del año, ya que los propietarios de otras provincias tomaban sus vacaciones y regresaban a sus casas de veraneo.

El coche de su padre tenía más de quince años, aunque no presentaba ningún rasguño y la carrocería brillaba como si lo acabaran de encerar. Tenía cinco puertas y un reproductor de CD que ya no usaba. Nunca se lo había dejado a nadie, pero ahora había llegado su momento de conducirlo.

Él se lo ha buscado, pensó Luz.

Abrió la puerta y se sentó frente al volante. Suspiró porque se dio cuenta de que se jugaba un

buen rapapolvo si llegaba a enterarse. Sin embargo, se encontraba demasiado enfadada para reflexionar sobre el futuro. Tampoco en el pasado, cuando sufrió aquel accidente que dejó su coche en siniestro total, y por el que dejó de conducir.

Encendió el motor. Dedicó unos minutos a familiarizarse con el volante, los pedales y la palanca de cambios. Giró el retrovisor interno para obtener una mejor visión. Después, puso primera y salió lentamente de la plaza con cuidado de no causar ningún rasguño. Notaba el cuerpo rígido. Solo daré una pequeña vuelta y regreso.

Había más tráfico de lo esperado, así que extremó las precauciones. En las aceras, la gente de cualquier edad se dirigía a algún bar o fiesta del puerto. De repente, se le vino el mundo encima. Se percató de que se había dejado el carné. Si la policía de tráfico la detenía, multa… No, no quería ni pensarlo.

Se sorprendió de no encontrarse con ninguna dificultad en la conducción. Los que dicen que nunca se olvida tienen razón. Cuando se aprende, se convierte en una cualidad que se ejercita sin pensar demasiado, así que pronto se sintió cómoda al volante.

—Ahora que caigo, ¿a dónde voy?

También dicen que a veces no importa el destino, sino el viaje. En esa noche, Luz se puso en movimiento, como si quisiera alejarse de sí misma. Ignoraba adónde quería ir, solo que necesitaba un momento de soledad, pero eso no significaba huir a una isla desierta. En medio de la gente, también una puede sentirse sola. En la avenida principal, se detuvo en un semáforo y se fijó en las caras desconocidas de quienes cruzaban el paso de cebra. Llevaba toda la vida en Puerta del Mar y ¿cuánta gente conocía? Solo una ínfima parte.

Absorta en sus pensamientos, salió de la avenida y entró en la autovía. Fue en ese instante cuando vio a lo lejos el faro. La luz era como una aparición que se hundía en la noche. Maldijo a Darío para sus adentros. Parecía que su recuerdo estaba en todas partes. ¿Es que nunca podría olvidarse de él?

Algo la impulsaba a acercarse a esa luz. Para cerrar la herida necesitaba soltar lo que hervía por dentro. Tuvo la impresión de que la llamada que había sentido en la ventana, en realidad, no provenía de la ciudad, sino del faro.

~

Durante la cena, Darío, Enzo y Juan habían conversado sobre el proyecto de Arturo de construir un autocine. Cada uno defendía una postura. Mientras que el hermano mayor se mostraba optimista, Enzo albergaba reservas de que el negocio prosperara. Lo veía como un entretenimiento original, sí, aunque más propio de una gran ciudad donde existen más clientes potenciales. Si había consentido en aportar financiación era más por un sentimiento de pertenencia a la familia. Ante todo, quería apoyar el emprendimiento de su hermano. Además, la gestión caería sobre Iris y él, por lo que se ahorraría quebraderos de cabeza. Ahora mismo Salvamento Marítimo centraba su tiempo y energía.

Por su parte, Juan, que estaba encantado con la idea, procuraba convencer a su nieto de que a veces lo más inesperado puede suceder. Cuando su bisabuelo abrió el Paraíso también se encontró con opiniones que vaticinaron un sonoro fracaso. Y se equivocaron. En realidad, nadie sabe nada, porque si todo el mundo tuviera olfato para los negocios, nadie trabajaría como asalariado.

—Estoy contento por haber tomado la decisión de cerrar el Paraíso —dijo Juan, golpeando con el bastón en el suelo, contento a más no poder—. Eso ha permitido que surja un nuevo

proyecto familiar y vinculado al cine. Estoy deseando ver la primera película. ¿Os ha dicho cuál puede ser?

Los hermanos respondieron que ignoraban el título, pero que debía de ser una película comercial para empezar con buen pie.

—Bueno, aún quedan unos cuantos meses para que el proyecto cobre forme —dijo Juan.

—No creas, abuelo —dijo Enzo—. Creo que mañana mismo tiene una reunión con el dueño del terreno.

Los ojos del abuelo se abrieron como platos.

—¿Ya? ¡No lo sabía! Pensé que hasta el año siguiente no empezarían las obras. ¡Dios mío, hoy en día todo avanza mucho más rápido!

—No me extrañaría que mañana Arturo nos llamase para decirnos que la vieja fábrica es nuestra —dijo Darío—. Le veo tan entusiasmado como cuando empezó a competir en surf.

—Cuántos cambios estos últimos meses, ¿verdad, Ron? —dijo Juan.

El perro ladró, dando la razón a su amo. Después, Enzo y Darío recogieron la mesa. Juan se quedó en el salón tomando con placer la gelatina de macedonia preparada por Yarina. Le ayudó a aliviar el calor de la noche. Estaba deseando que llegara septiembre para que la temperatura subiese lo suficiente para llevar manga larga.

Mientras Enzo fregaba los platos de la cena, Darío salió al exterior para airearse con la brisa del mar. A lo lejos, frente al mar oscuro, la costa de Puerta del Mar resplandecía con las luces del puerto. Pensó que estaba siendo la noche más calurosa del verano y que le costaría dormir.

Dentro de un par de semanas, Enzo y mi abuelo volverán cada uno a su casa. La verdad es que me he sentido acompañado. Al principio acepté que vinieran a regañadientes, pero nunca olvidaré nuestras cenas de verano. Los tres cenando juntos y hablando de todo un poco. ¿Tengo ganas de estar solo otra vez? Mmmm… Un poco sí.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Le sorprendió que alguien le llamase tan tarde, aunque fuese agosto. En la pantalla leyó el nombre de Salvi. ¿Qué pasará? Espero que no sea nada grave.

—Hola, Salvi.

—Darío, perdona que te llame a esta hora —dijo, con un tono preocupado.

—Nada, hombre, no te preocupes. ¿Todo bien?

—Verás, es que me he acordado de una cosa y me dije: a lo mejor es importante para Darío. Bueno, yo creo que sí. Y como por las mañanas está ocupado…

—Dime —dijo, con algo de brusquedad.

—Es sobre Diana. Cuando nos vimos en la papelería, te conté lo que había pasado con ella, el tiempo que estuvo…

Darío intuyó que contaría algo que ya sabía: el maltrato físico al que fue sometida por su marido. Sin embargo, decidió que Salvi terminara.

—… Pues hoy, hablando con mi mujer de aquella época, me he acordado, no sé cómo, pero me he acordado, de algo que me dijo ella una vez que me dejó impactado, pero impactado que no veas.

—¿Qué te dijo? —preguntó con ansia.

—Que había sido novia de tu padre.

Darío se quedó asombrado.

—¿De mi padre? ¿Cuándo?

—Antes del accidente de avión.

—¿Estás seguro?

—Eso fue lo que me dijo.

Su padre engañando a su madre. Era como ensuciar el amor que siempre había pensado que se profesaban. Sintió la tentación de estrellar el móvil contra el suelo.

—¿Te contó algo más?

—No, creo que no. A lo mejor eso explica la confianza que había entre tu abuelo y ella en el cine.

Darío hizo una mueca de disgusto. Y pensar que habían llegado a pensar que su abuelo y ella mantenían una relación... Se despidió de Salvi agradecido por la llamada. Guardó el móvil en el bolsillo y suspiró. La figura de su padre cristalizó en su mente no sin cierto dolor. Le recordaba como un hombre alto, moreno, bien parecido. Le encantaba el fútbol y evocó el día en que ambos fueron a jugar a un parque. Era uno de sus recuerdos más preciados. Jugando con la pelota, driblando, riendo, imaginando que eran profesionales. Todo ello bajo el sol de un domingo.

Le costó imaginar a su padre en una relación física y emocional con la mujer que había conocido, menuda y pálida. Resultaba doloroso pensar que su padre había engañado a su madre. Pero las preguntas importantes eran ¿qué hacer con esa información? ¿Se lo debía contar a sus hermanos? ¿Por qué Diana no se lo había dicho? Había algo en ella que no le encajaba, pero quizá solo era una impresión errónea.

De repente, oyó el sonido de un coche acercándose. Lentamente, las ruedas pisaban la gravilla en medio del silencio de la noche. ¿Quién puede ser?

Rodeó el faro lleno de curiosidad. Desde el interior, Ron soltó un par de ladridos. No esperaba visitas, así que tal vez fueran desconocidos pensando que el lugar estaría deshabitado. El motor del coche se apagó y el silencio volvió a reinar.

Cuando Darío llegó a la entrada, reparó en las luces de los faros del vehículo que alumbraban la fachada. Desde donde estaba no podía ver al conductor ni reconocer el coche. Esperó a que la puerta se abriera o que las luces se apagaran, sin embargo, nada ocurrió. El coche parecía dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta. Parece una escena de una película de espías, pensó.

Al acercarse con cautela, poco a poco las facciones de Luz se fueron revelando. Se sorprendió. En su interior se libró una nueva batalla, el amor contra la negación de ese sentimiento. Se sentía inestable y se culpaba por no mantener el control. Cómo la echaba de menos. ¿Vendría para decirle que aceptaba que todo siguiera como antes?

~

Luz vio a Darío de pie entre las luces del coche. Tomó aire con ansiedad. Solo necesitaba un momento para organizar su mente. Aún estaba sorprendida de dónde estaba. Ella, que había salido huyendo del calor, había llegado al faro guiada por el subconsciente. Las emociones afloraron. Se recordó que ella tenía su orgullo y podía vivir sin Darío. ¿Seguro?

De soslayo, observó cómo se aproximaba a la ventanilla. Por un momento se le pasó por la cabeza marcharse. Tenía un nudo en la garganta. Quería decirle cómo se sentía, ardía en las entrañas esa necesidad de que él lo supiera, pero al mismo tiempo temía que la situación se le fuera de las manos. Ordenó a su pie que pisara el embrague y se preparó para meter marcha atrás. Sin embargo, continuaba inmóvil.

—¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? —preguntó Darío.

Demasiado tarde para huir. Tendría que enfrentarse a él.

—Sí, todo bien. Hace mucho calor —dijo, nerviosa.

A pesar de la penumbra, se fijó en que la cara de Luz brillaba de una manera única. Como una música armoniosa y lenta, el amor volvió a fluir en el interior del farero. Una nota aquí, otra nota allá. A la vez delicado e imparable.

—¿Estás conduciendo? —preguntó, perplejo a más no poder.

—Sí, eso parece —dijo, sonando más brusca de lo que deseaba.

—No me lo esperaba.

Luz no supo si se refería a su visita o a la conducción, pero no le importó. Una fuerza que ansiaba ser liberada se abría paso en su pecho y nada podía distraerla.

—Escucha, tengo que algo que decirte.

—¿Quieres pasar? —preguntó, restregándose las manos en el pantalón.

—Gracias, pero no hace falta. Lo que quiero decirte es que siento mucho que tu vida no haya sido fácil. Tus padres, las pesadillas… Es terrible, se mire por dónde se mire, pero tengo la sensación de que te gusta sentirse así, pobre, aislado.

—No, no es verdad —interrumpió, negando con la cabeza.

—Pues yo creo que sí, Darío.

—¿Por qué?

—Porque me dijiste que te gustaba desde el colegio, y nunca hiciste nada, ni me dijiste nada, lo dejaste correr.

—Era un crío…

—¡Ahora es lo mismo! —dijo, golpeando el volante, algo irritada por su testarudez—. Fui yo quien te besó en el puerto, quien organizó la cena que acabó en… ya sabes. Fui yo primero quien te dijo que te amaba. Yo, siempre yo la primera en todo. Tú solo te has dejado llevar.

—Pensaba más en ti que en mí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Buscas a un hombre que yo no soy. Me tienes idealizado.

Luz salió del coche.

—¡No digas tonterías, tú no!

—No son tonterías. Yo no soy un hombre de familia.

~

Alertado por la discusión, Juan fue a ver qué ocurría, acompañado de Ron. En vez de abrir la puerta de la entrada, prefirió actuar de manera discreta y fue al cuarto de baño pequeño, usado para sobre todo lavarse las manos. Sin encender la luz, abrió la ventana enrejada y se asomó, preocupado. Distinguió a Darío y a una mujer que por la voz reconoció que se trataba de Luz.

—Vaya, parece que están teniendo un debate amistoso —se dijo con ironía.

Enzo, que también había oído el ruido, se acercó también al baño.

—¿Qué está pasando, abuelo?

—Una pelea de enamorados.

Su nieto se asomó junto a él. Darío gesticulaba. Luz con un gesto de las manos clamaba al cielo.

—¿Quién va ganando?

—Las mujeres, como siempre.

—Menos mal que estoy soltero.

—Ya veremos por cuánto tiempo —dijo Juan, en voz baja.

—¿Eh? ¿Dices algo?

—No, cosas mías.



—¿De verdad que lo que quieres es todo sea como antes, que nos veamos como si fuéramos dos adolescentes? —preguntó Luz, con los brazos en jarra.

—¿Qué hay de malo?

—¿Por dónde empiezo? Que la relación se estancaría, para empezar. Cualquiera lo sabe. Y por si eso no fuera poco, Alma necesita un hogar para crecer. ¡No vamos a vivir para siempre en casa de mis padres! ¿Cómo puedes estar tan ciego?

—¿Y tú? ¡Cómo puedes ser tan obstinada!

—¿Obstinada, yo? ¡Vamos, le dijo la sartén al cazo!

Darío suspiró, cansado.

—Mira, será mejor que lo dejemos por hoy.

Sin lugar a dudas, ella disfrutaba viendo cómo él daba un paso atrás. Quería que experimentara en sus propias carnes lo que era tener un corazón roto. Ella podía impartir un seminario sobre el tema.

—Solo quiero que sepas que tú me necesitas a mí, más que yo a ti. ¿Te has parado a pensarlo?

—Por favor, no me cabrees.

—La verdad te duele, admítelo.

—¿El qué?

—Que me necesitas, por eso no quieres saber nada de lo nuestro. Yo tengo a Alma, ¿a quién tienes tú?

La rabia de Luz era como un tsunami que arrasa con todo y que nadie puede detener.

—No quiero hablar más contigo —dijo, amagando con irse, pero ella no se quiso rendir.

—La vida no está hecha para tu comodidad, Darío. La vida es trabajo duro y hostias como panes, pero lo curioso es que hay cosas que merecen la pena.

—Sé muy bien cómo es la vida, Luz. Soy huérfano de padre y madre desde los once años.

La calma con la que lo dijo activó un resorte en ella, y de repente, el enfado se transformó en dulzura.

—Basta ya de tener miedo —dijo con un hilo de voz—. Te quiero pero no voy a esperarte siempre.

Algo impulsó a Darío a mirar hacia arriba para comprobar que la óptica del faro giraba, emitiendo el haz de luz que barre el horizonte. Un destello cada diez segundos. La señal que siempre fue y será la característica por el resto de su existencia.

Apretó los labios y dio un paso hacia Luz. Las palabras se le atragantaban. Tragó saliva.

—Pues no lo hagas, Luz.

Y se dio la media vuelta y se marchó hacia la puerta de su casa.

CAPÍTULO 20

De regreso del faro, Luz aparcó en la plaza de garaje y apagó el motor del coche. Antes de subir a casa, quería serenarse un poco y no se movió del asiento durante un minuto. Si sus padres preguntaban dónde había estado, respondería que dando una vuelta. Tampoco deseaba ofrecer demasiadas explicaciones. Solo necesitaba gestionar las emociones que le producía pensar en Darío. Ahora, por fin, ella se había desahogado. Mañana será un día más, se dijo. A ver si llevo a Alma un ratito a la playa. Nos vendrá bien a las dos.

Cuando se apagó automáticamente la luz del aparcamiento, salió del coche y se fue al ascensor. ¿Qué hora será?, se preguntó. Había perdido la noción del tiempo. Al dejarse el móvil en la casa, no disponía de un reloj para despejar la duda.

Si alguna vez veo a Darío por la calle, me comportaré con amabilidad. Espero que poco a poco Alma deje de pedirme que vayamos al faro.

Abrió la puerta de la casa con cuidado de no hacer ruido. Dejó colgadas las llaves del coche. Después fue a ver a Alma, que dormía a pierna suelta, y la besó la frente. Se dirigió al baño a refrescarse un poco la cara antes de acostarse. A decir verdad, se sentía peor de cómo estaba antes de salir. ¿Había llorado en el camino de vuelta? Ya ni lo recordaba. A partir de ahora, él no se merecía ni una lágrima más.

Se encontró a su padre en el pasillo. Llevaba una camisa abierta de manga corta y pantalones cortos. Al verla, se detuvo y se cruzó de brazos. En su mirada captó una severidad que interpretó como que sabía la verdad. Quizá desde la terraza la había visto entrar al aparcamiento, o por algún motivo echó en falta las llaves y descubrió que no estaban en su sitio. ¿Acaso importaba?

—Espero una explicación —dijo él.

Esta vez no pensaba quedarse callada. Aún le dolía en lo más profundo el reproche delante de su hija por la ruptura con Darío.

—Al coche no le he pasado nada, si es lo único que te preocupa.

—Deberías haberme pedido permiso.

—Pues no lo he hecho. Ha sido un viaje de quince minutos.

—¿Quince minutos? ¡Has estado fuera una hora!

—¡Como si estoy el día entero! ¡Estoy cansada de tus manías!

Ante los gritos, su madre salió también el pasillo y pidió que bajaran la voz porque Alma se podría despertar. Sin embargo, fue demasiado tarde porque enseguida se oyó el sollozo en el dormitorio. Pepe pidió a su esposa que se hiciera cargo de su nieta.

—Mamá, no; ya voy yo. Es mi hija y me encargo —y dirigiéndose a su padre, dijo:—. Y si te molesta que llore, dilo y nos iremos a vivir a otra casa.

—Yo no he dicho eso —dijo su padre, extrañado por la contundencia con la que se

expresaba.

—¿No? Cómo para ti siempre ha sido una deshonra que sea una madre soltera…

—¿Alguna vez te he culpado…?

—¡No hace falta! Te conozco, y mucho mejor que tú a mí. Que si un comentario por aquí, otro por allá, una miradita. Lo que callas también hace daño, ¿lo sabes, eh?

—¿Qué tiene que ver todo esto con el coche?

—¡Que parece que lo cuidas mejor que a tu familia! Estoy cansada de sentirme mal por lo que pasó en el crucero. Estamos en el siglo veintiuno y gracias a Dios las mujeres, al menos en este país, pueden salir a divertirse con quien quiera.

—Se suponía que era un viaje familiar. Además, siempre has hecho lo que has querido.

Ambos oyeron la voz susurrante de Ana calmando a Alma.

—Claro, faltaría más que hiciera lo que tú quisieras.

—Ese franchute de mierda preñó a mi hija y después la dejó tirada. No se olvida de la noche a la mañana. Cuesta, lleva tiempo.

—Pues vas a un psicólogo.

—No sabes lo que dices.

—Sí, sé lo que digo —Avanzó un paso hacia él—. Te conozco. Sigues pensando que vives en un pueblo donde lo que importa es la reputación. Soy una madre soltera y nadie va a querer casarse conmigo.

A Pepe le sorprendió que su hija lo hubiera calado tan bien. Estaba tan abrumado por su actitud que intuyó que la conversación estaba ya perdida para él.

—No quiero hablar más —dijo, acompañando con un gesto de la mano—. Eso sí, te pido que no cojas más mi coche sin mi permiso.

—Tranquilo, no lo haré más, si eso es lo único que te preocupa.



Mientras tanto, Darío había acabado en un bar del polígono industrial. Sentado a la barra, bebía con soltura de una jarra de cerveza como si fuera agua mineral. A su espalda, unos cuantos clientes ocupaban una mesa y otro jugaba a la máquina tragaperras. La camarera era de mediana edad y llevaba el cabello como si fuera un estropajo. Se notaba que esa mañana se había levantado con escasas ganas de trabajar, ya que secaba los vasos con pinta de aburrida. En un rincón, un ventilador movía las aspas con desgana.

Darío apuró la jarra y se pidió otra golpeando en la barra. Su mente le atormentaba recreando la escena con Luz en el faro. Se sentía rabioso e impotente. Jamás había pisado ese bar con anterioridad y ni siquiera recordaba cómo se llamaba. Lo vio abierto, aparcó la camioneta y entró. No pensaba en lo que hacía, solo ansiaba hacer algo inesperado. Si la gente lo viera, se diría: ¿Darío emborrachándose? Pero si no le pega nada. Él, siempre tan formal y serio.

Pues bien, eso se había acabado. Darío también se emborracha. En el fondo, nadie conoce a nadie.

Oyó unas risas a su espalda y se giró hacia la mesa, llena de vasos vacíos. Eran dos jóvenes vestidos con un mono azul con ribetes fluorescentes. ¿Operarios de señales de tráfico? ¿Barrenderos preparándose para empezar el turno?

La camarera le guiñó un ojo y le puso otra jarra de cerveza, y le retiró la vieja.

—¿Quieres algo de comer? —le preguntó a Darío, apoyando los brazos en el mostrador e inclinándose.

Antes de responder, bebió un largo sorbo. Empezó a notar la burbujeante sensación del alcohol en las venas.

—No, gracias —dijo, con frialdad.

La camarera suspiró.

—Como quieras —dijo, y volvió a ocuparse de secar la vajilla.

Darío volvió a refugiarse en la bebida y en sus pensamientos. Por culpa de Luz se encontraba en ese tugurio. Vaya bronca le había echado. No, no la merecía. Había sido honesto con ella, ¿y así se lo paga? Las mujeres no dan más que problemas.

Iluminado por una idea, cogió el móvil, lo desbloqueó y la buscó entre sus contactos. Apretó el botón de editar y bajó hasta que encontró el fatídico y rojizo botón de borrar. El primer paso para olvidarla será eliminarla de su agenda. Hay que ser implacable. En las rupturas no valen los sentimentalismos.

Adelante, Darío.

Cuando el índice se cernía sobre la pantalla para apretar el botoncito y eliminar el nombre de Luz, recibió un empujón. Casi se le cae el móvil al suelo. Al girarse descubrió al hombre que había estado jugando a las tragaperras. Debía de ser compañero de los otros dos, pues también vestía con uniforme. Era algo mayor, de piel cobriza, con unos ojos pequeños y desconfiados.

—¿Qué miras tú? —le preguntó a Darío con voz fría y alzando la barbilla.

En el acto, Darío se puso en pie. Ambos tenían una estatura parecida. Quedaron frente a frente. La camarera y los de la mesa se fijaron en ellos. Alrededor se hizo un silencio tenso.

—¿Tienes un problema? —preguntó Darío, sintiendo que algo muy adentro pugnaba por salir.

—¿Y tú?

—Me has empujado. Exijo que te disculpes.

—¡Já! Vas listo tú si crees que me voy a disculpar.

Se giró para alejarse. Entonces Darío le cogió del hombro.

—Eh, no te vayas. Te estoy hablando —dijo, esforzándose en pronunciar bien las palabras. El alcohol hacía que la lengua pesara.

Al hombre no le hizo gracia que lo tocara y le empujó de mala manera. Entonces Darío, ofendido, no se lo pensó dos veces. Cerró bien el puño y golpeó con fuerza su mandíbula. El hombre dio un paso atrás y se golpeó contra el mostrador. Comprobó que no sangraba por la boca y le miró con los ojos rojos de haber fumado porros.

—¡Hijo de…! —exclamó, enfurecido, y fue a por Darío.

Esquivó el primer puñetazo, pero no el segundo, que le dio en el estómago. Se engancharon. Los taburetes cayeron al suelo con estrépito. La camarera primero rogó calma, después, en vista de que la ignoraban, llamó a la policía. Los clientes de la mesa se frotaban las manos por el entretenimiento gratuito.

Llovieron más puñetazos y ambos, jadeando, acabaron por el suelo. La rabia que sentía Darío contra sí mismo era como gasolina para la pelea. Si él hubiera podido elegir, hubiera prolongado la disputa toda la noche con tal de ocupar su mente en algo que no fuera su angustia.

A la mañana siguiente, Darío se despertó en uno de calabozos de la comisaría de Puerta del Mar. Al incorporarse, la cabeza le dio vueltas, así que ralentizó sus movimientos. Una franja de mísera luz entraba por una claraboya. Miró a su alrededor: se fijó en la reja oxidada y las paredes llenas de pintajos. Se llevó la mano al pómulo y lo notó algo hinchado.

Empezó a tener recuerdos de la noche anterior. La disputa barriobajera, la llegada de la policía, y la resistencia a meterlo en el coche patrulla. Oyó voces lejanas que retumbaban por

todas partes. Pensó que debían de ser los policías de guardia u otros detenidos. La cuestión era ¿cuándo saldría de aquí?

De repente, abrieron la reja de entrada y, acompañado de un policía de cara indolente, vio acercarse a su abuelo. Aunque caminaba apoyado en el bastón, sus movimientos eran decididos y atisbó en sus ojos un resplandor de severidad. Darío se irguió con cuidado de no provocarse más dolores de la cabeza.

—Hola, hijo. ¿Estás bien? —preguntó mientras el policía abría la celda.

—Dolorido de los pies a la cabeza, pero bien.

El abuelo inclinó la cabeza, como diciendo ¿qué esperabas?

—Puedes salir —ordenó el policía.

—Gracias —dijo Darío.

Juan le hizo un gesto de apremio con la mano.

—Venga, vamos a hacer todo el papeleo necesario con estos señores. Quiero irme de aquí cuanto antes —dijo el abuelo.

Al cabo de unos veinte minutos, abuelo y nieto estaban sentados en la terraza de una pequeña y moderna cafetería del centro. Eran sobre las nueve de la mañana y acababan de abrir. Eran los primeros clientes. El sol iniciaba su camino ascendente hacia la cúspide del cielo.

Desde que se marcharon de la comisaría, Juan no se había mostrado muy hablador, por lo que Darío pensó que se encontraba molesto por rescatarlo de la comisaría. Un camarero alto y espigado, con gafas y delantal, tomó nota: un café con leche para Darío y uno solo para Juan. Cuando se marchó, el abuelo carraspeó y con cierta solemnidad se dirigió a su nieto.

—Hijo, quiero pedirte disculpas.

Sorprendido, Darío reaccionó abriendo los ojos de par en par. Justo cuando quería agradecer su ayuda, él se disculpaba. O su dolor de cabeza le impedía pensar con claridad, o no entendía nada de lo que había dicho.

—Cuando nos hicimos cargo de vosotros —continuó Juan, sabiendo que su nieto necesitaba una explicación—, lo hicimos encantados, pero estábamos muy tristes porque nuestro hijo y nuera ya no estaban. Para tu abuela y para mí no fue sencillo. Nos costó un mundo. Hicimos cosas bien y otras… no tan bien. Y con el tiempo siempre he tenido la sensación de que no supimos escucharte. Eres el mayor y el que peor lo estaba pasando, y necesitabas atención, y nosotros solo te dimos una pequeña parte.

Darío entendió a lo que su abuelo se refería. Las malas notas en el instituto, la rebeldía contra la autoridad y el ingreso en el internado, no eran más que un grito de dolor por la ausencia de sus padres.

—Tampoco yo os lo puso fácil.

—No, no te culpes —dijo Juan, con un nudo en la garganta—. Ahora creo que nosotros podíamos haber hecho algo más. Quisimos daros a todos el mismo cariño, pero está claro que deberíamos habernos volcado un poco más en ti.

—Abuelo, hiciste lo que estaba al alcance de tu mano. De repente, te viste con tres mocosos en casa.

—Cuando vinisteis a vivir a casa no fue fácil para nadie. Fue un momento muy duro para la familia.

—Yo quería seguir viviendo en Madrid.

—Claro, tu vida estaba ahí, el colegio, los amigos, la casa… Aquí tenías que empezar casi de cero, por eso te rebelaste.

—Era un niño.

—Ni tu abuela ni yo nos arrepentimos ni un solo instante de adoptaros. Lo que quiero decirte es que no fuimos justos contigo. No fuimos pacientes ni supimos gestionar el dolor que sentías. Te encerraste en ti mismo y puede ser que nosotros nos rendimos demasiado pronto. Con el tiempo nos dimos cuenta de que ser padres de la noche a la mañana es una travesía con muchas complicaciones. ¿Te acuerdas de la película *El tiempo en sus manos* de 1960, interpretada por el mítico Rod Taylor?

—Una de tus favoritas.

Su abuelo sonrió como para darle la razón.

—Pues si pudiera volver atrás en el tiempo, haría todo lo posible por no enviarte al internado.

A través de una de las ventanas, Juan reparó en que la luz se había teñido del color anaranjado del amanecer. Aún le quedaba por expresar lo más importante.

—Te has convertido en un hombre de los pies a la cabeza, honesto y profesional —continuó su abuelo—, y sin dudarlo has arrimado el hombro para salvar el Paraíso. Pese al infortunio has sabido recomponerte tú mismo, a trancas y barrancas sí. Tus padres estarían orgullosos de ti.

El cuerpo de Darío se tensó.

—Gracias, abuelo —dijo, emocionado.

Juan le puso la mano en el hombro. Darío se fijó en sus ojos. A pesar de sus años, aún seguía transmitiendo una mirada paternal.

—Tienes mucho que ofrecer, hijo. Solo que… No te encierres en ti mismo. Expresa tus sentimientos.

El camarero, sonriendo, trajo los cafés. Los dejó sobre la mesa y les dijo que si necesitaban cualquier cosa que avisaran. Juan le echó un poco de azúcar al suyo. Darío se lo tomó tal cual. Por suerte, el dolor de cabeza había desaparecido.

—¿Sabes que tu abuela y yo nos conocimos aquí mismo?

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Entonces era otro bar con un nombre distinto y con la decoración no tan moderna. Se llama Bar El Pavo real —dijo, y se rio al recordarlo—. Mis padres conocían al dueño y yo eché una mano en la barra durante un par de veranos. La abuela trabajaba en la cocina, como ayudante. ¿Cuánto tiempo hace de eso? Si fue en 1961, pues… qué curioso, ¡61 años! Ay, qué tiempos aquellos.

Juan evocó el juego de miradas con Sofía, las risas, el anhelo y, por supuesto, el primer beso.

—Es una pena que ese bar ya no esté —dijo Darío.

—Está en nuestros recuerdos —dijo, tocándose la cabeza con una mano moteada por el sol —, de ahí te aseguro que no se va a mover. Pero es bueno que las cosas cambien. Fíjate ahora, es un bar moderno, atienden con amabilidad y el café es bueno. Darío, no todo lo antiguo es lo mejor. Hay que saber adaptarse a los tiempos que corren.

—Por eso no quisiste reconstruir el Paraíso.

Juan dio unos golpecitos alegres en el suelo con el bastón. Tomó un sorbo más de café y después dijo:

—Qué orgulloso estoy de haber continuado el legado de mi familia, pero es inútil aferrarse al pasado. Eso hubiera sido lo fácil, seguir como hasta ahora, dejar que las cosas no cambien porque tenemos miedo al futuro.

~

Los potentes rayos de sol entraban por las ventanas de la biblioteca municipal, bañando de luz

las estanterías. Los lomos de los libros resplandecían, el suelo de mármol cambiaba de tonalidad y los pasillos se iluminaban. Esa mañana los usuarios eran rostros conocidos: el grupito de adolescentes, el jubilado que leía el periódico y un joven trajeado que tecleaba en su portátil. Se respiraba un ambiente de paz y calma.

Luz permanecía concentrada en la tarea de ordenar la sección de Novedades, la que más aceptación generaba. Había llegado una remesa y debía sustituir unos por otros, ya que el espacio era limitado. Detestaba relegar libros al almacén. Si por ella fuera los expondría todos porque cada uno tiene su público, grande o pequeño. En un mundo con una tecnología tan desarrollada los libros sobrevivían con orgullo a todos los vaivenes, lo que demostraba su valía.

Se avecinaba el fin de semana y se obligó a pensar en algún plan con Alma para escapar de la rutina. Quizá hasta sus padres las podrían acompañar a la capital de la provincia para pasear por el puerto y comer en algún restaurante barato. Necesitaba salir de la apatía que la dominaba desde la ruptura con Darío.

Buscó entre las novedades un libro con el que pudiera superar el mal trago del desamor. Llevaba varios días sin leer y hacía años que no sucedía, aunque no era necesario ser un genio para saber el motivo. Era como si se hubiera quedado seca de repente. A lo largo de su vida había leído tanto que ya resultaba difícil sorprenderse. Deseó que existiera otra Luz en Puerta del Mar que fuera capaz de recomendarle una buena lectura. Sí, otra doctora que recetara una historia apasionante con la que envolverse durante las siguientes semanas.

Yo estoy aquí para ayudar a los demás, pero cuando yo la necesito, ¿dónde está la ayuda?, se dijo para sí misma con resignación.

La puerta de la entrada se abrió y se cerró con tiento. Después se oyeron unos pasos hacia el mostrador. Los usuarios levantaron la cabeza, curiosos, y luego volvieron a bajarla para seguir con lo suyo. Luz pensó que seguramente se trataría de alguien que acudía a devolver el préstamo de turno. Sin prisa, terminó de colocar los últimos libros y después volvió a su puesto. Al ver a Darío se le encogió el corazón, pero enseguida reparó en el pómulo morado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, alarmada.

Él sonrió al verla. Llevaba una blusa de lunares y una falda vaquera que entallaba su cadera. Como siempre, estaba radiante. Al acercarse le llegó una oleada de su perfume.

—Nada grave, un intercambio de opiniones.

—Ya —dijo, no muy convencida—. ¿Qué quieres?

Uno de los adolescentes chistó a Luz, quien repitió la pregunta en voz baja, no sin antes lanzar una mirada furibunda al grupito.

—Hablar contigo. ¿Salimos fuera?

—Estoy ocupada. Además, no tengo nada que hablar.

—Puedo esperar. Es importante.

—Voy a estar ocupada toda la mañana. Si eso, ven otro día.

—Serán solo cinco minutos. Te lo prometo.

Luz se sintió cansada de hablar por hablar. Al final, siempre acababan discutiendo, al menos las últimas veces.

—Te he dicho que no. ¿Vale?

Sin esperar su respuesta, regresó junto al carrito y continuó con la tarea de renovar el estante de novedades. A partir de ahora debía de tratar a Darío como un amigo más. Sería duro lidiar con las emociones, pero más valía que ambos se habituasen lo antes posible.

—Lo siento —dijo Darío a su espalda.

Luz soltó un respingo y casi se le cae el libro que llevaba en la mano. La volvieron a chistar

desde las mesas. Tensa, miró hacia el grupito para descubrir al autor del silbido, pero Darío reclamó su atención.

—Pero, ¿qué quieres?

—No hago más que pensar en ti y…

—Ya se te pasará —interrumpió.

—Quiero pedirte disculpas por lo que te dije en el faro.

—Pues muy bien, aceptadas —dijo, alejándose un paso.

Darío vio su espalda y sintió que no deseaba hablar más, que solo tenía ganas de abrazarla. Pero eso sería un error fatal, primero debía expresar sus emociones.

—Te dije que yo no era el hombre que buscabas, que me idealizaste. En realidad, solo me protegía de mí mismo.

—¿Ah, sí? Qué sorpresa, jamás lo hubiera adivinado —dijo, sarcástica a más no poder.

Él se quedó mirándola.

—Vale, me lo merezco —dijo, alzando las manos—. No he tenido una vida fácil y siempre he pensado que viviría solo para siempre y de repente… —se mordió los labios—… Tú.

Ella se detuvo de repente, como si le interesara, pero enseguida siguió con lo suyo. Aunque era pura apariencia porque, desconcentrada, colocó un libro de autoayuda en el estante de gastronomía.

—… Cuando te vi aquí, el día que vine a por libros para mi abuelo, me volví loco. No sé, algo en mí renació. Ahora sé que ese pensamiento siempre estuvo ahí pero no quise hacerle caso. Tenía… miedo y me alejé, como siempre he hecho, pero lo que no esperaba era que tú sintieras lo mismo.

Siempre te he amado, idiota, desde siempre, pensó Luz.

—No sabes lo feliz que me habéis hecho estas semanas, Alma y tú. Han sido las mejores de mi vida. Y han sido tan buenas, tan maravillosas que a veces me he preguntado, extrañado, ¿qué estás haciendo bien, Darío? Luz, eres una mujer espectacular en todos los sentidos, y una madre como no hay ninguna. No quiero perderte. Si no es demasiado tarde, me gustaría, mejor dicho, me encantaría que tú y yo diéramos un paso adelante.

Ella iba a dejar una novela histórica en el estante, pero de repente se giró con lentitud y reveló que sus ojos estaban empañados de lágrimas.

Mirándola, Darío le quitó con delicadeza el libro y lo dejó en el carrito. La tomó de las manos, que temblaban. Los rayos del sol creaban un halo de luz alrededor de las estanterías repletas de libros.

—Eres la única mujer a la que voy a amar en toda mi vida, Luz —dijo, acariciando su piel—. Ven al faro, Alma y tú, y te prometo que haré todo lo posible para que seáis felices. ¿Es lo que quieres, verdad?

Ella asintió con la cabeza, embargada por la felicidad.

—Pero ahora te voy a pedir algo que *yo* quiero —dijo, y suavemente alzó su barbilla para beber de su mirada, como si fuera un manantial prodigioso.

Ella se dedicó un instante para recuperar el habla.

—Dime, lo que sea —dijo, al fin, mirándole con anhelo.

Sin soltarle de las manos, Darío se puso de rodillas.

—Luz, ¿quieres casarte conmigo?

A ella casi le da una taquicardia. Sus ojos se agrandaron y de repente sintió como si estuviera a punto de perder el equilibrio. Sus ojos liberaron un torrente de lágrimas y aquello fue un no parar. Quería decir que sí, pero le era imposible. Lo intentó varias veces, pero las palabras se

negaban a salir. En su lugar asintió con la cabeza varias veces.

Darío, extasiado de felicidad, cerró los ojos y la abrazó. Sintió cómo su camiseta se humedecía pero no le importó lo más mínimo. Era una sensación que recordaría toda su vida, como un detalle que haría la escena más real.

—Seamos una familia —dijo Darío.

Alguien chistó de nuevo y entonces Luz, irritada, le dijo a su futuro marido que ahora volvía. Con paso decidido fue hasta el área de estudio, carraspeó y con los ojos enrojecidos dijo:

—Al próximo que chiste le prohíbo la entrada en la biblioteca de por vida. ¿Estamos? Que no todos los días me proponen matrimonio. Gracias.

Las caras de los usuarios palidecieron. Luz regresó para buscar cobijo en los brazos de Darío, quien reía por lo bajo.

—¿Dónde estábamos? —preguntó ella.

Se oyó el sonido de las gaviotas a lo lejos, surcando el cielo despejado de Puerta del Mar.

—Si me hubieras dicho que no —susurró Darío—, me hubiera tirado desde la linterna del faro.

—Anda, exagerado…

Ella alzó el rostro y Darío la besó con pasión. Fue un beso intenso lleno de esperanza en el futuro.

ESPLENDOR EN LA ORILLA

PRÓLOGO

A la edad de cinco años, un accidente de avión arrebató a Enzo Campos lo que más quería en el mundo: sus padres. Aunque su mente guardaba leves y borrosos recuerdos de ellos, en ninguno habitaba el cálido timbre de la voz con la que se dirigían a él, o el suave tacto de las caricias que le prodigaron cuando era un bebé.

Gracias a la tecnología de la época pudo oír, bien entrado en la adolescencia, alguna grabación de sus voces en vídeos caseros tomados por cámaras VHS. Pero eran diálogos breves, sueltos, prácticos, entrecortados. En realidad, las grabaciones sirvieron sobre todo para conocer las facciones de sus caras y fijarlas en su memoria. Sus padres serían jóvenes para siempre.

Sus abuelos le ayudaron a componer un retrato esencial de cada uno. Su padre era tenaz y sensible. Su madre era inteligente y social. Sus hermanos también compartieron con él sus escasos recuerdos. Un viaje a Disneyland París, una visita al planetario de Madrid, el cine de los sábados por la tarde, aprender a montar en bici… Siempre envidió que ellos pudieran atesorar de forma permanente esos momentos únicos, mientras que él debió conformarse con retazos de aquí y allá.

Al cumplir los dieciocho años, dijo a su familia que se marchaba a Madrid a presenciar un partido de fútbol en el Santiago Bernabéu. Su equipo favorito era el Real Madrid y le hacía ilusión visitar el museo y el estadio. No era verdad. El único propósito de su viaje era visitar el lugar del accidente del avión 787 con destino a Roma. El lugar donde sus padres se dirigían para la boda de un primo materno.

Como es lógico, le fue imposible acceder a la pista del aeropuerto, por lo que se vio obligado a observarlo desde la terminal 2. Era un día frío de enero. No sabía muy bien qué hacía allí de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando a través de la enorme ventana. Se encontraba demasiado lejos para apreciar los detalles de la placa conmemorativa de la tragedia. Lo único que sabía era que los nombres de sus padres estaban inscritos junto al resto de los fallecidos. Paseó una mirada lánguida por la pista vacía como si quisiera desentrañar un antiguo misterio.

Imaginó a sus padres en el avión momentos previos al accidente. Abrochándose los cinturones, intercambiando una sonrisa cómplice, cogiéndose de las manos, atentos a las explicaciones de las azafatas, envueltos en el sonido del motor, ignorando lo que sucedería a continuación… ¿Cuál fue el último pensamiento que les pasó por la cabeza?, se preguntó.

Nunca volvió al aeropuerto y siempre que viajó en avión a cualquier destino evitó Madrid. Sentía que era como una casa encantada, poblada de fantasmas que solo él podía ver y escuchar. Si sus hermanos también pensaban lo mismo era algo que ignoraba, ya que nunca se atrevió a sacar el tema. ¿Por qué? Quizá porque una herida cicatriza pero nunca desaparece, y por eso

siempre se corre el riesgo de que se abra.

¿Qué pensarían mis padres si supieran que trabajo en Salvamento Marítimo?, se había preguntado más de una vez Enzo, a bordo del salvamar Orión del cual era el patrón. Y aquella madrugada de finales de septiembre se respondió al igual que en las otras ocasiones. Estarían orgullosos. Su misión consiste en ayudar a los demás, en evitar tragedias en el mar. ¿Qué puede haber más enriquecedor?

Se encontraba en alta mar cuando Enzo recibió el aviso urgente por radio. Llevaba dos años como patrón, uno de los más jóvenes de la entidad, y a su cargo tenía una marinera y un mecánico.

Era frecuente ser los primeros en recibir los avisos de emergencia. Los salvamares son embarcaciones que destacan por su velocidad, maniobrabilidad y poco calado. Son las características idóneas para una respuesta veloz, que es fundamental porque cada segundo cuenta. En el agua, una persona siente un minuto de angustia como diez.

El centro facilitó las coordenadas e informó de que se trataba de una patera con inmigrantes, unos quince o veinte.

—¡Recibido! —exclamó Enzo—. ¡Vamos para allá!

Enseguida puso al corriente a sus compañeros, fijó el rumbo en el GPS y estableció la velocidad a treinta nudos, la máxima. No había tiempo que perder. Por experiencia, sabía que las pateras eran frágiles y que los inmigrantes estarían desesperados. El motor rugió en el silencio de la noche. La sensación de navegar a esa velocidad era pura adrenalina. Había algo de aventurero en el espíritu de Enzo, algo interno se activaba dentro de él cuando recibía un aviso de emergencia, una imperiosa llamada a la acción. Cuando eso ocurría, era su única realidad.

Más allá de la popa del Orión se extendía el manto profundo de la noche. En la cabina de mando, Enzo controlaba los instrumentos de navegación —la brújula, el GPS y el radar eran imprescindibles— que ayudarían a encontrar la patera en medio del océano.

Jesús y Ángela, vestidos con el uniforme y con chaleco salvavidas, le flanqueaban. Confiaba en ellos como en sus hermanos. Ángela era la marinera y la benjamina del grupo, aunque su carácter y conocimientos le habían granjeado el respeto de sus compañeros. Tenía una relación con un joven de un pueblo vecino, que Enzo conocía y que a todos les había causado una grata impresión.

Jesús era el veterano, sencillo en el trato, su fama de excelente mecánico le había valido el reconocimiento de todos los patrones e incluso capitanes. Jamás un motor se había averiado por falta de mantenimiento en una de sus salidas. Era un hombre familiar y conocido en Puerta del Mar, el típico al que se recurre buscando buenos restaurantes.

Hasta el momento del aviso por radio, había sido una guardia calmada. Ángela y Jesús se habían dedicado a revisar el equipo de primeros auxilios, y Enzo a permanecer alerta escuchando posibles llamadas de socorro en el canal 16 de la radio, aunque al final habían sido falsas alarmas.

Después de unos largos diez minutos, Enzo descubrió una señal luminosa en el radar. Debía de ser la patera. Disminuyó la velocidad y encendió los focos. De inmediato, Ángela y Jesús salieron a la cubierta con linternas y escudriñaron la noche. Ambos llevaban casco y chaleco salvavidas. Al poco, oyeron gritos de auxilio en inglés y francés. A pesar de que no era su primer rescate de patera, sintieron un estremecimiento. La fragilidad del ser humano se reflejaba en situaciones dramáticas como esa, un grupo de hombres y mujeres que arriesgaban su vida por un futuro incierto.

Ángela fue la primera en localizarlos a estribor, y así lo anunció a viva voz a Enzo y Jesús,

quien se encargó del equipo médico por si era necesario. Por experiencia, sabían que los inmigrantes presentarían cuadros severos de deshidratación. Quizá incluso alguno estaría al borde la muerte.

En un primer y rápido conteo, Ángela confirmó la información de que el número de personas oscilaba entre quince y veinte. Sin embargo, la sorpresa fue oír el llanto de un bebé entre la masa de gente. ¿Cómo puede existir tanta angustia y miseria en el mundo? Ángela suspiró. La presión por ayudar entonces fue aún más apremiante.

—¿Listos para la maniobra de aproximación? —les gritó Enzo.

Sus compañeros respondieron afirmativamente. Gracias a la luz de las linternas, lanzaron un cabo a la patera, aunque nadie fue capaz de cogerlo. Hacía frío y viento, lo que dificultaba las maniobras.

Aún desde la cabina de mando, Enzo estudió la embarcación. Era una vieja barca de madera con fondo plano, y calculó que sería de unos diez metros de eslora. Se fijó en los hombres sentados en la borda y otros de pie, ansiosos por subir al Orión cuanto antes.

Eso es peligroso, pensó.

—¡Acércate más! —pidió Jesús.

A Enzo le preocupaba tanto la seguridad de los inmigrantes como la de sus compañeros. Si se aproximaba demasiado, el casco podría golpear la patera por la inercia de las olas y los inmigrantes caerían al mar.

Ángela lanzó de nuevo el cabo. Esta vez la suerte acompañó y alguien pudo cogerlo en el aire. Se oyeron voces en diferentes idiomas africanos. Con objeto de asegurar el rescate, Jesús lanzó otro cabo que también fue recogido. Los inmigrantes estaban inquietos, gesticulaban con nerviosismo.

—¡Tira, tira! —exclamó Ángela a Jesús.

Poco a poco fueron acercando la patera, desde la que brotaban aplausos y expresiones de alivio. Muchos de ellos llevaba un neumático en la cintura a modo de salvavidas. Otros no llevaban nada, quizás porque no habían pagado la tarifa completa a la mafia, que se enriquecía con su desesperación por pisar Europa.

Ángela exigió calma y prudencia a los inmigrantes, que se agolpaban en la popa. De repente, entre la penumbra y el bosque de caras, brazos y manos, surgió el bebé, cuyos padres rogaban en francés que fuera el primero en ser rescatado.

—¡Ángela, ten cuidado! —exclamó Enzo con el temor de que perdiera el equilibrio.

—¡Tranquilo! —dijo ella, haciendo la señal del pulgar hacia arriba.

Ángela cogió al bebé, apenas envuelto por una manta, y lo apretó contra su pecho con ambos brazos. Al mirar su carita, se le encogió el corazón. Lloraba con desolación. Seguramente tendría hambre y sueño. Quién sabe cuándo fue la última vez que había comido.

Mientras Enzo y Jesús ayudaban a subir a bordo a los inmigrantes, Ángela bajó a los camarotes para proteger al bebé del frío. Por desgracia, no era la primera vez que se veía en una situación parecida, por eso contaban con un amplio surtido de papillas, leche en polvo e incluso biberones. Un mes atrás, habían rescatado a ocho bebés que viajaban en una sola patera. ¿Cómo olvidar una imagen tan desgarradora?

Una vez que todos estuvieron a salvo, repartieron agua, comida y mantas. Sentados en la cubierta, algunos tenían signos de deshidratación y otros temblaban. Para garantizar la seguridad del Orión y sus tripulantes, era necesario que cundiese la calma. Aunque estaban exhaustos, se trataba de un grupo numeroso de personas en una situación límite, por lo que ninguno podía bajar la guardia.

—Os vamos a llevar a un lugar seguro —les dijo Enzo, en inglés, con voz pausada y segura.

Fue a la cabina de mando y marcó el rumbo hacia Puerta del Mar. Si el tiempo acompañaba llegarían en un par de horas. Informó por radio al Centro de coordinación del éxito del rescate, con el fin de que el puerto estuvieran preparados para la llegada.

Cuando los padres del bebé recuperaron las fuerzas suficientes, Ángela lo devolvió envuelto en un par de mantas secas y limpias. Enzo observó que su compañera mantenía una conversación con ellos, seguramente en francés, un idioma que ella dominaba.

—Se llaman Amadou y Fatou —dijo Ángela después, sentada en la cabina de mando junto a Enzo—. Estaban preocupadísimos por su hijo.

—¿Qué te contaron?

—Que ellos querían seguir viviendo en Camerún, donde nacieron, pero cuando dieron a luz a su bebé, decidieron huir de la pobreza. Querían una buena educación para su hijo, y no se lo pensaron dos veces. El mejor lugar es Europa. Sabían que era peligroso pero tenían que arriesgarse. Pagaron a una mafia local y se subieron a la patera, pero a mitad del viaje, el motor dejó de funcionar.

—Vamos, lo típico. A las mafias solo les importa el dinero —dijo Enzo, negando con la cabeza—. Buen trabajo, Ángela.

—Gracias, patrón.

A través de la ventana, Enzo posó la vista en los padres, sentados en la cubierta, junto al resto de sus compañeros de viaje. El padre resguardaba a su hijo entre sus brazos, bajo la atenta mirada de la madre. Algo en su expresión transmitía un profundo alivio.

Enzo ignoraba el futuro de Amadou, Fatou y su bebé. Quizá las autoridades los repatriarían, o les otorgarían un permiso temporal de residencia. Sin embargo, lo que sí sabía era que sus compañeros y él habían ayudado a que el bebé no creciera huérfano.

CAPÍTULO 1

Hay algo solemne en los amaneceres que invita al silencio y la introspección. Cuando Enzo divisó la costa, era el inicio de un nuevo día. El sol se asomaba por el este derramando un fulgor rojizo por el horizonte. Como por efecto de la luz, el mar estaba en calma y solo se oía el motor del Orión.

Pensó en lo que haría en cuanto terminara su turno. Primero, llegar a casa y ducharse. Ya no vivía en el faro puesto que había recuperado su piso, después de alquilarlo durante el verano. Aunque la convivencia con su abuelo y su padre había sido magnífica, se sentía contento de recuperar su espacio, su independencia. Vivir en una casa ajena trae siempre consigo una serie de obligaciones en cuanto a orden y disciplina, y a él le gustaba dejarse llevar. El hogar es un sitio práctico, como una base de operaciones en la que prepararse para las siguientes aventuras.

Después de una guardia nocturna, disponía de varios días seguidos para recuperarse, así que se le ocurrió montar una excursión en moto a cualquier parte. Llamaría a la cuadrilla de camaradas, grandes aficionados como él a descubrir lugares nuevos e interesantes. Sí, en cuanto descansara un poco, empezaría a moverse enviando mensajes al chat del grupo.

Antes, visitaría a su abuelo para ver cómo llevaba el cambio a su vieja casa. La compañía de Arturo e Iris le sentaba de maravilla a su salud y su ánimo.

Arturo e Iris. Sonrió para sí mismo. Recordó con embarazo la escena de la cocina junto a Darío, en la que Iris le oyó hablar sobre ella. Enzo siempre había pensado que era un rollo más, y no podía haber estado más equivocado. Por suerte, ella aceptó sus disculpas y ahora la relación entre ambos era inmejorable.

Pero casi tan asombroso resultaba el futuro matrimonio de Darío. La primavera siguiente se celebraría el enlace en la iglesia de Puerta del Mar. Darío que fue siempre la viva imagen de la soledad, allí, en su faro, ahora disfrutaba de una familia y el calor de un hogar. Joder, qué cambio había dado. También para Enzo que aún le costaba hacerse a la idea de que era el tío de Alma. ¿Cómo es posible? «Tío». De golpe, me hecho mayor.

En la boda de Arturo e Iris, fue inevitable que le preguntaran cuándo era su turno de casarse. A modo de respuesta, rompía en una estruendos carcajada. No tengo tiempo para relaciones serias, respondía, incómodo. Y no era del todo falso, puesto que a veces empalmaba varias guardias de noche, incluso en fines de semana.

Su última novia se cansó de posponer planes y le puso entre la espada y la pared. O se buscaba otro puesto de trabajo, o lo dejaban. Y al final lo dejaron después de un año. Desde entonces había enlazado un rollo detrás de otro, sin compromisos, solo puro sexo. ¿Qué hay de malo en eso? La chispa de dos desconocidos, el flirteo sutil, un baile sensual, y la adrenalina de un polvo salvaje. Algunos lo llamaban el descanso del guerrero.

Al llegar al puerto ya había amanecido y la luz tenue del sol de otoño lo iluminaba todo. El aire era fresco y limpio. Puerta del Mar era uno de esos lugares privilegiados, con la mayoría de días soleados durante el año. Un grupo de gaviotas sobrevolaba los veleros atracados en busca del desayuno. Enzo bajó la velocidad a cuatro nudos, la obligatoria para evitar colisiones con otras embarcaciones.

En el muelle reservado para Salvamento Marítimo, el personal de la ONG *Una vida, una ayuda* esperaba al Orión con el fin de prestar atención médica. Una ambulancia también se había presentado para cuadros muy graves.

Enzo lanzó una mirada a los rescatados que, sentados, formaban un corrillo sobre la cubierta. Se les veía cabizbajos, hablaban en susurros, como si desconfiasen de todo. Los únicos que mostraban un cierto alivio era Amadou y Fatou, quizá porque pensaban más en la seguridad de su hijo que en la de ellos mismos.

De un salto, Jesús pisó el muelle y ató un cabo a una de las cornamuzas. Después Ángela hizo lo propio con otra. En escasos minutos, el Orión permaneció amarrado con seguridad y Enzo apagó el motor. Sus compañeros empezaron a ayudar a los inmigrantes a pisar tierra para así dejarlos en manos de la ONG. Enzo fue uno por uno tendiéndoles la mano para levantarlos y acompañarlos al muelle.

Ahora cada uno sería examinado y evaluado por parte de los voluntarios. Ellos decidirían si alguno requería ser ingresado en el hospital. Algunas caras le sonaban de otras ocasiones y siempre se intercambiaban saludos afectuosos, e intercambiaban información sobre el estado de salud de los más graves. Había un respeto mutuo por la labor del otro y un ambiente de colaboración incondicional.

La sorpresa vino cuando Enzo reconoció a una de esas caras. Era Violeta, la fisio de su abuelo al inicio de la recuperación del ictus. Ella estaba cerca de la ambulancia, de cuclillas, examinando a uno de los rescatados, el más joven, que se había sentado. La manta le protegía todo el cuerpo, aunque aún tiritaba.

Desde la cubierta del Orión, Enzo se quedó mirándola a través de las gafas de sol. La veía de perfil. Llevaba un chaleco identificativo de la ONG, y se había recogido el cabello ondulado en una coleta que despejaba su cara. Ella le tomó el pulso al joven y anotó el resultado en una tablilla. Algo le debió de preguntar porque ella asintió con la cabeza repetidas veces.

Fue una lástima que no pudieran seguir contando con Violeta, pensó Enzo. Pero en aquel momento la familia pasaba por un bache económico, y su abuelo se vio obligado a recuperarse solo con la ayuda del hospital.

Se acordó de su fugaz encuentro en el vestíbulo del Paraíso, justo después de que los hermanos salieran en la prensa dando a conocer el precario estado financiero del cine. Muchos vecinos respondieron a la petición de ayuda y compraron entradas, Violeta entre ellos. Sí, aquella imagen de ella en el cine había sido imposible de olvidar. El cabello castaño y rizado, sus ojos oscuros y penetrantes, su sonrisa radiante y atractiva.

¿Qué había sido de ella desde entonces? ¿Seguiría en el balneario? En un par de meses es difícil que la vida de cualquiera reciba un golpe de timón muy brusco. Aunque si lo pensaba bien, ¿no era lo que había sucedido con sus hermanos?

Violeta pasó a otro rescatado, una mujer, sin embargo, un compañero la interrumpió para mantener un breve diálogo. La altura de Violeta era considerable, casi como la de Enzo, que llegaba al metro y ochenta centímetros. Se fijó en que llevaba unos pantalones caqui con múltiples bolsillos y calzaba unas zapatillas deportivas.

De repente, evocó el perfume de aquella aparición en el vestíbulo del cine. Fue casi como si

lo sintiera en aquel momento: una embriagadora mezcla de rosa y limón.

—Patrón, si te parece bien, nosotros nos vamos —dijo Ángela, subiendo por la escalerilla.

Enzo miró hacia el muelle y distinguió a sus compañeros del siguiente turno. El relevo ya estaba aquí, el patrón y la tripulación entrante.

Se despidió de ellos, agradeciendo su excepcional trabajo, ya que como su patrón era importante reconocerlo.

—Y disfrutad de los merecidos días de descanso —añadió.

—¡Lo haremos, no lo dudes! —exclamó Jesús.

Mientras el relevo subía, buscó de nuevo a Violeta entre la multitud. No tardó en encontrarla. En su cara se reflejaba cierta serenidad que sin duda ayudaba a los inmigrantes a relajarse.

¿Por qué no le dije de salir algún día? Tomar algo… Entonces ya no era la fisio del abuelo, y no sería un compromiso. Tenías muchas cosas en la cabeza, Enzo. Sí, eso es lo que pasaba.

Violeta acompañó a la mujer, que parecía frágil y desorientada, a la ambulancia. Como eran algunos de los síntomas de la deshidratación, necesitaba una ayuda más exhaustiva.

Enzo se sorprendió cuando Violeta de repente le miró. Él levantó la mano a modo de saludo improvisado, pero ella no reaccionó. Parecía que no lo había reconocido. Quizás porque llevo las gafas de sol, se dijo.

—¿Qué te pasa, a quién saludas? —preguntó Toni, el otro patrón.

—A nadie. Bueno, a una que conozco.

Toni había sido uno de los mentores de Enzo desde sus inicios. Juntos habían compartido infinidad de guardias y aventuras en alta mar.

Una vez el relevo se hizo oficial, Enzo se cambió de ropa, se despidió de todos y desembarcó. Sintió el impulso de saludar a Violeta, pero el sentido común le dijo que no era el momento apropiado de socializar. A los voluntarios aún les quedaba mucha faena hasta que llegara la policía para llevarse a los inmigrantes ante el juez. En muchas ocasiones, ellos ayudaban a las autoridades a detectar posibles casos de trata de blancas. Por eso era importante que se concentraran en su labor.

Antes de dirigirse a casa, se pasó por un modesto bar situado detrás del puerto, alejado de la primera línea de restaurantes y tiendas de ropa. Se llamaba La taberna y le gustaba que abriesen temprano para ofrecer desayunos. En la barra, le pidió a Manolo, el dueño, café y dos tostadas con aceite y tomate. Mientras esperaba recordó que por la tarde había quedado con Darío para ver las obras del Nuevo Paraíso. Como Arturo e Iris seguían de luna de miel por Italia, les habían dejado el encargo de controlar que todo estuviese en orden.

Conversó con Manolo sobre los temas de costumbre, el coste de la vida, deportes y algo de política, mientras saboreaba el pan crujiente y calentito. Cuando el dueño tuvo que atender a otros clientes, Enzo volvió a pensar en Violeta.

Puedo pedir el teléfono al abuelo y llamarla, pensó. Le diré que el traumatólogo me ha recetado masajes en las cervicales. Espera, Enzo, ¿hay otra manera de hacerlo? Seguro que muchos tíos han hecho lo mismo. ¿Tendrá novio?

A pesar de que se encontraba exhausto y con sueño, una voz en su interior aconsejó que volviera al puerto. Una vez que pagó a Manolo, se despidió hasta la próxima y salió a la calle. Puerta del Mar estaba a punto de iniciar un nuevo día. Los comercios estaban a punto de abrir y en la avenida principal transitaban cada vez más vehículos.

Consultó su reloj. Después de media hora tal vez fuera un buen momento. Con todos los rescatados ya atendidos, tal vez los voluntarios ya estarían preparándose para irse. Sí, sería un buen momento. Se haría el encontradizo. Ah, Violeta, no te había visto. Vaya coincidencia. ¿Qué

tal todo?

Emprendió el camino de regreso. Al poco, una voz a su espalda llamándole por su nombre le hizo salir de su ensimismamiento. Al girarse, se sorprendió al ver a Violeta. Se acababa de cruzar con ella, y ni se había percatado de tan concentrado que iba. Tropezarse con ella rompió sus esquemas. Viva la improvisación.

—Perdón, no te había visto —se excusó Enzo.

—No te preocupes.

Se acercó a ella y se saludaron con besos en la mejilla. Muy consciente de lo que hacía, por un instante apoyó su mano en el antebrazo de ella.

—Sí que ibas concentrado. ¿En qué pensabas?

—¿Eh? En nada. Iba con la mente en blanco —dijo, procurando eliminar indicios de su interés por ella—. Por cierto, te he visto antes, en el puerto, pero estabas ocupada.

—¿Y qué hacías ahí?

—Trabajo en Salvamento marítimo.

—Anda, no lo sabía. Qué guay.

Enzo se fijó en que ella ya no llevaba el chaleco. Se lo habría entregado a algún compañero. Lucía una sudadera de manga larga de color blanco, en cuyo centro había dibujado una paloma con un ramo de olivo. El símbolo de la paz.

—¿Llevas mucho en la ONG?

—Acabo de empezar. Aún estoy impactada por lo que acabo de ver. Son terribles las historias de esta pobre gente… Creo que necesitaré unos días para procesarlo —Se interrumpió, se había acordado algo—. Oye, por cierto ¿cómo está tu abuelo?

—Muy bien. Acostumbrado ya al bastón. Tuvo una pequeña recaída, pero está muy bien, mejor que nosotros —dijo Enzo, sonriendo.

—Me alegro. Dale un beso de mi parte —dijo, con la intención de despedirse, ya que llegaba tarde al balneario.

—Descuida, se lo diré. Le hará ilusión.

Enzo sabía que se encontraba ante un oportunidad única, y se dijo que se arrepentiría si no la aprovechaba.

—A ver si un día tomamos algo —le dijo.

«A ver si un día tomamos algo» le parecía a Enzo la frase perfecta. Sin formalismos, espontánea y lo suficientemente ambigua. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que la había pronunciado. En la reacción de la otra persona se podría medir el interés, y dar un paso adelante o atrás. Qué gran invento eran las palabras.

Violeta recorrió su rostro con la mirada. Los ojos verdes refulgían como diamantes. Su piel, bruñida por el sol, transmitía virilidad y una vida excitante al aire libre.

—Claro, cuando quieras. Llámame o envíame un mensaje.

—Lo haré —dijo, pensando en que le pediría el número a su abuelo.

Se despidieron y cada uno siguió su camino. Violeta hacia el coche y Enzo hacia el puerto.

A él le fue imposible borrar la sonrisa durante los siguientes minutos. Siguió andando mientras paladeaba la pequeña sensación de triunfo que le embargaba. Le entusiasmaban los rasgos finos y delicados de su rostro, y la aparente sencillez con la que se desenvolvía por el mundo. Cuando vio a lo lejos el barco de Salvamento se percató de que se había despistado. ¿Adónde iba? Si él en realidad se marchaba para casa… Dio media vuelta y siguió pensando en la sonrisa de Violeta.

~

Enzo vivía en un piso de dos habitaciones en una urbanización que se encerraba en sí misma. A simple vista parecía una fortaleza de color salmón, pero cuando uno dejaba atrás el portal descubría un patio enorme y luminoso, que conectaba los diferentes bloques de viviendas y en cuyo centro destacaba una piscina circular.

Con el otoño recién comenzado, apenas un par de vecinos de origen extranjero se tostaban al sol. Para ellos cualquier estación era la idónea para broncear la piel. Enzo subió la escalera hacia el primer piso, recorrió un pequeño pasillo y llegó a su puerta.

Me dejaré caer sobre la cama y me despertaré la semana que viene, se dijo, sintiendo que los párpados pesaban.

Durante el verano había alquilado su piso a un matrimonio británico, y se sintió afortunado de que lo hubieran dejado en buenas condiciones. Solo fue necesario contratar a una brigada de limpieza para dejarlo todo reluciente. No le disgustaba limpiar, no obstante, en su tiempo libre prefería dedicarse a otras actividades más enriquecedoras, como jugar al pádel o viajar en moto con los colegas.

Era el primero en admitir que su piso estaba algo desangelado, aunque a él le gustaba llamarlo «minimalista». Las paredes, blancas y lisas, brillaban por la ausencia de cuadros, estanterías o cualquier elemento decorativo. El sillón era de diseño, cómodo, pero pedía a gritos un cojín a juego para transmitir una cierta calidez. En cuanto al televisor, era moderno y grande aunque apenas lo usaba. En suma, un lugar práctico con lo indispensable para vivir.

Enzo se echó sobre la cama con la ropa de calle, y enseguida cayó en un sueño profundo. El subconsciente tejió un sueño evocador. Enzo bailaba a solas con una mujer atractiva en un salón para banquetes. Un único foco desde el techo les iluminaba. Las paredes, algo alejadas de la pista, se veían sumergidas en la penumbra. Era un baile lento y sutil, de miradas ardientes y con la música penetrando en sus cuerpos lentamente.

—No esperaba verte aquí —susurró Enzo al oído de la chica, quién sonrió con delicadeza.

—Sí que lo esperabas —dijo pronunciando cada palabra con sensualidad.

Enzo se rio, sorprendido por su arrogancia. Se fijó en los pendientes, dos aros bañados en oro.

—Me has leído el pensamiento —dijo él.

—Es un don que tengo desde pequeña.

—¿Tienes otros dones ocultos?

La mujer entornó sus ojos cristalinos.

—Si te los digo tendría que matarte —dijo, en otro susurro electrizante.

Enzo inclinó la cabeza.

—Ya me estás matando lentamente.

El sueño se prolongó un poco más hasta que por fin Enzo le preguntó cómo se llamaba. Ella se apartó un mechón del cabello con un gesto elegante, y derramó una mirada volcánica sobre él.

—Me llamo…

Cuando Enzo se despertó eran alrededor de las tres de la tarde. Por la ventana se colaba la luz tibia del mediodía. El estómago rugió de hambre. Consultó el móvil, y leyó el mensaje de Darío recordando su cita a las cinco para revisar las obras del autocine. Pidió el almuerzo a una empresa de comidas a domicilio y se fue a la ducha. Bajo el agua, fue recordando los jirones del sueño que le ayudaron a revivir la atmósfera vibrante de la seducción.

Terminó de ducharse y se secó pasando la toalla por su cuerpo bien esculpido a base de

disciplina y ejercicio. Los hombros, el pecho y el torso y, en general, todo en él, transmitía la fuerza de un caballo salvaje. Sin duda, la idea de montar un pequeño gimnasio en la segunda habitación había dado sus frutos.

Después de vestirse llamó a su abuelo al fijo de casa. Le respondió Yarina con su acento ucraniano inconfundible. Estaba a punto de marcharse a su casa. Le advirtió de que Juan llevaba la mañana en modo gruñón. Enzo agradeció la advertencia, y esperó a que Yarina le entregara el teléfono inalámbrico.

—¿Qué diantres pasa aquí? —dijo Juan nada más ponerse.

—Hola, abuelo. ¿Cómo estás?

—Pues, ¿cómo quieres que esté? ¡Me duele todo!

—¿Has ido al médico?

—Ahí te miran un poco y ya está. ¡A correr!

Conversaron un poco más sobre esto y aquello, hasta que Enzo se decidió a abordar al motivo de la llamada.

—Abuelo, ¿tienes el teléfono de Violeta, la fisio?

—¿Quién?

—La fisio que trató en casa cuando tuviste el ictus.

—¿Esa chica alta y rizosa?

—Sí, la misma.

—Pues tendré el teléfono en la agenda, pero desde que me mudé del faro, no he tenido tiempo de revisar todo. Ya sabes que a mi edad voy al ritmo que voy.

—Sí, abuelo, no te preocupes.

—¿Te corre prisa?

—No, para nada.

—Mejor. Bueno, me tengo que ir. Adiós —dijo, y colgó con brusquedad.

Enzo se quedó pensativo con el móvil en la mano. Había cometido un pequeño fallo al confiar que conseguiría el número de Violeta con suma facilidad. Debía de explorar otras rutas de navegación para llegar hasta ella.

~

La vieja fábrica de mármol había desaparecido, y en su lugar Enzo y Darío veían escombros. A un costado, cerca de la entrada, ya se erguían los contenedores que albergarían la cabina de proyección, y ya habían empezado a asfaltar lo que sería el aparcamiento. Y era una excelente noticia porque significaba que las obras del autocine cumplían los plazos previstos.

A una distancia prudencial, desde las vallas de protección, observaban el estado en el que los obreros habían dejado el trabajo. Había una excavadora, un camión y una hormigonera esperando a que se reanudara el turno del día siguiente.

—Dice Arturo que en un mes puede estar listo para abrir —dijo Enzo.

Darío, con los brazos cruzados, hizo una mueca de reprobación con la boca.

—¿Un mes? Me parece muy pronto.

Enzo cogió el móvil y fotografió el lugar procurando abarcar todo el espacio. Se lo mandaría a Arturo para que dejara de preocuparse y disfrutara en paz la luna de miel.

—A no ser que solo quiera abrir el cine y después, poco a poco, construyan el restaurante —dijo Enzo.

—En menudo fregado se ha metido.

—*Nos* ha metido.

—Estamos los tres en esto. Espero que salga bien.

—Yo al principio estaba muy reticente… —dijo, recordando las discusiones con Arturo—. Pero también es cierto que el dinero que nos dio el abuelo en el banco no hace nada. Con el tiempo va perdiendo su valor. Así que había que invertirlo en algo. ¿Qué dice Luz?

—¿Sobre el autocine?

—No, sobre el cambio climático —dijo, para fastidiarle.

—Que le parece una gran idea. Nunca ha estado en ninguno y sueña con que vengamos con Alma a ver una peli de Disney.

—¿Cómo te va de padre?

—Muy bien. Alma es una niña muy buena y muy lista. Le dije que no me llamara papá, que ya tenía uno aunque fuese un imbécil.

—¿Le dijiste eso? —preguntó, asombrado.

—No, claro que no, Enzo. Ya se dará cuenta cuando sea mayor. Pero Luz y yo lo hablamos, y es mejor que me vea como un tío o algo así. Luz le ha dicho que tiene que hacerme caso en todo.

Cada uno había acudido con su propio coche. Darío, en su furgoneta. Enzo, en su jeep descapotable.

—Ya tenemos fecha para la boda. Será en julio.

—¿En la iglesia de la Encarnación?

—Le hace ilusión a Luz. No es creyente, pero allí se casaron sus padres.

La iglesia se alza en mitad del casco histórico de Puerta del Mar. Presume de un bonito portón barroco, flanqueado por unos cuidados arbolitos; y de un alto campanario que se hunde en el inmenso cielo andaluz. Enzo se imaginó allí, el día de la boda, vestido con esmoquin, peinado con raya a la derecha, perfumado y lanzando arroz a puñados.

Los móviles de ambos vibraron anunciando un mensaje nuevo. Intrigados, desbloquearon la pantalla. Arturo les estaba enviando fotos de su luna de miel con el noble propósito de dar envidia. Eran sobre todo selfis de Iris y él con la torre de Pissa al fondo o tumbados en el césped colindante. Sonreían, pletóricos de felicidad.

—Parece que se lo están pasando bien —dijo Enzo.

—«Hay más fotos en mi Insta!» —leyó Darío—. ¿Insta? Yo no tengo de eso.

Enzo pensó en la última vez que había estado en Italia, en la casa de sus abuelos maternos. Fue en verano de 2017, aprovechando unas vacaciones de verano. Evocó un viajecito con sus primos a la sublime isla de Córcega.

—Ni falta que te hace —dijo, y después de guardar el móvil, le preguntó:—. ¿Y dónde será vuestra luna de miel? ¿Ya lo habéis planificado?

Darío le envió a Arturo un par de fotos de las obras, y también se guardó el móvil. Eran alrededor de las cinco de la tarde y el sol apretaba.

—Como nos llevaremos a Alma no queremos que sea un viaje muy largo. La primera parada será EuroDisney, y después a Irlanda, que Luz siempre quiso conocerla.

—Por fin se cumplirá tu sueño de conocer a Mickey Mouse y Pluto —dijo, dándole una palmada amistosa en el hombro.

—Muy gracioso.

Enzo echó un último vistazo a las obras. Su hermano Arturo estaría satisfecho del estado en el que se encontraban. Se alegró de no estar involucrado en todo el proceso de la construcción y puesta en marcha del autocine. Papeles, permisos, presupuestos, planos… Le parecía en conjunto

un aburrimiento total.

A veces se reprochaba no haber usado el dinero del abuelo en liquidar la hipoteca de su piso, o al menos una buena parte de ella. No sabría lo acertado de su decisión hasta pasado un tiempo, quizá un año. Una cosa tenía clara: no se iban a hacer millonarios, así que se conformaba con mantener la inversión. Al menos podría invitar a chicas a ver una película, una estupenda excusa para meterse mano en la intimidad del coche.

Cuando Darío estaba a punto de irse, Enzo hizo un gesto con la mano para que aún no se subiera a la furgoneta.

—¿Tienes el teléfono de Violeta, la fisio?

—¿Quién? —dijo su hermano, encogiéndose de hombros.

—Violeta, la fisio del abuelo. ¿No te acuerdas de ella?

—¿De qué estás hablando?

—Nada, olvídalo —dijo, resignado ante la pésima memoria de su hermano.

Encontrarla será un reto divertido, pensó Enzo.

CAPÍTULO 2

Violeta observó con agrado que los huéspedes del balneario Del Sol disfrutaban del ejercicio. Cada uno en su esterilla, realizaba ejercicios de core para, entre otros beneficios, estimular la circulación sanguínea. El rango de edad era muy variado. Desde jubilados hasta maduros que se recuperaban de alguna lesión menor, como una luxación en el hombro o la cadera. En ocasiones, ella misma ayudaba al huésped a completar con exactitud los movimientos si la articulación no respondía bien.

La sala era espaciosa y el diseño muy cuidado, no en vano el balneario estaba dirigido a un público selecto, es decir, adinerado. Las paredes estaban pintadas de colores suaves y el suelo, enmoquetado. Al estar situado en la cima de un cerro, las ventanas ofrecían una bella panorámica de la pequeña ciudad costera, con el Mediterráneo al fondo. Aunque el verano se acababa de terminar, el clima continuaba siendo benigno, de entretiempo. La estación favorita para muchos, incluida Violeta, porque dejaban atrás el engorroso calor.

Otra de las características de los huéspedes del balneario estribaba en que procedían de cualquier parte del mundo, así que el inglés era una herramienta imprescindible para comunicarse. En la sesión de la mañana, contó que entre todos representaban a cinco países, siendo Irán el único asiático. Desde hacía mucho tiempo se había instalado una colonia de iraníes en la localidad. Destacaban por su calma, amabilidad y respeto, lo que contrastaba con las noticias que llegaban desde allí con respecto al trato injusto y violento hacia las mujeres. No obstante, si algo había aprendido Violeta en los meses que llevaba trabajando en el balneario, es que en la vida hay ambigüedades con las que hay que aprender a convivir todos los días.

Precisamente, Sargón era un paciente nacido en Teherán que necesitaba ayuda. Tenía cincuenta y siete años. Un hombre delgado, de tez morena y unos ojos tímidos con profundas ojeras. El estrés causado por el trabajo —regentaba una empresa grande de importación y exportación—, llevaba a apretar los dientes con extrema dureza. El resultado había sido graves problemas musculares en la mandíbula, el cuello y los hombros, además de dolores de cabeza.

Violeta deseaba ayudarle, por lo que estudió bien la patología. Gracias a la tecnología, se beneficiaba de un programa informático que ofrecía una imagen del cuerpo humano. Al seleccionar cualquier parte se generaba un dibujo en tres dimensiones. Le resultaba muy útil para saber a qué se enfrentaba, así que con la información recogida de la estructura de la mandíbula diseñó un tratamiento para Sargón. Consistió en técnicas de relajación, ejercicio regular y cambios en la alimentación. Cuando se lo transmitió en persona, le complació ver que confiaba en ella y además prometió que lo cumpliría a rajatabla. No había mayor satisfacción en el mundo para Violeta que ayudar a los demás.

La puerta de la sala se abrió y entró un joven pelirrojo de veintipocos años. Vestía con

camisa de manga corta, corbata y pantalones de pinzas. En la mano llevaba una tablilla de la que nunca se separaba. Paseó la mirada por los huéspedes mesándose la fina barba, y después asintió con discreción, satisfecho de comprobar que se ejercitaban con entusiasmo.

—Buenos días —dijo con una sonrisa.

Ella devolvió el saludo con idéntica cordialidad. Algunos huéspedes también lo hicieron, aunque con la voz un tanto apagada debido al agotamiento. Joaquín era el hijo del dueño del balneario. Estudiaba a distancia Dirección de empresas, mientras echaba una mano a su padre en todas las áreas donde pudiera meter su nariz pecosa.

—¿Qué tal todo por aquí? —preguntó mirando a Violeta.

Ella se apartó del grupo y se acercó, que estaba junto a la mesa donde ella solía trabajar con el ordenador. Medio en broma le llamaba «su despacho».

—Muy bien, a punto de terminar.

—Estupendo —dijo mirando su tablilla—. ¿Cómo va el Sr. Karimi de lo suyo?

—¿Sargón? —Ella prefería llamar a sus pacientes por el nombre de pila—. Le veo más relajado, pero el cuello lo tiene duro como una roca.

—Seguro que con tus manos mágicas mejora rápido.

—Eso espero.

—¿Te acuerdas de la Sra. Murphy?

Violeta entornó los ojos, como dando a entender que buceaba en la memoria. De repente, cristalizó en su mente la imagen de una señora con sobrepeso y de cabello corto y púrpura.

—Viene cada primavera a perder peso, ¿no?

—Exacto —dijo, inclinando la cabeza—. Viene mañana.

—¿Qué le ha pasado?

Por experiencia, siempre intuía que las personas que cambian las rutinas se deben a razones importantes.

—Tiene un brazo en cabestrillo y le han mandado rehabilitación. Está preocupada de que no lo puede volver a mover.

Violeta suspiró, preocupada. La recordaba como una persona algo estrafalaria, pero agradable y de buen humor. Imaginó la angustia que sentiría en esos momentos.

—¿Cómo se lo hizo?

—No me lo ha dicho, y yo tampoco he querido preguntar. Si lo quiere que lo sepamos, que salga de ella.

—Desde luego que sí.

Joaquín consultó varias hojas de su tablilla.

—Violeta, la Sra. Murphy solo quiere que la atiendas tú.

—No hay problema —dijo, procurando disimular el orgullo que eso suponía.

Joaquín hizo un mohín de disgusto.

—Lo que pasa es que ella solo quiere ser atendida por las tardes. Te cambiaría de turno, pero así de repente no tengo a nadie para cubrir las mañanas. Si haces turno doble, te lo agradecemos y la empresa te lo paga, claro.

Violeta se quedó pensativa. Si aceptaba, debería avisar a la ONG que no contaran con ella.

—Te necesita —dijo Joaquín, solemne.

—Está bien, está bien —dijo, con algo de reticencia.

Joaquín sacó el boli del bolsillo de la camisa y garabateó algo en las hojas.

—Genial, muchas gracias —dijo, y se marchó silbando.

No era la primera vez que le pasaba a Violeta. En ocasiones echaba una doble jornada en el

balneario. Se decía a sí misma que sus pacientes la necesitaban y que ella no podía fallarles.



Después de fichar, Violeta se cambió en los vestuarios y almorzó en el comedor de personal del balneario, junto a otros compañeros de diferentes departamentos. Entre los servicios del balneario también se incluía el adelgazamiento (de hecho, la mayoría de los clientes acudían por ese motivo), por eso el menú para empleados consistía en agua mineral, un surtido de sopas y pescado hervido. Por supuesto, el postre era una austera pieza de fruta. Eso sí, cuando llegaba la temporada, a Violeta le encantaban tanto las mandarinas que era capaz de comerse cuatro por lo menos.

Antes de regresar a su estudio alquilado, se dirigió a casa de su tía, que vivía en el centro. Llevaba tiempo prometiendo una visita. Dejó el coche (uno de segunda mano con más años que un bosque) en un descampado y le entregó al gorrilla de siempre un par de euros. Siempre que la visitaba o debía hacer algunos recados por el centro aparcaba en el mismo sitio.

Su tía era hermana por parte de su madre. Cuando Violeta terminó la carrera en Sevilla, ejerció unos años en el hospital donde trabajaban sus padres, que eran enfermeros. Su tía le recomendó que se viniera a Puerta del Mar, le abrió las puertas de su casa y ayudó a granjearse una lista de clientes. La mayoría basados en sus amistades. De eso ya habían pasado cuatro años, y ella sentía un profundo agradecimiento hacia su tía.

Le abrió su sobrino, guapo y adolescente, y se saludaron con dos besos en la mejilla.

—¿Cómo van tus estudios?

—Bien, todo notable —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Olé que bien! ¡Eres un crack!

Le abrazó tan fuerte que casi lo deja sin respiración.

—Oye, ¿está tu madre?

—En el salón, viendo la tele.

Su primo se metió en su habitación, donde había pausado un juego deportivo en la consola. A veces jugaba con él o incluso se lo llevaba al cine, ya que le encantaba ejercer de prima mayor. Como el Paraíso había cerrado, intentó sustituirlo con una salida al teatro, sin embargo, el plan no había triunfado.

Violeta se encontró a su tía hundida en el sofá. El televisor emitía un programa sensacionalista en el que se lanzaban acusaciones sobre esto y aquello. Al reparar en ella, su tía sonrió lánguidamente, lo que era su rasgo habitual.

—¿Cómo estás? —preguntó Violeta.

—Bueno, hija, aquí estamos —dijo, con voz apagada.

Dejó el bolso colgado de una silla de la mesa, y se sentó a su lado. Le hizo un gesto con las manos y su tía, no sin esfuerzo, se inclinó hacia delante y le dio la espalda. Entre el cabello oscuro reparó en que ya le asomaba alguna cana.

Violeta estaba hartita de que la gente siempre asociara la fisioterapia con solo los masajes. Su profesión era mucho más que eso. Sin embargo, con su tía se permitía el lujo de hacer una excepción. Palpó los hombros tensos y aplicó una manipulación vertebral. Se oyó el crujido del hueso, lo que significaba que el gas acumulado se había liberado. Era un alivio eficaz aunque temporal.

—¿Mejor?

—Sí, un poquito —dijo, y se volvió a hundir en el sofá.

Violeta se levantó y fue hacia su bolso. Sacó un sobre y se le entregó a su tía, quien sonrió con delicadeza. En el interior había una cantidad modesta, fruto de las propinas que los clientes satisfechos le habían entregado.

—Gracias, cariño. A ver cuando Mario me paga todo lo de la pensión que me debe —dijo su tía, dejando el sobre en una mesita justo cercana al reposabrazos.

—Yo no esperaría mucho de ese —dijo Violeta.

Su tía, Diana Gómez, le palmeó la rodilla.

—Bueno, hay que tener paciencia, ya sabes cómo son los hombres —dijo, y volvió a cruzarse de brazos—. Oye, quería preguntarte, ¿sabes algo más de los Campos? ¿Cómo les va? Lo último que supe fue que cerraban el cine.

—Hace un par de días me encontré con Enzo por la calle.

—¿Ah, sí? Mira, qué casualidad.

—Me dijo que su abuelo estaba bien y me alegré un montón, la verdad.

Diana necesitaba más información de ellos para actuar en consecuencia. Durante la primavera, Violeta, sin ser consciente, le había ido detallando todo lo que veía en la casa de los Campos mientras trabajaba ayudando a Juan.

—Pero el seguro los habrá indemnizado, ¿no?

—Eso, no lo sé, tía. Supongo que sí.

—Ahora tienen que estar forrados —dijo, con la mirada perdida.

La televisión seguía soltando improperios a diestro y siniestro. Aunque le parecía una idiotez, Diana se entretenía y la ayudaba a pasar la tarde. Su hijo, Isma, estaba más pendiente del ordenador que de ella.

—¿No te da pena que el cine haya cerrado? —preguntó Violeta.

—Me da igual.

Tiempo atrás trabajó en el Paraíso, sin embargo, siempre había preferido no desvelarlo a su sobrina. Cuanto menos la asociara con los Campos, mejor.

—Pues a mí sí. Puerta del Mar necesita un cine.

—¿Para qué? Todas esas películas son un aburrimiento.

Violeta sonrió. Era difícil complacer a su tía. Su actitud ante la vida estaba repleta de pesimismo. Decidió cambiar de tema y preguntarle sobre su primo, Isma. Iniciaba el primer curso de Bachillerato y aún dudaba qué hacer con su vida. ¿Estudiar o trabajar?

—Yo le he dicho que se ponga a trabajar ya —dijo su tía—, que gane su dinero y que se prepare para la vida, pero no sé lo que hará. Es cabezota como su padre.

—Es normal. Elegir qué hacer no es fácil. Lleva su tiempo.

—Tú lo tuviste claro desde el principio.

Más o menos con la misma edad que Isma, a raíz de una experiencia personal Violeta supo que tomaría un camino diferente al de sus padres, ambos enfermeros en la privada.

—Sí, pero otros tardan más y eso está bien. Hay personas que se toman un año sabático antes de la universidad, y viajan por el mundo, aprenden un idioma, conocen otras culturas…

—Eso para los ricos. A los pobres nos toca trabajar duro para ganarnos el pan.

Violeta se preguntó a qué se refería, ya que desde que había llegado a Puerta del Mar, nunca había visto trabajar a su tía. Según le había contado su madre, en cuanto se casó con Mario se dedicó a la casa, y cuando llegó el divorcio decidió que no buscaría empleo. Violeta quería a su tía, aunque le costaba soportar el pesimismo que transmitía.

~

El elegante taxi de color blanco inmaculado se detuvo frente al portón de la casa de los Campos. Era casi la hora de almorzar. La mañana había disfrutado de un sol radiante, y la temperatura estaba siendo agradable, con grupos de nubes tapando y destapando los rayos de luz. Mientras Arturo pagaba al taxista, Iris bajó y miró sonriendo la fachada de la que sería su nuevo hogar. Dejó escapar un largo suspiro lleno de ilusión.

Le gustaba todo de la casa. Las tejas rojizas, las numerosas ventanas orientadas al sur, los balcones amplios donde tumbarse, las rejas verdes… Y al otro lado de la verja, sabía que la esperaba un jardín enorme, rodeado de setos y flores. Se había construido en la lejana década de los ochenta, aunque Juan y Sofía se habían encargado de mantenerla como el primer día con mucho esmero. Sin duda, la casa era un magnífico lugar para las reuniones de la familia. Sintió el cosquilleo de la que sería una nueva y feliz etapa en su vida.

Con la ayuda del taxista, Arturo bajó todo el equipaje. Se despidió de él, y se acercó a su esposa para rodearla por la cintura y besarla en la mejilla. Intercambiaron una mirada cómplice. Ambos eran conscientes de que lo que significaba ese momento.

Atrás quedaba el piso estrecho y alquilado donde habían residido todo el verano. Delante de ellos, el rutilante presente. Antes de la boda, Arturo agradeció a Iris que aceptara vivir con su abuelo. Un gesto que demostraba la generosidad de su corazón. Entre ambos le cuidaremos, respondió ella. Para Iris, Juan se había convertido ya en su propio abuelo.

Oyeron los ladridos de Ron y después le vieron asomar por la puerta de entrada. Gemía y movía la cola con ansia. Cogieron las maletas y se encaminaron a la entrada. Cuando abrieron la puerta, Ron se abalanzó como un torbellino sobre el matrimonio, que lo recibió como pudo con abrazos y caricias.

Italia estuvo genial, pero qué alegría estar en casa, pensó Arturo.

—¿Nos has echado de menos, guapetón? —dijo Iris, haciéndole morritos.

Ron ladró para decir que sí.

—No nos hemos olvidado de ti —dijo Arturo—. Te hemos traído un regalito.

Yarina, emocionada, con las manos entrelazadas a la altura del pecho, salió al encuentro. Se fundieron los tres en un cálido abrazo mientras que Ron husmeaba el equipaje en busca, seguramente, de su regalo. Antes de la boda, habían hablado con ella para pedirle que echara más horas por la mañana. La necesitaban. Con Iris trabajando en el banco y Arturo centrado en la construcción del autocine, su ayuda era imprescindible.

Para Yarina la propuesta fue una auténtica sorpresa, ya que creyó que una vez que Iris se estableciera, sería ella la encargada de ocuparse de la casa y prescindiría de sus servicios. De hecho, había comentado con su madre la frustración que iba a suponer buscar empleo en otra parte. Con la llegada de Iris, Yarina albergó la sensación de la casa recibiría un soplo de aire fresco.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Qué jaleo es este? —gruñó Juan desde el porche de la entrada. Estaba de pie, apoyado en el bastón.

El matrimonio se aproximó con apremio y se fundieron en otro abrazo.

—¡Qué bueno estar en casa! —exclamó Arturo, con ganas de pegarse una buena ducha.

—Juan, nos hemos acordado mucho de ti —dijo Iris, sonriendo.

El abuelo sintió un pellizquito en el corazón, y se apoyó en el bastón con ambas manos.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, sin novedad —respondió Arturo—. Luego te enseñamos todas las fotos que hemos hecho. Vas a flipar.

—Me parece una gran idea. Ni recuerdo cuándo fue la última vez que fui a Roma. Tiene que

estar tan cambiada —dijo, con mirada ensoñadora—. ¿Cómo está tu abuela?

—Radiante, como siempre. Nadie diría que tiene ochenta y cinco años, e hizo muy buenas migas con Iris.

—Nos preparó el famoso plato *cacio pepe* —dijo ella—. ¡Una maravilla!

—Sí, es su especialidad —dijo Juan—. Se me hace la boca agua pensando en el queso rallado, la pimienta…

—¡Pues yo me he traído la receta! ¡No digo más! —dijo Iris.

Después de subir el equipaje a su dormitorio, cayeron rendidos en la cama. Les esperaba unos días de gran ajetreo para no solo deshacer las maletas, sino también amoldar la estancia a los gustos de Iris. Ese sería su rincón, de ambos, y, por lo tanto, su marido vería con buenos ojos que ella decidiese cambios en la decoración.

—Ha sido alucinante conocer a tu familia —dijo Iris, cobijada en el pecho de Arturo, que la abrazaba.

—Una pasada de viaje —Arturo suspiró—. Deberíamos casarnos mínimo una vez al mes.

—Y la luna de miel en países diferentes.

—Indonesia, Tailandia, Egipto… Hay muchos donde escoger. Solo di un país y ahí volaremos.

Era una locura, sí, pero a ella le enamoraba fantasear con planes imposibles. Iris cerró los ojos, como si quisiera disfrutar con más intensidad de la luz que desprendía su marido.

—¿Por qué la vida no puede ser como este momento? —susurró—. No quiero moverme en una semana, ni mucho menos ir a trabajar. Que le den a mi jefa.

Arturo la estrechó un poco más entre sus brazos. La besó en la coronilla y también cerró los ojos. Si por él fuera, dormirían ya hasta el día siguiente. Sin embargo, era la una del mediodía. Yarina contaba con ellos para almorzar.

—Tendremos momentos como este todos los días —le prometió Arturo.

—Sí, *per favore*. Será nuestra forma de recargar pilas.

—*Sei una ragazza molto bella. Ti amo* —musitó Arturo, y luego empezó a besuquearle la oreja.

~

A primera hora de la tarde, Darío, Luz y Alma aparecieron por la casa para dar la bienvenida al reluciente matrimonio. Justo a tiempo para el pase de fotografías de la luna de miel. Todos se sentaron en el sofá y los sillones delante del televisor, a excepción de Alma y Ron, que se dedicaron a corretear por el jardín. Darío preguntó por el móvil a Enzo si también acudiría. Debía de hablar con los tres de un tema importante. Enzo respondió que llegaría en un rato.

Iris y Arturo, en el centro del salón, empezaron a mostrar y a explicar las fotografías una a una. Que si la Fontana di Trevi, el Coliseo, la Plaza de España… Había una mezcla de selfis, individuales y donde salían ambos a lo lejos. El tiempo que les acompañó fue magnífico, sol casi todos los días, aseguraron. Después salieron imágenes de la familia italiana. La mamma y los primos, sobre todo, en una mesa grande y rectangular poblada de bandejas de pasta y vino. Había caras alegres, redondas y rojizas. Daba la sensación de que había sido todo una gran fiesta.

Después, en el dormitorio, Iris mostró entusiasmada a Luz las prendas de ropa que se había comprado. Alguna de primeras marcas, pero también otras más económicas compradas en las tiendas del centro. Como por ejemplo, una blusa de encaje ideal para el entretiempo. Dejó para lo último un pequeño regalo: un paquete de deliciosos chocolates para Alma.

—El dulce le vuelve loca —dijo Luz.

—Pues ya somos una cuantas —dijo Iris, sonriendo.

Había una clara voluntad entre ambas mujeres de seguir estrechando vínculos. Ahora eran familia y debían estar unidas. Luz no olvidaba la ayuda que le brindó para salir por fin con Darío. Su ímpetu para que fueran pareja fue muy inspiradora para ella. Ambas se respetaban y admiraban.

Enzo llegó con algo de más retraso de lo previsto. A última hora les llegó un aviso para retirar del agua un tronco pesado de unos cuatro o cinco metros. No parecía una tarea muy heroica, pero podía causar algún problema si se cruzaba con pequeñas embarcaciones. Su labor era así: un día salvaba vidas y otro remolcabas basura.

Abrazó con efusión a Iris y su hermano formando un pequeño revuelo. Se oyó la risa contagiosa de Alma al jugar con Darío, que le cosquilleaba las axilas. Juan, sentado, se sentía exultante de felicidad. Gracias a la presencia de las mujeres, en la casa latía una energía diferente, más vibrante y cálida. Le hubiera gustado que Sofía viera lo que él veía en ese momento. Una celebración de la vida en todo su esplendor.

Unos minutos más tarde, Darío fue llamando con discreción uno a uno a sus hermanos. Había llegado el momento de hablar de un tema muy delicado. Subieron al que fue su antiguo dormitorio, ya que resultaba determinante que el abuelo no escuchase, o que incluso no sospechara de una reunión privada.

Mientras se sentaban en el borde de la cama, Enzo y Arturo intercambiaron una mirada expectante. Ignoraban por completo lo que su hermano quería decirles.

Darío cerró la puerta y se apoyó en el escritorio de madera que usaba para estudiar cuando era adolescente. Aún podían verse las inscripciones que hizo con la punta del compás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arturo, ansioso—. ¿Algo importante?

Darío tomó aire y se fijó bien en los rostros de sus hermanos pequeños. Eran hombres hechos y derechos, como suele decirse. Ahora veía en ellos una expresión intrigante pero serena. Cuando desvelase la información que tenía sobre la familia, su expresión cambiaría.

—Le he dado vueltas a si debía contaros esto o no —dijo, con voz grave—, pero, después de hablar con Luz, decidí que lo mejor es que también lo sepáis.

—Suéltalo ya, Darío, que estoy que me como las uñas —dijo Arturo.

—Cállate, anda —intervino Enzo—. Deja que hable.

Darío asintió con la cabeza.

—He buscado el mejor momento pero entre la boda, la luna de miel, y la mudanza al faro de Alma y Luz, y el trabajo de Enzo, no lo encontraba —dijo Arturo, abriendo los brazos, recordando la frustración de días pasados.

Enzo y Arturo permanecían en silencio, como si estuvieran en el cine.

—Si recordáis, a principio de verano hablé con Salvi —continuó Darío—, sobre Diana Gómez. Me contó que parecía que el abuelo y ella tenían una relación especial. Y que ella a los pocos meses ya no apareció más por el cine. Bien, Salvi me llamó hace unas semanas porque había recordado algo, un detalle, que le había dicho Diana, como en confianza.

Ante la inminencia de llegar a lo que quería contar, Darío notó la garganta seca. Tragó saliva y prosiguió.

—Le dijo que ella y papá eran pareja poco antes del accidente.

Arturo abrió los ojos como platos y soltó un ¿eh? Enzo frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—Pero si nuestros padres estaban casados —dijo Enzo, incrédulo.

Enseguida se percató de que no era una razón de peso. Un matrimonio no es un muro impenetrable para que ciertos sentimientos desaparezcan o se transformen. Pero cuando la realidad es desfavorable, la primera reacción del ser humano consiste en negarla a toda costa.

Arturo se puso en pie y empezó a deambular.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo alzando la voz—. ¿Qué me estás contando? ¿Me estás diciendo que nuestro padre le ponía los cuernos a…? No, no puede ser.

—Tenemos que hablar con el abuelo. Que nos diga lo que sabe —dijo Enzo, más calmado—. Ya es hora de que sepamos toda la verdad.

—Estoy de acuerdo —dijo Darío—. Tenemos que hablar los tres con él.

Arturo se acercó a su hermano mayor.

—¿Por eso el abuelo le daba dinero? ¿Para que no dijera nada, a quién, a nosotros?

—Supongo que sí —dijo Darío.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron juntos? —preguntó Enzo.

—Salvi no me dijo nada más. Es todo un misterio.

Entonces Enzo de repente recordó algo que había dicho Darío.

—¿Luz lo sabe antes que nosotros? —preguntó Enzo, con una mirada llena de reproche.

Antes de que la pregunta desembocara en una discusión, Arturo se vio en la obligación de decir algo.

—Yo le he contado lo que sabía sobre Diana a Iris —le dijo a su hermano pequeño.

Enzo se puso en pie y negó con la cabeza. Una parte de él se sentía traicionado. Daba la sensación de que era el último en enterarse de lo más importante.

—Es un asunto de la familia. Debería quedar entre nosotros —dijo Enzo.

—Ellas también son de la familia, Enzo —dijo Darío.

—Me parece muy bien, pero que Luz sepa de esto antes que yo me jode, ¿sabes?

—Ella vive conmigo y será mi esposa el año que viene. Lo que no voy a hacer es ocultarle cosas.

—¿Cómo te sentaría a ti si la situación fuera al revés?

—Te estás comportando como un niño, Enzo —dijo Arturo.

Enzo apretó las mandíbulas y miró a sus hermanos.

—¡Que os jodan!

Darío y Arturo intentaron impedir que se fuera, pero Enzo les hizo un gesto obsceno con la mano y se marchó del dormitorio. Bajó las escaleras maldiciendo por lo bajo. Ni siquiera se despidió del abuelo o sus cuñadas. Cruzó el salón entre la algarabía reinante, salió a la calle y se montó en su jeep. Lanzó una última mirada a la casa, puso primera y se marchó.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, los compañeros de Salvamento, Ángela y Jesús, notaron a bordo que algo le pasaba a su patrón. Después de sondear con una pregunta por aquí o un comentario por allá, quedó claro que no le apetecía charlar, así que optaron por mantener la distancia. Como lo conocían bien, eran conscientes de que tarde o temprano volvería a ser el mismo de siempre. ¿Quién no tenía un día malo?

A Enzo aún le duraba el cabreo del día anterior. El cabreo con la noticia de que su padre había engañado a su madre, y el cabreo con sus hermanos por fomentar que sus cuñadas supieran más sobre su familia que él mismo. Con toda probabilidad, todo sumaba para que el enfado aún durase.

Consultó el mensaje al móvil que Arturo había enviado el día anterior: Cuando se te pase la rabieta, dime cuándo te viene bien que todos hablemos con el abuelo. Como no disponía de cobertura por encontrarse a unas tres millas de la costa, Enzo no pudo responder. Pero se dijo que, como la conversación era urgente, escribiría que cuando ellos quisieran, siempre y cuando fuera por la tarde. En cuanto atracaran en el puerto para el cambio de guardia, enviaría el mensaje.

El viento soplaba con fuerza y el mar estaba picado. Comprobó con la mirada el panel del Plotter para obtener una visión de lo que sucedía a su alrededor, allá donde el ojo humano era incapaz de llegar. Cerca, solo había una embarcación de recreo, un velero que parecía navegar hacia el este sin problemas. La radio de emergencia estaba en silencio y eso siempre era una buena señal.

Sin poder evitarlo, pensó de nuevo en sus padres. Se envenenó al rumiar la idea de que el matrimonio feliz que le habían vendido no era más que una fachada. Gracias a los recuerdos de sus abuelos y hermanos, se dio cuenta de que había construido una visión idílica de ellos. Ya sea verdad o mentira lo que afirmaba esa señora, nunca sabría con detalle los afectos que unían a sus padres. ¿Y su madre? ¿Sabía que su padre tenía un amante? ¿Y si ella a su vez tenía un amante? Quizás cuando subieron al avión para dirigirse a la boda, ya habían decidido divorciarse.

Enzo sintió que a sus treinta años una realidad se le aparecía: sus padres siempre serían un misterio para él. Y eso era algo con lo que debía aprender a convivir todos los días.

Llegó a la conclusión de que si alguna vez se casaba (cosa que veía muy remota) y tenía hijos, jamás viajaría con su mujer en el mismo avión. Así, si se producía una catástrofe viviría uno de los dos padres y podría encargarse de los hijos. La mujer con la que estuviera debía entenderlo. Darío y Arturo, ¿pensarían igual que él? En cierta forma, si lo pensaba bien, era lo más razonable, evitar de una manera sencilla que los hijos quedaran marcados de por vida.

—Hola, patrón —dijo Ángela, sentándose a su lado en la cabina de mando.

Las mujeres eran escasas dentro de Salvamento Marítimo, pero algunas ya ocupaban puesto de mando en buques y en el Centro de coordinación. Enzo no dudaba de que Ángela con el tiempo se convertiría no solo en patrón, sino en capitán.

—Perdón, llevo la mañana en mi mundo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, líos de familia, ya sabes —dijo, sonriendo.

Ángela asintió, como reconociéndose en ese comentario. No era fácil para su marido quedarse en casa mientras que ella se ganaba el jornal.

—Claro que lo sé. ¿Quién no los tiene? Pero eso es lo que hay —dijo con pragmatismo.

—Lo has clavado. Eso es lo que hay.

Cuando acabó la jornada a primera hora de la tarde y se despidió de sus compañeros en el puerto, fue al aparcamiento en busca de su jeep. La costumbre era marcharse a casa, sin embargo, esta vez tenía un *recado* pendiente. Conseguir el número de teléfono de Violeta, pero ¿cómo?

Se le ocurrió a acudir al local de la ONG. Ella no estará ahí todos los días, solo de vez en cuando, pensó. La imagen de ella, acuclillada ayudando al inmigrante, la había grabado a fuego en su mente, mucho más que cuando la vio en el vestíbulo del Paraíso, el pasado verano. La atención y el interés con la que miraba al hombre en una situación límite, fueron impactantes. Aportaba mucho sobre su carácter. Era la segunda vez que el azar la empujaba a cruzarse con ella y, aunque no creía en el destino en mayúsculas, reconocía que algo estaba pasando.

Detuvo el jeep en el aparcamiento del balneario Del Sol y se dirigió a la recepción. Estaba al fondo del vestíbulo, que era un lugar amplio, con baldosas de mármol, infinidad de plantas y sillones de diseño. Desde que era adolescente, había oído hablar del balneario, pero era la primera vez que cruzaba sus puertas. A lo lejos vio a gente pasar en albornoz, quizás acudirían a sus habitaciones o al restaurante.

Detrás del alargado mostrador, un joven repeinado y con bigote moderno saludó con una inclinación de cabeza. Enzo sabía que por su aspecto —vestido de calle— evidenciaba que no era un huésped. Después del saludo protocolario, fue directo al grano:

—Estoy buscando a Violeta, la fisioterapeuta.

—Ya se ha marchado —dijo, como con lástima.

Le pareció inútil solicitar que le facilitaran su número de teléfono, así que puso en marcha el plan pensado desde el principio.

—Tengo que hablar con ella. ¿Le puedo dejar un mensaje?

—Por supuesto.

El recepcionista sacó de debajo del mostrador una hoja, y se fue hasta la punta del mostrador para conseguir un bolígrafo. Lo dejó todo al alcance de Enzo, quien se puso a escribir a mano sintiéndose extraño de que en pleno siglo XXI tuviera que hacerlo.

La nota terminaba con su número de móvil, su nombre y primer apellido. Dobló la hoja por la mitad y se la entregó al estirado recepcionista, quien la guardó en un sobre blanco y escribió el nombre de Violeta. Le dijo a Enzo que al día siguiente se lo entregaría.

Salió del balneario y se subió al jeep. Se preguntó si la nota llegaría a Violeta y qué pensaría cuando la leyese. Imaginó que esbozaría una sonrisa, que agradecería el gesto de preocuparse por mantenerse en contacto, y que guardaría su número en la agenda de contactos del móvil. Le llamaría o enviaría un mensaje. Él respondería. Y todo seguiría su curso.

~

Cuando Enzo, de manera automática, sacó las llaves de su piso para abrir la puerta, se detuvo de repente, sorprendido. Su abuelo estaba sentado en el último escalón antes del rellano. Entre las manos sujetaba el bastón. Enseguida se angustió al pensar que sucedía algo grave.

—Abuelo, ¿qué ha pasado? —preguntó, desconcertado.

—Nada, nada —dijo, cogiendo la fiambrera que tenía a su lado, en el suelo—. Yarina me pidió que te diera un trozo de la tarta de queso que hizo hoy. Como ha sobrado y sabe que es tu postre favorito…

Juan tendió la fiambrera y Enzo la cogió. Al ver la franja cremosa con una capa de mermelada de arándanos, se le hizo la boca agua. Quiso ayudar a su abuelo para que se levantara, pero le dio un sonoro manotazo, como diciendo «puedo perfectamente».

—¿Llevas mucho tiempo esperando? Si me hubieras avisado, hubiera venido cuanto antes.

—Tienes razón, se me olvidó avisarte.

Enzo abrió la puerta de su piso y entró primero. Se le pasó por la cabeza comprar un móvil a su abuelo para que estuviera siempre accesible, pero cada vez que se lo proponían lo rechazaba. Se fijó en que tenía una gasa en la mano.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada grave, me golpeé la mano con el pico de la mesa jugando con Ron.

Enzo cerró la puerta y dejó que Juan pasara al salón, mientras guardaba la fiambrera en la nevera. Después de cenar sería el momento idóneo para dar buena cuenta de la tarta.

—¿Y Arturo estaba contigo?

—Sí, pero le dije que prefería ir yo solo al centro de salud. Llevaba todo el día en casa y así me di una vuelta. Me atendieron estupendamente.

Juan echó una ojeada al austero salón mientras recordaba cuando fue la última vez que estuvo. Apoyado en la pared, aún sin colgar, reposaba el cártel de la película «Indiana Jones y la última cruzada». La favorita de su nieto. Sofía y él se lo habían regalado cuando cumplió quince años. Nunca habían visto a Enzo tan entusiasmado por el cine. El entusiasmo se desbordaba en sus ojos adolescentes. Juan se preguntó muchas veces cuánto influyó la película en su decisión de trabajar para Salvamento Marítimo, como una suerte de aventurero intrépido en el mar.

—Aún no he tenido tiempo de volver a colgarlo —dijo Enzo.

—Bueno, no hay prisa —dijo, complacido de que su nieto otorgara un cariño especial a algo que Sofía y él regalaron con mucho amor.

El abuelo se sentó en el sofá de dos piezas. Enzo cogió una silla de la mesa principal y se sentó en frente. La luz del atardecer se filtraba a través de la ventana, que ofrecía una vista acogedora de la piscina y el jardín. Tuvo el presentimiento de que su abuelo hablaría de Diana Gómez, aunque enseguida la apartó de su mente.

—¿Qué tal hoy en el trabajo? —preguntó su abuelo.

Enzo relató el servicio de ayuda al barco pesquero. Jesús les arregló el motor provisionalmente y pudieron continuar la ruta hasta el puerto. Los tripulantes se mostraron muy agradecidos por la ayuda. Juan no podía estar más orgulloso que su nieto hubiese logrado trabajar en un oficio que le apasionaba tanto.

—¿Conseguiste al final el teléfono de esta chica, Violeta? Es que he estado mirando en mi agenda y no lo encuentro. No sé dónde lo puse.

—Estoy en ello. A ver si hablo con ella en los próximos días.

—¿Te ocurre algo? ¿Tienes alguna molestia?

—No, estoy perfectamente. Solo que me la encontré el otro día y dijimos de tomar algo. Ya sabes.

Juan sonrió. Cuando entrevistó a Violeta para que fuera su fisio, se dijo que le gustaba para Enzo, por eso rechazó a los demás candidatos. Sin embargo, llegó la multa de la administración, por lo que tuvo que prescindir de sus servicios, y su plan se fue al traste. Se alegró de al menos haber plantado una semilla.

—Es muy buena chica, y una estupenda profesional. Y, ojo, está soltera.

—Ah, no lo sabía —dijo Enzo, grabando a fuego ese detalle en su mente.

—Preguntó por ti, que qué tal estabas.

—¿Ves? Muy agradable.

Juan carraspeó. Sintió que era hora de revelar el verdadero motivo de su visita.

—Hijo, aprovechando que estoy aquí, quería comentarte algo —dijo—. A lo mejor es una tontería, pero cuando uno se hace mayor se vuelve más perceptivo a las cosas, a los pequeños detalles. Llámalo intuición o experiencia, lo mismo da.

Enzo asintió, pendiente de la expresión serena de su abuelo con la que hablaba. Jugueteaba con el bastón entre las manos.

—Ayer, cuándo estábamos en casa —continuó Juan—, vi que te marchaste sin decir adiós y la verdad es que me preocupé.

Enzo se revolvió en el asiento. Así que era esto…, pensó.

—Fue por una discusión con Darío y Arturo. Nada grave.

—Si me lo quieres contar bien, pero si no, no pasa nada. Yo me quedé reflexionando toda la tarde —Miró hacia la ventana un instante y después volvió a fijarse en su nieto—. Corren nuevos vientos para la familia. Ahora Iris vive en la casa, y también están Luz y Alma. Todo ha sido un poco repentino. Yo todavía me estoy adaptando.

—Es normal, abuelo. Tanto tiempo volcado en el Paraíso y ahora estás más tiempo en casa.

Cómo me recuerda a mi nuera, pensó Juan. La forma ovalada de la cara, las largas cejas y esa mirada penetrante. Sin duda, de los tres hermanos es el que más se le parece a Giorgia, que en paz descanse.

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

Enzo suspiró. Aún le dolía que Iris y Luz supieran detalles sobre la familia antes que él, pero en su fuero interno lo comprendía.

—Bien, estoy encantado. Si mis hermanos están contentos, yo también.

—Cuánto me alegro, hijo. Eres joven, no tengas prisa. Tarde o temprano seguro que encontrarás a alguien, pero cuanto antes sientes la cabeza, créeme, mucho mejor. Tu abuela y yo nos casamos muy jóvenes, y es lo mejor que hice en mi vida.

~

—Violeta, dejaron esto para ti —dijo una chica de recepción del balneario, tendiendo el sobre blanco por encima del mostrador.

Ella lo cogió y leyó su nombre escrito a mano en el área del destinatario. Se preguntó quién querría comunicarse con ella a través de un medio tan antiguo.

—¿Quién lo dejó?

—Ni idea. Es un encargo de Roberto, yo acabo de llegar.

Sumida en la intriga, lo abrió y desplegó la hoja.

Hola, Violeta. Con las prisas del otro día en el que nos encontramos, no te pedí el número de teléfono para tomar algo. Se lo pedí a mi abuelo pero no lo tiene… Te dejo el mío. Enzo.

En efecto, comprobó que estaba escrito el número. Sorprendida, guardó la hoja en el sobre y

este en el bolso.

—¿Misterio resuelto? —preguntó la recepcionista.

Violeta sonrió.

—Parece que sí. Es de un amigo.

—Un amigo, claro —dijo, guiñando un ojo—. Me han dicho que estaba tremendo.

Volvió a sonreír.

—La verdad es que sí —dijo, sintiendo un ligero rubor en las mejillas.

En el camino de regreso a su escritorio, su mente se centró en Enzo. Le gustaba el nombre. Era llamativo, original, italiano… Aprovechando que se encontraba a solas por el pasillo, lo pronunció.

—Enzo.

Sonaba bien, como una caricia fugaz en los labios.

Sí, estaba tremendo. Notó un cosquilleo en el estómago. A su querida compañera no le faltaba razón. Le gustaba su piel morena bruñida por el sol, la virilidad de la perilla, su voz cálida y envolvente. Además, algo en él transmitía aventura y mar.

Se sentó en la mesa y abrió el portátil. Aún quedaban unos minutos antes de la siguiente clase. La luz cálida del otoño que entraba por el ventanal se derramaba por la moqueta.

Abrió el bolso y sacó el sobre. Volvió a leer su nombre, pero esta vez con detenimiento. Estaba escrito con tinta de bolígrafo azul y ubicado en el centro de la inmensa llanura inmaculada. Era una letra pulcra y ordenada, con el rabito de la «a» terminando en una pronunciada curva, como el remate final.

Le fascinó imaginar el momento en el que él escribió su nombre, apoyado en la solidez del mostrador. ¿Sería ayer por la tarde? Estamos acostumbrados a oír nuestros nombres, pero solo los leemos impresos en los aburridos trámites administrativos. Cuando alguien lo escribe a mano como que lo envuelve en un suave manto, y lo entrega al mundo completamente nuevo.

Extendió la hoja y volvió a leer el mensaje. Le hubiera gustado ser una profesional de la caligrafía para interpretar la personalidad de Enzo a través de su letra. De pronto, le pareció una profesión fascinante, como un detective que ha de hallar, entre un mar revuelto de letras, la pista definitiva que aclarará el rompecabezas. Su mirada navegó por el oleaje que formaban las palabras del mensaje; y entonces ella se sintió mecida por la brisa marina.

Guardó el número de teléfono de Enzo en su agenda de contactos del móvil. ¿Qué hago ahora? ¿Le llamo o envío un mensaje? Pospuso la decisión para más tarde. Volvió a meter la hoja en el sobre y la cobijó en el bolso.

—Es hora de seguir trabajando —murmuró.

La Sra. Murphy ocupó sus pensamientos. Apenas si podía mover el brazo derecho hasta una cierta altura, aunque por suerte la mano respondía correctamente. En la ficha correspondiente, escribió una serie de ejercicios de fortalecimiento con pesas ligeras, masajes para estimular la circulación y la flexibilidad. Y al inicio de cada sesión, estiramientos suaves y asistidos.

En la cita de evaluación, la Sra. Murphy contó que se produjo la lesión de una manera muy tonta. Al salir de la bañera, se tropezó y cayó con el brazo sobre el borde del bidé. Era la primera vez en su vida que le pasaba algo semejante. Violeta se alegró de que la caída no hubiera causado problemas más graves. Ella podía hacer vida normal, aunque a veces debía cogerse de la muñeca con la otra mano y ponerla sobre la mesa.

La Sra. Murphy era simpática. Una británica de cabello morado, ojos grandes y una nariz alargada. En su juventud, había trabajado como azafata de vuelo y fue gracias a su profesión que pudo descubrir Puerta del Mar. Fue un flechazo en toda regla. Le sedujo el maravilloso clima de

casi todo el año, la amabilidad de los españoles, la variada gastronomía y la calma que lo dominaba todo. Se dijo que vendría siempre que disfrutara de vacaciones, y así lo llevaba haciendo desde hacía veinte años.

Su móvil sonó. Dejó de escribir el informe y buscó el móvil en el bolso.

—Hola, mamá —dijo, reposando la espalda sobre el asiento de la silla.

—Hija, ¿estás ocupada?

—¿Pasa algo?

—Nada, nada. Solo que tu padre y yo estábamos hablando de ti. El domingo nos han invitado unos amigos a comer en Puerta del Mar. Trabajaron con nosotros en el hospital, muy buena gente. Los conoces. Después pensábamos hacerte una breve visita. Si no estás liada, claro. Sabemos que siempre estás haciendo cosas.

—¿El domingo? —dijo, pensando—. No, no tengo nada. Vale.

—Qué bien. Tenemos ganas de verte.

En primavera se había tomado sus últimas vacaciones. A pesar de que sus padres vivían a dos horas en coche, en Sevilla, no había encontrado el tiempo. Además, el verano fue la estación con más afluencia de huéspedes y todo el personal debía estar disponible.

—Y yo también —dijo, y entonces se acordó de algo—. ¿Vas a visitar también a la tía?

Escuchó cómo su madre suspiraba. De fondo, el ruido de la cafetería del hospital. Había aprovechado su descanso para llamarla.

—No lo sé.

—Mamá…

—Lo sé, lo sé —dijo con resignación—. Ya sabes que me encantaría que nos lleváramos mejor, pero las cosas son como son. ¿Cómo está? ¿Has ido a verles?

—Ella está como siempre, quejándose de molestias en la espalda.

—Nunca cambiará. Mientras otros tenemos que trabajar todos los días… En fin, mejor no digo nada. ¿E Isma?

—Bien, pero no sabe si estudiar o trabajar ya.

—En mi época, lo recomendable era estudiar pero ahora ya no sé qué pensar. Cuando cumpla diecisiete puede meterse de aprendiz donde quiera. Que haga lo que le guste, ¿no crees?

—Sí, pero tampoco lo tiene claro.

—Cuanto antes se tenga claro, mejor para él. ¿A qué sí? Tú siempre lo tuviste claro y, mira, no te puedes quejar cómo te han ido las cosas.

—Cada persona es diferente.

Conversaron unos minutos sobre su padre, y después se despidieron con cariño hasta el domingo. El comentario de su madre, que daba a entender que ella siempre fue consciente de que su sueño era ser fisio, le trajo recuerdos.

Pedro. Pelo corto y moreno. Ojos traviesos, nariz pecosa, sonrisa taimada. Un par de años mayor. En el instituto, todas las mañanas le veía llegar con la Vespino. El estruendo, la velocidad, la confianza en sí mismo.

Después poco a poco se sucedieron muchas primeras veces. La primera conversación en las escaleras, breve, pero suficiente para dejarse atrapar por el halo de su carisma. El primer cigarrillo, ocultos detrás del gimnasio, notando el sabor de sus labios húmedos en la boquilla. El primer beso, fugaz, torpe y único; en el parque, un día de abril con el cielo encapotado.

Y, por supuesto, el primer polvo en su dormitorio. Ella, inmóvil, sin saber muy bien qué hacer, y él, encima, resoplando, nervioso. Pedro. Pelo corto y moreno.

Aún le dolía a Violeta recordar el accidente de Pedro con la Vespino. Un frenazo repentino y

un choque con un vehículo. La caída inevitable sobre el asfalto resbaladizo, y el cuerpo de Pedro que se revela frágil. En el hospital diagnostican una grave lesión raquídea. ¿Volverá a andar, doctor?

Violeta faltó a las clases del instituto solo para acompañarle a las sesiones de rehabilitación en el hospital. Leyó manuales de fisioterapia para comprender qué se había fracturado. Y poco después explicó a los padres de Pedro el estrechamiento que se había producido en la médula. Los padres de Violeta se quedaron asombrados por el gran interés que mostraba en aprender.

Una voz interior le empujaba a ayudar, ayudar y ayudar sin descanso. A Pedro, a sus amigas, a desconocidos; a todo aquel que demandara ayuda. Entonces no comprendía el motivo, pero después con el tiempo, cuando estudió la carrera, entendió que le gustaba que la gente se sintiera bien gracias a ella. La llenaba sentirse necesitada por los demás.

¿Qué será de Pedro?, se preguntó. Hacía años que ignoraba qué había sido de él. Las últimas noticias eran que regentaba la panadería de sus padres, y que estaba a punto de casarse con una chica del barrio. Violeta y él, en el apogeo de su noviazgo, se habían prometido amor eterno, pero el amor se transformó en otra cosa más difusa.

Esa noche, cuando llegó a casa a eso de las diez, se duchó y cenó una tortilla y una pieza de fruta. Vivía en un estudio en el límite de la ciudad, pegado a la autovía de la Costa del sol. Era pequeño aunque suficiente para ella. Después se tumbó en la cama y empezó a oír un pódcast femenino de humor, del que era subscriptora. Le hizo gracia cómo se reían de los nombres compuestos de hombres y mujeres. Algunos parecían sacados de telenovelas venezolanas.

De pronto, se acordó de Enzo, de su nota. ¿Cómo se le había podido olvidar? Se levantó de un salto y fue a buscar su bolso. Mientras lo rebuscaba se llevó la mano a la frente. Recordó que había guardado el número de teléfono en su móvil. Vuelta a la cama. ¿Qué le escribo?, pensó. Un mensaje directo, nada formal. Sí, es lo mejor.

«Hola, Enzo. Recibí tu nota. Qué tal todo?».

Lo releyó varias veces hasta estar conforme. Pero antes de enviarlo, añadió un emoticono sonriente, como para que no sonara demasiado serio. Se fijó en que la foto del perfil del Whatsapp le retrataba jugando al pádel. Su cuerpo, vestido de blanco, estaba en tensión, con la raqueta en la mano y la mirada fija en lo que sucedía delante.

Dejó el móvil sobre la cama y reanudó el pódcast. Las conductoras del programa bromeaban acerca de un listado de juguetes sexuales, que estaban a la venta en un mercado de segunda mano. Sin poder evitarlo, consultó el móvil. Al lado de su mensaje, vio el doble *check*. En efecto, había recibido el mensaje. Ahora, a esperar.

CAPÍTULO 4

El mensaje de texto de Violeta navegó a la velocidad de la luz a través de las ondas del wifi, los cables de fibra óptica instalados en todo Puerta del Mar, y llegó al *router* de la casa de Enzo. De ahí, un último impulso electromagnético para llegar a su móvil. La pantalla se iluminó al recibir la notificación, y al mismo tiempo, en el dormitorio, por un instante, reinó el agradable sonido (¡tin!) que indica que alguien piensa en ti.

Sin embargo, Enzo estaba dormido. El trabajo de patrón de Salvamento Marítimo era tan exigente, que su cuerpo pedía de ocho a diez horas de reposo. Y cuando Enzo dormía, no existían sonidos capaces de despertarlo. Sin duda, en caso de haberlo estado, habría leído el mensaje y luego sonreído.

En realidad, Enzo soñaba con absoluta libertad. Su sueño era el siguiente: Se lanza de un avión y vuela sobre un paisaje llano de verdes praderas, caminos de tierras y lagos brillantes. El aire golpea su cara, lo envuelve, lo arrastra de acá para allá. La sensación de ingravidez es mágica. El tiempo se ralentiza. La caída es suave e interminable.

«Estoy volando», piensa, asombrado. Le basta con estirar los brazos para abarcar el mundo. El corazón está revolucionado. Aún le queda mucha distancia hasta pisar el suelo, y empieza a girar sobre mí mismo, como si nadara en una piscina. De repente, el aire le empuja hacia atrás con fuerza. «¿Qué ocurre?». Enseguida halla la respuesta. El paracaídas ha saltado y poco a poco las casas, las vacas, los coches, los campos, van aumentando de tamaño.

Ignora cómo aterrizar con seguridad, pero lo consigue dejándose caer y rodando por la hierba. Alza la mirada y a lo lejos, entre las nubes, divisa el avión del que ha saltado. Se va perdiendo en la distancia hasta que desaparece por completo.

Hasta el día siguiente, por la mañana, Enzo no reparó en el mensaje de Violeta. Se alegró de que su plan funcionara. Añadió su número a la agenda del móvil. Escribió Violeta, sin más. Era la única mujer con ese nombre en su lista de contactos. Ahora estaban vinculados.

Imaginó el momento en que ella leyó la nota en el balneario. El recepcionista se la habría entregado. Sus manos sostuvieron el papel y sus bellos ojos fueron posándose en cada palabra. Por la hora del mensaje debió de escribirle al llegar a casa. ¿Dónde viviría?

Desayunó solo un expreso doble (preparado en la máquina) y un par de magdalenas. Por las mañanas, tenía el estómago cerrado para más alimentos. Apoyado en la encimera, se preguntó qué respondería a Violeta y cuándo. Antes de pegarse una ducha, se ejercitó en el dormitorio pequeño que había convertido en un modesto gimnasio. Ejecutó una serie de sentadillas, burpees y levantó pesas de 12 kg.

No, se dijo de repente, en mitad de una abdominal, con el pecho cubierto de sudor, mejor voy a llamarla por la tarde. Sí, es una buena idea. Más personal. Le diré que vayamos a tomar algo

cerca del puerto, pero antes un mensaje rápido para calentar motores.

En el móvil, escribió: «Acabo de ver el mensaje. Todo bien. Y tú, cómo estás?». Pulsó enviar y oyó el sonido correspondiente.

Se fue a la ducha y se relajó durante unos quince minutos. Sus fibrosos músculos agradecieron el calor del agua y el cosquilleo de la espuma. Por la tarde había quedado con sus hermanos en la casa familiar para hablar con el abuelo. Debían de aclarar de una vez por todas el asunto de su padre con esa Diana.

¿Tiene sentido remover el pasado?, se preguntó. Se sintió tentado de escribir a sus hermanos para decirles que él no iba, que detestaba hablar sobre ese tema y que su vida continuaría siendo la misma, sabiendo o no la verdad.

Al salir del baño, con la toalla sobre la cadera, fue al dormitorio y comprobó si Violeta había respondido. La pantalla anunciaba una notificación y Enzo se emocionó, sin embargo, se llevó un chasco al leer que el móvil pedía por enésima vez actualizar el software.

Se vistió con un polo y los vaqueros. Después, regresó al cuarto de baño para repasarse la perilla. También formaba parte del ritual de cada mañana, pero antes se miró al espejo y se peinó con raya a la derecha. El cabello húmedo le daba un aire elegante y aseado.

Después se pasó la mano por el mentón y comprobó que su piel estaba perfecta. A sus treinta años le gustaba cuidarse, por eso en el estante tenía una crema que se aplicaba justo después del afeitado. Justo antes de encender la maquinilla eléctrica, oyó el ¡tin!

Esa debe de ser Violeta, pensó, pero no vas a dejar lo que estás haciendo para correr como un idiota. Ya lo verás cuando termines. ¿Cuál es la prisa?

Resistió menos de un minuto. Dejó el afeitado a la mitad y fue al dormitorio a por el móvil. Como sea otra actualización de software, voy a lanzarlo por la ventana, se dijo.

Pero no. Era la respuesta de Violeta.

«¡Hola, Enzo! Con mucho curro 😉».

Le pareció un mensaje correcto y sin comprometerse, como era habitual en las mujeres en los primeros contactos. Sin pensarlo demasiado, escribió otro mensaje:

«¡Que vaya muy bien el día!»

Enzo se reafirmó en que la estrategia consistiría en llamarla por la tarde para quedar otro día. Mensajearse estaba muy bien, pero nada podía sustituir a una conversación en directo, ni siquiera los audios. Además, tampoco quería aparentar estar ansioso. Si ella titubeaba, pasaría a otra. Hay muchos peces en el río.

~

Cuando Enzo llegó al puerto y se produjo el relevo entre los compañeros, el cielo presentaba una capa de nubes grises, aunque no amenazaba lluvia. No obstante, el parte meteorológico informaba que durante el fin de semana caerían gotas.

Una vez que Ángela y Jesús subieron a bordo del Orión, se pusieron en marcha. El salvamar navegó con calma hasta salir del puerto, después aumentó la potencia y fijaron rumbo hacia el este. Cuando no existían alertas, patrullaban en las áreas más proclives a situaciones de emergencia, como el paso del Estrecho de Gibraltar. Así, en caso de avisos, su tiempo de respuesta era mucho menor. Su deber consistía en ser visibles para cualquier embarcación que les pudiera necesitar.

Antes de perder la cobertura, consultó el móvil por si acaso llegaron mensajes importantes y no se había percatado de las notificaciones. Bueno, en realidad, le interesaba uno en especial.

Nada. Violeta no había respondido. Pensó que tal vez estaría en el balneario.

Echó un vistazo a la foto de su perfil. Amplió la imagen hasta que ocupó la pantalla. La reconoció enseguida en medio de dos personas, un hombre y una mujer. Dedujo que serían sus padres. Los tres aparecían de medio cuerpo; juntos, sonrientes. Detrás había como una franja de árboles y arbustos, un lugar indeterminado pero muy soleado.

El parecido con su madre era extraordinario. Eran dos mujeres bellas, de rasgos finos y mirada amable. Su padre parecía tosco, pero bonachón. La relación con ellos se intuía feliz. ¿Tendría hermanas o hermanos?

Volvió a fijarse en Violeta. Vestía con una blusa salmón con botones que dejaba ver el inicio de su esbelto cuello. Se preguntó si muchos hombres habrían besado esa parte de su piel, aunque enseguida lo apartó de su mente.

Es curioso. Ha estado en mi casa y varias veces, pero no la conozco a fondo. Conoce a mi abuelo, a mis hermanos, estuvo en el Paraíso. Pues bien, yo sé muy poco de ella. Es fisioterapeuta, es buena en lo suyo, trabaja en el balneario y le gusta ayudar a los demás. Tampoco es mucho.

—Patrón, ¿quién es esa chavalita? —le preguntó Jesús, acercándose por detrás.

Enzo, que estaba sentado, soltó un respingo. Casi se le cae el móvil al suelo. Jesús soltó una risotada que resonó por toda la cabina de mando. Su buen humor aligeraba el tedio de las jornadas serenas.

—Nada, una amiga. La fisio que ayudó a mi abuelo.

—Pues no está nada mal, la verdad.

—Ya te digo. A ver cuando quedo con ella. Nos estamos mensajeando.

—Oh, mensajeando… —dijo, con ironía—. Eso es que hay tomate y del bueno. ¿Qué le has dicho?

Enzo deslizó el dedo por la pantalla para repasar el chat.

—«Que vaya muy bien el día» y cosas así.

Jesús rio de nuevo.

—¿Que vaya muy bien el día? ¿Nada más que eso?

—¿Qué quieres que le diga? ¿«Ven a mi casa esta noche y ligerita de ropa»?

—Eso no estaría nada mal. ¿Sabes cuánto llevo yo con mi Vane?

—Veintiún años. Lo has dicho como mil veces.

—Todavía nos enviamos mensajes más calientes que el palo de una churrera, para que cuando lleguemos a casa, no salgamos de la cama en toda la noche.

—Ya, pero estáis casados. Tenéis niños…

—Esas cosas dan vidilla a una matrimonio.

—Cuando me case, si es que me caso —dijo, haciendo un gesto con la mano como dando a entender que eso estaba muy lejano—, ya te pediré consejo para enviar mensajes calientes.

Jesús pegó una voz para llamar a Ángela, que estaba en la cubierta revisando la zodiac. Dejó lo que tenía entre las manos y se acercó a la cabina.

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó con su energía acostumbrada.

—Ven, vamos a ayudar al patrón con unos *wasaps* —dijo Jesús—, que ha conocido a una chavalilla y está enamorado.

—Pero que si yo no… —dijo Enzo.

—¡Me parece muy bien! —interrumpió Ángela—. ¡A ver esos *wasaps*!

—Enséñalos para que los vea. Anda, no seas tímido.

—Que no, ni hablar —dijo Enzo.

—Es que le ha dicho que «te vaya muy bien el día» —insistió Jesús, con ganas de pasar un buen rato—, y eso es más soso que un caldo sin Avecrem.

—¿Que te vaya muy bien el día? —dijo Ángela, con cierta exageración—. ¿Cómo se atreve a escribir algo tan soso? A mí un tío me pone eso en un mensaje, ¡y no quiero saber nada más de él en la vida!

—¿A que sí? —dijo Jesús, y se dirigió al patrón—. ¿Ves?

—¿No tenéis otra cosa mejor que hacer? —preguntó Enzo, con resignación.

Ángela y Jesús sostuvieron una mirada cómplice.

—No —dijeron al unísono.

El cachondeo a su costa continuó un rato más. Era el peaje de ser el único soltero de la tripulación. Sus compañeros idearon nuevos mensajes (de alto contenido erótico) para que Enzo los enviara cuando recuperara la cobertura. Como es lógico, no les hizo el menor caso porque él sabía manejar bien los códigos de la seducción. Si la hubiera contactado a través de la típica app de ligue, su comunicación con ella hubiera sido más directa. Sin embargo, Violeta había aparecido en su vida de una manera más natural, improvisada si se quiere, y no hay nada más emocionante que dos caminos que se empeñan en cruzarse.



Finalmente, el móvil de Violeta sonó a eso de las cuatro y diez de la tarde. Se oyó el timbre a lo lejos con los primeros compases de una canción de su grupo favorito, Vetusta Morla.

Un minuto antes, se encontraba en la otra punta de la sala, acompañando a Nora Murphy en sus ejercicios diarios de rehabilitación. Levantaba una pesa de cinco kilos con el brazo derecho hasta donde podía.

—Nora, del cero al diez, siendo cero sin dolor y diez el máximo dolor, ¿qué número tienes cuando llegas a la máxima altura del brazo?

Nora se lo pensó un instante.

—¿Cuatro?

Violeta lo anotó mentalmente para después incluirlo en el informe. Fue ahí cuando se percató de que la llamaban al teléfono. Como hoy en día casi todo son mensajes, se alarmó. Creyó que a sus padres o su hermana le había sucedido algo grave. Suspiró de alivio al comprobar que se trataba de Enzo, aunque ese alivio dejó pasó a un cierto nerviosismo.

—¿Sí? —dijo ella, al descolgar.

—Hola, Violeta —dijo, confiado en que sabía quién era—. Por fin, consigo hablar contigo.

—Ha costado —dijo, sonriendo—. ¿Qué tal?

—Muy bien. Y tú, ¿estás en el balneario?

Era su primera conversación telefónica, y se podía oír el crujido del hielo rompiéndose entre ambos. Parecía que estuvieran como mirándose a lo lejos, de orilla a orilla, y fueran acercándose lentamente.

—Sí, aquí estoy con Nora —dijo mirando a su paciente, que seguía concentrada en el ejercicio.

Enzo ignoraba quién era, pero se le ocurrió un comentario.

—La saludas de mi parte.

Violeta sonrió.

—Seguro que la hace mucha ilusión.

—Nora y yo somos uña y carne —dijo, con ironía.

—Ah, pues no lo sabía. Mira, el mundo es un pañuelo.

—Sí, y tú eres el moco más simpático —dijo Enzo, evocando las dedicatorias que se escribían en su infancia en las tarjetas de cumpleaños—. ¿Nunca te dijeron esta frase en el colegio?

—La verdad es que no.

—Uff, ya veo que tuviste una infancia difícil.

—¿Y cómo fue la tuya?

—Con mocos, Fanta limón, palomitas y cine, mucho cine.

A Enzo le apetecía seguir hablando, pero sabía que tarde o temprano Violeta debía proseguir trabajando.

—Vamos a tomar algo y seguimos la charla —dijo, con decisión.

Sintió que la voz cálida y sensual de Enzo se extendía sobre ella como la luz del atardecer. Podía verle al otro lado del teléfono. Sonreía y sus ojos brillaban.

—¿Cuándo?

—Este finde.

—Vale.

Pensó en que seguramente estaría ocupada, pero ya era tarde para echarse atrás. Después de despedirse de Enzo, regresó al lado de Nora. Su cara reflejaba una expresión risueña.

—Cariño, ¿te ha tocado la lotería?

—Qué va. He quedado con un chico para tomar algo.

—Uy, uy, se avecinan turbulencias…



El primero en llegar a la casa familiar fue Darío, como siempre puntual como un reloj suizo. Luz y Alma se habían quedado en el faro para hacer los deberes. Un poco más tarde apareció Enzo, quien aparcó su jeep detrás de la furgoneta de su hermano. Ron salió a darle la bienvenida en el jardín.

—Hola, amigo —dijo, acariciando su cabeza.

Ya en el salón, saludó a Iris con un beso cariñoso en la mejilla y llamándola «cuñada». Se interesó por cómo le iba en el banco, y él le contó algunos detalles de su trabajo. Después se abrazó a Arturo y Darío, y se sentó junto a ellos. Iris, que le encantaba verlos reunidos, lamentó que no fuera una ocasión para sacar unos jugosos aperitivos y charlar de todo un poco.

Arturo le había comentado que si ella deseaba estar presente, que no se opondría. A fin de cuentas, conocía el motivo de la reunión con Juan. Sin embargo, prefirió darles a los Campos su espacio para que se sintieran cómodos, así que optó por quedarse en una de las habitaciones que habían transformado en despacho. Aún quedaban tareas pendientes de las obras del Nuevo Paraíso, de las que solo ella se podía encargar.

Antes de subir, lanzó una mirada desde las escaleras a los tres hermanos, que estaban de espaldas, hablando entre ellos. Sabía lo importante que era para los Campos conocer la verdad sobre sus padres, por dolorosa que fuese. Resultaba casi milagroso comprobar cómo habían sobrellevado la tragedia de crecer sin ellos. Cada uno lo sufrió a su manera, sí; pero ninguno había dejado que eso le arrastrara hasta la oscuridad absoluta. A decir verdad, se sentía orgullosa de ellos.

Avisó a Juan de que sus nietos habían llegado, y este dejó la novela que tenía entre las manos. Cogió su bastón, y bajó con calma preguntándose cuál sería el motivo de que pidieran

hablar con él. Se imaginó que pedirían consejo para la apertura del Nuevo Paraíso, quizá algún detalle de acústica, o de aforo, o que negociara con los distribuidores una buena oferta para comprar un lote de películas.

Se llevaría una gran sorpresa cuando despejó la duda.

Darío tomó la palabra. Los tres estaban sentados en el sofá y él en el sillón, con Ron tumbado a sus pies.

—Abuelo, queríamos hablar contigo para aclarar unos temas de nuestros padres.

Juan asintió con la cabeza, como pidiendo que continuara.

—Es sobre Diana Gómez.

—¿Diana? —dijo Juan, y enseguida sonó una alarma en su interior.

—Los pagos que le hiciste durante tanto tiempo…

—¡Ya os dije que no quería hablar de eso! —exclamó, cruzando los brazos—. ¡Son cosas mías no vuestras!

—Abuelo, nos enteramos de que su marido no paga la pensión del hijo, y que ella sola no puede afrontar los gastos.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Ella misma.

—¿Habéis hablado con ella? —preguntó Juan, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Con qué derecho…?

—Según ella, te ofreciste a ayudarla —interrumpió Enzo—, y eso nos pareció muy noble. Pero Salvi nos ha contado unas cosas que no sabemos si son verdad o no.

Juan cogió el bastón con ambas manos y apretó con fuerza. Si estaba sufriendo una pesadilla, era el momento de despertarse.

—¿Qué os ha contado?

—Que Diana y nuestro padre estuvieron liados —dijo Arturo, incapaz de contenerse por más tiempo.

Juan tragó saliva. A lo largo de muchos años se había imaginado más de una vez la conversación que se estaba produciendo en ese momento. Lo que diría, lo que no, cómo lo diría… Sin embargo, ahora que tenía delante a sus nietos exigiendo la verdad, se sentía pillado de improviso, sin capacidad de reaccionar.

Durante toda su vida se había propuesto que sus nietos crecieran con la idea de que sus padres se amaron hasta el final de sus vidas. Desde el inicio fue consciente de que faltaba a la verdad, pero se engañaba a sí mismo diciendo que se trataba de una buena razón. La mente de sus nietos era como una pantalla de cine y había decidido qué imágenes proyectar y cuáles no. Solo así se salvarían de una aflicción mayor, pensó poco después del accidente.

—Es verdad, hijos —dijo, con voz frágil y cansada.

Se instaló un silencio tenso. El peso de la confirmación de lo que sospechaban fue cayendo en el interior de cada uno de los hermanos. Fue como cuando un cristal se hace añicos.

—Al principio —continuó Juan—, quise contarlo cuando fuerais adolescentes, después cuando cumplierais la mayoría de edad, después… nunca encontraba el momento adecuado o la fuerza necesaria para contarlo. Siempre decía mañana, mañana, mañana… —Tomó aire—. Vuestro padre me contó en persona que había conocido a una mujer en Madrid y se quería casar con ella.

—Pero, entonces, ¿por qué iban los dos en el avión a la boda? —preguntó Enzo.

—Para aparentar delante de los padres de vuestra madre. Ella no se lo había dicho todavía, y pensó que una boda no era el mejor momento. Y se lo pidió a tu padre como un favor, y él sintió

que no podía negarse. Pero el matrimonio ya estaba roto.

A Juan le entró el recuerdo de cuando su hijo reveló que había conocido en Madrid a otra mujer, a Diana. Llevaban unos seis de meses relación clandestina. Juan nunca olvidó la mirada de su hijo, atisbó su enamoramiento y supo que el matrimonio con Giorgia tocaba a su fin.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —insistió Darío—. Creo que teníamos el derecho de saberlo.

—Tienes toda la razón, pero tampoco era fácil para mí. ¿Cuándo hubiera sido el mejor momento? ¿Cuándo llegasteis aquí? No lo sé. Para nosotros tampoco era una conversación fácil. Se nos vino todo de golpe y teníamos que reaccionar. Nuestra vida cambió de la noche a la mañana. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Queríamos protegeros.

—¿La abuela también lo sabía? —preguntó Enzo.

—Yo se lo dije. Le afectó mucho, claro. Se llevaba muy bien con vuestra madre.

—¿Y después ella trabajó en el Paraíso? —preguntó Arturo, extrañado.

Juan se sintió agotado por el esfuerzo que suponía remontarse a un pasado muy lejano. Sin embargo, sintió que no podía negarse a responder sus preguntas. Era de esos momentos en la vida que marcan a una familia.

—Ocho años después del accidente, vino a buscarme un día al cine —dijo, lentamente, con pausas entre las frases—. Tenía problemas económicos, se presentó en el despacho. Pablo me había hablado de ella, pero yo no la conocía en persona. Me enseñó fotos de los dos, cuando se veían a escondidas. Me dijo que tenía un hijo de un año y que necesitaba trabajo con urgencia. Su marido llevaba mucho tiempo en el paro. Le di un puesto en la taquilla. ¿Qué iba a hacer? Era alguien especial para mi hijo.

Darío se acordó de la conversación con Salvi cerca de su papelería. Le encajaba la manera en que se veía desde fuera la relación entre el abuelo y Diana. Solo ellos sabían cuál era el vínculo que les unía.

—A los pocos meses se dio de baja por ansiedad. No sé por qué, y como era un tema personal no quise indagar. Económicamente hacía daño al Paraíso, pero si estaba enferma era su derecho.

—¿Y todo ese dinero que le has ido dando con el tiempo? —preguntó Enzo.

Juan desveló que un día fue a su casa para ver cómo se encontraba. Su sorpresa fue cuando ella reveló la intención de revelar a sus nietos que había mantenido una relación con Mario mientras estaba casado, y que se iban a casar en cuanto obtuviera el divorcio. En su poder tenía fotos y cartas. Juan le preguntó que quería a cambio de no decir nada, y ella estableció precio a su silencio.

—Lo siento, hijos —dijo para terminar, compungido—. Yo solo quise protegeros, pero creo que no lo hice muy bien. Me dejé arrastrar…

Cada uno de los hermanos, reaccionó de manera distinta. Arturo se levantó, inquieto y refunfuñó. Darío se quedó inmóvil en el sofá. Enzo, por su parte, negó con la cabeza al tiempo que clavaba la mirada en el jardín. Descubrió un área en el frondoso seto que estaba reseco, con las ramas al aire y de un color marchito. Después se fijó en su querido abuelo.

—Has hecho por nosotros más de lo que cualquiera hubiera hecho en tu lugar —dijo, con rotundidad—. Te debemos mucho y creo que hablo en nombre de los tres, cuando te digo gracias por todo. Nos da rabia que esa Diana se salga con lo suya, pero yo al menos tengo una cosa clara: No es culpa tuya.

—¡Por supuesto que no es tu culpa, abuelo! —exclamó Arturo, acercándose a él.

—Totalmente de acuerdo —añadió Darío—. Esa mujer se aprovechó de la situación. Se acabó el darle dinero.

Juan se sintió reconfortado por el apoyo incondicional de sus nietos. Por fin se había quitado un peso de encima. Ahora que sabían la verdad, se sintió liberado.



Esa misma tarde, cuando empezaba a anochecer, Enzo bajó al aparcamiento de su urbanización, se puso el casco y subió a la moto. Al arrancarla, oyó el ronroneo del motor, fijó la primera marcha con el manillar y después aceleró. Bajo la luz fría de los fluorescentes del techo y entre las paredes de cemento, recorrió el tramo hasta la puerta metálica, que se iba abriendo poco a poco.

Multitud de pensamientos cruzaban su mente, pero se esforzó en ignorarlos. Solo deseaba sentir la adrenalina recorriendo su sangre.

En cuanto apareció la rampa de salida, aceleró con potencia, el motor rugió y salió disparado sin ningún destino. Adoraba su Kawasaki Ninja, una moto que cuidaba como si fuera oro. Le fascinaba su aspecto dinámico y agresivo. La había comprado de segunda mano a un colega que necesitaba dinero con urgencia. La usaba para largos viajes por la carretera, generalmente acompañado de otros moteros.

Llegó hasta la autovía y aceleró. Empezó a adelantar coches, uno detrás de otro, mostrándose impaciente con los que obstruían su paso. Era como si tuviera prisa por llegar a un lugar que no existía. Solo quería abrazar la velocidad y olvidarse de todo.

Si me ponen una multa, me la suda, se dijo.

Se sentía rabioso aunque no estaba seguro contra quién. ¿Contra su padre por ser infiel, contra su abuelo o contra esa tal Diana? ¿O tal vez contra su madre, por obligar a su padre a tomar el puto avión que terminó con sus vidas?

La noche empezó a caer sobre Enzo. Las luces de la autovía se encendieron, la luna conquistó un cielo que se apagaba y el mar se llenaba de olas inquietas.

Pensó en cómo la ausencia de sus padres había determinado su vida. En el colegio le habían llamado cruelmente el huerfanito, pero eso quedaba atrás, una minucia del pasado. Al poco tiempo, forjó amistades en las que apoyarse y defenderse, además de contar con sus hermanos.

La consecuencia de crecer sin padres era mucho más profunda y era imposible de definir y, lo que es peor, de comprender. Sin ellos, su pasado había quedado marcado, pero ¿también marcaría su porvenir? Cada uno de nosotros tiene una vida única que no puede cambiar, y que se refleja en el mundo que nos envuelve. ¿Iba a vivir siempre con esa sensación de vacío en su interior?

Se sorprendió al percatarse de que llevaba casi una hora en la moto. Ni siquiera sabía con exactitud dónde se encontraba. No le importó y apretó el acelerador. Estaba dispuesto a viajar toda la noche si era preciso.

CAPÍTULO 5

Y llegó el domingo, el día acordado por Violeta y Enzo para la cita. Quizá el sábado hubiera sido mejor, por las sensaciones de fiesta y alegría que genera solo con nombrarlo, pero Violeta no pudo. El trabajo en el balneario la mantenía ocupada casi todo su tiempo, y cuando disponía de un hueco, lo llenaba con el voluntariado en la ONG.

Ella aprovechó el almuerzo con sus padres para después quedar con Enzo. Así que la cita se produjo a una hora poco usual, primera hora de la tarde. Puerta del Mar se encontraba inmersa en su placidez habitual. El mar estaba sereno, y algún que otro turista estaba tumbado en la playa para broncearse.

Enzo había sugerido La bodeguita de enmedio para verse. Se ubicaba en el casco histórico, en medio de callejuelas, paredes blancas y tiendas de ropa y *souvenirs*. Era un lugar pequeño pero acogedor, con una barra de madera y en frente varias mesas con taburetes.

Llegó el primero y encontró la última mesa libre, al fondo, desde donde se veía la entrada. Sonaba música española por los altavoces, aunque el murmullo de los clientes la apagaba un poco. Se pidió una caña y consultó el reloj de muñeca. La revelación de su abuelo le había dejado apático. Había intentado librarse de esa falta de energía volcándose en el trabajo, pero necesitaba algo más para lograrlo.

Se había vestido con un polo morado, unos vaqueros ajustados, y calzado los náuticos. Su pelo moreno y corto se veía abundante y bien cortado, con la raya a un lado. Y, por supuesto, se había rociado con una colonia de primera marca.

Dedicaba su tiempo a prepararse cuando tenía una cita. Se relajaba en la ducha mientras en su mente elegía las prendas de ropa qué llevaría. Después, se secaba el cuerpo con detenimiento, se aplicaba desodorante y se dirigía al dormitorio para vestirse. Todo ello sin prisa, con esmero y disfrutando del momento.

A los pocos minutos, vio a Violeta entrar por la puerta. Estaba radiante. Vestía con una blusa de manga corta, una falda vaquera y un cinturón negro. Sobre el bolso, llevaba una ligera rebeca, lo que no lo extrañó, ya que a veces en la calle, a la sombra o el interior de los bares, hacía fresco.

Cuando se saludaron con un beso en la mejilla, Enzo contempló de cerca su cabello ensortijado y castaño. Sintió la tentación de acariciarlo con la mano, de echarlo hacia atrás con suavidad. Ella dejó el bolso y la rebeca en un rincón de la mesa, cerca de la pared.

—¿Qué quieres tomar?

Se lo pensó un instante.

—Venga, una caña.

Enzo se giró hacia la barra y la pidió al camarero, quien asintió con la cabeza. Después

volvió a posar sus ojos en Violeta. Su blusa era un bonito estampado de flores donde destacaba el rojo, que transmitía pasión y fuerza.

—¿Cómo estás? —preguntó Enzo, procurando que no sonara como una pregunta rutinaria, sino como un genuino deseo de saberlo.

—Bien. Acabo de comer con mis padres —dijo, sonriendo de una manera natural—. Han venido de visita de Sevilla.

—¿Y cómo ha ido?

—Genial. De vez en cuando vienen, comemos y nos ponemos al día. A mis padres les encanta salir a comer y ponerse morados.

De repente, cayó en que Enzo era huérfano. Se lo había contado Juan cuando era su fisio. Recordó las veces en las que se preguntó cómo afecta a la vida de una persona, o incluso de una familia, una tragedia de tal magnitud. Supuso que al final los seres humanos se aprovechan de su instinto de supervivencia para salir adelante. A sus pacientes les preguntaba cuánto dolor sentían, y pensó que Enzo en su momento sintió lo máximo, un diez.

Deseó cubrir su antebrazo con su mano y decirle que lo sentía profundamente, que no era justo crecer sin padres.

—Aquí en Puerta del Mar se come de maravilla —dijo Enzo—. Entonces te visitan muy a menudo.

—Creo que demasiado —dijo, haciendo un falso mohín de disgusto.

Ambos rieron. Violeta fotografió mentalmente la sonrisa blanca de Enzo, que contrastaba con su piel bronceada. Sin duda, era un hombre atractivo. No había esperado que le gustase tan rápido. Si le pidiera ir a su casa en ese momento, ella tenía clara su respuesta. Pero intuía que Enzo era demasiado elegante para caer en ese atrevimiento.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Puerta del Mar? —preguntó él.

El camarero dejó la caña y un platito de aceitunas que decían cómeme. Enzo se lo agradeció. Violeta tomó un pequeño sorbo. Tenía el estómago lleno de fritura malagueña, y se alegró de haber pedido en el restaurante agua mineral.

—Unos cuatro años más o menos. Terminé la carrera y ejercí un par de años en Sevilla, y me vine para acá. Empecé como autónoma y desde este verano estoy en el balneario.

Enzo se dijo que ese balneario debía sentirse privilegiado por contar con una mujer como ella. Y los huéspedes no digamos.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que me conoces más que yo a ti. Mi abuelo te habrá contado muchas cosas sobre nosotros.

Violeta curvó los labios con timidez formando una sonrisilla traviesa.

—Bueno, alguna que otra —dijo, dejando la caña sobre la mesa—. Pero te digo una cosa: se nota que está muy orgulloso de vosotros.

—Mi abuelo es un crack. No sé qué hubiéramos hecho sin él, y sin mi abuela, claro.

—Me contó lo de tus padres. Debió de ser muy duro —dijo, dudando de si le apetecía hablar de algo tan íntimo.

Unos clientes se levantaron de la mesa y pagaron en la barra. Se oyeron risas desde una mesa. Otros pidieron más bebida. Era domingo, pero por el bullicio casi parecía un sábado. Enzo suspiró y tomó un sorbo de cerveza.

—Sí, lo fue, pero al final te acostumbras. Mis abuelos han ejercido de abuelos y padres.

Violeta no pudo evitar la intuición de que detrás de esa apariencia de hombre seguro de sí mismo, una vez hubo un niño que se vio obligado a sobreponerse a toda la tristeza del mundo.

—Resulta curioso pensar —continuó Enzo—, que si mis abuelos hubiesen vivido no sé… en

Alaska, por ejemplo, nosotros ahora viviríamos ahí, muertos de frío. La vida puede cambiar de un día para otro.

—Yo nunca imaginé que acabaría aquí. Sí, conocía Puerta del Mar, pero siempre pensé que viviría en Sevilla. Ya sabes, es donde he nacido y me he criado.

—¿Por qué viniste?

—Tengo familia, una tía y un primo. Mi tía me dijo que se vive bien, y que tendría trabajo, puesto que residen muchos extranjeros con pasta. Me entró la curiosidad. ¿Cómo será eso de vivir cerca del mar? Al principio, me quedé en su casa un tiempo hasta que encontré un piso compartido, y ahora tengo un estudio.

Enzo escuchó la mitad de su respuesta. La otra mitad del tiempo estuvo estudiando su rostro. Cada rasgo, la cejas, la nariz, la boca, parecían pura armonía.

—No a todo el mundo le gusta mudarse a una ciudad nueva. Si alguna vez tengo que cambiar de aires, espero que no sea en grandes ciudades. Es agobiante. ¿Tienes hermanos?

—Una pequeña. Nos llevamos tres años.

—¿Quién es la buena y quién la rebelde?

—Yo soy la rebelde.

—¿Ah, sí?

—Mis padres son enfermeros y querían que yo fuese cirujana, bueno, más bien, soñaban. Cuando les dije que quería ser fisio, se llevaron un buen disgusto, pero ahora lo llevan bien. Están contentos.

—¿Y tu hermana es cirujana?

—Ella está haciendo un máster de Derecho en Barcelona. Vamos, yo creo que terminará en la política. Tiene mucha labia.

—Es curioso, tienes la familia repartida por todo el país.

—¿Tú tienes familia en Italia, no?

—¡Qué bien informada estás! Sí, mis abuelos viven en Roma.

—¿Y hablas italiano?

—*Sì, lo parlo bene, ho cambiato una ruota della macchina e mi fanno male i reni.* —dijo, con toda naturalidad.

Violeta sonrió, entusiasmada por la musicalidad del acento, como la caricia de una brisa.

—¿Quieres saber qué he dicho? Que ayer cambié una rueda del coche y me duelen los riñones.

—Oh, eres puro romanticismo —dijo, con ironía.

—*Grazie, fai quello che puoi.*

—Oye, eso lo serás tú.

Ambos se rieron. Enzo se quedó prendado de su risa: firme, expansiva, contagiosa.

—¿Y qué haces para divertirte? —preguntó él, antes de tomar otro sorbo de cerveza.

Lo meditó un instante y se dio cuenta de que no disponía de una respuesta convincente.

—Voy a la ONG. A ver, no es diversión, pero me llena mucho.

—Pero yo digo para divertirte, pasarlo bien, olvidarte de todo…

Violeta desvió la mirada hacia la barra, como buscando una buena respuesta. Los camareros servían bebidas y tapas entre bromas.

—No tengo mucho tiempo, la verdad —dijo, encogiéndose de hombros—. Todo lo que es currar y currar. Qué aburrida soy, Dios mío.

—No será para tanto. Algo te gustará hacer.

—Me gusta ir al cine.

—¿Ves? Algo es algo.

—Pero ¿hace cuánto fue de eso, Violeta? El mes pasado, creo. Sí, fui con una compañera del balneario. Ah, y a veces voy a ver jugar a mi primo, que es muy bueno al fútbol. Otras veces visito a mi tía, que siempre está en casa —dijo con un matiz de preocupación.

—¿Le ocurre algo?

Violeta prefirió describir muy por encima el estado de su tía.

—Hace mucho tiempo que no trabaja. Se separó hace tiempo y desde entonces no levanta cabeza. Está como desencantada con la vida.

—Menos mal que te tiene a ti.

—Sí, bueno. Yo poco puedo hacer. Le hago un masaje para estirar la musculatura… No es un problema físico, es de aquí dentro —dijo, señalándose el pecho.

Violeta desde siempre vio a su tía como una persona seria, sin grandes pasiones. De hecho, ignoraba su forma de reír. Su madre tampoco le había contado mucho sobre ella. Por lo que había intuido, mantenían una relación cordial aunque fría.

Enzo se dio cuenta de que había terminado su caña. Preguntó a Violeta si quería algo más, a lo que contestó que estaba bien. Ella bebía con calma. Enzo se levantó para pedir otra. La música española seguía reinando. Dejó que el ritmo lo envolviera para mantener el excelente ánimo que sentía. Sí, Violeta le atraía, e intuía que el sentimiento era mutuo.

—¿Y desde cuándo trabajas en Salvamento? —le preguntó cuando se volvió a sentar, caña en mano.

—Desde que salí de la academia. Me saqué en Cádiz el grado superior de transporte marítimo. Hice unas prácticas en Galicia y después entré aquí como marinero raso.

—Fue vocacional, ¿no?

—Supongo que sí. Es decir, no trabajar en Salvamento, pero desde pequeño siempre sentí una atracción por el mar. Para mí era como un lugar de una gran diversión, de puro entretenimiento, un escape también. Los domingos, nos llevaba mi abuela y echábamos el día. A la pobre la volvíamos loca porque no parábamos ni un segundo. Después un amigo de mis abuelos nos invitó a su velero y recuerdo muy bien ese día. Para mí fue como una gran aventura, las velas, el timón, el ancla… Mi relación con el mar cambió en ese momento.

Mientras Violeta se iba adentrando en los recuerdos de Enzo, le vio de adolescente a bordo del barco, con la mirada cargada de ilusión, observando asombrado el inmenso mar que lo rodeaba. Pudo comprender que le pareciera temible, inabarcable y enigmático, y que por eso algo muy dentro en él se despertara. El mar le llamaba como un bálsamo para llenar las carencias que la dureza de la vida le había originado.

—El cine también me influyó, claro. Me encantan las películas de acción y aventuras. Indiana Jones, Top Gun, Los Goonies… Mi abuelo las ponía en casa. ¿Cuál es tu peli favorita? —preguntó, y se refrescó la garganta con otro sorbo de cerveza.

—Me encanta «El paciente inglés». La he visto cinco veces.

A Enzo le pareció que encajaba a la perfección con el estilo de Violeta. Hacía tiempo que la vio en televisión, aunque recordaba el argumento por encima. Una enfermera ayuda a un soldado misterioso a recuperarse de sus heridas causadas en la Segunda Guerra Mundial. En el camino se enamora profundamente.

—Tienes buen gusto —dijo Enzo, alzando su vaso—. Ganó un montón de premios. Los actores son muy buenos.

—Juliette Binoche y Ralph Fiennes están geniales.

—La química es muy importante, ¿verdad?

Violeta captó una mirada de Enzo que parecía añadir un significado adicional a sus palabras. ¿Se refería a ellos mismos?

—Sí, estoy de acuerdo. La química es esencial. Si no, no te crees la historia —dijo ella, cayendo también en la ambigüedad.

Entonces Enzo decidió saber algo más de ella, algo más… personal.

—¿Alguna vez te has enamorado de uno de tus pacientes?

Violeta cogió su vaso y bebió con tranquilidad. Era una pregunta brusca, pero le gustó que añadiera tensión y sinceridad a la conversación.

—Mi primer paciente, si se puede decir así, ya era mi novio. Estábamos en el instituto y tuvo un accidente. Le ayudé en la rehabilitación.

—Eso es muy noble de tu parte, Violeta —dijo, asintiendo con la cabeza.

Enzo se sentía cada vez más cómodo. A grandes rasgos, había compuesto la personalidad de una mujer entregada a ayudar a las demás. Se dio cuenta de que él era un tanto egoísta, de que en su trabajo primero necesitaba la adrenalina, y después auxiliar a los demás. Sin embargo, no dejaba de ser una ayuda efímera y superficial. Violeta, en cambio, se entregaba en cuerpo y alma.

—Gracias.

—Haces que el mundo sea un poco mejor.

—Tú también, Enzo.

Se dio cuenta de que había pronunciado su nombre por primera vez. Era como si empezara a formar parte de ella. De reojo, estudió sus labios. Eran suaves y carnosos.

—Es muy triste encontrarse con lo que nos encontramos en el mar.

—¡Salvas vidas!

—Es lo más bonito, está claro. Pero a veces cuesta desconectar.

Enzo había perdido la cuenta de las veces en las que había llegado a casa sintiéndose impotente. Las imágenes de bebés con lágrimas rodando por las mejillas eran difíciles de olvidar.

—Cuesta, sí.

—¿Sabes? Cuando te vi ayudando en el puerto a ese inmigrante, me impactó. No se me ha olvidado ese momento.

Aissatou. Violeta recordaba su nombre con claridad. Le contó su historia. Un hombre de unos treinta años que huía de Camerún porque debía mucho dinero a causa de un negocio ruinoso. Soñaba con un futuro próspero en Europa, y así mandar dinero a su esposa e hijos.

—Me dijo que si el juez lo enviaba de nuevo a su país, que lo volvería a intentar.

—No me extraña.

Enzo consultó su reloj. Se sorprendió al descubrir que había transcurrido poco más de una hora. Una acaramelada pareja entró y se acodó en la barra. La mayoría de los clientes eran de Puerta del Mar. A los guiris les atraían los lugares soleados y frente al mar.

—Vamos a otro sitio que conozco —dijo—. Creo que te gustará.

Violeta se fijó en su móvil e hizo un mohín de disgusto.

—Tengo que irme. Le prometí a mi tía que pasaría a echarle un vistazo a sus molestias en el cuello.

Enzo se mordió los labios con discreción. Su plan se había venido abajo de repente. Sin embargo, aún no había dicho su última palabra.

—¿Te llevo en el coche?

—No, gracias. Voy andando. Si viven en el centro…

—¿Por dónde?

—En el cruce entre Avenida Andalucía y García Lorca.

—Ah, sí, donde estaba la antigua estación de autobuses —dijo, haciendo una seña al camarero para abonar la cuenta—. Te acompaño. Me pilla de camino, así damos un paseo.



El cielo se había poblado de jirones de nubes que se desplazaban empujadas por el viento. El sol ya había iniciado su camino descendente hacia las montañas, pero aún quedaban unas horas para el atardecer. Las calles empezaban a recibir a la gente que ansiaba pasear, o salir por ahí con objeto de prolongar el domingo.

Enzo anhelaba llevarse algo más que el recuerdo de una cita agradable. Por eso había soltado una mentirijilla cuando dio a entender que también necesitaba hacer el mismo recorrido. En realidad, había dejado la moto en dirección contraria.

Una ansia incontrolable recorría su pecho desde que abandonaron La bodeguita de enmedio. Era intensa, como un vacío que necesitara colmar con urgencia. Mientras hablaban de temas mundanos, procuró acercarse a ella, tocarla en el brazo de forma distraída, hacerle reír con viejas historias de sus hermanos.

Se imaginó cómo debía ser besar a Violeta. Se recreó en esa imagen. El sabor a sal de sus labios y el calor al estrecharla entre sus brazos. Quería abrirse paso hasta conquistar sus emociones.

Enzo siempre había jugado con la noche. Los bares de copas del puerto habían sido su zona de recreo. La música, el baile, las miradas y el sexo improvisado. Su última relación seria había sido mientras estudiaba en Cádiz, y se rompió cuando él regresó a Puerta del Mar. Lo superó con mucha más facilidad de lo que esperaba. Desde entonces su vida se limitaba al trabajo, escapadas aventureras y la sensación de que «hogar» era un concepto para gente mucho mayor que él.

Violeta le escuchaba con interés, aunque deseaba pensar con detenimiento en lo que estaba sucediendo entre los dos. Sin embargo, se notaba muy cansada por el trabajo acumulado durante la semana, y solo quería transitar a través de emociones más ligeras.

Quizá debería haber aceptado ir a otro bar, prolongar el momento irrepetible que se da entre dos personas que quieren conocerse a fondo. Pero su tía la necesitaba y sentía que no podía fallar.

—¿Estás a gusto en el balneario o echas de menos ser autónoma?

—Cada cosa tiene sus ventajas e inconvenientes, pero al menos el balneario no tengo que estar pendiente ni de buscar clientes, ni de tributar cada tres meses. Odio todo el papeleo. Soy un desastre para guardar facturas y cosas así.

—¿Entonces estás a gusto?

—Sí, mucho. Echo un montón de horas, eso sí, pero es lo que me apasiona.

—Los dos tenemos suerte. Trabajamos en lo que nos gusta.

—Es verdad.

—Creo que eso lo aprendí de mis abuelos.

—¿Te lo decían mucho?

—No, pero yo les veía sentirse orgullosos del cine, sobre todo a mi abuelo, que es un cinéfilo incurable.

—Me pasa igual con mis padres. Cuando era pequeña era la rara de mi clase. Me encantaba ir al hospital, y deseaba que algún compañero o familiar se pusiera enfermo —dijo, sonriendo.

—Dios mío, Violeta, tengo te miedo, ¿eh? —dijo con ironía.

—Nada, tranquilo. Todo eso ya se me pasó, ¡con mucha terapia! —dijo, bromeando.

—Menos mal que tus padres no trabajan en una funeraria…

—Sí, me alegro mucho, la verdad.

A lo lejos vio el portal de la casa de su tía. ¿Ya estaba a punto de llegar? Le parecía asombroso cómo el tiempo se escurría con tanta rapidez.

—Oye, por cierto. Gracias por todo lo que hiciste con mi abuelo. Le ayudó un montón.

—De nada —dijo ella, con el corazón encogido—. Me dijiste que estaba mejor, ¿no?

—Está hecho un roble el tío.

De repente, Violeta le miró y soltó una risita.

—¿Qué pasa? —preguntó Enzo, lleno de curiosidad.

—Nada, nada.

—¿Cómo que «nada, nada»?

—Es que me estaba acordando de una cosa que me contó tu abuelo.

Enzo se detuvo y la cogió con suavidad del codo.

—¿Qué te ha contado? A ver…

Violeta sonrió astutamente.

—Cuando eras pequeño, una travesura. Bueno, una gamberrada muy fuerte.

Enzo se quedó pensativo. Había tantas que recordar…

—La del globo de agua —dijo ella.

Echando la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, avergonzado.

—No, no puede haberte contado eso —dijo, lamentándose.

—Con pelos y señales.

—Lo mato.

Fue el día de su undécimo cumpleaños. La familia organizó una fiesta en el jardín de casa a la que acudieron sus compañeros de clase. Todo iba bien: los regalos, la tarta, la música, hasta que llegó la hora de los juegos. El primero fue el célebre del globo de agua. A Enzo no se le ocurrió otra cosa que con discreción llenarlo de agua y su propia orina. Una mezcla *explosiva*. Pero resulta que sus cálculos fallaron y le acabó estallando en sus narices.

—Dame el teléfono de tus padres —dijo Enzo—, que voy a charlar con ellos sobre tu infancia. Seguro que hay mucho donde excavar.

—No, ni de coña —dijo, rotunda.

Violeta recordó aquella vez que, cuando tenía ocho años, el profesor de matemáticas les puso un examen sorpresa. Aquello fue una catástrofe para ella porque al leer la preguntas se dio cuenta de que iba a suspender. Entonces, desesperada, alargó el cuello para copiarse de su compañera, pero solo la vergüenza ante la idea de que el profesor la descubriese, provocó que se pusiera roja como un tomate. Y fue el rubor tan intenso en las mejillas, en la frente, en la nariz… que el profesor pensó que sufría de una insolación y, alarmado, pidió al colegio que avisaran a sus padres.

Por supuesto, ni bajo tortura se lo contaría a Enzo.

—Aquí es —dijo Violeta, señalando el portal con la mirada.

Enzo buscó su mano y la cogió. Después la otra. Sonrió abriendo bien los ojos. Ella sintió una leve sacudida de emoción. La distancia entre ambos se estrechó hasta el punto de que no había nada más que el otro. Puerta del Mar se había convertido en un fondo borroso.

Violeta se quedó sin aire cuando inclinó la cabeza y sintió sus labios en los suyos. Fue un tanteo suave y fresco. El cansancio desapareció de repente, y dejó paso a una mezcla de sorpresa agradable y alegría contenida.

Enzo estudió su reacción fijándose en sus bellos ojos. Sus pupilas se abrieron con la claridad

de un lago en primavera. Se preparó para el beso separando una pizca los labios. Entonces él la tomó por la cintura y la miró con anhelo. Era pleno día, en la calle la gente paseaba, los coches circulaban por la avenida, un pájaro solitario surcaba el cielo. El mundo avanzaba pero no para Enzo ni para Violeta.

Se adentró en su boca y enseguida el beso alcanzó una pasión sin igual. Violeta posó las manos notando el tejido fino de su polo, sobre el duro y fibroso pecho. Enzo atrajo su cintura un poco más. Todo en él se centró en saborearla, en descifrar su esencia y retenerla para sí lo máximo que pudiera. Mientras tanto, en la mente de ella apareció su nombre, Enzo, como si pudiera pronunciarlo en medio de un suspiro.

Fue Violeta quien primero abrió los ojos. Él siguió recreándose en la salvaje humedad, pero solo un instante más. Se miraron mientras recobraban el aire. Había turbación y desconcierto.

—Tengo que volver a verte —susurró él.

De tan aturdida que se encontraba, ella solo alcanzó a decir sí con un hilo de voz.

—¿Cuándo? —insistió.

—Cuando tú quieras —respondió, sin pensarlo demasiado.

—Entonces será muy pronto.

Cuando Violeta entró a solas en el portal, a la vez que se esforzaba en recuperar su conciencia, se sintió confusa. Pensó en que no deseaba tener una relación, sobre todo porque ocuparía demasiado tiempo. Sus pacientes eran su prioridad.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Violeta llegó al balneario puntual como siempre. Se obligó a dejar atrás los abrumadores recuerdos de su cita con Enzo. Bueno, en realidad, un detalle sobresalía de resto: el apasionado y sorprendente beso en el portal.

Para qué negarlo, su atrevimiento la había cautivado. Además, ese aire aventurero con un extra de italiano era una mezcla irresistible. Su cuerpo aún retenía el efecto de la poderosa atracción, y por eso se notaba acelerada, llena de emociones contradictorias.

«Violeta, estuvo muy bien, Enzo está tremendo. Pero no pienses que vas a dejar la ONG para tener más tiempo con él, o vas a dejar de visitar a la tía y el primo. A lo mejor si hubiera sido un desconocido con el que me cruzo por la noche, con copas de demás, me lo llevo a casa. Pero todo esto ha empezado de una forma muy loca. Si no me ando con ojo puedo acabar cegada por ese chico».

Su jornada empezó en el despacho de Joaquín, su jefe pelirrojo. En general, ser el hijo del dueño en cualquier negocio significa disfrutar de un buen puñado de ventajas. Su despacho era muy espacioso; estaba perfumado y decorado con muebles de primera calidad. A su espalda, colgaba un retrato de él, pintado al óleo y exhibiéndose de pie, como apoyado en un coche y con la mirada perdida.

—¿Cómo va el Sr. Karimi? —preguntó Joaquín consultando la pantalla de su ordenador.

—A Sargón le veo un poco mejor, menos rígido, y con menos dolores de cabeza. Los ejercicios y los masajes en el cuello y mandíbulas están funcionando muy bien. Además, la dieta baja en calorías a base de sopas, también aporta lo suyo.

Joaquín asintió, complacido. Aunque era más joven que ella, sus gestos, serios, parecían los de un hombre mayor.

—Ayer le llamé por teléfono. Dice que está muy complacido con tu ayuda. Eres una joya, Violeta. O mucho me equivoco o será un cliente para toda la vida.

Violeta sintió una corriente de orgullo.

—Es muy buen paciente. Se deja aconsejar.

Joaquín tecleó algo a la vez que consultaba el ordenador. Se oyó el sonido de un correo electrónico enviado.

—Cuando puedas, revisa tu bandeja de entrada —dijo, apoyando la espalda en la silla—. Te he enviado la ficha de dos pacientes más.

—¿Dos? —dijo, titubeando.

—El primero es el Sr. Figueroa —dijo, leyendo en la pantalla—. Sufrió un accidente de coche hace unas semanas, ya sabes, el dichoso latigazo cervical. Tiene unos dolores horribles. Quiero que lo examines y lo trates, ¿vale?

Violeta asintió con la cabeza y se removió en el asiento.

—El segundo se llama Ángel Manzano y tiene una lesión de ligamentos cruzados en la rodilla. Parece ser que es futbolista de Primera división y se lesionó en un partido. Va con muletas y está desesperado por volver a jugar. Quiero que hagas lo mismo. Será pan comido para ti.

—Y las clases de mantenimiento, ¿también las sigo impartiendo?

—Tú puedes con todo. Eres una máquina.

—Vale —dijo, secamente.

Joaquín se apoyó en la reluciente mesa de madera canadiense para entrelazar las manos. Había detectado un asomo de duda en su empleada. Como jefe, tal y como le había enseñado su padre, debía mostrarse persuasivo.

—Violeta, estos pacientes te necesitan —dijo, con gravedad—. No podemos dejarlos en la estacada. ¿No te parece?

—Claro que no.

—Gracias, Violeta —dijo, sonriendo.

Golpeó la mesa con las manos, como dando la reunión por terminada.

En cuanto salió del despacho y recorrió el pasillo, Violeta sintió un leve pinchazo en la base del cuello. Será una contractura, pensó. Se pasó la mano por las vértebras y se masajeó los músculos rectos, mientras caminaba hacia la sala de recuperación.

De repente, oyó que Joaquín la llamaba. Se detuvo y se giró. Su jefe estaba de pie, en el umbral de su despacho.

—La Sra. Murphy pide que subas a su habitación. Parece urgente, ¿puedes?

Violeta dobló el pasillo y tomó el ascensor para llegar a la segunda planta. Siguió masajeando la base del cuello. Los músculos trapecios también podían estar afectados. Del uno al diez, siendo el uno el mínimo dolor y diez el máximo. ¿Dónde sitúas la molestia?, se preguntó. Pues… dos.

Se alegró de que fuera un dolor pequeño y lo achacó al estrés. Los nuevos pacientes supondrían una carga extra de trabajo. Casi mejor, ni pensarlo.

Una campanita sonó cuando se abrieron las puertas. El pasillo era largo y bañado por una luz cálida. En las paredes colgaban fotografías de bellos paisajes de montaña. Siempre había creído que el balneario era más bien un hotel de lujo. ¿Cuánto cobrarán la estancia? Lo tengo que preguntar.

Su sueldo no era muy allá; el contrato, temporal y además se encontraba a prueba. Evocó la conversación con Enzo en la que aseguró de que se alegraba de no buscar clientes, ni del papeleo de la declaración a Hacienda. Sin remediarlo, su mente se detuvo en Enzo. Se rio para sí misma cuando recordó su expresión de bochorno por lo que pasó en su cumpleaños. Le gustan los hombres que no se toman en serio a sí mismos.

Sacó el móvil del pantalón para comprobar si había recibido un mensaje. Vio uno. Seguro que Enzo pedía quedar de nuevo. Sin embargo, al leer el nombre del remitente y descubrir que era su madre, se llevó una pequeña desilusión.

«Mejor así, menos líos», se dijo. Por supuesto, ella no pensaba enviar nada a Enzo. Vamos, ni un meme.

Llamó a la puerta de Nora y esperó. Joaquín había dicho que parecía urgente y deseó que no fuera nada grave. Le caía bien desde el primer momento que la conoció. Parecía una buena persona. Cuando Nora abrió la puerta supo que algo andaba mal. Su mirada estaba enrojecida y apestaba a alcohol.

—Pasa, pasa —dijo con la voz afectada.

Violeta entró en la habitación preguntándose qué había pasado. Lo primero en lo que reparó fue en una botella de vodka, tumbada y vacía, sobre la mesita de noche junto a un vaso de cristal. La dirección del balneario disponía de un reglamento en el que prohibía el alcohol, aunque por supuesto el incumplir la norma no acarreaba ninguna sanción, ya que en el fondo no era más que una sugerencia.

—Se me ha ido la mano… —dijo Nora, señalando la botella con la mirada.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Violeta, y se dio cuenta de que había sonado cortante, nada más lejos de su intención.

Nora se sentó en la cama.

—Me duele el brazo, cariño. Más que antes —dijo, compungida.

Violeta corrió de un tirón las pesadas cortinas de la ventana, y la luz del sol irrumpió formando una gruesa línea vertical sobre la alfombra y la cama. Las partículas del polvo flotaban nítidas en el aire. Nora apartó la mirada.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo Violeta.

Examinó el brazo derecho tomándolo con delicadeza. Presentaba una ligera hinchazón cerca del codo. Imaginó que tenía delante su ordenador para, con el programa abierto, obtener una visión interna de toda la articulación. Fue palpando con suma delicadeza el bíceps y el tríceps brachial, así como los músculos supinadores y pronadores.

—Sube el brazo hasta donde puedas —pidió.

Nora obedeció y Violeta se dio cuenta de que lo levantaba mucho menos que antes.

—¿Te duele?

—Un poquito, sí.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Suspiró largamente.

—Anoche hablé con mi hermana. Me contó que mi otra hermana tuvo que ser ingresada en el hospital. Anoche tuvo un accidente con el coche y se rompió la pierna. Va a necesitar ayuda en casa. ¡Vaya racha tiene la familia!

Violeta dejó que hablara, que sacara la inquietud que la consumía por dentro.

—Me entró ansiedad porque yo tengo el brazo como lo tengo. Me sentí inútil y… salí al supermercado a comprar algo de comer, unas galletas, en fin, lo que sea. Pero vi la botella de vodka y dije qué demonios.

—¿Y qué pasó después?

—Me caí en el baño, y me golpeé justo en el brazo. Pensé que se me quitaría pronto y me fui a la cama, pero cuando me he despertado me costaba moverlo. ¿Es muy grave?

Violeta decidió sentarse junto a ella. Le puso una mano en la espalda.

—Habría que hacerle una radiografía, eso lo primero. Después, iremos viendo. Pero, ¿cómo te encuentras, Nora?

—He estado mejor, cariño.

—Todo saldrá bien, Nora. Ya lo verás. Pronto estarás en casa. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Madeleine.

—Pronto estarás con Madeleine, cuidando de ella. Ahora, nos toca trabajar duro con ese brazo, ¿vale?

—Vale.

—Voy a hablar con recepción para que busquen una clínica cercana para hacer la radiografía. ¿Te parece?

—¿No dirás nada por lo del alcohol, verdad?

—Claro que no —dijo, sonriendo—. Será nuestro secreto.

Nora se lo agradeció, y Violeta dijo que esa mañana le convenía reposo y un desayuno frugal. Por la tarde, dedicarían una sesión a relajar la espalda y el brazo, a la espera de la radiografía.

—Eres un tesoro. Tu novio tiene que estar encantado contigo.

—Bueno, no tengo novio.

—¿Ni un amigo especial, como se dice ahora?

Violeta sonrió.

—Entre una cosa y otra, tengo poquito tiempo.

—Pues búscalo. Eres joven, tienes que disfrutar. No seas tonta.

Se despidió de ella para que se aseara con calma, y mientras caminaba por el pasillo, volvió a sonreír pensando en el último comentario de Nora. Inevitablemente, Enzo volvió a centrar su mente. Lo más cercano a un amigo especial que tenía en ese momento. ¿Qué hubiera pasado en el portal si su tía no llega a estar esperando?

Volvió a sacarse el móvil del bolsillo del pantalón para comprobar si Enzo había enviado un mensaje. Nada en la pantalla. Se dijo que era lo mejor. No crearse falsas expectativas. Al comprobar de nuevo el WhatsApp se percató de que había un mensaje. ¿Por qué no había llegado la notificación a la pantalla de inicio? La tecnología era fascinante pero a veces con las cosas sencillas, demasiado compleja.

Para su sorpresa, no era un mensaje de Enzo, sino de la ONG. Le preguntaban si podía pasarse el fin de semana para echar una mano, ya que andaban faltos de recursos. No dudó en responder que contaran con ella. Sintió una punzada de angustia cuando pensó en sus compañeros, abrumados por el trabajo, y en los inmigrantes necesitados de cuidados médicos.

Desde que empezara a colaborar con la ONG, sus ojos se habían abierto a una triste realidad. La escasa asistencia a todos aquellos que arriesgan sus vidas al cruzar el Estrecho de Gibraltar. Ella no era abogada para saber si era justo o injusto que residieran legalmente en el país. Ya hay un juez que toma esa decisión. A ella le interesaba la parte humana, el poner su granito de arena para que el mundo fuera, dentro de lo que cabe, un lugar mejor. Sí, era una idealista.

Se imaginó a Nora regañándola con cariño por mantenerse ocupada todo el tiempo. Si no era por la gran cantidad de horas que echaba en el balneario, era por el tiempo que dedicaba a la ONG o a su querida tía. Le pareció normal que sus articulaciones protestaran, pues la sobrecargaba con un exceso de estrés. Ella misma era consciente del problema, pero al final si ella no ayudaba, ¿quién lo haría?

Te cuesta decir que no, Violeta. Sabes que en el fondo ese es tu problema.



Desde el beso en el portal, Enzo no dejó de pensar en Violeta. Ella le había regalado algo íntimo, un beso de esos que dejan huella, y él lo sentía como una suave y breve ola que rompe en la orilla y lo cambia todo. Era frustrante tener tan poco de algo que se desea tanto, pero no pensaba quedarse con los brazos cruzados. Quería sorprenderla, pero ¿cómo?

Se citó con Arturo en un bar de apuestas en el centro comercial Fuente Nueva, el más grande de Puerta del Mar, y situado en las afueras. A ninguno le gustaba apostar, pero disponía de un área para jugar al billar que casi siempre estaba vacía, y una estupenda barra para ordenar cervezas.

Arturo se pidió una caña y Enzo un botellín. Era la última hora de la tarde y a su alrededor

deambulaban grupos de clientes que iban y venían hacia las máquinas tragaperras. En otra parte del bar, los televisores mostraban partidos de fútbol y otros deportes.

La rivalidad entre hermanos siempre estaba presente y ambos deseaban no solo ganar la partida, sino aplastar al otro para así burlarse durante unos cuantos días. En realidad, ambos sabían que en realidad el juego no era más que una excusa para hablar de sus cosas. Arturo empezó rompiendo el triángulo con un sonoro golpe; las bolas se dispersaron por el tapete verde. Enzo esperaba su turno con el taco entre las manos.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo van las obras del Nuevo Paraíso?

—Muy bien. Mejor de lo que esperábamos. Son unos profesionales, y están cumpliendo con el calendario previsto. Iris y yo estamos muy contentos. El abuelo me está echando una mano para negociar el contrato con las distribuidoras, para arreglar los contratos de las películas que vamos a estrenar. Enzo, está siendo una pasada. Qué ganas de abrir el autocine.

Una bola roja golpeó una amarilla y casi acabó entrando en la esquina. Arturo chasqueó la lengua. Enzo sonrió porque significaba que había llegado su momento de jugar.

—Anda, aparta, que no tienes ni idea. Aprende de los maestros —dijo Enzo, inclinándose sobre la mesa y poniendo expresión de tipo duro.

—En cuanto vea uno se lo pediré —dijo Arturo—. No, en serio. Iris y yo estamos muy ilusionados. Creo que hasta ella más que yo, fíjate lo que te digo. Además, si vieras cómo lleva las cuentas… Todo está al milímetro, tío.

—Os va a ir muy bien, ya lo verás.

—A todos nos va a ir muy bien —dijo, y tomó un sorbo de cerveza—. A ti y a Darío también, que para algo sois socios.

—Menos mal que tenemos a Iris, que es quien lleva los pantalones en casa. ¿Qué tal la vida de casado?

—Estamos follando como locos. Iris me busca a cada rato, que si un masajito por aquí, un dame candela por allá.

—¿Con el abuelo en casa? Ya os vale…

—A ver, que lo hacemos en el dormitorio, y cuando el abuelo sale a la calle también aprovechamos —dijo, soltando una carcajada.

Enzo golpeó con frustración el taco en el suelo. La jugada no había salido como tenía previsto, y Arturo ocupó su lugar. Sonrió mientras repasaba la punta de su taco con la tiza.

—Y tú, ¿alguna mujer en perspectiva?

—Me líe con Violeta —dijo Enzo, como sin darle importancia.

Arturo abrió los ojos como platos. La sorpresa hizo que fallara el tiro y la bola negra solo rebotó en las esquinas.

—¿Cómo? ¿La fisio?

A Enzo le gustaba impresionar a su hermano. Tomó un sorbo del botellín y recuperó su turno. La partida estaba reñida.

—La misma. Quedamos en La bodeguita de enmedio, la acompañé hasta el portal de la casa de su tía y ¡pum!

Su hermano ladeó la cabeza como si dijera que no estaba mal.

—Cuando me la encontraba en casa —dijo Arturo—, me miraba de una forma que me comía con los ojos. Porque estoy loco por mi mujer que si no…

—Ya estás delirando, como siempre.

—Es verdad, tío.

—Imposible. Ella es una mujer con gusto y clase. Además, se ve que es una buena persona.

Colabora con una ONG. ¿Lo sabías?

—No. Pero tiene que ser buena en lo suyo, al abuelo le ayudó un montón. Lástima que ocurriera lo de las multas y se quedara corto de dinero.

—Le contó historias de cuando yo era pequeño. Qué vergüenza.

—¿Ah, sí? Si es que siempre fuiste un gamberro.

—Todo lo aprendí de ti, listo. Fuiste un ejemplo.

—Aprendiste todo lo malo, cabrón —dijo, y se acercó a él—. Ahora es mi turno, apártate.

—Básicamente, sí.

Arturo disfrutó de una buena racha colocando bolas, hasta que una roja golpeó en el borde de una tronera y se salió. Enzo pidió una ronda más de cervezas, y después estudió la mesa para elegir la mejor opción.

—¿Ya has quedado con ella otra vez?

—Le he enviado mensajes para que no se enfríe la cosa —dijo, aún concentrado en el juego —. Tengo muchas ganas de verla.

—¿Estás enamorado? Espabila, que eres el último de los Campos por pasar por el altar.

Enzo clavó la vista en su hermano.

—Frena un poco, ¿quieres?

—A este paso Alma se casará antes que tú —dijo, con sorna—. Escucha: casarme es lo mejor que he hecho en mi vida. Queda con ella pero ya. Hazme caso.

—Pensaba hacerlo. No es fácil. Está a tope de curro. No para; echa muchas horas en el balneario.

—Las mujeres que nos molan de verdad nunca lo ponen fácil. Hay que trabajárselo.

—Ya lo sé —dijo, y golpeó la bola negra para que tocase en un lateral e hiciera una carambola, pero falló por una pizca y acabó en una tronera. Lo que significaba que Arturo ganaba la partida.

—A no ser que tengas la suerte de Darío y sea ella quien se lo curre. Eso no suele pasar mucho.

—Me alegro mucho por él. Se lo merece, y ella también.

—El faro es otra cosa muy distinta, ¿te has dado cuenta?

—¿De qué estás hablando? ¿Ya estás borracho?

—Luz ha cambiado cosas.

—Sí, lo ha llenado de libros. ¡Creo que ha puesto libros hasta en el baño!

Arturo hizo un gesto como de clamar al cielo. Dejó que Enzo empezara la siguiente partida.

—No seas cateto, anda. ¿Seguro que no eres adoptado? Le ha dado un aire más… hogareño. Sí, esa es la palabra, hogareño.

—¿Y qué?

—Que es importante sentirse a gusto en casa. Iris también lo está haciendo en nuestra casa. Le ha dado su toque.

Enzo se encogió de hombros. Para él, la casa siempre había sido un lugar para dormir, comer y tener sexo. Fue metiendo las bolas de colores una a una en las troneras para desesperación de su hermano, que se sentó en un taburete. Arturo sacó el móvil y le escribió un mensaje a Iris para preguntar qué le parecía la idea de tomar unas pizzas para cenar.

—Le sigo dando vueltas a la conversación que mantuvimos con el abuelo el otro día —dijo Enzo, cuando fue el turno de Arturo de jugar.

—¿Sobre mamá y papá?

—Sí.

—Yo también, y supongo que Darío igual

—¿Y qué piensas de todo eso?

Arturo suspiró mientras cubría con tiza la punta del taco. Desde la conversación con el abuelo, se había imaginado más de una vez siendo niño y recibir la noticia del divorcio. De alguna forma, sentía un extraño alivio.

—Es una putada pero no podemos hacer nada. Esas cosas pasan. Entiendo que el abuelo lo quisiera ocultar, pero…

—No fue una decisión fácil —interrumpió.

—Claro que no, pero yo supongo que lo hubiera dicho a la familia. Aunque también sé que es fácil decirlo. ¿Y tú?

Enzo resopló, pensativo.

—No lo sé. Creo que son de esas cosas que no hay un camino correcto, todo puede ser bueno y malo a la vez. Pero tengo curiosidad por la mujer.

—¿Por Diana?

—¿Recuerdas algo de ella?

—No, para nada.

—¿Y no tienes curiosidad?

Arturo golpeó la bola y observó con detenimiento el suave recorrido sobre el tapete.

—Ninguna. ¿Tú sí?

—Un poco. Podía haber sido nuestra madrastra.

—Buff. Ni lo había pensado, y ahora que lo dices sigue sin interesarme —dijo, mientras cambiaba de posición alrededor de la mesa—. ¿Por qué a ti sí?

Enzo bebió de la cerveza casi sin pensarlo, como un gesto defensivo e inconsciente más que una manera de disfrutar de la bebida.

—Nos puede contar cosas de papá —dijo, fijándose bien en la expresión de su hermano.

Arturo sostuvo la mirada. Nunca se lo había confesado, pero le compadecía porque apenas atesoraba recuerdos de sus padres. Todo lo que Enzo guardaba había sido una colección de los demás. Cuando ocurrió la desgracia solo contaba con cinco años edad, así que su mente apenas era capaz de reproducir imágenes muy inconexas.

—¿Y eso para qué nos sirve? —preguntó Arturo.

—Cuanto más sepamos sobre ellos, mejor sabremos de dónde venimos.

Arturo ladeó la cabeza ligeramente, como si aceptara el argumento, pero eso solo fue un instante.

—Si quieres, habla tú con ella y después me lo cuentas —le dijo, antes de golpear la bola negra—. Solo de pensar en ese dinero que le ha dado el abuelo durante tanto tiempo… Ya me conoces, creo que le diría cuatro cosas para quedarme a gusto.

—¿Te contó Darío algo más sobre ella cuando fue a verla?

—No, lo que nos dijo a nosotros. La historia con su marido y que necesitaba el dinero para sacar adelante a su hijo.

Pero ¿cómo sería físicamente esa mujer? ¿Alta, baja, rubia, morena? ¿Cuál sería su atractivo entonces para que papá decidiera separarse de mamá?

Arturo le sacó de sus pensamientos.

—¿Qué te pasa? ¡Venga, alelado, te toca!

Enzo dejó la bebida en la barra y examinó la mesa. Apenas había tres o cuatro bolas de su hermano en posiciones sencillas, por lo que estaba a punto de ganar. Sin embargo, Enzo nunca se daba por vencido. Se sentó sobre el borde de la mesa y se colocó el taco detrás de la espalda,

como un profesional. Arturo resopló.

—Venga, por favor. Ya estás con tus posturitas. Pero si eres un paquete, tío.

—¿Te quieres callar de una puta vez?

Enzo golpeó la bola negra con un ligero toque, que a su vez golpeó a una de sus bolas que embocó en la tronera de la esquina. Arturo volvió a resoplar y dijo que vaya potra.

—Anda, deja de llorar —dijo Enzo.

La partida la acabó ganando y decidieron empezar otra. Se estaba acercando la hora de marcharse cada uno a su casa, pero aún quedaba un tema pendiente.

—¿Vas a llamar a esa mujer al final o no? —preguntó Arturo.

Enzo se percató de que su hermano nunca mencionaba el nombre de Diana. Pero enseguida se centró en pensar en la respuesta. Sentía que si dejaba pasar esa oportunidad, jamás la llamaría. Sus hermanos no estaban interesados, así que solo dependía de él.

—Sí —dijo con rotundidad.

Arturo no se sorprendió. Como a él, a su hermano le iban las emociones fuertes. Ahora mismo, su vida la ocupaba su amor por Iris y la apertura del Nuevo Paraíso. ¿De qué le serviría mirar al pasado? No obstante, se preocupó de que su hermano pequeño saliera herido de la conversación. Toda la familia había puesto en altar a su padre y ahora corrían el riesgo de que sus defectos saliesen a la luz.

—¿Quieres que te llame cuando la vea? —preguntó Enzo.

—No. Eso es cosa tuya —respondió, aunque en el fondo dudaba si sería capaz de resistir la tentación de saber más sobre lo que había pasado.

Esa noche, ya en casa, Enzo llamó a Darío para pedirle el número de teléfono de Diana. Como era lógico, le preguntó el motivo. Para él, todo el asunto ya estaba cerrado. Enzo se lo dijo y Darío guardó silencio mientras lo buscaba en su agenda del móvil. Después de enviárselo, como hermano mayor le preguntó si quería que él lo acompañase.

—Solo si tú quieres —dijo Enzo, agradecido.

De fondo oyó la voz aguda de Alma, que se resistía a dormirse. Se imaginó a su hermano sentado en la cama, con un cuento abierto sobre el regazo.

—No me acabo de fiar de ella. Lo que diga puede ser verdad o no —dijo Darío.

—Fue papá quien le dijo al abuelo que se quería separar.

—Pero nunca sabremos si habría llegado hasta el final o no. Queda tú con ella, yo ahora tengo mucho trabajo. Ya me dirás lo que sea, pero por si acaso no se lo digas al abuelo.

—Está bien.

Cuando colgó, Enzo se echó sobre el respaldo del sofá del salón. Solo tenía encendida la luz de una lámpara de pie, por lo que el resto del salón estaba a oscuras. Bien, ya estaba, pedir el número había sido lo más sencillo, ahora solo quedaba llamarla.

CAPÍTULO 7

Isma cabeceó la pelota, marcó un bonito gol y lo celebró agitando los brazos.

—¡Bien, Isma, bien! —exclamó Violeta, aplaudiendo desde las gradas.

Su primo la saludó desde el campo. Después de salir del balneario, ella había acudido a verle entrenar al estadio municipal. Como su madre no asistía a los entrenamientos, sentía la responsabilidad de apoyarle. Y si sus ocupaciones la dejaban, también solía verle jugar los domingos, en el partido del campeonato interprovincial.

Cerca de ella, también estaban otros amigos y familiares de los demás compañeros del equipo. Atardecía y empezaba a refrescar. Los entrenamientos solían durar más o menos una hora, así que estaba a punto de terminar. Se llevó la mano a la nuca y se la masajeó brevemente. Aún seguía con las molestias ocasionales.

El móvil sonó de repente en su bolso. Se preguntó quién podría ser mientras lo cogía. Lo sostuvo en la mano y el corazón latió con más fuerza cuando leyó el nombre de Enzo en la pantalla. No, no era un hombre de mensajes. Él llamaba.

—Hola —dijo ella, curvando los labios.

—*Ciao, ¿com stai?*

Notó cómo él sonría al saludarla.

—Viendo a mi primo, que el tío es un monstruo. Marca goles a punta pala —dijo, hablando deprisa, una pizca nerviosa.

—¿Al fútbol?

—Juega en los juveniles del Puerta del Mar. El equipo va regular, pero bueno, hace lo que puede.

—Tú eres su gran seguidora. ¿La presidenta del club de fans?

Violeta se rio. Nunca se había visto de ese modo.

—Pues casi. ¿Y tú qué cuentas?

—Lo que te cuento es que pensaba en ti. Bueno, en realidad, llevo días pensando en ti.

Su primo corría y pateaba el balón, pero todo en Violeta estaba atenta a aquella voz armoniosa y viril.

—Tenemos que vernos —continuó Enzo —.

—Me encantaría. A ver si en el fin de semana…

—No sé si podré aguantar tanto tiempo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora? Esperar a que Isma termine su entreno.

—¿Y después?

—Irme a casa, supongo.

—¿Cuánto queda para que termine?

—Una media hora.

—Perfecto. Me da tiempo de sobra a llegar.

—¿Seguro?

—Sí.

Violeta sintió el vértigo de la sorpresa. ¿De verdad iba a ver a Enzo esa misma tarde? Ismael siempre volvía andando a su casa al finalizar el entreno, así que no necesitaba que le llevase en coche.

Al colgar la llamada, de manera inconsciente se atusó el cabello. Le hubiera gustado disponer de tiempo para arreglarse, pero la sorpresa la dejó con escaso margen de reacción. Se restregó las manos sobre el pantalón vaquero. Eres como una adolescente, Violeta, se dijo así misma. ¿Adónde me llevará? ¿Qué vamos a hacer? Tendría que haberlo dicho que no, que mejor otro día.

Cogió el móvil y empezó a teclear un mensaje. Los pulgares corriendo acelerados por el teclado. Tic, tic, tic. «Oye, que he tenido un día complicado y mejor…». Lo borró y lo reescribió con un par de emoticones aquí y allá. «Se me olvidó que tenía recoger…». De repente, sin enviarlo dejó el móvil a un lado, como si ardiese.

Isma le dio a la pelota con tanto fuerza que salió volando y pegó en el poste de la portería. Se lamentó con vehemencia. Se oyeron aplausos en la grada de amigos y familiares asiduos que también acudían a apoyar.

Le hubiera gustado que su tía estuviera con ella animando a Isma. Necesitaba sentir que era importante para su madre, y mucho más desde que el padre solo aparecía de uvas a peras. Sin embargo, su tía languidecía por las tardes en el sofá viendo el televisor, por eso Violeta llevaba años preocupada. Notaba que se consumía poco a poco. Tenía cincuenta y tres años pero parecía diez años mayor.

Su madre le había contado que, cuando fue más joven, a finales de los noventa, se licenció en Bellas Artes. Como la oferta de trabajo en Sevilla era escasa decidió irse a Madrid, como tantos otros a buscarse la vida. Estuvo allí muchos años hasta que abandonó la capital y se instaló en Puerta del Mar, donde se casó y tuvo a Isma. Años después, al divorciarse, decidió que se quedaría en casa la mayor parte del tiempo. ¿Por qué? Nadie lo sabía.

Violeta había intentado que saliera más de su piso, pero sin éxito. Solo pisaba la calle para recados puntuales. Tampoco le gustaba acudir a las consultas de los médicos, como si viviera en una apatía permanente. Por fortuna, siempre que fuera necesario ella estaba ahí para ayudar a Isma y mostrarle su cariño.

Apretó los labios cuando se dio cuenta de que el entrenamiento estaba a punto de finalizar. Los compañeros e Isma empezaron a ejercitar suavemente el *core* y las extremidades. Lo habitual para evitar lesiones después de una sobrecarga muscular. Dirigió la vista hacia la entrada del estadio. La reja estaba abierta de par en par y varios vehículos estaban aparcados. Enzo aparecería en cualquier momento, y aparecería armado con su atractiva estructura ósea y su arrollador italianismo. Del uno al diez, ¿cuánto estaba ella de preparada?

Incapaz de estarse quieta, fue bajando por las escaleras de las gradas. Cuando Isma finalizó el estiramiento, cogió la bolsa de deporte, se despidió de sus compañeros y se acercó a su prima.

—Enhorabuena, muy bien el entreno. Estás hecho todo un campeón —dijo ella.

—Gracias —dijo, sonriendo, aún con algo de sudor en la frente—. ¿Vienes a casa?

—Toma agua, Isma. Ya sabes que tienes que hidratarte.

—Sí estoy bien…

—Mira, hay congresos que se dedican solo a la hidratación, así que te puedes hacer una idea

de lo importante que es. Bebe aunque no tengas sed. Tu cuerpo lo necesita.

A Violeta se le pasó por la cabeza hablar con el entrenador para que inculcara a sus jugadores la importancia de hidratarse. Le costaba creer que solo ella se preocupase. Isma sacó la botella de la bolsa y bebió un buen trago de agua.

—¿Vienes a casa? —insistió al terminar—. Quiero enseñarte un vídeo del último partido que he montado con unas imágenes de un dron.

Violeta miró hacia la entrada. Enzo aún no llegaba. Pensó en mensajearle para decirle que iba a acompañar a su primo, que quedarían otro día.

—Sí, vamos —le dijo.

Ambos cruzaron el aparcamiento. Isma contaba con entusiasmo los detalles de su siguiente partido, uno muy complicado contra el líder de la categoría. A Violeta el fútbol le interesaba más bien poco, aunque le gustaba ver a su primo lleno de ilusión.

El rugido de una moto resonando por la calle atrajo su atención. Su intuición le dijo que se trataba de Enzo, pese a que ignoraba en qué vehículo acudiría. Enseguida su primo y ella observaron a un motorista franqueando lentamente el umbral de la reja de entrada. Y no eran los únicos, pues la llegada también atrajo la curiosidad de más personas.

—¡Qué pasada! —exclamó Isma, refiriéndose a la Kawasaki Ninja de Enzo.

Enzo se acercó hasta que, a una distancia de un metro, se detuvo ante ellos. Se desabrochó el casco y se lo quitó con elegancia. Vestía con un polo negro por debajo de un chaleco vaquero con botones relucientes. Los pantalones ceñidos, por supuesto, contorneando los muslos. Violeta quedó cautivada por la sexy imagen de hombre y máquina formando una sola entidad masculina.

—Justo a tiempo —dijo Enzo, sonriendo—. ¿Nos vamos?

A Violeta le costó reaccionar, pero cuando lo hizo dijo lo primero que se le ocurrió, y lo dijo con cierta brusquedad.

—Al final, voy a acompañar a mi primo a casa.

Isma enseguida intuyó lo que se cocía a fuego lento entre ambos.

—No te preocupes, prima. Otro día te pasas por casa.

Ella se encontró con un pequeño dilema. ¿Placer o deber? Su mente se atascó por un instante, incapaz de decidirse. Le hubiera gustado que alguien tomara la decisión por ella, pero no era posible. Sintió un ligero pinchazo en la nuca. Además, esas dichosas molestias no remitían. Por fin, resolvió actuar.

Isma me necesita, pensó.

—Enzo, ¿podemos quedar después?

Antes de que pudiera responder, su primo insistió en que se verían más adelante, incluso se fue alejando para que Violeta observara que la decisión estaba tomada.

—¿Seguro? —dijo Violeta, y se apretó los labios.

—No te preocupes —dijo, haciéndoles un gesto de despedida con la mano.

Enzo, deseando subir el ánimo a Violeta, le dijo que podían quedar un poco más tarde o mañana.

—No, está bien —dijo, sonriendo—. Mañana lo veo y que ya me enseñe sus vídeos. Por cierto, es mi primo, aunque lo trato como si fuera mi sobrino.

Enzo pensó que de una manera rocambolesca, ambos tenían algo en común: eran tíos. Desde hacía muy poco, al menos ese es el vínculo que le unía a Alma.

—A mí, como un nuevo tío, no me vendría mal tener un manual de instrucciones. ¿Y cómo funcionan los tíos y las sobrinas? —le preguntó dándole un casco abierto.

—Cada uno elige cómo quiere ser —dijo, y se lo colocó y se lo abrochó por la barbilla.

—Me gusta la idea de ser un tío enrollado —dijo.

El cabello rizado y castaño enmarcaba su hermoso rostro. Los ojos, la nariz y la boca eran pura armonía, y su piel se asemejaba a la porcelana. Enzo no pudo resistirse a expresar la emoción con palabras.

—Qué bellísima que eres, chiquilla.

—Anda, qué dices —dijo, golpeándole el hombro antes de sentarse detrás—. Así vas a empezar, ¿diciendo tonterías?

Enzo soltó una carcajada. Le encantaba de las mujeres la forma tan evidente de expresar todo lo contrario de lo que pensaban.

—¿Preparada? —le preguntó.

Violeta se agarró a su cintura y se acomodó en el asiento. El momento en que Enzo sintió sus manos sujetándose a él, un cosquilleo recorrió su cuerpo. Las manos de Violeta en mí, pensó, reteniendo la sensación todo lo que pudo.

—¿Adónde vamos?

Enzo se colocó el casco y se bajó la visera.

—Ya lo verás cuando lleguemos. ¡Agárrate fuerte!

La moto arrancó con un estruendo y salió del estadio municipal, donde ya casi no quedaba nadie. Ya había anochecido y la temperatura era agradable, otoñal. Violeta se había sentado en la moto como si lo hiciera todos los días, sin embargo, hacía mucho tiempo que no se subía a una, y mucho menos de esa potencia.

La última vez había sido cuando era adolescente, recorriendo las calles de Sevilla antes de que Pedro sufriera el accidente. Sentada detrás de Enzo, recuperó a esa niña que se entusiasmaba sintiendo el pulso acelerarse. Era como tener alas y flotar en el aire.

Salieron del casco urbano por una larga avenida que llegó hasta las afueras, donde cruzaron un puente que sorteaba la autovía. El turismo masivo había descendido y Puerta del Mar respiraba con alivio hasta las Navidades. Se notaba en las calles, pobladas sobre todo de familias, parejas, jóvenes…

Cuando Enzo frenaba a causa del tráfico, posaba una mano sobre la suya, se inclinaba hacia atrás y preguntaba: «¿Estás bien? Si quieres voy más despacio». A Violeta le gustaba que se preocupara por ella.

A la derecha, se extendía la sierra andaluza. A la izquierda, las modestas casas y edificios de la ciudad. ¿Adónde me llevará?, se preguntó, intrigada.

Pronto se desveló el pequeño misterio. Salieron de la autovía, pasaron por debajo de otro puente y enfilaron por una calle de urbanizaciones y casas. Puerta del Mar quedaba a unos diez kilómetros. Ella desconocía el lugar, aunque poco a poco la calle se fue haciendo más ancha y ella pudo entrever el mar.

Enzo detuvo la moto donde terminaba el asfalto. Anunció con satisfacción que habían llegado. Bajo una noche estrellada, Violeta paseó la mirada por la extensa orilla, lamida por las relajantes olas. No estaban solos. A unos veinte metros, un grupo de unas seis o siete personas celebraba una moraga. En el interior de la vieja barca atrancada en la arena, el fuego de la hoguera alumbraba sus caras.

—Es una de las últimas de la temporada —dijo Enzo, mirándola—. Pensé que te gustaría.

Ella suspiró. Siempre hay algo mágico e íntimo en un fuego al amparo de la noche.

—Hace tiempo que no voy a ninguna —confesó.

—Pues ya era hora. Ven, vamos, te los presentaré. Son buena gente —dijo, cogiendo con una mano los cordones de ambos cascos, y con la otra, su cintura—. Estaremos el tiempo que tú

quieras.

—Vale.

Fueron caminando juntos sobre la orilla. Violeta estaba sorprendida por el giro que había dado el día. Cuando se levantó esa mañana jamás se le ocurrió pensar que acabaría viéndose con Enzo y, además, en una moraga. Sin embargo, no pudo evitar sentir una punzada de remordimiento por no acompañar a su primo a casa para que le enseñara sus vídeos.

Les presentó a sus compañeros de Salvamento, Ángeles y Jesús. Ambos habían acudido con sus parejas y más amigos, que Enzo conocía. En un abrir y cerrar de ojos, les dieron algo de beber y pronto estuvieron comiendo pequeños y sabrosos bocadillos de carne asada.

—¿Mañana trabajas? —le preguntó Enzo.

—Sí. ¿Y tú?

—También, pero entro a media mañana y salgo a la noche.

Estaban muy cerca uno de otro. Los ojos de Enzo brillaban al lado del fuego. Los de Violeta sonreían.

—¿Estás contenta en el balneario?

—Sí, un montón. Me encanta el modo de trabajo, y los clientes están muy relajados, bueno, la mayoría —dijo, pensando en Nora—. Me considero muy afortunada porque el paro en mi sector es alto.

Enzo le puso una mano en el antebrazo y preguntó si quería más bebida o comida. Ella respondió que ya estaba llena. Las olas rompían con delicadeza en la orilla, y el murmullo de la espuma subiendo y bajando creaba una atmósfera vibrante.

Jesús y Ángela hablaban un poco con todo el mundo, y también conversaron con Violeta, algo que Enzo agradeció. Se acordó que al día siguiente les daría la parte de ella y la suya por el coste de la comida y la bebida. Llevaban semanas hablando de cuándo organizarla y por fin se había celebrado.

—Qué bien te llevas con tus compis —dijo Violeta, cada vez más a gusto.

—Pasamos muchas horas juntos. Los considero amigos, muy buenos amigos. Cuando estás en la mar has de confiar mucho en ellos y ellos en ti.

Violeta pensó en el vínculo que a ambos les unía. El deseo de ayudar a los demás, cada uno a su manera. Ella, de manera solitaria. Él, en grupo. De pronto, sintió las ganas de subir a bordo de su barco, con Enzo de patrón, y experimentar en su propia piel la sensación de una aventura cabalgando sobre el mar.

—Nunca había estado aquí —le dijo a Enzo.

—Es como una pequeña cala alejada de los lugares más típicos. Mira, se ve el faro de mi hermano —dijo, señalando con la mano.

Violeta se giró, intrigada. A lo lejos, más allá de la costa iluminada, contempló la parpadeante franja de luz proyectándose hacia el abismo de la noche. Le resultó curioso que su razón de ser fuera orientar a los barcos, pero que a la vez transmitiera un aire sublime de protección y fiabilidad a toda Puerta del Mar. Era como el campanario silencioso del mundo.

Enzo la miró de reojo para deleitarse con el perfil de su rostro. Le fascinó la idea de sumergir su mano en su cabello ensortijado. Le hubiera gustado fotografiarla con el móvil para conservar ese momento para siempre.

—Es precioso —dijo ella—. ¿Cómo es por dentro?

Enzo sintió el impulso de abrazarla por detrás y apreciar juntos el faro. Solo necesitaba ir construyendo los pasos adecuados.

—Como una casa cualquiera, solo que con una enorme escalera de caracol. Te llevaré un día.

A mi hermano siempre le hace ilusión enseñarlo.

—Qué bien os lleváis los tres hermanos, ¿verdad?

—Sí, somos familia —dijo, como si no necesitara explicar más—. No deja de ser curioso, los tres seguimos viviendo aquí. Y eso que Darío y Arturo han viajado por medio mundo. Supongo que al final la familia tira mucho —dijo, con aire reflexivo—. ¿Cómo te llevas con tu hermana?

—Bien. No somos superíntimas, pero nos llevamos bien. La quiero mucho. Espero visitarla pronto, cuando tenga vacaciones —dijo, pero con un tono que indicaba que ignoraba cuándo.

—¿Cómo se llama?

—Isabel.

Violeta consultó el reloj de su móvil, y al hacerlo vio el mensaje de su tía en la pantalla. Le pedía, por favor, que mañana se acercara a su casa para aliviarle unas molestias en las rodillas y caderas.

—¿Es tarde? —preguntó Enzo.

—Estoy muy a gusto, pero mañana tengo que levantarme temprano —dijo, resignada—. Tengo que preparar un taller para la ONG y después voy al balneario.

Enzo sonrió, comprensivo.

—Eres una máquina, no paras, ¿eh? Descuida, te llevo al coche.

Después de despedirse del grupo, se subieron a la moto y tomaron el camino de regreso. No eran ni las once de la noche, pero la atmósfera que los envolvía les hizo pensar que era de madrugada, un fin de semana cualquiera y que la noche no se acabaría nunca.

Mientras recorrían la autovía, ya con escaso tráfico, ella se apretó más contra la espalda de Enzo. En las curvas se divertía inclinando el cuerpo, desafiando a la gravedad. Dejó la mente en blanco, sumergiéndose en la sensación de velocidad y libertad. Deseó que su coche estuviera a mil kilómetros, lo más lejos posible, para que juntos recorrieran el viaje.



Llegaron al estadio municipal, donde Violeta había aparcado su coche. Su mente era un hervidero de emociones. Había sido bonito olvidarse por un rato de las obligaciones diarias, pero sobre todo le gustaba haber conocido un trozo de la vida de Enzo. Admiraba cómo era capaz de ajustar su vida profesional con la personal. Por el día, patrullando por la costa y, por la noche, disfrutando de una moraga. A ella, sin embargo, le costaba un mundo. Era como si su identidad fuera una sola para todo.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Enzo cuando ella se bajó de la moto.

—Genial. Tus amigos son buena gente. Sabéis pasarlo bien —dijo, entregándole el casco, que él colgó en el manillar.

—A veces nos gusta también hacer un viaje en moto por ahí. Hay que sacarle partido a la vida.

—Totalmente —dijo, sonriendo—. Bueno, se me está haciendo tarde.

—¿Por dónde vives?

Enzo estaba dispuesto a seguir conversando toda la noche.

—Es un estudio en la torre de apartamentos, la más alta de Puerta del Mar. El alquiler no está mal, aunque el casero dice que el año que viene lo subirá.

—Las vistas han de ser brutales.

—No me quejo. Me encanta levantarme y ver todo el paisaje —dijo, haciendo un gesto con la mano como si lo tuviera delante—. ¿Por dónde vives?

—En La Bahía. Cerca de donde hemos estado. Yo no tengo unas vistas espectaculares, pero veo un bonito jardín con piscina.

—Bueno, ahora me tengo que ir.

—Espera —dijo, quitándose el casco.

Para sorpresa de Violeta, Enzo se bajó con agilidad y la tomó por la cintura, acercándola. Ella escondió la vista sintiendo el vértigo de la emoción.

—Quiero que nos volvamos a ver —susurró, buscándola con la mirada.

Ella alzó la barbilla y se topó con sus ojos verdes clavados en los suyos.

—Yo también, aunque no sé cuándo —y se aclaró la voz—. Mi vida está desbordada.

Enzo acarició su cabello y dejó que su mano se enredara.

—Tranquila, todo se arreglará.

—Ojalá.

La mano siguió hasta la mejilla, que también acarició, con el reverso de los dedos. Qué piel tan suave, pensó. Después estudió la mirada de Violeta y detectó el momento idóneo para lanzarse: un brillo repentino y fascinante en la pupila que decía «sí». Inclinó la cabeza y cerró los ojos. La besó con ternura, pero enseguida sus bocas se revelaron ansiosas, y se estrecharon aún más para que el beso fuera más intenso y romántico.

—Ven a mi casa —musitó Enzo al oído, casi sin aire—. Te deseo, Violeta. Me vuelves loco.

Sus palabras se derramaron sobre ella envueltas en un profundo ardor. Sin embargo, había algo que le producía un cierto rechazo, como un remordimiento futuro. Le resultaba demasiado complejo para detenerse a pensarlo.

—Es demasiado pronto —dijo, mirándole.

—¿Segura?

La volvió a besar con desesperación para intentar convencerla. Hubo un instante en que tuvo que recordarse que se encontraban en la calle, ya que había perdido la noción del tiempo y el lugar.

—Sí —dijo, conmocionada aunque segura.

Enzo sintió el amargor de la frustración, pero se sobrepuso enseguida. Se fue apartando con delicadeza. Las manos fueron lo último que rozó de ella

—Está bien —dijo, sonriendo mientras se ponía el casco—. Te llamaré para quedar el fin de semana.

—Vale.

Se subió a la moto, puso en marcha el motor, la primera velocidad y, antes de acelerar con un gran estruendo, le guiñó un ojo. Violeta suspiró mientras le vio bajar por la calle como una flecha. Sacó las llaves del bolso, pero se cayeron al suelo a causa del estado de su corazón, que latía a toda prisa. Qué locura, qué rápido va todo, pensó. Una voz dentro de ella dijo que era una egoísta, por eso debía pararlo para no ir más allá de unos cálidos besos.

Su tiempo era para los demás, no para ella. Se humedeció los labios y sintió que era capaz de revivir el beso. Entonces temió que costaría un mundo parar a Enzo.

CAPÍTULO 8

Cuando Violeta se despertó, todavía en la oscuridad de su estudio, sintió que la contractura se había extendido al hombro derecho. En su escala, el dolor ya iba por un seis. Aun así, evitó desayunar para disponer de algo más de tiempo y visitar a su tía antes de acudir al balneario. Se duchó, se vistió y salió de casa. Le había dicho a Enzo que le gustaba admirar el paisaje desde la ventana, pero en realidad llevaba ya unos días que apenas disfrutaba de esa ventaja de su estudio debido a su ritmo frenético de vida.

Ya en casa de su tía, examinó las rodillas y caderas, ya que seguía quejándose de molestias. Violeta insistió una vez más que debía salir más de casa. Necesitaba fortalecer y estabilizar los músculos, al menos con un paseo diario de una hora. Su tía era una persona de mediana edad, pero al no cuidar su cuerpo estaba envejeciendo muy deprisa.

—Es que no me apetece salir —se quejó Diana en un tono de voz muy bajo, como si no deseara que los vecinos se enteraran de sus problemas—. Además, me conozco las calles del barrio como la palma de la mano.

—Piensa en tu salud. Eres joven —insistió.

—¿Joven? Ojalá.

—Tía, que solo tienes cincuenta y tres años.

—Son muchos, sí.

—Haz ejercicio en casa. Cómprate una máquina elíptica para mover piernas y brazos.

—¿Cuánto cuesta? Seguro que es muy cara.

—La compras de segunda mano.

—¿Y el dolor no se quita con un masajito?

Violeta negó con la cabeza.

—¿Voy a tener que venir y sacarte a rastras a la calle?

—No, hija, claro que no. Mejor en primavera, que ahora empieza el frío…

—Pero si estamos en octubre. El frío no viene hasta diciembre o incluso enero ya. No son más que excusas.

—Siempre he sido muy friolera.

Violeta se puso de pie y suspiró. Su tía no era una buena paciente. Solo quería recibir ayuda de la forma que ella deseaba.

—Ah, por cierto. Me dijo Isma que te has echado un novio —dijo Diana, con una lánguida sonrisa.

—¿Eso te dijo? —dijo, pensando que su querido primo era un cotilla—. No es mi novio. Es un amigo.

—Un amigo con derecho a roce, ¿no?

Violeta se volvió a sentar. Hablar de Enzo le causaba un cierto nerviosismo.

—Más o menos —concedió.

—¿Cómo se llama?

—Enzo.

—¿Enzo Campos?

—¿Lo conoces?

Sorprendida, los ojitos astutos de Diana se abrieron. Pensó en que, antes del verano, cuando recomendó a su sobrina que hablase con Juan Campos para que la contratara como fisio, no creyó en que podrían surgir *chispas* con alguno de sus nietos. Su plan siempre fue que le hablara de la familia Campos para conocer cuantos más detalles, mejor. Ahora que ya no volvería a recibir el dinero mensual de parte de Juan, elucubraría alguna manera de sacar tajada a la incipiente relación entre ambos.

—No, solo de oídas. ¿Es el que trabaja en Salvamento?

—Sí.

Diana recordaba a Enzo de cuando trabajó en el Paraíso. Él no se acordaría de ella, claro, pues era muy pequeño. ¿Cuántos años tendría? ¿Doce o trece? Los hermanos iban al cine a echar la tarde, sobre todo los fines de semana. Iban a lo suyo y no repararon en ella. Si supieran que había faltado muy poco para que fuera su madrastra…

—Qué pena lo que ha pasado con el cine —dijo Diana.

—Sí, una pena —dijo, mirándose las uñas.

Desde el principio, Diana había ocultado a su sobrina su relación con el Paraíso y la familia Campos. Así, estos no sabrían que un familiar suyo trabajaba para Juan.

—¿Y habéis quedado mucho? —preguntó, deseando saber más.

Violeta contó su encuentro fortuito en la calle después de trabajar en la ONG, su cita más formal en La bodeguita de enmedio; y la otra improvisada, en la moraga. Por pudor, omitió sus tórridos y maravillosos besos. Mientras hablaba sobre él, Diana atisbó en la expresión de su sobrina algo que nunca había visto en ella, una especie de sonrisa adormecida.

Esta niña está enamorada, pensó.

Diana recordó lo que era sentirse así. La sensación de aleteo en el estómago, las manos sudorosas y el no saber qué decir. La manera obsesiva y devastadora en la que se piensa en el otro. Todo esto lo había experimentado con intensidad solo una vez en su vida. Cuando tiempo atrás, a finales de los noventa se enamoró locamente de Pablo, el padre de los hermanos Campos.

Él estaba casado. Ella vivía en el mismo bloque de pisos, solo que tres plantas más abajo. Ambos vivían en Madrid. Pablo opositaba para funcionario de Estado y se quedaba las mañanas en casa. Antes de almorzar salía a recoger a Enzo a la guardería, y a Arturo y Darío al colegio. Diana trabajaba por la tarde de teleoperadora en un *call center* para sufragar sus gastos personales y abonar su parte del alquiler del piso. Por las mañanas dibujaba con la ambición de ser ilustradora profesional.

Un día una camiseta se cayó al tendedero de Diana y Pablo fue a reclamarla. A ella nunca se le olvidará cuando abrió la puerta y se encontró con aquel joven melenudo de patillas largas, camisa a cuadros abierta y arremangada, vaqueros rotos y holgados: un aire grunge. Una moda de aquella época gracias a un grupo musical llamado Nirvana. Diana, impactada por el atractivo del vecino, se quedó muda y tuvo que carraspear varias veces hasta recuperar la voz.

Nunca antes se habían cruzado por el vestíbulo del portal, las escaleras o el ascensor. Sin embargo, a raíz de la caída de la camiseta empezaron a encontrarse con frecuencia. Ella de Sevilla; él de Málaga, fue un tema más de conversación entre tantos. Cuando supo que estaba

casado ya era demasiado tarde: se había enamorado hasta la médula.

—Me alegro mucho. Ya iba siendo hora que te echaras un novio —dijo Diana—. Ahora, cuídate bien de los hombres. Hacen promesas que luego no cumplen, y los más guapos son los peores.

Violeta intuyó que su tía hablaba por experiencia personal. ¿Quién le habría roto el corazón?

—Lo sé, pero no es mi novio —insistió, sabiendo que probablemente se lo contaría a su madre, y ella a su padre, y su padre a su hermana, y entonces toda la familia decidiría la fecha de la boda.

—Bueno, llámalo como quieras —Concedió—. Solo te digo que andes con ojo. Yo no digo nada… pero los Campos son…

Diana, con astucia, guardó silencio para generar interés.

—¿«Son» qué, tía?

—No lo sé, solo es una opinión —dijo, llevándose una mano huesuda al pecho—. Pero, ya sabes, como si mirasen por encima del hombro. Al menos por lo que contabas cuando trabajaste para Juan.

—A mí siempre me han parecido buena gente, tía.

Diana se encogió de hombros y se arrellanó en el sofá. Se oyó el tráfico de la calle, un autobús arrancando.

—Será que es cosa mía. Anda, no me hagas caso.



Al llegar al balneario mantuvo la reunión de costumbre con Joaquín, el pelirrojo, en su despacho. Hablaron sobre todos sus pacientes asignados, incluidos la Sra. Murphy y el Sr. Karimi. Le costó concentrarse, ya que su mente se vio arrastrada por los comentarios de su tía con respecto a los Campos. Intentó convencerse de que al fin y al cabo no era más que un punto de vista, aunque proviniese de alguien que quería.

—¿Te duele el cuello? —preguntó Joaquín.

—¿Eh? —dijo Violeta, sorprendida.

—Como veo que te masajeas la zona…

Violeta no se había percatado de que lo estaba haciendo. Retiró la mano del cuello y la entrelazó con la otra sobre el regazo.

—No, estoy bien —dijo, sin darle importancia—. Una mala postura al dormir.

Lo cierto era que las molestias continuaban: notaba los músculos rígidos.

—Tú que eres fisio deberías mirártelo —dijo, sonriendo por la ironía.

—Lo sé, lo sé. Está controlado. Voy a ingresar en el balneario como paciente —dijo, bromeando—. ¿Hay descuentos para empleados?

—Tendré que consultarlo con mi padre —dijo, muy serio.

Después de la reunión y de impartir un par de clases de elasticidad, después de la hora del almuerzo recibió en la sala de tratamientos a Nora. Su aspecto al menos había mejorado con el transcurrir de los días. Su piel parecía más luminosa y su cabello más elegante. Por fortuna, daba la sensación de que la escena de la fuerte resaca de alcohol quedaba atrás.

—¿Cómo te encuentras del brazo, Nora? — preguntó mientras ella se sentaba en uno de los sillones.

—Creo que sigue igual —dijo, desanimada.

Nora lucía un vestido estampado de dos piezas. Además, llevaba un bonito collar de perlas. A

veces los clientes salían del balneario a pasear por el centro, o ir de compras al centro comercial Fuente Nueva.

—Mi hermana me pregunta que cuándo voy a regresar, que me necesita.

Violeta se aplicó crema en las manos y masajeó el brazo para estimular la circulación. Después aplicaría calor con la máquina. El margen de recuperación era pequeño, pero trabajaría con ella para lograr aunque fuera un milímetro más de movilidad.

—Nora, primero tienes que recuperarte tú —le dijo, con un tono maternal—. ¿Ya puedes sostener bien el tenedor?

—Más o menos. Con la izquierda tengo que subir la mano a la mesa.

—Poco a poco.

—¿Sabes, Violeta? —dijo, como a punto de hacer una confidencia—. Me he acordado estos días cuando era azafata de vuelo.

—¿Y eso?

—Antes del despegue teníamos que hacer la demostración de seguridad. Señalar las salidas de emergencia, la ubicación de los chalecos salvavidas, cómo ponerse el cinturón, guardar el equipaje de mano… Aunque para los pasajeros es un rollo, en realidad es superimportante. Yo me lo tomaba muy en serio, ¿eh? —dijo, clavando la mirada en Violeta—. Cuando llegaba el turno de ubicar las mascarillas de oxígeno, siempre se recalcaba que cuando haya problemas de despresurización primero se la pone uno para tomar oxígeno, y después se la pone a la otra persona para ayudarle. Se lo diré a mi hermana cuando volvamos a hablar.

Violeta asintió con la cabeza.

—Un ejemplo muy gráfico, Nora. Tu hermana lo entenderá.

Yo también debería aplicármelo, pensó Violeta, mientras seguía masajeando el brazo. En casa me aplico calor en el cuello.

Sin embargo, horas más tarde, cuando estaba a punto de finalizar su turno, Joaquín le pidió que atendiera a Saigón de nuevo ese día, ya que acababa de sufrir una recaída. Los nervios le seguían creando problemas en la mandíbula, incluso había sangrado. Violeta le dijo que lo haría, a pesar de que eso significaba salir mucho más tarde de su jornada.

Antes de atenderle, sintió la urgente necesidad de tomar aire. Salió a la entrada principal del balneario. Ya era casi de noche. Miró la pantalla de su móvil, con infinitas y agobiantes notificaciones. Lo guardó en el bolsillo del pantalón sin consultar ninguna. Ya lo haría más adelante.

Notaba una creciente inquietud que no la dejaba en paz. Recordó que al día siguiente, al salir del balneario, debía pasarse otra vez por la ONG. Suspiró. Entonces vio que un compañero de conserjería salió para fumar un cigarrillo. Sin pensarlo dos veces, se acercó y le pidió uno.

—No sabía que fumabas —le dijo a Violeta, a la vez que sacaba uno de su paquete y se lo encendía.

Ella dio una calada y lanzó una bocanada de humo.

—Yo tampoco.

~

A bordo del salvamar Orión, a primera hora de la mañana, entre el chillido de las gaviotas y el olor a café, Enzo se abrochó el chaleco sobre el jersey azul, y después se puso los pantalones de nailon. Descubrió con fastidio que estos tenían una pequeña rotura cerca de la rodilla, y se dijo que debía acercarse al centro de Puerta del Mar para que en un taller de costura se lo arreglaran,

quizá con un parche discreto.

Ya vestido, se fijó en el espejo del cuarto de aseo. Por la ventanilla aún estaba oscuro, pues el sol aún no había salido. Comprobó que estaba bien peinado y que la perilla lucía limpia y recortada. Por si acaso, en su taquilla guardaba una recortadora de barba y un frasco de colonia.

Notó cómo el móvil vibraba en su pierna y pensó que tal vez sería un mensaje de Violeta. Desde la noche del tórrido beso en el estadio municipal, le había dejado dos llamadas perdidas. Anhelaba volver a verla, pero ella no había dado señales de vida.

Aquella noche salió todo perfecto, se había dicho más de una vez. Evocó el gemido que ella soltó después del beso. Recordaba al detalle cada fascinante segundo. La humedad de sus labios. La mirada tierna y vibrante al mismo tiempo. Era la segunda vez que sus bocas se fundían y soñaba con una tercera.

Encendió la pantalla con un toque del dedo. Comprobó con desilusión que no tenía un nuevo mensaje. Había sido una falsa alarma. Abrió el chat y releyó el último mensaje enviado por él a las 23: 42. «¿Llegaste bien a casa?». Y ahí estaban los dos *checks*, pero sin respuesta. Sonrió para sí mismo. Era evidente que no lo tendría fácil. Primero, la manera de contactar con ella mediante la nota, y ahora un silencio intrigante.

Oyó que alguien bajaba por las escalerillas.

—Buenos días, patrón —dijo Jesús, sonriente.

—¿Qué tal? —respondió Enzo, pensativo.

—Bien, bien. ¿Qué pasa? ¿Sigue sin responderte la chavalilla esa o qué?

—Estará hasta arriba de trabajo. Ir poco a poco tampoco está tan mal.

Jesús no pudo dejar pasar la oportunidad de ilustrar la situación con una de sus peculiares metáforas.

—Lo que pasa es que estás más caliente que el brasero de mi abuelo.

Enzo se rio y oyó también la risita de Ángela desde la cabina de mando.

—Sí, también —admitió.

—Se ve una chica muy apañada —dijo Jesús, mientras se cambiaba de ropa.

—¡Sí, es verdad! —exclamó Ángela para que la escucharan.

—Es una crack —dijo Enzo, guardando el móvil en el bolsillo.

Ya veré después lo que hago. Ahora toca trabajo, pensó.

Jesús, vestido con el uniforme, se acercó y palmeó su hombro.

—Patrón, ya sabes lo que dice el refrán: «En mar y amores entrarás cuando puedas y saldrás cuando puedas».

—Ya —dijo, resignado ante la sabiduría popular.

Para disgusto de Enzo, esa mañana la visibilidad fue baja. Como mi relación con Violeta, pensó, riéndose de sí mismo. El aire, saturado de humedad, había suspendido las gotas de agua causando una niebla muy densa. Apenas veían a media milla de distancia, por lo que se concentraron en consultar los sistemas de navegación, en concreto, el GPS, y además activaron las luces de emergencia.

A pesar del riesgo que suponía la navegación, salieron del puerto a patrullar como de costumbre. Un par de horas después recibieron por radio un aviso del Centro de coordinación para remolcar un pesquero. Al parecer, el motor se había estropeado. Programaron el rumbo y salieron en marcha, ya que un barco sin motor es una situación de grave riesgo. Enzo se imaginó a la tripulación angustiada ante la incertidumbre de encontrarse a merced del mar. Pensó que era cierto que el amor y el mar guardan una estrecha relación. Ambos pueden ser a la vez placenteros y peligrosos.

Cuando Enzo pisó el vestíbulo del faro de su hermano parpadeó asombrado. ¿Dónde estaba aquel vestíbulo serio y práctico tan característico? Sobre el suelo destacaba una alfombra estampada de colores vivos que se extendía por el pasillo. El atril, al pie de la escalera de caracol donde descansaba el libro de visitas, parecía otro con el adorno de un ramillete de rosas. Y había más. La pared, que antes destacaba por su insípida blancura, ahora lucía con una serie de fotografías enmarcadas de la playa de Puerta del Mar. Algo en aquel ambiente le produjo una cálida sensación de bienestar.

Había quedado con su hermano para tomar un café a la salida del trabajo. En realidad, no era más que una excusa para preguntarle acerca de Diana. Además del abuelo, Darío era el único que había hablado con ella, por lo que le interesaban sus impresiones.

Enzo y Luz, que había salido a abrir la puerta, se abrazaron. Le preguntó si le gustaba la nueva decoración del vestíbulo.

—Vaya cambio, me encanta, cuñada —dijo, mirando a su alrededor—. Como diría Arturo, está de puta madre.

Luz le cogió del brazo y caminaron hacia la cocina.

—Poco a poco vamos haciendo cambios, pero aún nos queda. Darío ahora baja. Está haciendo unos arreglos en la linterna —dijo, y después alzó la voz—. ¡Alma, Enzo ya está aquí!

—¡Ya voy!

—Está dibujando. Eso y coleccionar conchas son sus pasatiempos favoritos.

Se oyó cómo una silla se arrastraba en el salón y después, unos pasos alegres. Alma apareció sonriente por el pasillo. Enzo la cargó en brazos, le preguntó cómo estaba y le cosquilleó la barriga, causando que la niña soltara una risa contagiosa.

—¿Te gusta vivir en el faro? —le preguntó.

Muy convencida, asintió con la cabeza repetidas veces.

—¿Qué es lo que más te gusta?

Alma se lo pensó.

—Que tengo un cuarto para mí sola.

Enzo y Luz sonrieron.

—Claro, debí haberlo supuesto.

Pensó que su sobrina debía sentirse afortunada. Tenía dos padres además de sus abuelos. A pesar de que Darío no era el padre biológico, ya que el francés se había desentendido, su hermano trataría a Alma como si fuera su hija. Ella crecería con infinidad de recuerdos paternos, y se alegró de que no pasara por lo que él había pasado en su infancia.

—Recuerda que tienes que ordenar tu cuarto —dijo Luz—. Cuando termines de dibujar, lo haces, ¿vale?

—Bueno…

—Ahora la ves tranquila —dijo Luz—, pero no veas cuando se pone a llorar. ¡La tía tiene unos pulmones!

—Ya imagino que ser madre es complicado.

—Buf, no lo sabes tú bien. Evitas caer en los errores de tus padres, pero a veces ni te das cuenta.

Alma regresó correteando al salón, y ellos se dirigieron a la cocina, que también había sufrido algún cambio que otro. El frigorífico del siglo pasado se había reemplazado por otro más grande y nuevo, y la ventana que daba al mar estaba decorada con unas esplendorosas cortinas de

color blanco.

Luz abrió un armario y sacó la cafetera. Era vieja, grande, de esas italianas de metal. Darío había aceptado los cambios, pero quiso conservar a toda costa la cafetera.

—Alma cada día está más guapa, como la madre —dijo Enzo, ya sentado a la mesa circular, que presumía de un cesto de jugosas frutas.

—Tú como siempre tan cumplidor —dijo ella, echando agua del grifo al interior de la base de la cafetera.

—Alguien en la familia ha de serlo. Mis hermanos son unos sosos.

—¿Cómo estás, Enzo? —preguntó no como fórmula de cortesía, sino con verdadero interés.

—Bien, cuñada, bien. Con mucha faena, como siempre —dijo, sabiendo que respondía con tópicos, aunque intuyó que no era más que un preludio, una forma de acomodarse—. Darío te contó el asunto de mi padre con una mujer, ¿verdad?

—Sí, me lo contó.

Enzo recordó la tensa conversación con sus hermanos, sobre que Luz e Iris supieran antes que él un hecho del pasado que afectaba de una manera significativa a la familia.

—Parece que ni Darío ni Arturo quieren saber nada más de ese tema, pero yo tengo mucha curiosidad por conocer detalles.

—Es normal. Se trata de tu padre.

Se oyó el vapor del café y Luz apagó el fogón.

—Ellos no lo ven así.

—Cada uno se protege de la forma con la que se siente más cómodo, ¿no crees?

—Ya.

—¿Has hablado con tu abuelo?

—¿Sobre este tema? —dijo, percatándose que a la infidelidad de su padre lo llamaba «tema»—. No.

—¿Por qué?

Luz sirvió el café en dos tazas y le ofreció una a Enzo, para después sentarse a su lado. Enzo recordó también el momento en que escuchó a su abuelo confirmar el secreto que durante tanto le había corroído las entrañas. Él había procurado siempre mostrarles una imagen idílica de sus padres, como una película de Disney, y pareció en aquel momento en el salón que le dolía no haberlo cumplido hasta el final.

—Creo que mi abuelo no quiere hablar de eso.

—Bueno, a lo mejor sí. Pregúntale. Nunca se sabe. ¿Quieres azúcar?

Dijo que sí y ella le sirvió dos cucharadas. Enzo decidió hacerle una pregunta difícil. Luz parecía improbable que se molestara.

—¿Cómo te sentirías si sabes que tu padre tiene un amante y se quiere casar con ella?

Luz abrió los ojos, sorprendida por la pregunta. Suspiró, imaginando la situación con esfuerzo.

—Supongo que me dolería en el alma —dijo, y tomó un sorbo del café—. Pero tendría que asumirlo.

—Perdona, ha sido una pregunta tonta. Al final, todos actuaríamos de la misma manera —dijo, aunque sabiendo que él estaba reaccionado de manera diferente a la de sus hermanos.

—No te preocupes. Hay gente que se casa hasta tres veces, como un primo que tengo de Zaragoza. Y él es un firme creyente del amor. Es de las personas más románticas que he conocido en mi vida.

—¿Y eso?

—Celebra cualquier aniversario. El primer viaje juntos, el primer beso, el primer… ya sabes.

—¿Polvo?

—Sí —dijo, algo avergonzada—. A veces la vida son ciclos y está bien. Pero mira tus abuelos, ¿sabes cuánto tiempo estuvieron casados?

—No lo sé con exactitud, un montón de años.

—Cuarenta y nueve.

Enzo se quedó de piedra, tanto por la cantidad como que ella lo supiera y él no.

—¿Te lo dijo?

—Se lo pregunté.

—Cuarenta y nueve —repitió Enzo con lentitud.

—¿Cuarenta y nueve qué? —preguntó Darío mientras cruzaba el umbral de la cocina.

—Los años que aparentas —dijo Enzo.

Luz se rio. Darío ni se inmutó.

—Los años que estuvieron casados tus abuelos —aclaró Luz.

—¿Tú lo sabías?

—Pues claro —dijo, encogiéndose de hombros.

—Anda ya, eso no te lo crees ni tú.

—Piensa lo que quieras.

A decir verdad, Darío se acababa de enterar.

—Arturo seguro que no lo sabe —dijo Enzo.

—No me extrañaría —dijo Darío—. ¿Querías hablar de algo?

—Bueno, os dejo a solas —dijo Luz, haciendo el amago de levantarse.

—Quédate, por favor. A mí no me importa —dijo Enzo.

Luz se quedó en su sitio y Darío también se sentó.

—Estoy pensando en hablar con Diana sobre nuestro padre —dijo, mirando a ambos—. Que me cuente su versión de la historia.

Darío ladeó la cabeza, como dudando que ella fuera a acceder.

—Yo no lo haría, desconfío de esa mujer. Cuando fui a verla me contó la historia de que su marido no pagaba la pensión. Vete a saber si es verdad o no.

La intención de Enzo no era solicitar la aprobación de su hermano. Solo quería saber detalles sobre la vida de Diana. Cuanto más supiera de esa persona, más preparado iría a hablar con ella.

—Está decidido que voy a llamarla para que nos veamos —dijo Enzo—. Necesito el teléfono y lo que me puedas contar sobre ella.

—¿Por qué quieres hablar con ella?

—Quiero saber qué pasó entre ellos, los planes que tenían, cómo se conocieron… Me parece normal que esa mujer no te contara así por las buenas que se había liado con nuestro padre.

—¿Y qué vas a ganar con eso?

—No se trata de ganar nada, Darío. Es saber lo que pasó a nuestra familia.

—Nada va a cambiar.

—Es mi decisión —dijo, cruzándose de brazos.

Darío pensó que tendría que esforzarse en olvidar de preguntar a su hermano sobre lo que Diana diría sobre su padre, y eso no le gustó. Intuyó que la respuesta estaría llena de vaguedades y contradicciones. El pasado ya era de por sí desgarrador en exceso para removerlo ahora. ¿Por qué su hermano no lo veía cómo él?

—Como quieras —dijo.

Le contó a Enzo dónde vivía, cómo era el piso y la describió cómo alguien bajita y delgada.

Además, dijo que parecía una mujer enferma y desvalida, pero tal vez en realidad no fuera así.

CAPÍTULO 9

Violeta no recordaba la última vez que sufrió una pesadilla. Sin embargo, la de esa misma noche pareció espantosa. Soñó que discutía con Nora porque su brazo no mejoraba. Lo extraño era que no se encontraban en el balneario, sino en un centro comercial, en una tienda de ropa. Violeta ojeaba prendas de ropa, entonces Nora se acercó y empezó a reprocharle los escasos avances. La tildó de inútil. La discusión fue aumentando de intensidad hasta casi llegar a los gritos, lo que causó que un grupo de clientas, sedientas de sangre, se arremolinara.

Por fortuna, se despertó cuando Nora estaba a punto de abalanzarse sobre ella. Se quedó inmóvil sobre la cama con la espalda erguida, sumida en la oscuridad, mientras el recuerdo de la pesadilla se alejaba poco a poco de su mente. No logró conciliar el sueño el resto de la noche y eso le pasaría factura más adelante, a lo largo del día.

Por la mañana, se levantó y se fue directa a la ducha. Dejó que el chorro de agua caliente cayera sobre su cuello con el fin de que los músculos agarrotados se relajaran. Su madre había aconsejado que fuera de una vez al fisio, algo con lo que Violeta estaba de acuerdo, sin embargo, cuando salía del balneario se encontraba cansada, o debía presentarse en la ONG, o era ya tarde para acudir a la consulta de un colega.

Y luego estaba Enzo.

¿Tengo miedo de enamorarme? No, claro que no. Pero si me acuesto con él, todo será más complicado. Querrá que nos veamos con más frecuencia. No voy a poder con todo. Ya encontraré tiempo más adelante.

Ah, he de escribir el informe de Sargón para Joaquín. «En el cuello y los hombros siente una mejoría, sin embargo, la mandíbula sigue causando problemas. Del uno al diez su dolor es siete». No, Violeta, deja de pensar en Sargón. Ya te ocuparás más adelante.

Quiero pensar en Enzo. Sí, en él. En sus manos fuertes recorriendo mi cuerpo, apretando mi culo con ganas, el tacto de su piel bronceada, el excitante aroma a hombre, en que me susurra palabras sexis en italiano, en sus besos calientes sobre mis pechos, en que lo siento dentro de mí, muy adentro…

Hubiera deseado estar todo el día en la ducha. El murmullo del agua cayendo sobre la bañera tenía un efecto casi medicinal. Sin embargo, se hacía tarde. Salió, se vistió y desayunó una pieza de fruta.

En el balneario se encontró con una novedad. Joaquín había sido reemplazado por su padre, Moisés. Sin más se lo había encontrado en su despacho. El parecido físico entre ambos era notable. Además del cabello rojizo, la idéntica expresión confiada y desafiante. La diferencia más acusada se encontraba en el abdomen, la paterna se adivinaba con una gran acumulación de grasa bajo el jersey de marca.

Moisés, repantigado sobre el asiento, habló con grandilocuencia del compromiso con el balneario Del Sol, que todos eran una familia bien avenida y que año tras año los clientes más selectos de Europa no dejaban de hospedarse. Violeta guardaba silencio mientras se preguntaba la finalidad del discursito.

—¿Le gusta trabajar aquí?

—Sí, claro.

—Pues que se note.

Violeta cambió de postura sobre la silla.

—¿A qué se refiere?

—Nada en particular —dijo, enseñando las palmas de las manos en actitud defensiva—. Digamos que, por poner un ejemplo, a algunos de sus compañeros le gusta venir en su día de descanso, pero aquí no obligamos a nadie. Usted tiene sus derechos laborales, faltaría más.

Notó un pinchazo repentino e hizo un gesto de molestia, llevándose la mano al cuello.

—¿Se encuentra bien?

—¿Y Joaquín?

—¿Qué pasa con él?

—¿Dónde está?

—Digamos que mi hijo aquí ya ha cumplido su ciclo. Le esperan nuevos desafíos en la empresa familiar, pero desde otro lugar. Ahora yo me hago cargo del balneario *per saecula saeculorum,* que significa…

—Sé lo que significa: para siempre —interrumpió, acordándose de que su abuela lo decía mucho en las cenas navideñas del pueblo.

Moisés ladeó la cabeza, como dando a entender que estaba impresionado, aunque no era verdad. ¿Algo más?, le preguntó, mirando su reloj de muñeca. Como ella negó con la cabeza, la reunión se dio por finalizada.

Violeta regresó a su área de trabajo sorprendida porque intuía que echaría de menos a Joaquín. Si bien apretaba lo suyo, daba la sensación de que Moisés era un capataz y de que dirigía una cuadra de caballos más que un balneario.

Se preguntó cuánto tiempo aguantaría con un jefe como Moisés. Era cierto que no le había obligado a trabajar en sus días libres, pero se lo había sugerido. Por lo tanto, podía hacer caso omiso. Además, el estatuto del trabajador estaba de su lado. Sin embargo, llevaba escaso tiempo en el balneario para ya enfrentarse a una presión exagerada.

Nora hizo que la jornada diera un giro inesperado. Nada más verla en la sala de rehabilitación, le entregó un regalo envuelto en un bonito papel satinado de un rojo intenso con dibujitos y figuritas. Era pequeño y alargado. ¿Qué podría ser?

—Para agradecerte la ayuda. Es solo un detalle —dijo, con ojos risueños.

Vestía un conjunto de chándal y pantalón de color rosa. Las pantuflas eran blancas y lucían el anagrama del balneario. El cabello lo llevaba recogido con una goma a modo de diadema que le daba un aire elegante. Había algo natural en Nora que, aun con un atuendo sencillo, su cara resplandecía.

Sin abrirlo, Violeta la abrazó. El regalo ya estaba hecho, puesto que el agradecimiento sincero era el mejor obsequio para ella. Sus ojos se empañaron ligeramente, pero se contuvo. Tampoco era plan de montar una escena.

—Venga, ábrelo —animó Nora.

Con suma delicadeza, lo fue desenvolviendo. Enseguida apareció la forma sinuosa de un frasco de perfume. El tapón era una bola de metal que parecía un espejo.

—Nora, es demasiado, no puedo aceptarlo —dijo, al ver que era de una marca de primera fila.

—Claro que puedes. Ya sabes que el cliente siempre tiene la razón.

—Te habrá costado lo suyo.

—Como antigua azafata aún tengo algún contacto al que recurrir en los *duty free* —dijo, sentándose sobre la camilla—. Huélelo.

Violeta abrió el frasco. Aspiró una dulce fragancia a bosque matutino.

—Tu novio se va a volver loco. ¿Tienes novio, verdad? O pareja…

—Es complicado.

A pesar de que la respuesta brillaba por su ambigüedad, Nora asintió con la cabeza.

—Una chica guapa y joven como tú. Me daba en la nariz de que estabas saliendo con alguien.

Violeta no la sacó de error. Bueno, ella tampoco sabía bien si era un error o no.

—Cuando te huela con esto —dijo, refiriéndose al perfume—, no te va a quitar las manos de encima. ¿Cómo se llama?

—Enzo.

—¿Italiano?

—Su madre era de Roma, y tiene familia ahí.

—Roma, la ciudad eterna —dijo, con aire nostálgico—. La cantidad de veces que he estado allí… Londres-Roma-Londres fue una de mis rutas favoritas.

De repente, Nora se puso a canturrear en italiano. *Questa piccolissima serenata.…*

—Me la cantaba mucho un novio que tuve, guapísimo —aclaró.

—¿Italiano?

—No, escocés, pero con un aspecto latino irresistible. Lástima que le gustaba demasiado la cerveza y se ponía muy violento.

Violeta decidió que ya era hora de empezar la sesión, así que guardó el perfume en el cajón del escritorio. Sacó de un armario empotrado unas pesadas bolitas mecánicas para que ejerciese la mano derecha.

—Y ahora, ¿estás saliendo con alguien? —preguntó Violeta para continuar con la charla.

—Sí, pero cada uno vive en su casa —respondió, mirando su mano—. Es lo mejor, menos líos, ¿sabes? Cuando una llega a mi edad cuesta mucho más adaptarse al otro. Ya tienes tus manías, el otro también.

—Entonces, ¿no crees en el amor… para siempre? —dijo, a punto de decir *per saecula saeculorum.*

—¡Claro que sí! Lo que pasa es muy difícil. El amor con el tiempo se va transformando. Al principio se basa en la pasión y después en la amistad. ¿Es el mismo tipo de amor? Pues sí y no.

Violeta evocó su noviazgo con Pedro, el primer hombre con el que se acostó. Se pasó largas horas estudiando el cuerpo humano y aprendiendo de las conversaciones con sus padres. Llegó incluso a soñar con esa maltrecha rodilla suya llena de cicatrices que poco antes había cubierto de besos. Sin duda, fue el amor que la impulsó a tomarse su rehabilitación como algo personal, aunque al final en el camino encontró su vocación.

Emocionado por el cariño y la atención que había volcado en él, Pedro le pidió matrimonio. Violeta recordaba bien la escena en el hospital. Era una mañana en la que ella debería haber estado en el instituto. Su primera reacción fue reírse. No eran más que dos adolescentes. Sin embargo, la mirada grave de Pedro, esa que conocía tan bien, hizo percatarse de que no se trataba de una broma.

—En cuanto cumplamos los dieciocho —añadió Pedro, ante el silencio de ella.

—Buf, queda mucho… Dos años.

Tiempo después, cuando el amor entre ambos se vació por completo, Violeta comprendió que la propuesta de matrimonio fue una manera de agradecer su apoyo incondicional.

~

Otra vez tarde a todos los sitios, Violeta.

Ya era de noche cuando llegó sin aliento a la sede de la ONG, en el centro de Puerta del Mar. Era un local pequeño aunque muy vistoso, con escritorios a un lado; y al otro, un espacio con sillas y un proyector para impartir talleres. Llevaban unos diez años en la ciudad y como los socios aumentaban en número, pudieron renovar el alquiler. Contaban con dos empleados a tiempo completo que se encargaban de gestionar el día a día. A Violeta le encantaba la labor que hacían por los demás y era voluntaria desde hacía unos seis meses.

El taller que impartiría sobre el suelo pélvico se le había ocurrido porque en Sevilla, al poco de finalizar la carrera, ya dio uno con resultado satisfactorio. Así que el tema no era nuevo para ella.

—Llegas tarde, Violeta —dijo Eva, una de las encargadas de la ONG.

Eva tendría unos cincuenta años y llevaba el pelo corto. Usaba unas gafas redondas que le daban un aire artístico. Había sido ella quién había pedido a Violeta que se uniera como voluntaria. Se habían conocido a raíz de que su madre fuera una de sus pacientes a domicilio. Enseguida Eva relajó su expresión cuando vio lo apurada que estaba Violeta.

—No pasa nada —le dijo, acariciando su hombro—. Lo importante es que estás aquí. ¿Necesitas algo antes de empezar?

Violeta pensó que una hora más para repasar la presentación no le hubiera venido mal, pero ya era demasiado tarde.

—No, gracias. Estoy bien.

—Vamos a empezar —dijo, con energía.

Eva presentó a Violeta al grupo de mujeres inmigrantes que esperaban sentadas el inicio del taller. Había un abanico amplio de edades. Le relajó que sus caras reflejaran interés y comprensión. Eva comentó que era posible que existiera la barrera idiomática, pues alguna llevaba poco tiempo en España, pero como el taller era práctico seguro que le sacarían partido.

Para empezar, Violeta explicó con naturalidad, apoyándose en un gráfico reflejado en el proyector, dónde se ubica el suelo pélvico y cuáles son sus funciones, pues son muy variadas. Desde sujetar la vejiga, el útero y el recto, hasta controlar los esfínteres, y en la práctica del sexo se contraen muchas de las fibras musculares. Vamos, que ayuda al orgasmo porque intensifica las sensaciones.

Cuando estaba a punto de terminar la introducción se llevó la gran sorpresa. De pronto, el corazón empezó a latir con tanta fuerza que parecían cañonazos.

Enzo estaba de pie, algo alejado, apoyado en una columna.

Ante la estupefacción de Violeta, las alumnas, intrigadas, fueron girándose y también se sorprendieron al ver a Enzo, aunque por diferente motivo que ella. Un hombre atractivo en un taller de suelo pélvico femenino era llamativo cuanto menos.

Enzo lucía una cazadora acolchada de color verde y, por debajo, una camiseta blanca. Los vaqueros eran de un azul marino con áreas modernamente desteñidas. Su pelo moreno estaba brillante y se intuía sedoso. Daban ganas de ahogarse en el mar para que Enzo acudiera al

rescate.

Violeta sonrió, y siguió con el taller manteniendo la compostura. Entre las caras de algunas alumnas atisbó una ligera expresión de complicidad. Todas habían percibido que la atmósfera había cambiado, como si se hubiera cargado de electricidad. A Violeta le costó centrarse en lo que debía enseñar, incluso hubo un instante en que se quedó en blanco. Ya no recordaba qué hacía ahí. Si la charla era sobre el suelo pélvico o sobre los huesos del pie, el calcáneo y astrágalo.

¿Es que ese idiota no puede esperar fuera?, se preguntó, enrabietada consigo misma por distraerse.

Sin embargo, a Enzo ni se le había pasado por la cabeza salir a la calle. Se encontraba cómodo, muy cómodo. Es más, si hubiera estado en un bar, se hubiera pedido un ron cola.

Celebraba su idea de acercarse a la ONG. Ella se lo había contado en la noche del beso en el estadio municipal. Así que solo necesitó acceder a la web para saber la hora de inicio y que la entrada era libre hasta completar aforo.

Violeta vestía con la bata del balneario y eso le extrañó, pero no le distrajo de la razón por la que estaba allí. Enzo levantó la mano con discreción a modo de saludo cuando se percató de que reparaba en él. El suelo pélvico femenino le pareció un tema interesante, sobre todo en lo referente al orgasmo. ¿Habría también uno masculino?

Era admirable con qué seguridad hablaba Violeta. La manera en que movía los brazos y proyectaba la voz. Parecía que todos los días impartía un taller de lo que fuera. A medida que la charla se fue volviendo más técnica, la mente de Enzo se llenó de recuerdos, ardientes recuerdos. Dos besos de película. Diferentes. Uno de día, otro de noche. Sabían a poco.

«La invitaré a cenar este viernes o sábado. Tengo el fin de semana libre. Ya es hora de seguir avanzando. ¿Qué tipo de comida le gustará? A las mujeres les gusta más el pescado. ¿Sushi? Conozco uno muy bueno, estilo moderno. Seguro que le gusta. ¿Por qué se tocará tanto el cuello, le dolerá? Después tomaremos algo por el centro. Un momento, a lo mejor ya ha estado en el restaurante. Tengo que pensar en un plan B. ¿Eh? ¿Qué pasa?».

El clamor de los aplausos le hizo salir de su ensimismamiento. Algunas caras se volvieron a girar hacia él. Reparó en que Violeta le hablaba.

—Gracias por ofrecerte como voluntario —le decía con un gesto de la mano para que se acercara.

—¿Quién, yo? —dijo, señalándose a sí mismo.

—Sí, tú.

Me está bien empleado por venir, pensó mientras pasaba por al lado de las alumnas. Violeta desplegó una esterilla y se arrodilló.

—Túmbate bocarriba con las rodillas en alto—le dijo, mirándole con una sonrisa maliciosa —. Vamos a mostrar cómo son los ejercicios de Kegel.

Enzo obedeció. Violeta y él eran el centro de atención de toda la ONG.

—Imaginemos que es una mujer —dijo Violeta al público, que se rio con la gracia.

—Contaremos a nuestros hijos que nos conocimos en un taller de suelo pélvico —susurró Enzo, levantando el pecho apoyado en los codos.

Violeta lo tumbó de un manotazo. Enzo soltó un gruñido de dolor.

—Hay que empezar con la contracción del suelo pélvico, cerrando los orificios perineales hacia dentro y hacia afuera —dijo, acompañando con gestos de la mano—. Recordad, hay que relajar los músculos internos de las piernas.

Lo que hay que hacer por salir con una chica que te gusta, pensó Enzo. Menos mal que el

taller no va sobre el parto.

Mientras Violeta impartía la clase, señalando aquí y allá sobre su cuerpo, él miraba su perfil con devoción, imaginando cómo sería cenar con ella en un restaurante japonés. La noche estrellada, la luz de las velas, una música de fondo. Ella resplandecería con un vestido con los hombros al aire. Le gustaba contemplar sus manos cuando se movían, suaves, delicadas. La cantidad de caricias que podían albergar para él esas manos.

—Levanta la cadera —le pidió Violeta.

Ella sentía la mirada de Enzo y se esforzó por ignorarla concentrándose en las alumnas. Sin embargo, por el rabillo del ojo estaba pendiente de él. Una parte de ella recordaba lo que acababa de decirle: «Contaremos a nuestros hijos que nos conocimos en un taller de suelo pélvico». Le pareció una tontería, por supuesto, pero notaba el efecto de sus palabras como una fuerza que la arrastraba hacia él.

—Ahora inclina las piernas un poco hacia la derecha —y dijo, mirando al público—. Notaréis cómo cambian los apoyos en la pelvis, y este movimiento se irá expandiendo a regiones superiores.

Ella sintió un nerviosismo anticipado de lo que sucedería al finalizar el taller. Hablarían, se mirarían, quizá la acompañase hasta el coche o dieran un paseo, a pesar de que ya era de noche. Seguramente otro beso apasionado, más si cabe que los anteriores.

—¿Alguna pregunta hasta ahora?

—Sí —dijo una mujer alzando la mano, muy seria—. Vamos a ver, ¿el voluntario tiene novia?

Las mujeres se partieron de risa, también Violeta y Enzo. Cuando el orden empezó a imponerse, él quiso rematar la faena y se dirigió a ellas.

—Podemos decir que mi suelo pélvico no tiene dueña… todavía.

Otra vez, risas desatadas. Nunca la pelvis dio tanto juego en un taller gratuito.

—Porque necesitas mucho ejercicio para fortalecerlo —dijo Violeta.

—Mándame deberes para casa. Soy un alumno aplicado.

—Ya veremos. De momento te doy un aprobado.

—Deberías darme por lo menos un notable.

—Me estás reventado la clase.

—Pues no haberme obligado que fuera voluntario.

—Pues no haber venido.

Enzo se quedó sin réplica. La chica estaba en lo cierto.

Un rato después, lo que sucedió al final del taller fue de nuevo otra sorpresa en el día que llevaba Violeta, pero esta vez lejos de ser agradable.

Las alumnas se habían acercado para agradecer a Violeta la charla, pues había sido muy instructiva. Preguntaron si impartiría otra sobre un tema diferente, algo a lo que no supo responder, pues aún era demasiado pronto para plantearlo. Lo hablaría con Eva y se subiría la información a la web.

Enzo, sentado, enviaba unos mensajes por el móvil esperando su momento para hablar con ella a solas. Lo que acababan de vivir demostraba que había química entre ellos, lo que sea que pudiera significar. Ahora tocaba avanzar en su incipiente relación.

De pronto, la visión de Violeta se volvió borrosa. Ella parpadeó pero continuó con el problema. No solo eso, sino que además empezó a marearse. ¿Qué me está pasando?

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Eva.

—Sí, sí —respondió titubeando.

Sin embargo, no era así. Empezó a tambalearse y tuvo que alzar las manos buscando el equilibrio. Quienes la rodeaban se asustaron y la sostuvieron por los brazos. Y entonces Violeta cerró los ojos y se sumió en la oscuridad.

CAPÍTULO 10

Al principio Enzo no se percató de lo que estaba sucediendo. Estaba concentrado en lo suyo. Esperando a que Violeta se liberara de los compromisos para hablar con ella a solas. Ya tenía pensado en lo que iba a decirle y cómo. Leía en el móvil el chat con sus hermanos, sin embargo, su mente estaba en ella. Le propondría tomar algo, una cena ligera e informal en un bar. Sentía la necesidad de estar con Violeta.

Fue al levantar por casualidad la vista del móvil, cuando la descubrió tambalearse entre las alumnas. Su cara reflejaba una gran vulnerabilidad. Lleno de preocupación, se levantó del asiento como catapultado por un muelle, guardó el teléfono y se dirigió hacia ella. La vio cerrar los ojos y dejarse caer entre los brazos de los asistentes. Se quedó sin aliento.

—¡Ponedla en el suelo! —exclamó Enzo.

Ellas, alarmadas, obedecieron. Una extendió la esterilla y después la colocaron con delicadeza bocarriba. Los siguientes minutos transcurrieron muy veloces. Lo primero que hizo Enzo fue averiguar si respiraba acercando el oído a la nariz y la boca. Sintió cómo el alivio recorría su cuerpo cuando escuchó el aire salir de ella. Además, el pecho subía y bajaba.

—Se ha desmayado. Llama a una ambulancia —dijo a Eva, que se fue a toda prisa hacia su escritorio.

Enzo le abrió un par de botones de la bata con el fin de que pudiera respirar con mayor comodidad. Preguntó a las alumnas si alguna tenía agua, y una de ellas cogió su bolso, hurgó en él y trajo una botellita.

—Violeta… —susurró.

Ella oyó su voz en lo más profundo de su conciencia. Entonces parpadeó como si se despertara de un largo sueño. Lo primero que vio fue el rostro de Enzo, sus ojos anhelantes, sus bonitas cejas y esa ligera perilla que enmarcaba su boca.

—¿Estás bien?

La expresión de Enzo reflejaba una honda inquietud. Ella asintió con la cabeza muy lentamente. Como las alumnas se cernían sobre ella, ordenó que dieran un paso atrás para evitar agobiarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con un hilo de voz.

Enzo acercó la botellita de agua y tomó a Violeta por el cuello con una mano. Ella hizo un gesto de dolor, pero se sobrepuso.

—Bebe, te sentará bien.

Con cuidado de no derramarla, Enzo dejó que bebiera un sorbo. El agua ayudaría a recuperar su temperatura corporal. No era médico, aunque disponía de experiencia al encontrarse en su trabajo con tantas vidas humanas en situaciones límites.

Violeta hizo un gesto con la mano, y Enzo apartó la botellita.

—¿Qué ha pasado? —insistió Violeta, notando cada vez que la consistencia regresaba a su cuerpo.

—Te desmayaste.

—¿Estás bien, corazón? —preguntó Eva, inclinándose sobre ella.

—Sí —respondió, titubeante.

Violeta, incómoda por la situación, se incorporó, y después con la ayuda de Enzo se puso de pie. Eva y las alumnas suspiraron de alivio. Enseguida Violeta se llevó una mano a la nuca y la masajeó.

—Deberías ir al hospital para que te hagan un chequeo —dijo Eva.

—La ambulancia está de camino —dijo Enzo.

Ella le miró, extrañada.

—¿Ambulancia?

—Claro, nos has dado un buen susto —dijo, aunque se arrepintió de usar esas palabras, ya que parecían cargadas de una velada acusación.

—No hace falta una ambulancia, ya estoy bien. Me voy a casa. ¿Dónde están mis cosas?

Eva se giró, cogió de un rincón la mochila, el porta alimentos donde guardar el almuerzo, y se los entregó.

—Si no quieres ir al hospital, te llevo a casa —dijo Enzo, quitándole con suavidad sus cosas de la mano—. Ahora no conviene ningún esfuerzo.

—No hace falta, de verdad.

—Tengo el jeep aparcado ahí al lado.

—He traído mi coche.

—Me imagino que no pensarás conducir —dijo Eva.

Como Enzo, al entrar en la sede, se había presentado como un amigo de Violeta, Eva se quedó tranquila de que se encontraba en buenas manos.

—No me va a pasar nada.

—Te acabas de desmayar. ¿Para qué arriesgarte? —insistió Eva—. Nos vas a dejar a todas con el corazón en un puño.

Violeta se sentía abrumada por las muestras de preocupación.

—¿Y qué hago con mi coche?

—Mañana por la mañana te traigo —dijo Enzo, con un tono despreocupado—. Tengo cosas que hacer por el centro. No me cuesta nada llevarte.

Sin otras objeciones posibles, Violeta por fin cedió. Eva dijo que llamaría para que anularan la ambulancia. Después de despedirse de todo el mundo, ambos salieron de la sede. Eran casi las nueve. Los pequeños negocios ya habían cerrado, pero aún había gente en la calle. Los coches y alguna moto esperaban a que el semáforo se pusiera en verde para seguir recorriendo la avenida. Hacía un fresco otoñal y el aire estaba cargado de una ligera humedad.

—¿Estás mejor? —preguntó Enzo, posando una mano en su espalda. Quería que ella notara que le importaba.

—Sí, un poco. No sé qué me ha pasado. De repente, lo vi todo borroso.

—¿Trabajaste esta mañana en el balneario?

—Sí.

—¿Falta de hidratación?

—Puede ser.

—¿Cuánto tiempo llevas con ese dolor en el cuello?

—No lo sé, unas semanas.

—¿Has ido al fisio, no?

Ella guardó silencio, lo que fue muy revelador.

—Como se suele decir, en casa de herrero cuchillo de palo —dijo Enzo.

—Ya —dijo, agachando la cabeza.

—Pues eso no puede ser —dijo, mirándola con dulzura.

—Es muy fácil decirlo, pero a ver de dónde saco tiempo.

Sortearon a un hombre de mediana edad que paseaba a su perro. Llevaba un pesado abrigo más propio de ciudades más frías.

—En algún momento tendrás que pensar en ti.

—¿Dónde has aparcado el jeep? —preguntó, cambiando de tema.

—En la siguiente bocacalle.

—Qué suerte. Yo nunca encuentro aparcamiento por aquí.

—Para mí es sencillo menos en verano.

—Si en verano encuentras aparcamiento fácil es que eres un mago.

—Un mago con muchos trucos.

Unos chicos pasaron circulando con monopatines eléctricos. Enzo y Violeta siguieron caminando hasta doblar por una esquina donde había una farmacia cerrada. Se produjeron varios silencios entre ambos, pero no incómodos, sino reveladores. Él aprovechó para cogerla de la mano de una manera espontánea, como si fuese una de tantas veces paseando por la calle. El roce de la piel liberó una descarga eléctrica, el preludio de un deseo indomable. Era bonito sentirse así, que importas a alguien en aquella pequeña ciudad costera y acogedora. No pudieron evitar el intercambio de una sonrisa ingenua pero cargada de intención.

—*Come ti senti?* —preguntó Enzo.

—Estoy algo cansada, pero bien.

Continuaron calle abajo con las manos enlazadas, conversando sobre esto y aquello. Daba la sensación de que caminarían el resto de la noche con tal de recrearse en la palpitante sensación que se iba tejiendo. A Enzo le hubiera gustado que el jeep estuviera aparcado lo más lejos posible. Deseaba prolongar ese momento de intensa ligereza. Nada era más importante que ellos mismos y lo que sentían el uno por el otro.

~

Al llegar al estudio de Violeta, todo sucedió de una manera natural. A Enzo apenas le dio tiempo para ojear el interior. Su deseo por ella cegaba sus sentidos. Ni siquiera ella dispuso de tiempo para encender las luces del salón, con la tenue luz de la luna que entraba por la ventana era suficiente para no tropezarse con los muebles. Tampoco se dijeron nada. Ellos ya habían asumido lo que sucedería y estaban preparados. Dejaron caer las cosas al suelo de cualquier manera. Sumidos en la penumbra, la atmósfera de misterio espoleó la pasión.

Se besaron. Lo habían deseado desde que cruzaron las miradas en la ONG. Él la atrajo cubriendo su espalda con las manos. Por fin celebraban la intimidad para destapar el instinto salvaje que anidaba en su interior. El beso fue tan apasionado que hizo que se olvidaran de todo, de dónde estaban e incluso de quiénes eran.

Ella de puntillas rodeó lentamente su cuello con los brazos, sin embargo, el pinchazo en el cuello la detuvo. Fue una dura vuelta a la realidad.

—¿Te sigue doliendo? —dijo Enzo, preocupado.

—Sí —dijo, frustrada, tocándose la zona.

—Voy a darte un masaje. Túmbate en la cama.

Violeta encendió la luz del salón y obedeció como si él fuera el fisio y ella la paciente. Enzo recorrió la estancia con la mirada. En el centro había un sofá grande con mullidos cojones de colores diferentes. Justo detrás una mesa de cristal en cuyo centro se alzaba un florero repleto de rosas. En una esquina destacaba una fina planta de hojas verdes con una maceta de estuco. Y no muy lejos había una mesita de mármol llena de libros y con un altavoz inteligente en el centro. A Enzo le encantó la decoración.

—Es un sofá cama —dijo Violeta.

En un abrir y cerrar de ojos, Enzo quitó los cojines y los dejó como pudo sobre las sillas de tela gris de la mesa. Después tiró hacia arriba del borde metálico y la cama se desplegó con un crujido de los muelles. Una manta de poliéster cubría las sábanas. Violeta abrió el armario de láminas de madera y cogió un bote de aceite de coco. El aroma le parecía maravilloso, por eso era su favorito.

—¿Sabes hacer masajes? —preguntó ella, entregando el recipiente.

—Por supuesto que sí —respondió, como si fuera una obviedad—. Venga, túmbate.

Ella se subió a la cama de rodillas.

—Espera, ¿no te vas a poner algo más cómodo? —dijo él, señalando su bata del balneario.

Ella se miró su uniforme como si no se hubiera percatado de que lo llevaba puesto. Sí, es verdad, le dijo, y se fue al baño. Enzo abrió el recipiente y le llegó una oleada de aroma a coco tan intensa que casi lo coloca. Después miró a su alrededor. Reparó en la cocina, que estaba recogida e impoluta. Un trapo de cocina colgaba del mango del horno. Una garrafa de agua mineral medio llena estaba sobre la encimera de mármol. Un cesto de frutas variadas encima del microondas. Eran pequeños detalles pero le suscitaban una gran curiosidad. Su piso, por el contrario, no era más que un lugar donde comer, dormir y ejercitarse.

La puerta del baño se abrió y apareció Violeta. Llevaba una toalla cubriendo su torso y unos pantalones de algodón que usaba para estar en casa. Sin embargo, lo más deslumbrante era su cabello suelto, rizado y sedoso.

—Ya estoy lista.

Él palmeó la cama con una sonrisa plena de satisfacción.

—Bienvenida a la consulta de Enzo Campos, encanto —dijo, con un tono de voz impostado.

Violeta se tumbó sobre la cama bocabajo, cerró los ojos y apoyó la frente sobre las manos.

—¿Estás preparada?

—Creo que sí.

—Relájate, olvida que eres fisio.

—No sé si podré.

Al sentir los dedos de Enzo sobre los músculos del cuello y de los hombros se estremeció de placer. Además, el perfume a coco la mecía con una suavidad incomparable.

—Claro que puedes.

Su voz era tan grave y envolvente que sintió que provenía de todas partes, como una conciencia luminosa a la que arrebujarse. De repente, sintió que los párpados pesaban una tonelada. No quería dormirse, a pesar de que estaba acostumbrada a que algunos de sus pacientes cayeran en los brazos de Morfeo. Recibir un sexy masaje con el sonido de fondo de profundos ronquidos no era el mejor de los ambientes.

—¿Mejor? —preguntó Enzo.

—Ahá…

Era como si sus manos amasaran los músculos con sumo cuidado, dándoles calor y protección. Era un movimiento rítmico y sanador que se extendía a otras partes del cuerpo, como cuando se arroja una piedra al agua para formar ondas. Hubiese dado lo que fuera para que Enzo siguiera dando eternamente cariño a sus articulaciones.

¿Por qué lo había postergado tanto? Se acordó de Nora, Sargón, su tía y muchos pacientes más. Todos la necesitaban, pero ahora ella necesitaba un tiempo para sí misma, para recomponer los pedacitos que había dejado en el camino.

Enzo se dio cuenta de que el estudio olía a incienso recién apagado, y eso le gustó. ¿A qué olería su piso?, se preguntó. A nada seguramente. Nunca se lo había preguntado hasta ese momento. Hasta el momento en que sus manos conquistaban los hombros desnudos de Violeta. Notaba su piel fresca y tersa, y disfrutaba con la sensación de que sus palmas, sus dedos se llenaran de ella.

—Me has dado un buen susto cuando te desmayaste.

Violeta comprendió cómo debía de haberse visto la escena desde su punto de vista. Nervios e incertidumbre.

—Lo hice a propósito para darle emoción al día.

—Pues muy bien hecho. Luego te paso la factura por mis primeros auxilios.

—¿Te hiciste una hernia al llamar a la ambulancia? —dijo, aún de perfil, con la frente apoyada sobre las manos.

Enzo se rio y le vino bien distraerse, pues el límite de la toalla sobre su espalda desnuda le estaba matando de una forma agónica. Era de color rosa y cubría hasta las rodillas, después se veía el pantalón hogareño y, por último, sus pies descalzos, cuyos asomaban como pequeños mazapanes. Fantaseó con besarlos uno a uno.

—No, eso fue Eva —dijo, curvando los labios—. Yo fui a socorrerte. Te tomé el pulso, desabroché la bata, alejé a los curiosos…

—Oh, mi héroe —dijo, con sarcasmo.

Enzo le plantó un beso justo en el cuello (para ser precisos entre las vértebras cervicales c6 y c7). Lo llevaba planeando desde hacía unos minutos. El «robo perfecto». Besarla y continuar con el masaje como si no hubiera pasado nada. Eso sí, se tomó un eterno segundo para que sus labios se aprehendieran del sabor a coco y sal de su piel. Se pasó la lengua por la boca porque no bastaba con haberla besado, necesitaba disfrutar del tesoro por más tiempo, hacerlo suyo para siempre. Es la tercera vez que la beso, pensó. Contaré todas las veces que lo haga.

El beso se oyó en el silencio del estudio. Violeta percibió sus labios suaves como dos pétalos en primavera. Por fuera su cuerpo se quedó impasible, pero el efecto del beso iba calando en cada hueso de su cuerpo. Había tanto amor en ese modesto beso que se sintió desbordada. Era un beso que daba oxígeno para vivir.

—Dame otro —dijo, sin voltear la cabeza.

Enzo se volvió a inclinar y repitió el beso furtivo, pero esta vez fue generoso y lo repartió entre más vértebras. Aquí y allá con exquisita ternura, apoyando las manos sobre los hombros desnudos, fue bajando por la médula espinal hasta la frontera que marcaba la toalla comprada en Ikea. El tacto era esponjoso y el color rosa era chillón, pero a Enzo no le importó. Lo que ocultaba era demasiado tentador.

—¿Mejor? —preguntó Enzo, aunque ella no supo si se refería a su contractura o a los besos.

—Mucho mejor.

Enzo tomó otra ración de coco, se untó los dedos con ella y volvió a la carga. Esta vez expandió sus manos bien abiertas por el área de los omoplatos, y después de una manera natural

prosiguió el camino por los brazos hasta que llegó a las muñecas. La temperatura en el estudio iba subiendo grado a grado. Se notaba cada vez más excitado, y se preguntó cuándo llegaría el momento en que lo enviaría todo a tomar viento y le pediría poseerla.

Violeta pensó en que si Enzo desataba el nudo de la toalla no se opondría. Es más, anhelaba sus manos explorando el final de la médula espinal. Notó una ración más de besos seductores, de repente una pausa y la espalda entrando en contacto con el aire tibio. La toalla se había abierto de par en par desvelando la blancura de su piel. Ella soltó un discreto respingo, como si se hubiera quedado desnuda al completo.

—¿Estás bien? —preguntó Enzo sin dejar el masaje.

Ella suspiró.

—Sigue, si no te importa.

Sus manos, untadas de coco, abarcaban casi toda la cintura. Subieron y bajaron como una ola que lame la orilla, la conquista, se aparta y deja un rastro.

—Es la espalda más bonita que he visto en mi vida. Tiene de todo. No le falta de nada. Incluso un lunar aquí —dijo refiriéndose a uno en el costado derecho, y se lo besó dejando una leve humedad, muy cerca del pantalón.

Violeta soltó un gemido de placer. Notaba su cuerpo ligero como una pluma. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Y eso no era más que el principio.

—Mmmm… qué maravilla.

Enzo se quedó inmóvil y contempló el denso cabello, los hombros y los brazos firmes y bien delineados, la espalda, brillante por el aceite, emitía una luz prodigiosa. Era como si contemplara el paisaje más bello de la naturaleza, un sinfín de valles y ríos que cortaran el aliento.

Plantó besos eróticos aquí y allá, estimulando músculos y tejidos. Se fijó en la blancura de un pecho que se asomaba, insinuante por debajo de la axila. Incapaz de resistirse, también lo besó mientras contenía el ímpetu de abalanzarse para devorarla entera. Después fue al otro pecho e hizo lo mismo.

—*Il tuo corpo è un'opera d'arte* —le susurró al oído, lentamente, recreándose en cada palabra como si fuera un mundo en sí mismo.

Violeta se estremeció, pero siguió sin moverse. Quería más, más y más.

—*Sei bellisima* —insistió Enzo, con voz queda.

Ella sonrió aunque él solo pudo intuirlo, pues la veía de perfil.

—*Se non mi guardi io non esisto, amore mio* —dijo, emocionado porque lo sentía de verdad.

Violeta no alcanzaba a comprender el significado pleno de la frase, sin embargo, la hermosa melodía y la rotundidad con la que la pronunciaba la iba derribando poco a poco.

—*Esisto solo quando mi immagini.*

Una ardiente lujuria empezó a recorrerla. Se giró hacia él y se quedó prendada de sus pestañas sedosas, y de esos ojos verdes que la miraban con un infinito deseo.

—Violeta… —musitó, sonriendo.

—Enzo… —musitó ella.

Se echó un poco hacia atrás. En medio de un silencio muy íntimo, le acarició la mejilla sintiendo la tersura de la piel masculina y afeitada.

—*Voglio fare l'amore con te.*

Ella cerró los ojos para que las palabras se fueran posando en lo más profundo de su ser. «*Voglio fare l'amore con te*» se deshizo como hierro fundido en un cúmulo de sensaciones que fueron expandiéndose. Fue como si cada palabra estallara liberando miles de chispas llenas de un perfume embriagador y perverso.

Sintió los labios de Enzo en los suyos posándose con candor, y ella se dejó besar liberando su instinto descarnado. Como una evolución natural, el beso fue volviéndose más audaz, más primitivo. Había una desesperación absoluta que les enganchaba el uno al otro y que liberaba sus conciencias. Bastaba ya de pensar, solo valía sentir.

—Quítatelo —dijo Violeta, refiriéndose al polo.

Con un gesto sencillo con ambos brazos, Enzo dejó al descubierto su pecho. El polo cayó sobre una esquina de la cama plegable. Violeta pasó la mano casi con miedo ante la perfección de unos músculos tan marcados. El pectoral mayor y el menor parecían de tres dimensiones. Los abdominales rectos, oblicuos y transversales eran para enmarcar en un póster.

Enzo, de rodillas, la cogió de la mano mientras ella seguía acariciando el festival de músculos sexys. Como con una mano no era suficiente, para saciarse con ambas Violeta se incorporó apoyándose también en las rodillas.

Cogiéndola por los codos, Enzo miraba deleitado cómo ella acariciaba asombrada y complacida al mismo tiempo. Una mano aquí, otra allá. Él se fijó en sus pechos, generosos y firmes, de pezones erectos y aureolas grandes. A su vez, Violeta fue regando los pectorales de besos fugaces, tal y como Enzo había hecho antes. Quería saborear su piel salada y cálida.

Enzo la abrazó para sentir aún más su cuerpo junto al suyo. Sintió un escalofrío de placer cuando ella tocó suavemente su espalda de arriba a abajo, con las manos bien abiertas como si quisiera calmar y dar placer.

Con la cara apoyada en su pecho y él abrazándola, Violeta se sintió deseada y cuidada después de tanto tiempo volcada en los demás. El dolor en el cuello y hombros aunque no había remitido por completo, notaba una mejoría. La vocecita que la empujaba a situarse la última en la lista de prioridades, quedó sepultada. Era como estar en una burbuja acompañada de un hombre que la comprendía y que había detectado sus necesidades.

«No voy a dejar que esta noche se escape. Es mío», pensó.

Se volvieron a besar con el ansia de dos almas hambrientas por el placer. Todo a su alrededor giró en torno a ellos. Los sonidos nocturnos de la pequeña ciudad se apagaron, las estrellas del cielo brillaron con más intensidad, la luna se asomó por el balcón, el silencio se llenó de pasión y lujuria.

Enzo se inclinó sobre sus pechos para devorar uno mientras el otro lo acariciaba con la yema de los dedos. Quería colmarse de todas los estímulos que vinieran de ella. Violeta cerró de nuevo los ojos, echó la cabeza hacia atrás y rodeó su cuello con las manos, dejando que su boca insaciable y violenta la devorara.

Una mano de Enzo se deslizó por debajo del pantalón y apretó una nalga. Violeta dejó escapar un gemido. Entonces bajó los pantalones de ella y el tanga quedó como la última puerta velando el paraíso. Quizá en otro momento Enzo hubiera sido más delicado, sin embargo, ardiente como la lava, no se lo pensó dos veces y rompió la prenda brutalmente. Violeta quedó sobrecogida.

Cuando esperaba que la penetraría sin más demora, ahí, tumbada, Enzo se chupó los dedos dedicándole una mirada viciosa. Después los introdujo en su interior con mucho tiento y la llevó al límite.

—Me gusta mucho darte placer —susurró.

Violeta no podía hablar, sumida en una montaña rusa que la catapultaría a las alturas. No era capaz siquiera de despojarse totalmente de los pantalones, que llegaban hasta las rodillas. Estaba supeditada a lo que él quisiera hacerle. Un nuevo gemido, esta vez más profundo, brotó del fondo de su garganta haciendo temblar los cimientos del edificio. Quizá sea exagerado, pero es

que su corazón retumbaba de una manera que la realidad perdía su forma.

Mientras su cuerpo pasaba de la tensión al alivio, Enzo aprovechó para quitarse sus vaqueros y después los pantalones de Violeta, ahora del todo. Aún quedaba la maniobra más célebre y erótica. Se colocó delante de ella, la asió por los muslos y en alto los fue mordisqueando de arriba hacia abajo, alternando; de abajo hacia arriba, disfrutando. Con el rabillo del ojo, observaba el rostro de Violeta contraído de gozo.

Los calzoncillos eran del tipo bóxer ajustado, de un color azulado turquesa, comprados en las rebajas. Violeta apenas pudo apreciarlos porque acabaron Dios sabe dónde. Enzo separó sus piernas y cuando ella se esperaba la penetración, jugueteó con su miembro frotando los labios vaginales. Era una tortura sin piedad. Agarró la manta con la mano y la estrujó. Enzo seguía disfrutando contemplando la reacción de Violeta, que parecía cada vez más en otro lugar del universo, cada vez más líquido y oscilante.

La penetró con cuidado, susurrando su nombre con devoción y anhelo. Ella liberó un jadeo entrecortado. Sus ojos se encontraron con los suyos, y la intimidad se volvió más profunda y sólida. Sintiéndole muy adentro, se besaron hasta que sus labios no pudieron más. Después el sofá cama empezó a recibir las embestidas del italiano. Eran tan potentes y constantes que se desplazó unos centímetros sobre las baldosas de linóleo. Los muelles crujieron, sorprendidos ante ese movimiento furibundo. Parecía que la estructura frágil y metálica que sostenía el colchón se vendría abajo en cualquier momento. Violeta abrió los ojos un instante y percibió que la lámpara del techo basculaba como si Puerta del Mar sufriera un terremoto.

Ella le abrazó y, al llegar al clímax, soltó un grito de abismal lujuria que vació los pulmones de aire. Enzo se derramó en ella y soltó un gruñido largo que lo dejó sin fuerza. Enterró su cara en el cabello rizoso de ella y que tanto le gustaba acariciar. Ninguno deseaba moverse, esclavos aún del eco apasionado que los unía.

CAPÍTULO 11

Cuando Violeta abrió los ojos lo primero que vio fue el techo de su estudio. Se mantuvo así, unos segundos inmóvil, perdida en la inmensa blancura de la superficie. Esperó a que su respiración se acoplase al ritmo natural de Puerta del Mar. Había perdido la noción del tiempo. Lo único que sabía era que aún anochecía porque la luz de la lámpara estaba encendida. Bien podía ser medianoche o las seis de la mañana.

La respiración profunda de Enzo fue señal de que él seguía allí. No, no había sido un sueño erótico. El italiano de boca sensual estaba tumbado a su lado, con las suaves y tórridas líneas de su pálido trasero respingón al aire. Su aroma de hombre de mar la envolvía como una brisa en la cima de una colina.

Acarició su nuca sintiendo cómo el cabello cosquilleaba los dedos. Qué sensación de calma tan bonita, se dijo. Después acercó su nariz a su hombro desnudo, cerró los ojos y se dejó embriagar por la frescura y perfección de la piel. Su cuerpo se llenó de él. Fue como si la penetrara de nuevo. Ella sonrió y le obsequió con un mordisco delicado en el que volvió a recrearse con el tenue sabor a sal.

Enzo de pronto se despertó y tomó aire. Cuando fue capaz de enfocar lo que le rodeaba reparó en Violeta, que la miraba con una expresión radiante.

—Buenos días —dijo él.

—Pero si es de noche todavía —replicó, apoyando la cara en la palma de la mano.

—¿Ah, sí? —dijo, extrañado—. Parece que he dormido un día entero. ¿Cómo está el cuello?

—Mejor, gracias.

Violeta flotaba como en una nube. Afuera, el otoño caía sobre la ciudad.

—Tengo frío —dijo Enzo.

Violeta levantó la sábana, que estaba algo revuelta, y él se resguardó en su cuerpo. Ella lo cubrió por completo y Enzo aprovechó para besarle los pechos y el abdomen.

—Me encanta tu suelo pélvico —dijo él—. Es supersexy.

Ella soltó una carcajada. La escena tenía algo de comicidad. Enzo cubierto por la sábana y ella con los brazos estirados en cruz.

—Eso se lo dirás a todas.

Enzo rio. Bajo la sábana, oculto del mundo, le parecía excitante sentir que el cuerpo de Violeta estaba a su merced.

—Intuyo que esta noche se ha contraído mucho —dijo, llegando por fin al sexo.

Violeta se mordió los labios.

—No me… quejo.

—Empieza la segunda parte.

—Para… Enzo… hay que dormir.

—Aún no hemos terminado. Quiero más y tú también.

La boca de él humedeció su sexo. Ella arqueó su columna en un bonito estiramiento que significaba la rendición absoluta. Nada ni nadie se opondría al placer más intenso.

~

Quedaba muy poco para que el sol despuntase por el horizonte del Mediterráneo. La fría realidad de lo cotidiano debía separar a los amantes para que cada uno continuara con sus obligaciones laborales. Enzo empezó a vestirse, después de recolectar las prendas de ropa desperdigadas por el estudio.

—Puedes ducharte si quieres —dijo ella.

—Tengo el tiempo justo. Lo haré en casa —dijo, colocándose los pantalones—. ¿Quieres que vayamos a por tu coche?

Apoyada en el respaldo del sofá cama, ella miraba cómo se vestía con una mezcla de resignación e incredulidad. Al igual que animales nocturnos, habían disfrutado de un sexo maravilloso y salvaje, y ahora cada uno continuaba con su vida como si fuera lo más normal. Terminaría de vestirse y se iría por la puerta. ¿Se sentiría vacía?

—Prefiero tomármelo con calma. Me voy a levantar, ducharme y desayunar. Después cogeré un autobús que me lleve al balneario y cuando salga, recojo el coche.

—¿Segura? No me importa…

—Sí, tranquilo.

Enzo hincó una rodilla en la cama y se inclinó para besarla en la boca. Ella se había cubierto con la sábana, como si de repente hubiera sufrido un ataque de pudor.

—Prométeme una cosa —dijo él.

—Lo que quieras —dijo.

La tomó por la barbilla con exquisita dulzura.

—Que vas a cuidarte.

—Vale —concedió, sabiendo que había tocado una fibra muy sensible en su interior.

—Me importas. No quiero un susto como el de ayer. ¿Prometido?

Ella asintió con la cabeza.

—Prometido.

—Nos vemos este fin de semana. Te llamaré —dijo.

Y volvió a besarla no una, ni dos, sino hasta tres veces. Imposible saciarse de ella.

Violeta vio cómo la puerta se cerraba y escuchó los pasos de Enzo alejándose hacia el ascensor del edificio. Sin levantarse de la cama, sumida en el silencio, levantó las rodillas y apoyó los brazos. Imaginó a Enzo bajando a la calle y subiendo al jeep.

Se sentía llena de energía, aunque una vocecita en su cabeza se preguntó hasta qué punto es fácil cuidarse de uno mismo. Mientras se duchaba, con el agua caliente relajando sus músculos, evocó el momento del desmayo y se dio cuenta de que había postergado sin motivo aparente la sanación de la contractura en el cuello. Había fallado en su propio diagnóstico y tratamiento. ¿Cómo había estado tan ciega?

Cuando terminó de vestirse para el balneario se dio cuenta de que no había desayunado. Su mente era una fuente de distracción. ¿Es solo química lo que hay entre nosotros? ¿O algo más?, se preguntó. Una notificación en la pantalla del móvil recordó que a las ocho de la tarde tendría lugar un nuevo entrenamiento del equipo de su primo. De repente, un montón de cosas en las que

pensar.

Ya en el balneario, después de su primera clase grupal, recibió a Sargón. Había ganado algo de peso, sin duda habría cenado por todo lo alto en algún restaurante del puerto. Se requería mucha fuerza de voluntad para mantener la dieta de la sopa.

Violeta le preguntó con qué número valoraba ahora sus molestias en las mandíbulas. Se alegró comprobar que habían bajado en la escala de un seis a un cuatro. Los ejercicios, los masajes y la dieta blanda daban sus frutos poco a poco. Lo más llamativo era que sus ojeras ya no eran tan exageradas, e incluso su mirada había recuperado algo de brillo.

Sargón estrechó su mano cubriéndola con ambas e inclinó la cabeza.

—Quiero darle las gracias por sus esmeradas atenciones —dijo con su peculiar acento extranjero—. Mi esposa está muy contenta por verme más feliz.

—Me alegro mucho, de verdad —dijo, curvando los labios—. Ahora le voy a aplicar la compresa en la mandíbula durante unos cinco minutos. Túmbese.

El hombre sonrió con calidez y obedeció.

—Espero que no se duerma como la última vez —Sonrió ella.

—Yo tampoco —dijo, y cerró los ojos ya con la compresa.

De pronto, se le empañaron los ojos a Violeta. ¿Qué me está pasando? Con la punta de los dedos mantuvo las lágrimas en su sitio. A pesar de que no era la primera vez, ignoraba el motivo de esa extrema sensibilidad. Las palabras de Sargón habían calado hondo en su interior. Era un estado de suma felicidad y realización personal. No salvaba vidas, pero ayudaba a mantenerlas en las mejores condiciones.

El móvil vibró en el bolsillo de su bata. Supuso que sería Enzo. Llama para decirme que se tira de un puente si no nos volvemos a ver. Enseguida se dio de bruces con la realidad. La llamaba su madre.

—Hola, hija, ¿puedes hablar?

Consultó su reloj de muñeca: aún quedaban unos minutos para quitarle la compresa a Sargón.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que he discutido con Diana.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Unas cosas de nuestro padre, que en paz descanse. Unas fotos que le he pedido que me mande de cuando él era joven, pero dice que no saben dónde están.

—Ya sabes que tiene problemas.

—¿Por qué siempre la defiendes?

—No, no es verdad.

—Claro que sí. Es insoportable.

Violeta no supo si se refería a su tía, o que ella siempre estuviese de su parte. La relación entre ambas hermanas había sido siempre tensa desde hacía más de veinte años. Diana reconoció que mantenía un idilio con un hombre casado y con hijos, lo que supuso que su madre, criada en un pueblo sevillano, la criticara con dureza. Diana siempre reprochó a la madre de Violeta que no intercediera para calmar las aguas.

—Hablaré con ella.

—Haz lo que quieras —dijo, con desdén.

—¿Para qué me has llamado?

Oyó el suspiro de resignación de su madre.

—No son por las fotos. Es siempre su actitud desafiante. Tampoco llama a nuestra madre. Parece que no le importa su salud.

—Ya sabes cómo es.

—Lo sé de muy buena tinta —dijo su madre—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Mejor de mi contractura.

En el momento en que terminó la frase supo que había metido la pata.

—¿Qué contractura? No me habías dicho nada.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Perdón. Se me debió pasar.

—¿Has ido al fisio, verdad? Dime que has ido al fisio. Violeta, que te conozco. Siempre te olvidas de ti misma.

—Sí, he ido, mamá…

Se alivió al pensar que en cierta forma no faltaba a la verdad. Enzo había ejercido de fisio espontáneo y había ido más allá del cumplimiento del deber, con un tratamiento íntegro. Una avalancha de imágenes sexy amenazó con nublarle la mente, así que las frenó a la espera de terminar la conversación con su madre.

—¿Cómo te la hiciste?

Descartó contarle a su madre el desmayo en el taller. ¿Para qué preocuparla más?

—Supongo que por estrés. Me están apretando mucho, y ahora el dueño es quien controla el día a día.

—¿Han echado al pelirrojo?

—No, porque es un enchufado. Lo habrán trasladado a otro departamento.

—Qué quieres que te diga, hija. Te veía más contenta cuando eras autónoma.

—Ganaba poquito, y cada trimestre venga a hacer papeleos. Acabé harta.

—Pero estabas más tranquila. Tenías los fines de semana libre. Salías, ibas al cine… ¿Estás con alguien?

—He conocido a un chico, pero estamos empezando. Demasiado pronto para pensar en temas serios.

—¿Cómo lo conociste?

—Es el hijo de uno de mis antiguos clientes, Juan Campos.

—Por fin piensas un poquito en ti. Tienes que cuidarte más. Soy una pesada, lo sé, pero como nunca me haces caso…

—Claro que sí, mamá.

—Pues llama a tu hermana. ¿Cuándo fue la última vez que hablasteis por teléfono?

—Nos enviamos mensajes.

—Mensajes, mensajes… ¡Parece que trabajáis en Correos!

Su madre afirmaba siempre que tenía oportunidad que la tecnología acabaría con la civilización.

—Bueno, la llamaré. Y hablaré también con la tía sobre las fotos.

—Ay, mi hermana, pobre. Desde que le pasó eso… Nunca volvió a ser la misma. Pensamos que cuando se casó con Mario estaba superado, y después cuando nació Isma, pero nunca ha olvidado a ese hombre casado con el que se lio.

—¿El que murió en un accidente de coche?

—De avión.

—¿De avión? No sé por qué siempre he pensado que había sido en coche.

—Pasó hace mucho tiempo, eras una adolescente. Normal que algunas cosas no las recuerdes bien. Además, ya lo sabes, a Diana no le gusta mucho hablar sobre eso. Pero ella lo pasó fatal. Cayó en una depresión y, bueno, un drama. Estaba muy enamorada.

—Sí, eso lo sé. Supongo que por eso se rompió el matrimonio con Mario.

—Yo también lo creo. Está amargada con la vida, hija. Ojalá pudiéramos ayudarla a que vea las cosas de otra manera.

Violeta se despidió de su madre con un beso y colgó el móvil. Reflexionó sobre cómo el paso del tiempo había modificado en su memoria algunos datos sobre el pasado de su tía. Violeta estaba convencida de que el hombre había fallecido en un accidente de coche, y ahora resultaba que no había sido así.

Fue a quitar la compresa de la mandíbula, y descubrió que Sargón se había quedado dormido. Le maravilló la expresión de absoluta placidez. Sin duda, el calor había cumplido su función de mejorar la circulación sanguínea. Decidió que no lo despertaría hasta pasados unos minutos más. Mientras guardaba la compresa en el armario, de repente, como un fogonazo, relacionó el accidente de avión que había cambiado la vida de su tía, con el que sufrieron los padres de Enzo.

¿Cuál es la posibilidad de conocer a dos personas que hayan perdido a un ser querido en una tragedia parecida?, pensó.

Violeta consideró de que se trataba de dos accidentes ubicados en fechas diferentes. Cualquier otra posibilidad resultaba tan descabellada que parecía inconcebible.

Sin embargo, lo que aún ignoraba era que pronto sabría la verdad del vínculo entre Diana y Enzo.

~

Con algo de retraso, Violeta se sentó en las gradas del estadio municipal de Puerta del Mar. Como cualquier otro día, coincidió con varios familiares de los compañeros de Isma. Saludó a algunos e incluso intercambió unas palabras cordiales. En el campo, el equipo de juveniles se ejercitaba con estiramientos de pies y brazos. Sonrió comprensiva al observar la cara de hastío de su primo. Detestaba el calentamiento, y estaría ansioso por jugar con el balón.

Cuando Isma tenía unos cinco o seis años, Violeta pasó unas semanas de vacaciones en su casa, junto a Diana y el que fue su marido, Mario. Justo el verano antes de que Violeta cursara el primer año en la universidad, su madre sugirió que se alejara del asfixiante calor sevillano para refrescarse en la playa.

Hasta entonces su relación con ellos se había limitado a almuerzos, Navidades, bodas y otras celebraciones familiares, donde Violeta estaba más pendiente de divertirse con gente de su edad que de su primo pequeño. Fue en aquellas dos semanas conviviendo con él cuando brotó el inmenso cariño que acabaría sintiendo. Isma, mucho más parecido en carácter a su padre, se reveló como un niño inquieto, cariñoso, y que siempre en la playa rogaba a Violeta que jugara con él al fútbol.

Sus tíos montaron una cama plegable en el dormitorio de Isma, por lo que Violeta le contaba cuentos a la hora de dormir y besaba su frente para que soñara cosas bonitas. Eran primos aunque por la diferencia de edad ella se veía ejerciendo de tía oficiosa. Y esa sensación le atrajo porque implicaba una cierta responsabilidad, de las primeras de su vida.

Se lo llevaba de paseo. Le cogía de la mano, iban al puerto y se compraban un helado de limón. Se sentaban en las mesas bajo las sombrillas, y disfrutaban del momento. Era fascinante observar cómo brillaban los ojos de Isma de pura ilusión al morder el cucurucho, y cuando el helado chorreaba por la mano, Violeta le entregaba servilletas de papel, una, dos o hasta tres, para que no se manchase la ropa. Cuando regresó a casa de sus padres, no se sorprendió al descubrir que echaba de menos a su primo.

Once años después, Isma ya era todo un hombretón, aunque para ella era aún el primo pequeño con el que paseaba y jugaba al fútbol, la única vez que había jugado a ese dichoso deporte que estaba en todas partes. Desde el campo de entrenamiento, Isma, al percatarse de la presencia de ella, saludó con la mano. Le gustaba que su familia fuera a verle y por eso ella no procuraba faltar. ¿Cuándo sería la última vez que Diana o su padre fueron a verle? Lo ignoraba.

Violeta se lo reprochó a Diana solo una vez al poco de llegar a Puerta del Mar. Acabaron discutiendo. La única vez que ambas se habían enfrentado. Al terminar, supo que intentar convencerla de que fuera con ella al estadio era como hablar con una pared. Para Violeta era incomprensible su actitud e intuyó que jamás obtendría una respuesta satisfactoria. Su tía parecía sumida en un letargo eterno del que nunca despertaría.

El móvil sonó en el bolso y soltó un respingo cuando vio el nombre de Enzo. No se lo pensó dos veces y respondió.

—¿Cómo ha ido el día en el balneario?

—Interesante, con mucho curro. Estoy molida. ¿Y en el tuyo?

—También con mucha faena. Rescatamos a unos adolescentes que se habían montado en una colchoneta y que iban a la deriva. Un peligro. Los pobres estaban temblando de miedo —y de repente cambió de tema—. A qué adivino dónde estás.

—¿Tan previsible soy?

—La verdad es que sí.

—¿Qué tal lo hace tu primo?

—Odia el calentamiento, pero en cuanto se ponga a jugar se pondrá contento.

Enzo siguió interesándose por Isma hasta que llegó el momento de revelar el motivo de la llamada.

—Violeta, quiero que nos veamos este fin de semana.

Ella sonrió e intuyó que Enzo lo había percibido.

—Vale.

—¿Estás cómoda viajando en moto?

—Mientras no vayamos a Australia…

—Conozco una playa muy bonita, cerca de un hotel escondido. Pasamos la noche del sábado allí y regresamos el domingo. ¿Qué te parece?

—Me gusta el plan.

—Hombre, es fantástico —dijo, orgulloso—. ¿Cómo está el cuello?

Violeta, inconsciente, se lo masajeó.

—Mejor, ya no me duele tanto. Tienes unas manos milagrosas.

—Te aplicaré un tratamiento intenso basado en mucho calor.

Enzo rio por lo bajo.

—No será la primera vez —dijo ella.

—Se aplicarán las veces que sean necesarias. Lo importante es que estés satisfecha.

Ahora fue ella quien rio por lo bajo.

—Sé que lo voy a estar. Tienes ya experiencia.

—Hombre, faltaría más —dijo, bromeando.

Se despidieron mandándose un beso. Violeta suspiró, radiante de felicidad. Le entraron ganas de bajar al entrenamiento y ejercitar con el equipo, así de inquieta se sentía. ¿Cuánto queda para el fin de semana? ¿Qué día es hoy? No lo sé. ¡No lo sé! Creo que es jueves pero parece lunes. ¿Cuántas horas quedan para que lo vuelva a ver? ¿Qué hora será? Basta, Violeta, pareces una chiquilla. Céntrate. Pero ¿cómo te vas a centrar si no sabes ni que día es hoy?

Oyó cómo los familiares aplaudían a su espalda y se dio cuenta de un detalle muy relevante. Si estaba con Enzo no podría acompañar a Isma al partido del siguiente domingo, a no ser que mañana o pasado inventaran la teletransportación. Hizo una mueca de disgusto, como si una herida le escociese. ¿Y si volvían muy temprano del hotel? Quizá daría tiempo o quizás no.

Voy a llamar a Enzo y decirle que mejor nos veamos el siguiente fin de semana. Sí, lo comprenderá. Espera un momento, Violeta. Siempre estás igual. Te encanta sentirse imprescindible. ¿Ya es suficiente, no? Vas a ir con Enzo este fin de semana y vas a disfrutar como una loca. Por una vez, piensa en ti.

Una media hora después, el entrenamiento había finalizado. Violeta respiró hondamente. Ahora debía contar a su primo del alma que no podría estar en las gradas en el próximo partido. ¿Cómo se lo tomará?

Lo esperó en la entrada. Isma se acercó con otros compañeros con los que bromeaba sobre cualquier tontería adolescente que veían en el móvil. Todos llevaban una sudadera y pantalones largos, el equipamiento oficial. Al ver a su prima, Isma se despidió de ellos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó a su prima, después de saludarse con un beso.

—Muy bien, pero recuerda que siempre te digo lo mismo. Tómate en serio los estiramientos. Tu cuerpo lo agradece.

—Lo sé, lo sé, prima, pero me cuesta. Son muy aburridos. Ah, el entrenador ya me ha dicho que seré titular este domingo —dijo, levantando el pulgar hacia arriba.

—Me alegro mucho.

Isma se colocó la bolsa deportiva en el hombro.

—Jugamos contra los líderes de la categoría. En mi cabeza ya lo he jugado y he marcado un gol de cabeza.

Subieron al coche de Violeta. Ella decidió que era el lugar idóneo para contárselo. Después, conduciendo sería mucho más complicado.

—Isma, hay algo que tengo que decirte.

—¿Qué pasa?

Metió las llaves en el contacto.

—No voy a poder ir al partido del domingo.

Isma resopló y después se cruzó de brazos. Se hundió en el asiento y apoyó un pie en el salpicadero.

—Joder.

—He quedado con un amigo.

Su primo le miró de perfil.

—¿El del otro día, no?

—Sí, ese.

—¿Es tu novio o qué?

—Bueno… Más o menos.

—Justo este domingo —dijo, negando con la cabeza como si no fuera capaz de creerlo.

—Iré al siguiente, te lo prometo.

Isma se encogió de hombros. Sacó el móvil del bolsillo de la sudadera y lo desbloqueó con la cara. Abrió una aplicación para compartir vídeos y reprodujo uno al azar.

—¿Me oyes? —preguntó Violeta—. Te digo que iré al siguiente.

Su primo subió el volumen del vídeo. Eran un par de chicas que bailaban al ritmo de una música de un cantante de moda. Violeta suspiró largamente. Disponía de dos caminos: arrancar el coche y fingir que no pasaba nada, o simplemente reaccionar.

Le arrebató el móvil de las manos y lo puso fuera de su alcance.

—¡Eh! ¿Qué te crees qué haces? —dijo Isma, intentando recuperarlo.

Violeta giró el cuerpo para que no pudiera recuperarlo.

—Te estoy hablando —le dijo a su primo.

—¡Dame el puto móvil! ¡No eres mi madre!

—¿Te mosqueas conmigo porque no voy al partido por una vez?

—No, me da igual. Haz lo que té de la gana con ese.

—«Ese» es mi amigo, y estoy a gusto con él. Deberías alegrarte por mí.

—¡Joder, dame el móvil!

Isma se abalanzó sobre ella y finalmente lo recuperó. Volvió de nuevo a reproducir el vídeo e ignorarla. Violeta lo miraba con una profunda desilusión. Arrancó el coche y salieron del estacionamiento.

—Llevo semanas con una contractura en el cuello, y el otro día me desmayé dando un taller. Estuve inconsciente unos segundos. ¿Sabes lo que es eso? Tu cuerpo te habla y te dice que no está bien. No puedo hacer como que no ha pasado nada.

Evocó de nuevo el ejemplo que le había contado Nora. Primero se coloca uno la mascarilla de oxígeno para tomar aire, después se la coloca al que lo necesita. Ahora se lo debía explicar a su primo para que lo comprendiese.

—Necesito un tiempo para mí, para estar bien. Imagina que tienes una lesión muscular en el gemelo en un partido, ¿a qué el siguiente descansas para estar bien? Pues eso es lo que voy a hacer yo. ¿Lo comprendes, eh?

Isma seguía concentrado en la pantallita. Violeta se detuvo en un semáforo en rojo y se giró hacia él. Estuvo a punto de decirle que era un egoísta, pero decidió que no merecía la pena. ¿Por qué todo el mundo quería un trozo de ella?

CAPÍTULO 12

La jubilación de Juan desembocó en nuevas rutinas. Junto a Ron salía de casa en cuanto el sol aparecía entre las espesas nubes, compraba el periódico y lo leía en casa mientras desayunaba un café solo con magdalenas. Qué placidez disponer del día para uno mismo. El tiempo se había vuelto un aliado en lugar de un enemigo.

Iris y Arturo se iban a trabajar y disponía de la casa para él solo durante un rato hasta que llegaba Yarina. Sería injusto decir que no echaba de menos el Paraíso, pero que sus nietos estuvieran a punto de abrir un autocine ayudaba a sobrellevar la nostalgia. Lo único con lo que debía tener cuidado era evitar acercarse al cine, puesto que sabía, sin ningún género de duda, que se le rompería el corazón verlo cerrado y, en el futuro, convertido en una tienda de ropa.

Otro de los pasatiempos de la nueva etapa de Juan fue el asistir a la reunión anual de propietarios de la urbanización. A pesar de que en el pasado había sido una fuente espantosa de conflictos, en esta última conversó con agrado con vecinos antiguos y otros nuevos. Además, como el mandato del presidente había expirado y nadie parecía por la labor de presentarse, Juan pensó que sería interesante poner al servicio de su comunidad lo aprendido en la gestión del cine durante tantos años. Así pues, se anunció como candidato y fue elegido por unanimidad, al ser alguien con sobrada experiencia para el puesto.

Como no podía ser de otra forma, Juan se lo tomó en serio, y dedicaba un par de horas diarias a estudiar contratos y facturas para encontrar empresas que hicieran el mismo trabajo, aunque con un coste menor. Alguna tarde que otra se iba a la oficina del administrador con una lista de preguntas de toda índole. Todo el trajín le ayudaba a sentirse útil y evitaba que su mente se acomodase. Al verlo tan aplicado, un día Arturo bromeó diciendo que el siguiente paso sería convertirse en alcalde de Puerta del Mar.

Este retiro dorado a veces se veía empañado por la sombra de Diana Gómez. Como seguía sin disponer de móvil, Yarina era quien contestaba el fijo de casa por las mañanas. Más de una vez avisó a Juan de que Diana llamaba deseando hablar con él. Sin embargo, él siempre se mantuvo en sus trece de no acceder a su petición, ya que se imaginaba que exigiría dinero.

En el momento en que liberó a sus nietos del secreto que lo atenazaba desde tiempo atrás, decidió que su relación con ella había tocado a su fin. Dedujo que Diana anhelaba exprimirle de cualquier otra forma, así que decidió no ofrecerle ni siquiera la oportunidad de comunicarse con él. Esa mujer había sido importante para su hijo, pero estaba convencido de que si Pablo hubiera sabido que ella sacaría ventaja de su relación a costa de la familia, jamás habrían sido amantes.

Ojalá que no suceda nada parecido ni con Arturo ni con Darío, se dijo una vez frente a la tumba del amor de su vida, Sofía.

La llegada de Iris y Luz había sido un soplo de viento fresco en la familia Campos. Resultaba

sorprendente cómo habían cambiado a Arturo y Darío, sobre todo a este último. En la boda del año próximo, se sentiría tan lleno de felicidad que temía que alguna que otra lagrimita se le escaparía. Solo había llorado en dos ocasiones en su vida: al final de una película de Charles Chaplin llamada «Candilejas» y cuando murió Sofía. Sin embargo, las lágrimas en las bodas eran fruto de la dicha y de esas no recordaba un momento en que estuvieran presentes. La boda entre Luz y Darío podía ser una excelente oportunidad para redimirse.

Y luego estaba su bisnieta Alma. Cuando venía de visita se convertía enseguida en la alegría de la casa y en el centro de todas las atenciones. Era increíble cómo una risa inocente puede cambiar la atmósfera de un lugar. Si Dios estaba de acuerdo dispondría de tiempo suficiente para inculcarla el amor al cine, para que de mayor supiera apreciar las películas de verdad y no esas porquerías actuales de superhéroes americanos. En unos tres o cuatro años empezaría por «Los Goonies», «E.T.» y «El secreto de la pirámide». Sin duda, se instalarían en su corazón para siempre.

Desde su dormitorio bajó con calma a sentarse en la terraza. El sol se ocultaría a eso de las siete y le agradaba envolverse con los últimos rayos del día. Se había cortado una porción de bizcocho casero y se lo comía con fruición dejando que algunas migas cayeran sobre la ropa. Desde luego la ucraniana tenía una mano bendita para los postres. Precisamente, ella se había marchado a primera hora de la tarde, y Arturo e Iris vete a saber lo que estaban haciendo. El jardín estaba precioso: cortado como una alfombra, rodeado de un seto tupido que preservaba la intimidad. Una fila de macetas con buganvillas enriquecía el colorido del jardín y perfumaba el ambiente.

Al poco, oyó el ruido lejano de un coche que le resultó familiar. Ese es el jeep de Enzo, se dijo, sonriendo porque vería a su nieto. No habrían pasado más de cinco minutos cuando Enzo salió a la terraza y saludó a su abuelo con un beso en la mejilla. Llevaba en la mano un refresco de cola, cogido de la cocina. Dijo que acababa de salir de Salvamento, pero que le había apetecido una parada «técnica» para ver qué tal estaba. Su expresión seria transmitía otra jornada dura en alta mar. Además, Enzo confesó que había dormido regular, y que estaba deseando coger la cama.

—Necesito estar descansado para este finde. Hola, Ron —dijo cuando vio a aparecer al perro.

—¿Y eso? —preguntó Juan, y después engulló el último trozo de bizcocho.

—Voy a salir con Violeta, tu antigua fisio.

Juan empezó a toser. El bizcocho se le había atragantado. Cuando ya había perdido la esperanza de que esa chica tan agradable y profesional saliera con Enzo, ¡zas!, llega la sorpresa. Normal que se atragantara. Su nieto le pasó el refresco para que humedeciera la garganta.

—Me gusta esa chica —Y pensó que a Sofía también le hubiese gustado—. ¿Cómo está?

—Con mucho curro en el balneario.

—¿Adónde la vas a llevar?

—A un hotelito a las afueras.

—Hijo, a ver si esta vez te portas.

—Abuelo, por favor, que soy un trozo de pan.

—Ya es hora de sentar la cabeza. ¿A qué sí, Ron?

El perro ladró dos veces, y su abuelo hizo un gesto con la mano como indicando que llevaba razón.

—De momento somos amigos.

—Así empezamos tu abuela y yo. ¿Te lo he contado alguna vez?

—Sí, que os conocisteis en un bar al ella iba mucho.

—Lo que nunca dije es que antes tenía un novio muy estirado, de esos que siempre se peinan con gomina hasta para ir al baño. Pues bien, una vez en un día de estreno ellos fueron al Paraíso, me dieron la entrada y yo les acomodé en butacas diferentes, lo más alejadas posibles. El novio se quejaba diciendo que las habían pedido juntas, y entonces yo decía que era una confusión y que devolveríamos el dinero. Ay, hijo, qué tiempos aquellos —dijo, alzando las manos.

La razón por la que se había pasado por casa era para hablar de un tema delicado con su abuelo, así que agradeció que se encontrara de buen humor. Bebió un trago del refresco y se removió en la silla de bambú con un cojín. Con el paso del tiempo el juego de mesa y sillas habían perdido color, pero eran toda una institución en la familia Campos.

—Abuelo…

—Dime, Enzo.

—Hay algo…

Justo en ese instante salieron Iris y Arturo a la terraza. Ambos llevaban unos platitos con patatas fritas y aceitunas para alegrar la tarde otoñal. La luz se teñía del crepúsculo y la temperatura era agradable, casi primaveral. Su hermano y su cuñada empezaron a hablarle de la inminente inauguración del Nuevo Paraíso. Su abuelo estaba informado porque a diario le contaban las últimas novedades.

Enzo se dijo que debía esperar a preguntarle más tarde por el momento en que su padre le confesó que se iba a divorciar de su madre.

—¡Abrimos en un mes! —exclamó Iris.

—¿Ya? —dijo Enzo, asombrado.

—Las obras van de puta madre, tío —dijo Arturo, cogiéndole del brazo—. Estamos barajando dos fechas a finales de noviembre.

Arturo le enseñó un vídeo que había grabado con un dron. Con una calidad espectacular, se mostraba una panorámica elevada de la explanada donde estacionarían los coches. Ya estaba asfaltada y relucía como nueva. La estructura que daría cobijo a la pantalla ya estaba montada y se veía sólida como una roca. Justo enfrente, las cabinas de proyección se habían pintado de nuevo, así como el edificio que albergaría el restaurante.

—Ya solo queda lo esencial para abrir —dijo Arturo.

—El equipo de radio para transmitir el sonido de la peli para que los coches capten el dial —añadió Iris—. Y también instalaremos altavoces externos para quien no tenga radio en el coche o no quiera.

—Esto va a ser grande, hermano.

—Seguro que sí —dijo Enzo—. Por la cuenta que nos trae.

—No te preocupes. Iris lo tiene controlado. Las cuentas están perfectas. Estamos respetando el presupuesto.

Juan asentía complacido, apoyando las manos sobre el bastón. Le habían pedido que eligiera la película para el gran estreno, pero él sugirió un programa doble, es decir, dos películas por el precio de una. Como cuando en su tiempo abrieron el Paraíso, según le había contado su padre.

—Además, cuando queden un par de semanas para la inauguración voy a llamar a Mónica Vélez, la periodista que nos hizo el reportaje en el diario Sol. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —dijo Enzo.

Ron pisó el jardín, ahuyentó un gato y regresó a la terraza satisfecho por la misión cumplida. Juan le acarició la cabeza para regocijo del can.

—Le enviaremos un par de entradas para que venga y escriba un reportaje o lo que sea —dijo

Iris.

—Qué gran idea, chicos —dijo Enzo—. Un poco de publicidad será genial.

—Tengo un buen presentimiento con esto, hermano —dijo, agitando el puño en el aire—. Ya verás, lo vamos a petar.

Enzo pensó en lo curioso de la situación. Mientras que Arturo e Iris miraban hacia el futuro, a él le intrigaba el pasado. Y su abuelo era el inquebrantable puente de unión entre uno y otro.

—Ya tenemos un eslogan. ¿Quieres oírlo? —preguntó Iris —.

—Claro —dijo Enzo.

—«Vive la experiencia del cine bajo las estrellas».

—Me gusta. Suena bien.

—Pues se la ha ocurrido a ella solita —dijo Arturo, cogiéndola de la mano.

Su abuelo se inclinó hacia Enzo.

—¿Querías decirme algo?

Al ser un asunto delicado, Enzo prefería hablar a solas con su abuelo, así que salió del paso para que ni Arturo ni Iris se sintieran incómodos. Tenía presente la conversación con su hermano en el billar. A él no le interesaba el pasado.

—No corre prisa, luego hablamos.

Iris y Arturo continuaron hablando sobre el autocine. Le enseñaron el logotipo que habían encargado a una agencia local. Un círculo en blanco que representaba la pantalla de cine, y «Nuevo Paraíso» escrito con una tipografía moderna y de color amarillo que representaba el sol de Málaga. A Enzo le encantó el diseño. Por primera vez sintió el vértigo de un negocio suyo que estaba a punto de abrir, en el que todos se jugaban mucho.

—¿Vais a contratar a Rosa y Elena? —preguntó Juan.

—Rosa encontró otro trabajo en un casino, y de momento está contenta. Elena dice que estaría encantada, de hecho no para de preguntarnos que cuándo empieza.

—Qué bien —dijo Juan, sin disimular su alivio—. Me alegro de que forme parte. Es muy buena trabajadora y persona.

Unos minutos más tarde, Enzo y Juan se quedaron a solas. Iris y Arturo se habían marchado a una reunión en el polígono industrial con un distribuidor de alimentos y bebidas. Por fin, hablarían de eso que rondaba la cabeza de Enzo desde hacía semanas.

—Abuelo, quiero saber más sobre una cosa del pasado. Si es doloroso recordarlo, no lo hablaremos.

—¿Sobre qué?

—La decisión de mi padre de divorciarse.

—Ah —dijo, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué es lo quieres saber?

—Todo.

Juan se recostó sobre el asiento de la silla de mimbre, jugueteó con el bastón y miró hacia el jardín, como si allí flotaran los recuerdos de toda una vida.



«Recuerdo que era abril de 1998. Pasabais la Semana Santa con nosotros. Tú tenías unos cinco o seis años, ¿verdad? Arturo unos ocho o nueve, y Darío once o doce. Como siempre, Sofía y yo estábamos muy contentos de la visita. Nos encantaba que la casa se llenara de risas y jaleo, porque menos en verano y Navidades había mucho silencio en la casa. Estabais en una edad en la que todo impresionaba y os encantaba pasar las tardes en el cine. No había quien os apartara del

cine ni con agua caliente. Y venga a comer palomitas, refrescos, golosinas…

Aquí, tu madre se dedicaba un poco más a vosotros que vuestro padre, porque el trabajo en el periódico le ocupaba muchas horas, así que en vacaciones quería resarciros. Pero era tanta la ilusión que brillaba en vuestras caras cuando pisabais el Paraíso que le rompía el corazón ser la «mala» de la película, así que os dejaba hacer.

Sofía y tu madre se llevaban muy bien para ser suegra-hija política. Por las tardes, se iban a tomar algo por el puerto a solas o con las amigas de Sofía. Después se pasaban por el cine a recogeros. Aprovechando que nadie estaba en casa, tu padre seguía estudiando para las oposiciones de funcionario del Estado. Estudiaba en su antigua habitación, la que después sería la de Darío. Se lo tomaba muy en serio, como un trabajo. Mañana y tarde. Tarde o temprano, estaba decidido a sacarlas. Así era tu padre cuando se marcaba un objetivo: lo tenía entre ceja y ceja.

Al principio de esos días, Sofía me dijo que notaba algo extraño entre tus padres. Yo, claro, le dije que estaba exagerando. ¡Cuánta razón tenía tu abuela! Yo les veía igual que siempre pero está claro que algo se me escapaba. Lo he pensado muchas veces a lo largo del tiempo y es posible que no quisiera ver lo evidente. Por ejemplo, que no se tocaban, pero no caí en la cuenta hasta mucho después, cuando todo había terminado entre ellos.

Como tu abuela no podía estarse quieta, acabó preguntando a Giorgia si habían discutido. Ella dijo que tenían algunos problemas pero que estaban trabajando para arreglarlos. Que aún se querían. Tu abuela se quedó intranquila. Hasta ese momento ni ella ni yo habíamos vivido de cerca un divorcio, y además con hijos pequeños, pero intuimos que sería un problema muy serio. De alguna u otra manera, todos sufriríamos.

Entonces llegó la noche del estreno de «Shakespeare in love». Nunca se me olvidará esa noche. ¿La has visto? La actriz protagonista, Gwyneth Paltrow, ganó un Óscar. Fue una película que arrasó en taquilla, como casi todas las románticas de época. A veces teníamos que estrenar películas comerciales para subsistir. Tuve que pelearme con los distribuidores para que me dejaran estrenarla. Decían que no les gustaba un cine pequeño y de autor. ¡El Paraíso, pequeño! En fin…

Cuando terminó la proyección, abrimos las puertas y nos quedamos estudiando las caras del público. Vimos sonrisas lo que significaba que la película había gustado y eso me alegró el ánimo. Me asomé para asegurarme de que todos se habían marchado, y así que el equipo de limpieza pudiera iniciar la faena.

Solo quedaba una persona. Estaba sentada en la última fila mirando hacia la pantalla en blanco.

A veces pasa, alguien conmovido por la película necesita unos minutos más para volver a la realidad. El cine te envuelve como en una nube de algodón que ansias que sea eterna. Me acerqué para solicitar con amabilidad que se marchara cuando descubrí que se trataba de tu madre. Su melena rubia era inconfundible.

Me sorprendió. Tu madre nunca había sido tan apasionada del cine hasta el punto de acudir sola. Al menos que yo supiera. Al acercarme entre los asientos ella se giró hacia mí. Me sonrió. Pero nunca en mi vida había visto una sonrisa tan triste. Tenía las mejillas enrojecidas por haber llorado.

Pues sí que le ha gustado la película. Fue lo primero que pensé.

Saqué mi pañuelo de tela que siempre llevo en el bolsillo de mi pantalón y se lo tendí. Ella lo cogió y se secó los ojos. Aún no habían encendido el resto de las luces y estábamos envueltos en la penumbra.

—Qué bonita es la historia, ¿verdad? —le pregunté, pensando que se había emocionado por el final de la película.

Ella tomó aire y me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Me ha pedido el divorcio —dijo con voz frágil.

Recuerdo que me incliné hacia ella. Creí que la había escuchado mal. ¿Cómo? ¿Divorcio? ¿De qué estaba hablando?

—¿Pablo? —dije, absolutamente desconcertado.

Sentí que el suelo se tambaleaba, así que me senté a su lado, aunque más bien me dejé caer. Fue como si algo estallase en mil pedazos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Tu madre seguía secándose las lágrimas, incluso el rímel se le había descorrido.

—Se ha enamorado de otra —susurró.

Suspiré. Fue como si un telón de repente se viniera abajo para mostrar algo que llevaba oculto mucho tiempo.

—No puede ser, imposible.

Ella asintió, tampoco daba crédito a lo sucedido.

—Es lo que me ha dicho —dijo, encogiéndose de hombros.

Era absurdo preguntarle a tu madre cómo se sentía, pero tuve la necesidad de decirle algo positivo, y le dije que tal vez se podía arreglar.

—Lo dudo mucho —dijo, y se guardó el pañuelo en el bolso:—Está húmedo. Lo lavo y te lo devuelvo.

—No te preocupes por eso —dije, y me lo entregó.

—Es un pañuelo muy bonito. Tiene tus iniciales.

—Fue un regalo de Sofía.

De repente, las luces se encendieron por completo y nos quedamos en silencio. Yo ya no sabía qué decirle a tu madre para consolarla. A veces es mejor aceptar los hechos con toda su crudeza. Pensé en vosotros y en lo que se os venía encima. Supongo que vuestra madre también. A los pocos minutos, nos levantamos y nos fuimos a casa».

Enzo no pudo evitar un nudo en la garganta. Así que ese fue el momento en que todo se vino abajo, pensó. Y ahora el Paraíso no existe, ni mi madre, ni mi padre.

Resultaba abrumador enterarse de ese momento entre su abuelo y su madre casi veinticinco años después. ¿Por qué no se lo había contado antes? Enseguida cayó en que su abuelo prefirió conservar en los tres hermanos el recuerdo de un matrimonio feliz.

—Cuando te pedimos que nos dijeras la verdad sobre nuestros padres, aseguraste que nuestro padre te había confirmado que… estaba con otra persona —dijo Enzo, incapaz de pronunciar el nombre de Diana.

—Así es. Fue esa misma noche —dijo, asintiendo con la cabeza.

«Al llegar a casa ya era de noche. Noté el ambiente cargado o quizá solo era mi impresión. Vosotros ya estabais dormidos. Intercambié una mirada con tu padre y él supo que ya lo sabía. Subí al dormitorio y se lo conté a la abuela. Imagina su reacción. Tampoco se lo creía. Tuvo que tomar una pastilla para dormir.

No recuerdo lo que pasó justo después, pero sí recuerdo hablar con tu padre a altas horas de la madrugada. Los dos solos en el salón, sentados a la mesa, casi como estamos tú y yo ahora, pero hablando en voz baja.

—¿Te lo has pensado bien? Hijo, recapacita, date un tiempo, piensa en tus hijos. ¿Para qué precipitarse?

—Papá está decidido. Han sido dieciséis años maravillosos pero he conocido a otra persona. ¿Qué hago, finjo el resto de mi vida? ¿Es eso lo que merezco?

—¿Pero quién es si puede saberse?

—Se llama Diana. Es una vecina de donde vivimos en Madrid.

—¿Me estás diciendo que vas a dejar a la madre de tus hijos por una mujer que acabas de conocer?

—La conozco hace seis meses, no seis días. Papá, ¿de qué lado estás?

—Esa pregunta no es justa, aun así te la responderé. Del lado de la familia.

—Ahora no me vengas con esas, tu prioridad siempre fue el dichoso cine. Lo trataste mejor que a mí.

Recuerdo que me quedé sin palabras. Enzo, aún me duele esa acusación. Intenté defenderme como pude.

—Eso no es verdad. Me he sacrificado por ti en muchas ocasiones.

—Venga ya, papá. No hacías más que trabajar los fines de semana. Todos. Jamás salió de ti que hiciéramos algo juntos.

—¿Te ha ido tan mal en la vida?

—No quiero que me des lecciones de moral. Buenas noches.

Se levantó de la mesa, pero le cogí de la muñeca. Aún tenía algo que decirle.

—¿Se supone que he de quedarme de brazos cruzados viendo cómo todo se funde a negro? —le pregunté.

—La vida continúa. Habrá cambios y serán muy duros al principio. Pero siempre querré a mis hijos con todo mi corazón. Eso es lo importante.

Me di cuenta de que la situación era irremediable. Tu padre estaba decidido a dar el paso. Levanté las manos, como si me rindiera.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Tu padre se volvió a sentar. Por primera vez sonrió.

—Que trates tan bien a Diana como siempre has tratado a Giorgia. Ya verás que es una buena mujer.

Le di unas palmadas en el hombro.

—Está bien. Así lo haré, hijo».

~

Enzo se marchó de la casa de su abuelo con una mezcla de sensaciones contradictorias. Subió al jeep, metió las llaves en el contacto y arrancó el motor. Cuando todo estalló, él apenas era un niño pequeño y, desde entonces, en su mente siempre se había instalado un magma indescifrable. El periodo de tiempo de abril hasta noviembre de 1998, cuando fallecieron sus padres, se había perdido en su memoria. Pero después de hablar con su abuelo y de rellenar algunos huecos, no estaba seguro de si su ánimo se encontraba mejor o peor. ¿Debía culpar a su padre por el divorcio? ¿O a su madre? ¿Quién era esa tal Diana para que su padre decidiera divorciarse?

Sintió aún más la necesidad de conocerla. Sí, la llamaría y quedaría con ella. La vería con sus propios ojos. Ella había sido la amante de su padre. Debía de haberlo conocido bien. Ella le contaría más detalles de su relación. No entendía por qué sus hermanos no querían saber nada. Era mejor conocer la historia desde todos los ángulos posibles. Soy el hijo de Pablo Campos y me gustaría que nos viéramos. ¿Para qué? Para que me hables de mi padre.

Se colocó el cinturón, puso primera y pisó el acelerador. Pensó en el amor, en cómo unía a

las personas pero también en muchas ocasiones las desunía. Sus abuelos habían formado un matrimonio inquebrantable, pero sus padres no. ¿Qué pasaría con sus hermanos en el futuro? Era como si Arturo hubiera encontrado en Iris la horma de su zapato, y Darío había recuperado a Luz, su amor platónico de la adolescencia. Nadie sabía nada y, sin embargo, todos se centraban en disfrutar del amor. Pensó en Violeta y en las enormes ganas de acariciar su cabello ensortijado. Necesitaba estrecharla entre sus brazos. Besarla. Nunca le había sucedido antes con ninguna otra mujer. ¿Se estaría enamorando?

CAPÍTULO 13

En el balneario, Violeta no se podía quitar de la cabeza las manos de Enzo. Ásperas por las exigencias de trabajar en el mar, aunque también ágiles y poderosas. La habían dominado de arriba a abajo, desde el cráneo hasta las falanges. Y esa noche, dondequiera que se encontrasen, volverían a moldear con ansia su cuerpo. Sin lugar a dudas, nadie la había tratado tan bien como Enzo Campos.

Él no se había explayado en los detalles de su escapada romántica, así que Violeta había preparado una mochila con lo indispensable. Un cepillo de dientes, crema hidratante, desodorante, protector solar, maquillaje y el perfume regalado por Nora. Supuso que sería más cómodo que viajar con una maleta, ya que le dijo que irían en moto.

Cuando marquen las seis en punto, me marcho, se dijo. Esta vez nada de quedarme más tiempo en el balneario.

Como era habitual, empezó la jornada por la mañana revisando los informes de sus pacientes y después preparando las clases de tratamiento grupales, donde sobre todo se centrarían en los cuidados de la espalda. Siempre había alguien que necesitaba una ayuda extra para ejercitarse y a ella le gustaba saber quién era antes de empezar.

Al poco de empezar, su móvil vibró fugazmente. Un mensaje. Incapaz de posponerlo, comprobó que se trataba de la ONG. «Un voluntario de los que reciben a los inmigrantes en el puerto ha enfermado. ¿Puedes sustituirlo mañana? Te necesitamos, Violeta».

Dejó el móvil a un lado diciéndose que ya respondería después. ¿Mañana? Parecía que todo sucedía «mañana», el partido de su primo, la sustitución del voluntario, el finde romántico… El mundo se confabulaba para que todo sucediera «mañana». Procuró concentrarse en el ordenador, en la serie de ejercicios con pelota que harían sus pacientes mayores, sin embargo, sentía un irritante cosquilleo. Solo de pensar en todas aquellas personas hacinadas en el bote, luchando por su vida… Si accedía a la petición de la ONG podría acudir al partido de su primo por la mañana. Imaginó la reacción de Enzo si le pidiese aplazar el finde romántico. Solo de pensarlo volvía la tensión en el cuello.

Escribió un mensaje a la ONG en el que se excusó diciendo que le era imposible. Dejó el móvil sobre la mesa como si le quemase. Ya estaba hecho. ¿No había sido tan difícil, verdad, Violeta? ¿Entonces porque te sientes tan extraña y vacía?

El resto de la mañana se desarrolló con normalidad. El grupo era muy apañado y variopinto, y disfrutaron de los ejercicios terapéuticos de baja discapacidad con buen humor. Fue bonito cuando los clientes al final agradecieron su ayuda, algunos en inglés y otros en un español precario.

Después de almorzar en el comedor de personal, una pequeña sala con varias máquinas

expendedoras de bebidas y tentempiés, volvió a la sala de rehabilitación. Al poco, llegó su querida Nora Murphy envuelta en el albornoz del balneario y calzando unas cómodas pantuflas. Llevaba el cabello morado recogido en un pañuelo de color rosa. Arrastró los pasos hacia la camilla. Lanzó un suspiro profundo y después hizo un mohín de disgusto.

—¿Qué ocurre, Nora?

—Ay, otra vez las molestias por todas partes. Como los coches, necesito una buena puesta a punto.

—¿Cómo está el brazo?

—Mejor —dijo, moviéndolo de arriba a abajo—, aunque todavía no puedo subirlo hasta lo máximo.

Violeta pensó que quizá el brazo había alcanzado el límite de su mejoría. Le pidió que se bajara el albornoz, y empezó aplicando un masaje para estimular la circulación.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Violeta.

—¡Peor! Se cayó en casa y se rompió un hueso de un dedo del pie. Si es que parece que la ha mirado un tuerto.

—Pobrecita.

—Esperaba quedarme una semana más, pero tengo que adelantar mi viaje a Birmingham. No me queda otro remedio. Mi hermana me necesita.

—Lo comprendo, Nora. Te voy a recetar unos ejercicios para que los hagas en casa, ¿vale? No te llevarán mucho tiempo. Ya lo verás, son muy fáciles.

—Tú mandas —dijo, entornando los ojos—. Ah, como me voy mañana, había pensado que por la tarde me dieras una sesión de calor. Tengo los músculos de la espalda muy tensos.

Violeta dio un paso atrás.

—¿Esta tarde?

—¿Puedes, verdad? Te necesito, cariño. Eres la mejor —dijo, con unos ojos tiernos.

—No sé si voy a estar disponible —dijo, retomando el masaje—. Tengo la agenda ocupada hasta última hora.

—Violeta, *I need you, darling*. Eres la mejor fisio del mundo y tus cuidados son geniales. Ayúdame.

Se sintió invadida de nuevo por la compasión. Ese sentimiento que la había acompañado desde que ayudó a Pedro a recuperarse del accidente, y que había marcado su destino profesional. Sin embargo, necesitaba bajar la dosis para que su vida no dependiera de ella.

—Nora, no me lo pongas difícil, por favor.

—Solo cinco minutos más.

Que se convierten en una hora, pensó Violeta.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste de usar primero la mascarilla del avión para después poner la mascarilla a otro? Pues eso es lo que voy a hacer este fin de semana.

Nora asintió con la cabeza, comprensiva. Incluso se reprochó haberla puesto en una situación incómoda.

—¿Es ese chico, verdad? ¿Cómo se llama, Enzo?

—Me esperará a la salida.

—Haces bien, querida. La vida no solo es trabajo. Si yo tuviera tu edad, haría lo mismo. ¿Ya te pusiste el perfume que te regalé?

Hacía ya una semana desde el regalo y ya había desbancado a su perfume de toda la vida.

—Creo que antes de que se me acabe, encargaré otro.

—Me he pasado media vida pisando perfumerías de todos los aeropuertos de medio mundo.

Cuando me reencarne, trabajaré de dependienta en una de ellas.

Quedaba una media hora para que terminara su turno, cuando un compañero la avisó de que Moisés quería hablar con ella en su despacho. Se encontraba a solas, puesto que sus pacientes ya se habían marchado y ella estaba actualizando los informes en el ordenador. Sospechó en el acto de que no sería una reunión agradable. Resultaba infrecuente las conversaciones con el jefe a última hora de la tarde.

Cerró la tapa del portátil y salió de la sala. Consultó el reloj del móvil. Recorrió el pasillo pensando en que Enzo ya se habría puesto en camino para recogerla. Con toda probabilidad, enviaría un mensaje en cuanto llegara al balneario. La jornada se había desarrollado con calma. ¿Terminaría de igual manera?

Llamó a la puerta y entró después de oír al jefe diciendo pase, pase. Moisés estaba sentado en su escritorio, escribiendo a mano con una pluma estilográfica. Vestía con una chaqueta algo estrecha, y tenía abierto el cuello de la camisa donde asomaba un matojo de vello rojizo. Sin alzar la vista señaló la silla con un dedo y Violeta se sentó procurando no sentirse intimidada. La recargada lámpara del techo arrojaba una luz fría e impersonal.

Moisés dejó de escribir, guardó la cuartilla en un cajón y rompió un sobre en varios pedazos, que terminaron en la papelera. Una honda arruga se marcaba entre ceja y ceja. No, el jefe no era precisamente la alegría de la huerta.

—¿Conoce la historia de la fundación del balneario Del Sol? —preguntó, clavando sus ojos en ella.

—La verdad es que no —respondió, sorprendida.

Moisés se echó hacia atrás sobre la silla.

—Corría el año 1983 cuando una noche, viviendo en casa de mis padres, tuve un sueño. Hasta entonces yo no creía en los sueños como fuente de revelación de autoconocimiento, pero esa noche mi vida dio un giro radical. Soñé con un edificio en el que entraba y salía mucha gente, como un hotel, y la gente me saludaba al entrar y se despedía al marcharse diciendo que volvería. Al día siguiente mis padres volvieron de un balneario en Madrid y se quejaban de que no hubiese uno en Puerta del Mar. Como es lógico, me quedé de piedra. Un mes después compré un terreno y con estas manos —Gruesas y callosas, las extendió sobre la mesa con las palmas hacia arriba— empecé a construir yo solo el balneario, ladrillo a ladrillo, durante cinco años.

Violeta se cruzó de piernas, y se preguntó adónde quería llegar con esa breve historia de un hombre que se hace a sí mismo.

—Después contraté a una cuadrilla de albañiles, pero durante esos cinco años trabajé de sol a sol, todos los días, con lluvia, frío y calor. Solo. No fue fácil, ¿eh? Pero lo logré y hoy el balneario es lo que es gracias a mi esfuerzo y constancia —dijo, y sonrió curvando los labios un par de milímetros—. De ahí que cuando contrato a alguien espero lo mismo. ¿Ves por dónde voy? Ya lo hablamos la otra vez, hace dos semanas, ¿verdad?

—¿Lo de trabajar en mis días libres?

—Lo de ayudar al balneario, mejor dicho. Y ahora es una ocasión magnífica. La clienta… —Rebuscó entre sus papeles y después se puso las gafas—… Sra. Murphy, que es una de las habituales, pidió una sesión de terapia, ¿correcto?

—¿Se ha quejado?

—No, pero nos ha solicitado un sustituto, y hoy no tenemos a nadie disponible a esta hora. Eres la única.

Violeta sintió una fuerte tensión en el cuello. Reunió toda la energía de la que fue capaz para sobreponerse a las emociones que originaba la petición de su jefe. Enzo le estaría esperando.

¿Qué le iba a decir?

—Ella es un encanto pero lo siento, no puedo. Tengo planes —dijo, y sintió que se quitaba un peso de encima.

Moisés suspiró pesadamente y se levantó, rodeando el escritorio. Era un hombre alto y corpulento. La miró con fijeza y Violeta pensó que no se contentaría con una negativa. Se agarró a los reposabrazos de la silla. Por primera vez, tuvo miedo.

Moisés, lentamente, juntó las palmas de la mano, esas con las que había puesto los primeros ladrillos del balneario, y se dirigió a ella.

—Te lo ruego, Violeta. Ella te necesita y nosotros también —dijo con una voz desesperada.

Ella se quedó tan sorprendida por su reacción que no supo qué decir. Había esperado un arranque de ira, como unos gritos, golpes sobre la mesa o, peor, la amenaza del despido. Jamás una súplica.

—Su brazo necesita mucha terapia, ya lo sabes —dijo Moisés—. Por favor, por favor y por favor.

Nora la necesitaba. Todos en el balneario la necesitaban, incluido Moisés. Había elegido su profesión para ayudar a los demás. ¿Cuál era el sentido de su vida si se negaba a hacerlo? Notó cómo un muro se derrumbaba en su interior.

—Está bien, me quedo —dijo ella.

Moisés agitó los puños en señal de victoria y después se acercó a ella para estrecharle la mano efusivamente. Le dijo que abonarían en su nómina el tiempo que haría de más. Violeta sonrió con cierta desilusión y salió del despacho.

Enseguida Enzo ocupó su pensamiento. ¿Qué he hecho? ¿Qué voy a decirle ahora? En el móvil, leyó un mensaje de él: «Ya estoy fuera, esperándote. Con ganas de verte!». El mundo se le cayó encima. Pero Enzo debía entenderla. Ella tenía compromisos, obligaciones. Ya habría otro fin de semana; el siguiente o el otro. Lo primero es lo primero. Ayudar a los demás.

Cruzó el vestíbulo y a través de los grandes ventanales vio a Enzo. Sintió pena por él. Estaba sentado sobre la imponente moto, consultando el móvil. Vestía con una cazadora de motero, pantalones a juego con varios bolsillos y calzaba unas botas oscuras. El cielo se extendía poblado de nubes finas, como islas de algodón a la deriva, y una banda de pájaros volaba hacia el este.

Mientras se acercaba a él se mordía los labios. Imaginó su decepción y se dijo que debía aguantar. Le entraron ganas de fumar para calmar su ansiedad. De pronto, Enzo se giró hacia ella, sonrió y se bajó de la moto.

—Espera, tengo algo que decirte —dijo ella, sintiendo que las manos le sudaban.

Sin darle tiempo a más, Enzo le pasó una mano por la cintura, la otra por el hombro y la atrajo hacia sí para besarla. Ella cerró los ojos y se entregó al beso. Fue largo y ardiente. El sabor de Enzo corrió por todo su cuerpo y se detuvo en su corazón.

—¿Hace cuántos días que no nos vemos? —susurró Enzo—. Me han parecido siglos.

—Yo… algo… decirte… —balbuceó.

—¿Me quieres decir algo?

Ella asintió y después tomó su rostro entre sus manos y devoró su boca de nuevo. Esos hermosos labios parecían de caramelo, ya que no se cansaba de degustarlos. Una vocecita interior le dijo: piensa en ti, Violeta.

—Lo que te quiero decir es que se nos hace tarde —dijo, sonriendo—. Voy a por la mochila y nos vamos.

—Te espero.

Regresó al balneario sabiendo que lo que necesitaba para su salud era Enzo. Lo lamentaba

por Moisés y Nora, pero ella también debía cuidarse. Ya no podía aplazarlo más.



La luz tenue y sedosa del crepúsculo se proyectaba sobre toda la costa, como una especie de halo mágica y eterno. Sobre la potente moto, Violeta se agarró con más fuerza al pecho de Enzo. Su corazón palpitaba al ritmo de la velocidad. En las curvas pronunciadas, se quedaba sin aliento al inclinar el cuerpo. Desconocía el hotel al que se dirigían, pero ¿a quién le importaba? Lo que contaba era que estaban juntos y que juntos pasarían las horas siguientes.

A su izquierda el mar, vibrante e inmenso, les acompañaba en la travesía. Hasta donde alcanzaba la vista, parecía un fabuloso y prístino espejo del cielo, y a lo lejos en el horizonte desdibujado se apreciaba la silueta montañosa de Marruecos y, hacia el este, la de Argelia. Violeta se preguntó cómo se vería la costa española desde esos países. ¿Se observaría con el mismo misterio y exotismo?

A la derecha, la sierra se dividía en montañas y colinas que se preparaban para cobijar el sol durante la noche otoñal. Entre la espesura, se apreciaban casitas blancas aquí y allá que Violeta imaginó remansos de paz en pleno corazón de la naturaleza. Las vistas del Estrecho debían de ser espectaculares.

Enzo aminoró la velocidad, se giró hacia ella y con un gesto de la mano preguntó si estaba bien. Respondió con el pulgar levantado. Como en la noche de la moraga, deseó que el viaje en moto fuera al confín del mundo, siempre agarrada al torso de Enzo. Le gustaba la sensación de ser los dueños de la carretera, como si hubieran creado ese camino de asfalto solo para ellos. Las motos le habían causado miedo desde el accidente de Pedro, pero ahora con Enzo se sentía a salvo. No, ellos no se caerían.

Se metieron por un desvío y dejaron la autovía atrás. Al cabo de unos minutos, Enzo señaló un punto con la mano al final del camino asfaltado. Más allá de una vegetación de árboles y setos, Violeta descubrió un edificio de dos plantas, techo rojizo y fachada blanca orientada hacia el mar. En lo alto, un letrero que con suma discreción decía Hotel.

Al acercarse, entraron en una suerte de plaza empedrada, con una pequeña fuente en el centro rodeada de rosas. De los balcones de las habitaciones caían esplendorosas buganvillas, detalle que fascinó a Violeta. Era como estar en un patio andaluz.

—¿Lo conocías? —le preguntó Enzo, cuando se bajaron de la moto.

Ella se quitó el casco y negó con la cabeza, aún deleitándose con el entorno.

—Me lo recomendó Arturo —dijo, mientras guardaba los cascos en la maleta lateral—. Es discreto y con pocas habitaciones. Lo lleva un matrimonio belga que lleva muchos años en España. No está en internet. Se ganan a los clientes con el boca a boca.

—Me encanta. Es muy bonito —dijo, emocionada.

El vestíbulo era de reducidas dimensiones. Las paredes estaban decoradas con cuadros de estilo impresionista que reflejaban veleros antiguos en alta mar. La recepción no era más que una mesa rectangular de madera con patas gruesas sobre una alfombra. Una mujer de melena rubia recogida en una coleta, vestida con una blusa amplia confirmó sus datos, les entregó la llave y deseó una feliz estancia.

Cogidos de la mano, subieron por las escaleras hasta el primer piso. En el ambiente flotaba una quietud sobrecogedora. Daba la sensación de que eran los únicos huéspedes. Recorrieron el pasillo en medio de un aroma a lavanda, y llegaron a la habitación.

Al entrar, vieron que en el centro destacaba la cama de matrimonio, cubierta por un edredón

sobrio de color blanco inmaculado. Las cortinas eran a juego y caían con holgura sobre el suelo, filtrando la última luz del día. Junto a un folleto de bienvenida del hotel, un ramillete de lirios decoraba el escritorio.

Violeta se sentó en el borde de la cama y sonrió. Enzo fue a inspeccionar el cuarto de baño y regresó. Tuvo la sensación de que disfrutarían de un fin de semana inolvidable.

—¿Cómo está tu cuello? —preguntó, colocándose a su lado.

—Mejor, gracias, aunque aún tengo molestias.

—La ducha es de hidromasaje —dijo, con una clara intención.

—Anda, qué casualidad, ¿verdad?

—Para casualidad el día que nos vimos en el puerto. ¿O ya se te ha olvidado?

Violeta se rio, divertida ante la forma tan astuta de cambiar de tema.

—Parece que fue hace mucho tiempo —dijo ella.

—Hace casi dos meses. ¡Qué fuerte que no te acuerdes, tía! —dijo, y la tumbó sobre la cama, fingiendo que iba a castigarla por semejante osadía.

—¡Claro que me acuerdo! Estabas muy mono con ese polo.

Ella quedó recostada sobre un hombro, y Enzo se echó encima, como si quisiera aprisionarla de costado. Ambos rieron.

—Sí, claro. Ahora hazme la pelota, guapa —dijo, con ironía.

—¡Pero si es verdad! Me acuerdo perfectamente.

Enzo le despojó de la chaqueta vaquera y empezó a besuquearla con devoción por el cuello. Enseguida notó cómo su cuerpo reaccionaba y supo que estaba al borde de perder el control de sí mismo. Había esperado demasiado tiempo para volver a hacerle el amor y ya no podía más.

—*Voglio spogliarti, ragazza* —susurró al oído.

Violeta, con los ojos cerrados y mordiéndose los labios, dejó que su cálida voz la llenase por dentro y que aumentara la temperatura de su cuerpo un par de grados.

—*Voglio toglierti i vestiti e vederti nudo* —siguió susurrando, sabiendo que era un arma de seducción masiva, y que la estaba poniendo a tono.

A tientas, ella cogió la mano derecha de Enzo y la guio suavemente por encima de la cadera, después la deslizó hasta sus pantalones. Sin dejar de contemplar la expresión anhelante de Violeta, metió la mano notando el contacto tibio con la piel y después con las bragas. Ella suspiró cuando sintió su mano, ágil y fuerte, cubriendo su sexo bajo el pantalón.

—Me encanta cuando te veo temblar —dijo Enzo, y empezó a mover la mano en círculos insinuantes, con la palma acariciando el clítoris.

Violeta sintió una llamarada de calor que hizo que se girara hacia él con la boca abierta, desesperada por llenarse más de su hombre. Sin dejar de acariciarla, Enzo la besó con pasión; la mano de ella en la nuca, como impidiendo que dejara de devorarla. Afuera de la habitación no se oía nada, parecía que flotaban en un mundo aparte, un mundo de placer y fuego.

Violeta sintió la primera corriente de puro gozo cuando los dedos abandonaron la vulva y frotaron aún más abajo, entre las piernas. Sus músculos se iban relajando cada vez más. Echó una mirada fugaz y se deleitó con la imagen de su mano oculta bajo los pantalones.

—¿Quieres algo especial? —preguntó él.

Ella sonrió y escuchó a su cuerpo, que le dictaría cuál sería su más imperiosa y ardiente necesidad. Solo necesitaba dejar la mente en blanco…

—Fóllame de lado —dijo, con un hilo de voz.

Antes de cumplir su deseo, Enzo le mordisqueó el lóbulo de la oreja, humedeciéndolo. Cómo le gustaba el sabor de Violeta. Después la colocó bocarriba para despojarle los zapatos, los

pantalones y las bragas. Todo en un abrir y cerrar de ojos. Él se quitó los pantalones y los calzoncillos, dejando a la vista el mástil en todo su esplendor.

Antes de penetrarla de lado, deslizó su lengua por la insinuante cadera, como una especie de preámbulo. Con su mano libre acarició sus nalgas perfectas, disfrutando de la exquisita y sexy curvatura. Le fascinaba perderse en la inmensidad de su piel, pálida y tersa.

—Tu cuerpo me vuelve loco —dijo Enzo, extasiado.

Cuando inició la penetración, Violeta dobló la rodilla y pasó la pierna por encima de la cadera de Enzo. Fue algo instintivo, una forma de abrirse a él para sentirlo con mayor profundidad. Le excitaba tenerlo detrás mientras ella apoyaba la cabeza sobre un brazo, y el cabello se extendía sobre el borde de la cama.

Al salir y entrar, Violeta acarició el miembro de Enzo y lo siguió acariciando hasta que notó sus genitales. Le invadió la calma mientras la noche caía sobre el coqueto hotel. El ritmo se volvió pausado aunque a ellos no les importó, ya que el placer se extendía por más tiempo. Enzo estimuló uno de sus pechos por debajo de la blusa y por encima del sujetador, algo que le excitaba casi tanto como si estuvieran desnudos.

A pesar de que no era su postura favorita, se entregó con devoción por satisfacer a la mujer que estaba empezando a amar. Bajó el tirante del sujetador y su mano acarició la curvatura del pecho. Él solo veía la blusa, pero le excitaba intuir lo que ocultaba bajo la ropa, la simple y cautivadora lujuria.

Se oyeron más jadeos y gemidos, cuando Enzo volvió a la carga sobre el clítoris. Ella disfrutaba lo inimaginable con el doble juego en su sexo. El plan de él había sido primero follar en la ducha, sin embargo, el deseo por poseerla aquí y ahora fue demasiado tentador. Cuando viajaron en la moto hacia el hotel, aceleró todo lo que pudo con objeto de empezar cuanto antes. Si por él fuera, se quedarían todo el año sin salir de esa habitación. Lo único que necesitaba para vivir era ella.

Cuando Violeta alcanzó el clímax y cerró los ojos recuperando el aliento, él pidió un cambio de postura. Ella accedió, intrigada. Se quitaron lo que quedaba de sus ropas y Violeta se tumbó bocarriba, sobre la almohada, expectante a lo que Enzo tenía pensado. La luna estaría tomando posesión del cielo. Solo quedaba un fino destello de luz morado que se filtraba tímido por las cortinas, prácticamente eran dos amantes sumidos en la penumbra.

—¿Enciendo la luz? —preguntó Violeta, extendiendo el brazo hacia la mesilla de noche.

—No, me gusta así.

Sin más preámbulo, sabiendo que ella estaba húmeda, se arrodilló delante de su sexo, la tomó por la cadera y la arrastró unos centímetros por la cama. Aprovechando su erección, se introdujo suavemente en ella hasta el fondo. Las piernas de Violeta se ajustaron a la cadera de Enzo, así que quedó ligeramente inclinada hacia arriba.

Con ambas manos firmemente sujetas a la cadera de ella, empezó a moverla en círculos muy lentamente, como al ritmo de una balada romántica.

Era tan excitante estar en ella, así…

Violeta mantenía los brazos en cruz, con las manos agarradas al edredón, la espalda arqueada; ofreciendo un inmenso placer y, al mismo tiempo, sintiéndole muy, muy adentro.

Entonces fue él quien cerró los ojos cuando se vio arrastrado por una tormenta de absoluto deseo, sumido en una necesidad tan abrasadora que era una auténtica tortura. Y, sin embargo, anhelaba más.

CAPÍTULO 14

Durante la noche siguieron amándose con la misma devoción. La habitación número siete del encantador hotel se convirtió en el tórrido escenario de Violeta y Enzo en busca de un íntimo vínculo que los uniese para siempre. Más allá del placer indomable que sacudía sus cuerpos hasta la extenuación, algo prodigioso ocurría en sus corazones. Se iban fundiendo en uno solo. A fuego lento, con miradas brillantes, caricias trémulas y besos excitantes, se abandonaron a un ritmo único de latidos, como una bella melodía que surgiera de la infinidad de la noche.

Ellos deseaban Ser. Así, en mayúscula. Y en esa habitación acogedora, arrullada por el murmullo del mar, se entregaron sin reservas sumidos en la penumbra. El presente era suyo y lo desgastaban a base de suspiros ardientes y provocaciones vibrantes. Nadie diría que a la mañana siguiente cada uno partiría por caminos diferentes y que jamás se volverían a ver. Con qué fuerza se abrazaban. Con qué delirio bebía uno de otro. Con qué pasión se volvían un solo ser una y otra vez.

La noche era vida y las estrellas cubrían sus cuerpos ardientes. Incapaz de negarse, ella se lo daba todo y él lo tomaba absolutamente todo. El cosquilleo de la lengua sobre el cuello, la piel estremecida con el contacto de sus manos, el sabor salado de los pezones… Era excitante gozar del derroche de pasión que los envolvía. La electricidad que se liberaba cuando clavaba los ojos en lo suyos. Las promesas que el silencio iba tejiendo sobre su vientre y sus muslos cremosos, antes de hundirse en ella para llegar de la mano hasta el poderoso clímax. Y cuando Enzo quedó jadeando bocarriba sobre la cama, sin piedad alguna, Violeta reavivó la llamarada acariciando el sexo de él. Una nueva invitación a sentir la noche hasta lo más íntimo.

~

Una luz muy tenue fue invadiendo la habitación a través de las cortinas. A punto de amanecer, Enzo abrió los ojos y pudo distinguir el hermoso perfil del hombro desnudo de Violeta. La abrazaba por detrás, notando sus manos entrelazadas. Probablemente en esa postura el sueño les venció, después de caer rendidos debido al exigente y fabuloso sexo practicado. En algún momento de la noche se habían tapado con una sábana y la manta.

Parpadeó para fijar los contornos de la realidad que le rodeaba. Aspiró el aroma del cabello revuelto de Violeta sobre la almohada, y poco a poco fue activando las partes de su cuerpo. Oía la respiración calmada de ella y se dijo que no deseaba despertarla. Se apartó en sigilo y estiró los brazos mientras se preguntaba dónde estaba su ropa. Antes de levantarse, tapó a Violeta con la manta para protegerla del ligero frío instalado en la habitación. Se encontraban a las puertas de noviembre y la temperatura general había descendido unos cuantos grados. Ella se movió un

poco, pero no se despertó.

Enzo prefirió no encender la luz de la mesita de noche para evitar perturbar el sueño de Violeta. ¿Qué hora será?, se preguntó, mientras entornaba los ojos para localizar sus prendas de ropa desperdigadas aquí y allá. Se fue vistiendo sin apartar la vista de ella. De alguna forma velaba de que ningún ruido la molestase. Oyó pasos discretos en el pasillo y pensó que serían los empleados del hotel sirviendo los desayunos.

Después de vestirse, no sin cierta dificultad por la escasa luz, se fue al baño y cerró la puerta. Le llegó el olor a jabón y toallas. El espejo devolvía su imagen. Tenía el pelo algo revuelto. La perilla y la sombra de la barba le daban un aire áspero a su mentón. Abrió el grifo y se mojó la cara con ambas manos. El frescor del agua le acabó de despertar. Se secó con la suave toalla de manos. De pronto fue consciente de que la mujer que dormía al otro lado de la puerta, era más importante de lo que había supuesto en un principio. Se atusó el pelo con la mano y curvó los labios ampliamente.

Así que esta es la cara de un hombre enamorado, pensó.

Cuando salió del baño se sorprendió de la nueva tonalidad de la luz, ahora era más brillante. Había algo de poesía en cómo una franja empezaba a caer lánguidamente sobre Violeta, como si quisiera abrazarla. Qué hermoso que ella siguiera dormida, ajena a todo.

Abrió la ventana corrediza y pisó descalzo el balcón. En su larga trayectoria como marinero de Salvamento marítimo, había disfrutado del privilegio de presenciar increíbles puestas de sol en numerosos mares de Europa. En el Adriático, en el Egeo, en el Báltico…

El de ese mañana, desde un pequeño rincón en el límite de Puerta del Mar, su tierra de adopción, era sin duda el más espectacular de todos. Apoyado en la barandilla, se abrió a un horizonte de fuego que devoraba las nubes convirtiéndolas en un paisaje anaranjado y único, fabuloso e hipnótico. El resplandor iluminaba toda la costa y las sombras iban retrocediendo, abrumadas por el poder milenario del sol.

Enzo sintió la energía de la naturaleza calando en su interior. Fue tan reveladora que ardió en deseos de compartir el momento con Violeta. Regresó a su lado y se sentó en el borde de la cama. Apremiado ante la fugacidad de la puesta, la besó en el hombro con ternura y después susurró su nombre.

—Violeta… cariño…

La franja de luz ya acariciaba las suaves facciones de su rostro. Los párpados, la nariz y la boca, en fin, todo lo que había besado con devoción Enzo justo la noche anterior. Al oír su nombre, Violeta abrió los ojos lentamente y sonrió.

—Despierta —dijo él, inclinado sobre ella—. Te estás perdiendo la mejor puesta de sol de la historia. Tienes que verla. Venga, arriba.

Le tomó del antebrazo para levantarla de la cama.

—Espera, tengo que vestirme —dijo, somnolienta.

—No hay tiempo que perder —dijo, mientras tiraba de la manta y se la colocaba sobre los hombros.

Rodeándola con los brazos, la acompañó al balcón. Se fijó en la reacción de Violeta. Los ojos brillantes y la boca abierta.

—Qué preciosidad —dijo ella.

—¿Qué te dije?

Y la besó en la mejilla. El sol estaba a punto de asomarse por completo y los rayos de luz pronto se volverían uniformes. Aun así, el espectáculo era memorable.

—Ah, buenos días —dijo Enzo, sonriendo.

Violeta dejó caer la cabeza sobre el hombro de Enzo. Guardaría ese recuerdo para siempre, los dos en el balcón, abrazados, contemplando un portentoso espectáculo. Se dejó conquistar por la quietud y la solemnidad del momento.

—Buenos días, guapetón.

Unos minutos después, ambos salieron del hotel para pasear hasta la playa, con la idea de desayunar después. ¿Cuál era la prisa? Caminaron de la mano por el camino asfaltado. Antes de alejarse del todo, Violeta se giró para contemplar la fachada del hotel. Localizó la habitación donde se hospedaban, lo que no fue complicado ya que solo se trataba de dos plantas. La ventana estaba abierta y las cortinas se agitaban en el aire. Pensó que era bonito pensar que ese lugar les pertenecía, que era *suyo*, de ambos, aunque solo fuese por unas horas más.

Se cruzaron con una mujer corriendo y un hombre mayor paseando a un perro diminuto. Atravesaron una urbanización formada por varios bloques de apartamentos y llegaron hasta la orilla de la playa, donde una brisa los recibió.

—Descálzate —le dijo Enzo.

Caballeroso, además de los suyos colgados de la mano, llevó las zapatillas de ella. Violeta llevaba una blusa holgada de manga larga y unos pantalones blancos que llegaban hasta los tobillos. Agarrados de la cintura, fueron paseando por la orilla en medio del murmullo relajante del mar. Las olas iban y venían besando sus pies.

—Tengo que escribirle a mi primo para darle ánimos —dijo ella—. En unas horas juega su gran partido.

—Seguro que le irá bien.

—Tiene que acostumbrarse a que no puedo estar siempre pendiente de él.

—¿Cómo se lo tomó cuando le dijiste que tenías planes?

—No muy bien, pero aún es un niño. Solo tiene dieciséis años.

—¿Y sus padres no pueden ir?

—Su padre vive en Murcia y a su madre no le gusta salir mucho a la calle. Soy casi su único apoyo.

—Casi pareces más su madre que su prima.

Ella asintió con la cabeza. Después extendió la mirada por el horizonte del Mediterráneo, algo difuso, mientras se apartaba un mechón de la cara. Su relación con el mar había sido ambigua, seducida por la belleza y el misterio, aunque también temerosa del peligro que encerraba. No hacía mucho tiempo se adentró confiada a bañarse, y una ola la volteó con tanta violencia que le costó un mundo salir a la superficie. Fueron unos breves segundos pero llenos de un pánico absoluto.

—Le quiero mucho, la verdad. Cuando conoces a alguien desde que es pequeño se crea un vínculo. A veces veo a mi primo y aún veo al niño al que le cosquilleaba la barriga —dijo, sonriendo.

Enzo la atrajo un poco más hacia él, fascinado por ir conociendo más detalles de su vida personal.

—A mí eso nunca me ha pasado, me refiero a conocer a alguien desde pequeño que no fueran mis hermanos. Mi padre no tuvo hermanos y toda la familia de mi madre está en Italia, así que los veo muy de cuando en cuando.

—¿Te sientes más italiano o español?

—Español, por supuesto. Nací en Madrid. Y tú, ¿de dónde te sientes? —preguntó, aunque intuyó la respuesta.

—De Sevilla.

—Olé —dijo, y le plantó un beso en la frente.

El sol alumbraba pero sin apretar. Eran tan temprano que las gaviotas volaban sobre el agua en busca del desayuno. A medida que iban caminando, la pareja dejaba un rastro de huellas que las olas borraban. Violeta le preguntó por Juan.

—Está muy bien. Duro como una roca. En unos días me toca llevarle a una cita rutinaria en el hospital. Me voy turnando con mis hermanos.

—¿Echa de menos el Paraíso?

—Supongo que sí, aunque no suele hablar mucho de ello. Pero está entusiasmado con el autocine.

—¡Va a ser una pasada!

—Ojalá vaya bien. Hemos invertido un buen dinero. Lo que mi abuelo nos dio como parte de la herencia del cine. Yo no estaba seguro de invertirlo, pero tratándose de mi hermano…

—Os lleváis de maravilla. Lo he visto con mis ojos.

—Hemos crecido sin padres, y eso también une, aunque cada uno reaccionó de manera diferente. Darío se encerró en sí mismo. No sé, nos hubiera venido bien que el hermano mayor cuidara también de nosotros —dijo, en un arranque de sinceridad que conmovió a Violeta—, pero eso ya pasó. ¿Cómo está tu hermana?

—Bien, aunque hace semanas que no hablo con ella. Le tengo que llamar. A veces tenemos rachas de llamarnos todas las semanas y otras no tanto. Como todos los hermanos, somos competitivas.

—Me gustaría conocerla.

—Te la presentaré. Prometido.

El verano había quedado atrás, pero el otoño en el sur es una estación de clima suave. Para algunos la mejor para actividades al aire libre. El sonido efervescente y espumoso de las olas los envolvió. En los pies, notaron el frescor del mar y la arena suave. La intimidad que poco a poco se iba forjando entre ambos, se vio aumentada cuando Enzo decidió confiarle algo que solo había compartido entre sus hermanos.

—¿Sabes? Hace poco me enteré de que mis padres, antes del accidente de avión, iban a divorciarse —dijo, arrastrando las palabras, pues no era fácil para él—. Fue un impacto brutal porque siempre habíamos tenido una imagen de matrimonio perfecto.

—Lo siento mucho —dijo, acariciando su brazo.

Enzo agradeció el gesto con una cálida sonrisa.

—Casualidades de la vida o no —continuó—, resulta que la mujer por la que mi padre iba a dejar mi madre, vive en Puerta del Mar.

—Increíble —susurró ella.

—Sí, y me gustaría conocerla, aunque mis hermanos prefieren que no lo haga.

—¿Por qué?

—Porque dicen que eso forma parte del pasado, que es mejor dejarlo estar. Las cosas no van a cambiar.

—Lo que quería decir es por qué quieres conocerla.

—Era muy pequeño cuando se murió mi padre. Tengo curiosidad por saber detalles de su vida. Cualquier detalle es importante para mí porque ayuda a entender cómo es una persona. Y quiero saber cómo era mi padre, con sus luces y sombras.

—Me parece normal que quieras conocerla. Nadie te puede culpar por ello.

—La he llamado pero no me lo ha cogido.

—Hablar con ella es valioso para ti, insiste —dijo, apretándole la mano—. ¿Me contarás

cuando quedes con ella?

—Claro.

—¿Qué te ha dicho tu abuelo?

—Que mi padre le pidió que cuidara a esta mujer. Él solo nos quería proteger, por eso no dijo nada hasta que nosotros lo averiguamos. Ahora siento que he de cerrar esa etapa de mi vida —dijo, y notando que se sentía bien abriéndose a ella, siguió con las confesiones—. Cuando cumplí los dieciocho viajé al aeropuerto donde ocurrió el accidente. Vi a lo lejos el lugar donde ocurrió todo y regresé a casa.

Violeta le rodeó por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Las palabras sobraban. Quería que él sintiese que le estaba escuchando.

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo Enzo, sonriendo—. Eres la primera.

—Es muy importante para mí. Dice mucho de nosotros —dijo Violeta, mirándole con amor.

Él la tomó de la barbilla y la besó en los labios.

—*Nosotros* —susurró Enzo, paladeando el pronombre como si fuera un vino añejo de sabor afrutado—. Me gusta cómo suena.

—Ya somos dos.

Cuando regresaron al hotel, el restaurante estaba a punto de cerrar la cocina para el desayuno, aunque el encargado aceptó a regañadientes que fueran los últimos clientes. El romántico paseo les había abierto el apetito. Al tratarse de un servicio de bufet, cada quien se sirvió lo que deseaba y se sentaron a la mesa. Después compararon los platos. Mientras que Violeta se había decantado por unas tortitas de avena y varias piezas de fruta, Enzo sucumbió al magnetismo de la bollería industrial y el embutido. Lo único en común fue el zumo de naranja recién exprimido.

Violeta dijo que le encantaba el sitio. El restaurante, al igual que el hotel, era de reducidas dimensiones, con apenas cuatro o cinco mesas. Los camareros iban y venían de la cocina con calma. Alrededor se desplegaba un mobiliario de aspecto noble, en el que destacaba una estantería con una puerta de cristal. En el interior, se exponía una vajilla completa y a modo de decoración unos diminutos veleros con toda clase de detalles. Las paredes estaban decoradas con un papel pintado de innumerables y discretos signos marinos.

—Ahora me dices cuánto te debo —dijo Violeta, apurada porque había olvidado preguntárselo en cuanto llegaron.

—¿De qué? —preguntó, antes de meterse un suculento rollito de jamón cocido entre pecho y espalda.

—Por la estancia.

—Ah, no te preocupes. Te invito.

—¡Anda ya!

—Que sí, mujer.

Y para cambiar de tema le preguntó por las tortitas, a lo que ella respondió que estaban muy ricas. Justo enfrente había un gran ventanal que dejaba contemplar un jardín muy bien cuidado, con un césped brillante y decorado con rododendros y margaritas. Enzo le cogió de la mano y después le acarició el brazo. Ella sonrió mientras bebía un sorbo de zumo. Sin previo aviso, a traición, él le robó una tortita, la mojó en su zumo y se la tragó entera.

—¿A qué está muy buena? —preguntó ella.

Enzo abrió los ojos y asintió con la cabeza. Ella aprovechó el descuido para robarle con

alevosía una loncha de queso. De repente, ya no se sabía cuál era el plato de cada uno. Entre risas, habían creado su propio bufet. Violeta apoyó la barbilla sobre las manos, como si estuviera asomada a una ventana bañada por la luz de sol. Y Enzo, en ese preciso instante, la deseó más que nunca.

Nueve minutos y sesenta y nueve segundos después, se encontraban de vuelta en la habitación. Las camareras de piso ya habían preparado la cama, sin embargo, invadidos por el ansía del uno por el otro, les había apetecido un polvo rápido antes de inaugurar la bañera de hidromasaje. El *check out* se llevaría a cabo en unas horas e iban a apurar hasta el último minuto. Ninguno deseaba regresar a Puerta del Mar.

Se desnudaron mutuamente, a toda prisa, como si ardiese la ropa. La temperatura de la habitación era de unos veinticinco grados, así que era agradable e invitaba al nudismo. Todo sucedió en el umbral de la puerta del baño, como en una película erótica de Hollywood de los años noventa. Ella se apoyó en el marco de madera y echando el culo hacia atrás se lo ofreció a Enzo, quien no dudó en aceptar el ofrecimiento. Inclinado sobre ella y con las piernas extendidas, Enzo se agarró el miembro y conquistó el paraíso.

Violeta, mirando de reojo, dejó escapar un gemido que sonó como una llamada a que continuase. Él susurró una grosería en italiano que excitó sobremanera a Violeta, y después la mano derecha cubrió el vello, aunque fue breve, ya que enseguida empezó a estimular el clítoris, muy lentamente.

—¿Te gusta así? —preguntó Enzo.

El ritmo de la respiración de Violeta se volvió más acelerado.

—Sí —dijo, con un hilo de voz.

—Cómo me gusta follarte —dijo, pegado a su oído.

Los músculos de ella se estremecieron una vez más en aquel fin de semana. Estaba subyugada, sabiendo que él podía llevarla a donde se le antojara, y ese poder infinito hacía que disfrutara aún más. Esa postura improvisada era una provocación brutal. Enzo con la mano libre se apoderó de un pecho, y sintió una corriente excitante que le impulsó a hundirse más en ella. Violeta se agarraba al marco de la puerta como si fuera lo único que la evitaba de caer en el más absoluto delirio. Cuanto más le oía gemir, gruñir y suspirar, más húmeda se ponía.

Ella gritó y de repente, en pleno clímax, notó que las rodillas fallaban. Enzo la cogió de la cadera y ambos cayeron al suelo. A Violeta le faltaba el aire, por lo que él dejó que se recuperara. Había sido un polvo rápido, sí, aunque devastador. Otro como ese y sufriría un ataque al corazón.

Enzo, desamparado, acarició su cadera. Solo quería buscar sus manos y entrelazarlas porque aún no había acabado todo. En unos minutos gozarían de un baño relajante. Ambos desnudos en el agua tibia, piel acariciando piel, el tiempo detenido. Quería masajear su cuello y sus hombros para aliviar el estrés que cargaría el cuerpo de Violeta la semana siguiente. ¿Qué mejor broche para el cierre de un fin de semana inolvidable?

Abriría los grifos de agua caliente y fría. El murmullo de cascada gobernando el ambiente. Echarían sales de baño para conseguir una ambientación fresca. Enzo se metería primero o quizás Violeta, pero ella se quedaría de espaldas mientras el agua empieza a cubrir sus cuerpos. Le excitaría la visión del cuello y los hombros, y con la suavidad de las manos de un pianista Enzo iría acariciando aquí y allá creando un ritmo, una melodía llena de deseo. Violeta agacharía la cabeza y cerraría los ojos, aspirando el olor a jabón y dejando que sus húmedas manos dejaran una huella indeleble en él. Enzo posaría la mirada en la nuca y la besaría de arriba a abajo, lentamente como si aplicara una medicina.

—Me vuelves loco, Violeta —diría.

Ella sonreiría, se echaría hacia atrás y el agua ya la cubriría hasta el vientre, recibiendo los chorros del hidromasaje. Enzo la abrazaría con pasión y después la yema de sus dedos sentirían el frescor de sus muslos.

—Y tú a mí.

Él inclinaría la cabeza anhelando su boca, ella se pondría de perfil y se besarían una vez más mientras el enorme espejo del baño se va cubriendo de vapor. La luz del sol entraría por la ventana, cruzaría el dormitorio y llegaría hasta más allá de la puerta del baño, lamiendo como una ola la orilla de la bañera. Violeta y Enzo se quedarían a la deriva en su mar privado e íntimo hasta que la relajación llegara a su momento cumbre, hasta que en el cuarto de baño reinara el vapor.

~

A la vuelta se detuvieron en el piso de Enzo. A ella le entró la curiosidad por conocerlo, y a él le pareció una excelente idea de apurar juntos las últimas horas del domingo. Después de dejar la moto en el aparcamiento subterráneo tomaron el ascensor. Antes de llegar a la primera planta, ambos se vieron reflejados en el espejo. Sonrieron. Algo había cambiado entre ellos. No eran los mismos del día anterior. Un sentimiento más profundo e ilusionante les unía.

Hasta ese momento a Violeta le había encantado la urbanización. El color salmón de la fachada de los bloques, las plantas que la rodeaban a lo largo de la verja, el césped cubierto de hojas otoñales, las palmeras recién podadas…

Sin embargo, cuando entró en el salón se sorprendió descubrir cajas amontonadas en un rincón y un mobiliario más bien escaso. El póster enmarcado de la película de Indiana Jones seguía en el suelo, apoyado en la pared.

—¿Te mudas?

—Es que no he tenido tiempo de ordenar las cosas. Como la alquilé durante el verano, estuve viviendo en casa de mi abuelo y… La verdad es que no me importa vivir así, llego de trabajar y solo me apetece descansar.

A esto le hace falta una mano femenina, pensó Violeta. Está desangelado.

La impresión se prolongó cuando Enzo le mostró el resto del piso. El gimnasio y el dormitorio eran espacios fríos e impersonales. Cumplían con su función y poco más.

—Ya veo que te gusta la decoración minimalista —dijo, medio en broma, medio en serio.

—Es mi favorita.

Cuando regresaron al salón, Violeta reparó en un objeto solitario que descansaba sobre una cómoda, al lado de una cesta de mimbre donde Enzo solía dejar las llaves y la cartera. Eran unas gafas de sol de color verde fluorescente. Parecían sacadas de otra década. Las patillas eran muy gruesas y la montura era aparatosa.

—¿Y esto? —preguntó.

—Las compré en un mercadillo. Es un recuerdo de Ibiza. ¿Has estado alguna vez?

Violeta se puso las gafas y se giró hacia él.

—No, pero me encantaría.

—Te quedan muy bien —dijo—. Cuando me estaba sacando el grado de transporte marítimo en Cádiz, unos compañeros y yo fuimos a Ibiza. Fue una pasada de viaje. Nos contrataron para llevar un velero a la isla y, claro, ya que estábamos ahí aprovechamos y nos quedamos unos días…

—Seguro que os aburristeis mucho —dijo, con ironía.

—Buf, muchísimo. Todos los días durmiendo en la playa bajo las estrellas. Sí, lo que tú dices, superaburrido.

Una de las cajas estaba abierta, y a Violeta le llamó la atención una arrugada prenda de ropa que asomaba. Al acercarse se quedó asombrada al ver una camisa con un llamativo estampado de flores.

—¿También esto es de Ibiza? —preguntó, cogiéndola de los hombros y mirándola por ambos lados.

—No, de Hawái. La compré una vez que fui a ver a mi hermano competir. Es una figura del surf, ¿lo sabías? Bueno, lo era. Ya se retiró. Es una pena pero lo comprendo.

Violeta dobló la camisa y la guardó en la caja, junto a unas raquetas de pádel. Le tentaba seguir curioseando pero se contuvo.

—Es bonito que los hermanos os llevéis tan bien.

Enzo abrió la ventana corredera y ambos salieron a la terraza.

—Quiero mucho a Darío, pero con Arturo siempre ha habido más complicidad. Solo nos llevamos tres años y con Darío, seis.

La terraza estaba vacía a excepción del aparato de aire acondicionado. Violeta pensó que una mesita y un par de sillas serían ideales para disfrutar del aire puro.

—Cuando ocurrió lo de nuestros padres, Arturo y yo lo sobrellevamos juntos —dijo, y ambos se apoyaron en la viga de madera que hacía de barandilla—. Y esta es toda la casa.

Violeta contempló todo el jardín y los bloques de apartamentos circundantes. En una de las terrazas vecinas vio a una pareja sentada a una mesa, conversando con animosidad.

—Me encanta. Vives en un lugar muy bonito.

El timbre del móvil sonó en el salón y Enzo se fue a contestar. Siempre lo dejaba en el mismo sitio, cerca de las llaves y la cartera. El número era desconocido, pero aun así lo descolgó.

—Hola, tengo una llamada perdida —dijo una voz de mujer.

Enzo pensó que solo había una persona en la última semana a la que había llamado por teléfono sin respuesta.

—¿Diana?

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Soy Enzo Campos, el hijo de Pablo Campos.

Se instaló un silencio prolongado e incómodo.

—¿Hola? —dijo Enzo.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad.

—Que nos veamos.

—¿Para qué?

—Quiero hablar sobre mi padre.

—¿Por qué?

—No lo sé, curiosidad. Tuviste una relación con él, ¿no? Yo era muy pequeño y no me acuerdo de nada.

De nuevo, se produjo un silencio que a Enzo le pareció eterno. Finalmente, oyó un suspiro.

—Está bien. ¿Cuándo?

—Cuando y dónde quieras.

—En la cafetería Alameda. El jueves a última hora de la tarde. Antes no puedo —dijo, y colgó.

Violeta, que había entrado al salón, le preguntó al ver su cara de desconcierto si todo estaba

bien. Enzo respondió que sí, que acababa de quedar con la mujer que mantuvo una relación con su padre. Y añadió que se sentía extraño. Ella dijo que era normal, pues era una situación poco frecuente. Agradeció que se lo contara. Lo que ignoraba Violeta es que tardaría poco en saber que esa mujer era su tía, y que eso supondría un obstáculo entre ambos.

CAPÍTULO 15

—¿Por qué debería interesarme por los estudios? En unos años voy a ser futbolista profesional. Ganaré mucha pasta.

Isma tenía la tablet encendida sobre el escritorio, la boca llena de chicle sabor fresa y una mirada desafiante. Después de una larga jornada en el balneario, Violeta se había pasado por casa de su tía para felicitar a su primo por la victoria del domingo pasado.

—Seguro que sí, pero nunca sabes lo que puede pasar. De repente, tienes una lesión y tu carrera está en peligro. Hace unos meses traté a una futbolista con los ligamentos destrozados.

—¿Y volverá a jugar?

—Todo apunta a que sí, pero hay otros que tuvieron que abandonar el fútbol. Isma, por si acaso es bueno tener un plan B en la recámara.

Isma hizo un globo con el chicle. Violeta estaba sentada en el borde de la cama.

—Me parece guay, pero ¿por qué he de estudiar Matemáticas?

—Pues… —dijo Violeta, pensando con agilidad—. Por ejemplo, tendrás que entender los contratos, supongo estará llenos de números.

—Contrataré a alguien que me lo explique. Tendré un representante que se encargará de todo ese rollo.

Violeta negó con la cabeza, frustrada. De repente, se le ocurrió un nuevo ángulo para hacer valer su punto de vista.

—¿Y qué harás cuando te retires?

—Aún queda un huevo para eso. Soy muy joven.

—Muchos se convierten en entrenadores, pero piden unos estudios mínimos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo cuentan los deportistas. Pasamos muchas horas juntos y a veces ellos están de bajón y se confiesan conmigo. Dicen cosas así como: Ay, tendría que haber estudiado más cuando fue el momento…

En honor a la verdad, ninguno de sus pacientes relacionado con el deporte se lo había confesado, pero deseaba que Isma recibiera una mínima educación, aunque a su madre no le importase demasiado.

—Yo tendré cabeza para no ir a lo loco, ya lo verás, prima. Solo tengo dieciséis años pero sé lo que me hago. Te contrataré para que seas mi fisio, ¿qué te parece?

—No me cambies de tema, Isma. Sé que no soy tu madre, pero soy mayor y sé algo de la vida. Yo te lo he advertido, tú haz lo que quieras.

Sin dejar de mascar el chicle, Isma cogió la tablet y suspiró. Lo que daría por patear un balón en ese momento.

—¿Por qué los números tienen que ser tan aburridos?

—El que eres aburrido eres tú —dijo, dándole una colleja cariñosa—. Vas a ser el jugador de fútbol más cateto de España.

—¡Oye, no te pases!

Isma intentó pellizcarla pero Violeta se apartó y le dio un manotazo.

—¡No sé ese novio tuyo cómo te aguanta!

—Porque soy muy simpática y agradable —dijo, con falsa arrogancia.

—¿Tú? ¿Desde cuándo? Será desde que sales con él. La verdad, se te ve muy pillada.

—Sí, me gusta mucho. Es muy atento conmigo —dijo, ocultando que estaba enamorada, aunque no sabía muy bien por qué—. Aprende de él para cuando tengas novia.

—¿Novia? Ni loco, me quitará tiempo de entrenar.

—Dios mío, cuando seas mayor te recordaré la frase.

Isma se encogió de hombros. Después pensó que nunca la había visto tan risueña.

—Llévale a uno de mis partidos. Se lo pasará bien.

—Algún día saldremos los tres. ¿Qué te parece?

—Mucho mejor que estudiar Matemáticas…

Mientras conversaba con él se alegró de que su enfado por no acudir al partido hubiera quedado atrás. Supuso que solo había sido una rabieta. Si había alguien que lo apoyaba, esa era ella, así que su primo no podía convertirse en un obstáculo en su incipiente relación con Enzo.

—¿Adónde fuiste con tu novio?

—Me llevó en moto a un hotelito muy chulo. Comimos muy bien, paseamos por la playa y hablamos mucho… —dijo, omitiendo a propósito las ardientes escenas de sexo. Su primo era aún demasiado joven para comprender la conexión física y emocional que había sentido con Enzo.

Consultó la hora en el móvil y se dijo que debía marcharse a casa. Tenía apetito, quizá preparara una tortilla francesa y después le apeteciese meterse en la cama temprano y leer un rato. Esa misma mañana, en su hora de almuerzo había visitado la biblioteca municipal. Enzo le había hablado de que Luz, la bibliotecaria y futura esposa de Darío, era célebre por recomendar libros.

Su primera impresión de Luz fue que se trataba de una mujer muy dulce. Su manera sosegada de hablar y de interesarse por ella hizo que le cayera bien al instante. Después de conocerla, se dijo que le encajaba que Luz viviese con Darío en el faro, un lugar rodeado de un halo único.

Toda la familia Campos sabía de su noviazgo, ya que en cuanto se presentó, Luz dijo: Sí, la novia de Enzo. Aunque era comprensible, le sorprendió la rapidez con la que se habían enterado y albergó la sensación de que Puerta del Mar al completo conocía su romance.

—Enzo me ha dicho que eres una experta en libros y hace siglos que no leo una buena novela —dijo, de pie frente a Luz, justo al lado del mostrador.

—¿Estás buscando un tema específico?

—Pues… Últimamente estoy algo estresada en el balneario. La verdad es que no paro. Soy fisio y siempre me necesitan.

—¿No paras o te cuesta parar? —dijo Luz, entornando los ojos como si fuera una médica recabando información para emitir un diagnóstico.

Violeta no dudó su respuesta.

—Me cuesta parar.

—Hmmm… —dijo Luz, pensativa, asintiendo la cabeza repetidas veces—. Necesitas tranquilidad, ¿a qué sí?

—No me vendría mal.

Un centelleo apareció en los ojos de Luz. El título de una novela había acudido a su mente.

—Sígueme.

Recorrieron varios pasillos repletos de libros hasta que llegaron a la estantería de escritores extranjeros. Luz se agachó y fue pasando el índice por los tejuelos (que ella misma había pegado) hasta que encontró la G. Enseguida dio con el autor, Jean Giono, quien había escrito «El hombre que plantaba árboles».

—Ahá —dijo, como si hubiera resuelto un misterio escrito por Agatha Christie—. No es una novela pero te puede servir.

Le entregó el libro a Violeta y contó por encima el argumento. Un pastor que vive en Francia y que un buen día decide plantar árboles para alegría de una región necesitada de estímulos. Lo fantástico es el proceso en sí: cavar, plantar, observar y esperar. Una calma total. Violeta se lo agradeció y sonrió para sí misma. Es como estar con un médico, le dijo, algo que Luz oía con frecuencia.

Una vez que Luz registró el título como préstamo y selló la fecha de entrega, se quedaron conversando unos minutos más.

—Deberíamos quedar las tres algún día para tomar algo —dijo Luz—. Iris, tú y yo.

—¿Iris es la que trabaja en un banco?

—Sí. Las tres solas, sin los hombres.

—Me encantaría.

—Bienvenida a la familia —dijo Luz, a modo de cálida despedida.

~

El otoño estaba ya asentado en Puerta del Mar desde hacía un mes. Los árboles de las aceras mostraban sus ramas huérfanas de hojas, la temperatura había descendido unos grados y el aire estaba cargado de humedad. En la calle aparecían jerséis, abrigos y algún paraguas que otro. Pero sobre todo las nubes parecían formar una sola, densa y gris, con la que ocultaban el ancho cielo.

A nadie sorprendió que ese día empezaran a caer unas gotas de lluvia. Camino a la cafetería Alameda donde había quedado con Diana, Enzo ni siquiera apretó el paso para no mojarse ya que, de tan leve que era, ni se había percatado. Cierto es que una serie de pensamientos le abstraían de lo que sucedía a su alrededor, y le abstraían desde la noche anterior.

No estaba seguro de qué esperar de su cita con Diana. Resultaba desconcertante que a medida que se iba acercando la hora sus expectativas cambiaban. Primero, obtener detalles de su padre, después obtenerlos de su romance, y más tarde solo la curiosidad de conocer a la mujer por la que su padre quiso poner su mundo patas arriba.

Solo Violeta conocía su inminente encuentro con Diana, ni siquiera su familia estaba al tanto. Había sentido la necesidad de compartirlo con ella por la intimidad que se había tejido entre ambos. No obstante, Violeta no era alguien ajena a los Campos. Trabajó para su abuelo y fue una visita regular a la casa. Para Enzo sería imposible de olvidar la primera vez que la vio, bajando con calma las escaleras, vestida con el uniforme, cabello rizoso recogido en un moño, y apoyándose en el pasamanos con su mirada distraída.

El estado físico de su abuelo le tenía preocupado y lo último que deseaba era liarse con su fisio. Sobre todo cuando había costado tanto encontrar una competente, y capaz de lidiar con el genio de su abuelo que a veces se gastaba. Por fortuna, el destino o lo que fuese los había empujado a encontrarse de nuevo.

Cuando reparó en el rótulo de la cafetería se dio cuenta de que ignoraba el aspecto físico de Diana. Quizá aún no hubiese llegado, pues aún quedaban unos minutos para las siete. Faltaba poco para anochecer. No era una hora común para tomar un café, pero ella lo había propuesto, quién sabe el motivo.

Entró y escrutó con la mirada a lo largo del local. Algunas mesas estaban ocupadas con dos o tres personas. En la barra había acodados una pareja joven y un anciano en la esquina más alejada. El camarero estaba de frente a la máquina registradora, seguramente preparando la cuenta de algunos clientes.

No hay ninguna mujer sola, así que estará al llegar, pensó.

Le pidió al camarero una cerveza, y se sentó en la mesa más apartada para lograr una mayor privacidad. Consultó su reloj de pulsera. Diana llegaba tarde, aunque solo por unos minutos. Comprobó el móvil por si había recibido un mensaje de ella y no se hubiese percatado.

A través del ventanal, observó a un taxi que se detenía al borde de la acera a petición de un hombre trajeado que llevaba un maletín. La luz en la calle cada vez era más tenue. Enzo pensó que seguramente el mar estaría picado.

Diez minutos después de la hora acordada, cogió el móvil y la llamó. Los tonos se sucedieron mientras Enzo vigilaba la calle. De improviso, oyó el irritante sonido de llamada rechazada. Fue entonces cuando intuyó que Diana no iba a venir. Por alguna razón se habría echado atrás. ¿Cuál podía ser el motivo? Olvidar el pasado, dejarlo estar, evitar abrir heridas ya cerradas. Sintió que no podía culparla. Alguien entró en la cafetería, pero no era ella, sino una pareja de policías que se sentó a la barra.

Termino la caña y me largo, pensó.

Al cabo de unos minutos, alzó la vista y reparó en una mujer de mediana edad que se había detenido en el umbral de la entrada. Enseguida intuyó que era Diana porque buscaba a alguien con la mirada. De estatura baja y hombros enjutos, frisaba los sesenta años. Su cabello liso y oscuro estaba recogido hacia atrás. Vestía con un abrigo ligero de un par de tallas mayor, que llevaba abierto, dejando ver un jersey negro.

Sus miradas se encontraron y Diana se acercó hasta la mesa, momento que Enzo aprovechó para levantarse. Se saludaron y se estrecharon la mano. Lo primero que pensó ella fue que el parecido con su padre era evidente. La misma forma de las cejas y boca, cuyos labios se curvaban para mostrar una sonrisa galante. Sin poder remediarlo, evocó la última vez que vio a Pablo justo el día antes de la tragedia. En su apartamento de Madrid, toda la mañana se estuvieron despidiendo en la cama. Él ya vivía con ella después de la separación. Volvieron a planear el futuro, que empezaría después del viaje a Italia con su esposa, que ya sabía que se avecinaba el divorcio. Vivirían en Puerta del Mar de lo que fuese, todo con tal de estar lejos de Madrid, y los fines de semana se desplazaría a estar con sus hijos.

—Gracias por venir —dijo Enzo—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —respondió, seria, mientras se quitaba el abrigo y lo acomodaba en el respaldo de la silla—. Qué mal tiempo hace.

Ella tenía la piel pálida, unas profundas ojeras y asomaban algunas canas por las sienes, pero aún se intuía una cierta belleza que el paso de los años había marchitado. Así que esta mujer es Diana, pensó Enzo. La amante de mi padre.

—Está chispeando, ¿te mojaste? —preguntó Enzo, procurando rebajar la incomodidad que los envolvía.

—Sí, pero un poco, unas gotitas —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Bueno, tengo algo de prisa. ¿Qué es lo quieres saber?

Enzo carraspeó. Le aturdió pensar que esa mujer desconocida sentada al otro lado de la mesa podría haber sido su madrastra. Se preguntó cómo hubiera reaccionado él al conocerla a los cinco años. Lo que Enzo ignoraba era que, desde la ausencia de Pablo, Diana vivía separada de los demás por un muro interior.

—Mi abuelo nos contó que tuviste una relación con mi padre, y que mis padres se separaron por eso.

Ella hizo un gesto brusco con la mano, como para que no siguiera hablando.

—No, el matrimonio ya estaba muy mal —dijo ella, frunciendo el ceño—. Tu padre se sentía solo y agobiado. Eso me lo dijo muchas veces. Tarde o temprano se hubieran separado, y tampoco se acaba el mundo, ¿sabes? Pasa todos los días.

—Pero estar solo y agobiado pasa mucho. Se puede arreglar.

—Por lo que sea, tu padre no pensaba igual —dijo, encogiéndose de hombros.

Enzo comprendió que ella defendería su versión de los hechos hasta el final, así que decidió centrarse en el motivo por que le había llamado.

—Diana, ¿cómo era mi padre?

Ella entornó los ojos fingiendo un esfuerzo por recordar. En realidad, siempre estuvo presente en su memoria, pues había sido el gran amor de su vida.

—Un buen hombre. Cariñoso, atento y que sabía escuchar. En fin, perfecto. Ah, y hablaba mucho de vosotros.

—¿Qué decía?

—De Darío decía que se parecía más a su madre, más introvertido y serio. De Arturo… que era muy competitivo, pero también muy travieso… Se identificaba más contigo. Te entusiasmaban los juguetes de barcos piratas, cosas así, y usabas mucho la imaginación para inventarte aventuras.

Enzo sintió un océano de emociones. Sus abuelos nunca se lo habían dicho, quizá porque lo ignoraban. Su padre no tenía por qué contarles todo. Enzo ya tenía una edad para saber que a veces es más sencillo compartir lo íntimo con alguien que acabas de conocer que con tu familia.

—¿Llegaste a conocer a mi madre?

Diana bajó la mirada y se estiró el jersey. Se veía desgastado. Afuera, seguían cayendo algunas gotas.

Recordó la discusión con Giorgia en el descansillo del edificio sucedida veinticinco años atrás. De repente llamaron a la puerta de su piso, abrió y ella, sin más, le acusó de robarle a su marido. Se dijeron de todo. Pero no fue ese el momento en que empezó a detestarla, sino cuando convenció a Pablo de que la acompañara a Italia en el avión que luego se estrellaría. Para Diana, ella le arrebató al hombre que amaba porque lo iba a perder para siempre en cuestión de meses. Para Diana, ella era la culpable de su desgracia y, como Giorgia estaba muerta, alguien de su familia debía pagarlo.

—Sí, una vez. Fue desagradable conmigo, pero lo entiendo.

Una vez que Enzo había obtenido lo que deseaba, una forma de comprender el motivo de la separación de sus padres, pensó que había llegado el momento de ajustar cuentas con Diana.

—Deberías devolver el dinero a mi abuelo.

Diana esperaba que Enzo sacara el tema, lo que él ignoraba es que ella daría la sorpresa final.

—¿Qué dinero?

—No me parece bien lo que hiciste. Sacar tajada de una desgracia.

—Yo no le obligué.

—Claro que sí. Él no quería que supiéramos que nuestros padres se iban a divorciar, que mi

padre tenía una amante.

—Nunca le obligué —insistió—. Me ayudó porque él quiso. Mi marido no me pasaba la pensión. Y, para que lo sepas, fui mucho más que el «amante» de tu padre. Él me amaba. Íbamos a empezar una vida juntos aquí, en Puerta del Mar.

—Te aprovechaste de mi abuelo, un hombre de buen corazón.

—Que me denuncie a la policía.

—Estamos en ello, créeme —dijo, sabiendo que no era verdad por la falta de pruebas. Se puso de pie con objeto de finalizar el encuentro.

A pesar del parecido con Pablo y de lo que había removido en su interior, Diana no podía olvidar que él era hijo de Giorgia. Y que existía una cuenta pendiente por apartarle del único hombre al que había amado.

—¿Qué tal con Violeta? —preguntó, sonriendo.

Enzo abrió los ojos, estupefacto.

—¿Violeta? ¿Cómo sabes…? ¿La conoces?

—Es mi sobrina. Lo que es la vida, parece que los Gómez y los Campos están predestinados.

Enzo seguía sin salir de su asombro.

—¿Tu sobrina?

—Ya veo que no lo sabías. Cuando trabajaba en la casa de tu abuelo me informaba de muchas cosas de vuestra familia —dijo, con una sonrisa de triunfo.

—¿Por qué me lo dices?

—Por nada, para que lo sepas. Pensé que ella te lo habría dicho —dijo, disfrutando cada vez más de la sensación de hacer daño—. Me parece lo más lógico, pero ya veo que no, que no sabías nada.

Sin pensar, Enzo sacó su cartera y dejó caer un billete sobre la mesa. Necesitaba salir de ahí cuanto antes. Sentía que se estaba ahogando. Le dedicó a Diana una última mirada cargada de odio y se marchó.

~

Qué señora tan amargada, pensó Enzo, nada más salir de la cafetería. ¿Cómo pudo mi padre liarse con alguien así?

Caían cada vez más gotas de agua. Los coches usaban los limpiaparabrisas. La gente caminaba con apremio y agachaba la cabeza para no mojarse. Sin embargo, Enzo se encontraba ajeno a la lluvia y a todo. Su mente bullía de pensamientos. Violeta, sobrina de esa mujer, quien arruinó el matrimonio de sus padres, chantajeó a su abuelo e infiltró a Violeta en la casa familiar. No podía dejar de ver la sonrisa sardónica de Diana en la cafetería.

Tengo que hablar con Violeta, pensó. Ya. Me debe una explicación.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil. Localizó el contacto y apretó el botón. Oyó cómo los tonos, uno detrás de otro, se alargaban desesperadamente. Se sentía como víctima de un retorcido complot en el que Violeta era una gran actriz. Ella estaba con él por interés de destruir a la familia a petición de su tía maquiavélica. Pero, ¿qué mundo era este? ¿Y el fin de semana que habían pasado en el hotel? ¿Había sido falso?

No, no puede ser verdad. Diana acaba de mentir, seguro.

La llamada se cortó de repente. Ni siquiera saltó el buzón de voz. Quizá porque ella no lo había activado.

Joder, ¿dónde estás, Violeta?

Consultó su última conexión al chat, pero por algún motivo no aparecía la información. Siguió montándose películas en su cabeza mientras, ya en el aparcamiento, se acercaba al jeep.

«Violeta, ¿dónde estás? Tenemos que hablar», escribió en un mensaje que envió enseguida.

Abrumado por los acontecimientos, ni siquiera se acordó de pagar el aparcamiento. Se subió al jeep, arrancó el motor y dio marcha atrás para salir. Violeta no le contestaba. Quizá ya nunca lo haría. La verdad había salido a la luz. Pero él no iba a dejar las cosas así. Si no cogía el teléfono iría hasta su piso. Hablaría con ella. Cara a cara. Discutirían, pero dejaría claro que de él no se ríe nadie.

Cuando se quiso dar cuenta, se encontró cerca de la salida del aparcamiento y sin abonar el tique. La barrera le impediría continuar. El ansia le pudo y, para evitar perder tiempo bajando del jeep y acercarse al cajero, se pegó al coche precedente. La barrera golpeó en la capota del jeep con un ruido sordo, pero logró salir a la calle.

Recordaba el lugar donde vivía Violeta, aunque el único inconveniente era que no recordaba ni la planta ni el número de la puerta.

Joder, cómo había jugado Violeta con sus sentimientos.

Se detuvo en un semáforo en rojo de la avenida principal detrás de otro vehículo. Los escaparates y rótulos de las tiendas estaban iluminados. Los restaurantes servían ya la cena a los clientes extranjeros. Ya era de noche en la pequeña ciudad. Tendría que avisar a su familia de que Violeta era una traidora. Pero ¿qué le había dicho a Diana? En realidad, eso no era importante. Apretó con insistencia el claxon cuando el semáforo se puso en verde y la moto justo delante no reaccionaba.

Claro, por eso Diana había accedido a verle, pensó, negando con la cabeza. Para joderle.

Dejó atrás la avenida y aparcó en una explanada a las afueras junto a otros coches. Bajó del jeep y lo cerró de un portazo. Alzó la mirada hacia la fachada. En la azotea del bloque de apartamentos había un luminoso de un negocio inmobiliario del barrio. Era el único de Puerta del Mar con una publicidad tan llamativa. Violeta debía de vivir en alguna de las últimas plantas, pero ¿cuál? Y ella seguía sin responder su mensaje.

Se acercó hasta el portal y lanzó una mirada al interior. Entre sombras, reconoció las características de cualquier otro portal: buzones, ascensor y escaleras. Como no parecía que algún vecino fuera a salir, apretó más de una vez todos los botones del portero automático. Oyó una mezcla de voces preguntando quién era o qué quería.

—Violeta, soy Enzo. Abre —dijo, al azar, pensando que ella le escucharía.

—¿Enzo?

Distinguió su voz entre el murmullo.

—Sí, ¿qué piso es?

—Cuarto B.

Se produjo una pausa y enseguida el chisporroteo metálico indicó que la puerta estaba abierta. Antes de subir, tomó aire y lo dejó escapar. Necesitaba calmarse.

CAPÍTULO 16

El agua caliente cayó sobre los hombros de Violeta y al poco sintió una intensa relajación en los músculos. Una excelente idea llegar del balneario y meterse en la ducha. Tengo que hacerlo más a menudo, pensó. Se dejó embriagar por el olor frutal del jabón y la suavidad de la esponja sobre la piel húmeda. Otras veces el parloteo incesante de su mente acerca del trabajo la invadía por completo, pero ahora se esforzó en enmudecer esa irritante voz y concentrarse en el presente. El murmullo del agua, la cálida temperatura, la respiración calmada. No, no era sencillo. A veces sucumbía al pasado inmediato y recreaba escenas con pacientes y compañeros.

La relación con su jefe, Moisés, era distante después del plantón de la semana pasada, pero no se arrepentía de su forma de actuar. Confiaba en que una vez establecidos los límites de su puesto, la relación pudiera ser si no perfecta al menos cordial. Le gustaba trabajar en el balneario y esperaba continuar mucho más tiempo ayudando a todo aquel que lo necesitara. Saigón se había marchado a su país por atender un negocio y le había agradecido su atención y profesionalidad. ¿Qué mejor retribución que esa?

Se masajeó el cabello con los ojos cerrados y eso le hizo regresar a la ducha, cosa que agradeció. Ignoraba los minutos que llevaba bajo el agua. Fueran los que fuesen, eran escasos. Anhelaba quedarse más tiempo. Sin embargo, su conciencia dijo que ya estaba bien por hoy.

Cerró el grifo y se cubrió con la toalla; con otra más pequeña fue secando el cabello. Oyó el ruido de los vecinos de arriba. Se habían mudado hacía poco y aún no los conocía, pero a menudo se filtraba la voz de una niña. Salió del baño con la toalla enrollada en la cabeza y vestida con el albornoz que el balneario obsequiaba a los huéspedes. Dejó su ropa en el dormitorio y al hacerlo se fijó en el libro recomendado por Luz. Cenaría algo ligero y después se pondría a leer. Ese sería su plan para la noche.

Sobre la mesa del salón descansaba un modesto regalo para Enzo. Casi había sido por casualidad. De repente descubrió esa misma tarde en la calle una tienda de decoración, y algo le impulsó a entrar, como una suerte de corazonada. Cuando vio las plantas se acordó de Enzo. Vendrían muy bien para darle un toque cálido a su piso, ya que le había parecido austero y aburrido, cuando sabía que él no era así. Era natural en los hombres que no prestaran atención a los detalles, y mucho más si se trataba de decoración. Su piso encerraba el potencial de un hogar maravilloso, un lugar donde apetece estar, sentirse cobijado, un refugio del mundo. Sin embargo, todo era demasiado frío y práctico.

Primero pensó en comprarle una planta natural, como un helecho, aunque enseguida lo descartó porque necesita cuidados periódicos de agua y sol. Debido a sus horarios en Salvamento, no veía a Enzo concentrado en cumplir la rutina. Después consideró que una planta artificial se ajustaría mejor a sus costumbres. Pero ¿cuál? Tampoco quería regalarle un cactus…

Pronto dio con la solución gracias a la dependienta. Una mujer de mediana edad con ánimo de ayudar. Un juego de tres suculentas artificiales, cada una en su maceta correspondiente. Eran pequeñas, elegantes y cabían en cualquier sitio. Le explicó a Violeta el nombre de cada una de las tres, pero ya se le había olvidado. Una tenía las hojas de color verde pálido y con forma de roseta; otra presentaba unas hojas con un matiz rosado, y eran más gruesas y carnosas; y la tercera era de hojas suaves y parecía muy realista.

Estaba deseando ver la reacción de Enzo. Quería que fuera más que un regalo formal, un detalle que dijera «me he acordado de ti».

Aún con el cabello húmedo, mientras se vestía con una ropa cómoda para estar en casa, oyó de repente el timbre del telefonillo. ¿Quién podrá ser?, se preguntó. Descartó que fuera un comercial vendiendo productos o servicios que no necesitaba, ya que era una hora tardía para eso.

—¿Sí? —preguntó después de descolgar.

—Violeta, soy Enzo. Abre.

Se quedó de piedra.

—¿Enzo?

—Sí. ¿Qué piso es?

—Cuarto B —dijo, titubeando.

Nada más colgar, se preguntó si en realidad había captado un deje de impaciencia en su voz.

Fue hasta el dormitorio y cogió el móvil, que se estaba cargando. Comprobó que durante la ducha Enzo le había escrito. Leyó sus últimos mensajes e intuyó que algo estaba pasando. ¿Guardaba relación con su encuentro con aquella mujer? Había pensado en llamarle después, ya que recordaba que se vería con ella y era un momento importante para él.

Violeta, estás sacando las cosas de quicio, pensó.

La llegada de Enzo era inminente. Fue al baño y se miró al espejo. Le hubiera gustado disponer de más tiempo para arreglarse, quizá aplicando un maquillaje ligero. Al menos se arregló el cabello húmedo con las manos para darle un cierto volumen. Llamaron al timbre de la puerta. Se lanzó la última mirada al espejo y salió.

Antes de abrir, soltó un suspiro discreto. Notaba su cuerpo tenso. Su sexto sentido advirtió de que no era una visita de cortesía. Cuando vio la expresión de Enzo supo que tenía razón, y cuando oyó sus primeras palabras una voz interior le dijo que no estaba preparada para esa conversación.

—Me has mentido —espetó Enzo, con los brazos en jarras.

—¿Qué? —dijo ella, sosteniendo la puerta con la mano.

—¿Puedo pasar?

Violeta se hizo a un lado y Enzo entró directo hacia el salón. Después se giró hacia ella y la miró fijamente.

—Tu tía me lo ha contado todo.

Ella parpadeó, desconcertada.

—¿Mi tía? Espera, no estoy entendiendo nada.

—No te hagas la tonta. Lo sabías todo desde un principio.

—¿Saber el qué?

—Que tu tía fue la que se lio con mi padre, y la que ha estado chantajeando a mi abuelo.

—¿Cómo? ¿Tu padre y mi tía?

—Oh, venga. Ahora dirás que no sabías nada.

—¡Claro que no!

—¡Trabajaste para mi abuelo! Le contaste muchas cosas sobre nosotros. ¿Cómo te enteraste de que necesitaba un fisio?

—Me lo dijo mi tía —dijo, aún aturdida por la revelación.

—¿Ves?

—¿Ves qué?

—A ella le venía bien que estuvieras dentro de la familia.

—¿Para qué?

—Para informarla.

—¿De qué?

—¡De todo! De nosotros, de los problemas con el Paraíso, y qué sé yo de cuántas cosas más.

—Mi tía nunca me dijo nada. Sí, es cierto, me preguntaba cosas pero tonterías, nada más.

—A lo mejor no eran tonterías.

—¿Estás seguro de que mi tía es quien dice ser?

—Pelo largo, con canas, delgada —dijo Enzo, y desbloqueó su móvil para localizar el contacto de Diana—. Mira, este es su número.

Violeta comprobó que en efecto pertenecía a su tía. No había posibilidad de error. Enzo estaba en lo cierto. Tomó una bocanada de aire y se sentó en el sofá. Necesitaba ver las cosas con claridad.

—Llámala, Violeta —dijo Enzo—. Que te lo explique ella.

—Vamos a ver —dijo, inclinada hacia delante y juntando las palmas, buscando la calma y el sentido común—. ¿Para qué querría que yo trabajase en la casa de tu abuela?

—¡Otra vez! —exclamó, echando la cabeza hacia atrás—. Ya te lo he dicho.

—No lo entiendo qué gana ella.

—Está resentida con la familia. ¡Llámala, ahora!

—¡No, ahora no! ¡La llamaré cuando yo quiera! ¡Sé cómo tratar a mi tía!

—Vale, está claro —dijo, con un gesto de desdén con la mano.

Violeta se levantó y se acercó a él frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Que solo estabas jugando conmigo, que querías hacerme daño desde el principio —dijo, mirando hacia la ventana, donde pudo ver su reflejo y el de ella.

—Te prometo que no sabía nada —le cogió de los hombros—. Mírame, ¿es que no me crees?

Enzo se giró hacia ella. Sus ojos transmitían dolor e indignación, sin embargo, él se notaba en medio de un torrente de emociones. Detestaba tanto a Diana que no había espacio en su interior para otros sentimientos, como si hubiera arrojado un velo sobre su corazón.

—Ya no sé qué pensar —respondió.

Violeta, incrédula, vio primero cómo evitaba mirarla y después cómo se apartaba.

—Si no confías en mí… —dijo ella, con un hilo de voz—. Será mejor que te vayas.

Enzo asintió con la cabeza y caminó hacia la puerta lentamente.

—Necesito tiempo para asimilar todo esto —dijo, mirándola.

Violeta se puso de espaldas y guardó silencio. Ya estaba todo dicho. Al momento, oyó el ruido de la puerta al cerrarse, que la sobresaltó. Negó con la cabeza, desconcertada. No sé qué pensar, había dicho Enzo.

¿Qué clase de persona cree ese idiota que soy?, se preguntó.

Cogió las plantitas artificiales de la mesa y las tiró a la basura.



Violeta respiró con profundidad y llamó a su tía al móvil. Ella tardó en contestar, como siempre. Por la noche lo solía tener en el dormitorio, cargándose sobre la mesita de noche. Eran casi las nueve. Desde que se fuera Enzo se había quedado unos minutos preguntándose si la discusión había sido real o una pesadilla. Unos minutos antes se sentía enamorada y de repente, un Enzo totalmente desconocido. En cuanto sus manos dejaron de temblar, decidió que tenía que llamar a su tía. Confiaba en que iba a ofrecer una explicación razonable.

—¿Todo bien? —preguntó Diana.

—Tía, ¿te has visto hoy con Enzo Campos?

Se instaló un silencio tan profundo que casi se palpaba.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me has dicho que lo conoces? Te dije que estaba saliendo con él.

—A Enzo solo lo conocí de pequeño y muy poco.

—Entonces es cierto que su padre y tú…

Violeta oyó una respiración profunda de su tía. Por un momento pensó que iba a colgar.

—Tuvimos una relación, sí. Y él se iba a divorciar, pero su esposa lo echó todo a perder. Por su culpa murió Pablo. Eso fue hace mucho tiempo, Violeta. ¿No te lo he dicho? Seguro que alguna vez…

—No, me acordaría perfectamente —interrumpió.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene eso ahora?

Violeta detalló la tensa discusión que había mantenido con Enzo. Las acusaciones, los reproches, el portazo y la posible ruptura definitiva.

—¿Es cierto que exigiste dinero a Juan? —preguntó Violeta.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Él se ofreció. Nunca le pedí nada.

—Es que él ha hablado de chantaje, tía.

—¿Cómo? ¿Chantaje? ¡Pero qué cara más dura!

—¿No es verdad?

—¡Claro que no!

—¿Por qué me diría algo así?

—Porque su abuelo chochea y no sabe lo que dice. Violeta, es una familia tóxica. Pensé que habían cambiado, pero no, hazme el favor, aléjate de ellos. Olvídate de Enzo.

—Eso es algo que tengo que decidir yo.

—Es mi consejo, Violeta. Haz lo que quieras, es tu vida, pero luego no me digas que por qué no te dije nada.

—Fuiste tú quién me avisó de que buscaban a una fisio.

—Lo hice por ti, para que ganaras un dinero. Pensé que solo estarías unos días y ya está. ¿Cómo iba a saber que acabarías liada con el hijo?

Al colgar la llamada, Violeta estaba más confundida que antes. Debía creer a su tía. ¿Por qué iba a mentirla? Pese a su carácter distante, Diana siempre la había querido o al menos lo había sentido así. Le daba la sensación de que todo había sido un gran malentendido, pero que estaba demasiado embrollado para deshacerse. Además, estaba la increíble situación del romance en el pasado entre su tía y el padre de Enzo. ¿Cuáles eran las posibilidades de que sucediera algo tan rocambolesco? Pero la pregunta que la atormentaba era: ¿qué pasaría entre Enzo y ella?

Al día siguiente, después de trabajar en el balneario decidió visitar a su tía. Necesitaba que le contase desde el principio toda la historia entre el padre de Enzo y ella. Por teléfono había sido una conversación breve, solo para confirmar lo que afirmaba Enzo, aunque la aclaración generó más dudas. ¿Por qué su tía echaba la culpa a la esposa del accidente? ¿Por qué su tía nunca le

había mencionado con detalle su relación con la familia Campos?

Su madre le había recordado, no hacía mucho, que ese novio de su tía que murió en un accidente, no fue de coche sino de avión. Ese novio era el padre de Enzo. Ahora lo sabía, pero antes, quizá por su juventud, no fue consciente de cómo el trágico pasado había marcado a su tía. Para Violeta, Mario había sido el hombre de su vida porque se casó con él y dio a luz a Isma al año siguiente. Después se separaron por desavenencias personales de las que apenas supo, y hasta donde ella sabía la relación entre ambos continuaba siendo tensa.

Fiel a su costumbre, su tía languidecía frente al televisor, que mostraba imágenes de lo que parecía ser una serie española. No se sorprendió al verla en el salón, y Violeta pensó que, dada la relevancia del tema, esperaba su visita. Isma estaba en su habitación jugando al ordenador, así que ambas podrían conversar con libertad. Dejó el bolso colgado del respaldo de la silla y se sentó en el sofá. Tenía la espalda molida a causa de otra jornada dura en el balneario.

—Te has quedado con más dudas, ¿no, niña?

Violenta suspiró.

—Es todo muy complicado, tía.

—Lo sé. ¿Qué quieres saber?

—No sé ni por dónde empezar —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Todo?

Diana aceptó a regañadientes empezar desde el principio. Bajó el volumen del televisor, carraspeó y se tapó con la rebeca, a pesar de que un pequeño radiador caldeaba el salón. Su tía comenzó explicando su presencia en Madrid; quería buscar empleo de lo suyo, magisterio. Tenía veintiocho años y había acabado la carrera de arte dramático. Las perspectivas no eran halagüeñas, así que decidió marcharse a la capital, como tantos a otros, a labrarse un porvenir en la educación privada.

¿Dónde vivir? Ese fue el primero de los desafíos. Después de una intensa búsqueda, encontró un piso para compartir con unas chicas de Asturias, que habían estudiado Marketing. El cuarto era pequeño y daba a un patio interior, pero la situación en Madrid no permitía elegir, ya que las ofertas eran escasas.

A causa de que sus ahorros eran exiguos, se propuso encontrar un trabajo por las tardes para cubrir sus gastos, y lo encontró al poco tiempo, de teleoperadora. Por las mañanas, se dedicaba a formarse y presentarse a entrevistas de trabajo. Era 1997 y se avecinaba una crisis profunda, pero nunca fue sencillo encontrar en Madrid el trabajo soñado. De vez en cuando bajaba a Sevilla a ver a sus padres y hermana. Así era su vida hasta que conoció a Pablo, el vecino del cuarto. Un flechazo a primera vista.

Su tía, por pudor, eludió entrar en los detalles íntimos. Pero al menos le contó que su relación se fue tejiendo poco a poco, forzando encuentros en el piso de ella, aprovechando que sus compañeras no estaban y que Pablo estudiaba en casa las oposiciones a funcionario. Enzo estaba en la guardería, Darío y Arturo en el colegio. Además, Giorgia trabajaba todo el día en la redacción de un periódico; al parecer ostentaba un cargo importante. Día a día, su atracción física se convirtió en un profundo enamoramiento.

Durante una media hora, Diana explicó cómo la situación voló por los aires cuando decidieron que querían estar juntos a toda costa. Las dudas estuvieron todo el tiempo, más del lado de Pablo. Se trataba de un hombre casado con tres hijos. No, no era sencillo. Sin embargo, la relación entre Giorgia y Pablo llevaba tiempo herida porque el trabajo la absorbía por completo. Habían intentado arreglar sus diferencias pero sin éxito. Pablo se sentía infeliz a su lado.

—Así me lo dijo —afirmó su tía.

Violeta tomó aire. Era una historia abrumadora, de esas que piensas que solo ocurre en las películas.

—¿Por qué aseguraste que fue culpa de ella la muerte de Pablo?

—Cuando su familia se enteró de que se quería divorciar, Juan, Sofía y Giorgia se opusieron. Intentaron convencerle de que no lo hiciera, pero Pablo ya había tomado la decisión de que quería estar conmigo. Pero entonces, milagro, llegó la boda de la familia de Giorgia en Roma. Sus padres no sabían nada, por supuesto. Pensaban que el matrimonio iba de maravilla, y ella le pidió a Pablo que la acompañara como un último favor personal, para no tener que dar explicaciones. Aunque pienso que, en el fondo, quería recuperarlo.

—¿Por qué fue Pablo? Ya no había nada entre ellos.

Diana suspiró. Se le notaba fatigada por sacar a la luz tantos recuerdos enterrados muy a fondo en su memoria.

—Porque le convenía no hacer más leña del árbol caído. Él quería a sus hijos y no quería que Giorgia dañara su relación con ellos, poniendo pegas a que los visitara o que le visitaran aquí, en Puerta del Mar. Por culpa de ella, Pablo tomó el avión.

—¿Y después Juan te dio dinero como una ayuda? No lo entiendo.

Diana se humedeció los labios. Sabía que no era verdad, que ella se lo había exigido para no mancillar el honor de la familia Campos, algo que a Juan siempre le preocupó. El chantaje formaba parte de la venganza por preferir a Giorgia sin darle a ella una oportunidad.

—Yo tampoco, pero el caso es que lo acepté y, créeme, me arrepiento. Si pudiera se lo devolvía todo, pero lo he usado en tapar agujeros y en Isma. Ya sabes los gastos que da un hijo.

Diana se anticipó a la pregunta que supuso seguía rondando por la cabeza de su sobrina, así daría una sensación de credibilidad.

—Te dije que te alejaras de Enzo, ¿recuerdas?

—Sí.

—Debería haberte insistido, pero no lo hice. Lo siento… Después me llamó él para quedar. ¿Tú qué hubieras hecho? ¿Te lo tendría que haber dicho?

—No lo sé, tía. Tendría que pensarlo.

—¿Ves? No es fácil. Lo único que sé es que los Campos son gente tóxica.



En los días siguientes, Enzo fue contando por teléfono a su familia el parentesco que unía Violeta a Diana. La reacción de Arturo fue indignarse como lo había hecho él, y añadió que esa mujer estaba obsesionada con los Campos. Darío se lo tomó con más calma, aunque su enfado también era evidente. A ambos le pareció una jugada sucia que Violeta cotilleara a Diana todo lo que viese en la casa. Arturo dijo que sin duda el objetivo de esa maniobra era obtener más dinero del abuelo, aunque no lo había conseguido.

—Pero entonces ¿lo tuyo con Violeta no es real? —le preguntó Arturo.

—Me resisto a pensar que haya caído tan bajo para fingir que…

—¿Ya le has dado puerta, no?

—Estoy esperando a que me dé una explicación después de hablar con su tía, pero ahora la confianza está rota.

—Hermano, hay muchas mujeres que valen la pena. Solo espero que nunca me cruce con ninguna de las dos porque les voy a decir cuatro cosas. Lo que quiero decir es que un clavo saca a otro clavo, ya me entiendes.

—Lo sé, pero al menos escucharé sus explicaciones. Algo tendrá que decirme. A estas alturas, ya habrá hablado con su tía. No sé cuándo me llamará.

—Apuesto a que nunca. Se sentirá avergonzada de haber sido descubierta.

Darío, por su parte, siempre reflexivo, comentó que le resultaba desconcertante que se enterara del parentesco por Diana.

—Lo he pensado también —dijo Enzo—. Vio que no podía conseguir nada más de nosotros y por eso lo soltó. Para reírse de nosotros.

—Pero lo importante aquí es: ¿cómo estás tú, Enzo?

Agradeció para sus adentros el interés genuino de su hermano por su estado emocional.

—Jodido, la verdad, y hecho un lío. Habíamos pasado juntos un fin de semana genial, y ahora tengo dudas, muchas dudas.

—Normal, yo también las tendría. Esa mujer nos ha hecho mucho daño. Solo espero no volver a verla ni saber nada más de ella. Piénsalo bien antes de seguir con Violeta.

Esa mañana a bordo del Orión, con las nubes bajas y el mar rizando las olas, Enzo recordaba la conversación telefónica con sus hermanos del día anterior. Aún no le había dicho al abuelo, pero se lo diría en persona y a ser posible después de hablar con Violeta. ¿Sería el fin de su relación?

Desde la cabina vio a Ángela y Jesús en la proa, revisando de que la zodiac estuviera en óptimas condiciones para ser usada en cualquier emergencia. Sintió que debía de animarse por ellos, ya que no quería contagiarles su bajón anímico. Eran como una pequeña familia que se necesitaban para sobrellevar los rigores del oficio que les apasionaba.

Al cabo de unos minutos, un aviso por radio hizo saltar las alarmas. Un surfista estaba en la deriva. En cuanto recibió las coordenadas, Enzo respondió que se aproximaban a máxima velocidad. Les pegó una voz a sus compañeros y estos fueron raudos a la cabina. Estableció en el cuadro de mandos la velocidad constante, y después se fijó en la del viento, clave para acercarse al surfista con total seguridad.

Enzo agradeció para sí mismo ocupar sus pensamientos en otra cosa que no fuera la discusión con Violeta, que aún la mantenía fresca en su cabeza. Albergaba la esperanza de que recibiría su mensaje o llamada y entonces quedarían para hablar.

Cuando vieron, no sin dificultad, al surfista que meneaba los brazos, Enzo aminoró la velocidad y anunció a sus compañeros que iniciaba la maniobra Butakov. Era la ideal cuando la mar estaba revuelta, así no detendrían la embarcación y el surfista no correría el riesgo de golpearse contra el casco del Orión.

Unos minutos después, pidió a Ángela que lanzara la red al agua para que el surfista subiera a bordo. Ella salió con apremio y cumplió la orden. Sin embargo, Enzo se alarmó al ver que su compañera se inclinaba demasiado por la borda, lo que suponía un riesgo innecesario.

—¡Ángela, cuidado! —exclamó, y al ver que no la escuchaba se levantó y salió de la cabina —. ¿Es que no me oyes? ¡Joder, ten cuidado, maldita sea!

—¡Enzo, tranquilo! —exclamó Jesús, que miraba atónito a su patrón—. Ella sabe lo que hace. Lo tiene controlado.

—¡No, no lo sabe! ¡Su vida es mi responsabilidad!

Jesús alzó las manos, como reculando.

—Está bien, está bien, tú eres el patrón.

Enzo maldijo para sus adentros y se volvió a sentar.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Ve a ayudarla!

Jesús saltó de su asiento como propulsado por un muelle. Entre Ángela y él ayudaron al

surfista a subir con la ayuda de la red. Era un hombre de mediana edad, con pinta de extranjero, delgado como un palillo. Inclinó la cabeza repetidas veces a modo de agradecimiento.

Enzo contactó con Control para informar del rescate. En cuanto sus compañeros terminaran la evaluación física, comunicarían si era necesaria atención médica en el puerto.

Después Enzo suspiró largamente. A pesar de salvar una vida, nunca se había sentido tan frustrado. Era como si hubiera perdido el dominio de sí mismo. Todo lo relacionado con Violeta le estaba afectando más de lo que pensaba.

CAPÍTULO 17

Quedaban solo cuarenta y ocho horas para la inauguración del autocine Nuevo Paraíso, y Arturo e Iris empezaron a notar mariposas en el estómago. Estaba casi todo listo, pero aún quedaban detalles sueltos que necesitaban de su atención, como los anuncios para la radio local. Les habían pasado una prueba del locutor pero no les había gustado, así que pidieron a otro y eso conllevaba invertir más tiempo.

Cogidos de la mano, Arturo e Iris paseaban por la explanada deseando que se llenara muy pronto de coches. Era una mañana fresca de otoño con el cielo cubierto por una gran nube gris. El asfalto se veía sin fisuras, como una alfombra; las líneas del estacionamiento estaban recién pintadas de blanco, y el equipo de sonido a la espera de ser puesto en marcha.

El restaurante con temática de los cincuenta debería esperar un poco más para ser abierto, pero ¿cuál era la prisa? Preferían volcarse en la carta y el diseño del mobiliario, una vez que el autocine diera sus primeros pasos.

—Estoy nerviosa, corazón —dijo Iris—. Queda tan poco…

Arturo la atrajo por la cintura y le dio un beso en la frente.

—Todo saldrá bien. Vendrá mucha gente y se irá contenta. Tengo un buen presentimiento.

—Me encanta tu confianza, siempre optimista.

—Quiero que sea ya el día, y que vengan todos, familia y amigos. Nadie se lo va a querer perder.

—¿Sabes? He visto la previsión del tiempo y no va a llover.

Arturo soltó una carcajada.

—¡Yo también lo he visto! Aquí, en el sur, la suerte que tenemos es que solo llueve unas cuantas semanas al año. Es el sitio perfecto para este negocio. Además, tengo un arma secreta.

—¿Cuál? No me lo has dicho —dijo, golpeándole el brazo con cariño.

—Claro que sí, cientos de veces —dijo, y la cogió de las manos—. El arma secreta eres tú. Tienes un cerebro privilegiado.

Iris sonrió de oreja a oreja.

—Supongo que me gusta escucharlo.

—En el futuro dejarás el banco para dedicarte por completo al cine. Ya lo verás, esto —dijo, señalando el suelo— nos dará trabajo de sobra para los dos.

—Ojalá. Nunca me había planteado tener una empresa, pero me va gustando —y después, mirando hacia el bar, dijo—. En cuanto venga el buen tiempo, ponemos mesas y sillas para que la gente se tome algo mientras escucha música.

—¿Ves? Ya tienes mentalidad de empresaria.

Llegaron hasta la entrada, donde se alzaba un arco gigante de metal pintado de rojo y, en el

medio, colgaba un rótulo con el logotipo del autocine. El círculo en blanco simbolizando la pantalla de cine y encima «Nuevo Paraíso» con letras amarillas. Al final habían respetado el diseño que tanto gustó a la familia.

Iris tomó con su móvil una fotografía vertical del arco, después la modificó con un filtro para obtener una mayor luminosidad. Se la enseñó a Arturo, que le encantó.

—La estoy subiendo a la cuenta de Instagram.

—¿Cuántos seguidores tenemos ya?

—Casi mil.

Arturo lanzó un silbido de admiración.

—No está mal para empezar —dijo él—. Tenemos que llegar a tres mil antes de que acabe el año. Se me ocurre que podemos sortear entradas o algo así.

Iris se guardó el móvil en el pantalón y, de repente, se acordó de un tema que deseaba comentar con su marido.

—Tengo una curiosidad, ¿vendrá Enzo con su novia? Después de lo que me contaste, estoy preocupada por él.

—La tiene que dejar —dijo Arturo, categórico—. No me cabe en la cabeza que salga teniendo en cuanta quién es. Su tía nos ha hecho mucho daño y no quiero saber nada de ella, ni de su familia. Ya sabes, de tal palo, tal astilla.

—Amor, ¿crees que es lo más adecuado?

—Claro que sí, mejor ahora que han empezado a salir que no cuando ya sea demasiado tarde.

Enzo e Iris se llevaban apenas un año de diferencia, y su matrimonio cada día iba ganando en solidez. A ella le gustaba la franqueza con la que se expresaba Enzo, algo muy característico de los Campos. Se imaginó que de pequeño debió fijarse mucho en Arturo y fue su modelo a seguir hasta que abandonó la adolescencia, el momento en el que empezó a reclamar su personalidad. Sin duda, los hermanos cada uno a su manera eran únicos y especiales.

Ahora que miraba su vida con cierta perspectiva, Iris pensó que tal vez le hubiera gustado tener una hermana, alguien con quien compartir alegrías y confidencias. No obstante, albergaba la esperanza de que Luz ejerciera ese papel. Le maravillaba la bondad que desprendía su corazón, y además su hija era un encanto de niña. Incluso su madre alguna vez la había dejado en casa y habían acabado pintándose las uñas.

Le resultaba asombroso que de repente no solo se había casado enamorada hasta la médula, sino que ya formaba parte de una familia numerosa. Después de su oscuro paso por Londres, qué acierto había sido vivir en Puerta del Mar.

Se colgó del brazo de Arturo, apoyó la cabeza en su hombro y volvió a contemplar el arco. Era algo más que un simple rótulo, un símbolo del inicio de una nueva etapa en sus vidas. Deseó viajar en el tiempo hacia el futuro y que Nuevo Paraíso llevara unos meses ya abierto.

—Qué ganas de que empiece todo —dijo Arturo, posando su mano sobre la suya, como si hubiera leído la mente de Iris.

—Sí, yo también

~

Al salir del balneario, Violeta se prometió a sí misma que en cuanto llegara a casa llamaría a Enzo. A decir verdad, había pospuesto ese momento una y otra vez. Pero de esa noche no pasaba. No estaba segura de si quedarían para hablar en una cafetería o si la conversación pendiente sucedería al teléfono. A veces basta con planear las cosas para que luego se

descontrolen. Violeta, ¿sigues dolida porque Enzo no creyó en ti cuando le dijiste que no estabas complicada con tu tía? A modo de respuesta, recordó dónde acabaron las plantitas que con tanto cariño había comprado.

Aparcó en la explanada, cruzó el portal y subió en el ascensor con un vecino que había salido a pasear al perro. Pensó en lo que diría a Enzo cuando hablara por teléfono, y sintió vértigo en el estómago. Se imaginó lo peor, que su romance, si no estaba acababa ya, se acabaría en esa conversación. Sería complicado para ambos sortear el obstáculo de la desconfianza que suponía la figura de su tía. Porque Violeta la creía a pie juntillas. No la veía capaz de chantajear a nadie, e incluso todo lo contrario sentía compasión por ella.

Sintió que sus ojos se volvían borrosos por la repentina conclusión de que debían romper. Justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron, así que se despidió con amabilidad del vecino y salió buscando las llaves en su bolso. De soslayo, observó que unos pasos apremiantes se acercaban. Ella se había quedado detenida en el rellano buscando las llaves con ahínco; su atención puesta en rebuscar en el bolso, que si un paquete de pañuelos, otro de chicles de menta, protector labial y una muestra de perfume.

Cuando advirtió de la presencia de alguien y alzó la vista no pudo evitar un sobresalto. Tanto, que se llevó una mano al corazón. Era una presencia totalmente inesperada. Enzo la miraba con una expresión de disculpa.

—Me has asustado —dijo ella.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Qué haces aquí?

—Esperaba tu llamada y al final he decidido hablar contigo directamente.

—He estado muy ocupada —dijo, bajando la vista para concentrarse en el bolso, aunque con un pellizco de remordimiento porque sabía que faltaba a la verdad.

—Lo supongo, pero tenía que verte.

La lamparita del rellano se apagó y la oscuridad los envolvió de repente. Violeta se acercó al interruptor y la luz volvió.

—¡No encuentro las llaves! —exclamó, con ganas de arrojar el bolso al suelo.

—Lo que tengo que decirte es algo rápido y breve —dijo, con las manos en los bolsillos—. Pero creo que tenía que ser en persona. Si no, no me lo hubiera perdonado en la vida.

Violenta se dijo a sí misma que nunca antes lo había visto tan atractivo. Su mirada verde centellaba en su rostro bronceado. Llevaba una sudadera de color morado y unos vaqueros ajustados, con los tobillos al aire.

—¿Me las habré dejado en el coche? —preguntó Violeta, más para sí misma. Se sentía al borde de un ataque de nervios y no a causa de la desaparición repentina de las llaves. Enzo la iba a dejar ahí mismo, en el rellano de la escalera.

Él dio un paso atrás al fijarse que Violeta no le prestaba toda la atención. Aprovechó para observar que se había puesto una rebeca por encima del uniforme del balneario. Un mechón de su cabello moreno y ensortijado cayó hacia delante y ella, en un gesto inconsciente, se lo acomodó detrás de la oreja.

—Enzo, dime lo que sea —dijo al fin, Violeta.

Él miró a su alrededor. Había pensado que se lo diría en el salón de su piso y estar en el relleno trastocaba algo su plan.

—¿Aquí, estás segura?

—¿Por qué no? Terminemos de una vez —dijo, colgándose el bolso del hombro y cruzándose de brazos.

—Bueno, como quieras —dijo Enzo, mirándola fijamente—. Violeta, quiero seguir viéndote.

Los ojos de ella se abrieron como platos. Sus emociones acababan de dar un giro.

—¿Y lo de mi tía?

—No me importa tu tía, bueno, sí, pero no voy a permitir que eso se interponga entre nosotros —dijo, y recorrió la distancia que había entre ambos. Después le cogió de las manos—. Estoy enamorado de ti, profundamente enamorado, y quiero estar contigo.

—No me creíste cuando te dije que no sabía nada de la relación de mi tía con tu familia. Me dolió en el alma, Enzo.

Él cerró los ojos, arrepentido, y la abrazó.

—Estaba confuso, ¿nunca te ha pasado? —La miró al tiempo que acariciaba sus mejillas—. Ahora he tenido unos días para reflexionar. No me cabe en la cabeza de que una persona como tú, que se desvive por ayudar a los demás, tenga una gota de maldad. No, es imposible.

Violeta suspiró, emocionada. Enzo la tomó por la cadera y, sonriendo, apoyó su frente en la suya. Había echado tanto de menos tenerla cerca que pensó que se volvería loco si no volvía a recuperar esa maravillosa sensación.

—Bésame —susurró ella.

Enzo inclinó la cabeza y cuando notó que sus labios tocaban los suyos, su cuerpo se estremeció de suavidad. Por arte de magia, el rellano de la escalera, siempre un lugar austero donde los haya, se convirtió en un cálido e íntimo refugio. La luz se apagó de nuevo pero ellos siguieron besándose sumidos en la oscuridad. No les importó, ya que el calor que desprendían les iluminaba por completo. El edificio entero contuvo el aliento y el beso se prolongó en mitad de un silencio abismal.

Como se pudo, incapaces de despegarse el uno del otro, Violeta cogió las llaves del bolso, abrió la puerta y entraron en el piso. Enzo cerró de una patada; Violeta dejó caer al suelo las llaves y el bolso. Se oyeron respiraciones entrecortadas y ansiosas. Todo parecía salvaje, frenético y delirante. Apoyado contra la pared y besando su cuello, Enzo apretó con una mano el trasero de Violeta para estrecharla aún más contra él.

—Dios, cómo me pone tu uniforme —dijo Enzo.

Esas palabras excitantes catapultaron la libido de Violeta. Ella se echó un poco hacia atrás para que él desabotonara la parte de arriba, cosa que hizo al momento. Uno a uno los botones, redondos como pezones, dejaron a la piel desguarnecida pero abierta para ser amada. El sujetador asomó ante sus ojos, aunque enseguida se sintió atraído por las curvas de sus pechos. Visión electrizante. Enzo enterró su cara sobre el escote y se dejó embriagar por el aroma salado.

—Enzo… —dijo ella, con un hilo de voz.

—Violeta… —replicó, paladeando cada una de las sílabas.

Como un volcán que amenaza con desbordarse de lava, así Enzo sintió su cuerpo. Cegado una vez más por el deseo, la alzó por la cadera unos veinte centímetros del suelo para llevarla hasta el sofá.

—Quiero darte por detrás —demandó Enzo, por encima del hombro de Violeta.

Ella se arrodilló sobre la alfombra y entre ambos bajaron los pantalones del uniforme. Después, de un tirón hicieron lo mismo con las bragas. Enzo se permitió un instante para deleitarse con el contorno y la palidez de sus nalgas. Las colmó con sus manos y sintió cómo se llenaban de lujuria.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos. Violeta arqueó la espalda y su trasero se ofreció adquiriendo otra dimensión, como si fuera la cuna del placer más absoluto. Ella se agarró al cojín y cerró los ojos, preparándose para las embestidas. Si tardaba un segundo más, lo estrangularía

con sus propias manos.

Enzo la agarró bien con una mano y con la otra fue introduciendo lentamente su miembro enhiesto. Ah, el polvo improvisado, rápido y febril lo excitaba como ningún otro. Y si además lo echaba con una mujer del calibre de Violeta, el placer era el doble. Cuando se notó dentro de ella al completo, se agarró a ella. Se regaló un instante así, en esa postura, deleitándose con la apabullante sensación, mezcla de placer e intimidad.

—¿Quieres duro o lento? —preguntó Enzo.

—Primero lento, después duro —pidió Violeta.

Enzo empezó con una calma inusitada, su cadera moviéndose al ritmo de una ola conquistando la orilla y después retrocediendo con elegancia. Y vuelta a empezar. La bata del uniforme seguía abierta. Oía los gemidos suaves de Violeta y las palabras que se escapaban: Sí… Más… No pares.

Al poco, Enzo empezó a subir el ritmo y la fuerza. Violeta lo sentía dentro, muy adentro y le gustaba sentirse dominada por él, que la atravesara para devastarla de principio a fin. Nunca antes un hombre le había provocado ese estado de ansia irrefrenable, esas ganas de gritar por todo lo alto. En cada embestida se sentía más cercana a él, y casi podía sentir su excitación en la potencia que imprimía a su cadera, cada vez más penetrante.

La noche era un estruendo de jadeos, palabras entrecortadas y deseo salvaje. Violeta alcanzó el éxtasis sintiendo su cuerpo estremecerse al completo, como si cada una de las células temblaran de la emoción. El clímax de Enzo ocurrió muy poco después. Con los párpados cerrados, el corazón a mil revoluciones, concentrado en sucumbir al placer más legendario y abismal, sintió que las fuerzas escaseaban, que faltaba el aire y apoyó el perfil de su cara sobre la espalda de ella. La apresó con sus brazos pero no porque deseara retenerla, sino porque si no se agarraba terminaría en el suelo, arrasado por las llamaradas de la pasión.

Cuando recobraron el aliento, se sintieron como dos náufragos en una isla desierta. Desconcertados, pero conscientes de lo sucedido, de cómo solo era un necesario una chispa para desatar el tsunami imparable de la lujuria. Violeta fue al baño mientras Enzo se subía los pantalones y la ropa interior. Se sentó sobre el sofá y suspiró. Los latidos habían vuelto a su ritmo acostumbrado. Hay que repetirlo en cuanto tengamos en ocasión, pensó. Se levantó para coger las llaves y el bolso que habían caído al suelo, y los dejó sobre la mesita central.

—¿Cómo estás? —le preguntó a ella cuando salió del baño.

Se abrazaron, un abrazo largo y lleno de cariño. No solo era el sexo como tal, sino que el vínculo entre ellos se había fortalecido.

—Bien. ¿Y tú?

—Ha sido espectacular.

—Estoy de acuerdo, me encantó —dijo ella, mirándole con arrobo—. ¿Tienes hambre? Si quieres, puedo preparar algo de cena. Solo déjame que me cambie.

—Vale, pero una cosa antes de que se me olvide —dijo, reteniéndola con la mano.

—Sí, dime.

—Me gustaría que vinieras conmigo a la inauguración del autocine.

La expresión de Violeta se volvió aún más brillante.

—¿Cuándo es?

—Pasado mañana. Será una fiesta por todo lo alto. Lo pasaremos muy bien.

—Nunca he estado en un autocine. Solo lo he visto en las películas americanas.

—Ya somos dos, bueno, unos cuantos. El único, mi hermano en Estados Unidos. Ha sido Iris y él quienes han levantado el cine. Se han encargado de todo. Darío y yo solo somos socios

capitalistas. Bueno, ¿entonces, vienes?

—Claro que sí, amor mío.

—Genial. Así conocerás a toda mi familia. Estarán todos.

Mientras Violeta se cambiaba en el dormitorio, se quedó pensando en cómo iban a reaccionar su abuelo y sus hermanos cuando la vieran en la fiesta. ¿Le guardarían rencor?



Antes de presentarse en el piso de Diana con objeto de exigir que cesara de dañar a la familia, Juan decidió acercarse a lo que quedaba de su viejo cine. Se había resistido durante muchos meses porque había hablado a sus nietos de la necesidad de mirar hacia el futuro. Sin embargo, una parte de él necesitaba volver a donde todo empezó, al lugar que marcó su vida y despedirse a solas y en silencio.

De pie, apoyado en su bastón, le llamó la atención que las vallas metálicas y andamios taparan la antigua fachada. Los obreros trabajaban a destajo: destruían, construían y modificaban. Olía a polvo y cemento. Nada recordaba que allí una vez hubo un cine que durante más sesenta años dio de comer a varias generaciones de los Campos, y que alimentó la imaginación de miles de personas.

Según los rumores abrirían una tienda de ropa justo antes de empezar las Navidades. Una franquicia internacional de mucho éxito. Juan se sentía desolado al contemplar aquel lugar frío, sin alma, y se arrepintió de haber ido a despedirse. ¿Cuál era la razón de torturarse a sí mismo?

Pero enseguida le inundaron una multitud de recuerdos entrañables. Su primera visita de la mano de su padre, la primera vez que, siendo niño, pisó la cabina de proyección junto a su padre cuando heredó el negocio, su primera cita con su amada Sofía, su hijo Pablo despachando entradas en la taquilla, sus nietos correteando ilusionados por los pasillos…

Todos esos recuerdos están aún en mi cabeza, pensó.

Un sentimiento de gratitud y orgullo creció en su interior con tal envergadura que fue arrinconando la aflicción por un modo de vida que había llegado a su fin.

Lo fácil hubiera sido traspasar el negocio a mis nietos, pensó. Pero también lo más egoísta. Lo difícil es estar aquí y ahora para decir «querido cine: muchas gracias por todo». Sí, ha merecido y mucho la pena el viaje. A lo largo de los años siguientes, muchos se acordarán del Cine Paraíso y lo harán con devoción y agradecimiento.

Apretó los labios, hizo una inclinación respetuosa con la cabeza y se marchó apoyándose en el bastón. Era una mañana de escaso sol, con nubes bajas cubriendo las montañas y una temperatura húmeda. Vestido con una camisa, jersey y un pantalón de pana, Juan no tardó más de diez minutos en llegar al portal del edificio donde vivía Diana. A pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que la visitó, se acordaba bien de las señas. Por fortuna, su memoria seguía fuerte como un roble.

Llamó al portero automático y esperó mirando hacia la calle. Un autobús urbano se detuvo en la parada donde aguardaban un grupo de turistas. Una chica de cabello rojo y con tatuajes de color pasó justo delante montada en un patinete eléctrico. Dios mío, ¿ya no funcionan empujándose con el pie?, se preguntó, asombrado.

—¿Quién es? —preguntó Diana.

—Soy Juan Campos. Tengo que hablar contigo.

—¿Juan?

—Sí, abre.

—¿Qué quieres?

—Hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

—Llámame por teléfono.

Juan contaba con que se enfrentaría a su reticencia, así que no le pilló desprevenido.

—Prefiero hablar cara a cara.

—¿Y si a mí no me da la gana?

—No tienes nada que perder. Además, te interesa.

—¿Me interesa? —dijo, desconfiada—. Bueno, espérame en el bar de enfrente.

—No tardes.

Juan cruzó la calle y entró en el bar. Era pequeño y olía a café y tostadas. Una mujer de mediana edad limpiaba la barra con un trapo. En una de las mesas, había una pareja de policías locales desayunando.

Se sentó en un rincón, justo al lado de la máquina de tabaco y una máquina tragaperras. La mujer se acercó y le pidió un café con leche. Juan se preguntó cuánto tardaría Diana en bajar. Notó su cuerpo algo tenso y se obligó a transmitir sosiego y autodominio en la conversación. Se alegró de haber persuadido a Arturo de que no le acompañara. El temperamento de su nieto no le hubiera ayudado a su propósito.

Desde que Arturo le había revelado el parentesco con la novia de Enzo, no había cesado de darle vueltas a la idea de hablar con Diana. Si no exigía un empleo, exigía dinero y ahora su sobrina se liaba con su nieto. Cuando por fin se sentía liberado del secreto de su hijo, Diana volvía a atacar. Parecía como que jamás se libraría de esa mujer.

—Gracias —le dijo a la camarera cuando le trajo el humeante café.

Juan dejó que se enfriara y retomó el curso de sus pensamientos. La culpa había sido suya por haberse apiadado al principio de Diana. La vio como una mujer triste y desvalida pero nada más lejos de la realidad. A pesar de la relación con su hijo, debió haber cortado por lo sano e ignorarla. La de problemas que se hubiera ahorrado.

Diana entró y miró a Juan con cierto desdén. Vestía con una rebeca oscura y unos pantalones de malla del mismo color. La última vez que se vieron fue hacía un año, cuando ella misma y no Isma recibía el dinero que Juan le entregaba.

Cómo ha envejecido, pensó Juan al reparar en las canas y arrugas de la mujer.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó mientras se sentaba.

Diana sintió cómo el viejo rencor hacia Juan latía de nuevo. Nunca olvidaría cómo se opuso a su relación con Pablo, y siempre lo culparía por haberle persuadido para que se subiera a ese avión con su mujer.

—Déjate de cortesías —dijo ella, con expresión seria—. Al grano.

Juan tomó un sorbo de café mientras notaba sus ojos oscuros clavados en él.

—Quería hablar contigo para decirte una cosa —dijo, cruzándose de brazos—. Se acabó.

—¿El qué? —dijo, inclinándose hacia él.

—El sacar provecho de los Campos, de cualquier forma. Ya es suficiente, Diana.

Cuando se acercó la camarera, ella hizo un gesto seco para indicar que no deseaba tomar nada.

—No es ni la mínima parte del daño que me has hecho tú.

—¿Yo? ¿Qué te he hecho?

—Sabes bien de lo que hablo.

—No, no lo sé. Te di un trabajo y dinero, ¿y soy yo el que te ha hecho daño? —dijo, aún atónito.

Diana sonrió con arrogancia.

—No lo entiendes.

—Explícamelo —dijo Juan, con los brazos sobre la mesa.

—Nunca me quisiste en la familia, e hiciste todo lo posible por interferir en nuestra relación. Siempre preferiste a Giorgia.

—Era la madre de sus hijos.

—Pero él estaba enamorado de mí.

—Mi hijo hablaba muy bien de ti, pero tienes que entender que yo quería mucho a Giorgia y no quería verla sufrir. Pero sobre todo no quería que mis nietos sufrieran.

—¿Y querías ver a tu hijo infeliz?

—Por supuesto que no. Confiaba en que con el tiempo volvería con Giorgia.

—¿Confiar? Según Pablo hiciste mucho más. Intentaste convencerle más de una vez, incluso llegaste a enfadarte.

—Eso no lo recuerdo —dijo con sinceridad.

—Y su madre tampoco se quedó atrás. Fue un complot familiar para que rompiésemos.

—¡Estás exagerando, Diana! —exclamó, Juan, dando un golpe en la mesa, pero enseguida se calmó— No lo entiendo, te volviste a casar, tienes un hijo, ¿y todavía sigues pensando en el pasado? Por el amor de Dios que han pasado más de veinte años.

—Veinticuatro para ser exactos —dijo, mirándole con fijeza.

Juan pensó que aquella mujer necesitaba ayuda psicológica, que tal vez se encontraba demasiado sola y que los recuerdos la carcomían por dentro.

—Déjanos tranquilos de una vez. Es lo único que te pido. Tienes que superarlo.

Diana sintió un ataque súbito de odio al sentir que Juan la miraba con condescendencia, como a una mujer vieja y enferma.

—Tendrás que pagar por lo que hiciste —dijo, poniéndose en pie—. Con lo del cine no fue suficiente.

—¿A qué te refieres?

Diana esbozó una sonrisa astuta, al tiempo que se tapaba con la rebeca y se cruzaba de brazos. Antes de marcharse, le respondió dejando a Juan muy sorprendido.

—Fue una pena que Inspección de Trabajo te pusiera una multa por tener empleados sin contrato. ¿Quién se pudo haber chivado?

—¿Fuiste tú?

Pero Diana no respondió y se fue sin más. Juan, enrabietado, maldijo para sus adentros. Recordó ese momento del verano como muy frustrante, y sintió ganas de ir tras de ella para recriminarle su actitud. Sin embargo, algo sucedió en su interior. Se obligó a que la tormenta se convirtiera en calma. Miró su bastón. Nada bueno para su salud le ocurriría al permitir que las emociones gobernaran su corazón.

En esa claridad de pensamiento, comprendió que el alcance de su resentimiento carecía de límites, y sintió una pena muy honda por Diana. Deseó que tarde o temprano consiguiera la paz que necesitaba. Cogió unas monedas de su bolsillo para pagar el café y las dejó sobre la mesa. Después, apoyándose en el bastón, se despidió de la camarera y salió del bar.

CAPÍTULO 18

La fiesta de la inauguración del Nuevo Paraíso estaba siendo todo un éxito. Un buen número de coches se encontraban estacionados delante de la gigantesca pantalla, aunque el evento se estaba desarrollando en el interior del bar. Había unas cuarenta o cincuenta personas bebiendo y tomando canapés como si no hubiera un mañana. Los camareros iban y venían a la cocina abriéndose paso entre la gente. El hilo de la música era una selección de bandas sonoras de las películas más famosas de la historia, lo que resultaba muy apropiado para la ocasión. Había sido fruto de la improvisación, ya que Iris y Arturo contrataron a un afamado DJ local para amenizar el ambiente. Sin embargo, a última hora había llamado para informar de que no podía acudir a causa de una gripe monumental.

Darío, Luz y Alma habían sido de los primeros en llegar. La niña correteaba con el cabello suelto y su rebequita puesta como si fuera más bien un chal, dejando los hombros descubiertos. Quedaban escasos minutos para que anocheciera, y Darío comprobó en su móvil que el faro se había encendido a la hora estipulada.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Luz, sosteniendo una cerveza.

—Perfecto —respondió Darío, guardándose el móvil—. Por cierto, ¿tus padres no iban a venir?

—Tienen que estar al llegar. Creo que hoy trabajaba mi padre por la mañana, así que vendrá algo cansado. Espero que se anime tomando una copita.

A lo lejos, Darío vio a Iris y Arturo entre varias cabezas. Al ser los anfitriones, estaban muy solicitados.

—No me esperaba tanta gente. Está de bote en bote —dijo él—. ¿Esa es la alcaldesa?

—¿Dónde? —preguntó Luz alzando la barbilla.

Darío la señaló con un gesto discreto. Rodeada de varios hombres, una mujer de mediana edad que lucía un vestido brillante, con la cara muy maquillada y enjoyada, departía con una contagiosa jovialidad. A su lado, Darío creyó reconocer a la periodista que les entrevistó para el diario Sol, aunque no recordaba su nombre. Quedó impresionado por los hilos que su hermano y su cuñada habían movido para la fiesta.

—Sí, es ella —respondió Luz—. Me cae mejor desde que aprobó la exposición de mujeres fareras.

Darío rodeó su cadera y la besó en la sien. Luz le miró y sonrió. Cada vez más, gota a gota, su futuro marido se dejaba llevar y mostraba su cariño en público.

—Pues mira, ¿por qué no la invitas a la boda?

—Buena idea, y que nos regale una bajada de impuestos.

Darío se rio.

—El año que viene por estas fechas seremos marido y mujer. ¿Increíble, verdad?

—Una locura, pero una bendita locura —dijo ella, ya imaginándose de blanco. Sin duda, Iris le ayudaría a elegir el mejor vestido.

No muy lejos se encontraba Juan acompañado de Yarina, quien le había insistido para que se sentara. Sin embargo, Juan se había mantenido en sus trece y permanecía de pie con la ayuda del bastón. Yarina había traído a su madre, una mujer rolliza también, de mejillas sonrosadas y mirada tímida, que aún no hablaba bien español. De ahí que Yarina ejerciera de traductora entre Juan y ella.

Entre canapé y canapé a cual más delicioso, Juan se sentía muy orgulloso del autocine, sobre todo de que los dueños fueran su nieto y su nuera, así como que Enzo y Darío fueran socios capitalistas. Lo veía como una evolución natural de la vida, y pensó que una parte significativa del viejo cine familiar contribuiría al éxito del Nuevo Paraíso. El incendio había sido una tragedia, desde luego. Sin embargo, era cierto eso que dicen que cuando se cierra una puerta se abre una ventana. El autocine sobreviviría no a una, sino a varias generaciones. El amor al cine que había inculcado a sus nietos había dado sus frutos.

—¿Has visto a Enzo? —preguntó a Yarina.

—No, no lo he visto.

—Tiene que estar al llegar.

Juan dudaba si la fiesta era el escenario idóneo para contarle que Diana era la culpable de la multa de Inspección de Trabajo. Y por extensión de todo el agobio sufrido para encontrar un remedio para pagar. Con toda probabilidad, habría tirado de algún contacto del Ayuntamiento, puesto que su exmarido trabajaba como administrativo. De cualquier forma, Darío y Arturo ya estaban al tanto. Juan se había cansado de guardar secretos y había decidido que compartiría todo con sus nietos.

En ese momento, Elena, la antigua empleada del cine Paraíso, se acercó para plantarle dos besos en las mejillas. A Juan se le iluminó al corazón al verla, puesto que la consideraba una más de la familia. Arturo la había contratado como proyeccionista y como encargada a media jornada, cuando él no estuviera.

—En cuanto me llamó, no me lo pensé dos veces —dijo Elena, reajustándose las gafas—. Ya estaba cansada de estar en casa. Ahora volveré a estar ocupada por las tardes. Lo echaba de menos.

—Cuánto me alegro, hija. Ahora el Nuevo Paraíso está en buenas manos.

Ambos rieron de buena gana. Después Juan preguntó por Rosa, de la que hacía tiempo que no sabía de ella.

—Sigue en la gasolinera por las tardes y por las mañanas en la lavandería.

—Siempre fue muy trabajadora. A ver si la llamo algún día.

A escasos metros, Iris y Arturo conversaban con los compañeros del banco. Incluso había acudido Catalina, quien no se prodigaba mucho fuera del trabajo. Atrás quedaron los días en los que presionó a Iris para que no se liara con Arturo. Aunque ella nunca pudo imaginar que lo suyo acabaría en boda. Si el autocine va bien a corto plazo, no me extrañaría que dejara el banco, pensó Catalina.

Alma entró como una exhalación en el corrillo de los adultos. Arturo la cogió en volandas para obsequiarla con unas cosquillas. Le encantaba oír su risa. Le preguntó si lo estaba pasando bien, y ella respondió con un grito que sí. Después la aterrizó en el suelo para que siguiera jugando con los demás niños.

Poco antes de que llegaran Enzo y Violeta, Iris atendió las preguntas de Mónica Vélez, la

periodista del diario Sol. Unos minutos antes, Arturo le había dado un tour por el autocine, explicando todo al detalle. La joven, que fue acompañada de su pareja, estaba encantada de que siguiera abierto un cine en Puerta del Mar, y auguró un gran éxito.

—Es una propuesta cultural y de ocio muy importante —dijo Iris, ante el móvil de la periodista que grababa el audio de la conversación—. Estamos muy ilusionados, y animamos a todos a que nos sigan en redes sociales.

La fiesta siguió así, con Arturo e Iris hablando con todo el mundo, la música animando el ambiente, y la comida y bebida circulando para regocijo de los estómagos. Cuando llegaron Enzo y Violeta, ya había anochecido. Se disculparon por el retraso, aduciendo que se había encontrado con un atasco en la autovía.

Iris miró hacia su marido, quien hizo un gesto nada discreto de desaprobación por la presencia de Violeta.

—Tranquilo, cariño —le dijo.

—Verla me recuerda a Diana y son tantos malos recuerdos que… Le abrimos a esa chica la puerta de nuestra casa y nos traicionó.

—Hoy es nuestra fiesta, no podemos dejar que se estropee —dijo ella, cogiéndole del brazo —. Tu hermano está saliendo con ella.

—Haré lo que pueda, pero ya me conoces.

—Vamos a hablar con ellos.

Enzo hizo las presentaciones entre Violeta e Iris. Violeta saludó con cordialidad a Arturo, pero él sonrió forzado, lo que la dejó un poco cortada. Iris enseguida sacó un tema de conversación y el ambiente se suavizó un poco. Comentaron el excelente clima y la buena cantidad de invitados que habían acudido a la fiesta.

Sin embargo, Arturo, harto de fingir, no aguantó mucho tiempo más y se marchó sin excusarse. Enzo se percató del gesto, pero lo achacó a que al ser el anfitrión debía atender al resto de los invitados. Mientras ellas seguían conversando, vio a lo lejos a Darío y Luz, y muy cerca a su abuelo, Yarina y una mujer desconocida que, por el parecido físico, dedujo sería su madre.

El encargado de los camareros se acercó a Iris para preguntar dónde guardaban las servilletas, pues necesitaban más. Ella pidió que le acompañara hasta la cocina, así que les dijo que debía ausentarse.

—¿Todo bien? —le preguntó Violeta a Enzo.

—No sé. Mi hermano parecía un poco distante, ¿no crees?

—Estará en mil cosas —dijo ella, para restarle importancia—. Iris ha estado encantadora, y qué guapa es.

—No tanto como tú —Y le plantó un beso en la mejilla, y la cogió de la mano—. Ven, vamos a hablar con mi abuelo.

Violeta sintió una punzada de angustia. Arturo había sido muy frío con ella y temía que alguno más también lo sería. A pesar de que se lo había esperado, no lo hizo menos incómodo.

Se abrieron paso entre los invitados. En el camino se hicieron con una caña para él y una copa de rosado para ella. Antes de llegar, Elena de repente lo cogió del brazo para saludarlo. La presentó a Violeta y los tres conversaron unos minutos. A su alrededor, algunos ya empezaban a bailar al ritmo de la banda sonora de *Footloose*, influenciados por el alcohol.

Enzo recordaba por encima el argumento de la película. Un joven de ciudad llega al instituto de un pueblecito perdido donde se ha prohibido la música y el baile. Como no puede vivir sin eso, se enfrenta al párroco para que revoque su decisión y permita organizar una gran fiesta. Se

estrenó cuando él aún no había nacido, aunque la vio en casa junto a su abuelo al cumplir los seis o siete años. Apenas guardaba ya en su memoria alguna que otra imagen fugaz, y sintió ganas de verla de nuevo. Había algo en esa historia llena de vitalidad del chico desafiando a todos que le apetecía revivir.

Por fin, la pareja llegó a su destino y saludó a su familia con un hola general, ya que Violeta conocía a Juan y Darío de haber trabajado en la casa, y a Luz de la biblioteca. Yarina les presentó a su madre. No habla ni papa de español, advirtió. Pues yo no estoy suelto en ucraniano, dijo Enzo.

Mientras él conversaba con Yarina y su madre, Violeta sonrió a Darío, pero este desvió la mirada y se puso a hablar con Luz, así que decidió romper el hielo con Juan, que ya se había sentado en un taburete, cerca de la barra. En la mano sostenía una copita de fino, aunque no era la hora clásica del aperitivo se permitió el capricho.

—¿Cómo está esa rodilla?

Juan guardaba un buen recuerdo de Violeta, pero que fuera la sobrina de Diana le hizo mostrarse distante. Rogó a Dios para que el idilio con Enzo fuera pasajero.

—Muy bien, hija. Algún achaque que otro, pero bueno, vamos tirando —respondió, y cogió su bastón y se puso de pie—. Tengo que ir al baño.

—Ah, muy bien —dijo, Violeta, sorprendida por la brusquedad.

Entonces se acercó para contarle a Luz lo mucho que le estaba gustando el libro que le había recomendado. Sin embargo, Luz no parecía con el ánimo para iniciar una conversación, así que Violeta volvió junto a Enzo, que aún hablaba con Yarina y su madre.

—Quiero irme —le susurró a Enzo con un nudo en el estómago.

—¿Cómo?

—¿Me puedes llevar a casa?

Enzo hizo un gesto a Yarina y su madre para que le disculpasen, y se apartó de ellas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Violeta.

—No me quieren aquí. Me siento incómoda.

Resultaba de más nombrarles. Enzo sabía a quién se refería.

—Pero ¿te han dicho algo? —preguntó, tomándola por los brazos.

—No, pero están muy fríos. Ha sido un error venir. La culpa es mía, pensé…

—¿Qué dices? Nada de que la culpa es tuya.

—Mejor me pido un taxi.

—Ni hablar. Si es lo que quieres, te llevo a casa —dijo, y la miró expectante.

Ella asintió con la cabeza. Era la fiesta de los Campos y no deseaba arruinarla.

—Espérame en el jeep —dijo Enzo, dándole las llaves, con la idea de pedir explicaciones a su familia.

Violeta se despidió de Yarina y su madre, y salió del bar. Justo en ese momento la alcaldesa doña Antonia y sus acompañantes se despedían también de los asistentes. Afuera ya asomaba la luna llena colgando del cielo nocturno.

Enzo vio a Darío solo en la barra y fue a por él.

—¿Se puede saber qué coño está pasando? —preguntó, cogiéndole del brazo.

La reacción de su hermano mayor le dejó estupefacto. Quizá se lo hubiera esperado de Arturo, pero de él, el hombre tranquilo, jamás. Darío se giró y lo agarró del polo.

—Hijo de puta, ¿cómo te atreves a traerla aquí?

Enzo se lo quitó de encima de un manotazo.

—Hago lo que me da la gana. ¿Quién eres tú para decirme lo que puedo hacer?

—Deja de pensar con la polla.

—No la conoces, Darío.

—Tú tampoco.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién si no ella le dijo a Diana que trabajábamos sin contrato en el cine? Diana nos denunció a Trabajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Diana se lo dijo al abuelo. Esa mujer nos la tiene jurada.

—¡Mentira! ¡Eres un mierda!

Darío le asestó un puñetazo en la mandíbula. Enzo dio unos pasos atrás y tropezó con los taburetes, que cayeron con estrépito. Se oyó un ruido de cristales. Algunos invitados se percataron del incidente y, sorprendidos, se quedaron mirando. Dispuesto a plantar batalla, Enzo se abalanzó sobre su hermano y ambos acabaron en el suelo. Pronto se formó un revuelo que atrajo la atención de Arturo e Iris. Enseguida acudieron como un rayo a separarlos. A duras penas, lo logró con la ayuda de otros invitados.

—¿Os habéis vuelto locos o qué? —les preguntó Arturo.

—¡Déjame en paz! —exclamó Enzo mientras se marchaba, con un hilillo de sangre en la boca.

Darío se quedó callado mientras se examinaba la ropa. Luz y Alma se acercaron y le preguntaron qué había pasado. Respondió que nada, pero en su interior se lamentaba de haber perdido la cabeza. Por su parte, Juan se quedó consternado.



Muy cerca del arco de entrada del autocine, Violeta esperaba a Enzo en el jeep sumida en sus pensamientos. Estaba de brazos cruzados, de espaldas al bar. Delante de ella se desplegaba la carretera que conducía al núcleo urbano de la pequeña ciudad. No, no había sido una buena idea acudir a la fiesta. Se acusó de ser una ingenua por considerar que la familia de Enzo obviaría su parentesco con su tía. Todo era demasiado reciente y ella necesitaba tiempo para explicar que no había hecho nada malo. Al contrario, les había cogido afecto en los meses que trabajó con Juan. Pero ellos debían comprender a su vez que su tía no era tan malévola como ellos la pintaban.

Oyó unos pasos que se aproximaban con apremio. Al girarse vio a Enzo con un semblante grave y cuando estaba a punto de subir al jeep, descubrió con espanto el rastro de sangre en la boca. Algo violento había sucedido ahí dentro.

La puerta se abrió y Enzo se subió, cerrándola de un golpe tan fuerte que Violeta cerró los ojos, estremecida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Sin embargo, Enzo agarrado al volante, dejó escapar un largo suspiro lleno de frustración y rabia.

—¿Se puede saber qué le dijiste a tu tía sobre mis hermanos trabajando en el cine?

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—De lo que oyes, Violeta —dijo, clavándole la mirada—. En el verano pasado, mis hermanos estuvieron trabajando sin contrato. ¿Qué le dijiste a tu tía?

—¿A mi tía? —e hizo una pausa, como recordando—. No me acuerdo.

Enzo dejó caer las manos sobre el volante.

—¡Vaya, ahora no te acuerdas!

—¿Qué importancia tiene ahora?

—Que Trabajo nos puso una multa y tuvimos que recortar gastos. Fue el inicio del fin para el Paraíso —Confuso, giró la llave y arrancó el motor, pero enseguida lo apagó. Aún debían aclarar más cosas—. ¿En serio no te acuerdas?

—¿Crees que te estoy mintiendo?

Enzo suspiró. Ella abrió su bolso, buscó entre sus cosas y sacó un paquete de pañuelos, del cual extrajo uno que le entregó.

—Claro que no, Violeta —dijo, limpiándose la sangre—. Gracias.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no te das cuenta de cómo es tu tía, que siempre está jodiendo a mi familia.

—Eso no es verdad. Mi tía no es perfecta pero de ahí a que sea… Lo que pasa es que se le guarda rencor porque salió con tu padre estando casado. ¿Es que no lo ves?

—Eso fue hace veinte años.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado ahí dentro?

—Me he peleado con Darío —dijo, de mala gana.

Violeta adoptó una expresión de absoluta sorpresa.

—¿Con Darío? ¿Por mi culpa?

—No —respondió, aunque no fue muy convincente.

—¿Qué te dijo?

—Eso no importa ahora. Lo que importa es que hay un problema.

—Tu familia me odia.

—A tu tía sobre todo, pero sí, a ti también.

Violeta apretó los labios y miró a Enzo, que miraba hacia la carretera. Le dio la sensación de que se encontraban en un callejón sin salida.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella, con el corazón encogido.

Enzo tragó saliva. Acabó de limpiarse la sangre con el pañuelo, después lo arrugó y se lo guardó en el bolsillo. Confió en que Darío se sintiera tan avergonzado como él de la furia que habían desatado. Además, por si fuera poco, en la noche de la inauguración del Nuevo Paraíso. Notó cómo su móvil vibraba y pensó que serían mensajes de Arturo. Sin embargo, ahora no le apetecía leerlos.

—¿Que qué quiero hacer? —dijo Enzo.

—Quizá nos vendría bien una… ¿pausa? —dijo Violeta, y se sorprendió de que esas palabras salieran de ella, pero le dolía en el alma verle tan atribulado.

Enzo sintió un aguijonazo en el corazón. A lo lejos oyó la música de la fiesta. Arturo e Iris se habrían puesto manos a la obra para reconducir la situación, y volver al buen ambiente previo a la pela.

—Si tengo que elegir entre mi familia y tú, Violeta —dijo, mirándola fijamente—. No tengo duda de mi elección, pero ninguna.

Se inclinó hacia Violeta y con la mano tomó su barbilla. Ella parpadeó, emocionada. La besó en los labios, primero con una dulzura exquisita y después con una pasión desbordante. Enzo se quedó mirándola, acariciando su mejilla. Violeta sintió que su corazón se derretía de amor verdadero. Se abrazaron como pudieron, algo incómodos por la postura, aunque lo que contaba eran las emociones, la intimidad y el compromiso que se afianzaba en ese instante.

Enzo besó la mano de Violeta antes de arrancar el jeep. Mientras conducía, si el tráfico se lo permitía, demandaba su mano; una fugaz caricia de su piel le daba la vida misma.

—Voy a hablar con mi familia, a poner las cosas claras —dijo Enzo, al llegar al edificio

donde ella vivía.

—Creo que es lo mejor. ¿Cuándo lo vas a hacer?

—Ahora mismo.

Violeta se quedó de piedra.

—¿Sabes qué? Quizá sea lo mejor. Ahora están todos en el autocine.

—Pero tú tienes que hablar con tu primo.

El giro en la conversación fue tan brusco que a Violeta le costó reaccionar.

—¿Para qué?

—Él recibía los pagos de mi abuelo a tu tía. Quizá te diga algo que te haga cambiar de opinión.

—Enzo, no…

—Solo te pido que hables con él. Solo eso, por favor.

—Está bien, como quieras —concedió, abriendo la puerta del jeep.

Les costó despedirse. De repente, un beso apasionado no era suficiente, ni otro, ni otro más. Enzo estuvo tentado de pedirle subir a su estudio para destrozar el sofá cama a base de embestidas. Finalmente, hicieron acopio de valor y se dijeron hasta luego. Violeta recordó decirle una cosa y regresó a toda prisa. ¡Llámame después de hablar con tu familia! Enzo le prometió que lo haría.

Una vez que la vio entrar al portal y subir al ascensor, emprendió el camino de vuelta al autocine. Ya era noche cerrada y algunas estrellas jaspeaban el cielo. Suspiró largamente y al expulsar el aire notó una agradable dosis de calma. Ninguno de su familia esperaría su regreso y eso le causaba una cierta satisfacción.

CAPÍTULO 19

La pelea entre Enzo y Darío había dejado a la familia Campos envuelta en una honda sensación de estupor. Al tiempo que Arturo e Iris calmaban los ánimos del resto de invitados, repartiendo sonrisas y palmadas, quitando importancia al incidente; Luz y Juan se habían apartado con discreción para evaluar la situación junto a Darío y obtener respuestas. ¿Qué había pasado entre los hermanos?, se preguntaban.

Alma rondaba por ahí sin entender muy bien la razón de tanto alboroto. Al principio ella y otros niños se habían acercado corriendo en cuanto vieron que se formaba un corrillo de gente. Al ver a Darío y Enzo en el suelo lo primero que pensó fue que se trataba de un juego muy divertido. Recordó las peleas de almohadas con su madre de los sábados por la noche, antes de acostarse.

Sin embargo, la expresión de su madre enseguida le reveló que ocurría algo serio, muy de adultos. Y cuando vio el hilo de sangre en su tío Enzo, resopló y después preguntó a su madre. Tuvo que estirarle de la ropa repetidas veces, ya que estaba enfrascada en una conversación con el abuelo Juan. Al final para nada, ya que se llevó una reprimenda de su madre por ser «una cansina». ¿Qué es una cansina?, se preguntó, encogiéndose de hombros.

Después se acercó a Darío, pero no estaba de humor para disipar sus dudas. Su pelo estaba revuelto, el bolsillo de la camisa se había roto y parecía enfadado. Le recordó a cuando la pillaba en el almacén del faro cambiando las cosas de sitio. Entonces preguntó a Yarina, que le caía de maravilla porque siempre le daba chucherías a escondidas, qué había pasado. Con su acento raro y mientras le colocaba bien la rebeca, le respondió que Darío y Enzo se habían peleado, pero que no sabía más, corazón.

—¿Los mayores también se pelean? —preguntó, asombrada por el descubrimiento.

—Pues sí, también —respondió Yarina, consternada.

—¿Y qué es ser una cansina?

—Eso que te lo diga tu madre.

—Vale.

Alma volvió saltando hasta donde se encontraba el abuelo Juan, como le había dicho su madre que lo llamara. Ahora se encontraba solo, sentado en un taburete. Le caía muy bien porque le dejaba el bastón para jugar, y cuando le visitaba veían películas juntos en el comedor. Sin embargo, tenía el ceño fruncido y no parecía muy contento.

—Abuelo Juan, ¿qué te pasa?

—Nada, que se han peleado estos dos —e hizo un mohín de disgusto—. Ha sido muy desagradable.

—¿Ya no son amigos?

Juan le fue imposible no sonreír ante la ingenuidad de la pequeña.

—Claro que sí, pero a veces los amigos se pelean.

—Ah —dijo ella con los ojos bien abiertos.

En ese momento, apareció su madre con cara de circunstancias y se sentó con pesadez sobre el taburete. A escasos metros, los camareros barrían el suelo de cristales rotos.

—¿Cómo está Darío? —preguntó Juan.

—Bien. Le he dicho que se vaya fuera a tomar el aire. Estaba muy tenso.

—Normal.

—¿Sabes algo de Enzo?

—Arturo le ha llamado, pero no contesta el teléfono. Se habrá ido a casa —Suspiró largamente—. Qué disgusto más grande tengo, Juan. En la fiesta de Iris y Arturo…

—A mí también me duele, pero Enzo no tendría que haber traído a Violeta. Está todo demasiado reciente.

—Es una buena chica, Juan.

—Yo también lo pensaba así, pero ahora no lo sé. Es que cuando la veo me acuerdo de la otra —dijo, refiriéndose a Diana.

Arturo e Iris continuaban animando a los invitados, tomándose fotos para subirlas a las redes sociales. Elena se había marchado a la cabina de proyección con el fin de preparar la película que verían un poco más tarde. Se trataba de una comedia española para toda la familia que estaba cosechando un gran éxito de taquilla.

Iris le dio un codazo a su marido y con un gesto de la mano, señaló a Darío que estaba afuera, solo. Arturo comprendió con solo mirar a su esposa la sugerencia de hablar con él. No te preocupes, ya me encargo de yo de hacer más *selfis*, le dijo Iris. Arturo la besó en los labios, dejó la copa en la bandeja de un camarero y salió afuera.

Los compañeros del banco e Iris se hicieron unas cuantas fotos. Para ellos, la pelea había quedado atrás y solo deseaban divertirse un poco más. Catalina se esforzó en no tropezar con los niños que revoloteaban por todas partes. En ese momento entraron los padres de Luz, que llegaron disculpándose del retraso. Su coche les había dejado a tirados justo en el peor momento. Iris los recibió y Luz hizo las presentaciones.

—Enhorabuena. Qué bonito está todo —dijo Ana.

—Sí, es verdad —dijo Pepe—. Es la primera vez en mi vida que piso un autocine.

Un camarero alto y espigado se acercó con la bandeja y tomaron un par de refrescos. Luz se excusó de manera brusca y fue directa al baño. Alma apareció para regocijo de sus abuelos que la colmaron de besos, después su nieta siguió jugando a explotar globos con los demás niños. Ana preguntó si acudirían más invitados, a lo que Iris respondió que ya estaban todos, unos cuarenta sin contar a los familiares. Alguien que Iris no recordaba conocer le pidió que fuera hablar con ellos, así que se despidió de Ana y Pepe. Unos minutos más tarde lanzó una ojeada general pero no vio a Luz, y cuando fueron pasando los minutos y siguió sin aparecer, empezó a preocuparse.

~

Cuando Arturo salió del bar en busca de Darío, sintió un alivio al sentir en su rostro la brisa fresca y otoñal. La fiesta se había caldeado en exceso en todos los sentidos, aunque parecía que poco a poco iba recobrando el pulso anterior a la pelea. Con las mandíbulas apretadas y los brazos cruzados, su hermano estaba de pie con la mirada perdida hacia el aparcamiento, como si estuviera vigilando algo que solo él conocía. Se habían encendido las farolas y el luminoso arco

de la entrada.

A Arturo le salió del alma echarle un rapapolvo por perder los estribos en uno de los momentos más importantes de su vida. Sin embargo, prefirió contenerse y adoptar una estrategia más madura.

—Acaban de presentarme a alguien que no estaba invitado, ¿te lo puedes creer? —dijo Arturo para romper el hielo.

Darío desplazó su mirada lentamente hacia él. Sonrió levemente, como agradeciendo que su hermano no sermonease de primeras.

—Es lo habitual en las fiestas —dijo escuetamente.

—¿Te pasó en la boda?

Darío asintió.

—Pero solo nos dimos cuenta en las fotos del banquete. De repente, Luz me preguntó quién era un señor de mediana edad que aparecía en varias, y yo tampoco sabía quién era.

—Son auténticos profesionales. Seguro que hasta pagan su cuota de autónomos como gorrones.

Ambos rieron, lo que ayudó a bajar la tensión. Después guardaron silencio mientras a lo lejos se oía la música.

—Perdona, se me fue la cabeza —dijo Darío al fin.

—Totalmente, e imagino el motivo.

—Es que no entiendo qué hace con esa chica. Es como si no le importara el daño que ha hecho a la familia.

—Yo tampoco lo entiendo, y me cabreé mucho cuando la vi, pero me aguanté las ganas de decirle cuatro cosas. De todas formas, solo es un pasatiempo para Enzo.

—¿Tú crees?

—Completamente.

—Eso espero. No quiero tener ninguna relación con esa familia.

—Yo tampoco. Ellos por su camino y nosotros por el nuestro. No nos van a sacar más dinero.

—¿Se puede saber que vio papá en esa mujer? Por más que lo pienso, no lo entiendo. Y pensar que pudo ser nuestra madrastra…

—Darío, quiero que hablemos tú y yo con Enzo para hacerle ver que esa mujer no le conviene, que puede traer muchos inconvenientes.

—No nos va a escuchar.

—Es igual, nosotros se lo decimos. Es una conversación difícil, pero somos familia.

La puerta se abrió y salió Alma que se acercó como una exhalación. Darío la cargó en brazos y la obsequió con una ración de cosquillas. Traía un mensaje de parte de Iris, que Arturo volviera a la fiesta para hacer no sé qué cosa. Dile que ahora voy, dijo. Una vez entregado el mensaje, Alma regresó con la satisfacción del deber cumplido.

—No lo acabo de ver claro, hermano.

—Solo le diremos lo que pensamos, con calma, no se trata de decirle lo que tiene qué hacer. Él ya es mayorcito —Al ver que su hermano seguía con dudas, insistió:—. Como hemos hablado otras cosas en familia. Es nuestro hermano, ¿es que no podemos simplemente hablar con él?

—Está bien, está bien. Pero ahora tengo muchas cosas en la cabeza, tendrá que ser en otro momento.

—Vale, sin problema. Ya me dirás cuándo, pero ha de ser pronto.

Arturo se marchó y dejó a Darío a solas. Se sentó en una de las sillas de plásticos que habían sacado a la terraza. Sintió el dolor en los nudillos por el puñetazo, y además su hermano le había

atizado un buen derechazo en la mandíbula, por lo que el dolor era doble.

Recordó que cuando eran pequeños siempre ganaba las riñas contra sus hermanos. Como solo se llevaba tres años con Arturo, oponía un mínimo de resistencia, pero con Enzo era coser y cantar. Ahora el paso del tiempo había equilibrado las fuerzas. Su hermano pequeño era capaz de plantar cara, y una parte de él sintió un destello de admiración.

No obstante, ahora no se trataba de una pelea por nimiedades de chiquillos. Pensó que como hermano mayor debía tomar las riendas de la crisis en la que estaban todos inmersos. Quería proteger a Enzo y, por extensión, a la familia. Había empezado con mal pie, dejándose arrastrar por un impulso impropio de él, pero estaba dispuesto a enmendar la situación.



Luz seguía sin salir del baño, así que Iris, preocupada, fue a ver qué pasaba en cuanto Arturo regresó de hablar con su hermano. Le dejó a cargo de la fiesta y, sorteando a los invitados y camareros, fue directa a hablar con su cuñada. Ni siquiera se acordó de preguntar a Arturo cómo le había ido con su hermano.

¿Habrá tenido Luz alguna discusión con Darío por culpa de la pelea? Bueno, ahora saldré de dudas, pensó Iris. Espero que no, porque con una pelea ya estamos servidos por hoy.

Llamó a la puerta del baño de mujeres. Como no obtuvo respuesta, volvió a insistir. Por suerte, nadie esperaba para entrar.

—Luz, ¿estás bien?

Después de unos eternos segundos, oyó el pestillo correrse y la puerta se abrió. El rostro de Luz se asomó por el resquicio.

—Ah, eres tú —dijo, suspirando.

—¿Qué pasa?

—Nada, entra, entra —dijo, cogiéndola de la mano con tanto ímpetu que Iris sintió que era arrastrada.

Luz cerró la puerta con ansia y corrió el pestillo. ¿A qué venía esa actitud tan misteriosa?

—Estoy embarazada —soltó Luz.

Iris se quedó con la boca abierta.

—¡No!

—¡Sí!

Se abrazaron con entusiasmo. Muy pronto, un niño o una niña se sumaría a los Campos. La felicidad reinó en ese pequeño cuarto de baño de un autocine familiar.

—¿De cuánto?

—Creo que una semana. No me bajaba la regla y empecé a sospechar. Esta tarde me hice la prueba y dio positivo. Llevo con mareos todo el día.

—¿Lo sabe Darío?

Luz se mordió los labios.

—Todavía no, quería contárselo de una manera especial, dándole una sorpresa.

—¿Una cena romántica?

—Algo así, en el restaurante italiano al que me llevó hace unos meses —Sonrió, y se volvió a abrazar a su amiga—. Mañana tenemos una reserva para dos.

—Qué detalle, Luz. Estás en todo.

—Iris, estoy tan contenta que me dan ganas de llorar. Alma tendrá un hermanito o hermanita. ¡Qué ganas de contárselo también a ella!

—Cuánto me alegro por vosotros. Ya verás cuando el resto de la familia se entere. Avísame cuando se lo digas, quiero ver la cara que pone Arturo.

—Además, vendrá bien para rebajar la tensión. Lo de Enzo le ha dejado mal cuerpo. No me lo ha dicho, pero lo conozco como la palma de mi mano.

—Ya envié a Arturo para que también hable con él —dijo Iris, guiñándole un ojo—. Luz, tenemos que salir, si no se preguntarán qué hacemos tanto tiempo en el baño.

—Hay que actuar con normalidad. ¿Seremos capaces?

—¡Claro que sí!

Ambas se miraron al espejo, sonrieron y salieron fuera como si nada hubiera pasado, dispuestas a mantener el secreto veinticuatro horas contra viento y marea.



Enzo entró en el Nuevo Paraíso y detuvo el jeep a escasos metros del bar. Después apagó el motor y los faros. La película ya había comenzado y la luz de la pantalla bañaba en silencio todo el recinto bajo la luz de la luna. El aparcamiento estaba lleno de coches. Alrededor del autocine, el bosque de pinos parecía que también eran un espectador más del espectáculo.

A través del ventanal, vio que sus hermanos se habían quedado en el bar, tal vez ayudando a limpiar, mientras que el resto de los Campos estarían disfrutando de la película. Se dio cuenta de que agarraba el volante con demasiada fuerza, y dejó caer sus manos sobre el regazo. El puñetazo de su hermano mayor seguía fresco en su memoria, como si acabara de suceder. Su familia lo era todo para él, sin embargo, no iba a permitir que de alguna manera obstaculizara su amor por Violeta. Ella era la mujer que amaba y no solo debían aceptarla, sino hacerla sentir bienvenida de idéntica manera a cómo él había recibido a Iris y Luz.

«Si piensan que por el ser el hermano pequeño saben más que yo de la vida, están muy equivocados. Ya no somos unos críos, somos adultos hechos y derechos. Es la última oportunidad que les doy para aceptarla. Si continúan poniendo pegas, que acepten las consecuencias».

Entonces se acordó con cariño de su abuela Sofía, quien había ejercido sobre todo de madre. Le debía mucho y nunca se lo pudo agradecer como ella se lo hubiera merecido. La enfermedad se la llevó de una manera veloz y cruel. Siempre la había animado a plantar cara a sus hermanos si consideraba que la razón estaba de su parte. Por eso, se presentaría delante de ellos no a pedir sino a exigir.

No pudo evitar echar una mirada al interior de algunos de los coches. Entre las sombras, atisbaba los perfiles de la gente absorbida por la historia que se desarrollaba delante de sus ojos. Había algo familiar en esa imagen que le llegaba muy adentro, y deseó estar con Violeta en uno de esos coches.

Apenas la había dejado en su casa y ya la echaba de menos. Notaba que le faltaba algo, una parte imprescindible de su ser. Sí, estaba enamorado, completamente enamorado de ella. Se vio despertando junto a ella, desayunando mientras hablaban y saliendo los fines de semana. Adoraba su cuerpo, para qué negarlo, y el sexo con ella era inolvidable, pero lo esencial es que era una bella persona. ¿Acaso no era lo importante?

—Bien, llegó el momento —susurró.

Se bajó del coche y caminó hacia el bar. En la enorme pantalla, unos niños con cara de traviesos corrían a cámara lenta por el jardín de una casa. En la siguiente imagen, se tiraban vestidos a una piscina ante el horror de sus padres. Pensó que mientras existieran historias

emocionantes, siempre habría un público ansioso por acudir a un cine, y se sintió orgulloso de ser dueño de una parte de él.

Sus hermanos seguían recogiendo el bar, tal y como en el pasado ayudaron en el cine del abuelo. De repente, Enzo evocó el penetrante olor de las palomitas, el crujir en la boca y el gusto salado. Quince años atrás los tres estarían sentados en las primeras filas de la sala del Paraíso, cada uno con un paquete gigante esperando con entusiasmo el inicio de la película.

Ahora, Darío y Arturo reponían las cámaras frigoríficas con refrescos y helados para el día siguiente. Como no se esperaban su regreso, Enzo empezó a disfrutarlo con antelación, aunque si lo reflexionaba hubiera preferido evitar la escena que se avecinaba.

Al entrar sus hermanos alzaron la mirada, y al reconocerlo se quedaron inmóviles por un instante. Arturo en el acto se fijó en Darío, quien endureció su expresión para después proseguir con la tarea que tenía entre manos. Tiró una caja vacía a un lado y se dispuso a coger la siguiente, pues aún quedaba espacio para más bebidas.

—Hola —dijo Enzo, sin asomo de sonreír.

Medio inclinado sobre la cámara, Darío hizo un gesto seco con la cabeza, que se pudo interpretar como un saludo. Se oyó el tintineo de los refrescos al colocarlos uno junto al otro.

—Pensé que estarías con Violeta —dijo Arturo.

—La he dejado en casa y he vuelto.

—¿Cómo está?

—Bien, tranquila, pero he vuelto para hablar con vosotros.

Se formó un silencio en el que tanto Arturo como Darío tomaron conciencia de la seriedad de la situación. Enzo estudió sus rostros. Se les veía algo cansados, con ánimo de llegar a casa cuanto antes.

—Como quieras —dijo Arturo.

—Vale —dijo Darío.

Ambos salieron de la barra, y los tres se sentaron en los taburetes formando un círculo. En el suelo aún había rastros de la fiesta, servilletas, globos, pajitas… Justo encima de sus cabezas colgaba una lámpara proyectando una luz tenue.

—La situación para mí está clara —empezó Enzo—. Violeta es mi novia y voy a seguir saliendo con ella, os guste o no. Comprendo que hay desconfianza por todo lo que ha pasado, por ser la sobrina de Diana, pero ella me ha prometido que está al margen de las maniobras de su tía y yo la creo.

—¿La crees o quieres creerla? Son dos cosas muy diferentes —dijo Darío.

—La he mirado a los ojos y me ha prometido que no sabía nada. Si le contó cosas fue porque jamás pensó que eran importantes y que Diana las usaría en contra de nosotros.

—No has respondido a mi pregunta.

—Yo opino que sí, pero que quede también claro que no vengo a pediros permiso, solo vengo a exigir el mismo trato hacia ella como el que yo tengo hacia Iris y Luz. Las quiero y son como mis hermanas.

—Son nuestras esposas —dijo Arturo, contando que Darío y Luz se casarían por la iglesia al año siguiente—. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella?

—Tres meses, y si te parece poco, te recuerdo que a Iris la conociste en verano.

Arturo hizo un gesto con las manos como diciendo que su hermano estaba en lo cierto.

—No lo entiendo —dijo Darío—. De todas las mujeres que hay en el mundo, ¿tenías que elegir precisamente a ella?

—Es que las demás mujeres del mundo no me interesan. La quiero a ella. ¿Por qué os cuesta

tanto entenderlo?

—¡Porque no sabemos lo que pasará en el futuro! —exclamó Arturo—. Y su tía nos la tiene jurada.

—¡Es una chantajista! —intervino Darío, incapaz de contenerse—. Cuando pienso en el dinero del abuelo que se ha quedado…

—No tenemos nada que ocultar —continuó Arturo—, pero prefiero evitar que se informe de nuestras cosas, de nuestra intimidad, yo qué sé. Quién sabe lo que hará con todo de lo que se entere.

—Violeta y su tía, ¿seguirán llevándose?

—No lo sé. Solo el tiempo lo dirá —respondió, y soltó un breve suspiro—. Violeta está abrumada con todo lo que está pasando. Siempre ha querido a su tía y no es fácil para ella cambiar su relación de la noche a la mañana. Joder, poneos en su lugar. Además, está su primo, al que quiere con locura.

—Ponte tú en la nuestra, Enzo —dijo Arturo—. Violeta ha estado en nuestra casa y de repente nos enteramos de que es la sobrina de Diana. Y tenemos que estar de buen rollo.

—Bien dicho —dijo Darío.

—Pues ya podéis empezar a cambiar el chip porque no queda mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

Enzo pensó un instante las palabras que usaría para dar forma a la emoción que anidaba en su interior. Las diferencias con sus hermanos estaban ahí, aunque se alegró de que fueran los primeros en oír lo que se proponía. Algo que le cosquilleaba desde hacía solo unas horas. *Una grande e insolita avventura*.

—*Gli chiederò di sposarmi* —les dijo.

Darío y Arturo se quedaron petrificados, al tiempo que Enzo sonreía de oreja a oreja, orgulloso de su atrevimiento.

—Sí, hermanos, voy a pedirle que se case conmigo.

Arturo estalló en una carcajada, maravillado por la sorpresa. Darío se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza. Tengo un hermano que está loco de remate, pensó.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Arturo.

—¡Es evidente que no! —exclamó Darío.

—Las aventuras surgen, no se planean —dijo Enzo, con los ojos radiantes de ilusión.

—¿A qué viene tanta prisa? —insistió Darío.

—¿Para qué esperar? —y añadió muy lentamente:—. Porque lo tengo muy claro.

—No sé qué decir —dijo Darío—. Te pedimos tiempo para asimilar que sea tu novia, y ahora dices que te vas a casar. Definitivamente, vamos a tener a Violeta en la familia —Cerró los ojos —. Me estoy mareando.

—Es una mujer fantástica. Tenéis que darle una oportunidad —dijo Enzo, quien no podía ocultar satisfacción por confundir a su hermano mayor.

—Parece que no nos queda otro remedio —dijo Arturo, suspirando y negando con la cabeza.

CAPÍTULO 20

El entrenador con gesto enérgico dio por finalizado el entrenamiento, y los jugadores se dirigieron a la banda para beber agua y recoger sus mochilas. Violeta se levantó de las gradas y se frotó las manos, nerviosa. Ya era de noche y soplaba una ligera brisa invernal, pero vestida con su cazadora vaquera apenas sentía frío. A pesar de su reticencia, había decidido conversar con su primo acerca de su tía sobre los pagos de Juan. Se lo había prometido a Enzo y deseaba ser fiel a su palabra, aunque dudaba de que pudiera obtener una respuesta diferente a la de su tía.

Como de costumbre, Violeta fue a esperarlo al aparcamiento. Isma se aproximaba riendo con sus compañeros de equipo, seguramente comentando alguna jugada del entrenamiento. No eran más que un grupo de adolescentes reunidos en torno a una pasión, y era emocionante verlos actuar con naturalidad formando parte de un equipo con un objetivo común, como una familia.

Cuando vio a su prima, Isma se despidió con socarronería de sus compañeros. La saludó con un beso en la mejilla, y después fueron hasta el coche comentando pormenores del siguiente partido de liga. Isma hablaba con ilusión del reto que le suponía marcar un gol contra un rival muy complicado, cuya línea defensiva era de las mejores.

—¿Vas a venir a verme? —preguntó Isma, mientras se abrochaba el cinturón—. Jugamos en casa, a la hora de siempre.

—Claro que sí. Además, le diré a Enzo que venga conmigo.

—Por mí, guay. ¿Ya es tu novio?

Violeta carraspeó y metió la marcha atrás.

—Se puede decir que sí —respondió no sin cierta turbación—. Me gusta mucho estar con él. Es una bella persona. Bueno, ¿y tú? Alguna chica te gustará, ¿no?

—¿Una sola? ¡Un montón! A veces son un poco pesadas, por eso quiero centrarme en el fútbol.

Mientras se dirigían al piso de su tía, Isma le reveló que había una chica del instituto que le parecía muy guapa. Se seguían en el «Insta», se daban a menudo *likes* en las fotos, y ya habían hablado por privado. ¿De qué? Ah, de cosas, dijo con algo de misterio. La cita estaba al caer. Violeta le escuchaba con la satisfacción de descubrir que había algo más que fútbol en su mollera.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaban llegando al piso, y aún no le había preguntado sobre el tema. Se detuvo en doble fila. Isma abrió la puerta. Violeta se dijo: Ahora o nunca.

—Espera, primo.

—¿Qué pasa? —preguntó, girándose.

—Cierra la puerta, quiero hacerte una pregunta —dijo.

Miró por el retrovisor y puso los intermitentes. Había algo de tráfico, pero nada reseñable.

Los negocios a pie de calle enfilaban la última hora antes de cerrar. La noche vendría cargada de las primeras oleadas de frío del año.

—Me han contado que has estado quedando con Yarina, la persona que ayuda en casa de los Campos. ¿Es verdad?

—¿Con quién?

—Yarina, una mujer ucraniana de caderas anchas.

—¿Te lo ha dicho mi madre?

—No, me lo ha dicho Enzo, que es nieto de Juan. Me dijo que quedabais como una vez al mes y te entregaba un sobre con dinero en metálico.

Isma se encogió de hombros, lo que Violeta interpretó como un sí. No deseaba presionarlo, pero necesitaba indagar un poco más.

—¿Tu madre te avisaba? Te decía mañana, a tal hora en tal sitio…

—Sí, en un bar cerca de casa.

—Y tú le dabas el dinero a tu madre.

—Sí.

—¿Llevabas mucho tiempo haciéndolo?

Isma resopló.

—No sé, como un año, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

Era un asunto muy complejo para la compresión de un adolescente, además de que su madre estaba involucrada, así que decidió simplificarlo.

—Hay problemas entre la familia de Enzo y tu madre, y yo estoy en medio.

—Ah.

—Por eso no caigo bien a su familia, y claro, eso es un problema. Hasta se pelearon el otro día. Lo ideal es llevarse bien entre todos. Este problema lo hace todo muy raro.

—Mi madre dijo que ese dinero era suyo.

—Bueno, si lo dice ella es la verdad. Además, lo empleó bien, comprándote cosas que necesitabas, ropa, botas, la bolsa…

—No, eso me lo compra mi padre.

—¿Tu padre?

—Todos los meses da a mi madre un dinero para mis gastos. Es lo que me dijo.

Violeta sintió de pronto rígida su columna vertebral. Su tía le había dicho que el dinero de Juan lo gastaba en Isma, ya que su marido no pagaba la pensión. Se preguntó por qué la habría mentido.

—Entonces, ¿todo el dinero ese que te entregaba Juan en el bar, tu madre para qué lo ha usado?

Isma se volvió a encoger de hombros. Violeta se dijo que no debía precipitarse en llegar a conclusiones. Quizá el dinero fuera para sufragar otros gastos, por ejemplo, médicos, o de la casa. Exhaló un profundo suspiro. Ya no sabía qué pensar.

A Isma le dolió ver a su prima agobiada. Ella, que siempre tenía una sonrisa colgando de los labios cuando se trataba de ayudar a los demás. Se rascó la cabeza, pensativo.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que no se lo dirás a mi madre?

Violeta parpadeó, desconcertada.

—Prometido.

Isma asintió con la cabeza, sintiéndose a salvo de la reacción de su madre contra él.

—En el armario, arriba del todo, debajo de unas sábanas, está el dinero. Y hay muchos billetes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo?

—No, fue casualidad. Un día buscaba mi móvil. Me lo había quitado porque le contesté mal, y se cabreó. ¿No se lo dirás a mi madre, verdad?

Violeta se inclinó y abrazó a su primo.

—Claro que no, Isma —susurró, y lo besó en la coronilla.

Sintió que aparecían grietas en el cariño hacia su tía. Por eso, una voz interior le aconsejó que debía avanzar un paso más.

—Ve a casa, yo ahora subo —le dijo.

Observó a su primo bajar del coche y meterse en el portal. Se incorporó al tráfico y unos minutos después aparcó en el lugar habitual, la explanada cerca de la iglesia. Bajó hacia el portal pensando en cómo registrar el armario de su tía sin que ella se percatara.

Subió por el ascensor acordándose de Enzo. Le entraron ganas de enviarle un mensaje para contarle la reciente conversación con su primo, pero prefirió esperar. En el fondo deseaba que Isma estuviese completamente equivocado, pero ¿cómo averiguar la verdad sin comprometer a su querido primo? De repente, se le ocurrió un plan y se dijo que, aunque arriesgado, merecía la pena intentarlo.

Fue Diana quién le abrió la puerta, ya que Isma ya se encontraba en la ducha. Como siempre, su tía parecía lánguida y marchita. Pasaron al salón y se sentaron en el sofá. La televisión estaba encendida, y una pequeña y vieja estufa reposaba cerca de los pies de su tía.

—Parece que ya viene el frío —se quejó su tía.

—Sí, y lo peor será la factura de la luz.

—Calla, hija, no me hables, que me vienen unas facturas…

La cháchara sobre esto, aquello y lo de más allá se desarrolló unos minutos más, hasta que su tía le pidió un masaje en la espalda, como era la costumbre en las visitas. Violeta notó que el pulso se le aceleraba, pues era la oportunidad que esperaba con ansia.

—Tengo fatal las cervicales —dijo su tía, al tiempo que se tumbaba sobre el sofá.

Violeta aplicó el protocolo habitual y empezó a relajar los músculos con sus hábiles manos. Isma ya había cenado y en su cuarto jugaba por internet con varios amigos. De vez en cuando le llegaba su voz airada o jocosa. A los escasos minutos, su tía dormitaba; aun así, Violeta siguió masajeando hasta asegurarse de que había caído en un profundo sopor.

Suspiró con discreción para sacudirse los nervios. No iba a atracar un banco, pero si su tía la cazaba con las manos en la masa viviría una situación muy incómoda. Se levantó en sigilo y fue hacia la puerta. Antes de abandonar el salón, lanzó una última mirada a su tía para asegurarse de que seguía dormida.

El dormitorio tenía una cama matrimonial cuyo cabecero era de hierro forjado. A ambos lados dos mesitas de noche de madera vieja con una repisa de mármol. Sobre una de ellas había un despertador y una caja de pastillas. En las paredes rugosas y blancas colgaban marinas pequeñas formando un mosaico.

Recordando las palabras de su primo, abrió el armario empotrado. A primera vista, todo le pareció normal. Ropa colgada, zapatos, y un bolso en un rincón. Oyó las voces del programa de televisión favorito de su tía mientras registraba el contenido. Abrió los cajones con sumo cuidado, como si fueran de cristal. Blusas de colores vivos que jamás había visto ponerse, collares bañados en plata y bañadores de una pieza pertenecientes a otra época.

¿Cuándo habrá sido la última vez que fue a la playa?, se preguntó.

Apoyada en el zócalo, se asomó al altillo. Encontró mantas, almohadas y algunos vaqueros. Metió la mano por todos los rincones. Nada, ni rastro del dinero. ¿Puede ser que Isma se ha

confundido?

Pero justo cuando estaba a punto de cerrar el armario y darse por vencida, se fijó en el bolso. Lo sacó a la luz y lo examinó. Era negro, de piel granulada y el asa formada por un trenzado dorado. En el centro lucía el emblema de una marca de prestigio. Violeta calculó que el bolso podía costar unos cuatrocientos o quinientos euros. Fuera del alcance de la mayoría de la gente.

Sin pensarlo demasiado, hurgó en el interior y fue ahí donde encontró un sobre con una enorme cantidad de dinero, billetes de cien y doscientos. Dentro había un cuadernito con cifras y fechas, como si fuera la contabilidad de una cartilla de ahorro. Reparó en las cantidades que ella misma le había entregado a su tía, el dinero de las propinas del balneario. La suma de todo era una cantidad desorbitada.

Dedujo que su tía jamás había gastado el dinero que Juan le había ido entregando a lo largo de quince años. Seguramente porque con la pensión de su exmarido ya era suficiente. Lo había acumulado con avaricia. Ahora sí, sin ningún género de duda: su tía le había mentido.

Se sorprendió al descubrir que no se sentía enfadada, sino triste por ella. El rencor le había ido amargando la vida.

~

A solas en su piso, Enzo se preparaba una cena abundante después de un largo día en el mar con un hambre canina. La cocina no era una de sus habilidades, por eso en casos de urgencia recurría a la pasta. Bastaba con una salsa de tomate de bote para llenar el estómago durante horas.

Eran uno de esos días felices de trabajar en Salvamento. Con la ayuda de su equipo y la del helicóptero, habían rescatado a un joven local aislado en un acantilado. Suele ocurrir que muchos se envalentonan y practican la bajada sin seguridad, hasta que se dan cuenta de que no pueden seguir ni tampoco regresar. Están atascados, con el riesgo de que una furiosa ola impacte contra la roca y los arrastre al mar.

Fue emocionante recibir la alegría de los familiares cuando dejaron al joven en tierra firme sin un solo rasguño. La madre fue abrazando a todos los tripulantes y, a pesar de la reticencia de Enzo, prometió enviarles un jamón de pata negra. Era su empleo y le pagaban por ello, sin embargo, el agradecimiento sincero y conmovedor de la gente resultaba lo más valioso.

Revisó su móvil. Tenía diferentes mensajes. Los más importantes eran de Iris y Luz, pues debían acordar un lugar y un día para verse, y con las agendas de cada uno no estaba resultando sencillo. Como Enzo no se fiaba de su gusto, les había pedido que lo acompañaran a una joyería para ayudarle a elegir el anillo perfecto. Anhelaba ver la reacción de Violeta cuando viese la deslumbrante joya en su dedo. Sería el paso definitivo, y al pensarlo, notó una corriente de nervios en el estómago.

¿Cómo y cuándo se lo pediré?, se preguntó. Quizá una cena romántica y en los postres, ¡zas! El anillo oculto en un trozo de pastel. Los camareros y los clientes aplaudiendo a rabiar. O también durante la travesía de un velero, ¿por qué no? Me arrodillaría en la cubierta. O en un viaje exótico, a Marruecos, por ejemplo, en mitad del desierto… Sería totalmente inesperado y emocionante.

De repente llamaron a la puerta. El timbre resonó en el desangelado salón, siempre con ese aire de reciente mudanza, con demasiados espacios en blanco. No sin fastidio, con el plato a medias, Enzo se levantó con gruñido. Supuso que a esas horas sería algún vecino, porque ¿quién si no se presentaría sin avisar?

Al abrir obtuvo la respuesta. Enseguida, Violeta se abalanzó sobre él, como buscando refugio

con desesperación. Después de la sorpresa inicial pensó que algo grave le había ocurrido.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó, alarmado.

—Tenías razón sobre mi tía —susurró.

Sin despegarse, pasaron al salón y se sentaron en el sofá. Enzo la miró y le dolió ver su rostro compungido. La cogió de las manos y las besó con exquisita ternura. Estaba preparado para cuando ella decidiera hablar.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No, gracias —Sonrió con dificultad—. Estoy bien.

Violeta empezó a contar la conversación con su primo y lo que encontró después en el armario: el bolso, el dinero, la contabilidad. Durante ese momento estuvieron siempre cogidos de la mano. Enzo con la mirada fija en ella, escuchando, aún sorprendido por su presencia, pero agradecido de que acudiera a él para desahogar su rabia.

Al terminar el relato, Violeta reposó la cabeza sobre su pecho y Enzo la abrazó. Ella se sentía como si la hubieran quitado la venda de los ojos. Su tía se había comportado de una manera mezquina, pero lo curioso es que una parte de ella la seguía queriendo. Esos sentimientos contradictorios la confundían.

—No sé qué hacer ahora —confesó Violeta—. Noto que algo se ha roto entre las dos. Además, no puedo exigirle explicaciones porque se lo prometí a Isma. ¡Es tan frustrante!

—Esa mujer necesita mucho cariño —dijo, con tiento de no herir los sentimientos de Violeta.

—Va a ser imposible que todo vuelva a ser como antes —dijo, más calmada—. Si no fuera por Isma, dejaba de verla para siempre.

Violeta de pronto se incorporó y le miró.

—¿Debo ir a la policía?

—¿Para qué?

—Para que registren su casa, para que devuelvan el dinero a tu abuelo.

—La policía necesitará primero una denuncia y después reunir pruebas, que no será fácil. Es una guerra perdida, al menos de momento —dijo, lleno de resignación—. Te propongo una cosa.

—Dime, amor.

—Centrémonos tú y yo en ser felices. Esa será nuestra *vendetta* —dijo, sonriendo.

Enzo se inclinó y rozó los labios con los suyos, después jugueteó suavemente con su lengua. Ella suspiró de placer. Los besos de Enzo son capaces de hacer olvidar hasta cómo me llamo, pensó. Más allá de la terraza y del jardín comunitario, la luna llena resplandecía en lo alto.

—Quédate a dormir esta noche.

—Vale —dijo ella, sonriendo, sabiendo que era imposible negarse—. Me levantaré temprano para pasar por casa antes de ir al balneario.

—¿Tienes hambre? Me ha sobrado pasta y queda fruta.

—Me parece perfecto.

—Te traigo una copa de vino mientras tanto.

Lo vio levantarse y dirigirse a la cocina. Echó un vistazo a su alrededor. Como de costumbre, la austeridad reinaba por todos los rincones. Se dijo que no le vendría mal una mano femenina para construir un auténtico y cálido hogar. Y se vio a sí misma viviendo ahí con él. Sería genial, pensó.

~

Violeta se cambió hasta tres veces de ropa. ¿Cuál es el problema?, pensó más de una vez,

mirándose al espejo de su dormitorio. Es viernes y solo voy al cine con Luz e Iris. Una noche de chicas. Bueno, la primera noche de chicas con ellas. No hay por qué estar nerviosa, ¿o sí?

Le pareció muy dulce que ellas la hubiesen invitado, como si fuera una manera de darle la bienvenida a la familia. Enzo le había hablado maravillas de ambas, así que se encontraba con ánimo de conocerlas más a fondo. Además, según él, habían jugado un papel decisivo para convencer de una vez por todas a sus testarudos maridos de que ella estaba del lado de la familia Campos.

Como si sus mentes estuvieran conectadas, recibió una llamada de Enzo.

—¿Ya estás con ellas? —le preguntó.

—¡Aún en casa, amor, pero a punto de salir! —exclamó, pensando en no dejarse nada en casa—. ¿Tú qué tal, mucho trabajo?

—Ha bajado la temperatura de golpe, pero está siendo una noche calmada. Solo un aviso de emergencia pero que al final quedó en nada. Ojalá siga así el resto del turno. Ahora mismo, Jesús y yo estamos jugando a las cartas para pasar el rato. ¿Qué película vais a ver?

—Creo que una de intriga.

Se despidieron hasta el día siguiente, y Violeta volvió a mirarse al espejo. Finalmente, después de un estudio minucioso por delante y detrás, se contentó con lucir una cazadora de piel sobre un jersey color turquesa, unos vaqueros ajustados y unas zapatillas blancas. Eran casi las siete y llegaría tarde al bar del centro donde había quedado para tomar algo. Le horrorizaba ser la última en llegar. Cogió las llaves, el bolso y salió pitando hacia el ascensor.

Lo primero que hizo al verlas fue felicitar a Luz por el embarazo. La expresión de la futura madre era de auténtica felicidad y a Violeta le encantó contemplar lo contagiosa que era, pues Iris no dejaba de sonreír. Después, Luz contó cómo se llevó a Darío al restaurante italiano para darle la sorpresa de su vida.

—Cuando le dije que estaba embarazada al pobre le dio un sobresalto tan fuerte que casi se cae de la silla, y el camarero tuvo que traerle un vaso de agua.

Las tres chicas rieron con ganas. Después brindaron. Luz, con un refresco; Iris y Violeta, con una copa de vino.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Violeta.

—Fue muy emocionante, se levantó y me dio un abrazo tan lleno de amor y cariño que se me empañaron los ojos.

—Y ahora a esperar para saber si es niño o niña —dijo Iris—. ¡Qué suspense!

—Pienso pegar la primera ecografía en la nevera. ¡Que lo sepáis!

—¿Tienes alguna preferencia? —preguntó Violeta.

—Nos da igual. A Alma no, dice que prefiere un hermanito. Vete tú a saber por qué.

Los minutos fueron transcurriendo y Violeta cada vez se sentía más cómoda. Iris era una mujer inteligente y afectuosa, mientras que Luz era todo corazón y sencillez. Atrás quedaba la fiesta de inauguración del autocine donde se sintió rechazada, ahora estar con ellas era como estar delante de dos viejas amigas.

Llegaron al autocine un cuarto de hora antes del inicio de la película. El aparcamiento estaba lleno y se respiraba un ambiente especial. La pantalla mostraba el logotipo del autocine, los clientes se movían alrededor de los coches, algunos regresaban del bar con palomitas y refrescos, la noche era fresca y estrellada.

Iris aparcó su Fiat en primera fila, en un lugar reservado. A Violeta le pareció que la pantalla estaba muy cerca, pero sin duda se acostumbraría. Se ofreció a ir al bar para comprar agua y palomitas, pero Iris se negó en redondo con tanta vehemencia que no se atrevió a insistir.

—Tengo antojo de chocolate —dijo Luz, mordiéndose el labio.

—Empezamos pronto con los antojos —dijo Iris, sonriendo.

Violeta se fijó en una furgoneta monovolumen, cuya puerta trasera estaba abierta, y los ocupantes medio tumbados sobre sacos de dormir esperando el inicio de la película. Era gente joven que buscaba una experiencia diferente y le pareció fabuloso. Tomó una fotografía con el móvil y se la envió a Enzo porque pensó que le gustaría. Se acordaba de él y lo echaba de menos.

No muy lejos de ellas se encontraba Juan con Yarina. Ambos sabían que iban a presenciar algo insólito y no se lo hubieran perdido por nada del mundo. Yarina le preguntó si estaba nervioso y Juan le dijo que un poco sí. Lo que Enzo iba a hacer estaba en el ánimo y el arrojo de muy pocos, y deseó que su Sofía le echara una mano desde el cielo.

Juan miró hacia el bar. ¿Qué estará haciendo ahora Enzo?, pensó. A lo mejor está tomando una copa con sus hermanos para relajarse. Le estarán deseando buena suerte y todo eso.

—¿Cuánto queda? —preguntó Juan.

Yarina consultó su reloj de pulsera, pero antes de responder la interrumpió.

—Ah, esa que va por ahí es Iris, ¿verdad?

Yarina miró hacia donde Juan señalaba, más allá de la ventanilla. Una mujer rubia se dirigía al bar con paso apremiante.

—Sí, es ella.

—Entonces significa que ya queda poco. Todo va según el plan —dijo Juan, aliviado, recostándose sobre el asiento.

Evocó el día en el que pidió matrimonio a Sofía, casi sesenta años atrás. Era un mundo distinto. La llevó a almorzar a su restaurante favorito y cuando estaban a punto de llegar a los postres, pidió hablar con el encargado.

Mire usted, le dijo, voy a casarme con esa mujer y quiero que escondan este anillo de compromiso dentro del tiramisú. Por suerte, el encargado le convenció de que lo pusiera en un huevo de chocolate para evitar un susto morrocotudo, como un atragantamiento. Dentro del huevo, el anillo estará bien protegido, dijo el encargado, quien era un hombre experto en ser testigo de pedidas de mano.

Ay, la cara de Sofía cuando vio el anillo. Ni siquiera el cine ha logrado conmoverme tanto como cuando vi en su mirada el centelleo de la sorpresa.

De repente, la luz de las farolas se atenuó, y se oyó un murmullo generalizado.

—Ya empieza —dijo Yarina, dando palmaditas.

En la pantalla apareció un mensaje que se escuchó a través de los altavoces dispuestos en el aparcamiento:

«Aviso importante por parte de la gerencia del Nuevo Paraíso. Permanezcan atentos».

Afuera del bar, Arturo y Darío vieron cómo su hermano pequeño se dirigía con calma hacia la pantalla con un micrófono inalámbrico. Había estado con ellos preparando su intervención, con ánimos y un chupito de alcohol. Cualquier ayuda era poca.

«El más valiente de los tres. Es digno de admiración», pensó Darío.

«Bien, Enzo, ahí, con un par de huevos», pensó Arturo.

En el coche, sentada al lado de Iris en la plaza del acompañante del conductor, Violeta leyó con estupefacción el mensaje de la pantalla. En su regazo descansaba un paquete de palomitas.

—¿A qué viene eso? —preguntó Luz, sentada atrás y con un chocolate en la mano, fingiendo como una gran actriz de teatro.

—A ver si ha habido un problema técnico y no se puede proyectar la película —dijo Iris—. La verdad es que llevamos unos días con problemas en la cabina, pero pensé que se había

arreglado.

—Oh, no. ¡Qué chasco! —exclamó Luz.

—Ya te digo —dijo Iris, sentada entre ambas.

Entonces Violeta vio que un hombre accedía a través de unas escaleras a la plataforma de la pantalla. Cuando se plantó justo en el medio, al momento lo reconoció.

—Si es Enzo… —dijo, desconcertada—. Pero me dijo que estaba en… Cómo es posible que…

Se giró hacia Iris, pero esta se encogió de hombros.

—Buenas noches —dijo Enzo, sonriendo, micrófono en mano—. La película va a empezar en breve, pero antes quiero decir algo importante. Esta noche entre vosotros hay alguien muy especial. Se llama Violeta y estoy enamorado de ella…

A ella se le encogió el corazón. Las aurículas, ventrículos, válvulas, músculos, vasos sanguíneos y toda su parafernalia eléctrica redujeron de repente su tamaño. Fue un milagro que el órgano siguiera bombeando sangre. Lo mato, lo mato, pensó, avergonzada y confusa al mismo tiempo.

—… En el momento en que la conocí mi vida dio un rumbo inesperado y empezó a navegar en un mar lleno de emociones inolvidables. Si tuvierais la suerte de conocerla como yo, sabríais que es una mujer espectacular. Cuando estoy con ella se me olvida que hay un mundo alrededor…

Iris y Luz se fijaron en Violeta, quien tenía una mano sobre el pecho. En el autocine reinaba una expectación absoluta. La voz de Enzo llegaba también a través de las radios o del equipo multimedia de los coches.

—… Hace poco que la conozco, pero lo que he visto en ella me ha dejado sin palabras. Os lo prometo. No necesito más tiempo para saber que Violeta es la mujer de mi vida… Por eso quiero hacerle una preguntilla…

Se bajó de un salto de la plataforma y se dirigió hacia el coche. Sal, sal, apremió Iris a Violeta, que estaba inmóvil, como sin saber qué hacer. Ella abrió la puerta y salió al encuentro. El pulso se le disparó aún más.

Iris y Luz se bajaron del coche, incapaces de soportar la emoción. Darío y Arturo aguantaban la respiración. Juan y Yarina se revolvían en sus asientos. Cuando a menos de cinco metros Violeta y Enzo se sostuvieron la mirada, ambos sonrieron.

Sacó el estuche, lo abrió y el anillo resplandeció bajo la luz de la luna. Violeta se tapó las manos con la cara. No puede ser, no puede ser, se dijo. Después, Enzo hincó la rodilla en el suelo.

—Violeta, te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo —dijo lentamente, y añadió:—. Amor mío, ¿te quieres casar conmigo?

Todo el autocine se sumió en el silencio más absoluto.

Violeta sintió un nudo en la garganta.

Darío y Arturo se pasaron las manos por los hombros.

Juan agarraba el volante con las manos. Yarina se tapaba la boca con la mano.

Iris y Luz ni pestañeaban.

Embriagada de amor hasta la médula, Violeta asintió con la cabeza repetidas veces.

—Sí, claro que sí —dijo con un hilo de voz.

El corazón de Enzo se iluminó con la potencia de un millón de vatios. Dejó caer el micrófono y se incorporó. Los Campos y el público prorrumpió en aplausos. Algunos coches hicieron sonar el claxon. Se besaron con pasión y después se fundieron en un abrazo. Enzo le acomodó el anillo

y volvieron a besarse. Desbordados de felicidad, Enzo y Violeta saludaron como si fueran celebridades.

Ahora sí, la película de sus vidas estaba a punto de empezar.

Agradecimientos

Querida lectora:

Ha sido una labor de escritura apasionante y enriquecedora, pero que solo cobra vida en la mirada de alguien que haya abierto su imaginación (y su corazón) a las historias y personajes que habitan en Puerta del Mar. Por eso, te agradezco con todo mi ser que hayas llegado hasta el final de la saga.

Mucho amor,

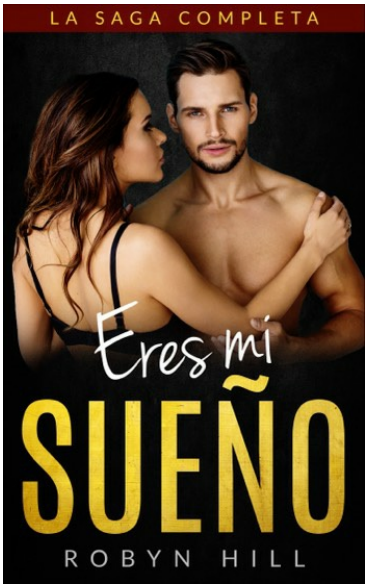
Robyn

PD:

Si quieres saber cuándo publicaré mis siguientes novelas, apúntate aquí abajo:

Envío de newsletter (no spam).

OTRAS OBRAS DE ROBYN HILL



Entra de lleno en la familia Green y conoce a Sally, Linda y Madeleine. Tres mujeres con carácter que encontrarán el amor de sus vidas en una de las ciudades más emblemáticas del mundo: Nueva York. Las hermanas compartirán alianzas, secretos y tristezas mientras mantienen un romance con un hombre a cual más interesante, enigmático y triunfador.

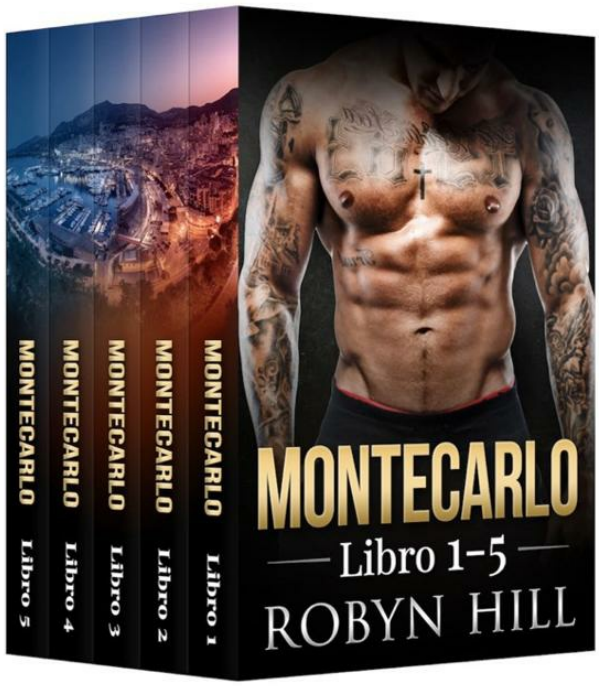
GRATIS con Kindle Unlimited o compra el pack por solo 2,99€. Para descargarlo pulsa en Amazon España o Amazon US

SINOPSIS

ERES MI SUEÑO 1 Sally Green es una mujer ambiciosa que acepta hacerse cargo del Majestic, el hotel más emblemático de Nueva York. El dueño es atractivo e inteligente y pronto su relación entra en lo personal, pero ella huye de todo lo que significa compromiso. Por si fuera poco, su madre sigue resentida por no dirigir en el pasado el restaurante familiar. Desde pequeño, Jack Donaldson siempre soñó con dirigir un imperio hotelero. Por desgracia, su padre nunca le vio conseguirlo. Contrata a Sally para devolver al Majestic su antiguo esplendor, pero lo que jamás esperaba es que acabaría enamorándose locamente. ¿Podrá convencerla de que es el hombre de su vida?

ERES MI SUEÑO 2 A pesar de que no es feliz, Linda Green sigue manejando el restaurante a petición de sus padres. Odia los enfrentamientos y no quiere decepcionarlos. Su refugio es la labor altruista en la fundación a la que dedica sus horas libres. La llegada del misterioso fotógrafo River Crowe para promocionar la fundación causa un enorme revuelo en el corazón de Linda. La atracción es mutua aunque River no permanecerá mucho tiempo en la ciudad. Otro destino le aguarda. A pesar de que River no le promete nada, Linda no puede evitar entregarse en cuerpo y alma.

ERES MI SUEÑO 3 «Eres mi sueño 3» cierra la maravillosa trilogía de las hermanas Green. Una novela de amor pleno y llena de momentos para enmarcar. De la forma más casual, la escritora Madeleine Cole descubre que su querido padre no es su padre biológico. Su madre le confiesa que lleva la sangre de Paul Green, un americano que vive en Nueva York. Ansiosa por obtener más respuestas, decide mudarse para descubrir realmente quién es. Allí entra en el mundo de Linda y Sally, quien la recibe de uñas. Lo que jamás esperaba es que un hombre guapo, emprendedor y con unas enormes ganas de sentirse vivo fuera a descubrirle un nuevo tipo de amor al que no estaba acostumbrada. Un amor luminoso, con el corazón en la mano y capaz de ilusionarla como nunca. ¡Descarga ya la saga completa y déjate llevar por una historia apasionante llena de romanticismo!



Después de la muerte de su querido padre, Audrey Arnaldi es la próxima princesa que regirá el principado de Mónaco. Toda su vida ha estado diseñada para asumir esa tarea con responsabilidad.

Sin embargo, un persona de su pasado irrumpe de nuevo en su vida. Su hermanastro Vincent, a lomos de su Harley-Davidson y con aires de chico duro, regresa cargado de misterios.

Cuando eran adolescentes, Audrey odiaba su fama de seductor y su arrogante sonrisa, pero ahora Vincent se ha convertido en un hombre arrebatador, tanto es así que ella se siente incapaz de controlar sus emociones.

Disfruta ya de una intensa historia de princesas y motoristas en el ambiente de lujo de Montecarlo.

¡Descárgalo ya! Haz clic en Amazon España o Amazon US